



¿NO LO
LLAMES
SEXO...
¿O SÍ?

Noelia
Amarillo

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Cita	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	

22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51

Epílogo

Agradecimientos

Nota de la autora

Referencias a las canciones

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Me gusta el sexo. Mucho. Pero no por el éxtasis que conlleva, o al menos no solo por eso, sino porque cuando estoy perdido entre el placer, el deseo y la necesidad es el único momento en que puedo dejar de pensar en lo que hice. En el daño que provoqué. En el precio que me tocará pagar cuando me atrapen.

Porque tengo claro que va a ser así. No puedo escapar. No sé cómo hacerlo.

Llevaba huyendo tanto tiempo que ya ni siquiera sabía cuál era mi lugar en el mundo, hasta que di con Calix e Iskra. Y los deseé con locura. Tanto que me volví descuidado y olvidé fortificar mi corazón.

Pero no fueron ellos los que se colaron en él a través de las grietas que se abrieron, sino la Reina del Infierno. Y la deseo mucho más de lo que sería prudente.

NO LO LLAMES SEXO... ¿O SÍ?

Noelia Amarillo

Esencia/Planeta

Para Pili.

Te has ido y nos has dejado huérfanas, las cuatro ahora sólo somos tres. O no. En realidad sigues estando con nosotras, sólo que no te vemos.

Pero te sentimos.

Te queremos, amiga.

Todo lo que alguna vez amaste te rechazará o morirá, todo lo que alguna vez creaste será desechado y todo aquello de lo que estás orgulloso terminará convertido en basura.

CHUCK PALAHNIUK, *El club de la lucha*

Prólogo

*Lunes, 24 de diciembre de 2018,
una hora antes de la medianoche*

—¡Amarillo! —grito por tercera vez, y en esta ocasión, al contrario que en las dos anteriores, Ama Lix y el Dominante que la acompaña se detienen ante mi súplica de tregua.

Y menos mal, porque estaban a punto de arrancarme las pelotas. Y no es por nada, pero las bolas son la única parte de mi cuerpo, junto con mi verga, que me proporcionan cierto alivio en mi asquerosa vida. Sobre todo cuando me corro. Aunque ése es un privilegio que esta noche no voy a concederme a pesar de estar en el Infierno del Lirio Negro, mi antro favorito de perversión.

Porque esta noche no he venido a follar y ser follado, sino a sufrir. Ni siquiera pretendo empalmarme. Al contrario, quiero que me arranquen la piel a tiras, que torturen mi cuerpo y me hagan llorar y gritar. Quiero, en definitiva, pagar con dolor por los pecados que hace años cometí, y que desde luego no son pocos ni baladís.

Los sádicos a los que me someto, esos que con tan poco cariño tratan de arrancarme la piel del culo a verdugazos, apagan las luces y salen de la mazmorra. La puerta se cierra sumiéndome en una opresiva oscuridad que hace que mi mente se relaje y mi cuerpo pierda la rigidez que lo sostiene. Comienzo a temblar con violencia sobre el aparato de tortura en el que estoy inmovilizado. Es similar a aquellos potros que saltábamos de niños en las clases de deporte. Sólo que no lo estoy saltando, sino doblado sobre él. Desnudo y empapado en sudor. Con el culo en pompa y ardiendo por el trato recibido, las muñecas y los tobillos atados a las patas por abrasivas cuerdas

de esparto. El estómago apuntalado sobre el duro banco, soportando casi todo el peso de mi cuerpo, pues el maldito potro está tan alto que apenas consigo apoyar las puntas de los pies en el suelo.

No me importa, agradezco el dolor. Es lo que necesito. Aunque eso no significa que me guste o lo disfrute. Al contrario, lo detesto. Por eso me someto voluntariamente a él. Es la única manera de redimirme.

La oscuridad que me cubre amenaza con tragárselo todo, incluso a mí mismo, y me siento tentado de rendirme a ella y sumirme en la inconsciencia. Sería liberador. Pero es demasiado pronto para perderme en el olvido. O eso creo. La verdad es que no sé cuánto tiempo ha pasado desde que entré aquí decidido a silenciar con dolor los gritos de mi conciencia. Tal vez una hora. Lo que significa que aún debo disfrutar un rato más del amable trato de Ama Lix y las gentiles caricias del Dominante que la acompaña en esta lacerante aventura.

No sé si voy a poder soportarlo.

Empiezo a darme cuenta de que ésta no ha sido una de mis mejores ideas. Debería haberlo pensado dos veces antes de proponerle a un Ama conocida por su sadismo que fuera mi Dominátrix esta noche tan especial para mí. Una noche en la que busco el dolor y me recreo en él. En la que me someto a la agonía hasta perder el conocimiento. Hasta que mi mente deja de funcionar y me sumerjo en el olvido.

Es la única manera de soportar seguir vivo el resto del año.

Se ha convertido en una especie de tradición navideña. Lo he hecho cada Nochebuena de los últimos siete años y lo seguiré haciendo hasta que el diablo me lleve. Aunque cada vez me cuesta más soportar estas sesiones, que temo y anhelo con idéntica desesperación.

Llevo demasiado tiempo en esta posición y la presión sobre mi estómago se ha convertido en un dolor punzante que de repente estalla en un intenso calambre. Me remuevo sobre el banco y, al hacerlo, tiro de las cuerdas que me laceran las muñecas y los tobillos. No puedo evitar soltar un ronco quejido, y

entonces me doy cuenta de lo seca que tengo la garganta. No he bebido nada desde que empezó el suplicio, a pesar de lo mucho que he sudado. Tal vez por eso estoy mareado.

Intento tragar saliva, pero ésta brilla por su ausencia en mi boca. Por lo visto, estoy más jodido de lo que pensaba. Un nuevo calambre me hace estremecer y, agarrando las cuerdas que me sujetan las muñecas, me remuevo tratando de cambiar mi posición para aliviar mi torturado estómago. Aunque no debería hacerlo. Si Ama Lix lo nota, se puede cabrear.

Pero no lo notará. Está en mi naturaleza engañar y hacer trampas, y se me da francamente bien. Tanto que puedo arruinar la vida de los demás sin que éstos se den cuenta de lo que estoy haciendo. Soy un cabrón ponzoñoso y egoísta. Y me enorgullezco de ello. La vida me ha enseñado que los malvados sobreviven, mientras que los buenos van al cielo. Y, aunque sé que mi vida no será larga, pues Némesis ¹ se ocupará de acortarla, prefiero aplazar mi más que ineludible cita con el diablo, la verdad.

Aunque, pensándolo bien, tal vez no haya mucha diferencia entre Ama Lix y el diablo, creo que incluso ella es peor. Más cruel. Más despiadada. Y, por el chasquido que hace la puerta al abrirse y que acabo de oír a mi espalda, estoy a punto de volver a caer en sus cariñosas garras. Desde luego, no me ha dado lo que se dice una larga tregua.

Las luces se encienden y me tenso al oír los perturbadores pasos acercándose. Intento girarme, pero las ligaduras no me dejan margen de movimiento. Mis torturadores están detrás de mí y no puedo verlos, y eso me acojona, para qué negarlo.

De repente, las afiladas uñas de la Dómina me hieren la espalda desde el trasero hasta el cuello para acabar posándose bajo mi barbilla, obligándome a alzar la cabeza y mirarla.

—¿Preparado? —me pregunta con un tono engañosamente dulce un segundo antes de que el cuero impacte contra mi culo enrojecido, arrancándome un gemido de dolor—. ¿Te duele? No sabes cuánto lo lamento.

Pero es mentira, es una sádica, disfruta viéndome sufrir.

Me suelta la barbilla y las uñas vuelven a recorrerme la espalda, esta vez en sentido inverso, para acabar arañando con dolorosa rudeza mi culo azotado. Mantiene la abrasiva caricia unos segundos y después el punzante beso del cuero vuelve a lastimarme la piel.

A partir de ese momento, el tiempo se acompasa a los chasquidos del humillante vergajo² que me golpea las nalgas y el dorso de los muslos, abrasándome la garganta con cada grito que me arranca.

—Agua, por favor —grazno cuando ya no puedo soportar más la sed y el dolor, tan exhausto y mareado que la visión se me oscurece formando un inquietante túnel.

—La escoria quiere beber —se burla el Dom. Se pone frente a mí y me aferra la mandíbula, obligándome a abrir la boca a la vez que se lleva la otra mano a la entrepierna de sus pantalones de cuero—. Tienes suerte, tengo justo lo que necesitas, un buen trago calentito y salado.

Sacudo la cabeza para zafarme de su agarre. Eso no es lo que hemos pactado. No quiero su asquerosa orina en mi boca. Pueden golpearme y torturarme, pero no pueden hacerme sangrar ni usar ningún líquido que no sea agua sobre o dentro de mí.

—No lo acepto —jadeo con voz ronca mirándolo furioso—. Dame agua —exijo, olvidando que no estoy en situación de exigir. Tengo tanta sed que me cuesta pensar con claridad.

—No hay agua para las ratas. —Me agarra del pelo para levantarme la cabeza—. Pronto la sed será tan insoportable que aceptarás todo lo que quiera darte —me advierte burlón.

Me suelta y mi cabeza cae sin fuerzas golpeando el lateral del potro. El golpe me despeja la mente y soy consciente de que los azotes han cesado. Me estremezco. En la eternidad que llevo sufriendo a manos de Ama Lix he aprendido a intuir su juego. Y sé que no me va a permitir descansar de nuevo

mientras no le suplique una tregua usando la palabra de seguridad pactada para ésta: *amarillo*.

Me siento tentado de gritarla, pero aún no he pagado por los pecados que tengo en números rojos. Así que aprieto los dientes y callo. Y entonces las hirientes uñas de la sádica me recorren las pelotas. Mi cuerpo se tensa y un escalofrío de puro terror me recorre. Sé lo que viene a continuación. Lo he experimentado antes. Un dolor tan atroz que sobrepasa el umbral de lo soportable y roba la voluntad.

Me ciñe con los dedos la base del saco escrotal, estrangulándolo, y luego tira como si tratara de separarme las pelotas del cuerpo. El dolor se expande por mi vientre y alcanza el abdomen, agarrotándome el estómago y provocándome náuseas. Un sollozo escapa entre mis labios reseco y cuarteado. Tomo una gran bocanada de aire y lo mantengo en mis pulmones mientras ella continúa su juego durante largos segundos. De repente, la agonía se detiene y me acuna las pelotas, casi con cariño, en la palma de la mano. Y sé con toda seguridad que lo que viene a continuación no voy a poder soportarlo otra vez.

—¡Amarillo! —aúllo con desesperación antes de que continúe.

Pero ella cierra la mano y me amasa los testículos, frotándolos con fuerza entre sí.

El dolor es tan intenso que me roba la respiración, convirtiendo mi ruego en un silencioso estertor que dura el tiempo que persiste el terrible masaje. Luego cesa durante un instante, pero no es más que un respiro quimérico, porque no tarda en volver a torturarme.

Grito suplicando tregua. Grito «¡Amarillo!» una y otra vez. Y una y otra vez soy ignorado.

Cuanto más alto grito, más incrementa el castigo, convirtiendo el dolor en un violento *crescendo* sin fin. Y por fin comprendo que no va a concederme más treguas. Y con la comprensión llega la seguridad de que la única manera de acabar con el suplicio es usar la palabra que pone fin a todo: *rojo*.

Abro los cuarteados labios y grito casi sin aliento:

—¡Rojo!

En respuesta, el Dom me agarra del pelo, alzándome con violencia la cabeza, y me encaja en la boca una bola de silicona que ajusta con una mordaza, silenciándome.

¿Por qué ha hecho eso? No hemos acordado el uso de bozales. No puede usarlos, pero los usa a pesar de que eso rompe el pacto y mata la confianza que he depositado en ellos.

Sacudo la cabeza aterrado y un gemido gutural reverbera en mi garganta. No hemos pactado ninguna señal que interrumpa la sesión si estoy amordazado y no puedo hablar.

—La putita quiere decirnos algo —le anuncia el Dom a la sádica—. ¿Te apetece escucharla?

—Estoy harta de oír sus sollozos y sus exigencias, mantenla callada — responde un segundo antes de que en mis pelotas estalle un dolor insoportable.

¿Acaso está pensando en arrancármelas? ¿Por eso se refieren a mí como si fuera una mujer? Entonces comprendo que no importa si tengo o no una seña que detenga la sesión. No la respetarían. Igual que no han respetado la palabra que he gritado y que debería haber puesto fin a todo de manera fulminante. En cambio, me han amordazado para continuar con el juego sin mis molestos gritos.

Me revuelvo contra las ligaduras que me inmovilizan y un gañido resuena en mi árida garganta. Pero lo único que consigo es que el Dom me apriete con saña la nariz, obligándome a respirar el escaso aire que se cuele por los diminutos agujeros de la bola encajada en mi boca.

Estoy bien jodido.

Los pulmones se me contraen faltos del codiciado elemento y mi cuerpo se sacude en espasmos provocados por la sed, el dolor y el cansancio. El pecho me arde y la vista se me desenfoca llenándose de puntos negros. Lo único positivo de todo el asunto es que, aunque el dolor de pelotas sigue ahí, se ha

convertido en un rumor lejano ante la agonía de conseguir el aire que no me llega.

Por lo visto, voy a saludar al diablo antes de lo previsto.

Una pátina de cálido alivio se extiende sobre mí al darme cuenta de que si muero ya no tendré que volver a huir más. Dejaré de correr, de esconderme y de verme obligado a empezar de cero una y otra vez. Sería una bendición. Estoy tan harto de escapar del pasado, de la culpa... De Némesis. Siento una ácida satisfacción al pensar en el disgusto que se llevará el vengativo ser que lleva siete años persiguiéndome al descubrir que ya no puede atormentarme más. Sólo por ver su cara de sorpresa merecerá la pena morir.

Debería dejar de esforzarme en respirar, rendirme y sumirme en la inconsciencia. Ya se ocupará el diablo de devorar mis pecados. Pero no está en mi naturaleza someterme sin luchar, lo cual es una putada, porque estoy verdaderamente harto de todo. Reúno las fuerzas que no me quedan e inhalo con furia para seguir llevando aire a mis pulmones.

Que no se diga que Uriel no ha peleado hasta el final.

Hoy voy a hacerme daño. Me sumergiré en el dolor hasta que el pasado desaparezca y sólo exista el ahora. Es la única manera de sobrevivir.

PENSAMIENTO FUGAZ DE URIEL
POCAS HORAS ANTES DE LA NOCHEBUENA DE 2018

El estruendo de la puerta golpeando la pared sobresaltó al hombre que, atado al potro, luchaba por respirar. Al golpe lo siguió la voz fiera y sensual de una valquiria cabreada y otra más profunda y pausada de un hombre.

El estallido de Ama Lix no se hizo esperar. Por lo visto, alguien había irrumpido en la mazmorra, molestándola. «Qué bien. Sólo me falta que se ponga de peor humor y se desquite intensificando el castigo», pensó Uriel con amargura. Desde luego, no era su día de suerte.

¿Por qué coño tardaba tanto en morirse?

Uno de los recién llegados apartó al Dom de un empujón y, acto seguido, arrancó la bola de la boca de Uriel, permitiendo que una gran bocanada de aire le llenara los pulmones.

—No me jodas que al final no voy a morir —jadeó al reconocer a su libertador. Era Julio, uno de los socios del Lirio Negro y también el maestro de ceremonias del Infierno, que no era otra cosa que el sótano dedicado al BDSM del mejor antro de sexo de la ciudad.

—Dudo que tengamos esa suerte —replicó con frialdad una mujer situada a su espalda.

Uriel se estremeció al oírla, porque no era una mujer cualquiera: era la Reina del Infierno. Reconocería su voz entre un millón. Su voz, pero no a ella,

pues, a pesar de que lo había follado —una sola e inolvidable vez en la que no le permitió correrse—, no había conseguido verla. Parpadeó tratando de enfocar la vista y ése fue el momento elegido por Julio para agarrarlo del pelo y alzarle la cabeza obligándolo a mirarlo.

—Está a punto de desmayarse —señaló antes de soltarlo sin ningún cuidado.

—Te equivocas, sólo está en el subespacio ¹ —protestó Ama Lix.

—No estoy en el subespacio ni a punto de desmayarme —graznó Uriel aliviado al ver que Julio comenzaba a desatarlo.

—No tenéis derecho a interrumpir mi sesión —exigió Ama Lix, ignorando su protesta.

—La sesión terminó en el momento en que desdeñasteis su palabra segura y le pusisteis una mordaza que no había pactado —refutó la Reina con sequedad.

—Ésa es una acusación muy grave, no puedes saber lo que ha ocurrido —señaló Ama Lix ofendida.

—Soy la Reina del Infierno, nada ocurre en mis dominios sin que lo sepa —replicó Avril mirando asqueada a la pareja de Dominantes—. Fuera. No quiero volver a veros.

—No puedes expulsarnos.

—Claro que puedo —señaló Avril.

Ama Lix abrió la boca para protestar, pero Uriel se le adelantó.

—No te conviene llevarle la contraria, tiene un carácter horrible —le advirtió mordaz tratando de girarse para ver a la Reina, aunque sin conseguirlo, pues aún tenía una mano atada. ¿Por qué coño Julio le había desatado primero los pies? Maldito calvo sin cerebro—. Por cierto, rojo. Te lo repito por si acaso: rojo. ¿Lo has oído bien esta vez o te vas a hacer la sorda como antes, puta? —increpó a la sádica, dando buena muestra del carácter descarado y subversivo que lo caracterizaba.

—¿Cómo te atreves? —jadeó Ama Lix al oírlo.

—Muérete, zorra —escupió Uriel.

Julio acabó en ese momento de desatarlo y Uriel apoyó las manos en el potro para auparse. Así aliviaría la agonía de su estómago y, de paso, se daría la vuelta para ver de una puñetera vez a la esquiva Reina, aunque fuera entre los puntos negros que enturbiaban su visión.

No llegó a incorporarse. Un súbito mareo lo hizo caer desmadejado sobre el potro y el impacto contra su dolorida tripa se ocupó de robarle el conocimiento.

Julio lo atrapó antes de que cayera al suelo.

—Llévalo a mi cama —le ordenó Avril.

El calvo arqueó una ceja ante la inesperada orden, y, sin emitir ninguna pregunta, se echó al hombro el peso muerto de Uriel y salió de la mazmorra. Avril lo siguió, aunque se detuvo en el umbral de la puerta.

—Me encargaré personalmente de que todos los círculos Ds² del país estén informados de que no respetáis los pactos que alcanzáis con los sumisos.

Ama Lix y su compañero la miraron asustados. La palabra de la Reina del Infierno era tenida muy en cuenta en ese mundo. Si los acusaba de eso, les vetarían la entrada a la mayoría, sino a todos, de los locales que frecuentaban.

—No puedes...

—Fuera —susurró Avril. Y lo hizo con un tono de voz tan gélido que no les quedó duda de que, si volvían a aparecer por allí, no lo pasarían bien.

Hoy me he enamorado!! Estaba en la tienda —ya os conté que desde que dejé la universidad mi padre me obliga a trabajar gratis para él— y de repente ha entrado el hombre de mis sueños. Altísimo, el pelo castaño corto y fosco, ojos negros y una sonrisa torcida de lo más traviesa. Le ha pedido trabajo a papá. Ojalá lo contrate.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK,
24 DE MAYO DE 2009. 1 «ME GUSTA»

*Lunes, 24 de diciembre de 2018,
dos minutos antes de la medianoche*

—¿Desde cuándo tienes tanto cuidado con los subs? ¹—le preguntó burlona Avril a Julio cuando éste soltó con suavidad al desfallecido Uriel sobre la cama, ocupándose de colocarlo boca abajo para que su torturado trasero no rozara con nada.

—Desde que, en vez de mandarlos a la Ratonera, los traes a tu dormitorio —replicó él con una sonrisa insidiosa—. ¿Estás pensando en quedártelo?

—Tal vez.

Avril metió los pulgares en el bolsillo trasero de sus pantalones y estudió con interés al hombre desmayado, sin importarle que Julio la observara intrigado.

Rondaría el metro noventa, poseía un cuerpo definido con suaves músculos en los lugares apropiados y un bonito trasero coronado por dos eróticos hoyuelos en la frontera con la espalda. El pelo, castaño y alborotado, le tapaba

las orejas y parte del cuello sin llegar a tocarle los hombros. Y, aunque dada su postura no podía verle la verga, sabía que ésta era imponente. Más gruesa y larga de lo habitual, y capaz de aguantar mucho tiempo erecta y sin correrse, lo que, unido a su carácter insolente y desafiante, lo hacía un tipo de lo más interesante.

Había jugado con él en dos ocasiones, pero sólo lo había follado una, y no le importaría repetir. Y eso era algo que no solía pasarle a menudo. Más bien al contrario. Eran pocos los que conseguían captar su atención y entretenerla lo suficiente como para desearlos una segunda vez. De hecho, hacía meses que ninguno, excepto ése, le había llamado la atención lo necesario para usarlo una primera vez.

Se acercó a la nevera camuflada tras un panel de caoba y sacó un pequeño brik de zumo de naranja. Le pinchó una pajita y se dirigió a la altísima cama. Se subió a ella de un salto y observó al sumiso, aunque dudaba que en realidad lo fuera. Por experiencia sabía que le gustaban los juegos de control y los desafíos, pero no el dolor ni obedecer órdenes. Una interesante dicotomía. Más aún cuando había alquilado una mazmorra, y no eran baratas, para que los dos Amos más sádicos del Infierno lo torturaran. Hundió los dedos en su pelo; estaba revuelto y húmedo por el sudor, y aun así era un placer acariciarlo. Los cerró atrapando un sedoso mechón y tiró con contenida brusquedad, obligándolo a levantar la cabeza.

—Suéltame, joder —gruñó él apenas consciente, demasiado exhausto para abrir los ojos.

—Chupa —le ordenó Avril con aspereza. Le frotó la pajita contra los labios resecaos hasta que los separó y se la introdujo en la boca. Apretó el brik para hacer salir un poco de zumo y, al sentir el dulzor en la lengua, él chupó con ansia.

La Reina apretó furiosa los dientes al ver la desesperación con que bebía. Sabía por las cámaras ocultas en la mazmorra que le habían negado el agua. De hecho, un segundo antes de que susurrara su palabra segura ella ya había

decidido interrumpir la sesión. Su reino era un lugar de perversión, un infierno en el que las fantasías más retorcidas se hacían realidad. Pero siempre siguiendo unas reglas. Y esos cerdos se las habían saltado.

Esperó a que dejara de beber y se hundiera en un sueño reparador y luego se dirigió al sofá Chester que había en un extremo del dormitorio. Se sentó en él con las piernas cruzadas al estilo indio y se puso sobre ellas el portátil que había en la mesa adyacente.

—Estoy seguro de que a Kaos le resultaría muy interesante saber que te has quedado velándolo como si fueras su novia —comentó Julio con una pérfida sonrisa, refiriéndose al tercer socio del Lirio Negro.

—Y yo estoy segura de que un cotilla como tú no será capaz de aguantar ni medio segundo antes de correr a contárselo —replicó ella.

Ignoró la carcajada que soltó su socio al salir y comenzó a escribir un email dirigido a otros propietarios de locales similares para advertirles sobre Ama Lix y su compañero. Había hecho una promesa e iba a cumplirla.

* * *

Un gruñido hizo que Avril levantara la vista de la novela gráfica que había estado leyendo durante la última hora. La dejó sobre la mesa y observó al sub que en ese momento comenzaba a despertarse, seguramente debido al dolor, porque dudaba que en el par de horas que llevaba inconsciente hubiera descansado lo suficiente.

Uriel abrió los ojos a la tenue iluminación de la estancia. Estaba tumbado boca abajo con las manos a la altura de la cara, como el niño bueno que nunca había sido. Clavó la vista en sus muñecas y vio que estaban en carne viva. Y no era que le extrañara. Entre la abrasiva cuerda de esparto sin tratar y lo mucho que había forcejado para soltarse, lo sorprendía que las ligaduras no le hubieran arrancado la carne hasta el hueso. Pero no eran las laceraciones de las muñecas lo que lo había despertado, sino el latido punzante que le

machacaba las pelotas y el persistente escozor que le quemaba el culo y el dorso de los muslos. Se sentía como si le hubieran arrancado la piel a tiras para luego cubrir los verdugones con sal.

Se removió con cuidado y en ese momento fue consciente de que estaba sobre una altísima cama cubierta con sábanas de seda negra y enmarcada con un dosel de ébano en cuyos pies había un cepo para muñecas, tobillos y cuello.

¿Dónde coño estaba? Esa lujosa cama desde luego no pertenecía a una mazmorra. Al contrario, era más propia del dormitorio del rey de un castillo. Un rey que tuviera predilección por la decoración gótica, pensó al alzar la cabeza. Estaba en una habitación enorme, del techo colgaba una lámpara de araña que parecía haber sido forjada por el fuego de un dragón, tan negra y retorcida era. Las paredes granates con oscuras enredaderas silueteadas, los ornamentados muebles de ébano de líneas curvas y los vetustos candelabros de hierro forjado sobre las mesillas conformaban una estancia extrañamente perturbadora. Y lo más inquietante de todo era la mujer que estaba en el sofá Chester de cuero negro que había frente a la cama.

Era muy joven y estaba sentada al estilo indio. Las deportivas Converse plantadas con indiferencia sobre el elegante asiento. Los calcetines blancos de rayas negras se le arrugaban en los tobillos, dejando al desnudo sus pálidas espinillas, pues llevaba unas holgadas bermudas de tela escocesa de cuadros rojos y púrpuras que se cortaban en sus rodillas. Una camiseta negra de manga corta con una brillante calavera rosa completaba su atuendo. El pelo, castaño claro y muy liso, le caía por los hombros hasta sobrepasar la frontera de sus pechos, que apenas levantaban la camiseta. Tenía los labios definidos y con un marcado arco, el inferior más grueso que el superior, la nariz respingona y grandes ojos de un desvaído azul aguamarina. Ojos zarcos que lo miraban como si su dueña se estuviera debatiendo entre echarlo de allí a patadas en su más que dolorido trasero o darle un bocadito, o varios, y tal vez hacerle un traje de saliva.

Y Uriel pensó que, si pudiera elegir, prefería la última opción. Sería mucho

más placentera. Un súbito ardor a la altura de la ingle lo avisó de que, a pesar de su estado, se estaba excitando. Sonrió. Sería maravilloso follársela después de la desagradable nochecita que acababa de pasar.

Se giró para sentarse y, en el momento en que su trasero tocó las sábanas, estalló en llamas. O eso le pareció. El dolor lo devoró implacable, obligándolo a tumbarse boca abajo de nuevo.

La muchacha sacudió exasperada la cabeza y saltó del sofá. Y Uriel comprobó perplejo que le faltaban algunos centímetros para alcanzar el metro sesenta. Era bajita, delgadita y poquita cosa en general. Parecía una adolescente, pero caminaba como una diosa. Una muy cabreada, por cierto. Su rostro era una rara mezcla de la fiereza de una valquiria y la dulzura de un hada. Una con afilados colmillos, como pudo comprobar cuando se paró junto a la cama y le sonrió. Una sonrisa fría, peligrosa.

—¿Por qué coño se te ocurrió darle carta blanca a Lix para tu sesión? —lo increpó con voz gélida, deshaciendo toda ilusión de dulzura.

—No le di carta blanca —repuso Uriel con la voz ronca, aunque el jadeo en que se convirtió su respuesta no fue por el dolor de garganta, sino por el asombro de oír en los labios de esa cría malhumorada la voz de la Reina del Infierno.

¿Era ella? Imposible. Esa muchacha esbelta de cuerpo anodino y pechos inexistentes no podía ser la temible y excitante Reina.

—Oh, claro, sin sangre, heridas ni ningún fluido que no fuera agua sobre tu cuerpo, ni nada más grueso que una polla penetrándote. Como si Lix necesitara más para romperte —expuso con frialdad.

Y Uriel no pudo menos que bajar la mirada avergonzado, porque tenía razón. Esa mujer había resultado ser una verdadera sádica. La más cruel que había conocido nunca. Y se había puesto en manos de unas cuantas.

La muchacha abrió una nevera oculta tras un panel de caoba, sacó un brik de zumo, le pinchó una pajita y se lo tendió. Y él no se hizo de rogar, pues estaba sediento de nuevo. Luego tomó un tarro de la mesilla que había junto a

la cama y, tras sentarse en el alto tálamo de un salto, comenzó a untarle el trasero y el dorso de los muslos con algo que, tras el hiriente escozor inicial, le provocó un agradable y refrescante alivio.

—Te ha dejado el culo hecho un cristo —lo informó la mujer con indiferencia mientras le masajeaba los verdugones con el bálsamo—. Hasta esta noche no creo que puedas moverte sin jadear de dolor, y tardarás un poco más en poder sentarte con comodidad. Los huevos ya es otra historia, te ha estirado el escroto tanto y tan bruscamente que ha faltado poco para que te hiciera un desgarró. Te van a doler durante un tiempo —señaló deslizándole el índice por el interior del muslo hasta rozarle las pelotas.

Fue un roce delicado, casi dulce, que apenas duró un instante antes de que se alejara. Volvió a meter el dedo en el tarro y le frotó la sensible piel del perineo para luego extender el bálsamo por los testículos, calmando un poco el dolor que sentía allí, y también excitándolo al entretenerse en un punto especialmente sensible.

Uriel jadeó sintiendo que se endurecía, a pesar de que el dolor de pelotas se intensificó con la repentina excitación.

—¿También necesito pomada ahí? —dijo desdeñoso. No quería que ella supiera cuánto lo había sorprendido su aspecto, ni cuánto lo estaba excitando.

—No, pero me divierte ver cómo meneas el culo para frotarte la polla contra mi cama.

Uriel se detuvo al instante. ¿Estaba en su cama? ¿No era una habitación temática del Lirio Negro, sino el dormitorio de la Reina? Parpadeó perplejo. Esa puta cría tenía una habitación tan grande como su piso llena de muebles que valían un ojo de la cara y se sentaba en ellos como si fuera una adolescente malcriada... De hecho, podía serlo.

—¿Cuántos años tienes?

Ella ignoró su pregunta y, tras presionar por última vez el dedo arrancándole un gemido de placer, le tendió el tarro.

—Dátelo en las muñecas, las tienes destrozadas.

Saltó de la cama y se encaminó a la puerta, las bermudas de cuadros escoceses campaneando contra sus delgadas piernas.

—No puedo pagar esta habitación —la informó Uriel.

Si hubiera sido la semana anterior, o incluso el día anterior, habría pagado con gusto por alquilar ese cuarto y dar un descanso a su torturado cuerpo en vez de que lo echaran a la calle. Pero su vida había dado un giro de ciento ochenta grados esa mañana.

Tras un año de silencio, cuando casi se había atrevido a soñar que por fin había despistado a su Némesis y que ya no volvería a encontrarlo, el resentido ser había llamado a su puerta. En realidad, le había enviado un regalito al trabajo con el que le daba a entender sin necesidad de palabras que sabía dónde estaba. Así que de nuevo se veía obligado a huir y abandonar la vida que se había forjado durante ese año robado a la venganza. Tendría que dejar atrás la ciudad que se había convertido en su hogar, los amigos que se habían metido en su corazón y el trabajo que lo había llenado. No sabía cuántos kilómetros recorrería antes de volver a sentirse seguro, pero sí sabía que serían meses de esconderse, de sobrevivir solo y sin trabajo, manteniéndose con sus más que limitados ahorros. No podía permitirse el lujo de gastar el dinero en cosas innecesarias, como esa carísima habitación de placer.

Se incorporó sobre los codos para mirar a la Reina. Le gustaría levantarse y enfrentarse a ella cuando llamara a sus esbirros para que lo sacaran del Lirio Negro, pero le dolía tanto el cuerpo que no se sentía capaz. Por tanto, dejaría que lo arrastraran hasta la puerta.

Ella lo miró con una ceja arqueada y los labios rígidos. ¿Esa mujer sabía sonreír?

—Esta alcoba no se alquila. Pertenece a los dominios de la Reina, que son los míos. Y yo se la cedo a quien me da la gana —replicó con una voz que a Uriel le supo a coñac—. Pero, ya que lo comentas, sí que puedes pagar mi hospitalidad. No es el dinero lo que te hace interesante —lo recorrió con una apreciativa mirada antes de salir de la estancia.

Uriel observó sorprendido cómo la puerta se cerraba, dejándolo solo, y luego esbozó una pícaro sonrisa. Pagaría con gusto de la manera que a ella mejor le pareciera.

Descansó la cabeza en la esponjosa almohada y cerró los ojos, y aunque tardó en quedarse dormido no le importó, pues su cerebro lo tuvo muy entretenido rememorando los dos encuentros que había tenido con la Reina. No podía decir que hubieran sido satisfactorios. En ninguno de ellos había podido verla; en el primero, por tener los ojos vendados y en el segundo, por estar en una sala oscura. Tampoco le había permitido llegar al orgasmo, aunque a su marcha él lo había alcanzado por su propia mano.

Y, a pesar de la frustración en que lo había sumido ambas veces, quería repetir. Pero en esta ocasión sería distinto. Porque por fin sabía cómo era ella y porque no pensaba volver a permitir que lo dejara al límite. Follarían y se correría. Una y otra vez. Hasta hartarse de ella.

Y después huiría de Madrid para no volver.

El hombre de mis sueños ha vuelto!! Es guapísimo, encantador, descarado, simpático y maravilloso. Lo amo!! Ha empezado a trabajar hoy en la camisería, se llama Uriel, tiene veintisiete años y es maestro camisero. Y, además de estar más bueno que un queso, sabe mucho del negocio. Ojalá mi padre tenga en cuenta sus propuestas, pues, aunque somos una de las mejores camiserías artesanales de Barcelona, nos estamos quedando anticuados. Estoy segura de que las ideas modernas y el empuje de Uriel volverán a ponernos en órbita. Va a ser nuestro salvador!!

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK,
1 DE JUNIO DE 2009. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO

Cuéntanos más!

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
2 DE JUNIO DE 2009

Martes, 25 de diciembre de 2018

Uriel abrió los ojos sintiéndose confortablemente aturdido, cómodo y a salvo sobre un esponjoso colchón que parecía abrazarlo. Si no fuera por cómo le dolían los huevos y el trasero, se quedaría allí un rato más. Pero en los últimos minutos el dolor había pasado de ser molesto a insoportable, robándole la entumecida paz de la que hasta ese momento había disfrutado.

Saltó del colchón y, al pisar el suelo, sus piernas temblaron dudando entre

sostenerlo o dejarlo caer. Al final se apiadaron de él y permanecieron estables, aunque, eso sí, hubo de apoyarse en la cama, que por cierto era tan alta que le quedaba a la altura de las caderas.

Se irguió despacio, notando cada verdugón que le cruzaba el trasero y el martirizante peso de sus doloridas pelotas. Desde luego, estaba hecho una mierda. Tomó el tarro con el bálsamo que la Reina le había dejado y se untó generosamente, estremeciéndose ante el súbito frescor que pronto comenzó a aliviarlo. Cuando el dolor se hizo soportable, curioseó un poco por la habitación. Encontró una pequeña nevera bien surtida, lo cual le pareció estupendo, pues estaba hambriento. Devoró los donuts con cobertura de azúcar y el batido de fresa y continuó con su inspección, aunque no tardó mucho en aburrirse. El armario de ébano con dragones tallados estaba cerrado con llave, también los cajones del escritorio y la cómoda. Por lo visto, la Reina no se fiaba de él. Y hacía muy requetebién: él tampoco se fiaría de sí mismo. Sin perder más tiempo, se dirigió a la puerta como su madre lo trajo al mundo, pues la noche anterior había guardado la ropa en una taquilla del vestuario antes de la sesión con Ama Lix.

Salió de la habitación y miró a su alrededor desubicado; no sabía dónde estaba. La alcoba daba a un corredor con una distribución similar a la de su piso: un largo pasillo con puertas que se abrían en las paredes. A su derecha, y bastante alejada, había una cerrada y al fondo, otra. Esta última tenía un panel numérico similar al de la Ratonera, lo que significaba que no podía abrirla sin el código. Optó por ir a la izquierda, donde había otras tres puertas. Cuando pasó ante la primera, también con panel numérico, reconoció el dragón grabado en ella y supo adónde daba. A una mazmorra. Una en la que ya había estado. Una sola vez. Varios meses atrás. Con la Reina. Y en ese momento comprendió asombrado que estaba en sus dependencias privadas. La siguiente puerta también tenía código, por lo que continuó hasta la que cerraba el pasillo y que, si no le fallaba la memoria, daba a la Ratonera, que era en realidad la oficina de uno de los socios, Julio. Era la frontera entre la zona pública y la

privada del Infierno, y también el lugar en el que se acordaban las sesiones que se escenificarían en los salones y las mazmorras. Estaba a punto de llamar cuando un zumbido le indicó que acababan de darle paso.

Julio estaba tras su enorme mesa, sujetando el auricular del teléfono contra el hombro mientras escribía en un papel. No se molestó en alzar la vista ante la entrada de Uriel.

Uriel frunció el ceño molesto. No era que tuviera prisa por irse a casa para darse un atracón de comida y una larga ducha de agua caliente que le relajara los músculos y eliminara el olor a sudor y sufrimiento que cubría su cuerpo. Qué va, estaba de maravilla. Mejor imposible, pensó con furiosa ironía. Aunque lo cierto era que, extrañamente, se sentía mucho más descansado de lo que cabía esperar tras la noche que había tenido. ¿Qué hora sería? No podía saberlo, el Infierno estaba en el sótano del Lirio Negro y hasta allí no llegaba la luz del sol, aunque por el hambre que tenía intuía que serían alrededor de las dos de la tarde. Lo que significaba que no le daría tiempo a llegar a la comida de Navidad a la que Calix e Iskra, sus mejores y, en realidad, únicos amigos, tanto se habían empeñado en que los acompañara y a la que, a pesar de haberles prometido ir, de ninguna manera pensaba acudir. Odiaba las reuniones familiares. Le daban verdadera grima. Ese tipo de comidas eran para gente decente con un pasado sin pecados, un presente sin deudas y un futuro sin riesgos. Todo lo contrario de lo que él tenía. De lo que él era.

¿Habría entregado ya Iskra los regalos de Navidad que con tanto cariño había hecho? Un fogonazo de culpabilidad le incendió el estómago. Sabía por Calix que la muchacha había pasado semanas creando un regalo para cada persona a la que amaba, y uno de esos regalos era para él. Era una gran putada, porque no quería que nadie lo amara, se preocupara por él o le tuviera siquiera un poco de cariño.

Pero eso no valía con Iskra. Ella no podía evitar ser un ángel capaz de amar incluso a un monstruo. Y él no podía evitar sentirse atraído por su luz y su

calor. Y durante la maldita comida navideña Calix y ella anunciarían a sus familias que iban a casarse.

No quería estar presente cuando lo hicieran. Porque le desgarraba las entrañas saber que en su perfecta pareja de dos no había sitio para un tercero. Para él.

Ello, por otra parte, era una suerte. El amor sólo traía desgracias. Por experiencia sabía que era una aburrida esclavitud. Y con Roser había aprendido que incluso el amor más puro acababa transformándose en locura y desesperación, sobre todo cuando un cabrón como él entraba en el juego y fingía amar a quien en realidad no amaba, como le había pasado a ella.

Sintió la feroz necesidad de ir al salón principal, exponer su trasero lacerado a los Dominantes que allí hubiera y suplicarles que le hicieran daño. Que lo torturaran hasta dejarlo paralizado y sin aliento. Que borrarán con dolor sus recuerdos y lo humillaran hasta romperlo.

Pero eso ya lo habían hecho la noche anterior.

Había pagado con creces el peaje para seguir adelante unos meses más. Entonces, ¿por qué no se sumergía en el apacible olvido que siempre experimentaba tras las sesiones más brutales? Y la de esa noche desde luego había sido la peor de todas.

Tal vez porque el regalo que había recibido de Némesis el día anterior lo había perturbado. Era el peor día del año para él. Aquel en el que lo devoraban los remordimientos y los recuerdos lo asediaban. El día que revivía el suicidio de su mujer. ¿O debería decir el asesinato de su mujer?

Al fin y al cabo, Roser se había matado por su culpa.

Sacudió la cabeza furioso. No iba a sumirse en los recuerdos, había comprado con dolor el silencio de su conciencia y los remordimientos no tenían derecho a acosarlo hasta después de unos meses. Miró a Julio impaciente, y descubrió que éste había terminado su llamada y lo observaba con los ojos entornados.

—Si pretendías impresionarme, deberías haber entrado empalmado además

de desnudo —comentó el enorme calvo.

Uriel esbozó una sonrisa capciosa.

—Si tantas ganas tienes de admirar mi polla en toda su gloria, sólo tienes que pedirlo. Si quieres, incluso puedes catarla —dijo burlón, empuñándola y comenzando a masturbarse.

—¡Santo Dios, qué arrogancia! —exclamó alguien en tono jocoso.

Uriel se giró sobresaltado y vio a Kaos, el tercer socio del Lirio Negro, emergiendo de entre las sombras. Por lo visto, no había considerado adecuado revelar su presencia antes.

—¿Y ella está pensando en quedárselo? Esto va a ser muy divertido —se burló acercándose a Uriel. Puso sus esbeltos dedos sobre los de éste, instándolo a que continuara masturbándose—. Adelante, no te detengas, las paredes tienen ojos y éstos están deseando verte en todo tu esplendor.

Uriel lo miró intrigado por su afirmación: no eran ojos lo que se decía que tenían las paredes, sino oídos. Pero, por lo poco que conocía a Kaos, sabía que jamás daba puntada sin hilo, lo que significaba que había dicho exactamente lo que quería decir. Escudriñó las paredes, percatándose de que había dos cámaras de vigilancia en esquinas confrontadas.

—Eso es, ya las has visto, ahora sé buen chico y lúcete, te apuesto lo que quieras a que ella está mirando —le susurró al oído mientras sus dedos lo apremiaban a que siguiera meneándosela a pesar del gruñido de Uriel, pues, con la excitación, el dolor de pelotas se incrementaba—. Demuéstrale cuánto mereces la pena...

—Ya se lo demostré cuando me tuvo en su cumpleaños —replicó Uriel, recordándole a Kaos que lo había convertido en su regalo para la Reina hacía pocos meses—. Y, si mal no recuerdo, quedó muy complacida con el tamaño y la calidad de mis atributos. —Se zafó de su agarre, lo miró desafiante y reanudó la masturbación, a pesar de que las pelotas le ardían.

—Eres tan insolente y engreído, tan absolutamente perfecto para ella... No podríamos haberte elegido mejor.

—Siento fastidiarte la diversión, Kaos, pero hay problemas en el Paraíso —lo avisó Julio, refiriéndose al piso superior del Lirio Negro, donde se ubicaban las instalaciones vainilla del club—. Un espontáneo ha intentado entrar en el Jardín de las Delicias.

—Odio los espontáneos. ¿Tan difícil es seguir las reglas? —resopló Kaos marchándose.

Uriel soltó su forzada erección en el mismo momento en que el atractivo rubio salía de la Ratonera caminando sinuoso sobre los altos tacones de aguja de sus botines. Si el Infierno tenía a su reina, el Paraíso tenía a su príncipe. La perfección griega del rostro de Kaos, los ojos claros y la ondulada melena rubia que le tocaba los hombros le daban la apariencia de un ángel. Un ángel lascivo y amoral que se divertía jugando con los pobres mortales.

—¿Dónde está la Reina? —exigió saber Uriel. No estaba allí para jugar con Kaos ni hablar con Julio, sino para pagar su deuda con la Reina y, de paso, follársela.

—Te recibirá el sábado por la noche —lo informó Julio antes de despedirlo con un gesto de la mano y desviar la mirada a los papeles que cubrían su mesa.

—La veré ahora —exigió Uriel.

Julio alzó la mirada a su cara y luego la bajó sin ningún disimulo a su verga, que había perdido su rigidez al verse liberada del doloroso manoseo.

—Ella ha estipulado que te verá el sábado, y no te aceptará antes. De todas maneras, no tienes nada que ofrecerle.

—Tengo veinte centímetros que ofrecerle —refutó Uriel agarrándose el flácido pene.

—Yo diría que ahora mismo no sobrepasas los trece. —Julio arqueó una ceja—. Sé listo. Ve a casa, descansa, recupérate y vuelve el sábado en todo tu apogeo. Quién sabe, tal vez la impresiones y vuelva a reclamarte.

—Puedo impresionarla hoy —reclamó beligerante. Némesis lo había encontrado, tenía que irse antes de que empezaran a ocurrir cosas

desagradables. Su tiempo en Madrid se había agotado.

—No, no puedes. Ni aunque fueras capaz de mantener la erección, que lo dudo, podrías complacerla. Avril prefiere montar a que la monten, y tú no estás en situación de estar tumbado sobre tu culo recibiendo su feroz cabalgada. Vete y vuelve cuando se te ha dicho.

—Tal vez el sábado lo piense mejor y decida que Avril no merece lo que puedo darle —repuso Uriel, el nombre de la Reina reverberando en su paladar. Avril, así se llamaba.

—Cuidado, sumiso, las paredes no sólo tienen ojos, y ofender a una reina no es inteligente —le advirtió Julio con voz grave, recordándole su posición en el Infierno.

—Este sumiso tiene un rabo que hasta la reina más soberbia se muere por disfrutar —afirmó Uriel molesto, dedicándole una combativa mirada antes de dar media vuelta y salir.

Calix se va a cabrear cuando me vea..., y con razón. Soy un cabrón egoísta. Iskra, en cambio, me abrazará y llorará aliviada. Y no sé qué me conmueve más, si la furia nacida de la preocupación de Calix o las lágrimas de felicidad de Iskra al ver que estoy bien. Joder, cuánto odio amarlos.

PENSAMIENTO FUGAZ DE URIEL,
25 DE DICIEMBRE DE 2018

Uriel se abrochó los pantalones sintiendo la piel en llamas contra la tela. ¿Cómo coño iba a hacer para no aullar de dolor cuando se sentara en el taxi?

Tomó el móvil de la taquilla, comprobó que no tenía batería, algo nada extraño, pues era muy viejo, y se puso el reloj. Parpadeó sorprendido al ver que las agujas marcaban las once. Era más pronto de lo que creía. Por lo visto, sí que le iba a dar tiempo de llegar a casa antes de que el padrino mafioso de Iskra pasara a recogerlos para llevarlos a la comida de Navidad.

Le hacía una ilusión bárbara. En serio. No sabía si podría vivir sin esa puñetera comida. Se sintió tentado de subir al Paraíso y buscar una pareja con la que perder el tiempo hasta que sus amigos se hubieran ido de casa. Así se evitaría tener que mirarlos a la cara y decirles que no pensaba acompañarlos. Aunque seguro que Calix ya se lo esperaba. El problema era Iskra. Se sentiría decepcionada y, por alguna extraña razón, no quería decepcionarla. Y no era que no lo hubiera hecho unas cuantas veces ya. Pero no quería seguir haciéndolo. Aunque lo haría. Estaba en su naturaleza decepcionar a quienes lo amaban.

Subió la escalera que llevaba al Limbo, el salón que había en la planta baja

del Lirio Negro y que era a su vez la antesala al Paraíso y al Infierno. Atravesó el recinto esquivando a las personas que allí había y se detuvo antes de cruzar la puerta del Paraíso. ¿Adónde coño iba? Estaba hecho una mierda, le dolía todo y no tenía ganas de follar. O, al menos, no tenía ganas de follar con cualquiera, porque a esa zorra engreída de la Reina se la metería con gusto.

Sintió una punzada de excitación al pensar en ella, aunque tampoco era que lo sorprendiera. Avril, pensó saboreando su nombre, se había convertido en un desafío. Dos veces lo había masturbado y llevado al delirio hasta hacerlo suplicar por la liberación.

Y en ninguna de las dos le había permitido correrse.

Apretó los puños con furia, consciente de que si huía nunca podría correrse en la boca, la mano o el coño de la diminuta y excitante mujer. Aunque tampoco era algo tan importante, se mintió. Había muchos coños, bocas y culos en los que correrse y muchas pollas por saborear. No pensaba obsesionarse con una sola persona habiendo tantas en el mundo. Ni siquiera aunque esa persona fuera la mujer más tentadora, desafiante y fría que hubiera conocido nunca.

Abandonó el salón, salió a la calle y se detuvo petrificado. Por lo visto, no iba a tener que decirles a sus amigos que no los acompañaría a comer. Se había equivocado al leer la hora. No eran las once de la mañana, sino de la noche. La comida había terminado hacía horas.

Paró el primer taxi que vio y veinte minutos después llegaba al piso que compartía con las dos personas que se habían convertido en parte fundamental de su vida.

—¿Dónde narices estabas? —le reclamó enfadado un hombre de ojos verdes, cuerpo de infarto y melena castaña con reflejos dorados en el preciso instante en que entró en el piso.

—Follando en el Lirio Negro, ¿dónde, si no? —respondió Uriel con descaro.

Y justo en ese momento una menuda morena con pechos rotundos, cintura de avispa, caderas imponentes y cara de ángel se abalanzó sobre él, abrazándolo.

—Menos mal que estás bien. —Le acarició la cara alzando sus cariñosos ojos hacia él. Y a Uriel se le encogió el estómago al verlos llenos de lágrimas—. Estaba aterrada pensando que te había pasado algo.

—Os dije que había alquilado una mazmorra para...

—... disfrutar de una noche de sexo salvaje en la que te iban a torturar hasta dejarte entumecido —finalizó Iskra la frase por él—. No es que eso sea muy tranquilizador; además, llevas sin dar señales de vida desde ayer a mediodía... Y eso son un montón de horas en las que te podrían haber sucedido cosas horribles. Y no sólo en esa espantosa mazmorra. Podría haberte atropellado un coche o podrían haberte robado, pegado y dejado inconsciente y herido en una cuneta, o podría haberte caído una maceta sobre la cabeza. —Fijó en él sus ojos castaños llenos de inquietud y lágrimas—. O podría ser que quien te mandó ese espantoso muñeco te hubiera secuestrado y matado. O torturado. O pegado. O...

—Tienes demasiada imaginación —la interrumpió Uriel, conmovido por el profundo cariño que le mostraba, aunque se esforzó en que su cara no revelara los inoportunos sentimientos que lo atravesaban. No podía bajar la guardia con ella o acabaría cediendo a todos sus deseos con tal de no disgustarla—. Ya ves que estoy de maravilla.

Iskra le miró inquieta las manos, más exactamente las muñecas llenas de abrasiones, y Uriel se apresuró a tirar de los puños de la camisa para tapárselas, arrancándole un suspiro de pesar a la muchacha.

—Creí que te habías marchado sin decirme siquiera adiós —musitó acongojada.

—¿Sin maleta? ¿Sólo con la ropa que llevo puesta? —inquirió Uriel burlón, secándole los pómulos con los pulgares para luego darle un beso en la punta de su naricilla.

—Parecías tan decidido a irte... —hipó decaída.

—Y voy a hacerlo, pero no me iré sin robarte un beso. Uno con lengua, por supuesto —señaló malicioso antes de mirar a Calix—. Y si tu novio no fuera tan soso, incluso podríamos echar un polvo a tres bandas y tener una despedida apoteósica.

Le acunó la cara entre las manos y se inclinó hacia ella, la mirada fija en su boca.

—Ves cómo no tenías por qué preocuparte. No le ha pasado nada malo, sigue siendo el mismo capullo arrogante de siempre —intervino Calix antes de que cumpliera su amenaza de besarla. No sería la primera vez que lo hiciera. Ni que recibiera su merecido por ello.

—Ya sabes lo que dicen: bicho malo nunca muere, y yo soy el peor de todos —replicó Uriel esbozando una indolente sonrisa.

—Tú no eres malo —rebatió Iskra abrazándolo de nuevo—. No quiero que te vayas. Y Calix tampoco. Te queremos —afirmó apoyando la cabeza contra su hombro.

—Querer, qué sentimiento tan inútil e improductivo. Preferiría que me desearas, es mucho más agradable y entretenido, sobre todo si acabamos follando. —Le guiñó un ojo y de súbito bajó la cabeza y le dio un fugaz beso en los labios, apartándose antes de que Calix reaccionara—. Ahora, si me lo permitís, voy a darme una ducha para quitarme todos los trajes de saliva que me han hecho esta noche... —comentó provocativo antes de salir.

* * *

—La has hecho llorar, sólo por eso mereces que te dé una paliza —le soltó Calix a Uriel cuando éste entró en su dormitorio tras la ducha.

El segoviano lo esperaba sentado en la cama; la espalda apoyada en el cabecero, las piernas estiradas y los pies desnudos cruzados por los tobillos.

Y Uriel no pudo evitar pensar que estaba para comérselo. Despacito y saboreándolo.

—Adelante, me encantaría sentir tu mano en mi culo. —Se quitó la toalla que llevaba enrollada en las caderas, mostrándose en toda su gloria—. Aunque, si me das a elegir, prefiero que te entretengas con mi verga. ¿Te apetece comérmela un rato? —Se llevó la mano a la entrepierna.

Calix resopló desdeñoso, conocía bien a Uriel y ya no se sorprendía por sus atrevidas proposiciones. Hacía tiempo que sabía que, cuanto más trataban de llegar a él, más provocador se volvía. Era como si quisiera mantenerlos alejados con su actitud hiriente y díscola.

—No te esfuerces, Uriel, no me lo trago.

—No es necesario que te lo tragues, cuando me vaya a correr, te aviso y te apartas.

—Déjalo ya —exigió el segoviano saltando de la cama—. No vas a espantarme, ¿vale? Hagas lo que hagas, no vas a conseguir que deje de apreciarte.

—Por favor, ¿te estás escuchando? Ya hablas como ella —dijo refiriéndose a Iskra y su manía de querer a todo el mundo sin importar si lo merecían o no. Y él, desde luego, no lo merecía—. ¿Tú también vas a empezar a amargarme la existencia repitiéndome continuamente que eres mi amigo y me quieres? Estáis tan empalagosamente enamorados que temo sufrir una hiperglucemia si me acerco demasiado a vosotros. Dais grima, joder. —Simuló estremecerse—. Anda, ve a follártela y deja que me haga una paja tranquilo.

Se dio media vuelta para ir al armario y ponerse alguno de los pantalones que no había metido en la maleta. Y en ese momento se dio cuenta de que había cometido un tremendo error de cálculo al despojarse con tanta alegría de la toalla y dejar su trasero al descubierto.

—Pero ¿qué te han hecho? —Oyó el jadeo angustiado de Calix y sintió que se le atenazaba el corazón. No quería que se preocupara por él. Mucho menos que lo compadeciera.

—Follarme a conciencia —replicó sin volverse para mirarlo.

—Santo Dios, Uriel, eso no es sexo. Eso es tortura. ¿Qué narices te pasa?

¿Por qué te haces esto?

—No me hago nada, el dolor bien administrado puede ser muy excitante — repuso abriendo el armario para buscar algo que cubriera sus verdugones. Pero sólo encontró los trajes y camisas de vestir que usaba para trabajar, pues el resto de su ropa estaba en la maleta.

De todas maneras, tal como tenía el culo, prefería no ponerse pantalones, así que optó por buscar unos calzoncillos de algodón que había guardado en la maleta. Se giró para ir a por ella y en ese momento recordó que el día anterior la había dejado sobre la cama. Pero ya no estaba allí. Revisó la habitación con la mirada sin encontrarla.

—Iskra la ha escondido —señaló Calix, intuyendo lo que buscaba.

—¿Por qué?

—No quiere que te vayas. Y yo tampoco.

—¿Me habéis robado la ropa para evitar que me vaya? —jadeó perplejo —. Eso es... una genialidad. En serio, la idea más brillante que habéis tenido nunca —exclamó mordaz, saliendo de su habitación para entrar en la de Calix y sacar del armario unos viejos pantalones de chándal del segoviano, que se puso sin dudar.

—También he guardado ese escalofriante muñeco desmembrado que recibiste ayer.

Se quedó paralizado. Por un momento había olvidado el maldito regalo de Navidad de Némesis. Sintió que el estómago se le revolvía y la bilis ascendía hasta rozar su garganta.

—¿Lo has tirado? —inquirió sin mirarlo.

Deseaba..., no, necesitaba que la respuesta fuera afirmativa. No podría soportar ver de nuevo el escalofriante muñeco con las extremidades y la cabeza arrancadas y cubierto de salsa de tomate reseca que parecía sangre coagulada. No se veía con fuerza para volver a tocarlo, ni siquiera para tirarlo a la basura. Y no era que no hubiera recibido docenas de muñecos

desmembrados a lo largo de los últimos siete años. Pero los Nenucos eran especialmente dolorosos debido a su apariencia de bebés.

—Iskra quería hacerlo, pero no la dejé.

—Claro que no. Siempre se le puede dar uso a un muñeco desmembrado. —Ocultó su desesperación con una forzada carcajada—. Si lo ponéis en el mueble daría el pego como adorno. O podéis anclar las piernas y la cabeza en la pared y hacer una percha de lo más perturbadora.

—Adán nos recomendó que lo guardáramos como prueba para poder denunciarlo —señaló Calix, ignorando su sarcasmo.

—No me jodas, Calix. ¿Por qué coño has metido a Adán en esto?

—¿Tal vez porque has recibido una amenaza y él es policía? —ironizó.

—Es un puto vecino, y no he recibido ninguna amenaza, sólo un regalo macabro.

—Es un amigo, y recibir un muñeco desmembrado en la misma fecha que tu esposa se suicidó tirándose desde un noveno piso es mucho más que un regalo macabro.

—Adán no es mi amigo —replicó Uriel, ignorando el resto de la frase.

—Pero sí de Rodrigo. Y él también está preocupado.

—Estupendo, esto mejora por momentos. Mi mejor amigo y su novia me esconden la ropa y mi jefe decide meterse donde nadie lo llama y contarle Dios sabe qué exagerada historia a un puto policía, ¿cómo coño...? —Se calló presa de un inquietante pensamiento. Había recibido el muñeco poco antes de que Calix e Iskra fueran a celebrar la cena de Nochebuena con Rodrigo y sus amigos, que también eran vecinos de ese edificio—. ¿Cuándo se lo dijisteis?

—Surgió la conversación durante la cena y...

—¿Surgió? Claro, por supuesto, en todas las cenas navideñas se habla de muñecos desmembrados y suicidios. Es de lo más usual. ¿Cómo no se me habrá ocurrido? —exclamó agobiado al comprender que las personas con las que se cruzaba a diario se preguntarían por qué había recibido tan siniestro regalo y todo volvería a empezar como siempre. Y acabarían echándolo de su

casa, también como siempre. Aunque ya no importaba, antes de que eso pasara estaría lejos de allí—. ¿Por qué coño se ha metido donde no lo llaman?

—Porque vio tu reacción cuando lo recibiste en la camisería y estaba preocupado por ti.

Porque, por supuesto, Némesis no podía mandarle el puñetero presente discretamente a casa. No. Tenía que mandárselo a la camisería en la que trabajaba cuando más vulnerable era. El día que más lo atormentaban los remordimientos y más miserable se sentía. El día que Roser, siete años atrás, se había quitado la vida. Por su culpa.

—Todos estábamos preocupados, por eso lo comentamos con Adán — continuó Calix.

—Pues rezad por mi alma y dejadme en paz —siseó malhumorado saliendo del cuarto.

Chocó con Iskra, que lo esperaba nerviosa en el pasillo, junto a la puerta.

—No puedes irte. Si te marchas antes del viernes, Rodrigo no te arreglará los papeles del paro —le recordó la amenaza de su jefe.

—Pues entonces tendré que tirar con mis ahorros. —Tomó una gran bocanada de aire para contener su mal genio y no pagarlo con la muchacha. Ella no se lo merecía—. Lo siento, princesa, pero estoy aburrido de hacer siempre las mismas camisas sosas y horteras —repitió la mentira que había contado hacía treinta horas—. Necesito marcharme y hacer algo más interesante.

—No te marchas. Huyes —rebatió muy seria, sus enormes ojos marrones llenos de compasión—. Te has asustado tanto al recibir ese muñeco que vas a abandonarlo todo...

—Por favor, no veas tantas series melodramáticas, te meten ideas estúpidas en la cabeza. —Puso los ojos en blanco—. ¿No te has planteado que lo que tal vez me ocurre es que no soy un sentimental como vosotros y no me van las relaciones de amistad? De hecho, lo que me gusta es follar, y dado que no os

prestáis voluntarios, más me vale partir en busca de nuevos horizontes con los que disfrutar —dijo hiriente.

—Eres un cobarde —sentenció la joven dándole la espalda. Entró en su dormitorio y cerró la puerta con la dignidad de una reina.

—Yo no pienso que seas un cobarde, tampoco que huyas porque tienes miedo —apuntó Calix—. Creo que te sientes tan culpable por lo que fuera que pasara con tu mujer que crees que no mereces ser feliz. Por eso te comportas como un cabrón egoísta e insensible, y por ese mismo motivo vas a abandonar todo lo que quieres —sentenció antes de seguir a su novia.

Hoy me ha guiñado un ojo. Mi padre me estaba dando la charla por equivocarme y Uriel me ha sonreído y guiñado un ojo sin que papá lo viera y luego me ha ayudado a solucionarlo. Es tan maravilloso! Aunque no sé cómo soporta a papá, porque se porta fatal con él. No hace más que darle órdenes y mirarlo mal. Creo que le tiene envidia, porque en las tres semanas que lleva aquí Uriel se ha hecho imprescindible para el negocio. Las clientas lo adoran, los clientes lo admiran, y yo no puedo dejar de mirarlo. Es tan guapo. Y simpático. Y encantador. Y... ¡todo! Creo que me estoy enamorando un poquito de él.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK,
20 DE JUNIO DE 2009. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO

Qué tío más majo!! Quiero foto!

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
20 DE JUNIO DE 2009

Miércoles, 26 de diciembre de 2018

Eran cerca de las nueve de la mañana cuando Calix e Iskra se encontraron en el portal con su jefe, Rodrigo, pues todos vivían en el mismo edificio y juntos tomaban el transporte público para ir a la camisería artesanal en la que trabajaban.

Rodrigo, un esbelto albino de ojos violetas más cerca de los cincuenta que

de los cuarenta, miró a la pareja y frunció el ceño al ver que faltaba el tercero en discordia: Uriel.

—¿Se ha marchado? —inquirió con una mueca de preocupación.

Calix negó con un gesto.

—Está en casa. Dice que se largará después de comer, pero creo que sólo está esperando a que nos vayamos para irse sin despedirse.

Rodrigo asintió con un gesto. No era propio de Uriel evitar enfrentarse a los demás, pero tampoco era normal que huyera... y eso era exactamente lo que iba a hacer.

—No se irá hoy, estará en la camisería antes del mediodía —afirmó Iskra con una seguridad que asombró e intrigó a sus compañeros—. No puede irse sin dinero —dijo como si eso lo explicara todo, aunque no explicaba nada— y, además, le voy a dar una excusa para que se quede. —Sonrió traviesa—. Se me ha ocurrido algo a lo que no podrá negarse...

Rodrigo cabeceó aquiescente y echó a andar. Uriel estaba determinado a marcharse y no parecía factible que fuera a cambiar de idea, pero no era la primera vez que Iskra le tendía una trampa a uno de sus empleados para sacarlo de la angustia que lo paralizaba. Y si con Calix había funcionado, no veía por qué no iba a hacerlo con el rebelde maestro camisero.

* * *

¿Dónde coño habían guardado la puñetera maleta?

Uriel llevaba un buen rato buscándola y no había conseguido encontrarla, lo que significaba que no estaba en casa. ¿Y si Iskra se la había dado a Rodrigo? Era muy capaz de hacerlo, aunque no se imaginaba a su estirado jefe entrando en el juego. A él no, pero a su mujer, Gala, sí. Sin lugar a dudas. Y dudaba mucho que esa bruja castrahombres se la devolviera aunque se la pidiera amablemente. Lástima que no se le diera bien allanar casas y robar maletas, porque sería la solución perfecta a su problema.

Regresó al dormitorio ignorando el punzante dolor de pelotas que sentía a cada paso y abrió el armario. Trajes, camisas, corbatas y zapatos. Nada más.

¿Y qué más daba? No había ninguna regla que dijera que los fugitivos tenían que vestir vaqueros, sudaderas y deportivas. Revisó la ropa que colgaba ordenada de las perchas y una rabia feroz e ingobernable lo recorrió. Adoraba cada una de esas prendas. Había elegido con mimo cada traje y corbata, y había dedicado horas a hacerse cada camisa. Había escogido las telas, los botones, el estilo, los cuellos y, en definitiva, cada distintivo que las hacía únicas.

Y no podía llevárselas. Porque de ninguna manera le cabría en una sola maleta toda la ropa que había adquirido durante ese año en el que había empezado a sentirse libre.

Tomó un traje y una camisa y cerró el armario con tanta fuerza que la puerta rebotó. Tiró la ropa sobre la cama y abrió el cajón de la cómoda para sacar un bóxer y un par de calcetines. Pero estaba vacío. Toda su ropa estaba en la jodida maleta que no encontraba. Arrancó los cajones y los lanzó contra la pared a la vez que un rugido de puro sufrimiento escapaba de su garganta. Era tan injusto... Llevaba siete años pagando con dolor y soledad, ¿no era suficiente? ¿Tenía que perderlo todo otra vez?

Había cometido un error tremendo al bajar la guardia y permitir que Calix e Iskra se colaran en su corazón. Si había sobrevivido cuerdo los últimos años había sido porque no se había permitido forjar amistades y mucho menos hacer algo tan estúpido como enamorarse y dejar que los amigos que no debería tener se volvieran piezas imprescindibles en su vida. Porque eso hacía mucho más doloroso dejarlo todo atrás y desaparecer.

Y había aprendido por las malas que antes o después siempre tenía que huir.

Robó del dormitorio de Calix los calzoncillos y unos calcetines y se vistió presuroso. Debía marcharse sin más dilación. Compraría ropa cuando estuviera lejos de Némesis, mientras tanto, se apañaría con un par de trajes.

Los echó en una bolsa, revisó los horarios de los autobuses que salían de Madrid y abrió el cajón de la mesilla para coger la cartera. Pero no estaba allí. Ni en ningún otro sitio. La buscó por todas partes, pero, al igual que la maleta, había desaparecido.

Una sospecha surcó su mente, cogió su viejo móvil y marcó un número.

* * *

—Camisería Castro, buenos días —respondió de forma mecánica Calix al descolgar el teléfono. Y abrió los ojos como platos al descubrir quién era su interlocutor. Dejó el aparato sobre el refinado mostrador de la tienda y se encaminó al taller—. Iskra, Uriel está al teléfono, quiere hablar contigo —le dijo a su novia, que estaba en un extremo de la larga mesa de trabajo, concentrada en ojalar la tapeta de una camisa artesanal.

—Oh, ¿qué querrá? —fingió sorprenderse. Atravesó con agilidad la tienda y tomó el teléfono con una sonrisa que irradiaba felicidad—. Hola, Uriel, ¿has cambiado de opinión? Espero que sí, porque Pavel va a encargarnos más camisas y estamos desbordados. Si te marchas no podremos terminarlas y se disgustará muchísimo. Y mejor no hablar de la camisa de renos y de la de calcetines rojos que Niemiec y Kiril encargaron para Reyes. Las has dejado a medias y, si te vas, tendremos que trabajar el fin de semana para entregarlas en fecha y no podremos pasar esos días con la familia y será muy triste. Y no está bien que la gente se sienta triste en Navidad, ¿no crees? Además, si no estás, va a ser la Nochevieja más triste de todas...

Se interrumpió para tomar aire y Uriel aprovechó para intervenir y tratar de convertir el monólogo de Iskra en una conversación. Pero cuando terminó de exponer su problema la joven ya había vuelto a llenar los pulmones y se lanzó de nuevo al ataque:

—¿En serio has perdido la cartera? No me lo puedo creer. ¿Cómo puedes ser tan despistado? Pues vaya faena, sin las tarjetas bancarias no puedes sacar

dinero y, sin documentación, no vas a poder ir muy lejos. Vas a tener que cambiar de planes y quedarte al menos hasta que te hagan un carnet de identidad nuevo y los bancos te manden otras tarjetas. Y suelen tardar varios días, tal vez incluso un par de semanas. Y, mientras se soluciona eso, bien podrías venir a la tienda y hacer tu trabajo...

* * *

Uriel estalló en carcajadas y colgó el teléfono. Maldita intrigante, se la había jugado bien porque, tal como le había dicho, no podría ir muy lejos sin dinero, tarjetas ni DNI. ¡Menuda tramposa estaba hecha! Ése era el problema con Iskra. Con su carita de ángel y sus sonrisas inocentes, era capaz de enredar al mismo diablo y convertirlo en un tierno corderito. O de sacar a un hombre del infierno y llenar su vida de felicidad, como había hecho con Calix. Y como trataría de hacer con él si bajaba la guardia. Sólo que para él no había remisión posible.

Bajó a la calle para ir a la camisería y exigirle que le devolviera la cartera, pero al entrar en el metro y llegar a los torniquetes se dio cuenta de que no tenía abono ni dinero para comprar un billete. Así que, como era mayor para colarse de un brinco, salió de nuevo, se cerró el abrigo sobre la chaqueta del traje y echó a andar. Si caminaba a buen paso tardaría algo menos de tres cuartos de hora en llegar a la camisería.

Y más le valía darse prisa, porque tenía trabajo para dar y tomar. Nada más entrar, se pondría con la camisa de Kiril. La tenía estructurada e Iskra ya había ojalado la tapeta, por lo que sólo restaba coserla. Si comía en la tienda podría dejarla terminada y así ocupar el jueves en cortar patrones. El viernes lo dedicaría a dejar preparadas las telas y, entre el sábado y el lunes, se pondría con los puños y los cuellos, aunque no le daría tiempo a terminarlos. El lunes era Nochevieja y cerrarían a mediodía, lo cual era un verdadero incordio

porque Niemiec quería la camisa de renos para la cabalgata del sábado. Resopló agobiado. Era imposible que le diera tiempo a todo. A no ser que...

Sacudió la cabeza al percatarse de que estaba programando el trabajo para los próximos diez días, cuando no pensaba quedarse ni uno más. Pero, si no terminaba su trabajo, los demás tendrían que hacerlo por él, y eso significaba que habrían de hacer horas extras en una época en la que deberían estar más tiempo con su familia.

Su huida se convertiría en un problema y una putada de dimensiones colosales para sus compañeros. Y no se merecían eso.

Se pasó las manos por el pelo y por un segundo se permitió pensar qué pasaría si cambiaba las reglas del juego que se traía con Némesis y, en lugar de huir, se quedaba.

Llevaba años escapando en el mismo momento en que el vengativo ser lo encontraba. Tras el suicidio de Roser había aprendido por las malas que hacer caso omiso de las cariñosas atenciones de Némesis y seguir con su vida como si no pasara nada sólo posponía lo inevitable y hacía más dolorosa la huida. Porque la rencorosa diosa siempre acababa consiguiendo que las personas con las que convivía, y a las que no se atrevía a llamar amigos, lo aborrecieran. También que lo expulsaran del trabajo y de los pisos alquilados en los que vivía.

Así que ahora desaparecía sin mirar atrás ni perder un instante en cuanto recibía su primer mensaje. Pero ¿qué ocurriría si se quedaba? No tenía nada que perder. Al contrario, si huía perdería a quienes apreciaba y el empleo que lo llenaba. Pero si se quedaba podría acabar su trabajo en vez de dejar a su jefe en la estacada y permanecer junto a esos amigos a los que quería más de lo que era prudente. Y aunque más pronto que tarde Némesis lograría que Calix e Iskra lo despreciaran y que Rodrigo lo despidiera asqueado, al menos recuperaría parte de su dignidad perdida al enfrentarse a su enemiga por primera vez en un lustro.

Y, si se quedaba, también podría ir al Infierno el sábado y tirarse a la

Reina.

Se detuvo sorprendido por el estremecimiento que le provocó ese pensamiento.

Joder, sí. Iría al Infierno y se enzarzaría en una lucha con ella en la que acabaría taladrando cada uno de sus agujeros. Aunque tal vez fuera él quien acabara sometido y follado. Su verga se alzó ansiosa ante tal perspectiva.

Qué coño, claro que se iba a quedar, no tenía nada que perder y sí mucho que ganar.

Exhaló una carcajada que disipó la congoja que lo paralizaba y aceleró el paso sintiéndose fortalecido. Puede que esa decisión le costara la cordura y tal vez hasta la vida, pero, en fin, nunca había tenido mucho de la primera y la segunda no valía nada si no podía vivirla como deseaba.

Tiempo después se paraba frente a la elegante puerta de la camisería. Tomó una gran bocanada de aire y entró sin pensarlo más. Calix estaba tras el mostrador, revisando el libro de pedidos. Alzó la cabeza y lo miró sonriente.

—Supongo que no sabes dónde puede estar mi cartera, ha desaparecido misteriosamente esta mañana —le reclamó Uriel sin saludarlo.

—Qué desaparición tan inoportuna... —comentó Calix negando con la cabeza.

—Sí, muy inoportuna. Tu querida novia tampoco sabrá nada, imagino.

—¿Iskra? No creo. De todas maneras, está en el taller, con Rodrigo y Rosalía, acércate y pregúntale. Tal vez tengas suerte.

Uriel asintió con un gesto y se encaminó hacia allí.

—Por cierto, se me olvidaba decirte que Pavel llamó hace un rato —dijo Calix como si tal cosa—. Ha encargado tres camisas y las quiere para finales de enero.

Uriel se volvió para mirarlo. Pavel Alekseev era un peligroso mafioso que tenía una relación muy especial con Iskra. Tan especial que se comportaba como un obsequioso padrino y accedía a todos los deseos de la muchacha. No le costó intuir a qué era debida su repentina exigencia disfrazada de petición.

—E imagino que ha especificado que quiere que las confeccione yo — comentó Uriel. Calix asintió sonriente—. Casi me alegro de que Iskra te haya elegido a ti... Es una jodida intrigante.

Se dio media vuelta y continuó hasta el taller. Cuando entró, Iskra le regaló una enorme sonrisa que le aceleró el corazón. Rosalía le dirigió la mirada que una madre enfadada le echaría a su rebelde hijo y Rodrigo lo taladró con sus penetrantes ojos violetas.

—Llegas tarde —le recriminó.

—Ha desaparecido mi cartera y no tenía dinero para el metro, así que he tenido que venir andando y no estoy en tan buena forma como Calix que, como sabéis, corre a diario, de ahí que estas dos preciosidades —señaló a las mujeres— no desaprovechen ninguna oportunidad para mirarle el culo, mientras que a mí no me hacen ni caso —dijo con descaro.

Rodrigo lo observó impertérrito durante unos interminables segundos.

—Calix me ha comentado que Pavel ha encargado varias camisas, ¿dónde están los albaranes con los detalles? —preguntó incómodo Uriel para llenar el denso silencio.

Rodrigo señaló el lugar que siempre ocupaba Uriel. Varias hojas llenas de anotaciones hechas con la pulcra letra de Calix esperaban ordenadas en su rincón de la mesa.

—Tienes hasta finales de enero para hacerlas —le advirtió el albino con voz severa.

—Eso me ha dicho Calix. —Leyó los detalles del encargo—. Vamos a ir muy apurados, tenemos que terminar varias camisas para Reyes y todavía no hemos empezado las de Gavril y Velkan... —comentó como si nunca hubiera pensado en irse.

—Pues entonces no tienes tiempo que perder —señaló Rodrigo.

Uriel asintió con un gesto y ocupó su silla. Y, sin que fuera consciente de ello, sus labios se distendieron transformándose en una sonrisa de sincera

satisfacción cuando abrió el cajón y sacó los atados que contenían distintos cortes de una tela con estampado de renos.

Dulce Roser, qué pasa con la foto?!! Aún no la has mandado y quiero verlo!! No puedo aguantar más sin saber cómo es!! No te olvides de mí, porfaplease!!

USUARIO OJITO CONMIGO, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A DULCE ROSER,
23 DE JUNIO DE 2009. 1 «ME GUSTA»

Ay, sí!! Es que mi padre no me quita el ojo de encima cuando Uriel está en la tienda y, claro, si me ve hacerle una foto va a pensar lo que no es, jajaja.

RESPUESTA DE DULCE ROSER,
23 DE JUNIO DE 2009

Viernes, 28 de diciembre de 2018

En el momento en que salió de la estación de metro, Uriel aceleró el paso dejando atrás a sus compañeros. Recorrió raudo las calles que lo separaban de la camisería y cuando faltaban unos metros para llegar sacó las llaves del bolsillo. Con ellas en la mano, desbloqueó el cajetín de la reja y, sin esperar a que ésta subiera por completo, pasó bajo ella y recogió la correspondencia que el cartero echaba entre los barrotes cada día poco después de que cerraran para comer.

Si quería sobrevivir a Némesis tenía que adelantarse e interceptar sus ataques. Y eso era lo que estaba haciendo. Le dio la espalda a la calle y, por

ende, a sus compañeros aún lejanos, y revisó con meticuloso cuidado las cartas. No sería el primer sobre de proveedores o bancos que Némesis falsificara para meter en él algo muy distinto de facturas o extractos de cuenta y que le llegara a su jefe. Con el corazón acelerado, palpó cada misiva deteniéndose en una cuyo exterior anunciaba importantes ofertas en material de oficina. Por lo que podía tocar, contenía algo más grueso y rígido que un par de hojas de propaganda. Algo que bien podía ser una foto. O varias. Deslizó los dedos por la solapa tentado de rasgarla, a pesar de que estaba dirigida al dueño de la camisería, que desde luego no era él, para comprobar que no contenía nada comprometedor.

—¿Ocurre algo?

Uriel se sobresaltó al oír a Rodrigo tras él y se volvió comprobando que Iskra y Calix también estaban a punto de llegar. Ocultó su desazón bajo una sonrisa indiferente.

—Que debes dinero a Iberdrola, al Canal de Isabel II y a Thomas Madsen. —Le tendió burlón las facturas, e incluso se las apañó para que su mano apenas temblara al entregarle la dichosa publicidad que bien podía no serlo.

—Madre mía, Uriel, cada vez caminas más rápido. —Iskra llegó hasta ellos sin resuello. Y ni Uriel ni Calix pudieron evitar fijar la mirada en esa parte de su anatomía que subía y bajaba con gran notoriedad en cada inspiración, motivo por el cual Calix se plantó ante ella privando a Uriel de la magnífica visión. Había paraísos que sólo él podía contemplar—. Como sigas haciéndome correr así, voy a perder todos los kilos que me sobran...

—Y entonces me enfadaré, porque adoro cada uno de tus kilos y echaría muy en falta los que perdieras —comentó Calix besándole la punta de la nariz.

La joven se volvió hacia su novio esbozando una radiante sonrisa y le plantó un beso en la boca. Uno muy corto, eso sí, sus sobrepasados pulmones no le permitían más.

—Si repartes besos, me ofrezco voluntario, incluso puedo hacerte el boca a boca —se brindó Uriel acercándose a Iskra con actitud depredadora.

En lugar de una recriminación recibió un tierno abrazo y un beso aún más tierno. Y, por extraño que fuera, ese dulce ósculo tuvo la facultad de calmarlo, incluso cuando entraron en la camisería y Rodrigo abrió las cartas.

Un súbito alivio lo recorrió al ver que el sobre sospechoso contenía un inocente catálogo de artículos de papelería. Sus tensos músculos perdieron rigidez y parecieron volverse de gelatina al comprender que había ganado un día más de libertad.

O tal vez no. Némesis no seguía horarios y todavía podían pasar muchas cosas esa tarde, como por ejemplo que Calix abriera un email con imágenes comprometidas. Aunque eso último era bastante improbable. Rodrigo no comulgaba con las nuevas tecnologías y se negaba a anunciarse por internet, lo que significaba que la dirección de correo electrónico no constaba en ninguna página web. Y eso le daba un respiro. Némesis podía hacer verdaderas masacres con un jodido email.

Esbozando tal vez la primera sonrisa del día, tomó a Iskra de la mano y se dirigió con ella al taller. Había mucho trabajo que hacer y no podía perder el tiempo.

—Parece bastante obsesionado con la correspondencia —le comentó Rodrigo a Calix cuando Uriel estuvo fuera de la tienda.

Calix asintió con un gesto. No le había pasado desapercibido que su amigo, además de recoger las cartas de la tienda, también abría el buzón de casa.

Varias veces al día.

—También le preocupan los mensajeros —comentó recordándole su súbita palidez cuando habían recibido un paquete de MRW.

—Tienes que hablar con él...

—Como si eso fuera fácil... —masculló Calix. Uriel pasaba cada minuto de su tiempo libre encerrado en su dormitorio, viendo películas porno y haciéndose pajas, o al menos eso era lo que le decía cada vez que llamaba a su puerta.

Con Uriel todo empezaba y acababa con el sexo. Desde luego, era una

grandiosa excusa para deshacerse de él. Y de Iskra.

* * *

Sábado, 29 de diciembre de 2018

Eran casi las tres de la tarde cuando Uriel entró en el portal y se paró frente al buzón para recoger la publicidad que hubiera llegado. Y no podía ser mucha porque lo había mirado antes de irse a trabajar, esperando, como en cada ocasión que recogía el correo, encontrarse una desagradable sorpresa.

Pero esa sorpresa no llegaba.

Y la espera comenzaba a desquiciarlo, que era justamente lo que quería Némesis. Y eso era algo que no se podía permitir. Debía mantenerse atento porque, si no era capaz de anticiparse, prever sus ataques y contrarrestarlos, volvería a perderlo todo.

Se masajeó los doloridos músculos de la nuca buscando un alivio que no llegó. Tenía los nervios a flor de piel, y eso que sólo llevaba en el juego cinco días. Incluso menos, pues había pasado uno de ellos con la Reina, refugiado tras los muros del Infierno. Sonrió ante la incongruencia de ese pensamiento. El Infierno no era un refugio, y su reina, desde luego, no era una hermanita de la caridad. Al contrario, era un tentador súcubo¹ que había invadido sus sueños y sus vigiliass.

Un súcubo al que esa noche se iba a follar.

Tiró los folletos en la papelera y se guardó en el bolsillo del abrigo un sobre publicitario cuyo peso y grosor le habían parecido sospechosos para revisarlo más tarde, en la segura soledad de su dormitorio. Por nada del mundo iba a arriesgarse a dejarlo en la papelera para que algún vecino cotilla lo abriera y encontrara algo que no debería ver.

—¿Piensas comprar una piscina? —inquirió Calix tras él, sobresaltándolo.

Maldito segoviano, cuando quería podía ser muy sigiloso.

—¿Para qué quiero una piscina en pleno diciembre? —Uriel lo miró como si se hubiera vuelto loco—. Y, sobre todo, ¿dónde narices voy a meterla? ¿En nuestro inmenso salón de dos metros cuadrados?

—No lo sé, dímelo tú. Acabas de guardarte, como si fuera un tesoro, publicidad de piscinas. —Calix señaló con un gesto el sobre que le asomaba del bolsillo.

Uriel se quedó paralizado. Joder, ni se había fijado en qué anunciaba, sólo había visto que su tamaño cuartilla, su rigidez y su grosor lo hacían sospechoso de contener fotos.

—Tengo la cabeza puesta en con quién voy a follar esta noche y no me doy cuenta de lo que hago —dijo con indiferencia tirando el sobre a la papelera. Lástima que el tic en su mejilla diera al traste con su, por otro lado, pésima interpretación.

—¿Y con quién vas a follar, que te tiene tan distraído? —inquirió Calix rescatando el sobre.

—Con la Reina del Infierno —respondió Uriel turbado—. ¿Por qué coño lo has cogido? Déjalo donde estaba.

—¿Con la Reina del Infierno? Creí que no te caía muy bien. —Lo miró intrigado.

Uriel la había mencionado hacía unos meses, describiéndola como una zorra fría y autocrática. Apenas le había comentado nada sobre ella, algo que en su momento le extrañó bastante, pues su amigo no tenía problemas en hablar, con pelos y señales, de cómo, cuánto y con quién follaba. Sin embargo, a la tal Reina la había citado de pasada, como si se resistiera a otorgarle importancia. Una actitud que, unida al apodo de la susodicha, había llamado poderosamente su atención. ¿Qué mujer en su sano juicio se proclamaría Reina del Infierno?

—Y no me cae bien, pero es... interesante —comentó Uriel, la mirada puesta en el sobre. Estaba tentado de quitárselo, pero el segoviano tenía los reflejos de un atleta y sabía que no conseguiría arrebatárselo. Y tampoco

quería azuzar su curiosidad enzarzándose en una lucha inútil—. Volvimos a coincidir el martes, y puede decirse que hicimos un trato...

—¿Fue con ella con quien estuviste? ¿Por eso llegaste tan tarde y exhausto? ¿Ella fue quien te torturó? —inquirió furioso, de buena gana le arrancaría las manos a esa sádica.

—Nadie me torturó —mintió—, y no estuve con ella, sino en su cama, lo cual, por desgracia, no siempre implica tener sexo —esbozó una sonrisa desdeñosa que no le llegó a los ojos—, y si acabé exhausto fue porque, como ya os dije, me corrí una buena juerga. Tira el puto sobre a la papelera y vámonos a casa —le ordenó nervioso al ver a través de las cristaleras del portal que Iskra y Rodrigo estaban a punto de llegar.

Calix no necesitó mirar hacia atrás para saber qué lo había alterado. Le había pedido a su novia y a su jefe que le dieran un poco de tiempo a solas con Uriel, pero no podían entretenerse demasiado o, además de levantar sospechas, acabarían congelándose de frío.

—¿No sientes siquiera un poco de curiosidad por ver qué tipo de piscinas se venden en invierno? —preguntó desafiante a la vez que rasgaba un lateral del sobre.

—Sean las que sean, seguro que no nos caben en la lata de sardinas que tenemos por piso —replicó Uriel con la voz estrangulada. Una vena le palpitó en el cuello y sus manos se cerraron en apretados puños al comprender que el tiempo se le acababa. No quería que Iskra supiera nada de su pasado. Calix tal vez podría hacer la vista gorda. Pero ella no. Era demasiado buena, no entendía la perversión ni la maldad, y él tenía de eso a raudales—. Tira la puta carta a la papelera y no subas mierdas a casa, joder —lo increpó tratando de arrebatársela.

—Te dará un ataque si saco lo que hay dentro —amenazó Calix esquivándolo. No era una pregunta.

—Sácalo si quieres, aunque no veo qué interés puedes tener en una jodida piscina —gruñó con voz tensa, la mirada fija en los papeles que asomaban por

el lateral rasgado.

—Recibirás más... regalos, ¿verdad? —indagó Calix con gesto severo.

—Por supuesto que sí. Este año he sido muy bueno y merezco muchos regalos —replicó Uriel, fingiendo no captar a qué se refería—. ¿Estás pensando en hacerme alguno? ¿Si te digo lo que deseo me complacerás? —Le plantó provocativo la mano en la entrepierna, aunque no pudo evitar que sus ojos se desviaran hacia el sobre durante un par de segundos.

Calix lo miró resignado, Uriel volvía a recurrir al sexo para zafarse de él. Y, aunque cuando se conocieron lo turbaba que tuviera las manos tan sueltas y la lengua tan larga, ahora apenas le molestaban sus descaradas insinuaciones o sus roces insolentes.

Le apartó la mano y clavó sus luminosos ojos verdes en él.

—Hablo en serio, Uriel, ¿esperas más regalitos de quien te envió el muñeco?

—Deja que sea yo quien se preocupe por eso y tú dedícate a tener bien follada a tu novia. No me gustaría tener que satisfacerla si vuelves a las andadas —dijo refiriéndose a los meses que Calix había luchado contra sus demonios hasta atreverse a ir un paso más allá con Iskra—. Aunque, ahora que lo pienso, sí que me gustaría satisfacerla. De hecho, podríamos organizar un *ménage à trois*, así podría enseñarte en vivo y en directo unos cuantos trucos, algo que no te vendría nada mal, dada tu larga abstinencia.

Calix sacudió la cabeza en una estoica negativa.

—Mira que llegas a ser gilipollas. —Le tendió el sobre en el preciso instante en que se abría el portal. Uriel se apresuró a quitárselo—. Pero, a pesar de eso, no estás solo. Recuérdalo, ¿vale? —Se dio media vuelta para atrapar a su chica, que en ese momento entraba en el vestíbulo, en un abrazo con beso incluido que la entretuvo el tiempo suficiente para que Uriel guardara el sobre en el bolsillo. Si él no quería compartir sus secretos, no iba a obligarlo a hacerlo.

—Id a una cama a aparearos, el portal es muy incómodo, aunque por

experiencia os digo que la posibilidad de que un vecino os pille es bastante excitante. —Uriel interpretó burlón su papel antes de subir la escalera, el corazón a punto de reventarle en el pecho.

Entró en casa, atravesó el pasillo a la carrera y se encerró en su dormitorio, el sobre abrasándole los dedos cuando lo sacó del bolsillo. Estaba seguro de que Némesis había puesto algo en él, porque, ¿qué empresario sería tan idiota de mandar publicidad de piscinas en pleno diciembre? Con la respiración agitada, sacó los papeles que contenía. Y, sí, eran piscinas.

—¡Joder! —Hizo una bola con los folletos y la lanzó contra la mesilla.

El impacto fue tan nimio que no lo ayudó a templar su furia. Golpeó las manos planas contra la pared y castigó el muro, o tal vez sería mejor decir sus manos, hasta que las palmas se le enrojecieron comenzando a quemarle y las muñecas se quejaron doloridas.

¿Cómo había sido tan estúpido de creer que era una trampa de Némesis? El vengativo ser jamás cometería la torpeza de mandarle algo en una envoltura tan susceptible de despertar su desconfianza. Se dejó caer en la cama y apretó la cara contra la almohada. Tenía que dominarse. No podía continuar en ese estado de nervios o acabaría cometiendo un error.

Necesitaba despejar la cabeza y centrar sus pensamientos en otra cosa.

Como, por ejemplo, en la mujer a la que esa noche iba a follarse por fin.

Seguro que un par de polvos con ella conseguían tranquilizarlo.

Saltó de la cama, en sus labios una insolente sonrisa, y se dirigió al armario para elegir la ropa con la que conquistaría a una reina. Tenía que ser algo que lo hiciera destacar por encima de todos los demás en un lugar en el que la apariencia lo era todo.

Creo que le gusto! Lo he pillado mirándome varias veces y, cuando eso pasa, me sonrío con esa sonrisa torcida tan maravillosa que tiene y me guiña un ojo. Y cuando mi padre no está, se acerca para hablar. Me ha dicho que le gusta estar conmigo, que soy muy divertida. Y también muy guapa!! Me va a dar algo!! Por cierto, ahí va la foto!

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK,
25 DE JUNIO DE 2009. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO

OMG!! Está como un tren!! Le hacía un favor, o dos, o tres, jajaja. Qué suerte tienes, cabrona!!

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
26 DE JUNIO DE 2009

Avril observó en los monitores anclados a las paredes de la Madriguera al hombre que acababa de entrar en el Tártaro, o, lo que era lo mismo, en el salón principal del Infierno. Destacaba entre la gente como lo hacía un luminoso faro en la noche más oscura. Donde todo era cuero, látex, piel desnuda y, de manera ocasional, vaqueros y camisetas, él deslumbraba con unos refinados pantalones granates y una ceñida camisa azul cobalto. Se había retirado el pelo de la cara y lucía una cuidada barba de varios días. Y se paseaba por allí con la seguridad de quien se sabe deseado. Algo que, a tenor de las intensas miradas que recibía, era del todo cierto.

Lo vio pedir en la barra, y cuando le sirvieron tomó el vaso y se volvió hacia la cámara. Incluyó la cabeza, en sus labios una torcida sonrisa, y alzó el vaso en un silencioso brindis. Y Avril no dudó ni por un segundo que iba

dirigido a ella, al fin y al cabo, Julio y Kaos se habían ocupado de advertirle que las paredes tenían, además de oídos, ojos.

—¿Te he dicho que me encanta? Es tan arrogante y descarado... —comentó Kaos jocosamente.

Avril lo ignoró, centrando su mirada en Julio, que a su vez la miraba con los brazos cruzados y una sonrisa ladina en los labios.

—Tráemelo —le ordenó sin decir a quién. No hacía falta.

—¿Aquí? —inquirió el calvo enarcando una ceja.

Avril le lanzó una mirada abrasiva. Que aceptara la insolencia de Kaos no significaba que fuera a permitir que su otro socio se descarriara.

—Llévalo a mi mazmorra. Y mándame a Klaus cuando acabe con los subs de Lady Natalie —añadió con la mirada fija en el monitor.

Poco después, Uriel seguía a Julio a través de los dominios de la Reina. Se detuvieron frente a la mazmorra.

—No te hagas muchas ilusiones, la Reina tiene buena memoria —le advirtió el calvo antes de irse.

Uriel se encogió de hombros sin entender a qué venía esa advertencia. Comprobó que su apariencia era la que deseaba, abrió la puerta y entró sin pedir permiso.

Y allí estaba ella. Una fiera valquiria que habitaba el cuerpo esbelto y flexible de una ninfa. Una ninfa que no cuidaba demasiado su vestuario, pues llevaba una ajustada camiseta blanca de tirantes anchos y unas más que holgadas bermudas negras que se sujetaban a sus caderas gracias a un cinturón de tachuelas en cuya hebilla había algo escrito.

—*Fuck me?* ¹ —resopló Uriel al leer las palabras—. Estaré encantado de hacerlo, cariño.

Avril lo miró altiva antes de darle la espalda y caminar hasta la pequeña nevera situada en un extremo de la mazmorra. Sacó una lata de Coca-Cola y se volvió de nuevo hacia él.

—¿Qué haces vestido? Esta soberbia reina está deseando ver ese

prodigioso rabo de veinte centímetros que, según tú, se muere por disfrutar. — Le dio un trago a la lata y se cruzó de brazos esperando a que se desnudara, las tachuelas de sus muñequeras de cuero descansando bajo sus pequeños pechos.

—Así que a esto se refería Julio cuando me ha advertido de que tienes buena memoria —señaló Uriel burlón. Por lo visto, aún estaba resentida por lo que había dicho el martes sobre ella.

—Estoy esperando..., y tengo tan poca paciencia como buena memoria.

—Nada más lejos de mi intención que enfadarte.

Se desabrochó el cinturón y lo dejó caer junto a la camilla, le siguió el resto de la ropa hasta quedarse desnudo. Y gloriosamente erecto.

Avril lo examinó con los ojos entornados, deteniéndose en su físico definido y su luenga y gruesa erección. Aunque tal escrutinio no era necesario, pues recordaba a la perfección el tacto y la dureza de su cuerpo fibroso y la rígida suavidad de su verga. Era un hombre difícil de olvidar, aunque, por supuesto, eso no iba a reconocerlo ante él.

—Darás la talla —dijo con un seco asentimiento.

—Siempre la doy —replicó ufano—. ¿Cómo quieres que te lo haga? ¿Primero dedos y lengua y después te jodo? ¿O prefieres una ruda empotrada contra la pared? Casi me decanto por esta última opción, los dedos y la lengua los podemos dejar para después..., cuando te haya saciado al menos una vez.

—Te presentas aquí, vanagloriándote de tu polla y seguro de tu éxito, y ni siquiera sabes para qué has sido requerido. —Avril lo miró desdeñosa—. Está claro que no has aprendido nada de tu aventura con Ama Lix.

—He sido requerido para follar —repuso él intuyendo que esa zorra déspota y orgullosa no se lo iba a poner fácil. Y eso era exactamente lo que lo fascinaba de ella.

—Has sido convocado para ser medido, juzgado y, en caso de que se te considere apropiado, aceptado.

—¿Aceptado para qué?

—Para acompañarme al Torture Game.

Uriel dio un respingo al oírla. El Torture Game era la fiesta *fetish*/BDSM por excelencia. Y no era fácil acceder a ella. Tanto era así que casi se había convertido en una leyenda urbana, mencionada por muchos pero disfrutada por ninguno. Se celebraba dos veces al año y siempre en distintos puntos de la geografía española. Para poder entrar, además de pagar un precio considerable, necesitabas ser invitado por los organizadores, que a su vez eran dueños del Torture Eden, un club exclusivo al que muy pocos, y todos ellos muy ricos, tenían acceso.

Uriel parpadeó aturdido. Lo último que podía esperar era que esa mujer añorada que vestía con tanto descuido fuera a acudir a un evento semejante.

—Así que vas a ir y quieres que te acompañe...

—Sería un desperdicio no mostrar al mundo tu gloriosa polla de veinte centímetros —alegó ella con sequedad.

—¿Y qué obtengo yo a cambio? —inquirió cruzándose de brazos.

Ella le dedicó una gélida mirada que lo excitó más que lo asustó. ¡Dios santo, qué mujer!

—Un bonito adorno para tu pene, ser exhibido en un evento exclusivo y la posibilidad de ser follado.

—¿Por ti?

—Por los Dominantes a los que logres impresionar. Yo no me encuentro entre ellos.

—Todavía —apostilló Uriel molesto—. No me interesa tu oferta, me basta con bajarme los pantalones para tener a cualquier persona que se me antoje, ya sea Dominante o vainilla.

—Estás muy pagado de ti mismo.

—Tengo motivos para estarlo, nunca me han faltado amantes.

—Por supuesto que no, pero te aburres con ellos. No saben cómo someterte y el sexo pronto se vuelve tedioso e insatisfactorio. No son lo que necesitas —afirmó Avril sin titubear.

—La sesión con Ama Lix te ha creado una idea equivocada sobre mí — rebatió Uriel con fingida indolencia, aunque por dentro estaba furioso. Esa mujer se acercaba demasiado a la verdad para que le resultara cómodo—. Ni soy sumiso ni me gusta someterme.

—En eso estamos de acuerdo —convino ella evaluándolo con la mirada—. No te gusta someterte, lo que te excita es que te sometan. Que te fuercen a sentir placer, que te roben el control, te arrebatan el éxtasis y te obliguen a suplicar. Y nadie puede darte eso, excepto yo.

—Ahora eres tú quien está muy pagada de sí misma.

—Tengo ojos en la cara, además de en las paredes, y tu polla no es lo que se dice discreta en sus deseos —señaló Avril antes de dar un nuevo trago a su refresco.

Y Uriel no pudo hacer otra cosa que maldecir mentalmente a su estúpido pene, porque ella no mentía. Se había excitado de tal manera sólo con oírla que su erección había palpitado con cada palabra que pronunciaba, endureciéndose más aún, si es que eso era posible.

Tenía que reconducir la conversación antes de que se le fuera de las manos.

—Así que quieres que sea tu juguete de Reyes...

—En absoluto. —Avril apoyó el trasero contra la camilla de tortura y cruzó los tobillos—. No tengo ninguna intención de jugar contigo, sólo quiero exhibirte. Si es que das la talla.

—No dudes de que la daré —aseveró Uriel altivo—. Está bien, me pongo a tu disposición para que hagas alarde de mí ante quien quieras, pero a cambio quiero una compensación. Al fin y al cabo, mi verga va a ser una estupenda publicidad para tu Infierno.

Avril inclinó la cabeza en un gesto suspicaz.

—Harás que me corra. Esta noche. Y también el domingo en el Torture Game. Con tu propia mano —especificó Uriel, recordando que la última vez que le hizo una petición parecida ella lo masturbó hasta llevarlo al borde del

orgasmo para en ese instante marcharse, obligándolo a que se acabara él mismo el trabajito.

—Vístete y vete. He perdido el interés en ti —lo despidió Avril yendo hacia la puerta.

Él parpadeó perplejo al percatarse de que no era una amenaza para hacerlo claudicar, sino que exponía un hecho.

—¡Espera! —Fue tras ella, atrapándola antes de que llegara a la puerta—. Negociemos.

Avril clavó los ojos en la mano que le agarraba el brazo antes de centrarlos en la cara de Uriel. Y tal era la fuerza que contenía su mirada que él la soltó en el acto.

—Tienes que darme algo, no puedes exigirme que me convierta en tu marioneta sin obtener nada a cambio —pidió—. Mi orgullo no me lo permite. Y no me vengas con que estaré en un lugar exclusivo con Doms excepcionales, sabes de sobra que eso me importa una mierda.

Avril lo miró reflexiva, sus ojos de un azul imposiblemente claro fijos en los brunos de Uriel, tan negros que hasta la noche más oscura tendría envidia de ellos. Era un hombre orgulloso que no se sometía voluntariamente si no era bajo sus propias condiciones. Unas condiciones pensadas para mantener en pie su orgullo. Un orgullo casi irreductible que era una de las facetas que más la fascinaban de su personalidad.

—No me interesan las marionetas —replicó alzando la barbilla en un gesto regio—. La falta de iniciativa y la mansedumbre me aburren. Prefiero la insubordinación a la obediencia y el descaro a la humildad, pero no te lleves a error: no hago la vista gorda ante las rebeliones; al contrario, disfruto sofocándolas e imponiendo mi voluntad.

—Entonces acepta mi rebelión como una ofrenda y dame algo con lo que pueda negociar con mi orgullo —volvió a pedirle Uriel.

—Lamento haber tardado tanto en acudir, Avril, pero los arneses para Lady Natalie me han llevado más tiempo de lo que esperaba —se disculpó un

hombrecillo con gafas de culo de botella entrando en la mazmorra. Arrastraba tras él una pesada maleta con ruedas y bajo el brazo sujetaba un ordenador portátil. Dejó la maleta junto a la camilla y el portátil sobre ésta y se volvió hacia la pareja, que se batía en un silencioso duelo de miradas—. Me ha comentado Julio que... ¡Magnífico pene! —exclamó al ver a Uriel. Sacó unos guantes de nitrilo de la maleta y se le acercó presuroso—. ¿Qué tamaño alcanza erecto? ¿Diecisiete centímetros? ¿Dieciocho?

Uriel dio un paso atrás cuando el hombrecillo trató de agarrarle el pene medio erecto, pues con la discusión parte de su dureza había desaparecido.

—Veinte.

El hombrecillo lo miró a la cara, bajó la vista al pene y de nuevo la subió a su cara.

—No diría yo tanto. ¿Podrías masturbarte para que pueda medirte? —pidió regresando a su maleta—. ¿Qué tienes pensado? —le preguntó a Avril mientras sacaba sus herramientas y las dejaba sobre la camilla—. ¿Arnés? ¿Anillo? ¿Jaula de restricción? ¿Funda? ¿*Intruder*? ¿*Teardrop*? ¿Brazalete? Tiene un buen aparato sobre el que trabajar, lo que nos abre un gran abanico de posibilidades.

Avril fijó sus ojos en los de Uriel y ancló los pulgares a la cinturilla de las bermudas, bajándolas lo suficiente para mostrar una erótica franja de piel desnuda entre éstas y la camiseta.

A Uriel se le secó la boca. Recordaba perfectamente el sabor y el tacto de su piel. También la rugosidad de sus pezones y el rocío de su sexo. Y quería volver a saborearla, en esta ocasión, viéndola. Y si para conseguirlo tenía que ceder, que así fuera.

Se agarró el pene y comenzó a masturbarse tal como le había pedido el hombrecillo.

Avril curvó los labios en una sonrisa satisfecha y se dirigió a la camilla.

—Haré que te corras, pero será un castigo y no una recompensa —dijo críptica al pasar junto a Uriel—. Estaba pensando en una funda bastante

especial, Klaus.

Cogió una carpeta que había sobre la camilla, y en la que Uriel ni siquiera se había fijado, tan centrado estaba en ella, y sacó unos dibujos que le tendió al artesano.

Uriel se acercó a mirarlos y no pudo evitar jadear sorprendido.

—No cabe duda de que será un magnífico complemento para tan espléndido atributo —afirmó Klaus examinándolos con detenimiento—. Necesitaré un clon de su pene sobre el que trabajar para poder hacer el negativo del dragón. ¿Está lista tu erección?

—Siempre —replicó Uriel. Dejó de masturbarse, la mirada fija en Avril. Y, a pesar de que estaba listo, se endureció y se engrosó aún más cuando ésta se lamió los labios.

—Ya, ya, *siempre* —suspiró resignado Klaus—. Con qué gratuidad usáis esa palabra. Todos afirmáis lo mismo y luego tenéis problemas para mantenerla mientras se endurece el negativo. —Lo midió y trasladó las medidas a la libreta—. Justo lo que yo decía, faltan un par de milímetros para los dieciocho centímetros... —Sin dejar de hablar, midió la circunferencia del pene en la base y bajo el glande.

—Qué decepción —comentó Avril burlona.

—Desde luego, no son los veinte que había prometido, pero tampoco es un tamaño desdeñable. Más aún cuando lo acompaña un diámetro de poco más de cuatro centímetros y un glande bulboso que será perfecto para la cabeza del dragón —señaló el hombre, ajeno a la ironía de Avril—. Necesito hacer un molde —solicitó impaciente por ponerse en marcha.

Abrió la maleta y, tras comprobar que tenía todo lo necesario, salió de la mazmorra.

—Curioso hombrecillo —comentó Uriel.

—Es el mejor artesano que puedas imaginar. Sus manos hacen magia.

—Ya deben de hacerla si va a ser capaz de crear eso —repuso observando el dibujo.

Quería enfundarle la polla en un jodido dragón.

El tronco del pene sería el cuerpo del animal y el glande la cabeza. Una cabeza con las fauces abiertas por las que asomaría la punta de su polla entre afilados colmillos. El tronco del dragón tendría el lomo abierto, por lo que el pene reposaría en su panza, quedando la parte superior al descubierto. De la base surgían unas alas que ascenderían por su pubis y de las que saldría una cadena que le rodearía las caderas, sujetando el dragón. Y, de la parte inferior, surgirían unas garras que apresarían y alzarían sus testículos y una cola que los rodearía antes de bajar por el perineo y hundir la punta en el ano.

Era una verdadera obra de arte. Y estaba deseando ponérsela, reconoció excitado.

—Bien, ya lo tengo todo —declaró Klaus entrando en la mazmorra con unos polvos, un vaso de agua y un bol—. Voy a necesitar que mantengas la erección cinco minutos, ¿podrás?

—Por supuesto que podré.

—Estupendo. Colócate a cuatro patas sobre la camilla, es la mejor manera de encajar el pene y los testículos en el molde —dijo mientras mezclaba los polvos y el agua en un bol.

Rellenó con ellos un recipiente tubular y se acercó a Uriel, que lo esperaba en la posición requerida. Le agarró el pene con dedos firmes y lo hundió en el molde hasta que éste y los testículos quedaron sumergidos en la glutinosa pasta.

—Joder —masculló el camisero al sentir la polla rodeada por algo viscoso, frío y bastante desagradable.

—Necesito cinco minutos para que se endurezca el molde —le recordó Klaus molesto. Todos prometían lo mismo y ninguno lo cumplía.

—Ya te ha dicho que los tendrás —señaló Avril con voz fiera, sorprendiendo tanto a Uriel como a Klaus.

—Por supuesto, no pretendía dudar de su palabra —dijo de inmediato el hombrecillo mirando de refilón a Uriel.

Éste tomó una profunda bocanada de aire y cerró los ojos, tratando de pensar en algo que lo pusiera a mil, porque la maldita pasta le resultaba cada vez más desagradable. De repente sintió una mano descendiendo por su trasero, arañándolo para, acto seguido, hundir un resbaladizo dedo entre sus nalgas. Abrió los ojos, la excitación rugiendo en su vientre. Avril estaba a su lado, tan fría y lejana como siempre. Pero era su dedo el que lo acariciaba, excitándolo y poniéndolo tan duro como un jodido martillo.

—Enséñame los *intruders*, elegiré uno mientras esperamos —le ordenó la Reina a Klaus, y éste se dispuso, raudo, a mostrarle varias bolas de acero quirúrgico.

Avril eligió una de tres centímetros de diámetro y al instante el hombrecillo la enroscó en una varilla metálica, que enfundó en un preservativo y untó con lubricante antes de tendérsela. Ella la meció frente a la cara de Uriel y, cuando éste asintió, sustituyó su dedo por el *intruder*, penetrándolo.

Y Uriel no pudo evitar gemir cuando comenzó a frotarle un punto especialmente placentero con ella.

—Ésta valdrá —declaró Avril al oírlo.

Se entretuvo unos minutos en volverlo loco y luego la sacó, arrancándole un quedo jadeo y un más que visible estremecimiento.

—La convertirás en la punta de la cola del dragón —le exigió a Klaus, tendiéndosela. Éste se apresuró a asentir, tomándola en su mano enguantada—. Imagino que no tengo que decir que deseo que todo quede perfectamente ajustado.

—El dragón se amoldará a él como si de un preservativo se tratara.

—Lo quiero para el domingo de Reyes.

—Así se hará —convino el hombre palpando la masa endurecida que llenaba el tubo—. Está listo, vamos a sacarlo. Incorpórate, por favor —le pidió a Uriel. Y, cuando éste obedeció, tiró del molde, liberándolo con una fuerte succión que pareció arrancarle la piel y le puso el vello de punta.

—Joder —siseó acariciándose el pene. Por un momento había pensado que

se lo arrancaría de cuajo.

Klaus guardó el molde en la maleta, se despidió y salió de la mazmorra sin más dilación.

—He cumplido con mi parte del trato, ahora te toca a ti —comentó Uriel cuando el hombrecillo cerró la puerta dejándolo a solas con Avril.

Hoy me ha rozado el trasero al pasar junto a mí. Al principio he pensado que había sido por casualidad, pero un poco más tarde se ha puesto a mi lado y ha deslizado las yemas de los dedos por mi brazo. Y ha sido un roce tan sensual... Tan erótico... Tan todo!! Y, joroba, eso no puede ser por casualidad. Tú qué crees, Ojito Conmigo?? Cada vez me gusta más!! Ojalá mi padre no fuera tan capullo y se portara mejor con él. Vale que es su jefe, pero eso no le da derecho a tratarlo como lo hace.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A OJITO CONMIGO,
27 DE JUNIO DE 2009. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO

Claro que no es por casualidad, está por ti, seguro!! Ve a por él!!

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
28 DE JUNIO DE 2009

—Tu desfachatez sólo es superada por tu arrogancia —señaló Avril, observando desdeñosa a Uriel.

—Sólo subrayo un hecho. —Uriel se encogió de hombros con descaro.

Y, ante tan osada insolencia, Avril tuvo que esforzarse por no curvar los labios en una sonrisa del todo inadecuada en ese momento. Le dio la espalda para dirigirse al armario y coger dos esposas de cuero con mosquetones. Luego regresó con él.

—Póntelas. —Se las tiró al pecho.

Él se apresuró a atraparlas antes de que cayeran al suelo, su erección más

firme que nunca. Se las puso y ella se aseguró de que le quedaban lo suficientemente ajustadas como para que no pudiera quitárselas por mucho que tirase. Eso lo endureció más todavía.

—Tumbate en la camilla.

Uriel escrutó el dichoso mueble, los anclajes en los bordes y, por último, los mosquetones de las muñequeras. Iba a esposarlo impidiéndole tocarla. Y tocarse.

La miró suspicaz.

—Has prometido hacer que me corra... —le recordó.

—Y también he prometido que será un castigo y no un premio —replicó Avril con voz gélida—. Aún estás a tiempo de irte...

Uriel dio un respingo al oírla. Mujer cruel, nunca aflojaba. Y eso era lo que más lo excitaba. Se tumbó en la camilla y, antes de que ella pudiera anticiparse, ancló el mosquetón de la muñeca izquierda a una argolla situada a la altura de su cadera. Al menos decidiría la postura en que quedaría inmovilizado.

Avril arqueó una ceja ante su rebelión, y esta vez no pudo evitar curvar los labios en una diabólica sonrisa que le puso el pelo de punta a Uriel.

Se acercó, sus ojos zarcos fijos en los azabaches de él. Le envolvió el cuello con la mano izquierda y empujó obligándolo a tumbarse. Sin soltarlo, trazó con las uñas de la derecha un sendero ardiente que le atravesó el pecho y subió por su brazo libre para acabar atrapándole la muñeca. Se la llevó al borde superior de la camilla, por encima de su cabeza, y ancló el mosquetón de la esposa a la anilla que allí había.

Y en el momento en que oyó el clic que hizo al cerrarse, las caderas de Uriel se sacudieron en un crudo reflejo de la salvaje excitación que lo dominaba.

Avril admiró el cuerpo tenso del orgulloso hombre y, consciente de que él la observaba impaciente, se tomó su tiempo para ir a por otro refresco. Lo observó reflexiva antes de abrirlo y dar un trago, y luego fue al armario.

Uriel se removió inquieto tratando de ver lo que estaba haciendo, pero el mueble quedaba detrás de él y la posición en la que estaba esposado no le daba mucho margen de maniobra. Desde luego, desafiarla no había sido una de sus mejores ideas. Impaciente, arqueó el cuello echando hacia atrás la cabeza para intentar verla. ¿Qué coño estaba haciendo?

De repente ella volvía a estar a su lado, tan silenciosa y etérea como siempre. Se frotaba las manos, y éstas brillaban con una pátina de oleosa humedad que hizo que Uriel jadeara de anticipación. Un segundo después, sus dedos resbaladizos por el aceite lo masturbaban implacables, excitándolo de tal manera que sus caderas no tardaron en sacudirse siguiendo el ritmo que ella marcaba. Los testículos se le contrajeron y se alzaron, preparándose para la eyaculación, y en ese momento ella paró, dejándolo al límite.

—No esperaba menos de ti —jadeó Uriel esforzándose en parecer desenfadado a pesar de que sentía las pelotas y el corazón a punto de explotar.

—Yo, sin embargo, sí que espero mucho más de ti —replicó Avril alejándose de nuevo.

Uriel cerró los ojos y respiró despacio tratando de calmarse. La noche iba a ser larga, más le valía hacer acopio de fuerzas. Y de paciencia.

—Has sido muy inteligente al vestirse como lo has hecho —comentó la Reina saliendo de su campo de visión. Se dirigió a la nevera y sacó algo.

—¿A qué te refieres? —Uriel se retorció tratando de ver lo que hacía sin conseguirlo.

—Parecías un modelo recién salido de la pasarela, has llamado mi atención —contestó ella regresando con un pañuelo en la mano.

—Me gusta ir arreglado. —Observó desdeñoso el pañuelo; por lo visto, iba a vendarle los ojos. «¡Qué original!», pensó irónico. Sólo se los habían vendado unas mil veces en su vida.

—No camufles tu inteligencia de vanidad, es tu mayor atractivo —lo regañó.

—Mi mayor atractivo soy todo yo. Y más especialmente mi polla. Aunque

mis dedos y mi lengua no se quedan atrás. Tal vez deberías pensar en usarlos, podrían resultarte muy interesantes —propuso lamiéndose los labios.

—No sé si tu soberbia me entretiene o me aburre —replicó ella pasándole el pañuelo por el glande, sorprendiéndolo al no darle el uso previsto.

Uriel se arqueó al sentirlo. Era de seda, suave y extrañamente frío, tan excitante que a punto estuvo de suplicarle más cuando lo apartó.

—¿Por qué está tan frío? —consiguió decir con la respiración acelerada.

Avril curvó apenas las comisuras de los labios y, sin molestarse en responder, le envolvió el pene con el pañuelo en una opresiva funda que ató bajo los testículos.

Uriel apretó las nalgas al sentir el sedoso frescor rodeándolo. Aunque éste no duró mucho, pues las manos de Avril se encargaron de calentar la seda en lentas y apretadas pasadas que le agitaron la respiración y lo hicieron desear más. Más fricción. Más rapidez. Más fuerza.

Nada de eso le fue concedido; al contrario, cuando el pañuelo se oscureció a la altura del glande por el líquido preseminal que escapaba de éste, ella paró.

Uriel no pudo evitar gruñir de frustración con un sonoro «¡Joder!» que Avril castigó con un suave capirotazo en el tronco del pene que lo hizo saltar y encoger las piernas, dándole la espalda. Se mantuvo en esa postura esperando el siguiente movimiento, y cuando éste llegó se estremeció de pies a cabeza. Le había atrapado las pelotas por detrás y tiraba de ellas suavemente. Y él sabía por experiencia que, si aumentaba la tensión o las apretaba entre sí, el dolor lo haría gritar y lo dejaría sin respiración.

Pero Avril no hizo nada de eso. Se limitó a amasarlas despacio, provocándole un ardiente placer que se alojó en su bajo vientre y creció en intensidad con cada caricia, haciendo que relajara los tensos músculos de las piernas y el abdomen. Y cuando lo sintió temblar desató el pañuelo, aunque no se lo quitó, y comenzó a masturbarlo de nuevo. La prenda, ahora cálida, se arrugó entre sus dedos con cada movimiento, creando una fricción que tan

pronto lo irritaba como lo embriagaba, acercándolo y alejándolo del éxtasis a cada segundo. Hasta que el lienzo escapó del puño y pudo sentir sobre su rigidez el tacto ardiente y resbaladizo de su mano. Y, Dios, era delicioso. Tanto que las pelotas se le contrajeron a punto de explotar. Y ella, en lugar de apartarse para frenar la escalada de placer, aumentó la cadencia con que lo masturbaba en tanto que la mano que sostenía sus testículos incrementaba su masaje.

Uriel abrió unos ojos como platos al percatarse de que, a pesar de lo que había esperado, Avril no iba a jugar a demorar el orgasmo, sino que iba a llevarlo allí en pocos segundos.

Apretó el perineo para retrasar la más que inminente eyaculación, decidido a retardar en la medida de sus posibilidades el ansiado clímax. Porque, aunque fuera una locura, no quería que éste llegara. Al menos no así, por culpa de la promesa que le había arrancado para mantener intacto su amor propio. Porque, más que orgulloso, se sentía estúpido. Y muy decepcionado. Era extraño, porque normalmente le daba igual cómo conseguía el orgasmo siempre y cuando éste llegara, pero con ella, con la Reina del jodido Infierno, no quería que fuera tan fácil. Quería luchar por él. Que lo hiciera gritar y temblar, que lo dejara sin respiración. Que le arrebatara el control. Quería sentir que, cuando el éxtasis llegara, fuera porque se lo había ganado y no porque hubieran hecho un puñetero trato.

—Espera —le reclamó, sacudiéndose para alejarse de su mano. Estaba tan cerca de correrse que los espasmos le contraían el abdomen—. Para un momento. No quiero llegar aún.

—Ésa no es tu elección.

Le liberó los testículos y éstos subieron tensos, listos para soltar su preciada carga mientras seguía masturbándolo. Lo acercó irremisiblemente al clímax y, cuando el pene palpó en su mano alcanzando el punto de no retorno, lo soltó.

Uriel la miró asombrado al intuir lo que iba a hacer.

—No, joder. No te atrevas a...

Ella lo acalló tapándole la boca con la mano a la vez que le pasaba el pulgar por el glande en un movimiento circular que no cesó hasta que Uriel tembló al borde mismo del orgasmo. Luego deslizó el índice por toda su longitud y al llegar a la base apartó la mano, negándole toda estimulación. Un segundo después, el pene se sacudió en un espasmo y densas gotas de semen asomaron a la uretra, aunque sin la explosiva eyaculación que siempre acompañaba al clímax. El débil caudal blanquecino manó sin fuerza, derramándose sin placer ni alivio.

Sin orgasmo.

Avril dio un paso atrás, tomó el refresco, lo alzó en un silencioso brindis muy similar al que Uriel le había dedicado frente a la cámara en el Tártaro y dio un largo trago.

Y Uriel estalló en una carcajada enajenada.

—Menuda zorra estás hecha, me has hecho un *ruined*¹—jadeó con evidente admiración.

Ella había cumplido su promesa sin claudicar ante sus exigencias. Había hecho que se corriera, pero sin placer. Lo había burlado con inteligencia y astucia. Con regia dignidad y pícaro talento. Y eso lo ponía más cachondo que nunca en su vida.

—Me la has jugado. Enhorabuena, joder. —La miró fascinado, pocas mujeres conseguían sorprenderlo—. A tus pies, mi reina.

Avril arqueó una ceja, asombrada por su reacción. No era lo que esperaba. Había esperado furia, frustración, gritos y súplicas, desde luego, no risas y reconocimiento. Porque era necesario algo más que un cuerpo bonito y una gran polla para reconocer la derrota con dignidad y humor. Y tal vez por eso la excitación que la dominaba se vio multiplicada exponencialmente.

Se acercó a él, lo agarró del pelo y tiró obligándolo a arquear el cuello. Se lo acarició con las uñas de la mano libre, resiguiendo los tensos tendones

mientras se adueñaba de su boca en un beso salvaje que los hizo jadear a ambos.

Uriel envolvió la lengua de Avril con la suya, degustó el sabor dulzón de la Coca-Cola en ella y la succionó provocando que su vagina se contrajera buscando algo que la llenara.

El beso se aceleró, los cuerpos temblaron, las lenguas combatieron lascivas y los labios se abrieron aún más. Las caderas de Uriel se sacudieron espasmódicas cuando las uñas se detuvieron sobre una hinchada vena de su cuello y la acariciaron despacio.

Avril cortó el beso y, sin soltarle el pelo, observó durante un dubitativo instante el cuello masculino antes de apartar las uñas a la vez que negaba con un gesto.

Dio un paso atrás alejándose de la tentación.

Y en ese instante sus miradas se cruzaron, reconociendo lo que jamás verbalizaría. Que ese beso había sido intenso y abrumador. También demasiado íntimo. Excesivo en todos los sentidos en los que no debería serlo.

Uriel aguantó la respiración, deseando hacer desaparecer la bola de emociones que daba vueltas en su estómago y que de ninguna manera podía permitirse sentir.

Avril se refugió tras el refresco, al que dio un largo trago antes de ir a la nevera y regresar con un zumo. Le rozó los labios con la pajita y Uriel se apresuró a beber, la mirada fija en ella.

En cuanto el zumo se acabó, lo dejó caer al suelo y enfiló hacia la puerta.

—¡Espera! —la llamó él. Avril se volvió, la mano aferrada al pomo—. Suéltame.

Ella forzó una gélida negativa con la cabeza.

—No puedes dejarme aquí atado.

—Claro que puedo.

—Preferiría que me liberaras, la verdad.

—¿Para poder masturbarte? —inquirió ella, sus ojos claros deslizándose

alusivos sobre la nueva erección que el beso le había provocado.

—¿Tú qué crees? No es por nada, pero me has dejado a medias. No he estado más frustrado en mi vida. Y creo que se nota —replicó él arqueando las cejas.

—A las erecciones que yo provoco sólo yo tengo el privilegio de darles fin —señaló ella.

—Eso suena un poco posesivo.

—En absoluto. Es sólo que no me gusta que nadie se aproveche de mi trabajo. Si quieres correrte, tendrás que esperar a que se te baje *mi* erección y luego buscar a alguien que vuelva a ponerte cachondo y te lleve a término —señaló antes de irse, dejándolo allí esposado.

Uriel estalló en una profunda carcajada. ¡Dios santo, qué carácter! Ésa era una mujer a la que jamás nadie podría hacer daño, ni siquiera él, porque antes le patearía el culo con sus Converse. Era increíble. No podía esperar para su siguiente *round*...

Y todavía faltaba más de una semana hasta el domingo de Reyes.

Joder, se le iba a hacer eterno.

Un buen rato después, la puerta se abrió de nuevo y Uriel sonrió al ver quién era su libertador. Julio. Cómo no. No cabía duda de que era la mano derecha de la Reina.

—Buenas noches, Julio. No sabes la alegría que da verte —lo saludó burlón.

—Ya me lo imagino —contestó el fornido calvo acercándose a él con una sonrisa ladina. Pero, en lugar de soltarlo, le tomó la barbilla y lo hizo girar la cabeza a un lado y a otro examinándole el cuello. Chasqueó la lengua—. La próxima vez piénsalo muy bien antes de exigir una promesa de la Reina —le advirtió soltándolo.

Uriel lo miró confundido y Julio sonrió malicioso.

—Que te arruine el orgasmo no es lo peor que te puede pasar.

—¿Ella te lo ha contado? —inquirió Uriel sorprendido. Avril no parecía

una chismosa.

—Lo de la promesa me lo contó Klaus, lo del orgasmo arruinado lo he visto en tu piel —dijo críptico antes de marcharse, dejándolo confundido y bastante intrigado por su respuesta.

Sin perder un instante, saltó de la camilla, se vistió con rapidez y con mayor premura aún abandonó la mazmorra. Recorrió las entrañas del Infierno en dirección al Tártaro y, una vez allí, se abrió camino entre Dominantes y sumisos buscando a la reina de todos ellos.

No la encontró.

Estuvo tentado de ir a la Ratonera y preguntarle a Julio por ella, pero ésa era una muestra de debilidad que no pensaba permitirse. Así que, como tenía un dolor de huevos bastante importante, subió al Paraíso. Allí las reglas eran distintas del Infierno. Podía estar en el Limbo, el salón en el que las parejas y las mujeres escogían a sus amantes, pero hasta que fuera elegido no podría acceder al Jardín de las Delicias o al Edén, que eran los salones temáticos del Paraíso, tampoco a las habitaciones privadas.

Pidió una cerveza y se sentó en uno de los sillones con despreocupación. Podía contar con los dedos de las manos las veces que no había sido elegido, y estaba seguro de que ésa no iba a ser una de esas ocasiones.

En efecto, pocos minutos después, una pareja se acercó a él. Una rubia atlética de grandes pechos y diminuto vestido y un calvo enorme con los brazos tatuados.

—Hola, Uriel —ronroneó la mujer sentándose a su izquierda.

El tatuado se acopló a su derecha, de manera que Uriel acabó encajado entre ambos.

El camarero los observó reflexivo, le sonaban sus caras y, aunque no era capaz de ubicarlos, sabía que había follado con ambos a la vez, y no hacía mucho tiempo.

—Creo que no se acuerda de nosotros, cariño —le comentó el hombre a su mujer.

—La última vez que follamos estabas con un rubio muy guapo de ojos verdes y cuerpo de infarto..., le pegó un puñetazo a mi marido —le recordó ella.

—Ah, sí, joder, Calix... Fue su primera vez en un club de intercambio. —Y también la última, no podía decirse que la experiencia le hubiera gustado mucho.

Los miró con los ojos entornados. Recordaba lo que había pasado, la desesperación de Calix y que ambos acabaron enzarzados en una pelea en la que salieron magullados... y liberados. Pero lo que no era capaz de recordar era el polvo con esos dos. Oh, sí, se los había follado, de eso no tenía duda. Pero no tenía ni idea de cuán satisfactorio podía haber sido. No debía de haber sido muy notable o lo recordaría. Aunque lo cierto era que pocos encuentros sexuales de los últimos años eran memorables. De hecho, sólo dos se le habían grabado indelebles en la memoria. Y todos ellos tenían como coprotagonista a la Reina del Infierno.

La suave caricia de la rubia sobre el muslo lo sacó de sus cavilaciones. Ésa era la señal con la que en el Paraíso, y en la mayoría de los clubes *swinger*, se proponía sexo. Una caricia no sexual que, si era correspondida con otra, haría que los futuros amantes se levantaran y buscaran un lugar, público o privado, en el que follar.

Y eso fue lo que hizo Uriel. Deslizó los dedos por el brazo de la mujer y, acto seguido, los tres se levantaron y atravesaron las puertas del Limbo para entrar en el Paraíso.

* * *

La mujer exhaló un tembloroso jadeo, su cuerpo estremeciéndose mientras su marido le taladraba el culo acercándola al clímax.

Estaba a cuatro patas, sus tetas bamboleando sobre el vientre de Uriel, que, tumbado bajo ella, se dedicaba a chuparle el clítoris mientras ella se tragaba

su polla apenas erecta. De repente, el calvo se la clavó con fuerza a la rubia, bombeando dos veces antes de quedarse inmóvil en la postrimería del orgasmo.

La mujer tembló, el clítoris se le tensó y un largo gemido de placer abandonó sus labios antes de que cayera sin fuerza sobre Uriel.

Él la empujó para quitársela de encima y ella rodó hasta quedar tumbada a su derecha mientras el hombre tatuado se dejaba caer a su izquierda, la cabeza a la altura de sus caderas. Pasaron unos minutos de silenciosa paz antes de que el calvo se volviera y buscara la entrepierna de Uriel. La mujer imitó a su marido, uniendo sus bocas en una felación dual.

Uriel aguantó treinta segundos antes de apartarlos y saltar de la cama, su flácido pene meciéndose perezoso mientras se ponía la ropa.

—¿No quieres follar? —preguntó la mujer confundida.

El apuesto hombre la había llevado al orgasmo utilizando su talento en su clítoris y, en lugar de esperar a ser correspondido, se levantaba y se iba. ¿Qué mosca le había picado?

—He cambiado de opinión, no me apetece correrme —contestó Uriel marchándose.

Aunque la verdad era que sí le apetecía correrse, pero no con ellos.

Hoy ha pasado algo increíble! He recibido un whatsapp con un emoticono saludando. Y era de Uriel! Lo he mirado pasmada porque estaba junto a mí. Él me ha guiñado un ojo con esa sonrisa tan pícaro que tiene, ha escrito algo en el móvil y al instante me ha llegado otro whats proponiéndome ir a tomar algo al Velódromo. Iba a decir que sí cuando ha entrado mi padre y Uriel se ha llevado el dedo a la boca instándome a guardar silencio, lo que no me extraña, porque si papá se enterara de que nos vemos fuera del trabajo sería capaz de despedirlo. De hecho, lo mismo lo hace aunque no nos pille. Cada vez está más inaguantable. Ojalá se jubile, se vaya con la tarada de mi madre al pueblo y nos deje en paz. Pero eso no es importante. Lo importante es que Uriel quiere salir conmigo aunque sea en secreto! Como si fuéramos Romeo y Julieta! He aceptado, por supuesto. Y ha sido la cita más maravillosa de mi vida. Uriel es increíble! Atento, gracioso, excitante, atrevido... Nos hemos besado como locos y no podíamos mantener las manos quietas! Creo que él también está colado por mí.

Le he dicho que deberíamos celebrar esta fecha todos los años, pues es el aniversario de nuestro primer beso, y él se ha reído y me ha vuelto a besar. Lo amo!

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK,
30 DE JUNIO DE 2009. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO

Muero de envidia! Yo también quiero un hombre así, mándame privi y cuéntame más!

Sábado, 5 de enero de 2019

Uriel observó con más desidia que interés cómo el acróbata se la metía a la contorsionista. Desde luego, esa película porno le ponía imaginación al asunto, pensó masturbándose con pereza. Y no era que estuviera duro, apenas lo justo para poder meneársela más aburrido que excitado. Pero estaba en la cama tras despertarse de la siesta y no tenía nada mejor que hacer.

Se sentía apáticamente entumecido tras haber soportado una semana de turnos maratonianos para entregar el trabajo en la fecha prevista. Un trabajo que no le había dejado tiempo, ni fuerzas, para hacer otra cosa que no fuera dormir cuando llegaba a casa.

Y, aun así, ahora que por fin estaba libre y descansado, no tenía ganas de sexo. Miró indiferente su tibia erección. Llevaba toda la semana inapetente, y mucho se temía que era porque el *ruined* al que lo había sometido la Reina lo había, en cierto modo, aplacado. Le había resultado mucho más satisfactorio ese orgasmo arruinado que muchos de los que había obtenido en toda su vida. Porque el orgasmo no era sólo alcanzar el placer, también significaba alcanzar cierto sosiego. Y eso, por extraño que pareciera, era lo que Avril le había proporcionado.

Paz.

El pene se le endureció entre los dedos y el estómago se le contrajo al pensar en ella.

Se había acercado al Lirio Negro al salir del trabajo el día anterior con la sana intención de tomar una copa rápida y echar un polvo aún más rápido antes de irse a casa. Pero ella no estaba en el Tártaro, algo que no le extrañaba, pues jamás la había visto en ninguna de las salas públicas del Infierno. De hecho, siempre mandaba a por él, recibéndolo en sus dominios.

Así que pidió una copa, brindó hacia la cámara de vigilancia y esperó a que lo reclamara. Algo que no sucedió. Y no era que le hubiera importado demasiado, se engañó molesto, siempre había más gente con la que follar, por lo que había examinado sin disimulo las diferentes escenas de BDSM que se desarrollaban en el salón. Pero ninguna le interesó lo suficiente como para conseguir una potente erección, y lo último que quería era parecer mediocre donde ella pudiera verlo. Así que subió al Limbo. Allí no le fue mejor. Las parejas que se le acercaron le parecieron demasiado previsibles para resultar interesantes, así que dejó a medias la copa y se largó a casa. A dormir. Como un adolescente sin plan al que la novia ha dejado tirado.

Y tampoco era que esa noche de sábado estuviera pensando hacer algo diferente de quedarse tirado en su habitación masturbándose sin ganas.

«Joder, qué mierda.»

Se soltó la polla disgustado y saltó de la cama. Aún era pronto, pero el Fusión ya estaría abierto. Quizá cambiar de ambiente le levantara la libido y le permitiera echar un polvo decente, que buena falta le hacía tras el fiasco del día anterior.

Se puso unos vaqueros pitillo negros y un jersey de pico del mismo color que combinó con un cinturón de piel marrón para romper la monocromía y, justo cuando se estaba poniendo los zapatos, alguien llamó a la puerta. Abrió e Iskra se coló en su dormitorio iluminándolo con su presencia. Llevaba un vestido años cincuenta de estampado imposible y su sonrisa irradiaba felicidad, convirtiendo el mundo en un lugar mejor.

—¡Estás guapísimo! —exclamó rodeándolo saltarina—. Calix y yo vamos a ir a... ¿Qué estás viendo en la tele?

Iskra torció la cabeza, tratando de entender lo que el acróbata y el equilibrista le estaban haciendo a la contorsionista en la película porno. Y, joroba, sólo eran dos penes entrando y saliendo del sexo y el ano de una mujer, pero ninguna de las extremidades estaba donde se suponía que debía estar. Torció la cabeza hacia el otro lado, tal vez estaba mirando mal.

—Madre mía..., eso tiene que doler —comentó pasmada.

—No te creas, con lubricante es muy placentero —replicó Uriel con una sonrisa burlona—. Si quieres, te enseño cómo va, sólo tienes que subirte la falda y yo haré el resto.

—No me refiero a la penetración anal —señaló Iskra mirando el televisor con unos ojos como platos—, sino a la manera en que están doblados. Parecen de goma...

—Si te apetece, podemos intentar imitarlos —dijo él, decidido a escandalizarla.

—Oh, sí, claro. ¿Y acabar en el hospital por un esguince múltiple? Tengo mejores cosas que hacer —rechazó ella centrando toda su atención en él—. ¿Tienes algún plan para esta tarde?

—Nada claro todavía.

—Genial, entonces te vienes con nosotros a la cabalgata —sentenció tomándolo de la mano y sacándolo del dormitorio.

—¿A qué cabalgata? —inquirió confundido.

—¿A cuál va a ser? ¡A la de Reyes!

—¡Ni de coña! ¿Tú sabes cómo se pone Colón? No cabe ni un alfiler, paso de que me aplasten. —Trató de frenarse, pero ella siguió andando sin soltarlo, por lo que no le quedó otra que seguirla.

—Pero no vamos a ir a la Central, sino a la de La Latina. Sale de la Puerta del Ángel y baja por el Alto de Extremadura. Es más pequeña y tranquila, y lo vamos a pasar en grande. ¡Estoy deseando coger todos los caramelos que tiren! Seguro que son muchos, ¿tú qué crees? —Lo miró arqueando sus expresivas cejas mientras lo guiaba a tirones hacia el comedor.

—Seguro que tiran bastantes, sí, pero mira, yo paso de...

—¿Te he contado alguna vez que en la aldea escenificábamos la cabalgata de Reyes todos los años? Era un poco escasa, porque sólo éramos siete y ya te puedes imaginar que sólo nos daba para tres Reyes con sus pajes. Y era genial, porque, a pesar de ser octogenarios, Anselmo, Pantaleón y Amancio se vestían

de Reyes y disfrazaban a los burros de camellos, y mi abuela, Patricia y Elisa iban de pajes y me tiraban caramelos. Pero hace unos años murieron Panta y Elisa, y luego mi abuela enfermó y dejamos de hacerla —dijo con tristeza, pues su abuela había muerto el año anterior—. Lo echo tanto de menos, Uriel... —Lo miró con sus enormes ojos cargados de pesar a la vez que se llevaba la mano, que todavía sujetaba la de él, a la cara para acariciarse con ella la mejilla—. Pero hoy iremos a la cabalgata y será un día maravilloso porque vamos a estar los tres juntos. Cogemos un montón de caramelos, y luego comeremos roscón de Reyes mojado en chocolate hasta que nos duela la tripa —afirmó radiante antes de abrazarlo con fuerza.

Uriel dudó un instante antes de devolverle el abrazo y, al alzar la vista, se dio cuenta de que estaba en el comedor, bajo la mirada risueña de Calix.

—Me temo que no te va a dejar escaquearte —comentó éste esbozando una sardónica sonrisa.

—¡Por supuesto que no! —Iskra soltó a Uriel, agarró la cazadora de éste, que colgaba del respaldo de una silla, y se dirigió a la puerta—. ¡Vamos! ¡No quiero llegar tarde!

—Ya lo has oído, vamos, o nos quedaremos sin caramelos —lo apremió Calix dándole una amistosa palmada en el pecho.

—Una cabalgata de Reyes no es exactamente mi tipo de entretenimiento favorito —masculló Uriel con fingida desgana, siguiéndolos con una sincera sonrisa en los labios.

* * *

—¡Mirad! ¡Ya llega! —Iskra observaba eufórica las carrozas.

Y Uriel no pudo evitar pensar que ese día estaba aún más bonita que de costumbre. Sus ojos brillaban de ilusión y sus labios se entreabrían en una emocionada sonrisa mientras saltaba animada sobre las puntas de sus pies. Y Calix no le iba a la zaga, impresionante con unos simples vaqueros y una

chaqueta militar verde oliva. Sus ojos, fijos en ella, destilaban un amor tal que Uriel sintió una extraña presión en el estómago. Tal vez fuera una mezcla de envidia, anhelo y deseo. O quizá sólo era hambre. Prefería inclinarse por la segunda opción.

—Ya están aquí. ¡Preparad las manos para los caramelos! —exclamó entusiasmada.

Y Calix, junto a ella, se irguió en su casi metro noventa de estatura dispuesto a luchar por los caramelos contra las hordas de padres, abuelos e infantes que ya se preparaban para la lluvia de tan preciados dulces.

Uriel esbozó una sonrisilla irónica al ver a su amigo tan pendiente de las carrozas y de quienes lanzaban cosas desde ellas. Él, desde luego, no iba a caer tan bajo como para intentar atrapar caramelos al vuelo. Al menos, eso pensó mientras pasaba la primera carroza, pero luego se dio cuenta de que los padres y los abuelos, veteranos en esas lides, y por tanto mucho más curtidos que ellos, habían llevado pequeños paraguas que ponían del revés para atrapar un ingente número de caramelos. Y eso era trampa, joder. Y no iba a permitir que Iskra se quedara sin las chuches que tanto deseaba. Así que imitó a Calix y comenzó a saltar cada vez que los niños de las carrozas lanzaban sus dulces proyectiles.

Tampoco así consiguieron un avance importante en su recolecta, por lo que decidieron salir del maremágnun de personas que se agolpaba en la acera, conscientes de que a veces los caramelos eran lanzados con tanta fuerza que sobrepasaban las hileras de gente para caer en la acera vacía que quedaba tras ellos. Fue una buena idea, porque allí sí que tenían espacio para saltar y correr en busca de los deliciosos meteoritos. Y a eso se dedicaron en cuerpo y alma.

Y, casi sin darse cuenta, Uriel acabó batiéndose en un duelo a muerte con Calix para conseguir el mayor número posible de caramelos con los que agasajar a Iskra. Trató de saltar más alto que él, y cuando no lo consiguió se le subió a caballito. El segoviano, por supuesto, se resistió, y acabaron dando con los huesos en el suelo. Al instante siguiente volvían a estar en pie. Y Uriel

le había robado su bolsa de caramelos a Calix, por lo que éste lo persiguió por el Alto de Extremadura hasta que lo atrapó entre carcajadas.

Y en ese preciso momento apareció Iskra.

—Devuélvele sus caramelos a Uriel ahora mismo —le ordenó a su novio poniendo las manos en las caderas fingiendo enfado, aunque su sonrisa radiante decía lo contrario.

—No son suyos, son míos. Me los ha robado —señaló él ofendido.

—Mentira. Puedo ser un cabronazo, un capullo y un salido, pero no soy un ladrón, lo juro —mintió Uriel llevándose al pecho la mano para, acto seguido, arrancarle a Calix la bolsa de caramelos en un descuido y tendérsela a Iskra.

Ella los cogió encantada, premiándolo con un beso en cada mejilla. O al menos en una, porque, cuando fue a besarle la otra, Calix la atrapó del codo y tiró de ella, apretándola contra sí para robarle un beso de tornillo en compensación por no haberlo creído.

Y Uriel volvió a sentir esos estúpidos espasmos de envidia mezclada con deseo ante el apasionado amor con que se besaban. Un amor que desdeñaba y codiciaba a partes iguales.

Volvió la cabeza para no verlos, no le apetecía empalmarse por culpa de los arrebatos sentimentales de esos dos idiotas empalagosos, y su mirada cayó sobre otra parejita edulcorada. Una a la que perfectamente podría fastidiar para entretenerse.

—¿Sabe tu madre que el vecino te mete mano? —comentó malicioso al llegar junto a dos adolescentes que se besaban como si no hubiera un mañana tras una furgoneta mal aparcada.

Se separaron sobresaltados. Él, un chaval espigado casi tan alto como Uriel y con los rasgos a medio madurar propios de los adolescentes, lo miró malhumorado, en tanto que ella, una jovencita morena de ojos grises que rondaría los quince años, se volvió enfadada.

—¿Por qué no te vas a la mierda un rato? —lo increpó empujándolo.

—No te preocupes, no me voy a chivar a tu madre.

—¡Y a mí qué, si lo haces! —lo desafió ella furiosa.

—No le sigas el juego, Jime, sólo quiere pincharte. Pasa de él —masculló el muchacho—. Déjanos en paz, tío, no estamos haciendo nada malo.

—Exactamente, y eso es lo más frustrante de todo. Ya que dais el espectáculo en la calle, dadlo con todas las de la ley..., no sólo con unos pocos besos —insinuó capcioso.

—Jime tiene razón, eres un gilipollas. Lárgate —le ordenó Kini malhumorado. No era lo que se dice un escuálido, al contrario, poseía firmes músculos de atleta gracias a correr cada mañana con Calix.

—O, si no, ¿qué? —lo desafió Uriel, encantado con la nueva diversión. Lo mismo tenía suerte y acababa recibiendo un puñetazo, algo que no le vendría nada mal para matar a las mariposas que volaban en su puñetero estómago desde que había visto besarse a Calix y a Iskra.

—¡Jime! No sabía que habías venido a esta cabalgata —exclamó de repente Calix, acercándose con Iskra. La miró intrigado cuando la niña soltó nerviosa la mano de Kini—. Pensaba que ibais con Anuja, Malena y Xiao a la Central —dijo refiriéndose a sus amigas.

—Oh, sí, bueno... —La muchacha miró a Calix avergonzada. Era su mejor amigo. Más aún. Era casi como su hermano mayor. Y le había mentado diciéndole que iba con la pandilla a la cabalgata principal—. Pensamos que...

—Ésta era más pequeña y cogríamos más caramelos —saltó Kini en su auxilio.

—Nosotros también hemos pensado eso —señaló Iskra—. Uriel y Calix han cogido una bolsa entera. ¿Cuántos habéis conseguido vosotros? —inquirió encantada.

Los muchachos se miraron sofocados. No habían cogido ninguno. Habían tenido las manos, y las bocas, demasiado ocupadas para percatarse de nada que sucediera a su alrededor.

Iskra esbozó una sonrisa indulgente y le tendió su bolsa a Jimena.

—Toma, por si tu madre te pregunta por los caramelos —dijo guiñándole

un ojo antes de agarrar a Uriel y a Calix de la mano y obligarlos a dar media vuelta y echar a andar.

—¿Acabas de darle a esa mocosa los caramelos que tanto me ha costado robarle a Calix? —jadeó Uriel incrédulo.

—Ya te he dicho que me los había robado —le comentó Calix ufano a Iskra a la vez que miraba a su espalda. Jimena y Kini volvían a tener las manos unidas. Sonrió encantado. Había sido un año duro para la pareja, se alegraba de que volvieran a ser amigos. O algo más.

—Los he pillado tan apretados que ni el aire cabía entre ellos —comentó Uriel insidioso, siguiendo la dirección de su mirada.

—Déjalos tranquilos —le ordenó Calix dándole un capón.

—Ha sido una tarde mágica, ¿no creéis? —intervino Iskra como si fueran niños pequeños a punto de pegarse—. Sólo falta comprar el roscón y el chocolate y comérmolos en casa mientras preparamos los regalos para mañana...

Uriel abrió la boca para negarse, pero volvió a cerrarla sin decir nada. Al fin y al cabo, no tenía nada mejor que hacer. Los acompañó, comió roscón, se quemó la lengua con el chocolate caliente, colocó regalos, trató de abrirlos sin que Iskra se diera cuenta y, cuando le propusieron jugar al Monopoly, aceptó sorprendiéndolos a todos. Incluso a sí mismo.

* * *

Calix contempló meditabundo a Uriel mientras compraba un solar del paseo de la Castellana. No era que lo sorprendiera que tuviera los locales más caros del juego. No. Lo que lo tenía totalmente atónito era que estuviera en casa, con ellos, en lugar de en un club de intercambio follando. Lo miró con disimulo, parecía mucho más relajado de lo que lo había visto nunca. Y eso era raro. Aunque todavía era más raro que no hubiera salido en toda la semana, excepto

el viernes, regresando a una hora escandalosamente temprana para él. Algo le pasaba.

—¿Has recibido algún regalo de Némesis? —le preguntó de repente, haciendo que Iskra fijara su mirada en Uriel. También ella estaba preocupada y quería saber.

—No. Por lo visto, ha perdido todo el interés en mí —contestó Uriel. Y no mentía. Habían pasado casi dos semanas desde que dio la cara en Navidad y no había vuelto a aparecer.

—¿Seguro? —dudó Iskra.

—Creo que lo sabría si me hubiera mandado algo —señaló burlón, aunque lo cierto era que, si hubiera recibido algo, no se lo diría a ellos.

Iskra asintió intranquila, pues, a pesar de que supuestamente no había pasado nada que no supieran, tampoco se estaba comportando como siempre, y eso la inquietaba. Uriel tenía cierta tendencia a apartarlos cuando se sentía vulnerable, incluso si para eso tenía que cabrearlos. Y mejor no hablar de su propensión a buscar dolor, como había hecho en Navidad.

—¿Por qué estás en casa? —inquirió Calix cogiendo el toro por los cuernos. Él tampoco se fiaba de Uriel y de su repentino y extraño cambio.

—Porque vosotros me habéis liado.

—No me jodas, Uriel, dime qué ha pasado para que estés jugando al Monopoly en lugar de follando como un loco —lo increpó harto de sus evasivas.

—Me estoy reservando para una cita especial —anunció. Y no mentía.

—¿Con la Reina? —intuyó Calix. El sábado anterior había vuelto a estar con ella; al menos, eso le había dicho con una mueca a medio camino entre el desdén y la fascinación.

—Podría ser.

—Sí que tiene que ser especial para que guardes celibato durante una semana por alguien —señaló Iskra mirándolo con cariño.

—¿Quién ha dicho que guardo celibato? —repuso Uriel, sorprendido de

que se hubieran dado cuenta, porque la pasmosa realidad era que llevaba más de dos semanas sin follar. Y no podía decir que no estuviera sorprendido por su inapetencia. Era la abstinencia más larga que había tenido desde que perdió la virginidad con quince años. Y sólo había una persona con la que tuviera ganas de ponerle fin.

—Acabas de decir que te estás reservando.

—Pero eso no quiere decir que no folle, sólo que no follo tanto como acostumbro —replicó burlón tirando los dados—. Compro un hotel en avenida de América...

Ha pasado algo terrible! Papá me ha pillado tonteando con Uriel!! Sólo estábamos jugando a atraparnos las manos, pero no debe de haberle gustado, porque me ha dicho que me voy a ir con mamá al pueblo a pasar el resto del verano. Está loco! No puedo pasar con mamá un mes y medio! Me volveré tan chiflada como ella y acabaré yendo a misa todos los días! Pero está empeñado y no voy a poder hacer nada. Quiere que tome distancia de Uriel y salga con otra gente. Pero yo no quiero! Y así se lo he dicho, y él se ha puesto hecho una furia. Hemos discutido y me ha dicho que iré y punto! Como si fuera mi dueño! Lo odio! Uriel tenía razón al querer mantener lo nuestro en secreto, sabía que esto iba a pasar. Estoy hecha polvo. Quiero morirme. Uriel le resta importancia y dice que no pasa nada, que ya nos veremos tras el verano. Es un hombre maravilloso y no desea ponerme en contra de mi padre, pero sé que no quiere que me vaya y que me va a echar mucho de menos. Y yo a él. No sé cómo voy a soportar hasta septiembre sin verlo.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK,
23 DE JULIO DE 2009. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO

Qué hijo de puta es tu padre!! Cómo puede hacerte eso!! Mucho ánimo, Roser.

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
23 DE JULIO DE 2009

Domingo, 6 de enero de 2019

Uriel observó con más emoción de la que deseaba los regalos que había recibido esa mañana. Había más de los esperados. Aunque, claro, sólo había esperado uno, el de Némesis. Pero éste brillaba por su ausencia. En su lugar, había recibido unos pantalones de Calix, una billetera de Rodrigo y un impresionante chaleco de Iskra que ella misma había cosido. Parecía hecho a propósito para ser lucido en los dominios de la Reina del Infierno.

Y estaba deseando que Avril lo viera con él.

Se vistió sin perder más tiempo. No quería llegar tarde a su cita.

* * *

No era de extrañar que conseguir una invitación para el Torture Game fuera casi imposible, pensó Uriel cuando Kaos, que era quien lo había llevado allí, presentó los pases que les permitieron entrar en la anodina nave industrial en la que se celebraba el evento. Anodina en el exterior, porque el interior era otra historia.

Cualquier cosa que hubiera podido imaginar se quedaba corta. El Torture Game era una especie de Circo del Sexo. Así, con mayúsculas. Cuero, arneses, collares de perro, bozales y máscaras de aislamiento convivían con vestidos y pantalones de látex, vinilo y PVC. Había enfermeras sádicas, militares dominantes, sumisos atrapados en complicados *bondages*, gabardinas tipo *Matrix* y hasta un hombre, totalmente fuera de lugar, con un elegante y sofisticado traje de Armani. Todo ello aderezado con cantidades ingentes de piel desnuda, en ocasiones sonrosada por los azotes, vergas aprisionadas en artilugios de castidad, pezones torturados con pinzas y cientos de colas de zorro, caballo y perro emergiendo de anos invadidos con *plugs*. Había varios escenarios en los que se sucedían escenas *fetish* para animar al personal, aunque lo cierto era que el personal no necesitaba ser animado. La muchedumbre bailaba, congeniaba, se metía mano y follaba. Y, sobre todos

ellos, volando asidas a largas telas de punto de seda, bailarinas desnudas ejecutaban eróticas coreografías aéreas que se reflejaban en la hilera de espejos que ocupaba toda la pared lateral del salón.

—Impresionante, ¿verdad? —comentó Kaos a su lado.

Uriel asintió, mirándolo de refilón. El rubio vestía unos vaqueros blancos de cintura baja, un pañuelo de seda y unos botines negros con tacones de aguja de diez centímetros. Nada más. Su cuidada simplicidad era un faro en mitad de la espectacularidad que los rodeaba.

—Vamos, no querrás que Avril piense que te retrasas a propósito y se cabree, ¿verdad? Podría dejarte de nuevo a dos velas. Aunque probablemente lo haga llegues puntual o no —se burló Kaos a la vez que le golpeaba el pecho con la palma de la mano.

Uriel no pudo evitar fruncir el ceño ante sus palabras, ¿acaso todo el mundo sabía que le había hecho un *ruined*? Era algo que lo sorprendía y lo cabreaba por igual. Lo sorprendía porque dudaba que Avril le fuera con el cuento a nadie, era una mujer muy reservada. Y lo cabreaba porque, en fin, a nadie le gustaba que supieran de su fiasco.

Atravesaron el recinto y la gente que lo abarrotaba no dudó en insinuárseles con caricias nada discretas e incluso proponiéndoles sin ambages enredarse con ellos en un poco de sexo sudoroso y salvaje. Uriel los ignoró siguiendo a Kaos hasta unos señoriales cortinajes de terciopelo rojo tras los que se ocultaba una puerta. Un gigantesco portero y gruesas cadenas envueltas en terciopelo negro impedían traspasarla. Un montón de personas pululaba en torno a la entrada, esperando sin esperanza de ser aceptados.

Kaos saludó al portero con un movimiento de cabeza y se plantó ante la cadena. El enorme hombre le permitió el paso, pero impidió la entrada a Uriel.

—Déjalo pasar, es el invitado personal de Avril —lo informó Kaos.

Y Uriel pudo vislumbrar durante apenas un instante la sorpresa del hombre, aunque éste se recuperó rápido, recobrando su mueca desdeñosa.

—No será una travesura de las tuyas, ¿verdad, Kaos? —exigió saber.

—¿Me atrevería a invitarme un invitado de Avril en la fiesta de Nath? Ni siquiera yo estoy tan loco.

El hercúleo portero lo observó con suspicacia antes de clavar su mirada en Uriel. Examinó su indumentaria, su apostura y su gesto altivo y, tras dudar unos segundos, lo dejó pasar.

—¿A qué coño ha venido eso? —masculló Uriel enfadado, siguiendo a Kaos por una escalera que los llevó a un salón mucho más pequeño y menos abarrotado que el anterior.

—¿Acaso pensabas que cualquiera podía acceder a las salas privadas del Torture Game? —preguntó Kaos a su vez, dirigiéndose a una puerta insinuada en un extremo—. Aquí sólo se puede entrar por invitación personal del Señor del Torture Eden y de las personas que él elija. Y te aseguro que no son muchas.

Uriel lo miró sorprendido; por lo visto, la Reina era aún más importante de lo que había creído.

Atravesó la puerta tras Kaos y en ese momento fue consciente de que el salón en el que estaba no tenía nada que ver con el que acababa de dejar atrás. Allí la música era suave, la gente lo ignoraba como si fuera invisible, y el ambiente no era el desenfrenado y disoluto caos sexual del otro lado. Al contrario, Dominantes de ambos sexos pululaban por el salón con sus sumisos unos pasos por detrás de ellos y se mezclaban para hablar y mirar, a veces interesados, a veces aburridos, las cristaleras que ocupaban la pared contigua al salón público.

—Los espejos son transparentes a este lado —comentó Uriel asomándose para ver una perfecta panorámica del licencioso salón que acababan de dejar.

—Qué traviosos, ¿no crees? —Kaos chasqueó la lengua con fingida desaprobación antes de internarse en un pasillo en el que había varias puertas, algunas de ellas abiertas—. No te pares a mirar. Es de mala educación cotillear en mazmorras ajenas y, además, corres el riesgo de que se fijen en ti

y, al ver que no eres de nadie, te reclamen para usarte —le advirtió burlón cuando vio que miraba con disimulo el interior de una de las estancias—. Aunque si te tiente probar puedo decirle a Avril que te han entretenido en una bacanal y que llegarás un poco más tarde...

—No, gracias, tengo por costumbre llegar puntual a mis citas —replicó Uriel.

—Chico listo —aprobó Kaos parándose frente a una puerta. La golpeó con los nudillos y abrió sin esperar respuesta—. Aquí tienes a tu invitado. Por cierto, Nath está en el salón.

—Dale recuerdos de mi parte —replicó Avril desdeñosa.

Kaos esbozó una mueca de diversión y se marchó dejando vía libre a Uriel.

Y éste estuvo a punto de caerse de culo al ver a la Reina del Infierno.

¿Cómo, por todos los demonios, había podido pensar alguna vez que esa mujer parecía una adolescente malcriada? Era una diosa del deseo y la guerra. Una sensual valquiria que había venido a la Tierra para atormentar a los hombres con su belleza y su furia.

Observó hambriento el corsé de cuero negro con hebillas plateadas que se ceñía a su torso como si de látex se tratara alzándole los pechos, que eran pequeños, pero en absoluto tan diminutos como aparentaban bajo las informes camisetas que solía llevar. Una larga falda semitransparente de tul negro con cientos de volantes caía baja en sus caderas, mostrando, además de una gran cantidad de piel desnuda, el tatuaje de un dragón tribal con las alas abiertas en su pubis. Sostenía la falda un ancho cinturón cubierto de tachuelas de plata. En los pies, unas Dr. Martens sin abrochar. El pelo castaño, tan liso como siempre, se derramaba por sus hombros acariciándole el escote en tanto que sus ojos claros lo miraban combativos tras el oscuro maquillaje ahumado que los cubría.

No podía estar más hermosa. Y su verga debió de estar de acuerdo, pues, tras una semana mostrándose perezosa y desinteresada, se alzó con fuerza, reclamando su lugar en el interior de esa fría y fascinante mujer.

Avril observó con apreciativo interés el voluminoso bulto que se formó en los pantalones negros de Uriel y una lengua candente se deslizó por su cuerpo, incendiándole el vientre y humedeciéndole el sexo. Lo recorrió lasciva con la mirada, deleitándose con su elegancia felina y su cuerpo fibroso y proporcionado. Se detuvo complacida en el chaleco gótico de brocado granate con botonadura plateada.

—Bonito chaleco —comentó—. Quítate la ropa. Toda excepto el chaleco, me gusta.

—A sus órdenes, majestad —replicó Uriel burlón.

—Hazlo despacio —le ordenó sentándose al estilo indio en una butaca de terciopelo rojo.

Uriel asintió con un cabeceo, se deshizo de los zapatos de un par de pisotones y se tomó su tiempo en desabrocharse el cinturón y bajarse el pantalón. No llevaba calzoncillos, por lo que su erección saltó en todo su apogeo, saludando a su reina y dejándole ver que se había rasurado el pubis para lucir el dragón. Se quitó el chaleco y desabotonó despacio la camisa para, acto seguido, volver a ponerse el chaleco sobre su piel desnuda. Sus tetillas se erizaron bajo la caricia del brocado. Al terminar, abrió los brazos en cruz, mostrándose ante ella en toda su gloria.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó retórico, pues su mirada dejaba claro que así era.

—Mastúrbate.

Cuando él lo hizo, Avril bajó el pie derecho al suelo, dejando el otro sobre el asiento. Posó la mano derecha sobre esa pierna y comenzó a arrugar la falda entre los dedos hasta dejar el muslo al descubierto. No llevaba medias. Deslizó la mano sobre su piel desnuda, internándose entre sus piernas hasta que desapareció bajo las capas de tul.

Gotas de líquido preseminal humedecieron los dedos de Uriel cuando la falda onduló sobre la mano de Avril. Un movimiento lento y rítmico que la

hizo gemir y recostarse contra el respaldo de la butaca mientras la pierna que mantenía sobre ésta se tensaba.

—Si quieres, puedo hacerte un trabajito —propuso Uriel con la voz ronca. No había nada que deseara más en ese momento que caer de rodillas y llenarse la boca con su sabor.

—Acércate —le ordenó. Él obedeció al instante.

Avril sacó la mano del interior de la falda, los dedos brillantes por la pátina de humedad que los cubría. Se inclinó hacia él y le deslizó el índice por la erección, desde el eje hasta el glande. Recogió la gota de semen que emanaba de la uretra y se la llevó a la boca. Uriel estuvo a punto de correrse. Luego ella se puso en pie y llevó los dedos a los labios masculinos. Él se apresuró a chupárselos, paladeando su esencia hasta que ella los retiró para dirigirse a una mesita sobre la que había una caja. La cogió y se la tendió.

—Póntelo.

Dentro estaba el dragón. Uriel esbozó una sonrisa mordaz.

—He sido un iluso al pensar que iba a ser tan fácil —comentó calzándose el dragón, el cual se le ajustaba perfectamente.

—Lo fácil es aburrido —sentenció ella observándolo con atención—. Quiero ver cómo te pones el *intruder*.

Uriel se giró accediendo a su petición y, cuando se lo hubo colocado, volvió a encararla y se pasó por las caderas la delgada cadena de plata que, enganchada a las alas, ayudaría a mantenerlo todo en su sitio.

—¿Cuánto tiempo puedes aguantar la erección? —inquirió Avril mirándolo complacida. El dragón lo aumentaba en tamaño y grosor, dotándolo de una polla impresionante. Y no es que antes no lo fuera. Pero ahora lo era más.

—Dame un buen motivo y estaré erecto durante horas —la desafió él.

—No necesito horas, me bastan cuarenta minutos. Después serás libre para disfrutar de la fiesta —replicó ella poniéndose unos guantes de encaje con los dedos cortados que consiguieron que el pene de Uriel palpitará al imaginárselos rodeándolo.

Salieron de la mazmorra y fueron al salón privado. En esta ocasión, sus insignes ocupantes, en lugar de ignorarlo como habían hecho antes, lo miraron con curiosidad mientras caminaba junto a Avril. Aunque él no se dio cuenta al principio, pues estaba centrado en caminar sin gemir ni jadear; la puñetera bola anal frotaba un punto exquisito en su interior sometiéndolo al desesperante placer de un orgasmo que nunca llegaba. Y, joder, era una tortura. Una muy placentera, pero tortura al fin y al cabo.

Jason, un Dom al que Uriel había visto a menudo en el Infierno, se acercó a Avril.

—Interesante. —Agarró a Uriel de la barbilla para hacerle exponer el cuello. Éste se zafó de un tirón y lo miró belicoso—. Siempre me ha parecido bastante rebelde y descarado, y veo que no me he equivocado en mis apreciaciones —reveló el Dom disgustado por la insubordinación—. No deberías permitirselo, Avril. Si quieres que se someta debes castigarlo sin demora. —La excitación brilló en su mirada—. Si fuera mío, le pondría pinzas bien apretadas en los pezones y en los huevos para domarlo y un collar de adiestramiento. Además de tener la fusta a mano, por supuesto. Ese culo no debería estar blanco, sino encarnado.

—Pero no es tuyo —señaló ella—, y tampoco mío. En realidad, no tiene dueño.

—Libre, con mi culo paliducho, yo soy libre —canturreó Uriel, parodiando la famosa canción para ocultar el súbito e inexplicable mal humor que le produjo la declaración de Avril.

—Insolente pero con cualidades que lo hacen interesante. —Jason observó apreciativo el dragón y la gruesa erección que lo llenaba—. Puede resultar entretenido instruirlo. Quizá lo busque más tarde, si a ti no te parece mal, por supuesto —le dijo respetuoso a Avril.

Ella se encogió de hombros.

—Ya te he dicho que no es mío, haz lo que quieras.

—Se lo comentaré a Lady Natalie, tal vez quiera unirse —anunció él antes

de dirigirse a un grupo de personas, entre las que Uriel reconoció a una de las Dóminas del Infierno.

—Estúpido engreído, no pienso ir con él —masculló el camisero enfadado: con Jason, por tratarlo como un juguete; con Avril, por no reclamarlo como suyo, y consigo mismo por desear estupideces—. Si vuelve a acercarse a mí, le partiré la cara.

—Eso sería divertido —declaró ella echando a andar de nuevo.

Uriel caminó a su lado enfadado, no pensaba ir un paso tras ella como si fuera un sumiso.

Recorrieron el salón deteniéndose cuando los Dominantes los interceptaban para hablar con Avril. Y Uriel pronto fue consciente de que, al acompañarla, se había convertido en un objeto de interés. Los sumisos lo miraban intrigados desde su posición arrodillada y los Doms preguntaban a Avril por el dragón que llevaba y por él mismo; incluso más de uno le agarró el mentón para obligarlo a girar el cuello y examinárselo. Y si Uriel aguantó el escrutinio sin liarse a golpes, dando sólo un par de tirones y soltando algún que otro gruñido fue porque Avril premiaba su paciencia pasándole el pulgar por el glande, jugando con la abertura que lo coronaba y esparciendo por las fauces del dragón densas gotas de semen. O, si el Dominante que lo examinaba era especialmente molesto, lo calmaba con suaves caricias de su mano cubierta de encaje en el tronco de la verga, allí donde el lomo del dragón daba paso a la piel desnuda.

Lo estaba matando. Tenía los testículos tan tensos y llenos que las garras del animal mitológico se ajustaban dolorosamente a ellos y, con cada paso que daba, la bola le provocaba destellos de placer que le secaban la garganta y lo hacían estremecer.

Y ella, mujer cruel, parecía saber hasta qué punto estaba excitado, pues sus roces habían dejado de ser etéreas caricias para convertirse en contundentes masajes. Estaba llegando a un punto en el que comenzaba a temer que se

derramaría si volvía a sentir sus dedos sobre él. Y, joder, eso era lo último que deseaba.

—Sólo a ti se te ocurriría traer aquí a tu sumiso insumiso —los alcanzó la voz grave y bastante cabreada de un hombre.

Uriel lo observó intrigado. Era aquel que le había llamado la atención por vestir un elegante traje de Armani entre tanto cuero, látex y piel desnuda. Era alto, casi tanto como él, y rondaría su edad, tal vez unos años más. Tenía el pelo castaño oscuro, los ojos de un intenso azul, marcados rasgos viriles, nariz patricia y una pequeña cicatriz bajo la ceja izquierda que, en lugar de afearlo, le daba personalidad a su cara.

—No es un sumiso y tampoco es mío —señaló Avril, tan impasible como siempre.

—Y, sin embargo, lleva tu dragón —replicó él exasperado, agarrando la mandíbula de Uriel para alzarle la cabeza y verle el cuello.

—Voy a empezar a cobrar un euro por cada gilipollas que me gire la cara, seguro que me hago de oro —gruñó él, zafándose de un tirón.

—Lo traes aquí, le pones tus insignias y le permites pasear erguido a tu lado, pero ni lo controlas ni lo identificas como tuyo —continuó diciendo el hombre, ignorando a Uriel—. ¿A qué juegas, Avril?

—No juego a nada, Nath, sólo hago lo que me da la gana.

—Como siempre —apostilló disgustado—. La reunión está a punto de empezar y, aunque sé que te es totalmente indiferente, te estaría muy agradecido si fueras puntual y fingieras un mínimo interés —dijo, y su petición sonó a orden. Se dio media vuelta para irse, pero se detuvo mirándola ceñudo—. No lo traigas a la cámara, Avril. Allí sólo pueden entrar los favoritos, y él ni siquiera te pertenece.

Las vacaciones se me han hecho eternas, pero por fin estoy en Barcelona, con Uriel!! Ha disimulado al principio, pero en cuanto mi padre se ha despistado me ha guiñado un ojo. Y luego, mientras papá atendía a un cliente, me ha tirado de la mano para llevarme a la trastienda y allí me ha dado un morreo de los que hacen historia. Es tan travieso! Y besa tan bien! Y es tan, tan guapo... Estoy loca por él. Y él por mí. Aún no me lo ha dicho, pero lo sé.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK,
1 DE SEPTIEMBRE DE 2009. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO

Uriel es genial!! Se nota que está colado por ti. Eres una suertuda por tener a un tío así pendiente de ti!

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
1 DE SEPTIEMBRE DE 2009

Uriel miró a su alrededor sintiéndose extrañamente fuera de lugar. Aunque no debería. Se hallaba en la sala privada de una exclusiva fiesta *fetish*/BDSM, rodeado de sumisos en distintos grados de desnudez y frente a una cristalera tras la que podía ver a las personas que follaban, bailaban y jugaban con erótica perversidad en el gran salón contiguo. Ése era su jodido ambiente. Y, en vez de disfrutarlo, se mantenía apartado, observando la puerta por la que Avril y los pocos Amos que tenían privilegiado acceso a esa misteriosa cámara habían desaparecido. Se habían llevado consigo a algunos subs, imaginó que serían los favoritos a los que se había referido el tal Nath. Y no era que le importara haber sido aparcado allí con el resto de los sumisos

olvidables. En absoluto. Lo que lo cabreaba hasta entrar en ebullición era que Avril lo hubiera considerado un jodido sub del montón.

Porque él ni era sumiso ni era del montón.

Y pensaba demostrárselo en cuanto regresara de la estúpida reunión.

Mientras tanto seguiría el consejo que ella misma le había dado antes de irse tras el figurín vestido de Armani. Un consejo tan breve como directo: «Disfruta de la fiesta».

Eso haría. Se daría una vuelta por la puñetera fiesta y follaría hasta que se le secaran los huevos, al fin y al cabo, los tenía cargados y listos para vaciarse. El inconveniente era que, a pesar de su imponente erección, se le habían pasado las ganas de sexo, lo cual era una putada, porque de verdad de la buena que los huevos le dolían a rabiar.

Echó un vistazo a la puerta de la misteriosa cámara y, venciendo apenas la tentación de irrumpir allí, enfiló hacia la salida a la fiesta principal. Allí encontraría el aliciente necesario para excitarse otra vez.

—A la cámara sólo pueden entrar los Amos vinculados al Señor del Torture Eden y los sumisos que han probado su lealtad y su absoluta rendición a éstos, convirtiéndose en favoritos —le dijo una mujer interponiéndose en su camino.

—Me parece estupendo —replicó él esquivándola.

O tratando de hacerlo, porque ella se movió a su vez, impidiéndole avanzar.

—Y tú ni siquiera te has ganado el derecho a llevar su marca —continuó viperina—. Te ha dejado aquí, con nosotros, los sumisos intercambiables y prescindibles. Es una lástima que, teniendo una polla tan grande, no hayas sabido ganarte su favor. Eso dice mucho de ti. ¿No sabes usarla? —Le agarró el dragón—. Qué desperdicio.

Uriel le aferró furioso la muñeca.

—Lo siento, sub, no tienes la clase necesaria para tocarme. Sólo la Reina puede —espetó sin pensar, apretando hasta que la mujer lo soltó con un

gemido de dolor.

—¿En serio? Pues la única reina que había aquí no debía de pensar lo mismo cuando te ha abandonado con los sumisos descartables y con la orden de que disfrutes de la fiesta —rebatió con crueldad, en sus ojos un brillo de excitación.

—Yo que tú la ignoraría, le pone que le hagan daño y la desprecien —intervino un hombre joven cuya única indumentaria era un arnés que le cruzaba el pecho.

—Qué divertido, un don nadie dando consejos a otro don nadie —espetó la mujer.

—Pues ese don nadie ha logrado despertar la curiosidad de la Reina, algo que tú jamás has conseguido —le replicó el joven, haciéndole un gesto a Uriel para que lo acompañara.

Él le echó una malhumorada mirada a la mujer antes de soltarla, pero no hizo intención de seguir al hombre.

—No le hagas caso. Está muerta de envidia. En realidad, todos lo estamos. La Reina no suele prestar atención a los sumisos. De hecho, es la primera vez que trae un... —lo miró sin saber cómo definirlo— ¿acompañante? al Torture Game, y llevo un lustro viniendo.

Uriel lo miró sorprendido; por lo visto, ese sub conocía a la Reina. Lo siguió con más curiosidad e interés del que le gustaba sentir.

El joven lo guio a una rinconera de piel negra ocupada por sumisos de ambos sexos. Todos llevaban collares de propiedad. Incluso la desagradable mujer que había insinuado que no valía nada lo llevaba. Se tocó el cuello desnudo sintiendo una estúpida envidia de ellos.

—Ni siquiera te ha dado un collar de protección para que no te requieran si no está contigo —señaló conmovida una joven con un mono de látex que sólo dejaba al descubierto su rostro. Un delicado collar brillaba en su cuello—. Cualquier Dominante puede reclamarte...

—No necesito protección de ningún tipo —repuso Uriel más molesto de lo

que quería evidenciar—. Y tampoco quiero collares. No soy propiedad de nadie y...

—Pero te gustaría serlo —lo interrumpió el hombre del arnés.

—En absoluto. Lo de pertenecer a alguien es para las ovejas, y yo soy un lobo —espetó dando media vuelta para ir al salón público. Estaba harto de hablar, lo que quería era follar.

—No te cabrees. —El sumiso salió tras él.

—¿No deberías quedarte en el salón en el que te ha dejado tu dueño? Podría enfadarse si lo desobedeces —le planteó Uriel con hosquedad.

—Le he pedido a mi Amo permiso para intimar contigo y me lo ha dado —explicó bajando la cabeza en gesto de sometimiento.

Uriel lo miró dubitativo antes de negar con un gesto. El chaval no era desagradable, pero no era lo que buscaba.

—Lo siento, pero paso.

—¿La Reina no te ha dado permiso? —inquirió el joven con ladina suavidad.

Y Uriel, a pesar de intuir que era una trampa, no pudo evitar caer.

Lo agarró del pelo y tiró arqueándole el cuello.

—No tengo que pedirle permiso a nadie para hacer lo que me dé la gana —afirmó antes de besarlo con ferocidad. Le agarró la entrepierna con la mano libre y apretó, arrancándole un gemido gutural—. Y tampoco tengo por costumbre dejarme enredar con argucias infantiles. —Lo apartó de un empujón y se internó en la abarrotada pista de baile del salón público.

Puede que ese sub no encajara con lo que necesitaba, pero seguro que entre el maremágnum de gente que había allí encontraría a alguien que le llamara la atención.

* * *

Avril ocultó un bostezo con la mano. ¿Había algo más pesado que esas

reuniones de Nath? Lo dudaba. Se removió inquieta en la butaca y los fieros ojos de Nath se clavaron en ella.

—¿Hay algo que desees exponer, Avril? —le preguntó exasperado.

—Nada que quieras oír —Se recostó contra el respaldo, la pierna derecha colgando de uno de los reposabrazos y el pie izquierdo plantado en el refinado asiento de terciopelo.

—Eso no puedes saberlo —replicó él—. Adelante, dinos lo que piensas.

—Que me duele el culo de estar sentada y los oídos de escucharte —dijo cruzando los brazos por encima de su cabeza de manera que le taparan los oídos.

Aun así, pudo oír el resoplido molesto del Señor del Torture Eden y cuarto socio en la sombra del Lirio Negro.

—Agradezco tu sinceridad —afirmó él controlando apenas su mal genio—. ¿Algo más que quieras apuntar?

Ella negó con la cabeza. Y él continuó exponiendo las ideas que había reunido en su último viaje. Ideas que, por supuesto, intentaba convencer al resto de los asociados de poner en práctica. El Torture Eden no era un simple garito de intercambio, sino que se había convertido en una marca dentro del ambiente, mientras que el Torture Game se había posicionado como uno de los eventos más exclusivos del país, y quería exportarlo a Europa. Y para eso había que actualizarse y mirar hacia el futuro y bla, bla, bla...

Avril, incapaz de seguir escuchándolo un segundo más, saltó de la butaca y se acercó a la pared de espejos-espías. Frente a ella, una muchedumbre agitada, excitada y disoluta se divertía de mil maneras. Algunos follaban, otros miraban las torturas, las escenas y las acrobacias sexuales que se representaban en los escenarios, y todos aprovechaban para mezclarse con personas de gustos similares que rara vez dejaban ver su verdadero yo fuera de esos muros.

Y, entre todos ellos, brillando como un faro con su elegante chaleco de brocado y su feroz erección enfundada en un dragón de plata, estaba Uriel. Una

candente lengua de deseo se deslizó entre sus piernas, humedeciendo e inflamando su sexo.

—No puedes dejar de mirarlo —le susurró Kaos al oído, pegado a su espalda.

Ella lo ignoró, toda su atención puesta en el hombre que en ese momento se dejaba tocar por una hermosa rubia embutida en un mono rojo de PVC. Comenzaron a bailar pegados mientras ella le acariciaba el dragón con una mano y el trasero con la otra. Él le pasó los brazos por la espalda, pero algo debió de disgustarlo, porque se apartó con gesto irritado.

—Dicen los rumores que Nath ya ha conocido a Uriel...

Avril asintió con un gesto mientras veía cómo Uriel atravesaba la pista. Esquivaba arisco a quienes se le acercaban con la clara intención de follarlo. Y no era que le extrañara. Era un hombre hermoso y bien dotado, de movimientos felinos, mirada desafiante y lengua rápida. Un hombre interesante e imprevisible que escapaba a la aburrida rutina de su mundo.

—¿Qué le ha parecido? ¿Ha sido odio a primera vista o le ha intrigado tanto como a ti? —inquirió artero Kaos.

Avril continuó en silencio, siguiendo los avances de Uriel. Su cabreo parecía haber dado paso a la confusión. Se alejó de las orgías apartando con brusquedad a quienes se interponían en su camino para detenerse frente a un trío que se lo estaba montando en la pista. La enrevesada postura en la que estaban enredados debió de llamarle la atención, porque se arrodilló y extendió una mano para tocar los enormes pechos de una de las mujeres. Aunque no pareció ponerle mucho énfasis, más bien al contrario. Sus caderas permanecieron inmóviles mientras otra mujer deslizaba la mano sobre el dragón, que, por cierto, no parecía tan lleno como debería. Por lo visto, su erección había bajado, algo que no era de extrañar. Ningún hombre, por muy bien dotado que estuviera, podía aguantar duro tanto tiempo.

Avril entornó los ojos molesta cuando el último integrante del trío trató de soltarle uno de los extremos de la cadena que sujetaba el dragón a sus caderas

con la clara intención de poder sobarlo a gusto.

A Uriel también debió de molestarle que intentara quitárselo, porque lo apartó con brusquedad y volvió a ajustarse la cadena para luego alejarse con aspecto furioso.

—Tu rebelde sub no parece muy dispuesto a que lo despojen de tu regalo —comentó burlón Kaos—. He oído que se están haciendo apuestas sobre si lo convertirás en tu favorito o no. Dime lo que vas a hacer y apostaré a caballo ganador. Podríamos sacar mucho dinero.

—Yo no tengo favoritos —replicó Avril ignorando su tramposa oferta.

—Tú te lo pierdes, ese hombre, además de tener una polla impresionante, tiene pinta de ser bastante entretenido.

—No es un juguete —masculló enfadada.

—Razón de más para convertirlo en tu favorito —señaló Kaos alejándose de ella.

Avril frunció el ceño ante su afirmación, sus ojos fijos en el hermoso espécimen que atravesaba presuroso el salón en dirección a los cortinajes que ocultaban la entrada a las salas privadas. Por lo visto, se había cansado de interactuar con la gente.

Se dio media vuelta, pues la panorámica tras las ventanas había dejado de ser interesante, y se encontró con Nath de frente, mirándola crispado.

—Dime, querida, ¿tienes intención de prestar atención a nuestra importante charla en algún momento de la noche? —le recriminó irritado.

Ella fijó sus fríos ojos en él.

—No.

Y, sin más explicaciones, se marchó.

Antes de cerrar la puerta de la cámara pudo oír la carcajada de Kaos y el gruñido airado de Nath.

Ignoró ambos.

* * *

Uriel atravesó el salón privado sin prestar atención a las miradas curiosas de los sumisos. No le apetecía hablar con nadie. Estaba cabreado. Su erección había menguado lejos de las caricias de la Reina, y el dichoso dragón comenzaba a molestarle, sobre todo en los huevos, que cada vez notaba más doloridos. La bola también se había convertido en un incordio, por lo que estaba deseando librarse de toda la parafernalia y quedarse en pelotas.

Recorrió veloz el pasillo y entró en la mazmorra. Una vez allí, se libró con rapidez del maldito dragón y buscó un sitio en el que descansar y aclararse las ideas. Aunque lo de descansar iba a ser un poco complicado, porque no estaba en la alcoba de la Reina, sino en una mazmorra provisional montada con pladur en una inmensa nave industrial. Allí no había altas camas con sábanas de seda y cepos en los pies ni sofás Chester, sino una tosca cruz de San Andrés y una camilla acolchada que parecía de lo más incómoda. Optó por esta última, al menos estaría acostado. Se tumbó de espaldas y recostó la cabeza sobre sus manos entrelazadas.

Apenas dos minutos después, la Reina del Infierno entró, sorprendiéndolo, pues no la esperaba hasta mucho después. Al fin y al cabo, estaba en lo que parecía una reunión importante con los dueños de los clubes más destacados del panorama nacional.

Avril lo observó con los párpados entornados; parecía relajado, tranquilo, pero sus ojos estaban alertas y sus músculos tensos.

—Te has cansado pronto, ¿la fiesta no es de tu agrado?

—No está a mi altura —replicó él sin cambiar de postura.

—¿Qué está a tu altura?

—Una reina.

—Estás muy seguro de ti mismo.

—Sé lo que ofrezco.

—¿Y qué ofreces?

—¿No lo recuerdas? El mejor orgasmo de tu vida.

—Qué arrogancia —lo reprobó ella—. No fue el mejor de mi vida y, además, me lo proporcioné yo misma, tú sólo fuiste el juguete que usé para alcanzarlo.

—Un juguete muy bueno, a tenor de cómo te retorcías sobre mi cara mientras te comía el coño —resopló jactancioso.

—Pero no me corrí con tu lengua... —le recordó.

—Porque preferiste empalarte con mi polla.

—Me gustan las cosas grandes y duras, las lenguas están bien para calentar motores, pero luego se quedan cortas.

—No la mía —repuso altivo.

Hoy lo hemos hecho, Ojito Conmigo, y Uriel es... tremendo!! Y aunque no ha sido mi «primera vez», sí ha sido la primera vez que un tío me hace ver las estrellas. Y toda la galaxia! Claro que tampoco es de extrañar... Porque estamos locamente enamorados!!! Me ha dicho que me quiere!! Esta misma tarde, abrazados en su cama, me lo ha confesado después de que yo se lo preguntara. Me ha dicho que me ha echado tanto de menos estos días que he estado en el pueblo de romería con mamá y con papá que casi se ha vuelto loco de desesperación.

Lo amo. Lo amo. Lo amo.

Más que a nada en el mundo.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A OJITO CONMIGO,
14 DE SEPTIEMBRE DE 2009. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO.

No me jodas que lo habéis hecho!!! Mándame privi a la de ya!!!

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
15 DE SEPTIEMBRE DE 2009

—Así que crees tener cierta habilidad con la lengua —declaró Avril sin inflexión.

—Mi lengua es una jodida hacedora de orgasmos —replicó Uriel arrogante.

Ella se limitó a enarcar una ceja con incredulidad mientras se acercaba a él con el porte de una gélida diosa. Una muy altiva, muy hermosa y muy segura de

sí misma.

Uriel la observó con fingida indiferencia, obligándose a seguir tumbado en la camilla con las manos entrelazadas en la nuca, decidido a no dejarle saber lo mucho que lo impactaba.

Avril se detuvo a su lado y, antes de que él pudiera imaginar lo que iba a hacer, se recogió la falda con una mano y, usando la otra como apoyo, saltó sobre la camilla.

Uriel apenas tuvo tiempo de apartar los brazos antes de que sus espinillas desnudas le inmovilizaran los hombros y el terso interior de sus muslos le tapara las orejas.

—Demuéstralo —la oyó decir antes de que soltara la falda sobre su cara, aislándolo del mundo bajo un mar de tul.

Observó las diminutas bragas que casi le tocaban la nariz y, sin perder un instante, no fuera a ser que cambiara de opinión, alzó las manos para apartárselas y así acceder a su vulva.

—Las manos no entran en el trato, sólo la lengua. —Avril se las apartó de un manotazo.

Uriel se quedó paralizado, aunque no tardó en esbozar una sonrisilla traviesa. ¿Quería jugar? Pues jugarían. Y él ganaría.

Alzó la cabeza y frotó la punta de la nariz contra las braguitas. Estaban húmedas y calientes. La hundió formando un valle en la tela e inspiró llenándose con su esencia picante y enloquecedora. Apretó los labios contra el suave algodón, impregnándolo más aún en el rocío femenino, y lo lamió para catarlo. Era pura ambrosía. Intenso, cálido y excitante. Perfecto para él. Sin apartar las braguitas, atrapó con los dientes los pliegues vaginales y los agasajó con ligeros mordiscos hasta captar la tensión exacta que la hacía gemir. Volvió a jugar con la nariz en el cada vez más mojado valle antes de presionarla contra la tentadora depresión que se insinuaba bajo la tela. Y, en respuesta, ella comenzó a mecerse contra él.

Uriel se lo permitió unos pocos segundos antes de girar la cara y

mordisquearle el interior de los muslos. No iba a dejar que se corriera tan pronto, ella también tenía que pagar.

Avril esbozó una inquietante sonrisa al darse cuenta de que ese hombre acababa de jugársela. Y como premio, o tal vez como castigo, le pellizcó las tetillas. Él corcoveó y sus labios se aferraron a la sensible piel de sus muslos mientras ahogaba un jadeo. Ella repitió la jugada y, como reacción, la verga inhiesta palpitó impaciente, endureciéndose más aún. Transitó por el torso masculino con las uñas y, al llegar al pubis, ignoró la goteante erección y las deslizó hiriente por los vellosos muslos, incidiendo en el interior de éstos hasta que él trató de apartarse. Calmó con las yemas los enrojecidos rasguños y luego los besó.

Y Uriel tuvo que agarrarse con fuerza a la camilla para impedir que sus manos le arrancaran la ropa para luego darle la vuelta y enterrarse en ella de una sola estocada. La deseaba tanto que estaba a punto de volverse loco. Inspiró con fuerza dentro del oscuro mundo que creaban los muros de la falda y sus sentidos se saturaron de ella, de su sabor, de su olor, de su tacto. Y deseó con una intensidad que lo asustó llenarse la boca con la miel de su orgasmo.

Le tanteó con los labios la vulva, aún cubierta con las bragas. La chupó y rozó con los dientes con cuidadosa presión y, cuando sintió el clítoris duro contra su lengua, lo atrapó por encima del suave algodón y succionó.

Avril gritó.

Un grito gutural y jadeante que la dejó temblorosa y sin aire en los pulmones.

No se lo esperaba. De nuevo, él la había sorprendido. Sin separar el coño de esos labios perversos, se inclinó sobre el cuerpo masculino y se estiró cual gatita melosa para probar la leche que goteaba del imponente falo. Sacó la lengua y lamió perezosa el glande.

Y Uriel estuvo a punto de explotar en su boca. Dejó de lamerla, casi olvidando que había prometido llevarla al clímax con la lengua. Y eso era lo que ella quería, se percató malhumorado de su propia debilidad. Quería que

fallara, que no cumpliera su promesa, que perdiera el desafío que le había lanzado por culpa de una jodida mamada. Pues no. Él estaba hecho de otra pasta. Apretó los dedos contra la camilla y centró toda la atención en lograr su objetivo. Iba a hacer que se corriera en su cara sin perder más tiempo.

Aferró entre los dientes el elástico de la braga y tiró, apartándola lo justo para que su boca se abriera camino sobre la piel. Encontró de nuevo el apretado clítoris. Lo sentía erguido contra su lengua, suave y resbaladizo, absolutamente tentador. Succionó aumentando la intensidad a cada jadeo que ella soltaba, ignorando a pura fuerza de voluntad cómo le chupaba el glande cual delicioso chupachups. De repente, ella se tensó. Y él intensificó su ataque, hasta que una tibia humedad le llenó la boca.

Avril acababa de correrse en su cara y, joder, ¡sabía a gloria! La putada era que había dejado de comerle la polla y el deseo insatisfecho estaba matándolo.

Sacudió las caderas reclamando un poco de atención.

Y, en respuesta, ella saltó de la camilla, se recolocó la falda y salió de la mazmorra.

Uriel apenas pudo contener el gruñido frustrado que rasgó su garganta. Observó furioso la puerta durante unos minutos, esperando, o más bien rogando, que ella volviera. Y, como no fue así, se llevó la mano a la entrepierna.

A falta de pan, buenas son tortas, decía el refrán, y él estaba totalmente de acuerdo.

Se envolvió el pene en un apretado puño y comenzó a masturbarse disgustado. Y en ese momento ella regresó con un par de refrescos en las manos. Se paró frente a la camilla, observó apreciativa la mano que movía sobre la polla y luego le tendió una Coca-Cola.

Uriel se sentó para cogerla, la abrió y dio un largo trago sin apartar la mirada de Avril, quien lo observaba pensativa a la vez que, acalorada, se

frotaba la helada lata contra el cuello y el pecho, ambos sudorosos tras el potente orgasmo al que la había llevado. Sonrió orgulloso al pensar en ello.

—Refréscame la memoria —dijo ella al fin—, ¿no te comenté el otro día que las erecciones que yo provoco sólo yo puedo disfrutarlas?

—Es mi polla —replicó Uriel encogiéndose de hombros.

—Y puedes disfrutar de ella todo lo que quieras, pero por las erecciones que tú u otros te provoquen, no por las que te provoco yo. A ésas sólo yo les pondré fin —sentenció Avril, presionando de repente la lata helada contra el pene.

Uriel dio un respingo dolorido, la boca abierta en un jadeo que se apresuró a extinguir antes de que ella lo oyera. Apretó los dientes y la miró desafiante sin intentar quitar la lata de su entrepierna.

Avril esperó unos segundos y luego esbozó una brusca sonrisa antes de apartar el refresco, abrirlo y dar un largo trago.

—Baja de la camilla y apoya el trasero en ella —ordenó. Uriel no dudó en obedecer—. Agárrate con fuerza al borde. Y no lo sueltes —le advirtió.

Él la miró intrigado antes de agarrarse reticente.

—¿Vas a atarme?

—¿Quieres correrme? —contestó ella con una pregunta.

—No.

Lo miró sorprendida.

—La semana pasada me demostraste que correrse no tiene por qué ir unido a sentir placer —señaló él con resignación—. Así que lo que en realidad quiero es un orgasmo, pero no soy tan suicida de exigirlo, sé que no me lo concederías.

—Has aprendido rápido la lección.

—Siempre he sido un chico listo —repuso él esbozando una lacónica sonrisa—. Tampoco esperes que te suplique para conseguir mi placer, porque no lo haré.

Ella curvó los labios, regalándole una de sus escasísimas sonrisas.

—¿Cuánto puedes aguantar sin correrte? —Le deslizó la mano por la entrepierna.

—Ahora mismo, no mucho —reconoció él con un jadeo a la vez que apretaba los dedos contra la camilla, los músculos de sus brazos y sus hombros tensándose ante el súbito placer.

—Cuenta hasta cien —le ordenó utilizando una mano para acunarle los testículos mientras movía la otra con insoportable lentitud sobre su pene—. Y procura no equivocarte o tendrás que empezar desde el principio.

—Uno, dos, tres... —comenzó él a una velocidad superior a la que corrían los segundos.

Ella empezó a masturbarlo al ritmo que él marcaba, lo que lo obligó a ralentizar la enumeración, pues tanta rapidez iba a conseguir que se corriera antes de llegar a cincuenta. Lo malo era que ir más despacio suponía una tortura, pues ella también suavizaba sus caricias, acercándolo al éxtasis pero sin permitirle alcanzarlo. Aun así, se obligó a dejar a un lado la búsqueda del placer y centrarse en los números. Esa batalla, al igual que la anterior, la iba a ganar él.

—Sesenta y cinco, sesenta y seis...

—Setenta y siete, setenta y ocho... —continuó ella la cuenta, sus manos moviéndose lujuriosas y arrancándole destellos de placer que le nublaban la mente.

—Setenta y nueve, ochen... Joder —gimió percatándose de que se había equivocado porque ella había apartado la mano—. Me has confundido a propósito, eso es hacer trampas.

—¿Acaso he dicho que no fuera a hacerlas?

Él la miró pasmado antes de estallar en una sonora carcajada.

—Si tú puedes hacerlas, yo también —afirmó envolviéndola entre sus brazos para besarla con toda la necesidad que sentía.

Avril se lo permitió. Más aún, barrió sus labios con la lengua y le invadió la boca a la vez que le masajeaba el glande. Hasta que el pene palpité contra

sus dedos perversos. Entonces le mordió con fuerza el labio inferior y lo empujó con la mano libre, obligándolo a soltarla.

Él obedeció al instante. Y Avril lo aferró del pelo con la mano izquierda y tiró, forzándolo a echar hacia atrás la cabeza de manera que expusiera la garganta.

Puso los labios sobre el tenso tendón que unía cuello y hombro y lo arañó con los dientes para, acto seguido, chupar con fuerza saboreando la sal de su piel. Y, mientras lo hacía, lo masturbó con ferocidad.

Uriel gritó al sentir que el orgasmo estallaba en su interior, arrasándolo. Jadeó sin aire, y si no cayó al suelo fue gracias a que encontró el borde de la camilla y se agarró con fuerza.

El clímax pareció no tener fin. Fue un orgasmo intenso acompañado por una copiosa eyaculación que lo dejó sin fuerzas y casi sin raciocinio.

Cuando Avril le soltó el pelo, su cabeza cayó sin fuerza hacia delante. Sintió un escalofrío a lo largo de toda la columna vertebral, dominado por un placer tan intenso y sublime que apenas era consciente de nada que no fuera ella.

Ella, que lo sostenía contra su cuerpo.

Ella, que lo empujaba contra la camilla para que se tumbara.

Ella, que lo besaba con insólita ternura antes de acariciarle los labios con las yemas de los dedos y marcharse, dejándolo insoportablemente solo.

* * *

Pasó un rato hasta que sus latidos y su respiración recuperaron la normalidad, y aún le hicieron falta algunos minutos más para reunir la fuerza suficiente para bajar de la camilla sin que las rodillas le temblaran. Había sido el orgasmo más intenso de su vida. El más brutal. Y estaba deseando repetir. Se sentía relajado, en paz, saciado por primera vez en años.

Se pasó las manos por la nuca, estirando los músculos agarrotados a la vez

que se lamía los labios. Todavía conservaban el sabor de la Reina.

Dios santo, estaba deseando volver a probarla.

Más aún, estaba deseando follar con ella. Porque, si sólo con sus manos lo había llevado tan alto..., ¿hasta dónde lo haría volar con su cuerpo?

Salió de la mazmorra y se dirigió al salón. Allí, se encontró con los mismos sumisos de antes, pero la Reina no estaba, lo que lo llevó a sospechar que había vuelto a la exclusiva reunión. Atravesó el salón percatándose de que varios subs lo miraban con indisimulada sorpresa y curiosidad, como si fuera un payaso de feria. Los ignoró y se paró junto al joven del arnés.

—¿Has visto a la Reina? —preguntó con lo que esperaba pareciera indiferencia.

El hombre asintió con un gesto, sus ojos como platos fijos en su cuello.

—¿Y dónde coño está? —requirió perdiendo la paciencia al ver su expresión. ¿Qué narices les pasaba a todos esa noche? ¿Acaso tenía monos en la cara?

—Ha vuelto a la cámara con el Señor del Edén y los demás Dominantes.

—Joder —masculló enfadado Uriel al comprender que Avril había prescindido de sus servicios—. ¿Esas reuniones suelen durar mucho?

—Toda la noche —respondió Kaos tras él. Uriel se volvió hacia el atractivo rubio—. Y antes de que me lo preguntes, *nop*, no va a salir. Ya ha faltado un buen rato y no le conviene cabrear más a Nath, porque cuando eso sucede le toca a ella, y por extensión a nosotros, soportar sus sermones, y te aseguro que son soporíferos —informó con desidia a la vez que le agarraba la barbilla y lo hacía girar la cabeza—. Veo que por fin has conseguido tu orgasmo. Me alegro. Lo tienes bien merecido —dijo antes de dirigirse a la cámara.

—¡Kaos! —lo llamó Uriel tocándose el cuello con los dedos. ¿Qué había querido decir con que «veía» que había conseguido el orgasmo?—. Tú también eres dueño del Lirio Negro, ¿por qué tú sí puedes faltar a la reunión?

—le soltó malicioso, dándole a entender que no se tragaba esa estúpida excusa.

—Yo tampoco puedo faltar. Pero me apetecía echar un polvo y me he escapado dejando a Julio solo ante el peligro. O debería decir ante el aburrimiento. Seguramente ahora estará imaginando la manera más lenta y dolorosa de matarme —comentó burlón antes de irse.

Uriel observó la puerta tras la que desaparecía con un poderoso aguijón de... ¿envidia? Sí, eso era. Pura y dura envidia. Él también quería estar en esa reunión llena de estúpidos Dominantes. O no. La verdad era que se le habían quitado las ganas de seguir allí. La ausencia de la Reina hacía que la noche perdiera su aliciente. Así que regresó a la mazmorra, se vistió y fue al salón principal. Esquivó sin mucho cuidado a las hordas de gente asilvestrada que se sumergía en el delirio del sexo y enfiló la salida.

Estaba a punto de irse cuando Lady Natalie y Lord Jason lo interceptaron. Uriel se envaró, no hacía ni dos horas que el hombre le había dicho que lo buscaría para instruirlo.

Sobre su puto cadáver.

—¿Qué? —les espetó con rabia. No estaba de humor para tener sexo, menos aún para ser el juguete de una pareja de Dominantes.

Lady Natalie ignoró su pregunta y, agarrándole la barbilla, le hizo girar la cabeza.

Uriel se sacudió cabreado, estaba harto de que todos hicieran eso.

—Interesante —señaló Jason.

—Y frustrante —apostilló la mujer—. Me había hecho ilusiones de adiestrarlo.

—Yo también —coincidió el hombre—, pero las circunstancias han cambiado. —Le echó una última mirada al cuello antes de marcharse. Ella no tardó en seguirlo.

Uriel los miró pasmado y, sin pensarlo más, salió de allí. En cuanto pisó la calle, sacó el móvil y llamó un taxi, dándole la ubicación para que fuera a

recogerlo.

* * *

—¿Qué tal la fiesta? —le preguntó Calix cuando llegó a casa.

Él e Iskra estaban en el sillón, más recostados que sentados, viendo en *streaming* la última serie que los había atrapado: «Besos robados».

—Muy entretenida e ilustrativa. Llena de gente follando, chupando, atando y azotando a otros de las maneras más imaginativas. He aprendido algunos juegos interesantes con cuerdas, pinzas y anillos. Si queréis hacemos un trío y os los enseño.

—No, gracias —rechazó Calix con un resoplido.

—¿Has visto a tu reina? —inquirió Iskra con dulzura.

Uriel esbozó una luminosa sonrisa que le ocupó toda la cara y le hizo brillar los ojos, algo que no pasó desapercibido a sus compañeros de piso.

—Hemos jugado un poco... —contestó malicioso.

—¿Ha sido ella quien te ha hecho el chupetón? Debes decirle que tenga cuidado —señaló Iskra—. He leído que pueden ser peligrosos: por lo visto, si se hacen sobre las venas, pueden provocar coágulos que, al llegar al corazón o al cerebro, pueden causar un...

Uriel dejó de escucharla a la vez que se tocaba el cuello. ¿Tenía un chupetón? ¿Cómo? De repente recordó que, en el calor del orgasmo, la Reina le había mordido el cuello y succionado con fuerza mientras él se estremecía de placer.

¿Eso era lo que Kaos había visto en su cuello? ¿Lo que lo había llevado a intuir que la Reina le había permitido llegar al clímax? Más aún, ¿podría ser esa marca lo que todo el mundo buscaba en su cuello cuando le giraban la cabeza?

Fue al cuarto de baño dejando a Iskra con la palabra en la boca y se miró en el espejo.

Tenía un marcado chupetón en el cuello. Alargado y encarnado, tan candente como los labios de Avril.

Ahora entendía la obsesión que tenían todos con su cuello.

Sonrió sin poder evitarlo: ella lo había marcado.

Quiero morirme. Papá nos ha pillado besándonos en el taller y se ha puesto hecho una fiera. A Uriel le ha dicho que se fuera y a mí me ha llamado estúpida y me ha prohibido salir con él. Dice que es muy mayor para mí. Pero si sólo tiene veintisiete años! Pero, claro, son siete más que yo, y eso para mi arcaico padre es mucho. Según papá, soy una niña mimada que no sabe nada del mundo, mientras que Uriel es un buscavidas y está jugando conmigo. Cómo puede ser tan obtuso?! Uriel me quiere con locura y se mata a trabajar para que me sienta orgullosa de él. Lo sé, aunque él no me lo diga. Papá es idiota, debería confiar en él. Si lo hiciera se daría cuenta de que tiene carisma y estilo y de que el negocio va mejor que nunca. Sería un jefe estupendo.

Y un marido aún mejor.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK,
4 DE OCTUBRE DE 2009. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO

Joder, Roser, cuánto lo siento. Tu padre es un capullo. Tu madre no puede hacer nada?

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
4 DE OCTUBRE DE 2009

Qué va. Mi madre es más rara que un perro verde. Hace años le dio por decir que la ciudad era mala y se largó al pueblo para no volver. Y mi padre, que no la soporta, está tan pancho sin ella.

Coinciden en las romerías del pueblo y es más que suficiente. Son tal para cual.

RESPUESTA DE DULCE ROSER,
4 DE OCTUBRE DE 2009

Viernes, 11 de enero de 2019

Las puertas del vagón se abrieron y Uriel soportó la entrada masiva de viajeros que lo prensaron entre sus cuerpos. Eso era lo malo de tomar el metro a las ocho y media de la noche, que los vagones estaban petados. Aunque esa tarde ni siquiera eso podría amargarlo. Era viernes, el trabajo había acabado, tenía la noche libre... E iba a ir al Infierno.

¿Qué más le podía pedir a la vida?

Que la Reina lo recibiera y lo follara.

Y no dudaba que lo haría.

Se aflojó la corbata para acariciarse la huella anaranjada que aún perduraba en su cuello. Pronto se desvanecería del todo. Y no le hacía gracia que desapareciera, la verdad. Le gustaba pensar que lo había marcado. Aunque jamás lo reconocería en voz alta.

El metro tomó una pronunciada curva y, al salir, se detuvo con un brusco frenazo en la estación, haciendo que un abuelo perdiera el equilibrio y cayera sobre él dándole un codazo.

—¡Lo siento mucho! —se disculpó abochornado el anciano.

—No se preocupe, no ha sido nada —mintió Uriel sonriente ayudándolo a sostenerse. El codazo le había revuelto el estómago, pero ni siquiera eso le iba a agriar el humor.

—Es la primera vez que alguien se te cae encima y no le gruñes —le comentó Calix.

—Eso no es cierto. Nunca gruño a las mujeres que me montan —replicó Uriel con una ladina sonrisa que hizo reír a Calix y a Iskra y fruncir el ceño a

Rodrigo.

—Pareces muy feliz hoy —señaló la muchacha agarrándole la mano para, alzándose sobre las puntas de sus pies, darle un cariñoso beso en la mejilla.

Uriel aceptó el dulce ósculo olvidando volver la cabeza en el último momento para tratar de robarle un beso en la boca como era su costumbre. Algo que sorprendió bastante a sus amigos. Se lo veía distraído. Y alegre. En sus labios, una inesperada sonrisa juvenil que le iluminaba los ojos. Y toda la cara.

—Será porque es viernes y por fin voy a follar... —respondió él animado.

—¿Con tu reina? —preguntó Calix perspicaz.

Uriel llevaba toda la semana hablando de ella. O, mejor dicho, de la exótica fiesta a la que había asistido con ella. No había entrado en detalles de lo que había hecho con la Reina, si es que había hecho algo, pero su cara, sus ojos y su sonrisa lo decían todo.

—Tal vez —contestó misterioso apeándose del vagón cuando paró en La Latina.

Se dirigió a la salida concentrándose en contener la euforia que sentía. Estaba tan impaciente por llegar a casa y cambiarse para ir al Infierno que le hormigueaban las plantas de los pies de las ganas que tenía de echar a correr. Pero, si hacía eso, Iskra, que era muy dada a romantizarlo todo, pensaría que tenía algún tipo de interés en Avril y acabaría convenciendo a Calix de ello. Y no le apetecía que lo asediaran con cuentos chinos sobre el amor y todas esas gilipolces. Avril sería la última mujer en el mundo que se enamoraría de él. O de cualquier persona en realidad. Sonrió al imaginarse a la brusca, gélida y despótica reina haciendo mimitos a alguien. ¡Sería digno de verse!

No. Ella era un alma afin. No perdería el tiempo con ideas románticas y sentimientos inútiles. Lo único que le interesaba era el sexo. Igual que a él. Y por eso era perfecta.

Apresuró sus pasos al llegar a la calle. Llevaba desde el domingo sin verla, exactamente desde que desapareció tras dejarlo seco. Había estado tentado de

ir a buscarla al Infierno el lunes, y el martes, y en realidad cada día de la semana. Pero no era su costumbre ir a los clubes entre semana y no pensaba cambiar su rutina por la Reina. Así que se había contenido, aguardando con impaciencia el viernes. Y éste por fin había llegado. Esa noche podría ocurrir cualquier cosa. Ella podría follarlo, atarlo, torturarlo con sus juegos de control o atormentarlo impidiéndole llegar al orgasmo. Fuera lo que fuese, estaba seguro de que lo disfrutaría. Ella jamás lo dejaba indiferente.

—¡Uriel! —Se detuvo al oír la llamada de Calix y al volverse comprobó sorprendido que iba más rápido de lo que imaginaba, pues a Iskra y a Rodrigo los había dejado tan atrás que apenas los veía, mientras que Calix caminaba apresurado—. Hoy tienes más prisa que de costumbre —comentó el segoviano llegando junto a él con una burlona sonrisa, pues intuía que su precipitación era debida a la impaciencia por ver a la misteriosa reina.

—Es viernes y llevo toda la semana sin sexo —dijo Uriel. A buen entendedor, pocas palabras bastaban.

Calix lo miró sonriente y, poniéndose a su lado, adoptó su paso rápido.

—¿Tienes algún plan para mañana? —le preguntó dejando muy atrás a Iskra y a Rodrigo.

—¿Además de trabajar por la mañana, echarme la siesta por la tarde y follar como un loco toda la noche? —apuntó Uriel socarrón. Calix sabía de sobra cuál era su rutina, llevaba un año haciendo lo mismo cada sábado—. Tengo el día a tope, pero puedo hacerte un hueco a la hora de la siesta. No me importaría compartir cama contigo —propuso indolente.

—Te invito a comer.

Uriel lo miró sorprendido. ¿A qué venía eso?

—¿Pretendes comprar mis favores sexuales con una comida? —Arqueó las cejas de manera elocuente, dejando claro el doble sentido con que había dotado a la palabra *comida*.

—Quiero hablar contigo de algo importante. Es sobre la boda —aclaró Calix muy serio.

Uriel borró la sonrisa de su boca al ver su gesto.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Algún problema con Pavel?

—No, no te preocupes, todo va bien. Pavel está encantado e Iskra, eufórica.

—Pero tú lo has pensado mejor... —aventuró Uriel.

—¡Claro que no! —Calix lo miró pasmado—. Tengo tantas ganas de ponerle el anillo en el dedo que me duele el pecho sólo de pensar en el tiempo que voy a tener que esperar para hacerlo.

—Así que estás impaciente.

—No sabes cuánto.

—Entonces, ¿de qué quieres hablar conmigo?

—Te lo cuento mañana durante la comida, Iskra se va a ir de compras con Pavel, por lo que estaremos solos y podremos hablar tranquilos. Es largo de explicar y no quiero apresurarme —señaló entrando en la plaza. Uriel aceptó con un gesto—. Intenta no llegar muy tarde esta noche para que mañana estés espabilado a la hora de la siesta...

—¿Tanto va a durar la conversación?

—Quién sabe. —«Todo el tiempo que necesite para convencerte, amigo.»

—Está bien, me hincharé a café, porque desde luego que esta noche no pienso apresurarme ni quedarme a medias. —«A no ser que Avril así lo decida», pensó ilusionado.

Calix observó la sonrisa luminosa de Uriel y sonrió a su vez.

—Me gusta esa reina —comentó entrando en el portal—. No sé lo que te hace, pero pareces otro. Más relajado, más tranquilo, más... feliz.

—Si quieres, te detallo lo que me hace para tenerme tan contento —ofreció Uriel socarrón enfilando hacia la escalera.

—No, gracias, me lo imagino —contestó Calix con una carcajada.

—No, querido, no te lo puedes ni imaginar. —Al llegar al descansillo del primero, se dio cuenta de que se le había olvidado mirar el buzón—. Mierda, ahora vengo.

Dio media vuelta y bajó la escalera. Al abrirlo encontró una factura de la

luz y otra del gas junto a una ingente cantidad de propaganda. Las miró suspicaz, la cartera siempre dejaba las cartas por la mañana y él siempre las recogía a mediodía. Esas facturas no deberían estar allí, lo mismo que todos esos folletos. Entrecerró los ojos receloso antes de darse cuenta de que no se había acordado de abrir el buzón en todo el día. De hecho, llevaba desde la tarde anterior sin abrirlo. Chasqueó la lengua en señal de disgusto: no debería ser tan descuidado.

Abrió los sobres y revisó la propaganda, comprobando que todo fuera correcto, y se guardó las facturas en el bolsillo. Estaba a punto de subir a casa cuando Iskra entró en el portal acompañada de Rodrigo. Éste se despidió de ella en la puerta y volvió a salir, por lo visto tenía que recoger a su hijastra en casa de una amiga. Uriel la esperó para subir juntos.

—Mañana pasaré la tarde con Pavel —le comentó Iskra—. Iremos a comer y a mirar tiendas de novias. ¿Te lo imaginas?

—La verdad es que no me resulta fácil —respondió él tratando de imaginarse al rudo mafioso búlgaro rodeado de encajes, tules, velos y virginales vestidos blancos.

—Quiere comprarme el vestido de novia. —Iskra alzó las cejas en un gesto de alarma.

—Eso no está mal, así te ahorras un dinerito —comentó conteniendo un escalofrío al pensar en Iskra con un vestido de novia. Los odiaba, no soportaba verlos en nadie, menos aún en esa mujer a la que tanto quería. Ojalá fuera azul, o rosa, o rojo. Lo que fuera menos blanco.

—No seas tonto, eso no es importante.

—Será para ti, Calix seguro que no opina lo mismo —dijo burlón subiendo la escalera.

—Me refiero a que..., el problema es... —Se mordió los labios, reticente a seguir hablando, algo raro en ella, que nunca callaba—. Prométeme que no le dirás nada de lo que te cuente a Calix. No quiero que tenga ninguna pista sobre

el vestido. Tiene que ser una sorpresa —declaró solemne, parándose antes de llegar al rellano del primero.

—Lo prometo —aceptó Uriel con gran seriedad al percatarse de que estaba preocupada.

Ella soltó el aire que había retenido con un gran suspiro.

—Pavel está empeñado en que lleve un vestido de novia con muchos volantes, mucha tela y un cancán... —Abrió exageradamente los ojos, como si eso fuera algo horrible.

—Bueno..., no está mal —comentó Uriel sin saber bien qué decir. Él sabía mucho de moda masculina, un poco de moda femenina y nada de moda de novias. ¡Y no quería saberlo!

—¿Que no está mal?! —jadeó histérica—. ¡Está fatal! No puedo llevar cancán. ¡Ya lo llevo incorporado de serie! —Señaló sus orondas caderas—. ¡Si me compro un vestido con cancán y volantes, no entraré por la puerta de la iglesia!

Uriel no pudo evitar echarse a reír ante su indignación, aunque lo cierto era que no le faltaba razón.

—¡No te rías! —Le palmeó el brazo encrespada—. No lo entiendes. Voy a parecer una mesa camilla envuelta en merengue. —Se llevó la mano al estómago como si quisiera calmarlo—. Hay circunstancias que necesito disimular. —Volvió a señalarse las caderas—. Pero Pavel está entusiasmado con que lleve un recargado vestido, un modelo barroco, lleno de volantes, encajes, bordados y pedrería y no quiero desilusionarlo. Y es tan... ¡excesivo! —exclamó desesperada—. No quiero estar fea el día de mi boda... —Sus enormes ojos se cargaron de angustia.

—Y no lo estarás. Eso es imposible. Eres la mujer más guapa del mundo, Iskra, ni siquiera poniéndote un vestido horrible conseguirás que Calix te quite los ojos de encima. Está loco por ti. Y no es el único —afirmó inclinándose para depositar en sus labios un casto beso que apenas duró un segundo—. Lo siento, no he podido evitarlo.

—No lo sientes y sí has podido evitarlo —replicó ella con una cariñosa sonrisa a la vez que le acariciaba la cara—. Estás muy falto de besos, Uriel.

—Disiento, princesa, doy y recibo besos de mucha gente, muy a menudo, y no sólo en los labios —señaló con una sonrisa indolente.

—Pero éstos no cuentan, Uriel —discrepó ella con algo parecido a la lástima—. Tendré que hablar con esa Reina del Infierno y decirle que necesitas mimos y besos verdaderos.

Y Uriel estalló en carcajadas al imaginarla hablando con Avril para exigirle que lo mimara y le diera besos «de verdad», fuera eso lo que fuese. Avril la miraría con frialdad y luego le haría pagar a él por tan edulcorada petición. O tal vez no. Iskra argumentaría sin descanso y ni siquiera la gélida Reina podría resistirse a la dulzura de su amiga.

La miró fascinado al tiempo que alzaba la mano y le acariciaba la mejilla.

—Calix es un cabrón con suerte. —Esbozó una sonrisa ligera y continuó subiendo la escalera—. Habla con Pavel, ese hombre te adora. Estoy seguro de que podrás convencerlo para que te deje elegir el vestido que más te guste.

—Me imagino con un vestido blanco de corte princesa, cuerpo de encaje, escote de hombros caídos y maxifalda de tul —musitó soñadora entrando en el rellano seguida de Uriel.

—Sería perfecto —convino él, ignorando las desagradables imágenes del pasado que asomaron a su memoria.

Empujó la puerta que Calix había dejado entornada y lo vio en la entrada, con el trasero apoyado en la vieja cómoda que hacía las veces de taquillón. Observaba aturdido unas fotos que sujetaba. Alzó la mirada y sus luminosos ojos verdes se clavaron en Uriel.

A éste se le paró el corazón al ver lo que tenía en la mano.

Papá ha despedido a Uriel. Lo odio! Cómo ha podido hacerlo? Uriel sabía que esto iba a pasar, me lo dijo cuando nos pilló besándonos. Y yo no lo creí. Cómo iba a imaginar que sería tan rastroso? Me da asco ser su hija! Por su culpa Uriel va a tener que irse de Barcelona. Necesita trabajar y aquí nadie lo va a contratar. Éste es un gremio muy reducido y todos se conocen y hablan entre sí. Y mi padre no va a decir nada bueno de él. Uriel lo sabe y yo lo sé. Le ha arruinado la vida. Y al hacerlo me la ha arruinado también a mí.

No puedo vivir sin él.

No quiero vivir sin él.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK,
6 DE OCTUBRE DE 2009. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO

No puedo creer que tu padre haya hecho eso, qué pedazo de cabrón!!

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
6 DE OCTUBRE DE 2009

—Alguien debe de haberlas metido por debajo de la puerta cuando estábamos en el trabajo —comentó Calix tendiéndole las fotografías a Uriel.

Él las tomó con recelo, la respiración atorada en el pecho y el corazón latiéndole acelerado mientras las miraba sin ver.

Iskra se situó a su lado mientras las pasaba despacio. La primera era un selfi sacado por una mujer muy joven. En él abrazaba a un Uriel sin barba y con el pelo mucho más corto. La muchacha sonreía feliz y exultante mientras

que él miraba hacia otro punto con una mueca de aburrimiento, dando la impresión de que lo había pillado desprevenido al tomar la foto. Sin embargo, en el siguiente selfi, su sonrisa era tan amplia como la de ella, incluso más. Una enorme sonrisa que mostraba sus dientes blancos y no se reflejaba en sus ojos.

Iskra alzó los ojos hacia Calix y, por la mirada que éste le devolvió, supo que también se había dado cuenta de que ésa no era la sonrisa real de Uriel, sino una mueca rígida, forzada.

—¿Quién es? —Iskra lo abrazó, apoyando con cariño la cara en su hombro.

Estaba tenso, sus labios cerrados en una fina línea mientras sus ojos parecían llenarse con un pasado doloroso.

—Roser —murmuró apartándola y alejándose de ellos. No merecía que nadie lo abrazara. Y menos que nadie, Iskra y Calix. Ellos eran luz y gracia, y él oscuridad y vergüenza.

—¿Tu mujer? —musitó la joven respetando su necesidad de espacio.

—Sí.

—Era muy guapa —comentó observando a la muchacha de melena rubia y ojos grises. Poseía unos rasgos dulces y armoniosos y lo miraba como si él fuera todo su mundo.

Uriel asintió, la vista fija en la mujer de la foto. Habían transcurrido siete años desde la última vez que la había visto con vida, pero su mirada inocente y su sonrisa entusiasmada todavía tenían el poder de atormentarlo.

Si hubiera sido otra clase de hombre, ella seguiría viva.

—¿Por qué Némesis te ha mandado estas fotografías? —le preguntó Calix intrigado, puesto que, después de ver el muñeco desmembrado, esas imágenes le parecían de lo más inofensivas. Aunque, en vista de la mirada angustiada de Uriel, para él no lo eran.

—Son de la primera vez que salimos juntos.

—La primera cita siempre es mágica —señaló Iskra con un suspiro.

—Para ella sí lo fue, yo me encargué de ello, pero a mí me resultó tan

aburrida y tediosa que soy incapaz de olvidarla. —Torció los labios en una mueca desdeñosa.

—Parece muy joven —dijo Calix, y no era una pregunta.

—Lo era. Esa foto fue tomada hace nueve años, cuando acababa de cumplir los veinte.

Pasó al último selfi, en él estaban besándose. Era su segundo beso y ella lo abrazaba extasiada y con los ojos cerrados mientras los de él estaban abiertos y podía leerse el hastío en ellos. Ella le había dicho que no era el primer hombre con el que salía, pero los demás debían de haber sido unos ineptos, porque besaba absurdamente mal, recordó.

—Parece feliz —comentó Iskra refiriéndose a la muchacha.

—Lo era. Tardé unos meses más en destrozarla —replicó Uriel.

Rompió las fotos, las tiró a la basura y luego se dirigió a su cuarto con pasos rápidos.

—¡Uriel, espera! —lo llamó Calix siguiéndolo.

—Lo siento, pero no tengo ganas de perder el tiempo con vosotros. A no ser que queráis follar, claro está. Si fuera así, estoy totalmente disponible. Incluso te dejo que me la metas si quieres —apuntó sardónico—. Pero no quieres, ¿verdad? Entonces, discúlpame, pero me largo al Infierno a ocupar mi tiempo en algo más productivo y excitante que hablar del pasado.

Cerró con brusquedad la puerta y cuando volvió a salir se había cambiado el traje por un blazer de lana marrón, unos pantalones beige y un suéter negro de cuello alto. En los pies, unos Oxford marrones rompían la informalidad del atuendo.

—Uriel, ¿estás bien? —inquirió Calix preocupado, acercándose a él.

—Perfectamente, y dentro de un par de horas estaré aún mejor.

Agarró las llaves y salió de casa. Una vez en la calle, no se molestó en tomar el transporte público. Tardaba demasiado. Y él necesitaba sexo ya. A poder ser salvaje, sudoroso y aderezado con un poco de dolor. Paró un taxi y un rato después se apeó frente al Lirio Negro. Traspasó la puerta,

deteniéndose en el estrecho vestíbulo a la vez que sacaba la cartera. Cogió un par de billetes para pagar la entrada y se los tendió al portero. Éste lo observó con una ceja arqueada antes de negar con la cabeza y señalarle la puerta.

Uriel lo miró confundido. ¿Le dejaba entrar gratis? Sería la primera vez en su vida. Y no pensaba desaprovechar la oportunidad. Bajó la escalera al Infierno y fue directo al Tártaro, el salón en el que Dominantes y sumisos se elegían y, si les apetecía público, escenificaban su espectáculo. Lo recorrió con la mirada. Era pronto y no había mucha gente, por lo que no tardó en descubrir que ella no estaba. Tampoco le extrañaba. Jamás había visto a la Reina en ese salón. Ni en ninguno de los espacios públicos del Lirio Negro. Ella estaba por encima de los simples mortales, pensó sonriendo.

Se dirigió a la barra para pedir una copa y brindar a la cámara, provocándola para que mandara a sus esbirros a por él como había hecho no hacía mucho. Pero esa noche estaba demasiado alterado para perder el tiempo en juegos estúpidos. Las malditas fotos le habían removido las tripas y necesitaba olvidar. Así que, al ver que no lo reclamaba, decidió ir a la Ratonera. Acababa de pararse frente a la puerta cuando oyó el zumbido que la abría.

Entró, Julio estaba sentado tras el escritorio.

—Dile a la Reina que estoy aquí —le ordenó impaciente.

—Eso va a ser complicado —repuso el hombre mirándolo con curiosidad.

—Déjate de gilipollecés y hazlo —le exigió. Necesitaba una excusa para gritar y perder el control, y estaba seguro de que la Reina se la daría encantada.

El enorme calvo se reclinó contra el respaldo de la silla, apoyó el codo en uno de los reposabrazos y se llevó la mano a la barbilla a la vez que lo miraba con los ojos entornados.

—Por lo visto, se te ha subido a la cabeza que Avril te dejara llegar al orgasmo —señaló disgustado—. Es una lástima, me caías bien.

Uriel se pasó las manos por el pelo, exasperado. Su mirada recayó en la

puerta que daba a los dominios de la Reina.

—Inténtalo —lo desafió Julio.

Uriel rechazó el reto con un gesto. Sabía que estaba cerrada. Sólo se abría cuando Julio, Kaos o Avril así lo decidían.

—No soy tan idiota. Necesito verla, sólo coméntale que estoy aquí, ¿vale? —solicitó manteniendo a raya su temperamento y olvidándose de su orgullo: no llegaría a ninguna parte con uno ni con el otro. Allí sólo había una ley. La que imponían Avril, Julio y Kaos. Y más le valía mostrarse adecuadamente respetuoso, al menos hasta conseguir verla.

—Te repito que eso va a ser complicado, porque tú estás aquí, pero ella no —lo informó Julio observándolo con atención. No parecía el hombre arrogante y decidido de siempre; al contrario, se lo veía vencido, agobiado.

Uriel lo miró furioso. No lo creía. Era imposible que Avril no estuviera. Era la dueña del Lirio Negro y la Reina del Infierno, y era viernes por la noche. Sería una irresponsabilidad no estar en su trabajo. No. Si no lo dejaba entrar a sus dominios era porque no quería verlo. Tal vez fuera otro de sus jueguitos. Sólo que éste no le hacía ni puñetera gracia.

—¿Cuándo vuelve? —preguntó frustrado. Tal vez sólo lo hiciera esperar un par de horas.

—Hoy no.

Uriel apretó los dientes silenciando un gruñido de desesperación antes de asentir y salir. Si la Reina no quería verlo, ya se ocuparía él de follar con cualquier otra persona. Había muchos hombres y mujeres que deseaban sus atenciones. Sólo era cuestión de escoger a alguno que lo excitara lo suficiente para echar un par de polvos salvajes.

Recorrió el Tártaro observando los episodios que allí se sucedían y se detuvo frente a una escena *femdom*¹ en la que dos Amas aleccionaban a un sub. El hombre tenía el culo rojo y la mirada perdida. Eso era exactamente lo que quería para él. Perderse. Que el dolor lo obligara a olvidar. Tomó aire y dio un paso hacia el escenario en que se desarrollaba el juego. Se detuvo antes

de subir a la tarima, recordando que Némesis había vuelto a encontrarlo y que, por tanto, no le convenía tener sexo en público. Sería dar argumentos, o en este caso pruebas, al enemigo, y éste ya tenía más que de sobra para mil vidas.

No se engañaba, sabía que las inocentes fotos que había enviado eran sólo un aperitivo con el que abrir el apetito. Su ataque no tardaría en recrudescerse.

Y esta vez Uriel no pensaba rendirse sin presentar batalla.

Dio un paso atrás, apartándose de la tentación, y salió del Infierno. Tenía que haber otra forma de alejar el pasado. El alcohol estaba descartado, odiaba el abotargamiento que provocaba y más aún la resaca posterior. Tal vez el placer pudiera distraerlo esa noche. Aunque lo dudaba, pues por alguna extraña razón su cuerpo sólo ansiaba el alivio a manos de una reina. Y ella no quería verlo esa noche. Tal vez nunca.

Salió del local. Calix daba largos paseos cuando se sentía inquieto, pues caminar lo tranquilizaba. Tal vez tuviera suerte y también le funcionara a él.

Recorrió las frías calles de Madrid sumido en el pasado. En los caminos transitados con Roser, en los fallos cometidos, las oportunidades perdidas y las mentiras contadas. Recordó su inocencia, la manera en que creyó en él, su confianza ciega al principio de la relación, los reproches más tarde, cuando por fin vio más allá de su fachada y se dio de bruces con el Uriel real. Roser no había tenido ninguna oportunidad contra él. Era ingenuidad contra perversión. Bondad contra maldad.

Observó a una pareja que se magreaba en un banco. Eran jóvenes, tendrían tal vez la edad de Roser cuando cayó en su tela de araña. Se besaban como si no hubiera un mañana, las manos de él perdidas bajo la chaqueta de ella, y las de ella hundidas en los pantalones de él.

Acabarían follando. Si tenían dinero irían a una pensión de mala muerte y, si no lo tenían, joderían en algún parque ocultos por el velo de la noche. Quedarían satisfechos con ese polvo apresurado, sin necesidad de buscar algo más perverso.

Sin embargo, él jamás quedaría satisfecho con algo tan corriente.

Nunca había podido conformarse con un polvo normal. El sexo en una cama con una sola persona y en las posturas tradicionales nunca había sido suficiente.

Siempre necesitaba más. Más placer. Más pasión. Más retos. Más perversión.

Se había entretenido follando en el probador de la camisería con la sobrina de Pavel, sin importarle que el escolta contratado por su peligroso tío pudiera pillarlos. Se la había mamado a quien no debía en la boda de Rodrigo, ocultándose tras un desvencijado cobertizo de jardín. Había follado con parejas a las que no conocía permitiendo que lo ataran, y atando él a su vez. Había penetrado y sido penetrado. Se había sumergido en orgías a ciegas en salas oscuras como la noche y dejado que lo usaran como juguete. Y había disfrutado de todos esos juegos hasta que habían dejado de ser una novedad y había perdido el interés. Algo que siempre pasaba.

Y ahora estaba obsesionado por una glacial mujer con la que no sabía a qué atenerse ni qué esperar de ella. Tampoco qué esperaba ella de él. Y eso suponía toda una novedad. Notó que se excitaba al pensar en ella, en las escenas que habían llevado a cabo. Sonrió siniestro.

No, Roser jamás tuvo una oportunidad con él.

Ella siempre había sido un alma pura. Demasiado dulce, inocente y confiada.

Demasiado buena para él.

Alzó la mano llamando un taxi que cruzaba la carretera.

* * *

Pasaban de las once de la noche cuando entró en el piso que compartía con Calix e Iskra. Se dirigió al comedor al oír la televisión: sus amigos estarían viendo alguna película como era su costumbre los viernes por la noche. Tal

vez los acompañara si era medianamente moderna, algo que no era fácil, pues Iskra adoraba el cine clásico.

Se asomó al salón y se quedó petrificado al verlos tumbados en el sofá, haciéndose arrumacos mientras se besaban despacio, saboreándose.

—¿Por qué no vais a follar a vuestro cuarto? —comentó sin poder evitar que la envidia asomara a su voz. Él no tenía con quién follar y ellos estaban ahí, a punto de echar un polvo en el sofá sin dejarlo participar.

—¡Uriel! ¡No te esperábamos tan pronto! —exclamó Iskra sobresaltada, subiéndose la cremallera de la bata para cubrirse, sus mejillas tan rojas como fresas maduras.

Calix, en cambio, se sentó sin apresurarse y lo miró enfadado.

—Podrías hacer algún ruido para advertirnos de tu llegada —masculló molesto—. O, mejor aún, podrías haberte quedado follando con tu reina y dejarnos ver la película tranquilos.

—¡Calix! —lo regañó Iskra.

—No me jodas, tío, estabais haciendo de todo menos ver la tele —replicó Uriel recuperando el buen humor. Cabrear a Calix solía tener ese efecto en él—. Es más, deberías darme las gracias por interrumpiros, así conseguiréis ver la película completa. Por cierto, ¿cuál es? Tal vez me apunte.

Esperó que Calix protestara, pero en lugar de eso le señaló el viejo sillón orejero con la cabeza, indicándole que se sentara.

—*La fiera de mi niña*. Es muy divertida, te va a encantar —dijo malicioso. Y Uriel miró por primera vez la pantalla.

—Dios santo, ¿de qué año es? —jadeó al ver la imagen granulada en blanco y negro propia de las películas de la era dorada de Hollywood.

—De 1938, Howard Hawks dirige a Cary Grant y Katharine Hepburn en una comedia...

—Gracias, pero no —interrumpió Uriel a Iskra antes de que le relatara todo lo que sabía de la película, que seguramente sería mucho—. Prefiero

meterme en la cama y hacerme una paja. Buenas noches, queridos, aprovechad para hacer guarradas mientras no esté aquí.

Se dirigió presuroso a su dormitorio, ver la mano de Calix dentro de la bata de Iskra y la de Iskra masajeando la entrepierna de Calix le había provocado una suave erección que no pensaba desaprovechar. Más aún cuando era la primera que tenía en lo que iba de noche.

Se centró en recordar el íntimo abrazo de sus compañeros para no perder la excitación y se deshizo con rapidez de la ropa. Ya tumbado en la cama, separó las piernas y comenzó a masturbarse pensando en las enormes tetas de Iskra. Unos pechos que jamás había llegado a ver, pero que no tenía ningún problema en imaginarse. Y, aunque siempre lo habían excitado, en esa ocasión se encontró pensando que preferiría poder tocar unos más pequeños y que apenas levantaban la tela de la camiseta, tersos y dulces como manzanas rojas recién cogidas.

Sacudió la cabeza al notar que su imaginación tomaba derroteros que no debía y se obligó a centrarse en lo que había visto al entrar en el comedor. Pero su erección comenzó a ablandarse, así que se esforzó en imaginar distintos escenarios con él de protagonista y Calix e Iskra de actores secundarios. Sin embargo, su cabeza se rebeló y le hizo evocar el olor y el sabor de la excitación de la Reina. Los testículos se tensaron y el pene se engrosó mientras evocaba cómo se había abierto bajo sus labios, la cálida lubricidad que había sentido al penetrarla con la lengua, la rapidez con que el clítoris se había endurecido bajo las caricias de su boca.

El orgasmo llegó sin avisar, feroz y fulminante, robándole la razón y arrancándolo del pasado para sumergirlo liberador en el presente.

Uriel se marcha a Italia. Allí vive un maestro camisero al que admira. Quiere trabajar con él para labrarse un nombre que lo ayude a montar su propia camisería cuando vuelva a España. Intuyo que no quiere decirme que lo acompañe por no ponerme en la tesitura de abandonarlo todo por él, pero sé que no va a poder vivir sin mí, igual que yo no puedo vivir sin él.

Y yo no sé si decirle que quiero acompañarlo o callarme y perderlo. Me asusta dejarlo todo e irme a otro país. Pero aún me da más miedo quedarme aquí y que mi corazón se atrofie y muera lejos de él. Desearía ser valiente y tener su determinación y su seguridad. Uriel sabe lo que quiere y no duda en hacer lo que sea necesario para alcanzar su meta. Y ésta es montar su camisería. Y lo conseguirá, aunque eso signifique abandonarlo todo, incluso a mí, en pos de su sueño. Y yo lo amo tanto que sé que, si se va sin mí, moriré de tristeza.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK,
8 DE OCTUBRE DE 2009. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO.

Roser, tienes que ser valiente e ir a por lo que deseas. No puedes perder a Uriel!!

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
8 DE OCTUBRE DE 2009

Sábado, 12 de enero de 2019

—¿Aquí me vas a invitar a comer? Vas a tirar la casa por la ventana —señaló Uriel cuando entró tras Calix en un restaurante japonés—. Sí que tiene que ser importante lo que vas a decirme para que hayas elegido este sitio. Que sepas que pienso pedir los platos más caros sólo para ver cómo te rascas el bolsillo.

—Pide lo que quieras, si no puedo pagarlo te lo pediré prestado a fondo perdido.

—Y yo te reclamaré favores sexuales a cambio —apuntó Uriel. Y ya que estaba detrás de él aprovechó para dar un apretón a ese culo duro y trabajado por el ejercicio.

Y Calix, por algún extraño motivo, se animó ante esa travesura. Porque Uriel podía fingir que todo le daba igual, que no estaba preocupado o que las fotos no lo habían impactado. Pero la realidad era que durante el trayecto a la camisería había mirado mil veces por encima del hombro y vigilado con recelo los coches parados en los semáforos, como si esperara que alguno se saltase la luz roja y lo atropellara. El desasosiego había llegado a su punto álgido al acercarse a la tienda. Y no porque hubiera acelerado sus pasos para llegar antes que nadie y recoger el correo como hacía siempre. No. Era su actitud. La manera en que abría y cerraba las manos. La forma en que tensaba la espalda, como si esperara un golpe. La mirada inquieta con la que recorría la calle y el temblor de sus manos al meter la llave en la cerradura.

Y que ahora gastara bromas y le tocara el culo significaba que había empezado a relajarse. Algo que necesitaba urgentemente o acabaría rompiéndose.

—¿Viste a tu reina ayer? —indagó con fingido desinterés cuando se sentaron a la mesa.

—No siempre que salgo por la noche follo con ella —señaló Uriel con engañosa ligereza a la vez que ojeaba la carta—. Mi polla es apreciada por muchos, no estoy a favor de que una sola persona la monopolice, por muy reina que sea.

—Lo que viene a significar que ayer no estuviste con ella... —Eso

explicaba por qué regresó tan pronto y de tan mal humor.

Uriel levantó la mirada de la carta y esbozó una sonrisilla maliciosa.

—¿Por qué te interesa tanto? ¿Quieres que te guarde una cita para disfrutarme? Ya sabes que tienes prioridad ante todos mis amantes.

—Me interesa porque ayer perdiste la sonrisa que parecías llevar pegada a los labios desde hacía dos semanas, que justo coincide con el tiempo que llevas con ella. —La enigmática mujer tenía la facultad de calmarlo y hacerlo sonreír, y sólo por eso estaba deseando conocerla.

—No te equivoques, listillo, no estoy con ella. No me van las relaciones monógamas. De hecho, no me van las relaciones. De ninguna clase —puntualizó llamando al camarero—. ¿Vas a decirme eso tan importante de lo que querías hablar o quieres que sigamos dando vueltas a mi vida sexual? —le preguntó cuando acabaron de pedir.

—No te creas ni por un momento que me trago que no te pasa nada —le advirtió Calix—, pero tienes razón, tengo algo importante que decirte. Voy a casarme.

—Eso ya lo sé. No es lo que se dice una noticia nueva.

—Pavel va a ser nuestro padrino.

Uriel asintió, no era que no se lo hubiera imaginado. Pavel quería a Iskra como a una hija, era lógico que quisiera llevarla hasta el altar. Y el novio desde luego no era tan idiota como para negarle nada a un mafioso de los países del Este.

—Pero quiero que tú seas mi... *damo* de honor —anunció muy serio.

Uriel no consiguió contener la carcajada. Carcajada que le contagió a Calix.

—No me jodas, tío, ¿tengo que ponerme vestido o puedo ir con traje? —consiguió decir cuando se les pasó un poco la hilaridad.

—Puedes ponerte lo que quieras siempre que vengas, incluso ir en bolas si te apetece —afirmó Calix con semblante serio, en sus ojos la mirada

vulnerable que había hecho que Uriel se enamorara de él—. Te necesito a mi lado.

—Y ahí me tendrás —replicó Uriel con inusitada seriedad.

Una agradecida sonrisa asomó a los labios de Calix. Conocía a Uriel lo suficiente para saber que había considerado la posibilidad de escaquearse de la boda. Al moreno no le gustaban las reuniones familiares ni las celebraciones y había esperado que se negara. Pero no lo había hecho. Y le costaba reprimir la alegría que eso le provocaba.

—Bien —dijo con un brillo risueño en los ojos que no fue capaz de ocultar—. Queremos casarnos en febrero, y necesito que me ayudes a no volverme loco.

—¿En febrero? ¿Por qué tanta prisa? ¿La has dejado embarazada? —Palideció.

—¡Claro que no! —exclamó Calix intrigado por su súbita lividez y sus ojos colmados de absoluto y paralizante terror—. Queremos disfrutar un poco antes de ir a por un niño.

—Estupendo, ésa es una idea cojonuda. —Uriel se relajó visiblemente—. Pero sigo sin entender por qué tanto empeño en casaros. Y tan rápido. Vivís juntos y folláis todas las noches. Y no se te ocurra negarlo, no sois lo que se dice silenciosos —lo acusó mordaz antes de torcer el gesto—. ¿Por qué complicaros la vida con un matrimonio que, al fin y al cabo, no es más que un contrato a perpetuidad?

—Puede que tu matrimonio no fuera afortunado...

—Fue un maldito infierno —lo interrumpió Uriel. Él se había encargado de que lo fuera.

—Pero eso no significa que el mío no vaya a ser feliz —continuó como si no lo hubiera interrumpido—. Sé que es una locura apresurarse, pero se me hace muy cuesta arriba esperar. Quiero que sea mi mujer, y yo ser su marido, ya.

—Pues lo vas a llevar crudo para encontrar un sitio donde casarte con tan

poco tiempo.

—Por eso Pavel ha propuesto alquilar un pueblo. —Uriel lo miró asombrado—. No es algo tan raro, hay aldeas que se alquilan para bodas. Iskra ha encontrado una en los Pueblos Negros de Guadalajara de la que se ha enamorado. Tiene capilla y nos podríamos casar por lo civil o por la Iglesia. Nos han dado fecha para finales de febrero...

—¿Pavel va a gastarse una millonada en alquilar un pueblo? Joder, yo también quiero un padrino mafioso —señaló Uriel jocosamente.

—¿Puedo contar contigo para que vengas la semana que viene a verlo y me des tu opinión? —le preguntó Calix mirándolo con intensidad.

—Puedes contar conmigo para todo —aseveró Uriel extendiendo la mano. Calix se apresuró a estrechársela sellando el trato.

* * *

—Sólo para que te quede claro —puntualizó Uriel cuando regresaban a casa tras la comida—, no pienso ponerme un chaqué. Me niego a parecer un pingüino.

—Nadie ha dicho que tengas que llevarlo. —Calix lo miró extrañado.

—Yo sólo lo comento, no vaya a ser que a Pavel se le ocurra hacer un espectáculo de la celebración... Ya lo conoces.

Calix asintió con un gesto. Al padrino de Iskra le gustaba la pompa y el boato. Y, la verdad, llevar chaqué no estaba tan mal. Era elegante y tenía clase.

—Hablaré con Iskra —dijo sin comentarle sus pensamientos.

Uriel asintió a la vez que aceleraba el paso al entrar al portal. Toda la tensión había vuelto a su cuerpo en anticipación del regalito que, tal vez, habría dejado Némesis. Porque no era seguro que fuera a encontrar algo. Que hubiera dado señales de vida la tarde anterior no era obstáculo para que volviera a mostrarse tan pronto.

El buzón estaba vacío. Pero eso no significaba nada. Subió de dos en dos

los escalones al primero, y Calix lo siguió dándole espacio pero a la vez manteniéndose cerca.

Uriel tardó unos segundos en abrir la puerta, la puñetera cerradura era tan vieja que se encasquillaba a menudo. Cuando por fin consiguió entrar examinó el suelo con inquietud: no había nada. Soltó el aire que había estado reteniendo, aunque no tardó en volver a contenerlo. Némesis podría haber usado las ventanas para dejar sus mensajes. No era la primera vez que se encontraba un cristal roto y un ladrillo en el suelo con fotos atadas, o cosas peores. Y aunque eso sólo había pasado cuando vivía en un bajo, motivo por el que nunca había vuelto a alquilar uno, ese piso era un primero. No había mucha diferencia de altura.

Revisó alterado la cocina, el salón y una habitación antes de darse cuenta de que vivía en un primero interior. Lo que significaba que las ventanas no daban a la calle, sino a un patio, por lo que, a no ser que Némesis fuera un vecino, no podría atacarlo a través de éstas. Se volvió hacia Calix, quien lo miraba perplejo mientras revisaba la casa como si esperara encontrar algo.

—¿Se ha mudado algún vecino al edificio después de mí? —le preguntó Uriel inquieto, pues no había prestado atención y necesitaba saberlo.

—No, que yo sepa.

—¿Puedes preguntarle a Gala? O, mejor aún, a Vicenta, ella lo sabrá con seguridad —dijo refiriéndose a la anciana amiga de Gala y cotilla oficial del inmueble.

—¿Por qué te interesa tanto?

—Simple curiosidad —contestó Uriel encogiéndose de hombros.

—¿Crees que Némesis puede vivir aquí? —intuyó Calix—. Hace casi un año que te mudaste, ¿no crees que ése es demasiado tiempo para que se mantenga oculto? Nadie, por muy loco que esté, espera tanto para mostrarse —señaló tratando de tranquilizarlo.

—Sí, claro, no me había dado cuenta del tiempo que llevo aquí, pensaba que era menos —mintió. Por experiencia sabía que Némesis podía pasar

meses al acecho antes de revelarse.

De hecho, no era extraño que esperara a que se sintiera integrado para destrozarle la vida. De ahí que hubiera optado por evitar hacer amistades y centrarse en polvos de una sola noche. Era lo menos complicado y doloroso. Hasta que había conocido a Calix e Iskra y había sido incapaz de mantenerse al margen.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —le preguntó Calix sacándolo de su ensimismamiento.

—Dormir un rato para estar descansado para la orgía de esta noche.

—Es tarde para echarse la siesta —se burló el segoviano—. ¿Te apetece ver una peli?

—Si tiene menos de un año, sí —respondió Uriel acompañándolo al salón.

Y no era que no necesitara dormir. Porque lo necesitaba y mucho, no había pegado ojo en toda la noche. Pero sabía que no lo conseguiría. Tenía las fotografías demasiado presentes para relajarse. No eran las imágenes más escabrosas y macabras que había recibido en esos siete años, pero sí las que más dolían. Porque en ellas se veía a la Roser del principio, la de antes de conocerlo de verdad. Hermosa, dulce, sonriente, feliz... e inocente.

Así seguiría siendo si él no se hubiera inmiscuido en su vida, destrozándose la.

—¿Qué te parece *Deadpool*? —le ofreció ver Calix, sacándolo de sus pensamientos.

* * *

—Oh, joder, ¡esas piernas! ¡No quiero verlas! —gritó Uriel muerto de risa tapándose los ojos. Desde luego que Calix sabía elegir las películas. Hacía años que no se divertía tanto con una.

—Uriel... —le llegó la voz suave de Iskra.

Él se volvió con una relajada sonrisa en los labios, estaban montando tal

escándalo con sus risas y sus comentarios que no la había oído entrar.

La sonrisa desapareció en el instante en que vio lo que sujetaba en las manos.

—Estaban apoyadas en la puerta, sobre el felpudo —le dijo extendiendo el brazo.

—Joder —masculló Calix observando las fotos que Iskra le tendía a Uriel.

En ellas, el camisero parecía tan joven como en las anteriores, iba afeitado, llevaba el pelo corto y vestía unos chinos negros y una camisa azul que no alcanzaba la maestría de las que llevaba ahora. Estaba de rodillas y miraba sonriente a cámara mientras enseñaba una delicada cajita con un anillo dentro. En la siguiente fotografía, Roser, con un inocente vestido de flores, se había puesto ese anillo en el dedo anular y lo mostraba con una mirada arrobada. La última imagen era un selfi de ambos, ella con los ojos empapados en lágrimas y la mano abierta junto a su cara mostrando el anillo y él con una rígida sonrisa de contenida satisfacción.

—Parecéis muy felices. —«Sobre todo Roser», pensó Calix.

—Se la ve muy emocionada —comentó Iskra sospechando la escena que representaban las fotos. Pero no era posible. Uriel no era nada romántico. Seguramente sería otra cosa—. ¿Por qué estabas de rodillas? —preguntó, incapaz de contenerse.

—¿No es obvio? Roser era una romántica empedernida y se me ocurrió que la mejor manera de conseguir lo que quería era apelar a sus estúpidos sueños y arrodillarme. Así que eso hice. Y a ella no se le ocurrió otra cosa que sacar el móvil y tomarme una foto —resopló con desdén—. Aunque mereció la pena el numerito, porque ella se tragó la farsa de principio a fin —explicó Uriel con contenida furia a la vez que rompía las fotos.

—Vaya, no parece tan romántico así contado —musitó Iskra mirándolo sorprendida.

—El romanticismo es una falacia, sólo sirve para hacer más vulnerables a los ingenuos. —Agarró la cazadora de aviador y se encaminó hacia la puerta.

—¿Por qué te manda esas fotos? Habría esperado que, tras el muñeco desmembrado, mandara algo más impactante —señaló Calix siguiéndolo preocupado, parecía un animal acorralado que no sabe cómo escapar a su torturador.

—Para recordarme lo ingenua que era ella y lo calculador que era yo —replicó Uriel—. Me largo a follar, no me esperéis despiertos, niños.

Se puso la cazadora y salió a la calle sin perder más tiempo, olvidando coger las llaves y hasta cambiarse de ropa, pues llevaba la que usaba para estar en casa.

Ojito Conmigo, te he hecho caso y ayer le dije a Uriel que podríamos casarnos. Él me contestó que mejor no, porque está a punto de irse a Italia y no sabe si va a encontrar trabajo. Entonces yo le dije que no hacía falta que nos fuéramos, que cuando cumplí los dieciocho papá obligó a mamá a cederme sus acciones de la tienda para que ella no tuviera el control de casi la mitad del negocio (y no me extraña, mamá es capaz de dárselo todo a la Iglesia). Le aseguré a Uriel que podía obligar a papá a que lo contratara otra vez. Pero él se negó, dijo que mi padre me hará la vida imposible y que yo no sabré oponerme a él porque soy muy dulce y lo quiero mucho.

Te juro que en ese momento pensé que lo había perdido para siempre. Y he querido morirme. Ha sido horrible. Como si se me rompiera el corazón. Pero esta mañana Uriel se ha arrodillado, me ha dado un anillo y me ha pedido que sea su mujer y me vaya a Italia con él. Por poco me muero de felicidad!! Es todo tan maravilloso...!! O casi todo. Porque se lo he dicho a papá y a mis amigas y parece que se han puesto de acuerdo para amargarme la vida. Míriam y Alix dicen que sólo lo conozco de hace cuatro meses y que debería esperar a conocerlo mejor. Como si me hiciera falta! Y papá ha dicho que Uriel me está utilizando y que no va a permitirlo. Pero soy mayor de edad y puedo hacer lo que me dé la gana. Y voy a fugarme con él! Y ni mi padre ni mis amigas podrán fastidiarnos, porque no pienso verlos nunca más. Y así se lo he dicho. Con Uriel me basta y me sobra para ser feliz.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A OJITO CONMIGO,
11 DE OCTUBRE DE 2009. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO

Bien hecho!! A ver si así se entera tu viejo de que ya no eres una cría! Y Uriel..., uff, qué reacción. Yo me lo habría comido a besos! Es un cielo de hombre!

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
12 DE OCTUBRE DE 2009

Eran poco más de las siete de la tarde cuando el taxi paró frente al Lirio Negro. Demasiado pronto para que hubiera alguien interesante. Dejó atrás el Limbo y descendió al Infierno, aunque no esperaba encontrar mucho ambiente en el Tártaro, como así fue. Sólo había unos cuantos Doms acodados en la barra hablando como viejos amigos y algunos subs observando interesados a sus Amos mientras éstos revisaban los elementos para las escenas que se desarrollarían por la noche, cuando hubiera más público.

Uriel frunció el ceño. No le agradaban los castigos públicos, prefería los placeres privados. O, según el momento, los tormentos privados. Y lo cierto era que ni él mismo sabía qué era lo que deseaba en ese instante. O sí. Sí lo sabía. Deseaba a la Reina.

Alzó la mirada hacia las cámaras.

* * *

Avril observó sorprendida al hombre que la miraba desafiante desde la pantalla. ¿Qué hacía allí a esas horas? Era la primera vez que llegaba tan pronto al Infierno. Y vistiendo de manera tan descuidada. Atrás habían quedado las refinadas camisas y los elegantes pantalones. En su lugar llevaba unos vaqueros deshilachados en el bajo y rasgados en las rodillas, no porque los hubiera comprado así, sino por lo viejos que eran. Una ajada camiseta

descolorida, unas deportivas más grises que blancas y una estilosa chaqueta de aviador completaban su atuendo.

Nunca lo había visto tan desarrapado. Entornó los ojos suspicaz. Nada encajaba en esa escena. Ni su ropa ni lo temprano de la hora ni la manera en que miraba a cámara. Amplió el *zoom* de la que lo enfocaba y parpadeó sorprendida por su expresión. Se la había visto sólo una vez antes, cuando estaba a punto de ponerse en las *cariñosas* manos de Ama Lix. Quizá esa aciaga noche su desesperación fuera más marcada que la que irradiaba ahora, pero tenía la misma mirada desolada que buscaba castigo.

—Por lo visto, ayer se quedó con tantas ganas de verte que no ha podido esperar y venir a una hora decente —dijo burlón Kaos al entrar en la Madriguera con Julio y ver la cara de Uriel ampliada en una de las pantallas.

Avril se apresuró a disminuir el *zoom*. Dudaba que a Uriel le gustara que esos dos vieran la vulnerabilidad en su mirada. Además, Uriel era asunto suyo, no de sus socios.

—¿Te lo traigo? —preguntó Julio acercándose a ella.

Avril negó con la cabeza, la mirada fija en Uriel. Quería saber su reacción si no mandaba a nadie a buscarlo. ¿Volvería a acercarse a la Ratonera para exigirle a Julio que lo dejara verla como éste le contó que había hecho el día anterior? Una sonrisa ilusionada se dibujó en sus labios durante el tiempo que duraría un parpadeo. Uno muy muy rápido.

Y, a pesar de eso, a ninguno de sus socios les pasó desapercibida.

—Te mueres por montarlo —afirmó mordaz Kaos—. No te hagas de rogar y disfruta de él. Ahora es el mejor momento, más tarde el Tártaro se llenará y no podrás ausentarte.

—No te he pedido consejo.

—No, pero soy un buen amigo y te lo doy. Aunque, si no quieres gozarlo, no seré yo quien te obligue —señaló dejando un fajo de papeles sobre la mesa—. Por cierto, he encontrado estas facturas entre el correo que he ido recogiendo.

Avril las cogió malhumorada.

—Son de octubre y noviembre..., ¿crees que podrás encontrar las de diciembre antes de que acabe el plazo para pagar el IVA? —inquirió con severidad.

Kaos acostumbraba a recoger el correo y abrirlo aunque no fuera a su nombre, pues era un cotilla impenitente. Pero no era ordenado. Ni responsable. No sería la primera vez que alguna carta se perdiera en el Paraíso durante días o incluso meses, como esas facturas.

—Lo intentaré —repuso el rubio dirigiéndose a la puerta—. Por cierto, ya están llegando los invitados a la fiesta de Morgana. Tal vez quieras pasarte por el Hades, puede ser entretenido. Yo estaré allí, haciendo mi trabajo.

Avril y Julio enarcaron una ceja. El trabajo de Kaos era dirigir el Paraíso y el Limbo, aunque lo que en realidad solía hacer era sembrar el caos en todo el Lirio Negro.

—Oh, vamos, no pongáis esas caras. He dejado a Mike y a sus chicos vigilando —dijo refiriéndose a los guardias de seguridad—. El Jardín de las Delicias y el Edén están vacíos, y yo estoy aburrido. Volveré antes de que nadie se dé cuenta. Además, soy el Príncipe del Paraíso, tengo derecho a divertirme.

—Se avecinan problemas —auguró Julio con su sempiterna impasibilidad.

Avril asintió. Kaos aburrido. En el Hades. Con Morgana. No era una combinación halagüeña.

—Parece que tu sub se ha decidido —comentó Julio llamándole la atención sobre las pantallas. Uriel acababa de salir del Tártaro.

—No es mi sub —refutó Avril a la vez que movía las cámaras para tenerlo en pantalla.

Julio sonrió ante su más que evidente interés. Y no era sólo porque lo siguiera con las cámaras. Su vestuario también había sufrido cambios tras enterarse de que él había ido a buscarla el día anterior.

—Si va a buscarme a la Ratonera, déjalo entrar —le ordenó a Julio.

—¿A la mazmorra o a tu alcoba? —inquirió él inalterable.

—Aquí —contestó ella sorprendiéndolo, toda su atención fija en las pantallas.

O, mejor dicho, en la pantalla en la que se veía a Uriel caminar hacia la Ratonera.

Julio esbozó una sonrisa gatuna y abandonó la Madriguera.

Avril ni siquiera se percató de su marcha.

* * *

Uriel se paró dubitativo frente a la Ratonera. No le apetecía entrar y que Julio volviera a decirle que ella estaba ausente. Porque no se lo creería. Que faltara una noche, aunque fuera la del viernes, podría ser factible. Que faltara dos seguidas sólo significaría que le estaba tomando el pelo y jugando con él. Y no le gustaban nada ese tipo de juegos.

El zumbido de la cerradura al abrirse tomó la decisión por él. Entró.

Julio estaba sentado tras su escritorio.

—Te está esperando en la Madriguera —dijo, en sus ojos una mirada que aunaba curiosidad y satisfacción—. Sigue el pasillo, primera puerta a la derecha.

Uriel fue allí intrigado. Ese corredor pertenecía a los dominios de la Reina y, aunque había estado en la mazmorra y en el dormitorio, era la primera vez que le permitirían entrar adondequiera que llevara esa puerta protegida por un código de seguridad, que, por cierto, no tenía. Se paró frente a ella y al instante oyó el zumbido que indicaba que le habían dado paso. Entró.

Resultó que tras ella no había ninguna sofisticada mazmorra, tampoco una sala de torturas ni nada que se le pareciera. Era una mezcla entre la oficina de un contable y la de un vigilante de seguridad. Una de las paredes estaba ocupada por monitores que mostraban distintos enfoques del Infierno y otra por una funcional estantería metálica con archivadores de la «A» a la «Z» y

libros contables. Y, ocupando el espacio libre bajo las pantallas, una mesa corrida en la que un ordenador, un teclado y una calculadora se disputaban el espacio disponible con un sinfín de papeles. En el centro de la estancia, una silla de oficina le daba la espalda. Avril estaba sentada en ella, aunque sólo sus pies, enfundados en unas Converse rojas, eran visibles, pues estaban sobre la mesa.

Uriel rodeó la silla, plantándose frente a ella. Y se quedó sin aliento.

Llevaba una ceñida camiseta negra de tirantes anchos y había cambiado las sempiternas bermudas por una minifalda plisada de cuadros escoceses rojos que no le llegaba a medio muslo. Unos calcetines de bruja de rayas rojas y negras subían por sus piernas hasta sobrepasar sus rodillas. Su larga melena castaña se escurría lisa sobre sus hombros, acariciando sus pequeños pechos, mientras su mirada estaba fija en los monitores.

Y a Uriel le pareció tan hermosa que le dieron ganas de atraparla en un abrazo y besarla hasta que se derritiera por él.

En lugar de eso, apoyó el trasero en la mesa repleta de papeles y la miró mordaz.

—Así que hoy sí te rebajas a recibirme... —le recriminó.

Avril apartó la vista de los monitores y la fijó en el hombre que la miraba insolente. Incluso vestido como un mendigo, despeinado y con la barba sin recortar era hermoso.

—Yo jamás me rebajo a nada. —Quitó los pies de la mesa y saltó de la silla, la espalda erguida y la barbilla alzada. Y, aunque apenas le llegaba a Uriel a los hombros, él se sintió pequeño y sometido a la dureza de sus fieros ojos zarcos—. Y tampoco uso subterfugios para evitar hacer lo que no quiero hacer. Simplemente no lo hago —expuso con la altivez de una reina que no admite ni perdona ofensas. Luego se sentó de nuevo, esta vez con las piernas cruzadas sobre el asiento, y volvió a mirar las pantallas al tiempo que sus labios pronunciaban en tono cortante una orden ineludible—: Vete.

Uriel apretó los dientes al darse cuenta de que ella decía la verdad. Avril

jamás se rebajaría a fingir que no estaba para huir de él. Ni de nadie. Ella, al contrario que él, no huía.

—Esperaba verte ayer y cuando Julio me dijo que no estabas no lo creí. Sentí que me había tomado el pelo —dijo sin dar más explicaciones. Sabía que ella no las admitiría—. Lamento mi error.

Esperó unos segundos que dijera algo que le impidiera salir. Pero ella no abrió la boca y él, aferrándose a su orgullo, caminó hacia la puerta. Se detuvo antes de abrirla. ¿Cuándo el orgullo le había servido de algo?

—¿Recuerdas la marca que me hiciste el domingo? —inquirió regresando junto a la Reina—. Aquí, ¿ves? Aún la tengo —se señaló el anaranjado chupetón.

Avril apartó la vista de los monitores con desquiciante lentitud y la posó en Uriel. Y él tenía una sonrisa tan traviesa y una mirada tan vulnerable que no pudo evitar arquear una ceja instándolo a explicarse.

Uriel aprovechó la oportunidad que se le brindaba.

—Que sepas que has puesto en peligro mi vida —afirmó.

—¿Ah, sí? ¿Tal vez el orgasmo que te provoqué fue tan intenso que estuvo a punto de pararte el corazón? —planteó Avril con un asomo de burla en la voz.

—*Nop* —replicó él con una sonrisa juguetona a la vez que volvía a sentarse en la mesa, pues allí no había más silla que la de ella. Apoyó un pie en el suelo y dejó el otro en el aire, relajado de nuevo al ver que parecía dispuesta a seguirle el rollo—. Iskra me ha advertido que algunos chupetones pueden provocar microrroturas en las venas y producir coágulos que, de llegar al cerebro o al corazón, ocasionarían graves problemas. Lo que significa que no puedes hacerme más marcas...

—¿Y crees poder soportarlo?

—¿Vivir sin tus chupetones? Claro —declaró socarrón, aunque no era del todo cierto. Había algo muy excitante en llevar su marca y sentir que, de alguna extraña manera, le pertenecía.

—Vivir sin orgasmos —especificó ella. Uriel la miró sin comprender—.

Están asociados a mi marca. Si no aceptas ésta, no serás premiado con aquéllos.

Uriel balanceó la pierna, una sonrisa maliciosa brillaba en sus labios ante el desafío.

—Definitivamente no voy a renunciar a tu marca —sentenció—. Hablaré con Iskra para saber qué zonas son seguras. Seguro que hay alguna parte del cuerpo que no entrañe riesgos. Tal vez la polla... No me importaría llevar tu marca ahí —señaló taimado.

—Me disgustaría poner en peligro tu salud o la de tu polla. Vuelve cuando lo averigües —lo despidió Avril, sus labios curvándose en una astuta sonrisa que le indicó a Uriel que le divertía el juego.

—No hace falta que me vaya para averiguarlo, se lo puedo preguntar ahora mismo —replicó socarrón, sacando el móvil y fingiendo marcar un número—. Iskra, revisa ese artículo que me comentaste de los chupetones y dime dónde no es peligroso... Justo lo que me imaginaba. —Miró ladino a Avril mientras se guardaba el teléfono—. Confirmado, en la polla no hay ningún riesgo. Puedes chupármela sin problemas.

Avril enarcó una ceja.

—No sé si fiarme de tu doctor, creo que es parte interesada en que te la mame —señaló con la escéptica sorna de quien no se cree nada de lo que le están contando y, aun así, sigue el juego porque le resulta entretenido. Sólo que, en lugar de entretenido, le resultaba fascinante.

Uriel la miró sin comprender. Hasta que asoció ideas.

—Es Iskra, no Isra —vocalizó despacio, intuyendo que Avril había creído oír el diminutivo de Israel—. Y no es mi doctora, sino mi compañera de piso.

—Curioso nombre —señaló Avril, su mirada fija de nuevo en los monitores. Más exactamente en el que vigilaba el Hades. Casi había llegado el grueso de los invitados de Morgana y quería comprobar que todo estuviera correcto.

—Es eslavo, se lo puso su padrino, que es un mafioso de los países del

Este —explicó Uriel, más por llenar el silencio que porque pensara que pudiera interesarle—. Es un tipo rudo, que se jacta de meter a la gente en barriles y tirarlos al río si hacen algo que no le gusta.

—Buena estrategia, tal vez la adopte —repuso ella volviéndose de nuevo hacia él ahora que había comprobado que todo estaba en orden.

—Si quieres le pregunto dónde consigue los barriles... —propuso burlón.

—No es necesario, puedo usar las jaulas que hay en las mazmorras —rechazó ella mirándolo con los ojos entornados. La mueca que curvaba los labios de Uriel era insidiosa, la sonrisa que esbozaría alguien que decía una verdad tan improbable que esperaba que todos creyeran que era mentira—. ¿Y cómo es que has acabado viviendo con la protegida de un mafioso? —planteó, y en sus ojos no había asomo de burla o incredulidad.

Uriel parpadeó sorprendido, lo último que esperaba era que ella lo tomara en serio.

—Es una larga historia. Me mudé a Madrid para trabajar en una camisería, no conocía a nadie y mi compañero me cayó en gracia, tanto, que acabamos convirtiéndonos en amigos, a pesar de que a mí esos rollos no me van. Prefiero ir por libre, la amistad está sobrevalorada y, además, es un puto coñazo, pero Calix es... especial —masculló con una sonrisa sardónica que no se reflejó en sus ojos—. Por ahorrarme unos euros decidí vivir con él y pocos meses después mi jefe contrató a una cosedora. Calix se enamoró de ella como un idiota. Imagínate, una chica dulce, cariñosa, divertida y tan inocente que se sonroja cuando le gasto bromas subidas de tono —comentó socarrón, pero de nuevo sus ojos lo traicionaron—. Así que acabó ofreciéndole vivir en casa, con nosotros. Y en eso estamos, viviendo los tres juntos pero no revueltos, al menos yo, ellos dos sí. Son tal para cual, creen en el amor y todas esas mierdas y están tan acaramelados que casi me da miedo acercarme a ellos por si me contagian la tontería —dijo desdeñoso, su expresión tornándose seria—. Planean casarse pronto y están empeñados en compartir su dicha conmigo porque soy su mejor amigo y creen que estoy... ¿Perdido? ¿Triste? ¿Solo? Dios

sabr  que coño se les pasa por la cabeza —buf —. Lo  nico que sí es que quieren meterme en su empalagoso mundo y no me apetece nada. Tanto cariño me resulta cargante. Prefiero el sexo crudo, sin tonterías románticas ni palabras bonitas.

A Avril no le pasó desapercibida la amargura que impregnaba sus palabras.

—Y, sin embargo, est s como loco por foll rtelos.

Uriel alzó la mirada, sorprendido por lo acertado de su intuición.

—Desde luego, no me importaría echarles un polvo, o varios. Juntos o por separado. Hacer un trío, mamarle la polla a Calix o hacerle un traje de saliva a Iskra. Pero ellos no se dejan. Sólo les van las relaciones monógamas y ese tipo de chorradas.

—Qué lástima...

—Pues s . Iskra tiene unas tetas impresionantes, y el paquete de Calix no tiene desperdicio. Una verdadera *delicatessen*, te lo aseguro.

—Pero no es eso lo que te atrae de ellos —replicó Avril, leyendo en Uriel mucho más de lo que él deseaba—, sino ese empalagoso amor que se profesan...

—Como la mierda a las moscas —reconoció disgustado apartando la mirada de la hermosa mujer y clav ndola en el techo.  Por qué coño le estaba contando esas cosas?

—En qué mundo tan reducido vives —murmuró Avril, en su voz resonando algo parecido a la compasión.

— Por qué dices eso? —exigió malhumorado. No le gustaba la verdad que traslucía en sus palabras.

—Vives con una pareja que, además de ser tus únicos amigos, son también tus compañeros de trabajo. Y los pocos momentos que no compartes con ellos buscas sexo anónimo con amantes desconocidos en locales en los que las personas son sólo sombras. —Fijó sus ojos aguamarina en él—. Es un mundo muy reducido, Uriel.

La miró molesto. Desde luego, lo había calado bien.

—Es el mundo que me gusta y que he elegido —mintió él, porque no era el mundo que había elegido, sino al que Némesis y su propio egoísmo lo habían abocado—. No necesito a nadie para pasarlo bien. Mejor dicho, no necesito nada más que un buen coño o una polla dura para sentirme bien. El resto me sobra. Y, hablando de eso, ¿por qué no nos dejamos de cháchara y echamos un jodido polvo? Al fin y al cabo, para eso he venido.

—Entonces deberías haberte quedado en el Tártaro —repuso ella fijando la vista de nuevo en los monitores.

—No había nadie allí que me interesara —señaló Uriel exasperado.

Sólo le interesaba ella. Y a ella no parecía interesarle él.

—Ha llegado más gente. Echa un ojo a los monitores, tal vez veas algo que te llame la atención —le aconsejó Avril con indiferencia.

Uriel asintió, decidido a zanjar esa estúpida conversación que tanto se le había ido de las manos. Aunque no pensaba buscar a nadie en los monitores porque, dijera ella lo que dijese, nada podría apartarlo de su lado antes de que consiguiera follársela. Algo que esperaba ocurriera esa noche. Necesitaba el sexo para olvidar sus pecados.

Sólo que ya los había olvidado, pensó estupefacto al darse cuenta de que, desde que había entrado allí, no había vuelto a pensar en las fotografías ni en lo que le había hecho a Roser. La Reina del Infierno había copado sus pensamientos, eliminando todo lo demás.

Fijó sus ojos de obsidiana en ella y Avril, en respuesta, le señaló los monitores, recordándole su orden. Uriel sonrió y los miró para complacerla. En ellos vio a un Dom que le llamó la atención por la gorra de cuero negra y el abrigo de piel, largo hasta los tobillos, que llevaba. Desde luego, algunos eran de lo más teatrales, pensó disimulando una sonrisa desdeñosa. Ése, además de teatral, era alto y delgado como un espárrago. Entornó los ojos tratando de verlo mejor. Su forma de caminar, inclinándose a un lado y arrastrando la pierna izquierda, despertó en él la sombra de un recuerdo olvidado. Pero el Dominante estaba lejos de la cámara y ésta lo mostraba desenfocado mientras

recorría distraído el salón, como si buscara algo. «Será un amante olvidado», pensó Uriel. Seguramente se había puesto en sus manos alguna de esas noches funestas en las que la desesperación lo obligaba a buscar consuelo en el dolor y la humillación. Llevaba años haciéndolo y había estado con muchas personas que su cabeza se empeñaba en olvidar, pues sus caricias no fueron lo que se dice placenteras.

Apartó la mirada de ese monitor y la centró en otro grupo de pantallas. Y fue entonces cuando lo que Avril había estado vigilando le llenó los ojos.

—¿De qué coño van? —Observó pasmado a quienes transitaban por un salón que no había visto nunca.

—Es una fiesta temática.

—Ya lo veo —acertó a decir Uriel. Recorrió con la mirada los distintos monitores, una sospecha insinuándose en su mente—. ¿Eres tú quien vigila el Infierno?

—Me gusta tenerlo todo controlado —afirmó ella sin contestar a su pregunta.

—Así fue como supiste que estaba en apuros con Ama Lix —comentó observando la mazmorra, ahora vacía, en la que la sádica lo había torturado—. Creo que no llegué a agradecértelo... Me salvaste la polla.

—Más bien los huevos —replicó ella.

Uriel asintió antes de volver la mirada a las pantallas.

—Me gusta tu trabajo, es excitante.

—Acaba convirtiéndose en algo rutinario.

—¿En serio? Cualquiera lo diría —comentó irónico, cambiando el foco de su mirada a los monitores del Tártaro, más acordes con sus gustos.

Sus ojos se fijaron en uno que mostraba a dos Dominantes que se entretenían usando a un sumiso. El Dom se dedicaba a su boca y la Dómina, pertrechada con un arnés, a su ano.

—Te excita ver cómo una mujer penetra a un hombre —dijo Avril. No era una pregunta.

—Hay muy pocas cosas que no me exciten. El problema es conseguir que el interés me dure más de un par de polvos —confesó él sin saber bien por qué—. Me aburro rápido.

—Tal vez el error esté en echar ese par de polvos —señaló lacónica. Uriel la miró escéptico y ella, en respuesta, esbozó una sonrisa indulgente—. Se puede conseguir el orgasmo de muchas maneras que no implican penetrar o ser penetrado.

—Por supuesto, puedes mamármela, meneármela, chupármela..., ah, no, espera, que eso es lo mismo que mamármela —rectificó burlón.

Avril clavó sus ojos imposiblemente claros en él, y Uriel se quedó sin aire. Era hermosa, de una manera especial y única, y su mirada no era gélida como siempre había pensado. Al contrario. En ese preciso instante sus ojos ardían. Y lo hacían arder a él.

—Bájate los pantalones hasta los muslos —le ordenó.

Uriel sonrió y se llevó las manos al cinturón, pero no lo encontró. Bajó la mirada confundido y fue cuando descubrió disgustado que había olvidado cambiarse de ropa. ¡Parecía un pordiosero!

Avril observó con atención las emociones que cruzaron el rostro masculino, percatándose asombrada de que él no había sido consciente de sus pintas hasta ese momento.

—¿Qué es lo que te ha atormentado tanto como para que te olvides de arreglarte, con lo coqueto que eres? —preguntó recordando su expresión desolada cuando entró en el Tártaro.

Uriel alzó la cabeza con brusquedad. ¡Joder! Esa mujer leía demasiado bien en él.

—No siempre me apetece vestir como un modelo —contestó desdeñoso, volviendo a fijar la vista en las pantallas para zafarse de esos ojos perspicaces que veían demasiado.

Avril observó su perfil obstinado. Tenía la mandíbula tan apretada que le palpitaba mientras mantenía sus ojos fijos en los monitores, aunque estaba

segura de que no veía nada de lo que mostraban. Sonrió. Ese hermoso hombre no sólo era rebelde, orgulloso y desafiante. También era un celoso dueño de sus emociones, empeinado en su independencia y remiso a mostrarse vulnerable.

Se sintió aún más atraída por su personalidad.

—No te has bajado los pantalones —le reclamó.

Nos quedamos en Barcelona!! Estoy tan feliz que no puedo dejar de saltar y gritar!! Por primera vez en mi vida papá me ha tomado en serio y ha aceptado que, si no arreglaba las cosas con Uriel, me marcharía y no volvería a verme jamás. Así que ha vuelto a contratarlo. Y no como un simple empleado, sino como socio de pleno derecho gracias a mis acciones!! Se las he cedido legalmente, van a ser mi regalo de boda para él! Y eso lo ha hecho tan feliz!! Sólo por ver el brillo en su mirada ha merecido la pena discutir con mi padre. Uf, deberías haberlo visto, Ojito, se ha puesto hecho una fiera. Se ha empeñado en que lo de las acciones había sido idea de Uriel, pero no es verdad. Se me ocurrió a mí. Uriel me quiere tanto que ha renunciado a Italia por mí, porque sabe que seré infeliz lejos de casa. Lo mínimo que puedo hacer es ayudarlo a conseguir su sueño. Además, él no está hecho para ser un simple empleado. Tiene ideas, empuje y ambición para dirigir su propia camisería y temo que acabe marchándose si se siente atrapado y sin opciones de prosperar. Y yo moriré sin él.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK,
20 DE OCTUBRE DE 2009. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO

Cómo me alegro de que al final no te vayas!! Si te quedas, podremos conocernos!!

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
20 DE OCTUBRE DE 2009

Por supuesto que sí! Te invito a mi boda! Tienes que venir!!

RESPUESTA DE DULCE ROSER,
21 DE OCTUBRE DE 2009

Claro que sí!!! Busco billete de avión a la de ya!!

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
21 DE OCTUBRE DE 2009

—No recuerdo haberte dicho que te quitaras los calzoncillos —señaló Avril cuando Uriel enganchó los pulgares a la cinturilla de los vaqueros y del bóxer y comenzó a bajárselos.

Él se detuvo, una mirada calculadora brillando en sus ojos. ¿Qué narices se proponía? Asintió con un gesto y, recordando sus instrucciones, se bajó los vaqueros hasta medio muslo.

Avril lo miró apreciativa, llevaba un ajustado bóxer blanco que contorneaba su pene semierecto. Asintió para sí, cogió el móvil que había sobre la mesa y marcó un número.

—Voy a estar fuera un rato —le dijo a su interlocutor. Cortó la llamada y se guardó el aparato en el bolsillo de la minifalda—. Vístete —le ordenó a Uriel abandonando la sala.

Él se apresuró a obedecerla, siguiéndola hasta el dormitorio.

—Quédate ahí y bájate los pantalones y los calzoncillos hasta los tobillos, pero no te los quites —le ordenó deteniéndolo en el centro de la habitación para luego dirigirse al escritorio.

Cogió una anodina bolsa de papel marrón que contenía algunos juguetes. Los había adquirido esa misma mañana siguiendo un impulso. Se había imaginado a Uriel y a ella misma jugando con ellos y no había podido resistirse a comprarlos, a pesar de que no sabía si volvería a verlo. Ahora se alegraba de haberlo hecho.

Sacó de la bolsa un anillo de silicona del que salía un puente con bola anal y se acercó a Uriel. No le pasó desapercibido el espasmo de su pene cuando

vio el juguete en su mano. Se paró frente a él y se llevó la bola a la boca para chuparla como si fuera un caramelo.

—Separa las piernas —le indicó. Cuando obedeció, le acopló el anillo a los testículos y le enterró la bola en el ano.

El jadeo de excitación de Uriel fue claramente audible, igual que la tímida gota preseminal que manchó su glande.

Avril asintió complacida y le subió los calzoncillos y los vaqueros sin molestarse en abrocharle los botones. Luego se encaramó de un salto a la altísima cama y sacó de la bolsa dos bolas de metal unidas por una fina cadena. Se las ofreció para que las chupara.

Uriel se apresuró a tomarlas con sus labios. Atrapó la primera entre los dientes y la acarició con la lengua antes de meterla en su boca con una suave succión que hizo que la vagina de Avril se contrajera. Cuando se la sacó de la boca estaba bañada en saliva. Usó la lengua contra la segunda y luego las chupó alternando una y otra, observando complacido cómo se agitaba la respiración de la mujer. De repente ella se tumbó en la cama, las piernas dobladas y separadas, y se subió la minifalda exponiendo sus bragas negras con una calavera fucsia en el pubis. Él se apresuró a apartar la tela que le cubría la entrepierna, deleitándose con la visión de su sexo lubricado. Acercó la cara y, utilizando labios, dientes y lengua, le encajó las bolas. Le dio un rápido lametón a su clítoris antes de apartarse con una burlona sonrisa. Si quería más, iba a tener que pedirlo.

Avril lo miró con los ojos entornados. Su insolencia era tan... refrescante.

Volvió a colocarse las bragas y sacó los dos últimos juguetes de la bolsa. Eran dos pequeñas mariposas de silicona que contenían una potente bala vibradora. Se acercó a Uriel con la sonrisa de una leona que acaba de acorralar a su presa sin que ésta lo sepa, tomó su erección, la acarició con suavidad y luego le colocó la mariposa contra la corona del glande, sujetándola con el ceñido bóxer para, acto seguido, abrocharle por fin los pantalones. Dio un paso atrás admirando la gruesa erección que se marcaba

bajo la tela vaquera y se levantó la falda para acoplar la otra mariposa entre sus labios vaginales, pegada al clítoris y sujeta con las bragas. Soltó la falda y alzó las manos para hundirlas en el cabello de Uriel. Tiró, obligándolo a bajar la cabeza para darle un beso abrasador que casi lo hizo perder el control.

Cuando sus bocas se separaron, ambos estaban sin aliento.

—Vamos a dar un paseo —dijo Avril enfilando hacia la puerta.

—¿A dar un paseo? ¿Ahora? —jadeó Uriel.

Ella continuó andando sin responderle y él no pudo más que seguirla, pues la otra opción era dejarla marchar. Y eso era algo que no podía hacer. No aún. Necesitaba saciarse de ella antes de perderla.

Avril lo guio por un estrecho corredor que desembocaba en un salón lleno de gente. O, más exactamente, de vampiros. Pero no los domesticados vampiros adolescentes a dieta de sangre que estaban de moda, sino oscuros Nosferatus de refinada belleza preternatural adictos a la carne. Hombres y mujeres vestidos a la usanza de siglos pasados; el negro de sus ropas, el rojo de la sangre ficticia que manchaba sus colmillos de pega y la palidez de la piel desnuda eran los únicos colores que había en el sombrío recinto.

—No me jodas, Avril —gruñó Uriel, agarrándola para impedir que siguiera avanzando.

Ella dirigió una mirada glacial a los dedos que le sujetaban la muñeca y luego la fijó en sus ojos.

Él aguantó unos segundos su escarchada furia antes de soltarla.

—No es esto lo que tenía en mente, la verdad —le recriminó por encima de la atronadora música—. Hay demasiada gente y no me gusta follar con público.

No le importaba montarse una orgía en una habitación privada, pero allí había demasiados desconocidos. Y no le apetecía ponérselo tan fácil a Némesis. No era factible que estuviera en ese salón, pero había aprendido a no dar jamás nada por sentado.

—¿Y quién te dice que vas a follar? —le reclamó Avril impasible.

—Es lo que he venido a hacer, ¿recuerdas?

—No conmigo —replicó ella antes de dar media vuelta e internarse entre la gente.

—¡Joder! —exclamó Uriel siguiéndola. No podía calentarlo como lo había hecho y dejarlo tirado. No lo permitiría.

Vio un reflejo de sus calcetines rojos y negros de bruja entre el marmágnum de vampiros y se lanzó a por ella. Estaba a punto de atraparla cuando una inesperada vibración en la cabeza del pene lo hizo trastabillar.

Ella había puesto en marcha la mariposa.

Se agarró a una mesa, sobresaltado por el súbito placer que estallaba en su entrepierna. La vibración cesó poco después, pero Avril había desaparecido. Echó a andar de nuevo y la bola anal que hasta entonces apenas había sentido comenzó a hacerse notar. Apretó el trasero estremeciéndose de placer y continuó buscando a Avril. La volvió a ver cerca del escenario y una nueva descarga vibratoria en el glande, más intensa y larga que la anterior, lo hizo detenerse jadeante. A pocos metros de él, la Reina del Infierno apretaba los labios en un gesto de placer, en su mano derecha el mando del juguete.

Avril vio el destello en la mirada de Uriel cuando comprendió las reglas del juego y esbozó una sonrisa antes de soltar el botón y escurrirse entre un grupo de vampiros que fingían devorar a un efebo de delicada belleza. Las bolas se movían en su vagina lanzando chispazos de insatisfecho placer. Eran demasiado pequeñas para sustituir el potente falo de Uriel.

Se sentó entre varios no muertos de piel pálida y vestimenta gótica que estudiaban con fingido desinterés las orgías que se desarrollaban a su alrededor y vio a Uriel esquivar a hombres y mujeres mientras la buscaba, su gruesa erección abultando los vaqueros. Sintió que su vagina se humedecía y sus pezones se erguían reclamándolo. Trató de suplantar sus caricias atrapando entre los dedos las erguidas puntas, pero era insuficiente. Cerró los muslos contra la mariposa y, cuando Uriel pasó frente a ella, apretó el botón

que ponía en marcha ambos juguetes, el de él y el de ella, indicándole que estaba cerca.

Uriel se detuvo en el acto, sus labios abiertos en un jadeo estrangulado a la vez que volvía la cabeza. Y allí estaba ella, sentada en medio de una panda de vampiros locos que parecían salidos de *Entrevista con el vampiro*. Mantenía las piernas apretadas y una mano bajo la camiseta, tirando de sus pezones.

Apretó la mandíbula ignorando el ramalazo de placer que amenazaba con robarle la cordura y fue a por ella.

Y ella, mujer cruel, saltó el respaldo del sillón y se ocultó entre un grupo de vampiros de aspecto futurista con abrigo largo al más puro estilo *Blade*. Se acercó a ellos y la vio junto al larguirucho de la gorra que había visto antes en el monitor. Fue a por ella, pero volvió a escapársele. La persiguió de nuevo. Y así continuaron jugando durante una eternidad hasta que la excitación y el deseo fueron tan intensos que las pelotas le palpitaban a cada tambaleante paso que daba.

Hasta que alguien lo retuvo asiéndolo del codo.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó un hombre mirándolo con los ojos entornados.

Uriel tardó unos segundos en reconocer a Kaos, a pesar de que, siguiendo su costumbre, sólo unos ceñidos vaqueros cubrían su cuerpo desnudo. Esos pantalones y unos elegantes botines negros de altísimo tacón de aguja. Parpadeó un par de veces tratando salir de las brumas del placer y centrarse. ¿Qué le había preguntado?

—Estoy... buscando a... Avril —gimió cuando la mariposa se puso en marcha de nuevo. Apretó los dientes para contener un lamento, tenía el pene tan sensibilizado que el placer comenzaba a mezclarse con dolor cada vez que ella encendía el maldito aparato.

Trató de esquivar a Kaos. Avril estaba cerca, tenía que encontrarla y follarla. Su cordura dependía de ello.

—¿Aquí? —lo miró perplejo—. Ah, comprendo. Estáis jugando. —Le

apresó la rígida entrepierna con la mano y se la amasó—. Te vibra la polla. Qué interesante.

—¿No deberías estar en el Paraíso? —inquirió Uriel, apretando los dientes ante la caricia. No era que no le gustara, pero en ese preciso instante las manos que deseaba que lo sobaran eran otras mucho más delicadas y a la vez severas. Las de una reina.

—El Paraíso está tranquilo y he dejado a los vigilantes al cargo, para eso les pago, ¿no crees? —contestó Kaos recorriendo la cresta de su erección—. Pobre, debe de dolerte estar tan duro. —Uriel lo apartó malhumorado, pues sus caricias, en lugar de excitarlo, le fastidiaban.

¿Qué coño le pasaba? Jamás le había molestado que lo tocaran, ¿por qué ahora sí?

—¿Por qué no te vas un ratito a la mierda? —lo increpó enfadado, aunque no con Kaos, sino consigo mismo por su extraña actitud.

—Querido, comienzo a sentirme celosa por la atención que le dedicas a este humano —intervino alguien, deslizando en una sinuosa caricia las manos por el vientre desnudo de Kaos.

Y Uriel no supo discernir si era un hombre o una mujer. Era alto y esbelto, con un cuerpo anodino que apenas se insinuaba bajo la oscura túnica de seda negra y unos rasgos andróginos en los que destacaban unos labios finos y unos profundos ojos de jade.

—No temas, mi amada Morgana, nadie puede hacerte sombra. Además, él está llamado a convertirse en el favorito de la Reina —explicó Kaos poniendo la mano sobre la de la mujer, si es que lo era, y guiarla a su entrepierna—. Búscala al final de la barra —le indicó críptico a Uriel antes de volver la cabeza y besar a la mujer.

Éste los ignoró, su mirada volando hacia donde le había indicado. Y allí estaba Avril, junto a unas gruesas cortinas de terciopelo púrpura que ocultaban un entrante. Fue a su encuentro y esta vez ella no escapó. Al contrario, se

ocultó tras las cortinas y lo esperó con la espalda apoyada contra la pared y la mirada desafiante.

Una mirada idéntica a la que mostraban los ojos de Uriel.

—Voy a besarte —afirmó apoyando las manos junto a la cabeza de la Reina para crear una jaula con sus brazos. Una jaula de la que, de sobra lo sabía, ella saldría cuando así lo decidiera.

—Vas a intentarlo —replicó Avril.

—No. Voy a hacerlo.

La agarró del pelo y tiró con más suavidad de la que ella solía utilizar con él para instarla a alzar la cabeza. Luego descendió hasta sus labios y los acarició despacio, conteniendo a duras penas la necesidad de besarla. De saborearla. De perderse en ella. Los tentó con la lengua y se separó tan despacio como se había acercado, sus ojos de obsidiana clavados en los de ella, embrujándola con su mirada como ella lo había embrujado a él.

Avril alzó las manos y le rodeó la nuca obligándolo a bajar la cabeza para comerle la boca con salvaje necesidad.

Uriel la alzó contra su cuerpo y ella no dudó en rodearlo con las piernas. La sujetó por el culo y onduló las caderas restregándose contra la entrepierna femenina a la vez que le pegaba la espalda a la pared. Empujó contra ella como si la estuviera follando, las pelotas tensas, la verga palpitando y la bola anal frotando ese punto que lo volvía loco mientras la maldita mariposa vibraba contra la corona del pene, convirtiendo el placer en dolor.

Se apartó con un gruñido, dejándola de nuevo en el suelo, y golpeó la pared con los puños. Tenía el glande tan estimulado que el dolor superaba el placer al frotarse contra ella. Cerró los ojos frustrado. No pensaba suplicarle que le quitara el jodido aparato de tortura.

Avril sintió la tensión que se apoderaba de él. Tenía los dientes apretados, los músculos tensos y el ceño fruncido y parecía estar sufriendo. Por lo visto, el vibrador lo había llevado más allá del límite que podía soportar. Y, aun así, resistía desafiante.

—Eres un hombre orgulloso —le susurró al oído con evidente admiración antes de escurrir sus delgados dedos bajo la cinturilla del pantalón y liberarle de la mariposa.

Uriel jadeó aliviado cuando la dolorosa vibración desapareció. Luego ella le tiró del pelo exigiéndole un nuevo beso y su polla se engrosó más aún ante su brusquedad. Bajó la cabeza y le devoró la boca en un ósculo en el que no tardaron en perderse. Deslizó la mano por su muslo, subiéndole la falda, y le apartó las bragas, deshaciéndose de paso de su mariposa. Ahuecó la palma contra su sexo lubricado y hundió el dedo anular entre los labios vaginales, tentando esa entrada en la que tanto deseaba enterrarse. La penetró con dos dedos, moviendo las bolas en su interior, y ella se puso de puntillas, acercándose más a él. Y mientras la acariciaba se llevó la mano libre a la bragueta para desabrocharse los vaqueros. Puede que no le gustara el sexo en público, pero estaban tras unas cortinas, nadie los vería.

Un fuerte tirón de pelo que no tenía nada de erótico y sí todo de exigente lo obligó a alzar la cabeza.

—No vamos a follar —sentenció Avril.

Y su afirmación lo dejó tan anonadado que apenas fue consciente de que escapaba de sus brazos y abandonaba el refugio detrás de las cortinas. Fue tras ella a tiempo de verla saltar la barra y desaparecer tras una puerta.

No dudó en seguirla. Saltó la barra y se dio de bruces con un inmenso camarero que le cortó el paso.

—Joder —masculló frustrado—. Aunque no te lo creas, la Reina me está esperando... Tengo que pasar —afirmó decidido a lo que fuera, incluso a pelearse con esa mole si era necesario.

Pero no lo fue.

—Sé quién eres —dijo el hombre. Sus diminutos ojos evaluándolo antes de hacerse a un lado y permitirle el paso con un gesto brusco.

Ayer fue el día más feliz de mi vida. Me casé con el hombre que amo y ni el mal humor de mi padre ni las lágrimas de mi madre han conseguido amargármelo. Y parte de la culpa de mi felicidad la tienes tú, Ojito. Por fin nos hemos conocido, y eres aún más maravillosa de lo que imaginaba!! Por cierto, viste lo guapísimo que estaba Uriel? La camisa se la hizo él y despertó la admiración de todos los camiseros que vinieron. Y no fueron pocos! Todos felicitaron a papá por el yerno que se lleva y él no hizo más que refunfuñar. Pero sabe que tienen razón. Uriel es mejor camisero que él. Y ahora es mi marido y ya nadie podrá separarnos nunca.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK,
25 DE DICIEMBRE DE 2009. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO.

Uriel estaba guapo, pero tú estabas divina. La novia más guapa del mundo!! Tienes que contarme cómo ha sido la noche de bodas!

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
26 DE DICIEMBRE DE 2009

Uriel observó pasmado el sombrío almacén en el que acababa de entrar. La única iluminación llegaba desde la puerta entreabierta, que no tardó en cerrarse, dejándolo en la oscuridad. Se quedó inmóvil, esperando no sabía a qué. Tal vez a sentir sus manos sobre él o a oír sus pisadas, pero lo único que oyó fue el arrastrar de una silla. Un instante después, una bombilla de baja intensidad lució colgada del techo, llenando de amenazantes sombras el almacén.

Avril estaba de pie tras la silla que acababa de colocar frente a él, esperando que acatará la orden implícita en su silencio.

Uriel tomó aire y se sentó, dejando a la Reina a su espalda.

—Separa las piernas y agárrate al asiento —le ordenó ella con voz suave mientras le masajeaba el cuello para eliminar la tensión que de improviso lo dominaba.

Él, con fingida sumisión, se agarró a la madera. Un gemido escapó de sus labios cuando ella le enredó los dedos en el pelo y lo obligó a echar la cabeza hacia atrás, arqueándole el cuello hasta que la garganta se le dibujó bajo la piel. Se inclinó sobre él y una cascada de liso pelo castaño le envolvió la cara desdibujando cuanto lo rodeaba. Bajó despacio a su boca y le lamió las comisuras a la vez que las uñas de la mano libre recorrían la piel tirante de su cuello, deslizándose sobre la marca apenas visible que le había hecho hacía una semana.

Y Uriel tuvo que luchar para no soltar la silla, tomar a la inquietante mujer entre sus brazos y penetrarla hasta hacerla perder el sentido. Aun así, no pudo evitar sacudir las caderas cuando ella deslizó los labios por su hombro y lo mordió para luego succionar. Su abdomen se tensó anticipándose al placer que su marca le provocaría y sus nalgas se apretaron contra la bola que lo penetraba. Se le escapó un gemido cuando ella se apartó demasiado pronto para dejarle una señal y volvió a gemir, esta vez de placer, al sentir su lengua danzando sobre su nuez y sus uñas rasguñándole las erguidas tetillas. Y mientras alternaba besos y mordiscos, pellizcos y caricias, continuaba inmovilizándole la cabeza por el pelo.

De repente estuvo sobre él, montándolo con desesperante lentitud. Y Uriel pudo sentir el calor que desprendía a pesar de la ropa que separaba sus sexos. Incapaz de contenerse, le rodeó la cintura con las manos y la apretó contra sí.

Avril se arqueó jadeante al sentir la cresta de su erección contra sus bragas. Se humedeció más aún y aumentó la velocidad con que lo cabalgaba.

Uriel pasó los brazos por la espalda femenina y ancló sus diestros dedos a

sus hombros, obligándola a arquearse hacia atrás de modo que sus pequeños pechos presionaron la camiseta. Bajó la cabeza y mordió la piel que el escote no cubría. La lamió para calmarla y fue resbalando por ella hasta que atrapó un pezón entre los labios. No llevaba sujetador y el inhiesto botón se alzó furioso bajo sus caricias. Lo mordió y lo chupó antes de pasar al otro, dejando un círculo de humedad en la tela. Lo agasajó de igual manera y ella lo premió frotándose con fuerza contra su verga a punto de estallar, su sedosa melena acariciándole los nudillos en cada sacudida.

Avril cerró los ojos, estaba derritiéndose contra él, sobre él, por él. Sentía sus labios mojados sobre sus pechos y los espasmos de su pene bajo su sexo, estimulando terminaciones nerviosas que apenas recordaba que existían, regalándole un placer que estaba a punto de llevarla más allá de la cordura. Reunió la escasa voluntad que le quedaba, le agarró el pelo y tiró echándole la cabeza hacia atrás. Él la soltó intuyendo lo que venía a continuación. Y ella, liberada de sus manos y de su boca, se lanzó hacia su cuello arqueado y lo mordió.

Uriel se estremeció y sus caderas se alzaron al ritmo que ella succionaba, hasta que la sintió tensarse y él se tensó a su vez. La sujetó por la cintura para impedir que se apartara y su entrepierna se mecía con violencia contra la empapada vulva cubierta por las bragas. Eyaculó con un ronco gruñido mientras ella se sacudía sobre la palpitante cresta que alzaba los vaqueros.

Avril se derrumbó, sus brazos sobre los hombros masculinos en tanto que las manos de Uriel se deslizaron sin fuerza alrededor de sus caderas para acabar entrelazándose sobre el tentador trasero. Permanecieron así un momento, perdidos en las brumas de su pasión, y de pronto empezaron a besarse, sin que ninguno de los dos supiera quién había sido el primero en acercarse a la boca del otro.

Se besaron sin prisa, aprehendiendo su sabor, la profundidad de sus bocas y los relieves de sus paladares, tan perdidos en las sensaciones que

despertaban el uno en el otro que ignoraron la música que salía del bolsillo de Avril.

La llamada se cortó, pero dos segundos después volvió a comenzar.

Avril se apartó reticente, no quería alejarse de ese hombre. Pero debía hacerlo, el Infierno la reclamaba. Sacó el móvil y aceptó la llamada. Escuchó con mirada desabrida lo que decía su interlocutor y, despidiéndose con un cortante «ahora me ocupo de ella», se inclinó sobre Uriel, le dio un último beso y se levantó de su regazo para dirigirse a la puerta.

Y Uriel quiso gritar al verse liberado de su peso. No quería dejarla marchar. Quería sentirla sobre él. Beber de su boca y sentir sus dedos enredados en el pelo. Quería que el beso durara eternamente. Pero eso era imposible. Nada duraba eternamente.

Salió tras ella malhumorado y la encontró en la barra con el camarero. Ambos observaban con el ceño fruncido a una mujer que se agarraba a la cruz de San Andrés como si le fuera la vida en ello mientras gritaba algo que quedaba ahogado por la música. A su lado, un vigilante de seguridad parecía intentar sacarla del salón, pero ella se negaba con frenesí.

Avril apretó los dientes, era la segunda vez que esa loca montaba el numerito en el Infierno. No le dejaría hacerlo una tercera vez. Y le daba igual que fuera una invitada personal de Morgana. En su casa no se permitían ciertos comportamientos. Punto.

—¿Dónde está Morgana? —le preguntó al camarero.

—Se ha ido con Kaos —señaló éste como si eso lo explicara todo.

Y sí lo hacía. Con Morgana ausente no había nadie que controlara la caterva de orates que la seguía. Y aunque solían ser inofensivos, había algunos, como esa mujer, que eran cargantes en extremo.

Avril sacó el móvil y mandó dos mensajes. Uno a Kaos y otro a su taxista de confianza. Luego saltó la barra y se dirigió a la cruz de San Andrés.

Uriel la siguió. Y se quedó perplejo cuando, al acercarse, oyó lo que la mujer gritaba. Quería que la azotaran hasta dejarle el cuerpo amoratado, que

usaran un látigo para abrirle la piel y que los vampiros se saciaran con la sangre de sus heridas. Que mordieran su carne y bebieran de ella. ¡Por Dios! ¡¿Qué se había fumado esa loca?!

Los sucedáneos de vampiros que copaban el salón la miraban desdeñosos, incómodos por el lamentable espectáculo que daba. Una cosa era una escena pública entre Amos y sumisos en la que todo estaba consensuado y preparado de antemano, y otra muy distinta era que esa loca usurpara la cruz a quienes estaban jugando en ella y exigiera descontrolada un tratamiento y una atención que, desde luego, no merecía. Tal comportamiento desagradaba y asqueaba por igual a Amos y sumisos. A los primeros porque jamás aceptarían órdenes de un sub, y a los segundos, porque ofendía su dignidad de sumisos. Y la Reina no estaba dispuesta a consentir una ruptura tan flagrante de las normas, pensó Uriel al ver que tiraba con rudeza del pelo de la mujer para susurrarle al oído. Fuera lo que fuese lo que le dijo, surtió efecto, pues ésta la miró con los ojos desorbitados y se dejó caer de rodillas implorándole perdón.

Avril le hizo un gesto al de seguridad y éste se apresuró a levantar a la mujer, ahora dócil, y sacarla de allí. Luego se cercioró de que todo volvía a la normalidad y salió del salón.

Uriel fue tras ella. Y, mientras caminaba, la bola anal dejó de ser excitante para convertirse en molesta, igual que el viscoso semen que impregnaba el bóxer y volvía pegajoso el pene ahora flácido. Tiró de los vaqueros para ahuecárselos y se dio cuenta de que también se los había manchado. Joder. No tenía suficiente con ir hecho un pordiosero que, además, tenía que exponer a todo el mundo que se había corrido encima como un adolescente.

—¿Y el puñetero segurata no podría haberse ocupado de ella en lugar de molestarte a ti? Para algo le pagas, ¿no? —le reclamó enfadado a Avril a la vez que tiraba de la tela húmeda.

Ella se volvió intrigada por su hosquedad. Sus ojos se pararon en la mancha oscura que le rodeaba la bragueta y Uriel no pudo evitar fruncir el

ceño al comprender que había sido tan estúpido de llamar la atención de la Reina sobre su sucia entrepierna.

—Prefiero ser yo quien se ocupe de estos temas, suele ahorrarnos posteriores demandas —señaló ella a la vez que volvía a sacar el móvil y mandaba otro mensaje a Kaos.

Salió a la calle, esperó a que llegara el taxi y metió en él a la desconsolada mujer. Luego bajó de nuevo al Infierno y enfiló el pasillo que se internaba en sus dominios, donde se encontró con Kaos. Éste revisó a Uriel, parándose en su entrepierna antes de esbozar una ladina sonrisa.

—He dejado lo que has pedido en tu cama —informó a la Reina.

—Ve a la Madriguera, estaré allí dentro de diez minutos —le ordenó ella conteniendo su enfado.

Dicho esto, se dirigió con paso rápido a su dormitorio. No había atravesado la puerta cuando comenzó a desprenderse de la ropa. Pero no con la sensualidad de quien quiere seducir, sino con la velocidad de quien está tan furioso que no tiene tiempo que perder. Se quitó la camiseta por la cabeza, casi se arrancó la falda al bajársela, se deshizo de las Converse con un par de patadas y se libró de los calcetines y las bragas sin dejar de caminar hacia el baño.

Uriel entró tras ella en el momento en que alzaba los brazos para retorcerse el pelo en un moño alto que sujetó con una gruesa goma negra y se metía en la ducha.

Se le secó la boca y tuvo que recordarse que debía seguir respirando.

¿Cómo había podido pensar alguna vez que era poquita cosa? Era preciosa. Esbelta, con unas deliciosas piernas torneadas que acababan en un trasero tentador. El vientre plano, en el pubis el tatuaje de un dragón con las alas extendidas, la cintura estrecha y unos pequeños y firmes senos coronados por pezones sonrosados que destacaban la palidez de su piel.

Sintió que volvía a endurecerse.

—Imagino que te valdrán, si no es así, dímelo y le pediré que te busque

otros —la oyó decir cuando cerró la mampara privándolo de su belleza y permitiéndole recuperar la razón.

Uriel sacudió la cabeza confundido. ¿Qué era lo que tenía que valerle? Se acercó y abrió la ducha, excitándose aún más al ver cómo se quitaba las bolas vaginales.

Joder, él quería ocupar el lugar que éstas acababan de abandonar.

Hizo ademán de entrar en el cubículo, pero su ceja arqueada lo hizo recular. Y menos mal, porque estaba completamente vestido. Dio un paso atrás y se quitó la ropa observando excitado cómo se lavaba el sexo y los pechos con la mano impregnada en jabón mientras el agua resbalaba por su piel. Y no pudo dejar de mirarla absorto hasta que agarró una toalla púrpura y salió de la ducha.

Avril lo miró de forma apreciativa, deteniéndose un instante en acariciar con dedos tentadores su erección antes de centrar la vista en sus ojos negros.

—Ocúpate de tu bola, no la quiero ver tirada por ahí —le ordenó.

—¿Mi bola?

—La que tienes en el culo. Puedes guardarla en el primer cajón de la cómoda, lo he vaciado para ti —le indicó atravesando la habitación.

Uriel la miró conmocionado, pero ella no lo vio, pues estaba ocupada poniéndose unas braguitas rosas, unas bermudas de cuadros grises y rosas y una camiseta de tirantes anchos.

—¿Adónde vas? —inquirió él, confuso por la rapidez con que se vestía. No hacía ni diez minutos que habían entrado en el dormitorio y ya estaba lista para salir.

—A matar a Kaos —y lo dijo con tal seriedad que casi la creyó. Se calzó unas Converse rosas sin calcetines y se dirigió hacia la puerta—. Guarda tu ropa sucia en la bolsa que Kaos ha dejado en la cama junto a sus vaqueros. Espero que se los devuelvas limpios y planchados, no me apetece tener que soportar sus quejas —le advirtió antes de salir.

Uriel parpadeó confundido. ¿A qué narices se refería? Se volvió hacia la

cama y allí, doblados con pulcritud, encontró unos vaqueros blancos. Y entonces comprendió a qué se había referido antes, cuando se había quedado tan obnubilado por su desnudez que sus oídos habían dejado de funcionar.

Cogió los vaqueros aturdido. Lo último que habría esperado de la Reina del Infierno era que se percatara de su incomodidad e hiciera algo para paliarla. La comprensión y la empatía no casaban con la imagen de mujer dura y fría que proyectaba. Aunque lo cierto era que, cuando la había tenido entre sus brazos, había sido maleable y cálida.

Sacudió la cabeza sin saber bien qué pensar y se metió en la ducha. ¿De verdad le había cedido un cajón de la cómoda? Seguro que no. Habría entendido mal. El cajón era para que metiera la bola anal, algo que no debía sorprenderlo, pues era de ella y, por tanto, era lógico que quisiera que la dejara allí para jugar otra vez.

Se excitó al pensarlo. ¿Volverían a jugar esa noche? Esperaba que sí. Aún no se había saciado de ella. Se aseó, limpió la bola y, al meterla en el cajón, vio que estaba vacío excepto por el dragón que había usado en el Torture Game.

¿Y si había entendido bien y lo había vaciado para él?

No. Qué tontería.

Se puso los pantalones de Kaos y su vieja camiseta y no supo qué hacer después. ¿Quedarse? ¿Marcharse? Era sábado por la noche y el Infierno estaba a rebosar de gente, por lo que Avril estaría ocupada dirigiéndolo hasta bien entrada la madrugada. No tenía sentido esperarla en la habitación como si fuera un adolescente encoñado. Por mucho que se sintiera así. Tampoco tenía sentido ir al Tártaro a esperar a que se dignara aparecer por allí. Porque no lo haría. En las últimas semanas le había quedado claro que la Reina no bajaba al Tártaro ni se mezclaba con los simples mortales. Y que tampoco los besaba en público.

Frunció el ceño enfadado. Mientras se duchaba había caído en la cuenta de que los besos que habían compartido no habían tenido testigos, pues ella había

mantenido la distancia mientras estuvieron rodeados de gente. Y cuando por fin la había atrapado lo había besado tras densas cortinas para después montarlo en un almacén vacío. Y ahora que el frenesí sexual había pasado, no podía evitar sentirse molesto porque hubiera evitado reclamarlo como suyo delante de todos.

Lo cual no dejaba de ser una estupidez. Él no era un objeto para que ella lo reclamara como propio. Pero Kaos había dicho que estaba destinado a ser su favorito... Y ahora volvía a llevar su marca, pensó acariciándose el cuello. Era lo primero que había hecho tras salir de la ducha. Buscar la puñetera marca en el espejo. Comprobar que estuviera ahí.

Apartó esos pensamientos de su cabeza, pues no servía de nada seguir dándole vueltas al asunto. Ahora que Némesis estaba de vuelta con sus mensajitos, sólo era cuestión de tiempo que perdiera el trabajo y tuviera que irse. Quién sabía, tal vez Calix lo echara de casa antes de la maldita boda, ahorrándole tener que asistir. «Desde luego, no hay mal que por bien no venga», pensó con una sonrisa sardónica que no llegó a manifestarse en los ojos.

Agarró la bolsa con la ropa sucia y salió al pasillo, decidido a irse a casa. Al fin y al cabo, ya había obtenido lo que había ido a buscar. O parte de lo que había ido a buscar, porque, aunque se había corrido, no la había follado. Aún. Sonrió. Volvería a intentarlo otro día.

Aminoró sus pasos al acercarse a la Madriguera, aunque no esperaba encontrársela abierta para él. Al fin y al cabo, no era nadie. Apoyó la mano en la puerta y ésta se abrió una rendija, sorprendiéndolo. ¿La habían dejado abierta? Asomó la cabeza, Avril estaba allí con Julio y Kaos. Y, por la rigidez de su cuerpo, parecía bastante enfadada.

Se volvió hacia él, su pelo castaño cayendo cual melena de sirena sobre sus pechos.

—Tienes refrescos y algo de comida en la nevera, coge lo que quieras menos los donuts, éstos son míos —le advirtió con un destello de diversión en

sus clarísimos ojos.

—¿En serio? —Uriel fue a la nevera y agarró los donuts con cobertura de azúcar y el batido de fresa—. Es una lástima, porque son mis favoritos.

—Te lo haré pagar.

—Lo estoy deseando —replicó él para luego mirar a Kaos—. Gracias por los vaqueros.

—Un placer, considéralos un presente por haber conseguido calmar al dragón.

—Nadie me ha calmado, Kaos —señaló Avril recuperando su tono bronco—. El Infierno, y más especialmente yo, te estaríamos muy agradecidos si te quedaras en el Paraíso cuando Morgana está en el Hades dando sus fiestecitas.

—¿Y perderme la diversión? ¡Cuánta crueldad! —repuso Kaos guiñándole sin disimulo un ojo a Uriel. Y éste no pudo evitar sonreír ante su descaro. Le caía bien el rubio.

—Tu diversión ha estado a punto de provocar un desastre —lo acusó Avril con voz glacial.

—¿Un desastre? Por favor, qué exageración —se burló Kaos.

Avril clavó su gélida mirada en él y la temperatura pareció bajar diez grados.

—Habla con Morgana y hazle entender que si alguno de sus acólitos vuelve a provocar problemas me ocuparé de que el Hades no esté disponible para sus fiestas.

—Se cabreará.

—Apacíguala. Seguro que te diviertes haciéndolo.

—Eso no lo dudes —aseveró Kaos antes de salir de la Madriguera.

—A veces es un verdadero grano en el culo, pero no lo hace con mala intención —dijo Julio cuando la puerta se cerró.

Avril lo miró de refilón y volvió a centrar la vista en las pantallas.

—Es el segundo incidente que esa loca provoca en dos meses, voy a bloquearla.

—¿Crees que es lo más prudente? Es una de las favoritas de Morgana...

Uriel se terminó los donuts, abrió el batido y observó interesado la discusión que siguió a las palabras de Julio. Aunque más que una discusión era un análisis de la situación en el que Avril y él mantenían diferentes opiniones. Y no pudo por menos que admirar su voluntad y su seguridad en sí misma. Era dueña del espacio, el tiempo y los silencios, y los utilizaba a su favor.

Era una reina batallando con su general. Y no tardó en ganarlo para su causa.

Y en ese momento Uriel se dio cuenta de que, aunque poseyera la apariencia de una adolescente, era una mujer que sabía lo que quería, el poder que tenía y dónde estaba.

—No eres tan joven como aparentas —comentó yendo a su lado cuando el fornido calvo se marchó.

—¿Y éstos cuántos años son? —inquirió ella.

Uriel estuvo a punto de decir veinte, pero lo pensó mejor. Desnuda no aparentaba menos de veinticinco. Era la ropa que llevaba la que la hacía parecer tan joven.

—Desnuda, veinticinco o veintiséis. Con esas bermudas, diecisiete —señaló mordaz.

—Tienes razón, aparento menos de los que tengo —aceptó ella sin revelar su edad.

Él arqueó una ceja y Avril, en respuesta, curvó los labios en una sonrisa maliciosa que a punto estuvo de robarle el corazón. Luego encendió el ordenador.

Uriel fijó su atención en el monitor, donde acababa de abrirse una base de datos que contenía las fichas de un montón de personas. Vio que escribía un nombre en la barra de búsqueda y un segundo después un archivo con los datos de una mujer apareció en pantalla.

—¿Quién es? —le preguntó, con la sospecha bailando en su mente.

—Alguien que no va a volver a entrar en el Infierno.

—¿Tienes fichados a los acólitos de Morgana? —dedujo al ver confirmada su sospecha.

—A todos los clientes del Lirio. Llevo un registro de las visitas que nos hace cada uno.

Uriel recordó que en su primera vez allí había tenido que dar sus datos y el teléfono de su persona de seguridad —había dado el de Calix—, por si alguna vez era necesario que se pusieran en contacto con alguien de su entorno —y así había sido, tras la violenta sesión a la que se sometió en el aniversario de su primer beso con Roser—. Pero ni de coña había dado todos los datos que constaban en la ficha de esa mujer. En ésta, además del teléfono y su DNI escaneado, figuraba su descripción física, los Amos que había tenido, una reseña con sus gustos, las fechas de cada ocasión en la que había estado en el Infierno y los incidentes que había provocado.

—Es un registro muy completo —comentó al ver que añadía una breve descripción del incidente de esa tarde y la anotación de que no tenía permitido el paso.

—Me gusta tenerlo todo controlado, más aún cuando son clientes conflictivos.

—¿Qué pone en la mía? —inquirió suspicaz, consciente de que últimamente estaba recibiendo un trato especial en el Infierno.

Avril lo miró sin entender.

—Tu portero no me cobra la entrada cuando entro, tu camarero me deja pasar al almacén, Kaos me presta sus pantalones, la Madriguera se abre para mí... ¿Por qué?

—Porque yo lo quiero.

Uriel parpadeó perplejo al recordar la afirmación de Kaos de que estaba destinado a convertirse en su favorito. El estómago se le llenó de mariposas que vibraban aún más que la que le había estimulado la polla.

—¿Soy tu favorito? —Y no sabía si deseaba o temía que la respuesta fuera

afirmativa.

—¿Quieres serlo?

—No lo sé.

—Entonces no lo eres —replicó ella indiferente, volviendo la vista a los monitores.

Uriel sintió la rabia estallar en su interior. Aunque no había motivo para ésta. Avril había hecho una pregunta, él había contestado una estupidez y ella había decidido lo obvio.

—No me parece justo que tengas todos mis datos en una jodida ficha y yo no sepa ni siquiera tu teléfono —dijo con los dientes apretados mirando sin ver la pantalla.

Avril parpadeó sorprendida por su rotundo cambio de tema y la ira que lo acompañaba. Lo miró perspicaz y luego tecleó algo en el ordenador.

Uriel observó perplejo cómo en la pantalla aparecía su ficha. En ella sólo constaban los datos que él había dado y un único apunte más: que le gustaban los donuts de azúcar y el batido de fresa. ¿Cómo sabía eso? Abrió unos ojos como platos al recordar que eso era lo que había saqueado de la nevera tras la sesión con Ama Lix. La miró incrédulo. Sabía mucho más sobre él, pero sólo había reseñado sus gustos culinarios... Y se había ocupado de que hubiera donuts y batidos en la nevera de la Madriguera. ¿Por él? ¿O era sólo casualidad?

Dio un respingo cuando de improviso sonó su teléfono. Lo miró, era un número que no constaba en su agenda. Aceptó la llamada.

—Ahora ya tienes mi móvil —le llegó la voz de Avril a través del auricular.

La miró perplejo. ¿Acababa de darle su teléfono?

—Te llamaré el viernes para quedar —afirmó sobreponiéndose a la sorpresa. Ahora no tendría excusa para ignorarlo los viernes...

—No te molestes, no contestaré. Los viernes son de Kay —lo informó.

—Entonces te llamaré cualquier otro día.

Ella aceptó con un gesto y volvió a mirar los monitores, sumiéndolos en un cómodo silencio. Poco después, Uriel le señaló algo en una de las pantallas y lo comentaron. No dejaron de hablar hasta que, pasadas las tres de la mañana, él se despidió. Estaba abriendo la puerta cuando la voz de ella lo detuvo.

—Mis socios tienen acceso a todos los archivos del ordenador, fichas incluidas. Por eso la tuya es tan escueta. —Fijó en él sus ojos aguamarina—. Lo que sé de ti sólo es asunto nuestro.

Uriel asintió con un gesto y salió. Cuando llegó a su casa y se metió en la cama, sus labios aún mantenían la sonrisa que habían esbozado al cerrar la puerta de la Madriguera.

Hoy hace un año que me casé y estoy decidida a que sea un día superespecial. Pero Míriam y Alix me lo han fastidiado. No quiero volver a verlas nunca más. Son unas mentirosas y las odio. Por su culpa, Uriel me ha encontrado llorando. Me ha preguntado preocupado qué me pasaba y le he dicho que he discutido con ellas, pero no por qué. Y se ha empeñado en que no debo romper nuestra amistad por una tontería. Pero no es una tontería, es algo grave. Quiere que perdone a mis amigas... por enésima vez! Y he aceptado para no hacerlo sufrir. Porque sé que sufre cuando estoy triste. Pero no pienso perdonarlas nunca. Y si Uriel supiera las cosas tan horribles que dicen de él tampoco querría que lo hiciera. No las necesito. Con Uriel me basta y me sobra para ser feliz.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK,
24 DE DICIEMBRE DE 2010. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO

Siguen diciendo que Uriel te pone los cuernos? Qué cabronas. Estoy por coger un avión y plantarme ahí para ponerles los puntos sobre las íes.

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
25 DE DICIEMBRE DE 2010

Siguen con ese rollo, pero, no sé, a veces me da la impresión de que Uriel... No quiero ni pensarlo.

RESPUESTA DE DULCE ROSER,
26 DE DICIEMBRE DE 2010

Jueves, 17 de enero de 2019

Uriel se cerró la gabardina sobre la chaqueta del traje y salió a la calle.

—¡Espera, te vas a mojar! —señaló Iskra lo evidente acercándose a él paraguas en mano. Calix y Rodrigo salieron de la estación de metro, siguiéndolos apresurados.

—Es sólo un poco de agua —replicó Uriel alzando la mirada al cielo.

—No es un poco, es un mucho. —Lo cubrió con su paraguas—. No querrás pillar la gripe.

—No me importaría, siempre y cuando tuviera la garantía de que sería mortal —contestó él sin pensar en el dolor que sus palabras le provocaban a la cariñosa muchacha—. Lo siento. Hoy no soy buena compañía.

—Últimamente nunca lo eres —lo regañó Calix con un gruñido.

—Lo sé —masculló Uriel, su estado de ánimo tan tormentoso como el tiempo.

Apretó el paso dejándolos atrás. En lo que iba de semana había retomado la costumbre de llegar antes que ellos al portal. Aunque en realidad no servía para nada. Némesis en ocasiones dejaba las cartas en el buzón; en otras, las metía por debajo de la puerta, o sobre el felpudo o donde se le ocurriera, motivo por el cual cada vez dormía menos y peor. La incertidumbre de no saber cuándo ni qué recibiría lo mantenía en vela.

El domingo habían sido unas inofensivas imágenes de su boda. Roser resplandeciente con su vestido blanco y él con mirada calculadora y un traje hecho a medida. Había sido un día perfecto, con un sol radiante y una temperatura agradable. Había agasajado a los invitados, casi todos elegidos por él con vistas a ampliar la cartera de clientes de la camisería, y había mimado a Roser interpretando su papel a la perfección, y ella se lo había creído de principio a fin. En las fotografías salían riéndose, besándose, pringándose de tarta. Eran unas estampas llenas de romanticismo que lo hacían sentir más miserable que nunca porque eran una falacia.

El lunes había encontrado fotografías de su luna de miel esparcidas entre la

puerta y la reja de la camisería. Ésas le habían afectado menos, pues había pasado la luna de miel dedicado a ella, algo que Roser adoraba. No se arrepentía de nada de lo que había hecho durante esas dos semanas. Habían sido, tal vez, las únicas de toda su relación que habían transcurrido sin artificios ni mentiras.

El martes, cuando Calix salió a correr, había encontrado en el felpudo selfis que Roser había sacado de ellos cenando en El Velódromo. Era verano, y él apenas podía disimular el fastidio que le producía tener que ir allí el 30 de cada mes para celebrar el aniversario, o, mejor dicho, *mesversario*, de su primer beso. Era ridículo. Pero a ella le hacía ilusión y era más fácil ceder una noche y tenerla contenta que soportar sus lloriqueos hiposos durante días.

El miércoles descubrieron las fotografías en el suelo de la entrada cuando fueron a comer a casa. Roser y él posaban juntos para los selfis con los que ella se empeñaba en inmortalizar su supuesto amor, pero Roser ya no sonreía. Y él tampoco se molestaba en fingir que sentía por ella más que un tibio aprecio. Era otoño, el suelo estaba cubierto de hojas marchitas y Roser empezaba a creer lo que no había querido ver hasta entonces. Ése había sido el principio del fin. Si en ese momento hubiera sido otro tipo de hombre, uno más decente y menos egoísta, ella tal vez aún estaría viva. Pero no había sido decente en su vida y jamás había pensado en los demás antes que en sí mismo, por lo que, cuando ella le echó en cara lo que empezaba a sospechar, su reacción había sido sonreír, llamarla ingenua y negar las acusaciones.

Y ahora todos esos momentos en los que había jugado con Roser arrebatándole la felicidad, la inocencia y la alegría regresaban, recordándole que había sido él quien la había empujado a tirarse por esa terraza.

Aceleró el paso al llegar a la plaza, aunque sabía que no serviría de nada. Desde que había empezado de nuevo a recibir *regalitos*, ni Calix ni Iskra se alejaban demasiado de él. Entró en el portal con ellos y Rodrigo a la zaga, revisó el buzón y comenzó a subir la escalera.

Se detuvo al llegarle el fuerte olor a colonia que salía del descansillo del

primero, los nudillos blancos de la fuerza con la que se agarraba a la barandilla.

—¿A qué narices huele? —inquirió Calix llegando hasta él.

—A colonia de bebé —murmuró Uriel, el estómago tan revuelto que le costó no vomitar.

—Pues deben de haber volcado el frasco entero —resopló Calix divertido. Toda hilaridad desapareció en cuanto se percató del pánico que le cubría el rostro—. ¿Qué te pasa? Estás pálido como un muerto...

Uriel reaccionó al fin y echó a correr como alma que lleva el diablo, rezando para que le diera tiempo a deshacerse de las fotos antes de que las vieran. Se detuvo ante la puerta, tan nervioso que no era capaz de meter la llave en la cerradura.

—Déjame a mí —le ordenó Calix apartándolo para abrir.

—Claro, cómo no. Disfruta de las vistas —replicó adoptando un tono guasón que no pegaba con el desasosiego que reflejaba su cara.

La inquietud que Calix sentía por su amigo aumentó cuando vio que llevaba a Iskra al otro lado del rellano pidiéndole que se quedara allí. Fuera lo que fuese lo que esperaba encontrar, desde luego no iba a ser agradable.

Abrió la puerta tras forcejear con la cerradura y se hizo a un lado para que Uriel pasara. Éste, al ver que no había nada, soltó el aire que había estado conteniendo.

—¿Qué esperabas encontrar? —le preguntó Calix poniéndole una mano en el hombro.

—Estoy muerto de hambre, me cambio y hago la cena. —Uriel se sacudió la mano con la que trataba de confortarlo y fue a su cuarto.

Estaba terminando de ponerse unos viejos vaqueros cuando sonó el timbre de la puerta. Poco después oyó la voz de Rodrigo en el salón.

—Gala ha encontrado esto en nuestro buzón, pero creo que pertenecen a Uriel.

El aludido atravesó el pasillo a la carrera y derrapó al llegar al salón.

—¡No lo abras! —gritó pensando que era un sobre. Pero lo que Rodrigo sostenía en la mano eran fotos tamaño cuartilla.

—Estaban sueltas en el buzón —señaló el albino, tendiéndoselas.

Uriel las cogió reticente y una sonrisa nerviosa asomó a sus labios al ver la primera. Pasó a la siguiente con dedos temblorosos y, al llegar a la tercera, no pudo evitar estallar en carcajadas histéricas. Desde luego, no era lo que había esperado al oler la colonia de bebé.

—Joder, Némesis, qué hija de puta eres —dijo, todo él temblando.

—Uriel..., ¿estás bien?

—Sí, de puta madre —respondió alterado mientras pasaba de nuevo las fotos, cerciorándose de que de verdad no eran las que había imaginado.

No lo eran. Gracias a Dios. Había recuerdos que todavía le resultaba imposible soportar. Se desplomó en una silla y se llevó las manos a la cara. Las fotos cayeron al suelo cuando sus dedos se aflojaron por el alivio.

Rodrigo las recogió y se las tendió a Calix, luego le apretó el hombro a Uriel con una mano extrañamente tranquilizadora antes de marcharse, consciente de que era más fácil que éste hablara con sus amigos de lo que lo había asustado si él no estaba presente.

Calix e Iskra observaron perplejos las imágenes que habían provocado tan extraña reacción en Uriel. Y fueron incapaces de entender por qué lo alteraban tanto. Eran las que se haría cualquier pareja. Pero Uriel estaba cada vez más abatido. Apenas sonreía, excepto por las carcajadas que acababa de soltar y que desde luego no se podían clasificar de genuinas. Casi no hablaba y ni siquiera intentaba provocarlos con sus pullas. Se estaba convirtiendo en una sombra.

—¿Son de vuestro aniversario? —indagó Iskra al verlos posando junto a un luminoso árbol de Navidad. Tenían las caras serias y su postura era muy rígida.

—Del primero —contestó Uriel. Aunque especificar el número de aniversario era una tontería. Sólo tuvieron uno. El segundo no habían llegado a

celebrarlo, pues Roser se había tirado por la terraza de su casa esa mañana.

—Roser parece triste y tú amargado —señaló Iskra observando el semblante de ambos.

—Eso es porque lo estábamos. —Uriel alzó por fin la vista, en sus labios una sonrisa que no se reflejaba en sus ojos vacíos.

—Sin embargo, en las del verano parecíais felices... —«Al menos ella»—. ¿Qué pasó para que todo cambiara?

—Que descubrió cómo era yo en realidad.

—¿Y cómo eras? —reclamó Calix.

—Un hijo de puta pervertido y cruel que sólo pensaba en follar, más o menos como ahora. —Le arrancó las fotos de la mano, las rompió y fue a la cocina para tirarlas a la basura.

—Uriel, por favor, habla con nosotros —le rogó Iskra preocupada por el dolor que leía en sus ojos.

—Lo siento, princesa, pero he quedado con la Reina para tener sexo telefónico —dijo encerrándose en su cuarto con un portazo.

Se sentó en la cama con el móvil entre las manos. Les había mentado, no tenía ninguna cita telefónica con Avril. Pero tenía su teléfono. Necesitaba con desesperación olvidarse de todo, y la única manera que tenía de conseguirlo era perdiéndose en el sexo o en el dolor. Y azotarse a sí mismo era muy complicado, pensó con una sonrisa torcida. Así que buscó en la agenda su número e hizo una videollamada.

Ella la aceptó al tercer tono.

Y Uriel sintió que su corazón se saltaba un latido cuando vio sus altivos rasgos de valquiria en la pantalla del móvil.

—Uriel —lo saludó, tras ella los monitores de la Madriguera.

—Quiero follarte.

Si ella se sorprendió por la cruda exigencia de su deseo, no lo demostró.

—¿Por qué? —exigió saber.

—Porque me apetece correrme.

—Para eso no me necesitas. Hazte una paja y no me hagas perder el tiempo.
—Canceló la videollamada.

Uriel sintió que la furia lo dominaba y volvió a llamar. Ella la aceptó al primer tono, sorprendiéndolo. Había esperado que lo hiciera suplicar o que lo ignorara. Pero su reina no perdería jamás el tiempo en juegos de niños. Sabía lo que quería e iba a por ello.

—Quiero follarte —repitió él, la mirada fija en ella.

—¿Por qué?

—Porque me haces sentir vivo y hoy me siento muerto.

—¿Por qué te sientes así? —le preguntó, en sus ojos un sincero interés.

—¿Acaso importa?

—A mí, sí.

Se miraron desafiantes un instante eterno antes de que Uriel volviera a hablar.

—Alguien de mi pasado ha vuelto para atormentarme —anunció lacónico.

Ella guardó silencio unos segundos.

—¿Estás erecto? —inquirió de repente.

—Lo estaré —contestó desabrochándose los pantalones a la vez que dirigía hacia allí la cámara del teléfono.

—No me interesa tu polla, sé perfectamente cómo es. Quiero ver tu cara —ordenó Avril.

—¿Y no sabes cómo es mi cara?

—Quiero ver cada una de tus expresiones mientras te tocas.

Uriel se enfocó el rostro y comenzó a meneársela.

—¿Te estás masturbando? —Él asintió—. No lo hagas. Masajéate los huevos y deja tranquila la polla, ya la atenderemos más tarde.

Eso hizo él y, bajo la atenta mirada de su reina, no tardó en estar duro como una viga de acero. Estaba a punto de reclamarle que lo dejara tocarse como Dios mandaba cuando a través del móvil le llegó una voz de hombre y ella volvió la cabeza, prestándole atención al intruso. Por lo visto, se habían

quedado sin algo y quería saber si lo recibirían al día siguiente por la mañana y a quién le tocaría madrugar.

—Yo misma recogeré el pedido, no te preocupes —respondió ella volviendo la vista al teléfono, aunque se vio obligada a girar de nuevo la cabeza cuando el hombre dijo algo que Uriel no llegó a entender—. Cierra la llave de paso y clausura ese aseo. Mañana me ocuparé de que lo arreglen —indicó. Volvió la mirada a Uriel y puso los ojos en blanco cuando el hombre volvió a hablar—. Si no fuera porque sé que no eres un capullo integral, pensaría que lo estás haciendo aposta —resopló—. Gracias por el ofrecimiento, pero no, no quiero hamburguesa para cenar. —El hombre volvió a la carga—. No, gracias. Tampoco me apetece un taco. —Esperó un segundo, que fue lo que tardó él en decir algo—. Ni tortilla. Ni ensalada César ni de ningún otro emperador. Tampoco comida asiática. Muchas gracias —lo despidió cortante. Él volvió a hablar y Uriel supo sin lugar a dudas quién era—. No, gracias, tampoco leche con galletas. Vete —ordenó tajante.

Pero no se fue, como quedó demostrado unos segundos después, cuando tras un brusco movimiento del teléfono apareció una cara masculina en la pantalla.

—¿Con quién coño estás hablando que es tan interesante como para rechazar una supercena? —le planteó Kaos. Su cara se veía enfocada desde arriba, como si tuviera el brazo en alto para que Avril no le arrebatara el teléfono que le acababa de robar—. ¡Uriel! Esto lo explica todo. No os molestaré más. Aunque te traeré una ensalada de pimientos, que no tiene nada que ver con los emperadores, para que no te mueras de hambre a medianoche —le hizo saber a Avril antes de volver a mirar a Uriel a través de la pantalla—. No creerías la mala hostia que le entra a la Reina cuando tiene hambre...

—¡Lárgate, Kaos! —gritó Avril arrancándole el teléfono.

Y Uriel estalló en potentes carcajadas que retumbaron en el dormitorio.

—A veces los compañeros de trabajo son un verdadero incordio —señaló cuando paró de reírse—. Los míos tampoco me dejan en paz con facilidad. En

ocasiones me da la impresión de que son más mis padres que mis amigos...

—¿También a ti te dan por culo con problemas de suministros e inodoros atascados?

—Más bien con problemas de telas y plazos de entrega. —Avril enarcó una ceja instándolo a explayarse. Y él lo hizo encantado. Si había algo que adoraba más que el sexo era su trabajo—. Cuando un peligroso mafioso paga trescientos euros por una camisa no suele tener mucha paciencia en cuanto al tiempo que debe esperar para tenerla. Y tampoco le hace gracia que le digas que no tienes esa extravagante tela que sólo ha visto en su hortera imaginación...

—Así que vendes camisas.

—No. Calix las vende. Yo las construyo. Soy Maestro Artesano Camisero —declaró orgulloso, y Avril pudo oír las mayúsculas en su voz—. Uno de los mejores del país.

Uriel esperó que se burlara de su jactanciosa afirmación y la pusiera en duda. Pero, en lugar de eso, ella asintió con un gesto. Y él supo que no dudaba de su aserción, aunque lo que no pudo adivinar fue si lo hacía porque lo creía o porque no le importaba en absoluto.

Deseó con todo su ser que fuera la primera opción.

—¿Y ese peligroso mafioso que te compra camisas horteras es por casualidad el padrino de la chica a la que quieres follarte? —preguntó ella con un asomo de burla en la voz.

Uriel la miró sorprendido, no esperaba que se acordara de eso.

—Uno de ellos. La verdad es que casi todos nuestros clientes son mafiosos.

—No soy capaz de imaginar a un gánster llevando camisas floridas...

—No sólo les gustan las flores. Calix ha vendido esta mañana una camisa de delfines, y ayer terminé otra con un estampado de columpios...

—¿Columpios?

—Sí, ya sabes. Toboganes, balancines y mierdas de ese estilo.

—Ahora sí que no te creo —repuso perpleja antes de corregirse—: Pero

dices la verdad. Nadie puede inventarse algo así.

—No puedo negar que mis clientes son de lo más creativos.

—Yo también tengo algunos clientes así.

—Todos tus clientes son creativos, el sexo convencional no existe en el Infierno —replicó él burlón.

—Pero algunos lo son más que otros. Tengo un cliente al que sólo le ponen los árboles, así que cuando viene tenemos que traer pinos de los que se venden en la plaza Mayor en Navidad para que pueda frotarse con ellos y correrse.

Uriel abrió unos ojos como platos. Joder, sí que había gente rara en el mundo.

—¿En serio?

—No. Pero te lo has creído.

* * *

Calix silenció el sonido del televisor y puso toda su atención en las carcajadas que habían estallado de repente. No. No eran cosa de la tele. Tampoco venían de los pisos aledaños, sino de la habitación de Uriel. Se oían con claridad a pesar de estar la puerta cerrada, lo que daba buena muestra de su potencia. Y era la segunda vez en menos de media hora que las oía.

—El sexo telefónico parece muy divertido —comentó Iskra con ojos pícaros—. Hacía tiempo que no lo oía reírse así.

—Yo creo que jamás se ha reído así —refutó Calix. Y no le faltaba razón. Eran carcajadas estentóreas y desenfadadas. Las carcajadas de alguien que se siente en paz con el mundo—. Cada vez me gusta más esa reina.

—A mí también. Le está haciendo mucho bien. Quiero decir, cuando vuelve de estar con ella parece otro. El domingo pasado incluso parecía feliz —afirmó ilusionada—. Me gustaría mucho conocerla. Tiene que ser una mujer maravillosa y especial para hacerlo reír así.

* * *

—Parece un sitio interesante —le contestó Avril a Uriel. Y lo decía totalmente en serio.

Estaba sentada en su silla de la Madriguera con el móvil apoyado contra el monitor de manera que la enfocara, pues ella tenía las manos ocupadas en hacerse finas trenzas en su larguísima melena castaña que deshacía nada más terminarlas. Los pies, sobre la mesa como era su costumbre, se movían de un lado a otro como si estuvieran siguiendo el ritmo de una canción que sólo ella podía oír. Llevaban al teléfono casi tres horas y apenas habían tenido interrupciones, pues era jueves y el Infierno estaba casi vacío. En ese tiempo habían saltado de un tema a otro sin parar. Del trabajo a las parafilias, de ahí a la política, y la evolución lógica había sido Trump. Lo que no era tan entendible era que de éste pasaran a la comida sana y la comida basura para acabar saltando sin saber bien cómo a la inminente boda de Calix e Iskra y a la próxima visita que harían a los Pueblos Negros de Guadalajara para ver el lugar en el que pensaban casarse. Una visita a la que Uriel se había comprometido a acompañarlos.

—Desde luego que sí —resopló él sin ocultar su desdén. Estaba relajado en la cama, la espalda apoyada en el cabecero, las piernas estiradas y la cabeza vuelta hacia la mesilla, donde el móvil se cargaba apuntalado contra la lamparita de noche—. No hay mejor plan para el sábado por la tarde que acompañar a Calix e Iskra al sitio en el que pretenden arruinar sus vidas casándose. Me muero de ganas de ir...

—Piensa en positivo, tal vez encuentres un lugar de ensueño y puedas ver cómo follan... O incluso follártelos.

—Ya me gustaría. ¿Te apuntarías a la orgía? —inquirió burlón.

Ella fingió pensarlo un segundo y luego negó con la cabeza.

—Creo que no. El sexo tradicional no me va.

—¿Y qué te hace pensar que a mí sí? —bufó Uriel.

—No soy yo quien está colada por ellos.

—No estoy colado por ellos, sólo quiero follármelos —afirmó él a la defensiva.

—Por supuesto.

Y, a pesar de su impasible aquiescencia, Uriel supo que no lo creía.

—Y, de todas maneras, ¿qué importaría si así fuera? No me van las relaciones monógamas, me aburro enseguida y no tardo en buscar novedades —continuó malhumorado.

—Me apunto a buscar novedades —replicó ella, alejando su mal humor y endureciéndolo con sólo cinco palabras.

—Follar sería una novedad —señaló Uriel mirándola depredador.

—No en tus sueños.

Uriel enarcó una ceja y ella soltó la trenza que se estaba haciendo.

—¿Cuántas veces has soñado que me follabas, Uriel? —exigió saber Avril.

—No las suficientes.

—¿Estás erecto? —repitió la pregunta que le había hecho al principio de la noche.

—Sí.

—Mete la mano bajo el pantalón y... —se interrumpió cuando alguien abrió la puerta.

—Han surgido problemas con Marlene —oyó Uriel la voz de Julio.

—Dame un minuto —le pidió Avril volviendo a fijar su atención en el móvil.

—Me debes una corrida —se despidió Uriel, consciente de que la agradable conversación había llegado a su fin—. Me la cobraré el sábado en el Infierno.

—¿Duermes con almohada? —inquirió ella con voz severa. Él asintió—. Desnúdate y tumbate sobre ella a horcajadas de forma que tu polla quede aprisionada contra la almohada. Fóllatela como sueñas cada noche con follarme a mí. Y mientras lo haces grábate la cara en vídeo. Luego mándamelo.

Quiero ver tu expresión cuando te corras. Tienes ocho minutos para conseguirlo.

—¿Y si tardo más?

—Te quedarás sin tu premio —dijo Avril antes de cortar la videollamada.

Uriel observó el impersonal salvapantallas de su móvil y deseó tener una foto de ella. Luego se desnudó y siguió sus instrucciones.

Tardó cinco minutos y cuarenta y ocho segundos en correrse.

* * *

A las ocho y cuarto de la mañana sonó la alarma del móvil y a punto estuvo de estrellarlo contra la pared. Estaba tan a gusto en la cama que no quería despertarse. Y en ese momento se dio cuenta de que había dormido toda la noche seguida, sin levantarse una docena de veces para ir a ver si Némesis había dejado algo bajo la puerta. Se puso en pie sorprendido por tan grato acontecimiento y fue a ducharse. Al regresar a su habitación vio que el led del móvil titilaba, indicándole que tenía notificaciones. Las miró mientras se rascaba la tripa y se quedó inmóvil al ver el whatsapp que había recibido a las cuatro y diez de la madrugada. Justo diez minutos después del cierre del Infierno.

Era un vídeo cuya protagonista era Avril. Estaba desnuda. En la cama. A horcajadas sobre una almohada. Le regalaba una panorámica de sus torneadas piernas, su sexo depilado y sus pechos firmes, y luego la imagen subía a su cara para quedarse fija en ella mientras se frotaba contra la almohada igual que había hecho él unas horas atrás.

Uriel enfundó la polla en su puño y comenzó a masturbarse sin apartar la mirada del móvil. Siete minutos y cincuenta y siete segundos después, la vio correrse. Y se permitió correrse él.

Ojito Conmigo, Uriel no ha regresado a casa y son más de las dos de la madrugada. Últimamente llega tarde a menudo. Dice que sale con los clientes para engatusarlos y que nos compren, pero yo creo que me engaña con otras. Llega a casa con el pelo revuelto y la ropa arrugada. Veo marcas en sus muñecas y arañazos en su espalda y sé que quiere cosas que yo no puedo darle. A veces pienso que papá tiene razón y sólo me ha utilizado para hacerse con las acciones de la camisería. Aunque lo cierto es que ha sido él quien ha levantado el negocio. Se pasa las horas allí, cosiendo, diseñando camisas y creando patrones sin descansar a pesar de estar agotado. Pero no le importa. La camisería es su sueño y yo soy sólo un accesorio que tiene que soportar para disfrutarlo. Ya apenas hacemos el amor y no puedo soportarlo, porque sé que lo estoy perdiendo.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK,
20 DE ABRIL DE 2011. 1 «ME GUSTA»

Sábado, 19 de enero de 2019

—¡Es un lugar de ensueño! —Iskra empezó a dar vueltas, haciendo volar la falda. Acababan de llegar al barrio tras haber pasado la tarde en el pueblo en el que se iba a casar y apenas podía contener la emoción—. ¡Es tan bonito...! Será como casarse en un pueblo de cuento de hadas, ¿no creéis? —les preguntó a Uriel y a Calix. Aunque no esperó su respuesta—. Con sus casitas de paredes y tejados negros, y sus calles de aceras negras y... ¡todo negro! Y

rodeado de montañas y con una vegetación tan exuberante. ¿Habéis visto los robles? ¡Eran tan grandes que debían de ser centenarios! —se contestó sin darles opción a hablar mientras se dirigía al portal dando saltitos—. ¡Es una maravilla! ¡Y he visto ardillas en los árboles! ¿Vosotros también las habéis visto? Seguro que sí. ¡Es todo tan maravilloso...! ¿Y la iglesia? Madre mía, qué iglesia más bonita, con esa espadaña romántica y sus dos campanas. ¡Me he enamorado de ella! ¡Tengo tantas ganas de casarme allí que no puedo esperar! Va a ser una boda de ensueño en ese entorno tan... tan...

—Rústico —apuntó Uriel con un deje sarcástico, abriendo el portal.

—Bucólico —lo corrigió Iskra sin perder su ilusionada sonrisa. Entró bailando un vals que sólo ella podía oír—. La orquesta tocará la marcha nupcial y yo atravesaré la iglesia del brazo de Pavel y allí estarás tú esperándome. —Miró enamorada a Calix.

—Y me temblarán las rodillas al verte tan guapa —auguró él atrapándola entre sus brazos—. Y se me olvidarán las palabras que tengo que decir y...

—Yo te recordaré que son «sí, quiero», y con eso te echarás la soga al cuello y ya no tendrás escapatoria —resopló Uriel hastiado. Llevaba todo el santo día oyendo majaderías y estaba al límite de su paciencia.

Se adelantó a ellos subiendo la escalera.

—Ah, pero yo no quiero escaparme. Al contrario —replicó Calix sin dejar de abrazar a su chica—. Diré «sí» y luego te besaré...

Y Uriel supo que la estaba besando porque, milagrosamente, dejaron de hablar. Y eso era un consuelo después de llevar toda la tarde oyendo empalagosas declaraciones de amor eterno. ¡Tanto romanticismo le revolvía el estómago! Aunque era consciente de que esos besos robados en el portal no sólo eran fruto de la pasión, sino que eran la oportunidad que Calix le brindaba de subir a casa antes que ellos y comprobar que Némesis no hubiera dejado ninguna sorpresita por debajo de la puerta.

Tras luchar unos segundos con la cerradura, consiguió abrir. Encendió la luz de la entrada y examinó el suelo del recibidor. Y también el del pasillo.

Sabía que era imposible que algo impulsado bajo la puerta pudiera llegar tan lejos, pero con Némesis nunca daba nada por sentado. No obstante, sus precauciones fueron inútiles. El piso estaba limpio.

Apretó los puños malhumorado, consciente de que el vengativo ser estaba jugando con él al evitar crear rutinas y tenerlo siempre en tensión, esperando que llegara el siguiente regalito sin saber nunca cuándo lo haría ni con qué lo desgarraría.

—¿Todo en calma? —susurró Calix tras él, sobresaltándolo.

Joder. Estaba tan centrado en Némesis que había olvidado dónde estaba y con quién.

—¿Ya habéis acabado de hacer manitas? Si queréis me meto en mi cuarto para que podáis joder a placer en el pasillo. Prometo no echar más que un par de miraditas —dijo ocultando la frustración que sentía bajo una capa de ofensivo cinismo.

—¿Podrías intentar ser menos capullo? —le pidió Calix sardónico. En otra ocasión su salida de tono le habría molestado, pero ese día era demasiado feliz para enfadarse.

—Va a ser complicado, está en mi naturaleza ser un cabrón despreciable, pero prometo intentarlo —replicó Uriel burlón, aunque no sonreía.

Se encerró en su cuarto para cambiarse de ropa y de paso alejarse de tanta felicidad. Y no era que no les deseara lo mejor a Calix e Iskra, por supuesto que sí. Pero prefería deseárselo a cierta distancia, sin tener que participar en el circo de la boda y sin tener que asistir a una puñetera ceremonia rodeado de personas a las que no conocía ni tenía intención de conocer. Odiaba las reuniones familiares y los derroches de amor. Y mucho se temía que en la boda de Iskra esas dos cosas iban a alcanzar cotas inimaginables.

—¿Te quedas a cenar? —le preguntó Calix cuando salió del cuarto—. Voy a hacer tortilla.

Uriel lo pensó un instante. Las tortillas de Calix eran deliciosas y lo cierto era que tenía bastante hambre. Pero tardaría un buen rato en hacerla y él tenía

prisa por ir al Infierno.

—No, gracias. —Entró en la cocina para prepararse un sándwich.

—Esta noche vas a ver a tu reina... —dijo Calix, y no era una pregunta.

—Podría ser.

—Lo es —sentenció el rubio observándolo risueño. No era sólo que fuera vestido como un figurín con la última camisa que se había hecho, los chinos negros y los botines Chelsea. Lo que lo delataba era el brillo de sus ojos y la entusiasta sonrisa que curvaba sus labios.

Uriel se encogió de hombros y terminó de hacerse el sándwich. Acababa de darle el primer bocado cuando Iskra entró vestida con su bata polar.

—Hay una cosa que me gustaría pedirte para la boda —anunció con gesto decidido.

—Lo que quieras, ya lo sabes —aceptó Uriel con seriedad. No mentía. Lo que ella le pidiera se lo concedería. Aunque fuera tirarse de un puente. Lo haría. Iskra se lo merecía.

Ella le sonrió con esa sonrisa suya que le iluminaba la cara y le encogía la nariz, y una solitaria mariposa levantó el vuelo en su estómago. Se apresuró a dar un enorme bocado al sándwich para asesinar a dicho insecto, aunque en realidad no era muy molesto. De hecho prefería esa mariposa antes que la bandada de colibríes histéricos que peleaban en su estómago cuando Avril le regalaba alguna de sus escasas sonrisas.

—¡Estupendo! —exclamó Iskra dando ilusionados saltitos—. Quiero que lleves chaqué en mi boda. De hecho, todos los hombres llevaréis chaqué ¡y las mujeres, pamelas!

Uriel se atragantó con el sándwich. Y Calix, aprovechando la coyuntura, le dio algunas palmadas, tal vez demasiado fuertes, en la espalda. Al fin y al cabo, había unos cuantos comentarios procaces de los que tenía que resarcirse.

—¡Para ya! Me vas a sacar la espalda por el pecho —protestó Uriel—. ¿No le comentaste lo que te dije de llevar chaqué? —lo increpó.

—Sí. Pero Iskra ha pensado que le gustaría verte vestido de pingüino, y a

—¿Tienes hijos?

Cerró los ojos al oír la voz sorprendida de Iskra, quien se había colado bajo el brazo de Calix y miraba perpleja las imágenes.

Cuando volvió a abrirlos, una capa de insolente desdén los cubría.

—No llegamos a tenerlo, lo perdimos. —Se encogió de hombros a la vez que intentaba no mirar las fotos en las que Roser miraba a cámara sonriente.

Era un selfi de Roser de perfil en el que mostraba desafiante su barriguita de cuatro meses. Una suave redondez que ella se encargaba de hacer más evidente llevando ropa premamá y arqueando la espalda para sacar tripa.

—Uriel, lo lamento muchísimo. —Iskra lo abrazó con los ojos llenos de lágrimas.

—No tienes por qué —replicó él con semblante pétreo—. No era un bebé buscado y mucho menos deseado, al menos por mí. Apareció de improviso, y no puede decirse que me hiciera mucha gracia.

—Pues ya podrías haberlo pensado antes de encargarlo —le espetó Calix molesto por su actitud. Podía pasar por alto muchos de los excesos de Uriel, pero había irresponsabilidades que no podía tolerar. Y ésa era una de ellas.

—Yo no lo encargué —resopló Uriel sardónico—. Fue cosa de Roser.

—No es por nada, pero un bebé suele ser cosa de dos —lo increpó Calix enfureciéndose. ¿Cómo podía ser tan cínico? Si era hombre para hacerlo sin precauciones y dejar embarazada a su mujer, también lo era para ser responsable y atenerse a las consecuencias de sus actos.

—En nuestro caso, no —rebatía Uriel con voz acerada encarándose a su amigo—. Roser dejó de tomarse la píldora sin decírmelo... —Y a él no le sentó nada bien enterarse del embarazo. Gritó, despotricó y la maldijo mil veces. Estuvo enfadado una semana y luego se enamoró perdidamente de ese bebé que jamás llegó a nacer—. Si hubiera sabido lo que ella pensaba hacer, habría usado condones. Jamás me interesó ser padre.

—Pero cambiaste de idea —comentó Calix observando compasivo el traicionero brillo de las lágrimas que se acumulaban en los ojos de Uriel—.

Te dolió perderlo.

—Ten cuidado, Calix, no vayas a equivocarte pensando que soy un buen tipo o que tengo corazón, porque no es así —dijo con toda la frialdad que fue capaz de fingir—. Soy un cabrón egoísta que sólo se mueve por su interés, no esperes otra cosa de mí. —Le arrancó las fotos de la mano y se dirigió veloz a su dormitorio.

Y ni a Calix ni a Iskra les pasó desapercibido que, de todas las que Némesis le había mandado, éstas eran las únicas que no había roto y tirado a la basura.

Uriel se encerró en la habitación, lanzó las fotografías sobre la cama y caminó alrededor de ésta como un tigre enjaulado para, de repente, caer de rodillas, los brazos extendidos sobre el colchón y las manos abiertas acariciando el brillante papel, los dedos deslizándose sobre el suave abombamiento que una vez había cobijado a su hijo.

A pesar de los años que habían pasado, aún lo desgarraba recordar la agria discusión posterior a la revelación. Le había pedido a Roser que abortara argumentando que no estaban preparados para ser padres, pero lo único cierto era que un niño sería un incordio que frenaría sus sueños profesionales y no lo iba a consentir. Pero ella, haciendo gala de más carácter del que había tenido nunca, se había negado. Y él, para castigarla, había pasado más de una semana sin hablarle. Y Roser, en respuesta, había pasado todos esos días llorando. Y de verdad que ya no soportaba sus lágrimas. De hecho, ya no la soportaba a ella. Toda ambición tenía un precio, y el que él se veía obligado a pagar superaba con creces los beneficios obtenidos. Así que se había dedicado a ignorarla. Hasta que ella le había pedido que lo acompañara al obstetra. Y él había accedido. No porque sintiera curiosidad o cariño por ese bebé que estaba a punto de arruinarle la vida, sino para comprobar si era verdad que estaba fuera de plazo para abortar.

Su estúpida e ingenua esposa había sido más lista de lo esperado al no informarlo del embarazo hasta sobrepasar dicho plazo. Eso había convertido

el hastío que últimamente lo dominaba en rabia. Estaba harto. Harto de ella. De sus reproches justificados. De sus lamentos lúgubres. De sus exigencias sollozantes. De sus amenazas vanas. De su maldito padre. De todo.

No podía aguantar ni un mes más.

Había llegado el momento de montar su propio negocio y sabía cómo conseguir los fondos necesarios para empezar. Su suegro proveería. Ese viejo zorro deseaba tanto deshacerse de él que no dudaría en recomprarle sus acciones a un precio desorbitado si con eso conseguía que se largara del país. Y, vista la aversión de Roser al divorcio y la situación insostenible que atravesaban, una fuga era la mejor opción. Sobre todo si la financiaba el imbécil de su suegro.

Así que había ido con ella al médico como el amantísimo y considerado marido que no era y se había apoyado en la pared con glacial indiferencia mientras su mujer se tumbaba en la camilla y se descubría la tripa para que se la untaran con gel. Luego el ecografista había deslizado el transductor sobre la ondulada barriga femenina.

Y todo su mundo había cambiado.

Oyó los rápidos y retumbantes latidos del corazón de su hijo y algo se le removió por dentro. Se acercó para observar el caleidoscopio de líneas curvas y sombras rayadas que mostraba el monitor. Y, sin saber cómo, reconoció en las extrañas manchas a su hijo. Sus piernecitas, el grueso cordón umbilical, la minúscula cabecita, la delgada barriguita, sus manitas cerradas en diminutos puños. Era una criaturita tan pequeña y vulnerable... El corazón se le encogió en el pecho para luego explotar extendiendo una extraña y cálida emoción por todo su cuerpo, impregnando cada parte de él de ese pequeño ser que había creado sin saberlo y sin desearlo. Pero que ahora, de repente y sin previo aviso, quería más que a nada en el mundo.

Se enamoró perdidamente de él. Pero no por eso cambió de actitud o fue mejor marido. O persona, ya puestos. Oh, sí, dejó de estar enfadado por la inesperada gestación y trató de hacerle la vida más fácil a Roser. Pero no

modificó sus hábitos. Siguió ocupando su tiempo en actividades clandestinas que no incluían a su esposa y gozando de una libertad que se había convertido en libertinaje y que hería profundamente a la persona que lo amaba tanto que no lo dejaba respirar.

Engarfió los dedos en las sábanas y apretó la cara contra la cama, resistiendo a duras penas las ganas de aullar de rabia. De dolor. De desesperación. Golpeó el colchón una y otra vez, pero la furia no servía para ahogar los recuerdos. Sólo el dolor y el sexo podían conseguir eso. Se apartó de la cama tras haber pasado horas, o tal vez minutos, golpeándola. Guardó las fotos en el cajón de la mesilla y salió del dormitorio con un destino en mente.

—Uriel... —lo interceptó Calix en el pasillo—. Sea quien sea Némesis, te está acosando y tienes que ponerlo en conocimiento de la policía —le dijo, no por primera vez en esas semanas.

—Nadie me está acosando. Sólo son unas estúpidas fotos —masculló esquivándolo.

—Si no quieres denunciar, al menos habla con Adán —se refirió Calix al policía que vivía en el edificio y era amigo de su jefe—. Él podrá informarte sobre lo que puedes hacer, darte pautas...

—No —fue la rotunda respuesta de Uriel antes de salir de casa.

Bajó a la carrera la escalera y al pisar la calle una figura al otro lado de la plaza le llamó la atención. Una mujer rubia y delgada con un resplandeciente vestido blanco de princesa que se ceñía a su tripa apenas abultada. Destacaba como un faro en la gélida noche. Estaba bajo una farola cuya luz le daba una apariencia fantasmal.

Se quedó sin respiración. Reconocería ese vestido en cualquier lugar: era de Roser. Ella misma se había encargado de que le fuera imposible olvidarlo.

Pero Roser estaba muerta.

Echó a correr sin pensar en lo que hacía y ella dobló la esquina. Cuando llegó allí no vio a nadie. Ningún fantasma venido del pasado para atormentarlo. Ninguna mujer paseando en pleno enero vestida de princesa. No

había bares en los que hubiera podido ocultarse y la acera estaba desierta, al fin y al cabo, era casi noche cerrada.

Sacudió la cabeza, convenciéndose de que había tenido una alucinación por culpa de las malditas fotos. Dio media vuelta y echó a andar. Tenía una cita y no pensaba faltar a ella.

Poco después, un taxi paraba frente al Lirio Negro y Uriel se apeaba de él. Entró en el club y bajó con vertiginosa urgencia la escalera al Infierno. Se detuvo en el último escalón, su mirada oscilando entre la entrada al Tártaro y el pasillo en cuyo extremo estaba la Ratonera. Tenía dos opciones, entrar al salón y buscar un Dom que le proporcionara el dolor que necesitaba o internarse en los dominios de la Reina y ponerse en sus manos. Ella no le regalaría el anhelado dolor, pero tenía maneras de hacerlo sufrir que lo hundirían en el necesario olvido.

Entró finalmente en la Ratonera y, tras saludar a Julio con una sacudida de cabeza, atravesó la abarrotada oficina con zancadas apremiantes. Se paró inquieto frente a la puerta que daba paso a las estancias la Reina. Estaba cerrada.

—Abre, joder —increpó a Julio golpeando la fría chapa.

—Estamos un poco alterados hoy, ¿no? ¿O es que te has dejado la educación en casa? —ironizó Julio, observándolo intrigado al ver que tomaba aire muy despacio, como si tratara de calmarse. Y, dada su errática actitud, no podía decir que no le hiciera falta.

—Lo siento, llego tarde y no me gusta hacer esperar a la Reina —dijo Uriel entre dientes, volviéndose para quedar encarado al enorme calvo.

—Qué considerado. —Julio entornó los ojos con recelo ante tal patraña y puso la mano sobre el mando, que estaba en la mesa, aunque no pulsó el botón que abría la puerta.

—Ya ves, soy todo un caballero. —Uriel agarró el pomo con beligerante impaciencia, los pies clavados en el suelo a pura fuerza de voluntad, pues lo que deseaba era embestir contra la puerta y abrirla de una puta vez.

—Desde luego. —Julio le permitió por fin el acceso, aunque lo llamó antes de que saliera de la Ratonera—. Admíteme un consejo, si no vas a decir la verdad, no contestes a las preguntas. Eres un embustero mediocre y un pésimo actor. Y Avril no soporta a los mentirosos.

Uriel miró furioso al calvo y se adentró en el estrecho pasillo para detenerse frente a la Madriguera. Tomó aire lentamente. Si Julio había notado su inquietud, Avril también lo haría, y no estaba por la labor de decirle que estaba destrozado porque había visto fotos de su mujer embarazada. Ni que se sentía tan insoportablemente miserable que sólo podía pensar en pagar por sus pecados. Eso a ella no le interesaba en absoluto, no era su amiga ni su amante. Ni quería que lo fuera. Lo único que le interesaba de ella esa noche era su capacidad para martirizarlo con un poco de sexo sucio y agónico que lo ayudara a olvidar. Que lo hiciera sufrir privándolo del placer. Y eso a Avril se le daba de maravilla.

Esperó a que el zumbido de la cerradura le diera paso y entró en la Madriguera.

Y se quedó petrificado al verla de pie con el móvil en la mano, discutiendo con alguien mientras recorría a furiosas zancadas el reducido espacio. Parecía una colegiala de *anime* japonés con una cortísima minifalda tableada de cuadros escoceses rojos y negros, una ceñida camisa blanca por fuera de la falda y una floja corbata roja colgando de su cuello, el pelo cayéndole en lisa cascada por la espalda y, en sus pies, unas Converse rojas.

—Si dentro de media hora no tengo el sistema arreglado, me buscaré otro proveedor —dijo severa a la vez que levantaba un dedo pidiéndole un minuto a Uriel. Y éste, no supo bien cómo, consiguió recuperar la movilidad de su cuerpo y asentir con la cabeza—. No es una amenaza, es una sentencia. Tienes media hora. —Apagó el teléfono.

—Un mal día... —comentó Uriel.

—No para mí —replicó Avril con una voz que prometía venganza—. Llegas tarde.

—No sabía que habíamos quedado a una hora específica.

—No había hora, pero sí día. El sábado.

—Y sábado es.

—Ya no. —Avril señaló la hora en uno de los monitores. Pasaban diez minutos de la medianoche, lo que significaba que era domingo.

—Me encontré con un fantasma de mi pasado que me entretuvo —explicó él mordaz, sus ojos nublándose con una oscura emoción.

Y no pudo evitar acordarse del admonitorio consejo de Julio cuando la vio entornar los párpados tratando de interpretar sus palabras y ver más allá de su fingida desidia.

Esa mujer era muy capaz de leer en sus ojos el remordimiento, el dolor y el miedo.

—Hoy he ido con la parejita feliz a ver el idílico pueblo de ensueño que planean alquilar para casarse, con iglesia incluida —explicó zafándose de su mirada—. Menudo par de idiotas están hechos, no llevan ni cuatro meses follando y ya quieren casarse. Me dan pena. —Recorrió inquieto la estancia mientras procedía a contarle con pelos y señales lo que había hecho esa tarde.

Avril escuchó interesada, prestando atención a sus silencios y a su inquietud, a lo que no decía y a lo que repetía demasiado.

—Así que, ya ves, me va a tocar ir vestido como un jodido pingüino, menos mal que al menos no me obligan a llevar pamelita —masculló con fingido mal humor.

—Entiendo.

—¿Qué entiendes? —preguntó Uriel mirándola pasmado.

—Que ese fantasma de tu pasado con el que te has encontrado te atormenta —respondió ella ignorando todo lo que le había contado para volver al principio—. ¿Quieres decirme por qué?

Uriel apretó los labios frustrado. No iba a mentirle. A ella, no.

Así que dijo la verdad ciñéndose estrictamente a su pregunta.

—No. No quiero decírtelo.

Ella asintió con un gesto, sus ojos claros fijos en él.

—¿Quieres que te lo quite de la cabeza?

—Por favor.

—Ve a mi mazmorra y espérame desnudo sobre la camilla. Las manos por encima de la cabeza y las piernas separadas —le ordenó tomando el móvil.

Y, mientras Uriel salía, oyó cómo Avril le decía a alguien, intuyó que a uno de los seguratas del club, que no regresaría a la Madriguera esa noche. Se estremeció al pensar que iba a dedicarle el resto de la noche. Serían horas de deseo frustrado y placer denegado. Y era justo lo que necesitaba.

Entró en la mazmorra, hizo lo que le había ordenado y esperó impaciente a que llegara. Cuando lo hizo, sujetaba una pequeña bolsa de papel. Se acercó a él y le ató las muñecas y los tobillos a la camilla mientras lo observaba pensativa.

—¿Tu palabra segura sigue siendo *abracadabra*? —le preguntó deslizando la mano sobre su torso con algo muy parecido a la ternura.

A Uriel lo sorprendió que recordara eso. Era la palabra que había usado en su primera sesión con ella, hacía ya más de tres meses. Y por alguna extraña locura, eso, unido a la inusitada caricia, hizo que los malditos colibríes levantaran el vuelo en su estómago.

Carraspeó antes de asentir con la cabeza.

—No quiero correrme —anunció tras tomar aire.

—Pero lo harás. Gritarás y suplicarás para que te lo permita. Y te correrás. Gracias a tu mano o la mía, aún no lo he decidido. —Tensó las correas que lo mantendrían inmóvil—. ¿Cuántas veces te has masturbado viendo el vídeo que te mandé?

—No las he contado —contestó él desafiante.

—Hazlo ahora —lo exhortó arrastrando las uñas por su ingle en una abrasiva caricia que lo hizo arquearse buscando más cuando apartó la mano—. ¿Cuántas?

—Seis —gimió Uriel tan duro como un martillo. ¡Y todavía no lo había

tocado!

Avril sonrió complacida por su respuesta.

—Grita tu palabra segura cuando necesites correrte —le indicó antes de cubrirle los ojos con una venda opaca y sumirlo en la oscuridad.

Uriel esbozó una sonrisa torcida al intuir el juego. Iba a privarlo de la vista haciendo que el resto de sus sentidos se intensificaran, lo que incrementaría el placer. No era nada del otro mundo, pero serviría para lo que necesitaba.

—¿Sabes respirar por la boca?

Él frunció el ceño ante tan extraña pregunta. Asintió con un gesto, preguntándose para qué quería saber eso. Lo averiguó poco después, cuando una pinza tapó su nariz privándolo del sentido del olfato.

—¿Bien? —inquirió ella, y pudo oírla muy cerca de él.

Uriel asintió y, al instante, Avril le puso unos auriculares envolventes de diadema, impidiéndole oír nada que no fuera el monótono ruido blanco que salía de ellos. Luego sintió cómo le envolvía las manos en... ¿plástico? A éstas le siguieron el torso y las piernas, dejando sólo al descubierto la cabeza y la entrepierna.

Y Uriel se dio cuenta de que lo había privado de la vista, del olfato y del oído. Y del tacto en la mayor parte de su cuerpo. No podía sentir nada.

Nada, excepto el repentino roce de sus uñas sobre su entrepierna. Gritó extasiado, todos sus sentidos concentrados en la electrizante caricia que de repente se trasladó a su cuello, arrancándole un gutural gemido de insoportable placer. Se estremeció sin control presa de la incertidumbre. No tenía modo de saber dónde, cuándo o cómo iba a volver a tocarlo. Y cuando lo hacía, la caricia se convertía en todo su mundo, en todo lo que podía sentir. La anulación de tantos sentidos hacía que cada roce fuera demasiado intenso. Demasiado perturbador. Y lo único que podía hacer era abandonarse al vértigo y deleitarse con la agonía. Y eso hizo.

Aguantó casi una hora sin pedir clemencia. Y eso debió de complacer mucho a la Reina, pues fue su mano la que lo alivió. Varias veces.

Y el tiempo se hizo eterno y las horas infinitas.

* * *

Cuando entró en casa varias horas y tres orgasmos después, estaba tan sensibilizado que el más mínimo roce lo hacía gemir. Había eyaculado en las manos de Avril, también en su ávida boca y sobre las alas del dragón tatuado en su pubis. Pero no en su coño. Seguía sin poseerla. Y eso sólo hacía que la deseara más. Se acarició el cuello, donde lucía dos marcas más. La tercera estaba en su pecho, sobre su corazón. No quiso pensar en lo que eso podía significar, aunque estaba casi seguro de que lo había marcado allí para no amaratarle en exceso el cuello.

Se dirigió a su dormitorio, pero antes de que llegara Calix lo interceptó en el pasillo. Examinó su sonrisa tranquila y su postura relajada, asintió y se dio media vuelta.

—¿Qué tal está? —le preguntó preocupada Iskra cuando regresó a la cama.

—La Reina ha vuelto a hacer el milagro —contestó Calix abrazándola.

Ojito Conmigo, Uriel ya no me quiere. Lo sé. He intentado darle lo que necesita, pero no soy suficiente para él. Nunca nada es suficiente para él. Siempre quiere más. Más sexo. Más trabajo. Más clientes. Más desafíos. Me siento impotente. Le he echado en cara que no me quiere y que nunca me ha querido. Y él, en lugar de negarlo, se ha encogido de hombros y se ha ido. Y todavía no ha regresado. Me gustaría odiarlo. Últimamente discutimos mucho, yo lloro y grito y lo amenazo. Y él se va de casa porque dice que no soporta mi histerismo. Pero yo creo que lo hace para estar con otras.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A OJITO CONMIGO,
6 DE AGOSTO DE 2011. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO

Mándalo a la mierda y pide el divorcio! Que lo jodan a ese puto cabrón!!

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
6 DE AGOSTO DE 2011

No es un cabrón! Es mi marido! Y moriré sin él. Tengo que recuperarlo. Haré lo que sea por mantenerlo a mi lado. Me convertiré en su sombra si es necesario, pero no permitiré que deje de quererme.

RESPUESTA DE DULCE ROSER,
7 DE AGOSTO DE 2011

Domingo, 27 de enero de 2019

Calix miró con disimulo a Uriel. Estaba sentado a la mesa con Iskra y Pavel, probando los platos para el menú de la boda. Los había acompañado a elegir las casas rurales en las que iban a alojar a los invitados y también había dado su opinión con respecto a la decoración de la iglesia y del restaurante. Y no era que no se lo agradeciera, al contrario, pero cuando le pidió que fuera su *dama* de honor no se había atrevido a imaginar que se prestaría a acompañarlos de nuevo a ese recóndito pueblo. Más bien había imaginado que le daría apoyo moral y poco más. Pero ahí estaba, paseando con ellos, eligiendo flores y probando platos.

Y Calix no podía dejar de pensar que eso era muy sospechoso. Más aún cuando ni siquiera le habían pedido que los acompañara; al contrario, él se había ofrecido a ir cuando los vio preparados para partir. Era como si no quisiera quedarse solo. Y eso era extraño. Tan extraño como que llevaran más de una semana sin recibir regalitos de Némesis. Exactamente desde que llegaron las fotos de Roser embarazada.

Examinó a su amigo. Había pasado gran parte de la noche con la Reina y, a pesar del efecto lenitivo que eso surtía en él, tenía oscuras ojeras que se hacían más profundas a cada minuto que pasaba. También estaba inquieto. Mucho. Miraba a su alrededor como si esperara... ¿Qué? ¿Un ataque inminente? Pero eso era ridículo. Némesis lo había dejado tranquilo. ¿O no?

Entornó los ojos. Era estúpido pensar que lo había dejado en paz basándose en la supuesta ausencia de mensajes. Y si él e Iskra no hubieran estado tan sobrepasados con todo lo que conllevaba un enlace de casi doscientas personas —casarse con la ahijada de un mafioso era lo que tenía— se habrían dado cuenta. Pero la realidad era que ese descanso en el acoso les había venido de perlas para centrarse en sus cosas... Y habían dejado a Uriel solo.

—Tengo calor —anunció levantándose—. ¿Te vienes a dar una vuelta, Uriel?

Éste lo miró perplejo. Fuera hacía un frío que pelaba, no era lo que se dice el clima ideal para dar un paseo. Aun así, se levantó y enfiló la salida. Si Calix quería hablar, él quería escuchar. Tal vez le habían surgido dudas con toda esa locura y quería comentarlas con alguien. Si era así, él no era el más indicado para aconsejar, pero desde luego podía escuchar.

—Némesis no te ha dejado en paz, ¿verdad? —inquirió Calix en el momento en que pisaron la calle y estuvieron solos.

—¿Para eso me has hecho salir? No me jodas. Paso de que se me hielen los huevos por esa chorrada —replicó haciendo ademán de regresar al salón.

Calix se lo impidió agarrándolo del brazo.

—Hablo en serio, Uriel. ¿Te ha estado molestando? Quiero saberlo.

—¿Cómo va a molestarme si no sé quién es? —repuso él con toda lógica, zafándose de su mano para regresar al restaurante.

Pero lo pensó mejor y dio un quiebro antes de entrar. Era la primera vez en toda la semana que podía estar al aire libre sin temor a encontrarse con ningún fantasma. Porque Calix tenía razón: los mensajitos habían terminado, pero habían comenzado las apariciones. Y éstas eran aún más complicadas de sobrellevar.

Se internó entre los robles centenarios de las afueras del pueblo, consciente de que Calix lo seguía pero incapaz de detenerse y regresar. Le gustaba ese pintoresco lugar con sus casas negras, su viento helador y su ausencia de ruidos y gente. Era un remanso de paz para su torturada alma. Allí no había fantasmas que surgieran al otro lado de las vías del metro o entre la multitud que abarrotaba las calles madrileñas con la apariencia de una mujer que llevaba siete años muerta. Allí nadie llevaba virginales vestidos blancos ni paseaba descalza. Y, sobre todo, allí nadie le metía anillos en los bolsillos. Tampoco joyas manchadas de sangre. Mucho menos fragmentos de una carta que había tirado a la basura hacía años y que ahora volvía para atormentarlo.

Así que siguió caminando. Y Calix continuó a su lado respetando su silencio.

—Mañana no iré a comer con vosotros —dijo Uriel de repente—. Tengo cita en la inmobiliaria para ver un par de pisos de alquiler.

Era algo que no había pensado hasta el martes pasado, mientras hablaba con Avril. La había llamado tras encontrarse en el bolsillo los pendientes que Roser llevaba el día que se suicidó. Estaban cubiertos de sangre, tal como los recordaba, y le habían revuelto el estómago. Se había encerrado en su habitación, pero el techo se le caía encima. Podía soportar el anillo de boda, la esclava con su nombre y la gargantilla de plata, pero no esos pendientes que él le había regalado y que ella llevaba el día de su muerte.

Llamó a Avril sin pararse a pensarlo. Era fácil hablar con ella. Respetaba su espacio, no hacía preguntas y no trataba de llenar sus silencios. Así que marcó su número y, cuando ella respondió, no se le ocurrió nada mejor que hablarle de la boda; a fin de cuentas, él no era el niño de *El sexto sentido*, ergo no podía decirle que veía muertos. Acabaron bromeando sobre el nidito de amor en que se iba a convertir su piso tras el enlace, si es que no lo era ya. Y en ese momento cayó en la cuenta de que no podía seguir viviendo con Calix e Iskra. Simplemente sobraba.

Así que al día siguiente había llamado a un par de inmobiliarias. Desde entonces había visto algunos pisos en las horas de la comida, buscando excusas para faltar sin que Calix e Iskra desconfiaran, pero estaba harto de engañarlos. Así que había decidido anticipárselo a Calix y que éste se lo dijera a Iskra. Al fin y al cabo, era su chica, que bregara él con ella.

Calix lo miró perplejo y luego la furia arribó a sus ojos.

—¿Para qué coño quieres ir a ver pisos? —le espetó.

—¿No es obvio? Quiero independizarme. Necesito un sitio donde follar, y las normas que acordamos cuando empezamos a vivir juntos prohibían tener sexo en casa..., aunque sé de uno que se las ha saltado a la torera —contestó mordaz.

—No me vengas con gilipollecés, Uriel, tú no quieres tener sexo en casa.

Calix lo conocía bien. Desde luego que no quería llevar a nadie a su casa,

siempre había la posibilidad de que no quisieran irse después, o de que, Dios no lo quisiera, esperaran algo más duradero. Aunque tal vez con Avril hiciera una excepción, pensó esbozando una sincera sonrisa. Ella jamás estaría interesada en quedarse o tener una relación.

—Con vosotros también haría una excepción —musitó dando voz a sus pensamientos.

—¿También? —Calix lo miró sorprendido. Esperaba un comentario de ese estilo, conocía a Uriel lo suficiente para saber que todo lo hacía girar en torno al sexo. Pero ese «también» lo había desubicado—. ¿A quién meterías en casa?

—A una castaña bajita y poquita cosa que es la mujer más peligrosa que he conocido nunca —respondió Uriel con repentino buen humor. Estaba bien, se sentía libre y seguro. Némesis no podía alcanzarlo. Roser no podía aparecer a su lado. Y sus bolsillos estaban vacíos. ¿Qué más necesitaba para ser feliz? A una reina. Ni más ni menos.

—No creo que a tu reina le guste que la describas como bajita y poquita cosa —señaló Calix, agarrando la oportunidad al vuelo. Uriel solía mencionar a esa mujer a menudo, pero jamás entraba en detalles sobre ella. Si esa tarde estaba dicharachero, él no era nadie para hacerlo callar; al contrario, pensaba aprovecharse.

—Pero lo es. No creo que alcance el metro sesenta y está muy delgada. Y casi siempre lleva bermudas y camisetas, aunque últimamente le ha dado por llevar minifaldas y corsés en plan gótico —dijo recordando su atuendo de la noche anterior. Una diminuta minifalda púrpura de tul y un corsé negro que apenas le cubría los pechos—. Y zapatillas de lona en los pies. Las tiene de todos los colores —apuntó divertido—, incluso con bordados de dragones. Le gustan mucho los dragones. Tiene uno tatuado en el pubis y...

Y ya no pudo parar.

Y Calix lo escuchó asombrado. ¿Quién era ese hombre y dónde estaba Uriel?

* * *

—¿Te ha dicho todo eso? —susurró Iskra con los ojos abiertos como platos.

Calix asintió, la mirada puesta en el pasillo por el que Uriel había desaparecido tras entrar en el restaurante y pedirle que le dijera a Iskra que quería mudarse. ¡Cobarde! Aunque en realidad no le importaba, porque eso le daba tiempo para hablar con su chica en privado. Y tenía mucho que contarle.

—Quiero conocer a esa mujer —exigió Iskra.

—No pienso llevarte al Infierno —rechazó él de plano.

Pavel y él se llevaban bien, pero eso podía cambiar en el momento en que el mafioso descubriera que había llevado a su hija secreta a un club de BDSM. Y si algo tenía claro era que lo descubriría. Y Pavel no se andaba con tonterías y él no era un pez para respirar bajo el agua si lo metía en un barril y lo hundía en el Manzanares.

—¡Ni yo quiero ir! —Iskra lo miró como si se hubiera vuelto loco—. Quiero invitarla a la boda —anunció como si fuera lo más obvio del mundo.

Calix parpadeó un par de veces y luego asintió. Dudaba que Uriel la llevara, pero por intentarlo no perdían nada.

—¡Estupendo! —aplaudió entusiasmada. Luego se dirigió a grandes zancadas al pasillo por el que había desaparecido Uriel.

Calix esbozó una ladina sonrisa. Parecía mentira que Uriel pensara que iba a librarse de la bronca sólo por haber huido con el rabo entre las piernas. Se dio media vuelta y fue hacia Pavel, quien hablaba con el director del tinglado. Si no se equivocaba, y creía no hacerlo, su futuro suegro se estaba encargando de que todo saliera perfecto con el sencillo método de bajar la voz y mirar fijamente al pobre hombre mientras le comunicaba sus exigencias. Que estuviera rodeado por media docena de sus aterradores gorilas, y que éstos no

se preocuparan en ocultar las pistolas que llevaban en las sobaqueras, tenía mucho que ver con el éxito de sus negociaciones.

* * *

—No vas a irte, así que ya puedes anular esa estúpida cita —repitió Iskra por enésima vez durante el largo trayecto en coche, y Uriel no pudo evitar poner los ojos en blanco.

En la hora y media que llevaban viajando había conseguido cambiar de tema en varias ocasiones, pero Iskra regresaba otra vez a lo mismo. No iba a mudarse porque no iba a dejarlo vivir solo. Y no había más que hablar. Miró a Calix pidiéndole ayuda, pero éste se limitó a esbozar una maliciosa sonrisa antes de inclinarse sobre su novia y besarle la nuca. Estaba claro que no iba a conseguir ninguna ayuda de su parte.

La comitiva de Mercedes negros se detuvo en la plaza y ellos se apearon del coche.

—No voy a quedarme. Vosotros os pasáis el día fornicando en vuestro nidito de amor y yo quiero hacer lo mismo, y para eso necesito mi propio nidito de depravación —afirmó Uriel enfilando hacia el portal.

—Tráela.

Uriel tropezó con sus pies al oír a Iskra.

—¿Que traiga a mis amantes? ¿Me das permiso para montar orgías en casa? Genial. Mañana mismo llamaré a unos cuantos amigos para montar una. —Usó a propósito el plural.

Quería asustarla, escandalizarla y, sobre todo, quitarle de la cabeza que la Reina era alguien importante para él después de que Calix, maldito chivato, le hubiera contado a saber Dios qué. Nunca debería haberle hablado de ella en el roble, pero, joder, estaba a gusto y se suponía que era una conversación privada y que el rubio no iba a irse de la lengua.

—¿Por qué te empeñas en querer parecer lo que no eres? —Iskra frunció el

ceño. Y Uriel, que la conocía bien, dio un paso atrás. Pero no se dio suficiente prisa en recular y ella lo abrazó impulsiva, besándole con ternura la mejilla—. Te quiero, si te vas me romperás el corazón —afirmó mirándolo con sus enormes y expresivos ojos.

—Pero yo necesito...

—Puedes traer a la Reina a casa —lo interrumpió.

—No era eso lo que iba a decir... Mira...

—Sería estupendo conocerla antes de que venga a la boda.

—¿Quién va a venir a la boda? —Uriel la miró perplejo y, dando un paso atrás, se zafó de su abrazo. Tal vez separado de ella pudiera volver a pensar con claridad.

—¿Quién va a ser? ¡Avril! —exclamó Iskra.

Uriel la miró aterrado al percatarse de que la llamaba por su nombre, ¡como si fueran viejas amigas! Dios santo, eso pintaba cada vez peor. No iba a llevar a Avril a la boda. O, mejor dicho, Avril jamás iría a la boda. Ella era una mujer dura. Práctica. Nada romántica y poco dada a perder el tiempo en sensiblerías. ¿Y qué había más sensiblero que una boda? Ella era más de fiestas eróticas. Y ni siquiera eso, pensó al darse cuenta de que muy rara vez la había visto mezclarse con la gente. Ni siquiera en el Torture Game estuvo en la pista principal con el resto de los mortales. No. A Avril no le iban las reuniones sociales. Y, aunque le fueran, no tenía ningún motivo para aceptar acompañarlo. No era su novia. No era su amiga. Joder, si ni siquiera era su amante, pues no follaban. Sólo eran... compañeros sexuales. Nada más.

—Calix y yo lo hemos decidido. Queremos que venga —continuó diciendo Iskra al ver su expresión aturdida.

—No creo que...

—Estoy deseando saber cómo es. Aunque Calix me ha dicho que le has dicho que es tan alta como yo. O, bueno, tan bajita como yo. Pero no tiene mi personalidad —dijo.

Calix rompió a reír, pues sólo él sabía que cuando Iskra utilizaba esa

palabra se refería a sus pechos. A su *pechonalidad*.

—No sé qué le ves de divertido —regañó Uriel al segoviano para luego encararse a Iskra— y, efectivamente, no tiene tu personalidad. No es dulce ni cariñosa ni suave. Ella es feroz, es cortante, es audaz, es severa, es... —«Soberbia. Fascinante. Electrizante»—. Es capaz de comerse con patatas a cualquiera que la ofenda lo más mínimo.

—Vaya fiera...

—Exactamente, y por eso...

—Es la mujer perfecta para ti.

Uriel volvió a tropezar con sus pies.

—¡No hay ninguna mujer, ni hombre, perfectos para mí! —protestó.

—Pues ésta lo es, sólo una fiera corrupta sería capaz de hacerte frente.

—¿Corrupta? ¿Qué significa eso? —Miró a Calix, quien se encogió de hombros. Iskra solía utilizar palabras de su abuela, imaginó que ésa sería una de ellas.

—Es un animal mitológico de aspecto deforme y amenazador —aclaró ella.

—¡Avril no es así! —repuso Uriel enfadado. Avril era cualquier cosa menos eso.

—Pero mi abuela lo decía en el sentido de tener un carácter muy fuerte y gruñir mucho —continuó la chica sin hacer caso a su interrupción.

—Avril tampoco gruñe —señaló Uriel ofendido.

—¡Mejor que mejor! Con que tenga un carácter fuerte es suficiente. Por lo que le has contado a Calix, tu reina tiene pinta de...

—No es mi reina —intervino Uriel.

—... no dejarse manejar por nadie —continuó Iskra, ignorándolo—. Seguro que no se arredra ante nada y es capaz de hacer frente a cualquier cosa. Es una mujer decidida, valiente, con dotes de mando y mucha voluntad.

Uriel miró perplejo a Calix. Él no le había contado nada de eso. Y, aunque era verdad que con lo que le había dicho sobre Avril no era difícil intuir su

carácter, también era cierto que Iskra le había echado bastante imaginación al asunto.

—Iskra, creo que...

—Estoy de acuerdo —convino ella antes de que terminara la frase—. Lo mejor es conocernos antes de la boda. Invítala a cenar el sábado que viene en casa. Haré una cena especial para ella. ¿Le gustan los calabacines rellenos? Gala me dio la receta el otro día y son fáciles de hacer y muy resultones. Claro que, si no le gustan, puedo hacer una tortilla de patatas. Y de postre, tarta de zanahoria, por supuesto.

Uriel abrió la boca y la cerró. Volvió a abrirla y la cerró de nuevo. Parecía un pez boqueando.

—No creo que pueda venir —consiguió decir—. Las noches de los fines de semana son las que más trabajo hay en el Infierno y Avril no puede faltar.

—Y, sin embargo, pasa los sábados contigo —replicó Iskra, pillándolo en una mentira. O pensando que así era al menos.

—No te creas —replicó él sin pensar—, ayer nos tuvimos que quedar vigilando en la Madriguera porque había una fiesta privada en el Hades y una *pony party* en el Tártaro. No pudimos quitar la vista de los monitores en toda la noche.

Aunque bien era cierto que habían encontrado un momento para ellos. O, mejor dicho, lo había encontrado Avril. Estaba en la Madriguera, sentado en la nueva y cómoda silla que había aparecido allí por arte de magia, observando una escena especialmente picante cuando había sentido sus dedos en la nuca. Y se había quedado inmóvil, los músculos tensos y a la espera. Porque sabía lo que significaba ese roce. Ella lo agarraría del pelo, le inclinaría la cabeza hacia atrás y lo besaría voraz.

Avril se entretuvo acariciándole la nuca y él sintió su verga engrosarse y presionar contra la bragueta, y cuando la Reina por fin le tiró del pelo, estuvo a punto de correrse. Abrió la boca para ella y recibió su lengua. Y el húmedo roce fue tan embriagador que un gruñido gutural se formó en su garganta.

Luego ella le acarició el cuello con las uñas y él supo lo que venía después. Sus caderas se elevaron, preparándose para la cabalgata. Avril no tardó en montarlo. Y él no tardó en correrse de nuevo en los pantalones. Aunque, por supuesto, aguantó hasta que ella le dio permiso dejándole su marca en la piel.

Se llevó la mano al cuello y acarició la marca que le había regalado la noche anterior.

—¿Uriel? ¿Estás aquí? —Iskra pasó una mano frente a sus ojos, sobresaltándolo.

—¿Dónde iba a estar, si no? —Echó una mirada fugaz a la plaza para comprobar que, efectivamente, estaba donde pensaba.

—No sé, ¿con la Reina tal vez? —inquirió Calix ladino, ganándose un empujón de Uriel.

Calix, por supuesto, respondió con uno de su propia cosecha, que a su vez tuvo como respuesta otro de Uriel.

—¿Qué es una *pony party*? —preguntó Iskra cortando de raíz la amigable pelea.

—Una fiesta en la que los subs actúan como ponis, con arneses, dildos anales acabados en colas de caballo, riendas, bocados en la boca y botas con herraduras, mientras que los Dominantes van con fustas, látigos y toda esa parafernalia.

Iskra y Calix lo miraron flipados.

—¿Y para qué querría alguien disfrazarse de poni? —planteó ella pasmada.

—Imagino que los excita —contestó Uriel divertido por su perplejidad.

—Qué curioso —murmuró Iskra antes de volver a lo que de verdad le interesaba—. Pues si Avril no puede venir a cenar, que venga a comer algún día. Y si tampoco puede, no pasa nada —cortó la protesta de Uriel—, me conformo con que venga a la boda.

—Avril no...

—Reservaré tu habitación con cama de matrimonio, así podréis dormir juntos haciendo la cucharita la noche de la boda. —Lo agarró del codo

sonriendo ilusionada—. En cuanto subamos a casa te daré una invitación para ella y la firmaremos Calix y yo, para que vea que la queremos con nosotros. Se la llevarás cuando vayas a verla. Y no se te olvide decirle que tiene que llevar pamelita o tocado —le recordó muy seria.

Uriel se imaginó a Avril ataviada con el nada discreto vestido gótico que llevó al Torture Game. Con sus transparencias y su corsé con hebillas.

Y con una pamelita en la cabeza.

Y no pudo evitar estallar en carcajadas.

Siguió riendo mientras atravesaban la plaza. Y al entrar al portal. También en los pocos minutos que tardaron en subir la escalera. La risa murió en sus labios al llegar al descansillo del primero y ver el cartel de FELICES FIESTAS colgado en la puerta de su piso. Era un cartel navideño, de esos que medio mundo ponía en esas fechas. Pero éste era especial. Tenía una letra rota, aunque apenas se notaba porque Roser la había pegado por detrás con celo. Aunque tal vez éste no era el cartel original, sino una imitación. Lo cogió y le dio la vuelta.

—¿Otro regalito de Némesis? —intuyó Calix tras él.

—Es el cartel que Roser puso en la puerta de casa el día que se tiró por la ventana —respondió Uriel abriendo la puerta. Entró en el piso y lo tiró a la basura sin mirarlo más.

—Seguramente no es el mismo —apuntó Iskra—, nadie guardaría algo tantos años.

—Tienes razón, no lo es —mintió Uriel.

El detective que papá ha contratado ha reunido docenas de fotografías de Uriel con otras mujeres. Y con otros hombres. Mi marido es bisexual, por eso no soy suficiente para él. Además, le gustan cosas muy raras. Por las fotos hemos confirmado que Uriel ha aprovechado el fin de semana que papá y yo estuvimos en la romería para follar como un loco... Se las he enseñado a Uriel y se ha burlado diciéndome que está muy feo espiar a la gente y que si quiero saber algo se lo pregunte a él directamente. Así que le he preguntado con cuántas se ha acostado desde que está conmigo. Y ha respondido que con cientos. He llorado, he gritado y lo he amenazado con dejarlo. Y él me ha dicho que le parece correcto. Correcto! Cómo puede ser un divorcio correcto?! Eso es lo que quiere. Que lo deje. Pues no lo voy a hacer. Voy a obligarlo a comportarse como un verdadero marido. Y como un buen padre. Aunque eso él todavía no lo sabe.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK,
20 DE SEPTIEMBRE DE 2011. 1 «ME GUSTA»

Lunes, 28 de enero de 2019

—De verdad creo que no deberías ir a mirar ese piso. Seguro que está en un barrio horrible lleno de gente desagradable —dijo Iskra con el ceño fruncido mientras el metro daba un bandazo.

—Sólo está a un par de calles de casa, así que el barrio es el mismo — señaló Uriel hastiado.

Iskra llevaba desde el día anterior acosándolo para que no fuera a la cita con la inmobiliaria. Y si era sincero consigo mismo, aunque no lo fuera con los demás, a cada hora que pasaba le hacía menos gracia la idea de mudarse. Se había acostumbrado a vivir con sus amigos y no se veía capaz de volver a soportar la sombría y angustiosa soledad en la que se había visto obligado a sobrevivir los últimos siete años.

—Y el casero será un hombre espantoso, y la casa tendrá goteras, y moho, y olerá mal. Seguro que hay hasta cucarachas. Y arañas. ¡Y puede que ratas! — exclamó Iskra sumergida entre el mar de personas que los rodeaba.

El metro paró en una estación, abrió sus puertas y, en lugar de vaciarse, se llenó más aún.

—Calix, por favor, dile algo —le suplicó Uriel mientras la gente se apretujaba en el vagón. Alguien perdió el equilibrio y cayó con la mano plana contra su pecho, haciéndolo gruñir.

—Algo —le dijo Calix a Iskra.

Rodrigo, que estaba aplastado contra la pared, curvó los labios en una sonrisa discreta.

—Desde luego, eres de mucha ayuda —se quejó Uriel—. No voy a alquilarlo hoy ni nada por el estilo —trató de tranquilizar a Iskra—. Sólo quiero echarle un...

Se detuvo en mitad de la frase cuando un fuerte olor a colonia de bebé le inundó la nariz.

Ésa había sido una de las torturas recurrentes de Némesis en el pasado y la estaba sufriendo de nuevo cada día de la semana, ya fuera en la calle, en el autobús o en el metro. Giró la cabeza buscando una mujer rubia de mirada triste a su alrededor, pero no la encontró. Y menos mal. Ver fantasmas se estaba convirtiendo en algo demasiado habitual en su vida.

—¿Huele a Nenuco? —inquirió un sorprendido Calix desde un lugar a su izquierda.

—Eso parece —contestó Rodrigo tras él.

—Uriel, ¿estás bien? —Calix se removió entre la gente tratando de acercarse a él, pues aún recordaba su reacción cuando ese olor inundó el descansillo de su piso.

—Por supuesto —replicó éste tratando de contener la respiración.

Roser había usado esa colonia cada día durante las últimas semanas de su vida. Decía que la usaba porque le gustaba, pero él sabía que se bañaba en ella, tanta era la que se echaba, para recordarle que estaba embarazada — ¡como si pudiera olvidarlo!—. Así que se había pasado con ese olor metido en la nariz más de un mes. En el trabajo. En casa. En la calle. Había llegado a aborrecerlo. Aún lo aborrecía, aunque ahora por diferentes motivos. Ese olor, en los últimos siete años, anunciaba la presencia de Némesis.

Aguantó estoico hasta que el metro se detuvo en La Latina y, en el momento en que se abrieron las puertas, salió al andén para librarse de ese olor. Aunque lo sentía pegado a él, como si alguien le hubiera vertido un frasco encima. Algo que no sería la primera vez que pasara.

Debido al calor que hacía en el metro, se había quitado el abrigo y lo llevaba colgado del brazo. Se lo acercó a la nariz, pero no era eso lo que olía, así que se quitó la chaqueta. Y, efectivamente, la vengativa diosa le había vertido colonia en la espalda.

—Uriel, ¿estás bien? —reiteró Calix junto a él, igual que Iskra y Rodrigo.

—Perfectamente. —Uriel le tendió malhumorado la chaqueta para que se la sujetara mientras se ponía el abrigo. Era incapaz de volver a ponerse la americana y soportar ese olor.

—¡Dios mío, Uriel! ¡Estás herido! —gritó Iskra de repente, sobresaltándolos a todos.

—Qué va, estoy bien... —replicó aturdido. ¿Por qué decía eso?

—Tienes la camisa manchada de sangre...

Bajó la mirada para descubrir que, efectivamente, la inmaculada camisa blanca con la que había salido del trabajo ahora lucía una sangrienta mano con los dedos bien marcados.

—No es mi sangre. —Se soltó varios botones, sus dedos temblando visiblemente, y se quitó la camisa por la cabeza. La tiró a la papelera, se puso el abrigo y enfiló veloz a la salida.

—¡Uriel, espera! —Calix fue tras él con Iskra a la zaga.

Rodrigo se quedó atrás, sacó la camisa de la papelera y la escondió en su maletín. Tal vez Adán encontrara algo interesante en ella. Luego fue tras ellos, encontrándose en la calle con unos frustrados Iskra y Calix, de Uriel no había ni rastro.

—Ha ido a su puñetera cita con la inmobiliaria. Sin camisa y sin chaqueta —masculló Calix, dando respuesta a la pregunta que no había formulado.

—No tiene ni idea de lo que hace —musitó Iskra intranquila, dándole la mano—. Y nosotros no tenemos ni idea de lo que le está pasando...

Calix apretó la mandíbula ante sus palabras. Porque tenía razón: hacía más de una semana que no tenían ni idea de lo que Némesis le estaba haciendo a su amigo.

* * *

Martes, 29 de enero de 2019

Uriel observó el cadáver momificado de la cucaracha que había en el suelo y subió la mirada al techo. Allí, en cinco de las seis esquinas —no era lo que se dice un salón cuadrado, ni grande, ya puestos—, pudo ver sendas telarañas con sus residentes de largas patas y cuerpo redondo, y no pudo evitar pensar que Iskra tenía dotes de adivina. Era el undécimo piso que examinaba desde que empezó a buscar y era el mejor de todos. Y eso era mucho decir. De hecho, llamarlo piso ya era mucho decir. Era un tercero sin ascensor con una habitación, un baño y la cocina metida dentro del salón. Y, según la inmobiliaria, tenía veintidós metros cuadrados. Uriel dudaba que llegara a los dieciocho. Aun así, era un palacio comparado con los otros que había visto.

—Parece un poco desangelado, pero con una buena limpieza y una mano de pintura quedará estupendo —señaló el hombre. Y Uriel pudo ver en su cara que ni él se lo creía—. Tengo uno en Vallecas un poco más grande y moderno que podría interesarte...

—Está muy lejos de la zona que quiero —replicó Uriel.

—Tiene buenas comunicaciones —señaló el hombre—. Tal vez si incrementaras un poco tu presupuesto o rebajasas tus requisitos, podría...

Uriel negó con un gesto y salió de ese agujero dejándolo con la palabra en la boca.

No quería rebajar sus requisitos, porque sólo eran tres y todos eran imprescindibles. El primero era que estuviera ubicado a menos de diez minutos del piso de Calix. El segundo, que fuera habitable. El tercero, que no sobrepasara su presupuesto. Pero el problema era que los que cumplían el primer y el tercer requisito no se acercaban ni de lejos al segundo. Y los que cumplían el segundo dejaban muy maltrechos al primero y al tercero. Oh, por supuesto, podría mudarse a la otra punta de Madrid. Pero se negaba a alejarse del barrio. También podría pagar un poco más y pillar un piso por la zona, pero no quería dedicar más dinero al alquiler.

Aunque, si era sincero consigo mismo, lo que no quería era irse de su casa. Punto.

Sólo que no era su casa. O, mejor dicho, sí lo era, pero allí sobraba, dijera lo que dijese Iskra. Y no porque fueran a casarse, eso le daba lo mismo. Lo que no soportaba era la luminosa felicidad que llenaba cada rincón mientras que él estaba cada vez más hundido en la oscuridad.

Apretó el paso, aún no eran las cuatro de la tarde, todavía le daba tiempo a pasar por la inmobiliaria antes de ir al trabajo. Su estómago soltó un fuerte gruñido, recordándole que aún no había comido. Así que entró en el primer bar que encontró y se compró un bocadillo que se comió mientras caminaba a otra inmobiliaria. En vista de que la primera no le había ofrecido lo que necesitaba, no veía motivo para perder más tiempo con ellos. Mantuvo una

breve charla con el agente exponiendo lo que necesitaba y salió de allí cuando faltaban seis minutos para las cinco. Consciente de que iba a llegar tarde a la camisería, le mandó un whatsapp a Calix pidiéndole que lo excusara con Rodrigo y apresuró el paso.

No le resultó sencillo caminar a buen ritmo, pues, debido a la lluvia, cortante como cristalitas de hielo, la calle estaba colapsada de gente con paraguas. Y él era bastante alto. Lo que significaba que estuvo a punto de perder uno u otro ojo en más de una ocasión.

Vislumbró aliviado el bar en el que tomaban el café a diario, no le faltaba nada para llegar a la calle tranquila y poco transitada de la camisería. Bajó la cabeza para protegerse la cara de las puntas de las varillas de los paraguas, dobló la esquina impaciente y se dio de bruces con alguien que estaba parado en la acera, lanzándolo al suelo.

—Joder, mira por dónde vas —exclamó malhumorado.

Se quedó petrificado al ver a la mujer sentada en el suelo frente a él. Tenía una larga melena rubia que le cubría la cara impidiéndole ver sus facciones, pero no fue eso lo que lo dejó inmóvil, sino el vestido blanco que quedó a la vista cuando se liberó del abrigo que la cubría. Un vestido idéntico a otro que ondeó en el aire, envolviendo el cuerpo de Roser mientras caía. Se apartó sobresaltado y la mujer alzó la mirada, retirándose el pelo de la cara con las manos. La tenía empapada de sangre, como si le hubieran echado un cubo de sangre por la cabeza, aunque él sabía que le manaba de los oídos, la boca y la nariz, y también de la enorme brecha que tenía en la frente y que le deformaba el cráneo.

Dio un paso atrás y ella se levantó cojeando y extendió la mano hacia él. Sujetaba un espray. Apretó la boquilla y una nube de algo le impactó en la cara. El escozor fue tan intenso que sintió que sus ojos estallaban en un fuego abrasador. Que se le derretían los globos oculares y caían convertidos en lágrimas de sangre por su cara.

Cayó de rodillas, los ojos cerrados, ocultos bajo sus manos mientras sus

labios exhalaban aullidos de dolor.

—¡Serás hijaputa! ¡Largo de aquí, cabrona! —oyó una voz conocida a su lado. La del camarero que le ponía los cafés a la hora del almuerzo. Unos fuertes dedos lo obligaron a apartar las manos de los ojos—. No te los frotes o será peor... ¡Almudena! ¡Ve a avisar al albino! —le gritó a alguien a la vez que tiraba de él para llevarlo al interior del bar.

Fue trastabillando, con los ojos cerrados y sujeto por los brazos como maderos del hombre, quien lo sentó en una silla para luego rodear con sus enormes manazas su cara y obligarlo a inclinar la cabeza hacia atrás para mirarle los ojos.

—¡María, llama al Samur!

—¡No llames a nadie y échame leche en los ojos! —chilló Uriel apartándole la mano. Si no lo dejaba parpadear, el dolor sería aún más agónico.

—¿Leche? Pero...

—Por favor, sé lo que digo. —Uriel trató de calmarse y transmitir esa calma—. Vierte leche en un plato y dámelo, por favor —gimió—. Y no llames al Samur, no es necesario. Se pasará enseguida. Por favor, hazme caso, Mario, sé lo que me hago... —repitió suplicante.

El hombre lo miró como si se hubiera vuelto loco, pero hizo lo que le pedía.

Un instante después, Uriel metía la cara en el plato con leche, y eso alivió un poco la picazón de la piel y el escozor de los ojos. Parpadeó sumergido en el blanco elemento y trató de mantenerlos abiertos, pero fue incapaz. Aún le escocían demasiado.

Un segundo después oyó la voz alterada de Calix y la más centrada de Rodrigo. Fue este último quien preguntó.

—¿Qué ha pasado?

—Una mala puta le ha echado gas pimienta o algo por el estilo en la cara.

A eso le siguió una algarabía de voces que Uriel fue capaz de identificar

más o menos mientras sumergía a intervalos la cara en la leche. El camarero contaba que una mujer con un abrigo rojo había llamado su atención, pues llevaba un buen rato parada en mitad de la acera, frente al escaparate del bar. La vio moverse a un lado para chocar a propósito con el camiserero, y luego lo roció con un espray antes de alejarse cojeando. Él no había ido tras ella, pues se había quedado con Uriel. También les explicó que éste no lo había dejado llamar a ningún médico.

Y aunque Uriel no podía ver la expresión de Calix y Rodrigo, supo exactamente qué cara estarían poniendo en ese momento.

—Joder, Uriel —masculló Calix—. ¿Cómo se te ocurre? Vamos, te llevaré al hospital.

—No es necesario, se pasará en unos minutos —señaló dejando el plato a un lado.

—No puedes saberlo.

—Ya lo creo que sí —replicó burlón poniéndose en pie.

Se volvió para agradecerle al camarero su ayuda. Y fue entonces cuando éste se ofreció a declarar ante la policía lo que había visto y dar una descripción de la mujer.

—¿Puedes describirla? —jadeó Uriel, pues él, a pesar de haber estado a un paso de ella, sólo podía recordar su cara llena de sangre y su pelo lacio. Lo habían impactado tanto que todo lo demás —su físico, su altura, el color de sus ojos...— se le había borrado de la mente.

—Más o menos así de alta —alzó la mano por encima de su cabeza y Uriel frunció el ceño, Roser era mucho más baja—, rubia, con el pelo largo. Delgada. Sin tetas. —Esto también sorprendió a Uriel, pues Roser tenía una buena delantera—. La cara no se la pude ver.

—Muchas gracias por todo —dijo secándose la cara con la manga del traje.

Salió a la calle y se dirigió a la camisería. Entre las lágrimas que cubrían sus ojos pudo ver dos féminas asomadas a la puerta de la tienda: Iskra y

Rosalía, la otra cosedora. Se detuvo. No quería que Iskra lo viera así. Se preocuparía, y lo último que quería era borrar la sonrisa de sus labios. Aunque no sería la primera vez que lo hiciera.

—¿Adónde coño crees que vas? —lo increpó Calix agarrándolo del brazo.

—A trabajar.

—No seas idiota, Uriel, tienes que ir a un hospital. Y luego a la policía y...

—No voy a ir a ningún sitio. Los ojos mejorarán en pocos minutos —más bien una hora, pero eso no iba a decírselo—, y sigo siendo alérgico a la policía.

La expresión de Calix fue peor que si le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—Está bien, haz lo que te dé la gana. Al fin y al cabo, es lo que siempre haces —resopló antes de darle la espalda y encaminarse a la tienda.

—Creo que estás cometiendo un grave error —apuntó Rodrigo con su habitual seriedad, sus extraños ojos violetas fijos en los enrojecidos de Uriel—. Siempre he pensado que eras un hombre valiente. Lamento haberme equivocado. —Alzó la mano para llamar un taxi—. Ve a casa, no puedes trabajar con el traje así. —Señaló con disgusto los raspones y la suciedad en las rodillas producto de la caída y las solapas manchadas por la leche derramada.

Uriel miró contrariado su apariencia desastrada y asintió con un gesto.

—Volveré dentro de un rato.

—No te molestes, dudo que digas la verdad y tus ojos mejoren pronto. Y, si no puedes enfocar, no puedes coser. Además, así evitaremos que Iskra te vea y se lleve un sofoco. —Entornó los párpados—. Sólo por curiosidad, ¿cuántas veces te han rociado con gas pimienta?

Uriel lo miró huraño, entró en el taxi y le indicó al taxista la dirección de su casa.

—Tres —dijo en voz inaudible cuando el vehículo arrancó, alejándose del albino que lo observaba decepcionado desde la acera.

* * *

—¿De verdad tengo que ver esta pastelada? —Avril miró con el ceño fruncido las dos entradas de cine que acababa de comprar—. Preferiría que me sacaras el corazón con una cucharita de café. Sería menos aburrido.

—Pero ¿eso no te dolería? —Kay la observó con sus enormes ojos castaños abiertos como platos.

Y Avril se regañó mentalmente por su falta de tacto. Sabía de sobra que Kay tendía a tomárselo todo literalmente y que ese tipo de frases irónicas sólo le creaban confusión.

—Me refiero a que esta película parece muy dulce. De amor y tal...

—Mejor, más bonita. Deja de quejarte y date prisa, está a punto de empezar —exigió Kay dirigiéndose a una de las salas del multicine.

Avril resopló menos molesta de lo que quería aparentar y entró en la sala. Y en ese momento sonó su teléfono. Haciendo equilibrios con el cubo de palomitas, sacó el móvil del bolso con estampado de muñecos vudú que llevaba en la mano.

—¡No puedes tener el móvil encendido! ¡Estamos en el cine! —gruñó Kay al ver el potente rectángulo de luz en la oscuridad de la sala.

—Es Uriel, dame un segundo. —Le dio las palomitas antes de salir para contestar la llamada.

Eso sorprendió, y mucho, a Kay. La Reina del Infierno rara vez respondía llamadas en los momentos que compartían. Porque eran especiales. Y únicos. Aunque, por lo que le había contado, Uriel también era especial. Y único. Y le gustaba un montón. Algo que Kaos y Julio habían corroborado con sus cotilleos. Así que Kay estaba deseando conocerlo. De hecho, tenía tantas ganas de ver cómo era que no podía soportarlo.

Ya en el vestíbulo, Avril aceptó la llamada.

—Estoy con Kay en el cine y la película está a punto de empezar. ¿Puede

esperar hasta mañana? —le dijo sorprendiéndose a sí misma por darle explicaciones de por qué no podía atenderlo, cuando eso era algo que jamás hacía.

Uriel aceptó sin problemas posponer la llamada. No era nada importante, sólo estaba aburrido y le apetecía hablar un rato. Nada más. Ya la llamaría al día siguiente, o al otro, o más adelante. No era importante, repitió. Se despidió con rapidez, deseándole que lo pasara bien, y cortó la llamada sin darle tiempo a decir ni siquiera adiós.

Avril guardó de nuevo el teléfono en el bolso, no del todo conforme con lo que Uriel le había asegurado. Respiraba agitadamente y a su voz le faltaba la solidez y la seguridad que la caracterizaban. También había sentido en él una extraña urgencia por cortar la llamada una vez hubo dicho que no era importante. Algo que había repetido dos veces, lo que la hizo dudar de la veracidad de tal afirmación.

Estaba acostumbrada a leer en la gente, a oír más de lo que decían y ver más de lo que mostraban. Y Uriel siempre ocultaba y callaba mucho más de lo que revelaba.

Se quedó un instante en el vestíbulo, dudando entre llamarlo o entrar en la sala, donde Kay la esperaba. Eso fue lo que la decidió. Guardó el teléfono y entró, pero, en contra de su costumbre y de la buena educación, no le quitó el sonido al móvil. Quería estar disponible si volvía a llamar.

No lo hizo.

Así que, cuando regresó al Infierno tras separarse de su acompañante, buscó en la agenda del móvil un número que sólo había marcado en una ocasión, la vez que le hizo una llamada perdida para que se le quedara grabada en el teléfono.

Se sentó en la cama y lo marcó. Y una voz metálica e impersonal la informó de que el teléfono estaba desconectado o fuera de cobertura.

Esta noche Uriel ha dormido con la mano sobre mi tripa. Está ilusionado porque ayer el bebé se movió y quiere volver a sentirlo. Hace casi tres meses que me acarició por última vez y, sin embargo, ahora me toca para sentir al bebé. Creo que lo quiere más que a mí. Y eso me hace sentir como si yo fuera menos. Y realmente lo soy. Soy menos que nada para él. La última persona en su vida, a pesar de que ahora todo va mejor entre nosotros. Ya casi no discutimos, tal vez porque casi nunca está en casa. Trabaja mucho y sale muchas noches, aunque no tantas como antes, y cuando regresa huele a recién duchado. ¿Acaso cree que soy tonta y no sé que se va con otras?

Le he exigido que se quede conmigo y me quiera tanto como yo lo quiero a él. Y me ha dicho que no puede. Te lo puedes creer?! Cómo que no puede quererme?! A mí no, pero a su hijo y a sus putas sí?! Le he dicho que no puedo vivir así y él me ha respondido que está de acuerdo y que debemos separarnos, pues esta situación es insoportable.

No es soportable por su culpa! Si me quisiera como yo lo quiero, seríamos felices! Y él me ha soltado que no puede quererme. Que no puede querer a nadie. Que eso no va con él.

Pero a su hijo sí lo quiere y aún no ha nacido!

También me ha contado que desea venderle sus acciones a papá y montar un negocio con lo que saque. Dice que se quedará cerca de Barcelona para ver al niño a menudo. Que no me preocupe porque

piensa ocuparse de nosotros. ¡Yo no necesito que se ocupe de mí!
¡Necesito que me quiera!

Pero no me quiere. No soy nada para él, sólo el recipiente en el que crece su hijo.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK,
22 DE DICIEMBRE DE 2011. 1 «ME GUSTA»

Miércoles, 30 de enero de 2019

—No me puedo creer que falte tan poco para la boda —suspiró Rosalía mientras ojalaba una camisa.

—¡Ni yo! El sábado voy a hacerme la prueba del vestido y estoy aterrorizada. ¡Estoy tan nerviosa que no puedo comer y estoy adelgazando! ¡Es tan injusto...! Toda mi vida a régimen y, ahora que no debo cambiar de talla, no hago más que adelgazar —se quejó Iskra nerviosa—. Como siga así, cuando me lo ponga para la boda va a parecer que llevo un saco en vez de un vestido...

—Tú no te preocupes por eso, mi niña, si el último día hay que hacerle algún retoque, se le hace y listo. Al fin y al cabo, vives con uno de los mejores maestros camiseros del país —señaló Rosalía sonriendo a Uriel, aunque éste no lo vio, pues estaba ensimismado cosiendo.

—Pero ¡Uriel no cose vestidos, sino camisas! —exclamó Iskra alterada.

Él alzó la cabeza al oír su nombre y miró confundido a la muchacha.

—Claro que coso camisas, ¿qué voy a coser, si no? —preguntó perplejo.

—¡Mi vestido, cuando me quede tan grande como un globo!

—¿Por qué te vas a comprar un vestido así? No le quedaría bien a tu figura. Creía que habías elegido uno de corte sirena con...

—Yo que tú guardaría un prudente silencio —comentó Rodrigo con voz grave, aunque sus ojos chispeantes desmentían la seriedad empleada—, estás a punto de ahorcarte con tu propia lengua.

—Ya lo ha hecho —masculló Rosalía mirándolo enfurruñada—. ¿Cómo puedes estar distraído mientras hablamos de la boda y tratamos de calmar los temores de Iskra?

—Lo lamento, querida, pero en cuanto oigo la palabra *boda*, desconecto —replicó Uriel, comprendiendo la advertencia de Rodrigo. Rosalía solía tomarse muy mal que no participara activamente en los aburridos debates sobre el próximo enlace. Pero él no soportaba oírlas hablar de vestidos de novia—. Todo hombre tiene un límite sobre la cantidad de veces que puede oír hablar de damas de honor, padrinos, madrinas, invitados y menús. Y el mío hace tiempo que fue superado.

—Desde luego, qué desagradable eres, hijo —protestó la cosedora malhumorada.

—No le hagas caso, Rosalía, no está hablando en serio —lo defendió Iskra.

—¿Ah, no? —repuso Uriel enarcando una ceja.

—No. —Iskra esbozó una taimada sonrisa—. Lleva todo el día con la cabeza en las nubes, pero no es por la boda, sino por otro motivo. Uno muy bueno que lo ha hecho muy feliz.

—¿Y puedo saber cuál es? —le requirió Uriel burlón.

—La llamada que has recibido esta mañana —señaló revoltosa, haciendo que Rodrigo y Rosalía fijaran toda su atención en el maestro camisero.

Uriel la miró sobresaltado antes de esbozar una ufana sonrisa que no se reflejó en sus ojos.

—¿En serio? No sabía que atender a teleoperadores pesados que quieren venderte fibra óptica fuera motivo de distracción y alegría. Es bueno saberlo —replicó volviendo a fijar la vista en la camisa que estaba cosiendo, como si la conversación lo aburriera.

—Lo es cuando quien hace las llamadas se llama Avril y te mantiene al teléfono casi media hora.

Uriel se quedó inmóvil, la aguja penetrando en la suave tela Oxford sin atravesarla por completo. Alzó la cabeza y clavó la mirada en Iskra.

—¿Has estado espiándome? —exigió saber.

—No. Sólo pegué un poquito la oreja a la puerta —contestó ella esbozando una enorme sonrisa que le ocupó toda la cara, le arrugó la nariz y le achinó los ojos.

Y Uriel sintió una solitaria mariposa batiendo alas en su estómago. Adoraba que Iskra sonriera así. Y si, además, era él quien lo conseguía..., en fin, era complicado resistirse a ella.

—¿Y no sabes que eso es muy feo? —señaló intentando mostrarse enfadado por haber sido espiado, aunque lo que deseaba era reírse de la expresión tan pícara y traviesa de Iskra.

—Sí... —Bajó la cabeza contrita para luego subirla lentamente, sus ojos asomando entre su melena oscura como si fueran un dulce periscopio—. Pero estaba tan preocupada por lo que pasó ayer y de repente te oí reír a carcajadas y... —Saltó de la silla, fue veloz hasta él y lo abrazó feliz sin que Uriel tuviera tiempo de colocarse de modo que su respiración no se viera comprometida. Aunque tampoco era que le importara no respirar, dado el motivo que se lo impedía—. Quiero conocer a la Reina, Uriel. Tiene que ser una mujer maravillosa para hacerte reír así —afirmó—. Es maravilloso verte sonreír y...

—Y tal vez deberías dejarle espacio para respirar —intervino Rodrigo.

Y en ese momento Iskra fue consciente de que Uriel estaba sentado y ella de pie. Y ella era muy bajita. Y al abrazarlo le había acomodado la cabeza contra la parte superior de su *personalidad*. Se apartó al instante, la cara colorada como un tomate.

—Vaya por Dios, Rodrigo, ¿tenías que hablar? —le recriminó Uriel burlón a su jefe—. Aún podía aguantar sin respirar unos minutos más...

—¡Tonto! —Iskra estalló en carcajadas dándole un suave empujón. Luego regresó a su silla y, tras recordarle que tenía que darle la invitación a la Reina, continuó charlando con Rosalía sobre vestidos, madrinas, zapatos, menús, invitados y demás asuntos importantes.

Uriel volvió la atención a la camisa. O, al menos, eso fingió, pues, como

había quedado demostrado, estaba bastante distraído. Tanto era así que, a pesar de haber tenido la nariz hundida en las tetas de Iskra, no estaba duro. Ni siquiera un poco excitado. Y eso era porque tenía la mente puesta en otro lugar. O en otra persona. Exactamente, en una mujer bajita, delgadita y poquita cosa en general que le había alegrado la mañana después de una tarde infernal y una noche llena de pesadillas.

La tarde anterior, ya en casa, se había lavado de nuevo con leche para luego tumbarse en el sillón y dejar pasar el tiempo, pues sabía por experiencia que los efectos del maldito gas no duraban eternamente. Y, mientras esperaba, había marcado el número de Avril, algo que no le resultó nada fácil, pues sus ojos no dejaban de lagrimear, complicándole el asunto. Pero había conseguido llamarla. Y ella le había dicho que estaba en el cine con Kay y no podía atenderlo.

Era la segunda vez que alguien mencionaba ese nombre. Y ésas eran dos veces más de las que a Uriel le apetecía oírlo. Aunque tampoco era que le importara con quién estuviera Avril, por supuesto. Igual que a ella no le importaba con quién estuviera él. Así que se desperezó, se duchó, se vistió y bajó a la calle, porque si había algo que necesitaba en ese momento era una buena sesión de sexo para olvidarse de todo. Tomó un taxi y fue al Laberinto, uno de los clubes a los que antes solía ir a follar. Podría haber ido al Lirio Negro, por supuesto, era libre de hacer lo que le diera la gana con quien le diera la gana y sin importar quién lo viera. Pero lo que le apetecía era ir al Laberinto. O, mejor dicho, de eso se autoconvenció. Pero al llegar se dio cuenta de que no eran ni las siete de la tarde y estaba cerrado. Dio media vuelta, se dirigió a la parada del autobús y tomó el que lo dejaba cerca del Trivial, otro de sus clubes favoritos. Tal vez estuviera abierto.

Como era de esperar un martes a esa hora, estaba cerrado.

Y con tanto viaje se le estaban quitando las ganas de follar. De hecho, no le apetecía en absoluto. Ni tampoco antes, para qué seguir engañándose. Así que regresó a casa, aunque antes pasó por la farmacia y compró pastillas para

dormir. Llevaba todo el mes asediado por las pesadillas, durmiendo a duras penas y despertando empapado en sudor cuando conseguía conciliar el sueño. Necesitaba un descanso y esa noche iba a conseguirlo. Así que dejó una nota en la nevera informando de que no lo despertaran, apagó el móvil y se sirvió un vaso cargado de whisky. Se lo tomó con una pastilla y luego se preparó otro que también se bebió. Sí, sabía que no debía mezclar el alcohol con ciertos medicamentos, pero, sinceramente, le daba lo mismo. Si le sentaba mal y se iba para el otro barrio, pues mira qué bien, un problema menos del que preocuparse. Porque eso era su vida: un puto e inmenso problema que no se solucionaba nunca. Y estaba harto.

Se metió en la cama, apagó la luz y esperó. Y siguió esperando con la vista fija en el techo mientras en éste, como si de una pantalla de cine se tratara, se representaban vívidas escenas que sólo estaban su mente. Recuerdos que quería olvidar resucitados por la mujer que lo había atacado esa tarde. Apretó los ojos tratando de sumirse en la oscuridad, pero en el interior de sus párpados continuó desarrollándose la película de su vida. Así que, desesperado, volvió a encender el móvil, lo puso en modo avión para evitar cualquier llamada y abrió el vídeo que le había mandado Avril.

Y no lo puso porque la echara de menos ni nada similar, se mintió. Lo hizo porque no podía conectarse a internet y meterse en cualquier página porno en la que ver una película para hacerse una paja —como si fuera muy difícil quitar el modo avión, pensó irónico ante esa excusa tan pobre—. Y el único vídeo erótico que tenía en el móvil eran los ocho minutos de Avril follándose la almohada. Así que ése fue el que vio mientras se la meneaba. Y no porque le hiciera falta, porque lo había visto tantas veces que se lo sabía de memoria, pero aun así era un gran aderezo para una paja. Y, además, tenía la virtud de ponerlo de cero a cien en menos de un segundo.

No tardó en correrse. Y luego cayó en un extraño sueño en el que Roser estaba viva de nuevo, lucía un embarazo inmenso y lo miraba llorosa, como siempre. Némesis estaba con ella. Era una especie de parca tenebrosa vestida

con un manto de telarañas que lo abrazaba envolviéndolo en tinieblas, cubriéndole el cuerpo de una brea maloliente que no lo dejaba moverse ni respirar. Y, mientras se debatía, una boca circular con forma de ventosa y varios círculos de dientes cónicos, muy similar a la de las lampreas, se ancló a su polla y la envolvió en sus profundidades, destrozándosela a la vez que lo masturbaba. Y mientras la boca se la mamaba, el extremo tubular de su cuerpo, repulsivamente resbaladizo y gelatinoso, le taladraba el culo, empalándolo. Y él, a pesar del dolor, el asco y la humillación, se excitaba y acababa corriéndose. Y Némesis se reía. Y Roser lloraba más fuerte. Y su hijo lo miraba asqueado. Abrió los labios para gritar, y un grueso y largo gusano lleno de pelos se le metió en la boca hasta la campanilla. Tenía forma de pene y lo asfixiaba mientras se adentraba en su garganta, llenándola con un repugnante semen agrio y viscoso.

Se despertó aterrado cuando sonó el despertador a las ocho de la mañana, en la boca todavía la acidez nauseabunda del gusano. Fue corriendo al baño, vomitó lo poco que tenía en el estómago y se lavó los dientes con furia para luego meterse en la ducha y frotarse la piel hasta dejarla sonrosada. Al salir, había recuperado la cordura y podía fingir que no pasaba nada. Cogió el móvil y le quitó el modo avión. Entonces vio la llamada perdida de Avril. Y un millón de abejas eufóricas zumbaron en su estómago. Cerró la puerta del dormitorio y se sentó en la cama, sujetando el teléfono con ambas manos. Estaba a punto de devolverle la llamada cuando recordó que el Lirio Negro cerraba a las cuatro, así que seguramente estaría dormida. Dejó el móvil en la mesilla y comenzó a vestirse.

De repente sonó *Tubular Bells* y todo su cuerpo se estremeció. Ése era el tono del contacto de Avril, le parecía perfecto para ella, pues, por algún extraño motivo, conseguía exorcizar sus demonios. Aceptó la llamada. Era ella, con la voz ronca y somnolienta, como si acabara de despertarse. Y Uriel sintió una extraña emoción al darse cuenta de que había recordado la hora a la que él se levantaba para ir a trabajar y lo había llamado. Carraspeó y la

saludó con un risueño «hola». Y ella fue al grano, como siempre. Quería saber si estaba bien. Así, sin más. Sin dar vueltas ni usar excusas con las que disfrazar su interés. Una simple declaración sin lecturas ocultas o intenciones solapadas. Sólo un escueto «Ayer parecías alterado, quiero saber cómo estás» en el que se leía un poso de preocupación que no trató de ocultar.

Porque así era Avril. Sin dobleces ni recovecos. Directa y resuelta. Sólida.

Y, ante una pregunta tan directa, Uriel sólo pudo responder con un somero «Bien, ¿por qué iba a estar mal?», formulado con voz temblorosa para continuar con un burlón «Estaba aburrido, quería charlar un rato, y tu teléfono fue el primero que salió en la agenda».

El silencio que siguió a sus palabras le confirmó que Avril no lo creía. Pero, en lugar de interrogarlo o tratar de sonsacar la verdad disimuladamente, se despidió, sin ofrecerle excusas para su abrupto «adiós» ni pedir explicaciones por su flagrante mentira. Un simple «adiós» que no significaba nada y a la vez lo significaba todo. Y Uriel sintió que el manto de desesperación de Némesis volvía a cubrirlo. E hizo lo único que se le ocurrió para mantenerla al teléfono. Le preguntó por la película. Ella se mantuvo silente unos segundos y luego pasó a hacerle una crítica de la mayor pastelada que había visto en su vida en la que lo único bueno había sido que al final el prota la palmaba, librando a la prota de una vida de aburrimiento y dramatismo.

Uriel estalló en carcajadas. Y luego, sin saber bien por qué, le contó su sueño. Le habló de la lamprea que lo violaba y de la vengativa parca que lo acosaba sin descanso. Y, casi sin darse cuenta, mencionó a la novia llorosa que lo miraba acusadora, aunque no le dijo quién era. Y Avril, práctica como era, le dio solución a todo: «Si vuelves a soñarlo —le aconsejó con voz fiera y beligerante—, imagina una espada y decapita a la lamprea; a la parca quémala prendiendo fuego a la brea de su manto, y a la mujer llorosa dale un paquete de clínex para que se suene». Y, a pesar de la irreverencia de sus comentarios, Uriel volvió a reírse.

Habían estado hablando más de media hora, hasta que Calix llamó a la puerta para avisarlo de que eran las nueve menos cinco... y a las nueve habían quedado con Rodrigo en el portal. Se despidió y se fue al trabajo. Desde entonces llevaba con la cabeza en las nubes.

Y en ese momento se dio cuenta de que había vuelto a distraerse, pues se había hecho el silencio en el taller y Rodrigo hablaba con el móvil con gesto concentrado.

—¿Con quién habla? —susurró alarmado por el gesto de preocupación del albino.

—Con Gala —le contestó Iskra en el mismo tono.

—¿Ha pasado algo?

En el preciso instante en que preguntó, Rodrigo se volvió hacia él sin dejar de hablar con su esposa.

—¿Estás segura? —le preguntó turbado, sus ojos violetas fijos en Uriel. Y éste sintió que se le paraba el corazón al comprender que lo que había pasado tenía que ver con él—. ¿Quién las ha encontrado? —La respuesta diluyó parte de la evidente tensión de Rodrigo—. Ha sido una suerte que fuera Cruz. —Se despidió con un «te quiero» y deslizó una preocupada mirada sobre su empleado—. Tienes que ir a casa. Némesis ha dejado un mensaje para ti en la puerta.

—¿En qué puerta? —No sería la primera vez que dejara sus regalitos en casa de algún vecino. De ahí que durara tan poco en sus pisos de alquiler, pensó con agrio cinismo.

—En la de tu casa. Ha escrito algo y ha pegado algunas fotos en las que estás muy acompañado —contestó sin querer explicarse más.

Uriel salió del taller sin detenerse a ponerse la chaqueta y el abrigo.

Calix lo observó pasmado cuando atravesó la tienda como una exhalación en mangas de camisa, ni siquiera le dio tiempo a preguntarle a qué venía tanta prisa antes de que se marchara.

—Ve con él —le ordenó Rodrigo entrando en la tienda—. Ha recibido un

mensaje en casa. Gala os espera...

Calix cogió su gabardina y salió a la calle sin perder un instante. Aún no eran las seis de la tarde, pero parecía de noche debido a las nubes que descargaban con toda su fuerza sobre la ciudad. Echó a correr hacia la estación de metro, rezando para que Uriel no hubiera cogido un taxi, aunque, a tenor del aguacero que caía, lo dudaba: en Madrid los taxis desaparecían cuando llovía. Aunque Uriel debía de ser un cabrón con suerte, porque acababa de parar uno. Estaba totalmente empapado y el pelo mojado le chorreaba sobre la cara.

Calix llegó a tiempo de impedirle que cerrara la puerta y entró tras él. Uriel lo miró cabreado y abrió la boca para mandarlo de vuelta a la camisería, pero lo pensó mejor. Fuera lo que fuese lo que había encontrado Gala, no le apetecía enfrentarse a ello solo.

La mujer de su jefe, y seguramente más vecinos, habían visto unas fotos que, conociendo a Némesis, no debían de ser nada halagüeñas.

Dulce Roser, te escribí ayer y también esta mañana y no has contestado. Si por la noche no das señales de vida, cogeré un avión e iré a verte.

USUARIO OJITO CONMIGO, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A DULCE ROSER,
23 DE DICIEMBRE DE 2011

Cuando llegaron a la plaza vieron entre la cortina de agua que caía la esbelta figura de Gala en la terraza del primero, y Uriel no pudo evitar pensar que debía de ser bastante grave para que estuviera aguardando su llegada. ¿Qué coño habría dejado Némesis esta vez? Esperaba que no fueran más muñecos desmembrados: eran francamente repugnantes. Entró al portal y subió la escalera con Calix a la zaga. Y se dio de bruces con Gala en el descansillo del primero interior, pues había salido de casa para esperarlos allí.

—Cruz ha encontrado las fotos y me ha avisado —anunció Gala refiriéndose a uno de sus mejores amigos, que a su vez era vecino de descansillo de Uriel y Calix—. Estaban pegadas en la puerta formando una especie de mural. Las he quitado para que los niños no las vieran y luego os he llamado a vosotros y a...

Uriel dejó de escucharla, pues toda su atención estaba puesta en el mensaje que le había dejado Némesis. Escrito con pintura roja y trazos desiguales, ocupaba la mitad superior de la puerta. Había que ser ciego para no verlo.

Cerró los puños y lo golpeó con todas sus fuerzas quedándose inmóvil en esa postura, el canto de los puños y la frente contra la madera, los ojos cerrados.

—No te preocupes, lo borraremos —afirmó Calix, poniéndole las manos en los hombros.

Uriel se quedó quieto al sentir el firme apoyo de sus dedos sobre la piel helada. Esa desinteresada caricia era un bálsamo para su corazón torturado. Un bálsamo que un cabrón egoísta como él no merecía. Se sacudió su contacto.

—No podéis borrarlo. Adán ha dicho que no toquemos nada —señaló Gala.

—¡Me suda los cojones lo que haya dicho el puto poli! —gritó Uriel sorprendiéndolos. Se apartó de un empujón de la puerta y los miró furioso—. No voy a dejar eso ahí escrito.

Su mirada volvió a recaer en las palabras que describían a la perfección lo que había sido su vida en los últimos siete años.

LA MATASTE.
PAGARÁS POR ELLO.

«Y tanto que estoy pagando», se dijo con acritud. Llevaba siete jodidos años pagando. Y su deuda todavía no estaba saldada.

—Te sudará lo que quieras —replicó Gala enfadada—, pero si vas a denunciar necesitarás pruebas, y la puerta...

—No voy a denunciar —declaró Uriel con fingida serenidad—. Y hacedme el puñetero favor de no volver a llamar a nadie, y mucho menos a un poli, por muy vecino o amigo que sea, sin preguntarme antes. ¿Dónde están las malditas fotos? —Necesitaba verlas. Averiguar cuáles eran, aunque lo intuía. ¿Cómo demonios conseguía Némesis tantas copias?

Gala entornó los ojos, el genio ganándole la partida a la medida. Estaba a punto de decirle un par de cosas cuando Calix se interpuso entre ambos.

—Gala, por favor, está asustado... —le susurró al oído, calmando en parte su enfado.

La mujer asintió y le tendió a Uriel la carpeta que sujetaba en la mano. Calix tenía razón, estaba muy asustado, se veía en la palidez y la tensión de su

cuerpo. Así que se tragó las ganas de cortarle los huevos, literal y figuradamente, y esperó a que mirara las fotografías y entrara en razón. No podía permitir que Némesis siguiera haciéndole la vida imposible sin reaccionar.

—Imagino que ésta ocuparía el centro del mural —comentó Uriel tras aclararse la garganta. Le mostró la imagen en la que, vestido con un elegante traje negro, le ponía el anillo a Roser, su virginal vestido de novia haciéndola parecer aún más joven de lo que era—, y las demás la rodearían formando un círculo... ¿Me equivoco?

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Gala mirándolo confundida.

—Némesis tiende a repetir patrones —respondió él con fingida desidia mientras se obligaba a mirar las pruebas que el detective había tomado años atrás.

Todas eran similares. En ellas se lo veía desnudo y sudoroso, follando. Sólo cambiaban las personas con las que estaba: rubias, morenas, pelirrojos, castaños; las posturas que adoptaba: por detrás, por delante, tumbado, de pie, sentado; los lugares: en un coche, en la playa, en un parque, en una discoteca, en un club —era evidente que antes no era muy cuidadoso con dónde follaba—, y la cantidad de gente con la que follaba: una persona, dos, tres y hasta seis de ambos sexos. Desde luego, era una buena contraposición: la dulzura casi etérea de la boda rodeada por su descarnada sexualidad.

—Le pusiste los cuernos —comentó Calix con hosquedad mirando las fotografías.

—Me follaba todo lo que se me ponía por delante, igual que ahora —confesó Uriel con engañosa indiferencia—. Ya te dije que no era un buen tipo.

—Joder, Uriel, era tu mujer.

—No hace falta que me lo recuerdes. La sufrí dos años —resopló burlón.

—Si no la querías, ¿por qué te casaste con ella? —inquirió Gala malhumorada.

—Ah, pero sí la quería. O, mejor dicho, quería algo que ella tenía, así que

aproveché la oportunidad que se me brindó. Ella era simpática, cariñosa y dócil, y la acompañaba un buen premio, así pensé que nos llevaríamos bien.

—Pero no fue así —susurró Calix observando sus manos temblorosas, lo que indicaba que no estaba tan tranquilo ni era tan cínico como quería aparentar.

Pasaba las instantáneas sin parar, como si se recreara en ellas, aunque dudaba que fuera así. De hecho, ni siquiera las miraba; al contrario, parecía sumido en los recuerdos. Unos recuerdos que lo herían profundamente, a juzgar por su expresión desolada. Estaba tan perdido en el pasado que dudaba que fuera consciente de que estaba en medio del rellano.

—No. A mí eso de amar, ser fiel y respetar a tu mujer, o a cualquier otra persona, se me da bastante mal, y ella deseaba un marido cariñoso que la quisiera mucho y la respetara más. Fue un desastre. Ella me necesitaba a su lado y yo necesitaba libertad.

—¿Y por qué no te divorciaste? —exigió saber Gala cada vez más enfadada.

—Porque no me dio tiempo —contestó él volviendo al presente—. De todas maneras, no creo que sea de vuestra incumbencia...

—Tienes razón, mejor dejamos el tema, no me apetece saber más cosas del hombre que eras —señaló Calix tratando de conciliar al malnacido que había descrito con el hombre que era ahora. Y no le resultaba difícil imaginárselo traicionando a esa niña y jugando con sus sentimientos para conseguir lo que quería. Era capaz de eso y de mucho más.

Uriel sonrió malicioso a pesar de que Calix le acababa de romper el alma. Tenía razón al pensar que era un cabrón desgraciado. Y eso que todavía no sabía todo lo que había hecho. Si alguna vez lo averiguara, lo odiaría tanto como ya se odiaba él. Y se lo contaría a Iskra. Y ella también lo aborrecería. Y no podría soportarlo.

No cabía duda de que había sido un error tener amigos. Aunque no uno tan grave como quererlos.

Estaba mucho mejor solo. Era más seguro. Menos complicado.

Rompió las fotos, ganándose un resoplido disgustado de Calix y un bufido de Gala, quien se dio media vuelta y enfiló el largo pasillo hacia su casa.

—Eres un gilipollas —siseó el segoviano antes de seguir a la mujer para averiguar qué le había dicho Adán.

Uriel los ignoró y sacó la llave del bolsillo para entrar en casa y hacerse con algo que pudiera borrar el puñetero mensaje. Luego tal vez se golpeará la cabeza contra la pared hasta abrirse el cráneo o buscara un látigo con el que azotarse, o, mejor aún, buscaría a alguien que lo torturara. Tal vez Avril. Aunque jamás la había visto hacer daño físico a nadie, sabía muy bien cómo dejarlo frustrado y temblando. Cómo hacer que todos sus pensamientos se centraran en la agonía de estar al borde del orgasmo sin permitirle alcanzarlo o incluso obligarlo a eyacular sin dejarlo llegar al clímax. Eso también era una tortura. Y lo hacía olvidarse de todo incluso mejor que el dolor.

Sí, cuando acabara de limpiar la puerta se acercaría al Lirio Negro aunque fuera miércoles. Sólo ella podría hacer desaparecer, al menos por unas horas, los sórdidos recuerdos que lo atormentaban cada día que seguía con vida.

Metió la llave en la cerradura, luchó por encajarla unos segundos y abrió la puerta.

Y en ese momento descubrió que el mensaje de Némesis no se limitaba a la puerta. Exhaló un sollozante gemido, el corazón rebotando contra sus costillas en un agónico lamento. Tuvo que apoyarse en la jamba para no caer de rodillas sobre el felpudo.

Calix se volvió asustado al oír el sollozo apenas contenido que venía del rellano interior y se plantó de dos zancadas en la puerta de su casa. Y al ver lo que Uriel observaba devastado tardó unos segundos en liberarse de la impresión y ser capaz de reaccionar.

—Santo Dios... —susurró a la vez que trataba de apartarlo de la puerta para evitar que siguiera mirando esas imágenes—. ¡Gala, llama a la policía!

—¡Joder, no! —gritó Uriel saliendo de su aturdimiento. Se sacudió para

librarse de Calix y se arrodilló para recoger las instantáneas que cubrían el suelo de la entrada—. No pasa nada, sólo son unas putas fotos. No llaméis a nadie. —Entró en casa y cerró de un portazo.

—Déjalo estar, Gala —le pidió Calix cuando la vio sacar el teléfono—. Intentaré hablar con él y hacerlo recapacitar, pero hasta entonces no llames a nadie o se cerrará en banda.

—¿Tan horribles son? —inquirió ella, pues no había podido verlas.

Calix asintió con un gesto antes de entrar en casa.

Encontró a Uriel en la cocina. Las fotos, rotas en pedazos, asomaban del cubo de la basura.

—Uriel, la mujer de las fotos... —Se calló sin saber qué decir.

—Era Roser, sí —contestó con indiferencia.

Sacó un cubo de debajo del fregadero y lo dejó sobre la pila para llenarlo de agua.

—¿De dónde las ha sacado Némesis? —preguntó Calix con suavidad, asustado por los movimientos casi robóticos de su compañero.

—No tengo ni pajolera idea. —Se encogió de hombros.

—Parecen tomadas justo en el momento en que se suic...

—En realidad, unos minutos después —lo interrumpió Uriel con voz fría, tirando un estropajo en el cubo.

—Lo siento muchísimo, Uriel —dijo Calix con voz suave sin saber cómo llegar a él. Dio un paso, acercándose—. Debe de ser terrible ver esas fo...

—Estoy acostumbrado. No es la primera vez que me las manda —volvió a interrumpirlo, alejándose antes de que llegara a tocarlo—. ¿Crees que el estropajo arañará la puerta? Sí. Seguro que lo hará. Mejor busco un paño, no quiero que el casero nos haga pagar una nueva.

Abrió los armarios de la cocina ignorando a Calix durante el proceso.

—Uriel, por favor, habla conmigo...

—No tengo nada que decirte y, por si no te has dado cuenta, estoy jodidamente ocupado. Necesito encontrar un puñetero paño de mierda con el

que limpiar la puta pintura de los cojones —gruñó cerrando con un golpe el armario que acababa de abrir.

—Uriel...

—¡Déjame en paz! —Golpeó el cubo tirándolo al suelo y derramando el agua—. ¡Joder! —Le dio una patada y luego continuó golpeando los armarios inferiores.

—Estás empapado y helado —comentó Calix agarrándolo para detener su arrebato destructivo. No temía por los muebles, sino por los pies de Uriel. Llevaba unos zapatos de vestir y, dada la fuerza con la que pateaba los muebles, no sería difícil que se hiciera daño—. Ve a ducharte y cámbiate de ropa. Mientras tanto, yo me ocuparé de limpiarlo todo.

Uriel se sacudió para librarse de sus manos y se alejó de él. No se merecía que lo consolara. Mucho menos que lo tratara con cariño. Sólo merecía dolor y desdén.

—No hace falta, ya lo hago yo. Al fin y al cabo, es mi demonio particular —resopló aparentando una calma que no sentía. Subió el cubo a la pila para llenarlo otra vez.

—No es tu demonio particular, Uriel, es una hija de puta que te está acosando —rebatió Calix con voz serena—. Tienes que denunciarla, no puedes permitir que siga atormentándote.

—No.

—No puedes seguir así —reiteró acercándose de nuevo, y cuando Uriel intentó esquivarlo se movió más rápido que él, atrapándolo entre su cuerpo y la pared—. Deja de huir.

—No es por nada, pero estoy aquí, lo que significa que no estoy huyendo —replicó con sorna, tratando de apartarse.

Calix se lo impidió, encarcelándolo entre sus brazos.

—Escúchame, Uriel, por favor...

—Que estés tan cerca, y en esta postura, me está poniendo muy cachondo —murmuró de repente, deslizándole los dedos por la bragueta—. ¿Qué te

parece si seguimos charlando en mi dormitorio?

—Basta, Uriel, no sigas por ahí —rugió Calix apartándole la mano.

—¿Por qué no? Bien que te gustó. Podríamos pasar un buen rato en mi cama, ya sabes, por los viejos tiempos —insistió tocándolo de nuevo.

—Sé lo que tratas de hacer y no te va a dar resultado —afirmó indiferente a los dedos que repasaban su entrepierna dormida.

—¿Y qué trato de hacer, si puede saberse?

—Tratas de cabrearme para que te deje tranquilo, pero no lo vas a conseguir —contestó Calix, esforzándose en parecer sereno—. No puedes seguir huyendo. Tienes que denunciarlo...

—No.

Y esa negativa rotunda fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Calix.

—¡No te entiendo, joder! —exclamó furioso, apartándolo de un fuerte empujón, tentado de golpearlo hasta hacerlo claudicar—. ¿Por qué no quieres denunciar?

—Porque no me da la gana —siseó Uriel. Cogió el cubo y salió de casa. Necesitaba poner espacio entre Calix y él.

—¡Ése no es un motivo válido!

—Para mí, sí. —Frotó la pintura con el paño, pero en lugar de desaparecer se extendió.

¿Qué mierda había usado Némesis esa vez? Frotó más fuerte. Pero no servía de nada. La pintura —la sangre— se expandía por la puerta —por la acera—, manchándolo todo —cubriendo sus manos—, y su intenso olor —a matadero— se le metía en la nariz mareándolo, dejándolo sin respiración. Y supo que, por mucho que frotara, nunca podría limpiar la puerta —su alma—, porque si estaba manchada —muertos: Roser, el bebé..., muertos— era por su culpa y debía ser castigado. Sin compasión. Sin remisión.

—No me des la espalda —le exigió Calix colérico al ver que no respondía a sus preguntas. Unas preguntas que Uriel no había oído, pues estaba sumido

en el pasado. Lo agarró por los hombros obligándolo a encararse con él—. ¡Deja de ignorarme, joder! ¡Se acabó! Si tú no quieres denunciar, lo haré yo.

—¡No!

—¡Dame un jodido motivo para no hacerlo y seguir perpetuando esta mierda!

—¡Porque me lo merezco! —gritó Uriel con voz ronca.

Calix dio un paso atrás, mirándolo pasmado.

—Por Dios, Uriel, no puedes creer eso —susurró con el corazón en un puño.

Él jadeó como si le faltara el aire, y así era. Dio media vuelta y bajó presuroso la escalera.

—Ni se te ocurra irte. —Calix lo siguió tan alterado como él. Lo alcanzó en el vestíbulo del portal—. No voy a dejarte solo ahora, tienes que hablar conmigo y...

El puñetazo que le propinó Uriel lo silenció, haciéndolo caer de culo al suelo. Y no porque fuera un golpe capaz de noquearlo, sino porque lo había pillado desprevenido.

Se tocó la mandíbula aturdido y, tras sacudir la cabeza, se puso en pie y salió a la calle. Pero no había señales de Uriel. Echó a correr hacia la estación de La Latina, seguro de que lo hallaría allí, pues dudaba que fuera capaz de encontrar un taxi con la tormenta que estaba cayendo.

Se fijó en cada persona con que se cruzó y, al no verlo, entró en la estación y bajó a los andenes. Pero tampoco estaba allí, así que regresó a casa más asustado de lo que quería confesar. Mientras caminaba, sacó el móvil y lo llamó. No tenía esperanzas de que contestara, por lo que se sorprendió al ver que aceptaba la llamada.

Pero no era Uriel, sino Rodrigo. El camisero se había dejado el teléfono en la tienda junto con la chaqueta y el abrigo en el que estaba su cartera.

Desde luego, eso no le dejaba muchas opciones, pensó Calix al recordar que había salido en mangas de camisa; el frío no tardaría en impedirle

deambular por la calle y entonces regresaría. Con eso en mente, entró al portal y subió raudo la escalera, decidido a pedirle el teléfono de Adán a Gala. Quería hablar con el policía antes de que Uriel regresara.

—Acabo de llamarlo —le dijo Gala invitándolo a entrar cuando llamó al timbre—. Me ha dicho que no toquemos nada hasta que llegue.

—¿Va a venir?

—Está de camino. Se había cogido el día libre para ir con Eva al pediatra a la revisión de los tres meses de Diego y ya ha acabado. Los dejará en casa y bajará a hablar contigo.

—Estupendo. Quiero averiguar qué podemos hacer para poner fin a esto. Gracias, Gala.

—Oí lo que dijo en el descansillo —musitó acompañándolo a la puerta.

Y él supo exactamente a qué se refería. A ese «Me lo merezco» que Uriel había gritado atormentado.

—No se lo merece —afirmó Calix con rotundidad—. Nadie debería pasar por lo que está pasando. Da igual lo que hiciera o cómo se portara, lleva siete años pagando. No voy a permitir que esto continúe.

—Yo tampoco —convino ella asertiva antes de despedirse con un gesto preocupado.

Calix fue a su piso y entró chapoteando en la cocina. Vació el cubo de la basura y agarró la fregona para arreglar el desastre que había provocado el arrebato destructivo de Uriel.

Adán llamó al timbre un rato después, tras haber examinado la puerta, y su gesto malhumorado evidenció que no había nada que hacer después de que Uriel la hubiera emborronado. Calix lo acompañó al salón y le contó lo que sabía, que no era mucho. Uriel era muy hermético con su pasado y él intuía que no les había contado ni la cuarta parte de lo que Némesis le había hecho.

Adán escuchó con atención, aunque algunas cosas las sabía por Rodrigo, quien desde el principio lo había puesto en antecedentes, algo que sorprendió a Calix. Aunque no debería. Conocía a su jefe y sabía que no era de los que

cerraban los ojos ante las desgracias ajenas. De hecho, no hacía mucho que el albino lo había salvado de una situación atroz.

—Debería interponer una denuncia por acoso y acecho —señaló Adán tras escucharlo.

—No lo va a hacer, se niega a acudir a la policía.

—Lo sé, Rodrigo me lo ha comentado —contestó Adán molesto por la testarudez de Uriel—. Puedo ayudarlo, pero necesito que coopere y no parece estar por la labor. Es una lástima que no haya conservado las fotos, serían una prueba del acoso y tal vez pudiera encontrar huellas en ellas.

Calix soltó un tenue suspiro que hizo entornar los ojos al policía y se dirigió a su dormitorio. Cuando regresó, llevaba una carpeta en la mano. En la otra sujetaba el muñeco desmembrado y manchado de sangre que había recibido el día de Nochebuena.

—Lo recogí y lo guardé. —Se lo tendió con la carpeta. Adán la abrió. Contenía las fotografías, las cuales había pegado con celo—. Las rompe y las tira a la basura según las recibe. Y, cuando se mete en su cuarto, las rescato del cubo y las guardo —explicó incómodo—. Están ordenadas por la fecha en que las recibió. Pensé que podían ser útiles.

—Y tanto que lo serán —comentó Adán poniéndose unos guantes que había cogido de casa por si se daba el caso de que encontrara algo—. Has hecho bien en recuperarlas.

—Entonces, ¿por qué me siento como un traidor?

—Porque es tu amigo. No te preocupes, sé guardar un secreto. —Adán observó con atención las imágenes y dio un respingo al llegar a las últimas—. Joder...

Calix supo sin necesidad de mirar qué fotografías habían arrancado esa reacción al policía. En ellas se veía a una mujer rubia y esbelta, descalza y vestida con un niveo vestido de novia de corte princesa. Parecería dormida en la acera si su cabeza no reposara sobre una almohada de sangre. Y si su cuerpo no pareciera el de una muñeca de trapo con las articulaciones dobladas

en ángulos imposibles y los músculos laxos, sin vida. De su nariz, boca y oídos manaba sangre.

Pero lo más impactante de todo era el abultamiento de su tripa de embarazada.

No había perdido el bebé antes de suicidarse, como les había hecho pensar Uriel.

Dulce Roser, te echo de menos. El mundo era un lugar mejor contigo. Ojalá hubiera llegado unos minutos antes. No habría dejado que lo hicieras. Aunque hubiera sido mejor si hubiera llegado dos años antes para impedir que él te destrozara. No es justo. Es él quien debería estar muerto, no tú. Ni siquiera se ha molestado en acompañarte a tu lugar de descanso eterno y despedirse de ti. Cuánto lo odio.

USUARIO OJITO CONMIGO, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A DULCE ROSER,
26 DE DICIEMBRE DE 2011

Uriel fue incapaz de reprimir el escalofrío que sacudió su cuerpo aterido, a pesar de que la taxista tenía la calefacción a tope. Estaba mojado de los pies a la cabeza y el agua helada le chorreaba por el pelo y se colaba por su nuca bajo el cuello de la camisa. Pero no era por eso por lo que temblaba, sino por las imágenes que no dejaban de sucederse en su mente.

—Ya estamos —lo sobresaltó la voz de la mujer, haciéndolo alzar la mirada.

—¿Cuánto le debo? —Se llevó la mano al bolsillo del abrigo y en ese momento se dio cuenta de que no se lo había puesto. Tampoco la chaqueta. Sólo vestía el pantalón, la camisa y la corbata. Y los zapatos, por supuesto. Nada más. La cartera y el móvil estaban en el abrigo. Y éste continuaba en el taller—. Me temo que me he dejado la cartera en el trabajo —explicó—, pero, si me da un segundo, iré al Lirio Negro y ellos le abonarán la carrera.

—Está bien —aceptó la mujer—. Dese prisa.

Uriel se apeó, estremeciéndose cuando el viento helado arreció contra la ropa mojada que se adhería a su cuerpo cual capa de hielo. Caminó reticente al Lirio Negro, temiendo que fuera demasiado pronto y estuviera cerrado, pero al empujar la puerta ésta se abrió con suavidad, revelando a Boris sentado tras el mostrador.

El enorme portero alzó la vista del libro que leía y lo examinó tomando nota de su ropa escasa y empapada, sus zapatos encharcados, el temblor de su cuerpo y la desolación de su cara.

—¿Por qué no llevas abrigo? —inquirió entornando los ojos.

—Necesito ver a Avril, llámala, por favor —solicitó ignorando su pregunta mientras sostenía la puerta abierta para mantenerse a la vista de la taxista.

—Está en el gimnasio con Kay, llegará dentro de un rato —contestó el portero mirándolo de arriba abajo—. Estás calado hasta los huesos...

—Ése es el problema de la lluvia, que en cuanto te despistas un poco te moja. Es una verdadera crueldad —señaló Uriel mordaz—. ¿Kaos está? —Boris negó con un gesto—. ¿Y Julio?

—En la Ratonera. Entra y cierra la puerta, me estás dejando helado.

—No puedo, tengo a la taxista esperando. Llama a Julio, por favor...

El hombre arqueó una ceja, cogió el teléfono, marcó un número y se lo tendió.

Uriel no perdió el tiempo, le contó *grosso modo* a Julio su problema y rezó para que no lo dejara en la estacada, aunque podía hacerlo. No eran amigos. Tampoco desconocidos. En realidad, no sabía lo que eran. Últimamente muchas personas a su alrededor habían dejado de ser simples conocidos para convertirse en... algo más. Y eso no era una buena idea. Cuanta más gente estuviera cerca de él, más oportunidades tendría Némesis de hacerle daño. De hecho, esa misma tarde había pasado a la segunda fase de su ataque, al dejar a la vista de todos las imágenes que demostraban lo cruel que había sido con Roser. Y no era que sus amigos no estuvieran al corriente de su incapacidad para ser fiel, pero era mucho peor verlo que imaginarlo.

Y Némesis aún no había sacado toda su artillería. Aunque lo haría pronto.

Sabía lo que venía a continuación. El vengativo ser empezaría a mostrarles a sus vecinos y a sus compañeros de trabajo cómo era en realidad, cómo le había arruinado la vida a Roser y la perversa sexualidad que lo dominaba, su egoísmo. Todo lo malo que había en él —y no era poco— sería expuesto. Y en esa ocasión sería mil veces peor que en las anteriores, porque había sido tan estúpido de permitir que sus vecinos se convirtieran en sus amigos.

Némesis haría que lo aborrecieran. Y entonces Rodrigo lo despediría, e Iskra y Calix lo echarían del piso y de sus vidas. Y volvería a quedarse insoportablemente solo.

Estaba tan cansado de todo... Se le habían agotado la fuerza y la voluntad para pelear. También para huir. Sólo quería que todo acabara. Que lo dejara en paz. Pero eso era imposible.

Sacudió la cabeza y prestó atención a lo que estaba diciendo Julio. Le pasó el teléfono a Boris y éste salió a pagar a la taxista. Esperó a que el portero regresara y bajó al Infierno. Debería ir al vestuario y darse una larga ducha con agua caliente para entrar en calor, pero no merecía ese pequeño alivio. Además, cuanto más entumecido estuviera, menos le dolerían los recuerdos. Así que, sin pensarlo más, entró en el Tártaro.

El salón estaba casi desierto, apenas había diez personas, tal vez menos. No había nadie en la cruz ni en el potro, ningún sub arrodillado en los escenarios, sólo gente tomando copas en la barra. Y no era que le extrañara: era muy pronto para que las sesiones estuvieran en marcha. Sintió las miradas de los camareros y de algunos Dominantes, pero las ignoró mientras se dirigía a uno de los escenarios vacíos, aquel en el que estaba montado el potro. Era un buen instrumento de tortura, podría desnudarse y doblarse sobre él, seguro que algún Amo aceptaría la invitación implícita y le daría unos cuantos azotes. O correazos. O palazos. O incluso varazos. Ah, éstos sí que dolían. Toda la potencia del golpe se concentraba en una flexible y delgada franja provocada por una vara. Las más dolorosas, al menos a su parecer, eran las de bambú,

pues, además del dolor inmediato, dejaban una marca rojiza que escocía como mil demonios durante bastante tiempo. Horas o incluso días si se sabía usar bien. ¿Avril sabría usarla? Seguramente. Tal vez podría suplicarle que la utilizara con él.

Pero Avril no estaba allí, se recordó con un asomo de mal humor superponiéndose a la desesperación que lo ahogaba. Estaba en el gimnasio con el tal Kay. Y eso le parecía estupendo, de verdad. Porque esa noche no se merecía el consuelo de su presencia.

Se sentó en uno de los divanes que rodeaban el escenario, los antebrazos sobre las rodillas, las manos colgando entre las piernas y la cabeza baja con la mirada fija en sus manos.

Manos flexibles de dedos largos. Ágiles y diestras, perfectas para coser y para llevar al orgasmo a hombres y mujeres, pero inútiles para consolar, calmar o agradar. Coser y follar. Eso era lo único que le había interesado hacía nueve años. Lo que lo había convertido en la escoria que ahora era. Las cerró, sintiéndolas insoportablemente vacías. Nunca habían llegado a sostener a su hijo ni a acariciar su cabecita cubierta de pelo. O tal vez fuera calvo. No todos los bebés nacían con pelo. Sacudió la cabeza tratando de borrar un anhelo imposible de soportar. Y de repente cayó en la cuenta de qué día era: 30 de enero. Roser siempre preparaba algo especial el 30 de cada mes para celebrar que la había besado por primera vez un 30 de junio. Y Némesis, siempre atenta, se lo había recordado con su encantador mensaje.

Exhaló una amarga carcajada que liberó las lágrimas que llevaba conteniendo desde que había visto las fotografías en el suelo de su casa.

Némesis tenía razón, pensó con la vista desenfocada y el corazón helado. Era un asesino. Puede que no fueran sus manos las que empujaron a Roser por la terraza, pero él la había sumido en la desesperación que la hizo lanzarse al vacío. Él los había matado. A Roser y al niño que guardaba en su vientre.

A su diminuto bebé lleno de vida, que jamás abriría los ojos porque él lo había asesinado antes de que tuviera la oportunidad de nacer.

Si hubiera sido mejor persona, Roser estaría viva. Su hijo estaría vivo. Tendría casi siete años y ya sabría leer y escribir y le estaría enseñando a coser, porque, por supuesto, su pequeño querría ser maestro camiserero, igual que él. No. Mejor que él. Porque tendría corazón. Algo de lo que él carecía. Porque, si hubiera tenido corazón, no se habría casado con Roser para fastidiar a su padre y conseguir tajada en la camisería. Si hubiera tenido corazón, no le habría sido infiel. No, eso era mentirse a sí mismo. Por supuesto que se lo habría sido. No estaba en su naturaleza ser fiel. Ni ser buen marido. Ni probablemente buen padre. Jamás habría hecho feliz a su hijo. Porque no tenía corazón. ¿Y cómo iba a ser un buen padre sin corazón?

Se llevó las manos a la cara y presionó el pulpejo de éstas contra los párpados como si quisiera aplastarse los globos oculares. ¿Sería muy difícil arrancárselos? Si se quedara ciego, tal vez dejara de ver el vestido ondeando alrededor del cuerpo de Roser mientras caía.

En su momento le había parecido un sueño; a decir verdad, no fue hasta varias semanas después cuando el suicidio comenzó a parecerle real.

Lo había llamado al móvil para rogarle que regresara a casa para llegar puntuales a la cena de Nochebuena con sus padres. Y él le había contestado que estaba doblando la esquina. Entonces Roser le había dicho que mirara a la terraza. Y allí estaba ella, vestida de novia, blanca y radiante. Y él sólo pudo pensar en cómo podía haberse abrochado el vestido, pues era de corte princesa y el embarazo abultaba el vientre liso que había exhibido en su boda. Más tarde averiguaría que no se lo había abrochado, sólo estaba superpuesto. Le ordenó por teléfono que se dejara de gilipolleces, entrara en casa y se quitara el vestido. Y ella, en respuesta, pasó una pierna por la barandilla y luego otra. Y se quedó ahí sentada, su delicada barriga de embarazada expuesta al viento de diciembre. Y a él le pareció irreal. Algo lejano que no tenía nada que ver con él. Y entonces ella saltó. Y las capas de tul de la voluminosa falda ondearon a su alrededor mientras caía, como si fueran las

alas rotas de un ángel. La caída pareció durar siglos. Pero fueron sólo unos segundos. Luego llegó el golpe.

Si lo demás fue un sueño, el golpe fue la realidad. Aún podía oír el sonido sordo que hizo al chocar con el suelo y ver su cuerpo laxo a pocos pasos de él. Las extremidades en posturas imposibles, como si los huesos se hubieran licuado al dar contra el suelo. Había corrido hacia ella, se había arrodillado a su lado y el fuerte olor a colonia infantil que la cubría, como si se hubiera echado el bote entero antes de saltar, le había llenado la nariz, dándole ganas de vomitar. Le había tocado la tripa, sin ser consciente de estar pidiendo una ambulancia con toda la fuerza de sus pulmones.

El bebé se movió una sola vez bajo su mano antes de quedarse inmóvil.

En ese momento había empezado a odiarse. Y todavía no había dejado de hacerlo.

Se abrazó con fuerza volviendo al presente. Esa noche suplicaría que torturaran su cuerpo y abotargaran con dolor sus pecados, y al día siguiente volvería a cubrirse con su capa de cinismo y aguardaría a que Némesis le asestara su golpe mortal. Esperaba que se diera prisa, no soportaba saber que pronto todo su mundo se destrozaría una vez más. Cuanto antes comenzaran a aborrecerlo sus amigos, mejor. De hecho, debería ser un buen tipo por una jodida vez en su vida y desaparecer antes de la boda para no estropeársela. Pero no era un buen tipo: era un cabrón egoísta y quería seguir disfrutando de ellos mientras le fuera posible.

Y para eso tenía que volver a encerrar los recuerdos en un recóndito rincón de su mente. Y sólo había una manera de conseguirlo.

Alzó la cabeza y examinó a los Doms en busca de uno capaz de proporcionarle el alivio que necesitaba. Pero no encontró a ninguno al que quisiera entregarle su dolor. Porque sabía que ninguno de ellos sería capaz de someter su pasado y liberar su presente. Cerró los ojos de nuevo, la cabeza baja y la cara oculta en las manos mientras temblaba de frío. Un frío que nacía

de su interior y era mil veces más intenso y abrumador que el que le cubría la piel.

No supo cuánto tiempo estuvo así, segundos, minutos, horas, antes de sentir en la nuca el tacto de unos dedos. Inclino la cabeza hacia atrás, los ojos aún cerrados, rogando que esa caricia no fuera un sueño producido por la necesidad que sentía de tenerla a su lado.

—¿Qué ha ocurrido? —la oyó susurrar junto a él.

Abrió los ojos y la vio, su pelo húmedo, tal vez por una reciente ducha, caía sobre él, rodeándolo, creando un muro de seda trigueña que lo aislaba del mundo. Oía a jabón y su cálido cuerpo estaba pegado a su costado, alejando el frío helador que lo acorralaba. Se deleitó con su figura esbelta y menuda cubierta por unos holgados pantalones de estampado militar y una ceñida camiseta verde musgo. En sus pies, las sempiternas Converse.

Era ella y estaba allí.

—La Reina me regala su presencia, qué honor... —dijo esbozando una débil sonrisa.

—¿Qué ha ocurrido? —reiteró Avril su pregunta, aferrándole un mechón de pelo.

Pero no tiró para inclinarle más la cabeza y regalarle su boca.

Eso era lo que Uriel necesitaba. Y sabía que no lo conseguiría hasta que contestara.

—El pasado ha vuelto para atormentarme.

—¿Tiene que ver con la pesadilla que me has contado esta mañana? —le reclamó aún sin besarlo.

—Estás muy curiosa hoy, ¿no? —replicó Uriel esbozando una sonrisa que el temblor de su cuerpo helado convirtió en una parodia.

Avril lo miró con los ojos entornados, su falta de respuesta era una afirmación. Y algo le decía que la pesadilla y el estado en el que se encontraba ahora estaban relacionados con lo que le había sucedido el día anterior por la tarde, cuando la llamó alterado. Deseó haber tenido tiempo

para hablar con él. En realidad, lo deseó tanto que cuando lo llamó y no contestó se puso el despertador para contactar con él antes de que se fuera a trabajar. Había algo en su voz, una agonía que le había oído el día que apareció vestido como un harapiento y la primera vez que la llamó al móvil. En ambas ocasiones, algo lo atormentaba. Un fantasma del pasado, había dicho. Una parca vengativa. Una mujer llorando. Y no estaba dispuesta a consentirlo. Uriel era suyo. Y nadie tocaba lo suyo sin su permiso.

—¿Quién ha vuelto? ¿La parca o la llorona?

—¿Sabes manejar la vara? Sería divertido que me dieras unos cuantos varazos. Los justos para ponerme el culo rojo. O tal vez unos pocos más. ¿Me bajo los pantalones y me inclino sobre el potro? Prometo separar mucho las piernas para que puedas ver mis huevos balancearse. Incluso te dejo que les pegues un poquito —dijo irreverente, esbozando una sonrisa que más parecía una mueca de terror.

—Tienes la mala costumbre de no responder cuando se te pregunta —repuso ella soltándole el pelo y dando un paso atrás, privándolo de su calor.

Y Uriel supo que si la dejaba marchar no volvería a verla. Cuando la Reina ordena, el esclavo acata. Y eso anhelaba ser él esa noche: su esclavo.

—Ambas —contestó a su pregunta.

Avril lo miró pensativa unos segundos que se le antojaron eternos y luego volvió a él. Lo agarró del pelo y tiró arqueándole el cuello para exponer su boca. Y Uriel sintió un estallido de algo indefinible que nació en su estómago y le recorrió las venas con un fuego esperanzador. Separó los labios para ella y un gruñido gutural rugió en su garganta cuando Avril le atrapó el labio inferior con los dientes. Se estremeció mientras respondía a ella. A su lengua ardiente y sus dientes punzantes. A las uñas que recorrían su cuello y los nudillos que le masajearan la nuca. Y la oscuridad que lo rodeaba pareció aclararse y el frío que lo entumecía, desvanecerse.

Ella cortó el beso de improviso, dejándolo de nuevo desamparado.

Lo miró en silencio, leyendo en las profundidades de sus ojos la sombra

que le impedía respirar.

—¿Por qué te atormenta tu pasado?

—No fui un buen tipo y ahora Némesis reclama su venganza —contestó Uriel, y Avril oyó desesperación en su voz—. Deberías alejarte de mí antes de que te destroe la vida.

—No seas presuntuoso, no tienes ese poder sobre mí —repuso ella con frialdad.

—Cierto. Jamás te dejarías abatir por un diablo como yo —convino burlón—. Iskra dice que eres perfecta para mí porque eres una fiera corrupta...

Avril lo miró, el interés brillando en sus ojos al saber que les había hablado a sus amigos de ella.

—¿Eso ha dicho? ¿Que soy perfecta para ti porque soy una fiera?

—Sí. Según ella, antes me arrancarías las pelotas que permitir que te hiciera daño —respondió con un inconfundible brillo de admiración en la mirada.

—Las pelotas, no. Disfruto mucho con ellas. Te arrancaré el corazón.

—Lamento comunicarte que perderías el tiempo. No tengo corazón —afirmó rotundo, sus ojos de nuevo empañados por el dolor.

Y en su voz Avril identificó la capa de desesperación y desolación con que la parca lo había cubierto en su pesadilla. Una capa de la que no había conseguido liberarse y que lo estaba asfixiando.

Le aflojó la corbata y le desabrochó la camisa empapada, que se le pegaba al torso. La apartó y deslizó la mano cálida sobre la piel helada de Uriel, hasta posarla sobre el lugar en el que habitaba el corazón que decía no tener.

—Y, sin embargo, lo siento latir —le dijo con gesto serio.

—Entonces tal vez sí tenga —aceptó él antes de bajar la voz y suplicar—: Hazme gritar.

Avril entornó los ojos antes de volver a tirarle del pelo y saquear su boca con un largo beso que lo hizo estremecer. Le acarició el pecho con una mano

mientras la otra continuaba anclada a su pelo, obligándolo a mantener la cabeza inmóvil para ella.

Uriel obedeció. A medias. Porque la cabeza no la movió, pero sus manos se alzaron veloces para deslizarse, la izquierda sobre su cintura, acercándola a él, y la derecha sobre sus pequeños pechos.

Y a ella no debió de desagradarle su rebeldía porque se lo permitió e intensificó el beso hasta que tuvieron que separarse jadeantes. Luego se alejó y echó a andar hacia la salida.

Uriel fue tras ella. Y mientras atravesaba el salón se dio cuenta de que quienes estaban allí lo miraban con sorprendido disimulo. ¿Qué demonios les pasaba? No fue hasta que pasó frente al sumiso que había conocido en el Torture Game y éste inclinó la cabeza con un saludo de reconocimiento cuando fue consciente de lo que acababa de pasar.

La Reina lo había besado reclamándolo como suyo en el Tártaro, en presencia de todos. O, al menos, de los pocos que allí estaban a esa temprana hora.

Y, por extraño que fuera, ese descubrimiento lo hizo sentirse feliz. Orgullosa. Válido.

Porque si la Reina lo reclamaba para sí, no podía ser tan malo ni tan aborrecible.

Salieron del salón, dejaron atrás la Madriguera y sobrepasaron la mazmorra.

—¿Adónde vamos? —le reclamó al ver que no entraban en ella. Avril arqueó una ceja—. Tal vez no me he expresado bien, quiero que me hagas gritar..., pero no de placer, sino de dolor —señaló al intuir que lo llevaba a su dormitorio.

—¿Quieres? —replicó ella admonitoria.

—He elegido mal mis palabras —reculó Uriel. A una reina no se le exigía, se le suplicaba. Pero a él tampoco se le daba muy bien suplicar, así que optó

por un término medio—. Necesito que me envuelvas en dolor y me hagas gritar.

—¿Por qué?

—Porque es la única manera de alejar a los fantasmas.

Ella lo miró en silencio antes de decir:

—Haré que se vayan.

Y Uriel comprendió que no prometía dolor ni humillación. No. Eso no era propio de ella. Lo mantendría excitado, llevándolo una y otra vez a la cima pero sin permitirle alcanzar el clímax. Tal vez incluso lo castigaría con un orgasmo arruinado en el que lo obligaría a eyacular sin placer, dejándolo anhelante. Y, en sus manos, esa frustración suspendida en agonía sería más intensa que el dolor. Más letal y cruel.

Sonrió desdeñoso, al final iba a obtener exactamente lo que merecía. Tal vez esa noche consiguiera perderse en el olvido y conciliar el sueño un par de horas.

La siguió al dormitorio y ella le señaló la enorme cama cubierta con un esponjoso edredón púrpura.

—Desnúdate y tumbate de espaldas, los tobillos en el cepo —le ordenó retirando el edredón para, a continuación, abrir el artefacto.

Uriel no tardó en obedecer. Se deshizo con rapidez de la ropa mojada y colocó los tobillos en el cepo anclado a los pies de la cama. Los agujeros estaban muy alejados entre sí, por lo que sus muslos quedaron en forzada separación y sus genitales, expuestos. Avril cerró el instrumento apresando sus tobillos e inmovilizándole las piernas, y un espasmo contrajo su vientre, no supo si de placer o de temor. Y, aunque debería haber sido por lo segundo, se temía que lo había producido lo primero. Lo cual era un error. Porque ella iba a hacerlo sufrir.

Le deslizó las uñas por los brazos, atrapándole la muñeca izquierda y alzándosela para esposársela al cabecero. Luego hizo lo mismo con la derecha. Y cuando lo tuvo inmovilizado, comenzó a desnudarse. Despacio,

haciéndolo sufrir por cada centímetro de piel que le descubría, sus pequeños pechos, sus esbeltas caderas, el tatuaje del dragón en su pubis. Y, aunque ya la había visto desnuda —en una sola ocasión, en la ducha—, fue como si la viera por primera vez. Porque ahora ella estaba seduciéndolo, jugando con él.

Luego saltó sobre la cama, sentándose junto a su costado derecho, y comenzó a recorrerle el cuerpo con las uñas. Y Uriel no pudo evitar corcovear buscando su contacto cuando las alejaba. Porque el roce, en lugar de ser abrasivo, era una punzante caricia que producía más placer que dolor. No supo cuánto tiempo pasó transitando con las uñas sobre su piel, pero llegó un momento en que ésta empezó a hormiguarle cuando la caricia cesaba, convirtiéndose en un anhelo insoportable por volver a sentirla.

Y entonces, como no podía ser de otra manera, ella paró. Y todo su cuerpo protestó convirtiendo el cosquilleo en un tormento peor que el dolor. O, al menos, a él se lo pareció, porque era una agonía insoportable no sentirla sobre su piel, verla tan hermosa frente a él y no poder tocarla, saber que no lo dejaría terminar.

Se le agitó la respiración al ver que cogía el lubricante y se untaba las manos con él. Su verga saltó expectante y el vientre se le contrajo impaciente.

Avril sonrió complacida por su reacción y se inclinó para amasarle los testículos con una mano mientras con la otra lo masturbaba despacio. Lo mantuvo así durante una eternidad, y cuando su erección comenzó a palpar se detuvo. Lo dejó descansar hasta que su respiración se normalizó y el pene perdió un poco de su apostura, y luego le deslizó las uñas sobre el tronco, endureciéndolo de nuevo. Subió hasta el glande y jugó sobre la sensible piel del frenillo y el borde de la corona, hasta que una solitaria gota de semen escapó anunciando que de nuevo había llegado al límite. Pero esta vez no paró. Lo acarició alternando las uñas y las yemas de los dedos hasta que los testículos se alzaron dispuestos a expulsar su preciada carga, cada músculo de su cuerpo en tensión, preparándose para el orgasmo.

Y, cuando lo sintió a punto de llegar, apartó la mano.

Y Uriel gimió lloroso al comprender que iba a obligarlo a eyacular sin placer. Apretó los puños preparándose para la oleada de decepcionada frustración que lo recorrería. Quería gritar y suplicar, incluso llorar. Cualquier cosa que la hiciera cambiar de idea para que le provocara dolor en lugar de frustración. Porque el dolor era más soportable que esa tortura.

Ella le pasó el dedo índice por el tallo del pene. Éste palpitó y el conducto deferente se llenó del espermatozoides proyectado por los testículos.

Uriel alzó la cabeza para asistir impotente al orgasmo arruinado y, antes de que fuera consciente de lo que pretendía, Avril lo masturbó con violenta urgencia a la vez que le mordía el cuello para luego succionar con fuerza, haciéndolo gritar y lanzándolo a un orgasmo tan intenso que a punto estuvo de hacerlo perder el conocimiento.

Cerró los ojos, ahito de placer y tan exhausto que era incapaz de abrirlos.

Hasta que la sintió acariciándole el interior de los muslos para, acto seguido, subir por sus pelotas y agarrarle la erección, que comenzaba a tornarse flácida. Movié la mano arriba y abajo, excitándolo de nuevo con una caricia que más que placer producía desazón.

—Ahora no puedo, tengo que recuperarme —murmuró con voz ronca frunciendo el ceño por la sensación desagradable y casi dolorosa que le provocaba la masturbación forzada.

—No eres tú quien decide si puedes o no —replicó Avril sin detener su mano.

Y Uriel apretó los dientes y soportó la aguda molestia que poco a poco se fue tornando en placer. Hasta que estuvo duro y excitado de nuevo y entonces ella se apartó, sumiéndolo en la desesperación.

Mi Dulce Roser, ni siquiera lo han detenido. Ha engañado a la policía, pero no a mí. Yo sé que él te mató. Es un asesino, pero no va a pagar por ello. Y, mientras tú estás bajo tierra, el muy cabrón sigue follando con cualquiera que se le ponga por delante. Me da asco. Ojalá todos supieran cómo es en realidad.

USUARIO OJITO CONMIGO, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A DULCE ROSER,
7 DE ENERO DE 2012

Avril contempló hechizada al hombre atado a su cama. Era hermoso. Un bello ejemplar del sexo masculino, bien dotado y con considerable aguante, pensó complacida mientras le acariciaba despacio la verga inhiesta. Pero no eran sus atributos ni su apariencia lo que tanto la fascinaba. Era su facilidad para hacerla reír. Y también para sacarla de quicio. Su traviesa sumisión y su chispeante rebeldía. Su forma de mirarla, como si sólo existiera ella en el mundo, y la confianza ciega que depositaba en ella, pues no le había pasado desapercibido lo desamparado que se sentía ni la frágil fortaleza que trataba de mostrar. Y la conmovía profundamente que, aun sintiéndose así, se ofreciera a ella sin miedo ni dudas.

Ese hombre complejo y vital, vulnerable y esforzadamente hermético que comenzaba a abrirse a ella, la hacía sentir viva. Y eso era algo que muy pocas personas conseguían.

Bajó de la cama y se acercó a la nevera a por un zumo. Y mientras atravesaba el dormitorio pudo oír el gruñido frustrado de él. Ah, sí, a todas sus cualidades debía añadirle la impaciencia, porque ésta desde luego era de

lo más positivo. ¿Quién quería paciencia y mesura cuando podía disfrutar de sexo arrebatado y fiebre pasional? Ella no, desde luego.

Tomó la botella y regresó junto a él. Y, ¡bingo!, la miraba impaciente. Ansioso. Y también con ese punto de rebeldía que tanto adoraba en él.

—No sé qué parte no has entendido —lo oyó murmurar—, se supone que tienes que hacerme gritar de dolor..., no de placer. ¿Acaso no sabes cómo hacerlo?

Ah, así que ahora trataba de cabrearla y la desafiaba para llevarla a su terreno y conseguir lo que creía que necesitaba. Pobre iluso... Aún no había comprendido que el dolor no era lo que daba la fuerza para luchar y ganar. El dolor sin placer sólo debilitaba y paralizaba.

Le dio un trago al zumo y se inclinó sobre Uriel. Él abrió la boca aceptando su regalo. Y debió de saberle a gloria, porque se lamió los labios con un gesto tan erótico que Avril tuvo que luchar para no subírsele encima y cabalgarlo con fuerza. Se llenó de nuevo la boca de zumo y volvió a inclinarse sobre él.

Uriel bebió sediento de los labios de su reina antes de besarla hambriento. Hasta que ella se apartó, dejándolo tan frustrado que no pudo evitar tirar de las esposas de cuero que sujetaban sus muñecas.

—Desde luego, esto no es lo que esperaba —dijo apretando los dientes—, besos en vez de golpes, caricias en lugar de azotes y orgasmos en lugar de... nada. Si lo llego a saber, habría...

—Ten cuidado, Uriel, mi tolerancia tiene un límite —lo interrumpió ella.

—¿Y qué harás si lo sobrepaso? —inquirió desafiante.

Avril ocultó la sonrisa que le provocaba su insurrección.

—Desatarte y marcharme.

Y Uriel supo que no mentía. Eso sería exactamente lo que haría.

Dejó caer la cabeza en la almohada y cerró los ojos, sometándose a ella. Al menos por unos segundos, porque en el instante en que sintió que le ponía una pajita en la boca para que bebiera se olvidó de su propósito de ser sumiso

y giró la cabeza con brusquedad, rechazando el zumo. ¡No quería beber de una pajita, sino de sus labios!

Y un segundo después de su insubordinación oyó el sonido más hermoso que había oído nunca: la risa de Avril. Abrió los ojos y la observó fascinado, se reía como una chiquilla. Una muy traviesa y perversa, capaz de detenerle el corazón.

—¿Cómo consigues hacerme reír en lugar de cabrearme? —susurró ella inclinándose para besarlo.

Saqueó su boca y luego bajó por su cuerpo, entreteniéndose en cualquier punto susceptible de hacerlo gemir.

Y Uriel descubrió que tenía muchos más puntos erógenos de los que pensaba, aunque también era cierto que su piel estaba hipersensibilizada por el juego anterior. Gimió cuando su lengua y sus labios siguieron los caminos antes trazados por sus uñas, convirtiendo su cuerpo en un mapa de placer en el que bastaba un suave roce para hacerlo estremecer. Y cuando sobrevoló su vientre y sopló sobre su rotunda erección, ésta palpitó y sus caderas saltaron, alzándola hacia sus labios.

Avril la atrapó en su boca y saboreó golosa el glande mientras las yemas de sus dedos se afanaban en dibujar su cuerpo. Luego continuó recorriéndolo con la boca. Se entretuvo en el interior de sus muslos, sus testículos y su vientre, provocándole electrizantes espasmos de placer. Y cuando de nuevo lo tuvo al borde del éxtasis, volvió a apartarse, dejándolo frustrado y sollozante.

Esperó unos segundos a que él abriera los ojos y, cuando lo hizo, comprobó satisfecha que la desesperación que los llenaba había sido sustituida por la furia y la excitación. Y aún pensaba excitarlo más. Cogió un preservativo de la mesilla, rasgó el envoltorio con los dientes y lo sujetó entre los labios para, acto seguido, ponérselo con la boca. Él se estremeció con tanta fuerza que tuvo que sujetarle la polla con la mano para lograr ajustárselo. Luego se sentó sobre él, le acunó la verga con su sexo y comenzó a mecerse despacio a la vez

que se inclinaba para besarlo, su larga melena castaña envolviéndolo como si fuera una cascada de pelo líquido.

Uriel sintió que todo se volvía ella. Cada uno de sus sentidos estaba saturado de ella. El tacto de su pelo, sus labios y sus manos. El sabor de su boca. El olor de su cuerpo. El sonido de sus gemidos al besarlo. La visión de sus maravillosos ojos zarcos cuando se apartó y lo aferró para situarlo en la entrada a su cuerpo y llevarlo a su interior muy despacio.

Todo su mundo se redujo a ella y al placer que le estaba dando.

Avril quedó subyugada por su absoluta rendición y se movió sobre él, haciéndolo entrar y salir de su cuerpo mientras sus ojos de obsidiana la esclavizaban. Apoyó las manos en el poderoso torso masculino y le arañó las tetillas a la vez que aceleraba el ritmo.

Y Uriel, a pesar de que el cepo coartaba sus movimientos, comenzó a salir a su encuentro mientras luchaba por aguantar más, por hacer que se corriera antes que él, por oírla gritar y gemir, por verla estremecerse como se estremecía él. De repente, ella le apretó la polla con sus músculos internos y la espalda se le tensó como un arco a la vez que sus manos se agarraban a su torso, la boca abierta en un grito silencioso que le pareció lo más erótico que había oído nunca.

Cayó sobre él respirando con fuerza, y así se mantuvo unos segundos, con Uriel duro dentro de ella y la mejilla sobre el corazón de él. Comenzó a frotarla despacio contra el oscuro vello recortado que le salpicaba el pecho. De improviso le arañó el torso con los dientes y, acto seguido, comenzó a succionar mientras se mecía sobre él, llevándolo tan dentro de ella que Uriel sintió que alcanzaba el paraíso.

El placer implosionó desbordándose con cada succión hasta estallar en un orgasmo tan intenso que lo hizo gritar hasta enronquecer y lo sumió en un confortable aturdimiento.

Poco después la sintió quitarle el preservativo y bajar de la cama. Volvió la cabeza y la vio entrar en el baño para salir tras unos minutos con un paquete en

las manos. Se sentó a su lado y él, relajado por su cercanía, cerró los ojos dejándose envolver por el sueño. Un sueño que no duró demasiado, pues ella lo sobresaltó al pasarle algo húmedo y frío por la tripa.

—¿Qué coño haces? —jadeó tratando de apartarse, aunque ahora que estaba despierto se daba cuenta de que el roce no era frío, pero sí húmedo y bastante agradable.

—Limpiarte —replicó Avril deslizado una toallita húmeda por su vientre. Le gustaba ver cómo su estómago ondulaba bajo sus caricias. No cabía duda de que era un hombre adictivo.

—No me jodas, no soy un bebé, suéltame y me ducharé —masculló tirando de las correas.

—Nunca lo he pensado. —Le pasó una toallita por la entrepierna.

Uriel se tensó al sentir el fresco roce y su cerebro fue asaltado por un intenso placer.

—¿Qué no has pensado? —preguntó confundido. No sabía cómo lo hacía, pero esa mujer era capaz de levantar muertos. Y su polla era buena muestra de ello, pensó al sentir que comenzaba a endurecerse.

—Que seas un bebé. —Le dio un suave apretón en el pene antes de saltar de la cama para tirar las toallitas y el condón usado en la papelera situada junto al escritorio.

Uriel la siguió con los ojos. Era difícil no mirarla, no sentirse increíblemente afortunado de estar allí y tener toda su atención. Era una hembra magnífica y poderosa, y lo había reclamado como suyo delante de quienes estaban en el Tártaro esa tarde. Su pecho se hinchó de orgullo. Ojalá Calix e Iskra estuvieran allí para contárselo. Se moría por presentársela y que vieran lo formidable que era. Aunque mejor no. En realidad, ese anhelo era una estupidez provocada por la insistencia de Iskra de que llevara a Avril a la boda. ¡Ni que ella fuera a perder el tiempo acompañándolo a un pueblo perdido de la mano de Dios como si fueran pareja! ¡Era ridículo! Tendría que

hablar con Iskra y hacerla entrar en razón, no iba a... Detuvo en seco sus pensamientos al darse cuenta de que ni Iskra ni Calix sabían dónde estaba.

—¡Joder! —exclamó haciendo que Avril lo mirara intrigada—. Tengo que avisar a Iskra y a Calix de que estoy aquí o se volverán locos de preocupación —le explicó.

—¿Tienen teléfono?

—No vivimos en la Edad Media.

Ella cogió el teléfono de la mesilla y, tras soltarle las manos, se lo tendió. Uriel se apresuró a marcar un número.

—Calix, te llamo desde... —el segoviano no le dio tiempo a acabar la frase antes de lanzarle una andanada de preguntas—. Sí, estoy bien. En serio. Estupendo de la muerte —resopló—. Se me olvidó... Sí, lo siento. Joder, no eres mi padre, no tengo que llamarte si llego tarde. Y, de todas maneras, tampoco es tarde. ¡No jodas! —Se volvió hacia Avril con la incredulidad pintada en el rostro—. ¿Son las once de la noche?

—Casi —respondió ella.

Él la miró pasmado, ¿cuánto tiempo había pasado en el Tártaro, perdido en la oscuridad? Es más, ¿cuánto tiempo llevaba follando? No era de extrañar que estuviera agotado.

—Con Avril —contestó sin pensar a la pregunta de Iskra, pues Calix, el muy traidor, había puesto el manos libres para que pudiera interrogarlo a placer—. Sí, estoy con la Reina. No, no se lo he dicho aún. Lo haré más tarde. Tengo que colgar, nos vemos mañana. —Cortó la llamada antes de que siguieran interrogándolo—. ¡Son insoportables!

—¿Qué tienes que decirme? —le reclamó Avril intrigada.

—Es una estupidez. Iskra quiere conocerte y te ha invitado a su boda.

Ella entornó los ojos sorprendida y él sonrió ladino antes de atraparla entre sus brazos y besarla. Y a eso se dedicaron varios minutos, hasta que ella se escurrió de su abrazo como si fuera una pastilla de jabón y se acercó al

cabecero para trasladar las esposas de cuero a los costados de la cama, donde las enganchó en sendas argollas.

Uriel le tendió la muñeca derecha, aceptando que lo esposara. Luego ella hizo lo mismo con la izquierda, inmovilizándolo con los brazos en cruz.

Lo observó complacida y le acarició los labios con los dedos. Él se apresuró a chupárselos. Y ella los hundió en su boca para que se los cubriera de saliva. Luego bajó gateando por la cama hasta quedar entre sus piernas abiertas y le masajeó el ano. Y cuando él gimió de impaciencia, se untó dos dedos en lubricante y lo penetró.

Uriel ahogó un gruñido al sentir el escozor producido por la ruda invasión. Trató de relajarse y poco después el placer sometía al desagrado y volvía a estar duro.

—Tienes un tiempo de respuesta muy bueno —comentó Avril con voz neutra.

—Soy un semental, móntame y te lo demostraré.

—Ya te he montado. Ahora prefiero ordeñarte. —Frotó un punto en su interior que lo hizo gemir.

—No soy una vaca —masculló apretando las nalgas ante el súbito placer—. Me estoy aburriendo —mintió—. ¿Cuánto tiempo va a durar esto?

—El suficiente para estimular tu próstata y conseguir una corrida abundante.

—¿Y a qué viene ese empeño?

—Tengo hambre —replicó ella encogiéndose de hombros.

Y Uriel se puso más duro que nunca.

Avril se deleitó en llevarlo a la meseta del placer y mantenerlo allí hasta que él se rindió y comenzó a suplicar. Y Uriel no era de los que se rendían con rapidez, más bien al contrario.

Cuando intuyó que él ya no iba a poder soportarlo mucho más tiempo, abandonó su interior y fue a lavarse las manos, dejándolo en suspenso. Al regresar le demostró lo hambrienta que estaba. Y Uriel la complació con una

ostentosa eyaculación que le quitó parte del hambre que tenía de él, pero que no fue suficiente para saciarla, porque apenas tardó unos segundos en tomarlo de nuevo en sus manos.

Y Uriel sólo pudo cerrar los ojos y gruñir ante las desagradables sensaciones que le provocaba la masturbación forzada. Aunque la desazón no tardó en convertirse en placer cuando su cuerpo admitió la obligada excitación y comenzó a disfrutarla, más aún cuando ella le puso un condón y lo montó, llevándolo más allá del límite.

Poco después, la observaba con mirada adormilada mientras lo liberaba del preservativo y lo limpiaba. Pero no lo soltó. Bajó de la cama y regresó con un plátano que le dio a pellizcos y que él comió hambriento, chupándole los dedos cada vez que tuvo la oportunidad. Luego le dio de beber de su boca y Uriel aceptó encantado, sumergiéndose en un beso lento e indagador. Un beso que lo ofrecía todo y no reclamaba nada. Un beso reconfortante y embriagador que los acabó sumiendo en un sueño tranquilo.

No fue un sueño largo, pues Avril volvió a despertarlo poco después. O tal vez mucho después. No lo sabía, pues con ella perdía la noción del tiempo. Lo vistió con su saliva y lo arropó con su cuerpo y, cuando lo tuvo enajenado por el placer pospuesto, volvió a montarlo. Y, cuando acabó, Uriel se tensó a la espera de la masturbación forzada. Pero ésta no llegó. Tal vez Avril era consciente de que había llegado al límite de su capacidad, pensó adormilado.

Pero se equivocaba. No había llegado al límite ni por asomo, como quedó demostrado cuando, horas después, lo despertó de nuevo y él volvió a responder con todo su esplendor.

Sin embargo, todo el placer que le había dado no fue nada en comparación con lo que sintió cuando ella se tumbó a su lado y apoyó la cabeza en su pecho, justo sobre su corazón, antes de quedarse profundamente dormida.

Trató de mantenerse despierto y saborear el extraño placer que le producía sentir su respiración cosquilleando sobre el corto vello de su torso, su mano descansando sobre su estómago y su mejilla sobre su corazón. Era la

sensación más maravillosa del mundo. Y deseó más allá de la razón no estar atado y poder abrazarla.

Sucio adúltero, ojalá te mueras. Te he visto follando en la playa, tu mujer no lleva muerta ni un mes y tú no puedes contener tu polla dentro de los pantalones. Piensas alguna vez en ella? Recuerdas siquiera su nombre? Tu esposa, la mujer a la que juraste fidelidad, se llamaba Roser. Y te quería más que a nada en el mundo. Ojalá el mundo entero sepa alguna vez lo asqueroso y depravado que eres.

USUARIO OJITO CONMIGO, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A DULCE ROSER,
13 DE ENERO DE 2012

Jueves, 31 de enero de 2019

Uriel abrió los ojos sobresaltado al oír... ¿ópera? No. No era ópera, era la parte operística del *Bohemian Rhapsody* de Queen. ¿De dónde coño salía esa música? Estiró el brazo buscando el interruptor de la luz y, al tocar las barras metálicas del cabecero, se dio cuenta de que no estaba en su habitación. Y tampoco estaba atado. Ella lo había soltado en algún momento de la noche. Entre el séptimo y el octavo polvo, creyó recordar. ¿O había sido entre el quinto y el sexto y los otros dos los había soñado? Sintió el suave peso de la cabeza de Avril sobre su pecho, y en ese momento se percató de que tenía el hombro y el brazo derechos entumecidos debido a que se había quedado dormida sobre él.

—Apaga el puñetero teléfono o lo reviento contra la pared —gruñó ella apartándose para meter la cabeza bajo la almohada.

—No creo que sea buena idea, es tu teléfono —replicó Uriel divertido por su mal humor.

Y ella, en respuesta, tanteó la mesilla sin sacar la cabeza de su refugio y, cuando dio con el móvil, hizo ademán de lanzarlo contra la pared.

Uriel llegó a tiempo de quitárselo y parar la alarma. De paso aprovechó para encender la linterna y buscar el interruptor de la luz. Lo encontró y encendió la potente lámpara del techo. Y eso estuvo a punto de costarle la vida. O, mejor dicho, la virilidad.

—Apágala o te arranco los huevos —le gruñó Avril poniendo las manos sobre la almohada para que no entrara ni un reducto de luz.

Uriel se apresuró a obedecerla con una sonrisa en los labios.

—Si no querías despertarte, ¿por qué has puesto la alarma? —inquirió confundido.

—Para que no llegues tarde al trabajo —respondió con un nuevo gruñido.

Y Uriel no pudo menos que mirarla atónito. Luego miró la pantalla del móvil para averiguar qué hora era. Parpadeó. Eran las siete y cuarto de la mañana. Si se daba prisa le daría tiempo a ir a casa, ducharse, cambiarse y llegar a su hora al trabajo.

Bajó de la cama y a punto estuvo de caerse cuando las piernas se negaron a sostenerlo. Estaba exhausto, tenía las rodillas temblorosas y agujetas en la tripa de la tensión que había soportado durante la larga sesión de sexo. Apoyó las manos en la cama y dio un tambaleante paso. Estaba tan agotado que apenas podía andar, y sin embargo se sentía mejor que nunca. Animado, relajado y extrañamente... ¿feliz?

Desde luego, el sexo le había reblandecido el cerebro, pensó encendiendo la linterna del móvil para encontrar el baño. Entró, pero no encendió la luz hasta tener la puerta cerrada: le tenía mucho aprecio a su vida como para disgustar a Avril. Sonrió divertido, ¿quién habría pensado que la Reina tuviera tan mal despertar?

Se dio una ducha rápida, más para despertarse y revitalizarse que para

limpiarse, pues tendría que volver a ponerse su ropa sucia. Al acabar, se paró frente al espejo y una sonrisa afloró a sus labios. No había soñado los dos últimos polvos, pensó observando las nuevas marcas que lucía. Dos en el cuello y una en la tripa, el pecho, el hombro, la ingle y la cadera... Siete en total, porque cuando se la había comido no lo había marcado. ¿O sí? Se miró el pene.

No había ninguna marca allí.

Ocho jodidos orgasmos. Santo Dios, ¿cuánto tiempo habían pasado follando?

Trató de calcularlo, pero los períodos de sueño se mezclaban con los de actividad, haciéndole imposible saberlo. No obstante, a tenor de lo cansado que estaba dudaba que hubiera dormido más de cuatro horas, y eso contando los descansos entre polvo y polvo. Y, a pesar de todo, se sentía más despierto que nunca. Más vivo, más fuerte, más... lúcido. Como si hubiera salido de un horrible letargo que lo lastraba y le impedía pensar. Y vivir.

Encendió de nuevo la linterna y salió del baño para buscar su ropa. La encontró en el sofá Chester, dentro de una bolsa, y, junto a ella, unos vaqueros, una camiseta y una cazadora que le había visto en algunas ocasiones a Kaos. Sobre ésta, un billete que le daría de sobra para pagar un taxi que lo llevara a casa.

Por lo visto, antes de caer rendida, Avril había pensado en él, y había movido los hilos para proveerlo de lo que necesitaba. Igual que había hecho con la silla que de repente había aparecido en la Madriguera o con la ropa que le prestó Kaos hacía varios días.

Un millón de mariposas despegaron en su tripa mientras se volvía para observar a la intuitiva, eficiente y gruñona mujer que dormía con la cabeza bajo la almohada. Le había pedido dolor y ella le había dado placer. Y mucho más. Seguridad. Fuerza. Pasión. Entrega. Y al hacerlo había hecho desaparecer sus demonios, pensó al darse cuenta de por qué sentía el ánimo tan ligero. Esa

noche había sido... lenitiva. Tal parecía que estar con Avril era una potente medicina que había curado su corazón herido.

Sólo que él no tenía corazón.

Pero ella había dicho que lo sentía latir.

Y pensó que, tal vez, ya había pagado suficiente por sus pecados y no debería seguir sufriendo.

Entornó los ojos, confundido por ese repentino e insólito sentimiento. Seguramente sería un efecto secundario del exceso de sexo. Se vistió y abrió la puerta para irse, pero lo pensó mejor y regresó a la cama iluminado por la tenue luz del pasillo. Puso una rodilla sobre el colchón y, apartando la almohada, se inclinó para besar a Avril en el hombro. Luego en la nuca. Desde ahí bajó dejando un reguero de besos por su columna vertebral, hasta que ella se dio la vuelta perezosa como una gatita y lo miró adormilada. Uriel sonrió y se acercó a sus labios. La besó. Ella respondió al beso. Y, un buen rato después, Avril lucía la que tal vez fuera la primera marca de su vida.

—Debería castigarte por hacer trampas —comentó mirándolo con el ceño fruncido a la vez que se tocaba el lugar donde Uriel le había hecho un chupetón.

—No las he hecho. Esta vez he sido yo quien te ha montado, así que estoy en mi derecho de marcarte —replicó burlón, quitándose el preservativo y arreglándose la ropa que no había llegado a quitarse—. Pero si quieres castigarme estoy dispuesto a aceptarlo. —Se tumbó en la cama y puso los brazos en cruz, como si de nuevo estuviera atado. Le había cogido cierto gusto a la masturbación forzada.

—No cuele —rechazó Avril girándose para volver a meter la cabeza bajo la almohada.

Uriel estalló en carcajadas. ¡Joder, qué bien lo conocía!

Salió de la habitación y recorrió dichoso el pasillo hacia la Ratonera. Tenía ganas de reír. De gritar. De saltar. Y mientras subía la escalera que lo llevaría a la calle, se planteó que a esas horas el Lirio Negro estaría cerrado, por lo

que, ¿cómo iba a salir? Su duda quedó resuelta cuando se encontró con Kaos recepcionando un cargamento de bebidas.

—Vaya, ¡has sobrevivido! —exclamó sorprendido a la vez que despedía a un hombre cargado con una carretilla de cascos de refrescos vacíos.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —repuso Uriel picado—. ¿Acaso crees que la Reina elegiría a un pelele para pasar la noche?

—Por supuesto que no, sé de sobra cómo se las gasta Avril —replicó Kaos con una sonrisa pícaro que Uriel sintió ganas de borrar de un puñetazo por lo que insinuaba.

Por supuesto, no era de su incumbencia con quién se acostaba o dejaba de acostarse Avril, pero le molestaba que Kaos alardeara de ello. Aunque tampoco era que se estuviera jactando, en realidad. Sólo señalaba un hecho, pensó guardándose su mal genio.

—¿Cuántos han sido? ¿Cuatro? ¿Cinco? —prosiguió Kaos malicioso, interpretando a la perfección la mirada de Uriel. Así que el semental estaba picado... Por Dios, esa historia se estaba volviendo más divertida por momentos—. No respondas, no me interesa. No es a pasar la noche jodiendo con Avril a lo que me sorprende que sobrevivas, sino al «cariñoso» despertar de la Reina. Interrumpir su sueño puede resultar peligroso. Pero ya veo que sigues de una pieza. Eso significa que o la has dejado muy cansada o has sido muy sigiloso al irte.

—Tal vez ambas —apuntó Uriel un poco molesto por lo bien que Kaos conocía a Avril. Aunque no debería extrañarse: eran socios, seguro que tenían una relación estrecha. Quizá demasiado estrecha. De nuevo tuvo que recordarse que eso no era de su incumbencia.

—O tal vez es porque, además de ser un semental muy sigiloso, también te tiene mucho aprecio —agregó Kaos guiñándole un ojo. Y con esa frase se reconcilió con Uriel—. Por cierto, te sienta genial mi ropa.

—Sí, gracias. La mía está hecha un asco. Te la devolveré el sábado.

—No te preocupes. Me gusta cómo te sienta —admitió Kaos acercándose a

él. Posó una mano en la cadera de Uriel y lo rodeó deslizándola por su trasero y su vientre, entrepierna incluida, hasta completar la vuelta—. Aunque me gustas más cuando llevas tu estilosa y elegante ropa..., creo que me pasaré por tu camisería para que me hagas una camisa a medida.

Uriel lo miró sorprendido.

—¿Cómo sabes que soy camisero?

—Avril me lo ha dicho.

—Claro. Pásate cuando quieras, le diré a mi compañero que te haga descuento —le dijo sin conseguir ocultar la sonrisa que le provocó saber que Avril hablaba de él con sus socios.

—Por cierto, semental —lo llamó Kaos—, que sepas que hoy me has pillado aquí de chiripa. Normalmente a estas horas estoy durmiendo. Y con eso no quiero decir que te espere en mi cama, aunque, por supuesto, tú y tus dieciocho centímetros sois más que bienvenidos —señaló malicioso—, sino que la próxima vez que te quedas a dormir con Avril salgas por el portal...

—¿Por el portal? —Uriel lo miró confuso.

—¿No te lo ha dicho? Imagino que estaría agotada después de pasar toda la noche montándote —comentó insidioso—. Cuando salgas del dormitorio, en lugar de ir a la izquierda, ve a la derecha: la puerta que está al fondo del pasillo da a un portal. ¿Tienes buena memoria?

Uriel asintió y Kaos le recitó un código que debía marcar en el panel de seguridad que había junto a la puerta y que le daría treinta segundos para salir sin que saltara la alarma. No la desconectaba y tampoco valía para abrirla y entrar desde el portal: era sólo un código de salida.

Uriel aceptó la información agradecido y no poco sorprendido, pues desde luego pensaba quedarse a dormir más veces, aunque, por supuesto, dependería de la Reina. Salió a la calle y buscó un taxi. Era demasiado tarde para perder el tiempo en el transporte público. El noveno polvo lo había entretenido robándole un tiempo que no tenía y ya eran casi las nueve.

Un buen rato después estaba en su casa, eligiendo el traje que llevaría al

trabajo. No le apetecía nada serio. Necesitaba algo vivo. Alegre. Su mirada se detuvo en un traje que había comprado en un arrebató. Se había enamorado de él al verlo expuesto en una sastrería y, a pesar de que dudaba que alguna vez se lo pusiera, pues era un estilismo demasiado arriesgado incluso para él, lo compró. Y ahora, no sabía bien por qué, necesitaba llevarlo. Se lo puso y lo complementó con un pañuelo al bolsillo y una corbata que no pasarían desapercibidos. Añadió un último complemento que haría chirriar los dientes a Rodrigo y se puso la gabardina.

Salió a la calle y, a pesar de estar lloviendo a mares, el día le pareció luminoso. Perfecto en cada uno de sus matices, desde los charcos que convertían el suelo en un paisaje de oscuros oasis a los tímidos rayos de sol que se colaban entre los nubarrones chocolateados. Se encaminó a la estación de metro, atento a la carretera para interceptar un taxi si milagrosamente hubiera alguno libre. Y, tal vez porque los hados se habían aliado a su favor, encontró uno casi al instante. Y mientras el vehículo avanzaba laboriosamente entre el denso tráfico de Madrid se recostó contra el asiento y trató de interpretar las sensaciones que lo recorrían.

A pesar del agotamiento, de la falta de sueño, de la amenaza de Némesis y de los horribles recuerdos que le habían despertado las fotos de la muerte de Roser, se sentía mejor que nunca. De hecho, ahora que la pátina de desesperación que infectaba su mente había desaparecido y podía pensar con lucidez, se daba cuenta de que estaba pasando por uno de los mejores momentos de su vida. Tenía amigos que lo apreciaban, un jefe que lo respetaba y una reina que lo había reclamado como suyo para luego atarlo a su cama y follarlo ocho, no, nueve veces en una noche.

Se sentía querido, aceptado, necesario y... feliz. Sí, joder, feliz. Y satisfecho. Y delirantemente alegre. Tanto que le costaba no sonreír.

Puede que sólo le quedaran unas semanas antes de que sus amigos lo aborrecieran y su jefe lo despreciara. Pero ahora estaba allí. Y nadie, excepto Némesis, lo odiaba. Y pensaba disfrutar de ese inesperado regalo. Iba a

pasarle bien, a bromear con Calix, a robarle besos a Iskra y a coquetear con ella en la boda delante de las narices de su flamante marido. Y también iba a escandalizar a Rodrigo con sus estilismos y a compartir la cama de Avril cada noche que ella lo dejara.

Ojalá durara para siempre.

¿Y por qué no podía durar?, se dijo sobresaltado, y el corazón le golpeó el pecho con tanta fuerza que pareció explotar.

Calix e Iskra lo conocían bien, sabían de lo que era capaz y, aun así, no lo habían echado de casa. Claro que todavía no lo sabían todo. Pero podía contárselo; de hecho, ¿por qué se había empeñado en ocultárselo? Era ridículo, pensó con una lucidez que hacía años no sentía. Antes o después, Némesis les descubriría el hombre que había sido. ¿Por qué esperar y darle más poder con su silencio? ¿Por qué no anticiparse y abrirles su alma? Se enfadarían por lo que había hecho, sobre todo Calix, pero lo perdonarían. Eran sus amigos y lo querían sin reservas, Iskra se lo había dicho mil veces y ella jamás mentía. No lo echarían de casa. Ni dejarían de hablarle. Ni lo odiarían.

Se sinceraría con ellos, decidió sintiéndose más ligero que nunca.

La sensación de ingravidez desapareció al pensar en Rodrigo. Era un hombre chapado a la antigua que no comulgaba con el desenfreno ni la infidelidad. Némesis no tendría problemas en ponerlo en su contra, reflexionó atenazado. Pero luego recordó que su jefe era un hombre íntegro que jamás juzgaba a nadie por lo que le decían, sino por lo que veía por sí mismo. No lo despediría por unas cuantas fotos del pasado. Lo juzgaría por el hombre que era ahora, no por el que fue hace años.

Así que, mientras durara, pensaba disfrutar como nunca. Con Avril.

Se le detuvo el corazón al pensar que Némesis podría hacer que ella lo odiara, pero enseguida latió de nuevo, más animado incluso que antes.

No iba a perder a Avril. Si Némesis se atrevía a molestarla, ella era muy capaz de reventarle la cabeza con sus propias manos, pensó sonriente. Además, no era como si hubiera algo profundo entre ellos, sólo era sexo.

Frunció el ceño ante tan flagrante mentira. Era mucho más que sexo, se estaban convirtiendo en amigos. Más que amigos en realidad. Con ella se sentía... completo.

El taxi se detuvo frente a la camisería y Uriel se dirigió a la puerta con una determinación que hacía años que no tenía.

* * *

—Parece que Uriel se ha levantado bastante... animado —comentó Rodrigo con la mirada fija en la puerta de cristal y el hombre que había tras ella.

Calix levantó la vista de las facturas y no pudo evitar parpadear asombrado. Decir que Uriel se había levantado animado era quedarse corto. Parecía refulgir.

Bajo la gabardina abierta, vestía un atrevidísimo traje blanco de tres piezas y una camisa del mismo color con las palas del cuello cerradas y unidas con un imperdible dorado. El pañuelo del tono del vino tinto y la corbata en jacquard granate destacaban sobre la base blanca. Completaba su estilismo un gorro rojo de chenilla que llevaba encajado hasta media frente y del que escapaban mechones de pelo, dándole una apariencia desenfadada. Y tan irreverente conjunto, en lugar de hacerlo parecer ridículo, formaba una combinación inesperada y efectista que ratificaba el definido estilo y la osada personalidad de Uriel.

—Siento llegar tarde —se disculpó entrando en la tienda—, me surgió un imprevisto.

—Y yo siento que tengas que quedarte hoy a comer para recuperar la hora que has perdido y que me debes —replicó Rodrigo con gesto severo.

—Hoy no puedo —rechazó Uriel—, tengo algo muy importante que hacer a esa hora.

—¿Más que cumplir con tu trabajo? —masculló Calix enfadado. El día anterior le había dado un susto de muerte y ahora estaba tan contento y

rechazaba trabajar lo que le correspondía. ¡Eso ya pasaba de castaño oscuro!

—Mucho más —aseveró Uriel fijando sus ojos en él—. Tengo que hablar con Iskra y contigo y no quiero dejarlo para más tarde —anunció con voz grave para luego reiterar sus disculpas a Rodrigo y dirigirse al taller, de donde no salió en toda la mañana.

* * *

—Y ésa es toda la historia —finalizó Uriel cuando faltaban veinticuatro minutos para ir a trabajar.

—Menudo cabronazo eras —señaló Calix sin saber bien qué decir.

—Y lo sigo siendo. No creas que he cambiado o que soy mejor persona, porque no es así —puntualizó Uriel a la defensiva antes de fijar la mirada en sus manos.

Les había abierto su alma, contándoles lo peor de él mientras los miraba a los ojos. Pero ahora que había concluido no podía enfrentarse a ellos. Porque sabía lo que estarían pensando. De hecho, Calix se lo había dicho abiertamente: era un cabrón frío y calculador que había arruinado la vida a Roser y, por ende, matado a su propio hijo. Aunque esto último no se lo había dicho. No había podido. Pero tampoco era que hiciera falta. Ellos habían visto las fotografías del suicidio y en ellas era evidente la tripa abultada de su mujer.

Vio con el rabillo del ojo que Iskra rodeaba la mesa. Un instante después se sentó en su regazo y le pasó los brazos por el cuello apoyando la cabeza contra su hombro.

No pudo evitar abrazarla y hundir la cara en su espesa melena. La paz que había sentido al despertarse, y que había perdido durante la mañana mientras pensaba intranquilo en lo que iba a contarles, regresó. Le deslizó las manos por los costados para envolverle la diminuta cintura y, tras tomar una gran bocanada de aire, la apartó de sí.

—No seas buena conmigo, princesa, no me lo merezco —susurró besándola en la frente antes de fijar la vista en Calix y decir con voz grave—: Esto no ha hecho más que comenzar.

—¿Crees que va a empeorar? —le preguntó él.

—No lo creo, lo sé. Va a ir a por mí a través de vosotros.

—Tienes que denunciarlo, Uriel —le exigió Iskra.

—No sirve de nada.

—No puedes saberlo.

—Al contrario, tengo bastante experiencia en el tema —resopló desdeñoso.

—Ya lo has denunciado antes —dijo Calix, y no era una pregunta.

Uriel asintió con un gesto.

—¿Qué pasó? —quiso saber Iskra.

—¿La versión resumida? Nada.

—¿Y la extendida? —indagó Calix.

—Revisaron las fotos que mandó a mis vecinos, buscaron huellas, hablaron con mis suegros y las amigas de Roser e investigaron un poco. Y no encontraron nada.

Calix arqueó las cejas.

—¿Les mandó fotos a tus vecinos?

—Y a mi casero, y a los tenderos del mercado, incluso al dueño del bar en el que desayunaba. Cualquiera persona con la que me relacionara era susceptible de recibir un regalito. Y eso resultó bastante incómodo, la verdad, porque todos conocían a Roser y sabían que era mi esposa, y recibir fotos de orgías en las que el principal protagonista era yo no les sentó muy bien. No tardaron en atar cabos y descubrir qué, o, mejor dicho, quién la había llevado por la calle de la amargura hasta conseguir que, en fin, echara a volar.

—¿Y qué pasó con las amigas y los padres de Roser? Has dicho que los interrogaron.

—No. He dicho que hablaron con ellos, que es distinto —puntualizó Uriel con un resoplido—. Descubrieron que Roser llevaba un año sin hablarse con

sus amigas; por lo visto, las expulsó de su vida cuando le dijeron que yo le ponía los cuernos. Las perdió por defenderme a mí, cuando yo era culpable. Qué estúpida —masculló furioso.

—¿Y tus suegros?

—Mi suegro me borró de su vida tras la muerte de Roser, y mi suegra vive en el pueblo y Roser sólo la veía en las fiestas. Yo, ni eso, pues aprovechaba para quedarme follando cuando ella iba con su padre a las romerías —confesó asqueado—. La policía habló con ellos, pero no encontraron nada sospechoso. Así que, cuando me cansé de tener que bajarme del autobús a tres paradas de mi casa para que me vendieran el pan y la comida, retiré la denuncia y me largué.

—Y comenzaste tu periplo por España y por Europa —concluyó Calix, recordando lo que había leído en el currículum de Uriel cuando hizo la entrevista para el trabajo.

—Recorrí España durante tres años. Al principio trabajé de maestro camisero, pero al cabo de un par de años comencé a buscar empleos que no tuvieran nada que ver con eso.

—¿Por qué? —Iskra lo miró confundida. Construir camisetas era toda su vida. Jamás había conocido a nadie que adorara tanto su trabajo, excepto tal vez Rodrigo. Ambos eran camiseros vocacionales. Y por eso sus creaciones eran tan maravillosas.

—Pensé que si me alejaba del gremio Némesis lo tendría más difícil para encontrarme, pero fue inútil. Nunca pasa demasiado tiempo antes de que dé conmigo y retome su afición de enviarme muñecos desmembrados y fotos. Al principio sólo me las mandaba a mí, pero si no me iba lo suficientemente rápido, pronto comenzaban a llegarles a mis jefes y a mis vecinos. Y ya habéis visto las fotos, no se puede decir que me dejen en muy buen lugar —dijo indiferente, como si eso lo explicara todo.

—Así que te fuiste del país.

—Sí. Mi suegro me paga cada año los beneficios que me corresponden por

las acciones que Roser me regaló, más que nada porque, como soy un puto cabrón, lo amenacé con obligarlo a vender la tienda si no lo hacía. Estuve esos tres años guardando el dinero y un buen día pensé que el mejor uso que podía darle era gastármelo en viajar. Y eso hice. Me largué a Italia.

—Y conseguiste trabajo en el taller de Finollo —señaló Calix recordando su currículó.

Iskra abrió unos ojos como platos. Finollo estaba reconocido como uno de los mejores camiseros del planeta, si no el mejor. Trabajar con él era algo casi imposible. Había que tener mucho nivel y pericia. Y la verdad era que Uriel los tenía.

—Fue un sueño hecho realidad. —Uriel esbozó una melancólica sonrisa—. Es detallista y pulcro, de maneras refinadas y con un corte magistral, su trabajo es innovador y vanguardista. Aprendí muchísimo con él en esos meses.

—¿Por qué no te quedaste más tiempo? —inquirió Iskra, temiendo oír la respuesta.

—Némesis me encontró.

La pareja intuyó lo que pasó a continuación. Y no era difícil de entender la reacción del viejo camisero. Ellos conocían a Uriel desde hacía un año, vivían y trabajaban con él, habían pasado juntos buenos y malos momentos, y sabían sus defectos y sus cualidades. Habían forjado una fuerte amistad que unas cuantas fotos no iban a romper. Pero ¿qué habría pasado si las fotografías hubieran llegado cuando apenas lo conocían y pensaban que era un insolente con el ego disparado y la libido desbocada? Tal vez todo habría sido distinto. Quizá se habrían comportado igual que los demás, despreciándolo y dándole la espalda.

—Por lo que nos has contado, Némesis nunca ha tardado más que unos meses en encontrarte... Excepto esta vez —apuntó Calix, observándolo confundido.

—Sí, creo que es porque... —Uriel se calló, remiso a exponer hasta la última de sus miserias, pero, qué coño, había decidido no ocultarles nada y

eso haría—. Hace dos años toqué fondo. Estaba harto de la soledad, de estar siempre alerta esperando su siguiente ataque... Y me rompí. Quería pagar por lo que había hecho, hacer que todo acabara y dejar de sentirme miserable. Así que intenté purgar mis pecados sometiéndome a terribles sesiones de corte sádico con bastante asiduidad. Pagaba para que me azotaran y me torturaran, para que me degradaran y me mortificaran. Les rogaba que me quebraran hasta que dejaba de pensar. Pero ningún castigo era suficiente porque, cuando conseguía acallar mis remordimientos, Némesis me los recordaba. Así que decidí dejarlo todo atrás. Regresé a España y utilicé el poco dinero que me quedaba para alquilar una casa medio derruida en un pueblo alejado de todo. Viví aislado durante casi un año. Pensé que si no tenía cuenta en ningún banco ni me daba de alta en la Seguridad Social no podría encontrarme. Y por lo visto así fue, porque pasé un año sabático en el que me desintoxiqué, por así decirlo, de mi necesidad de expiar con dolor mis remordimientos, aunque suelo dejarme llevar un par de veces al año en fechas puntuales, como mi aniversario... o el día que nos dimos el primer beso. —Miró a Calix, y éste recordó lo roto y frágil que le había parecido cuando lo sacó del taxi el 30 de junio anterior—. Al cabo de un año estaba hasta las narices de la soledad y se me estaba acabando el dinero. Además, tenía que volver a abrirme una cuenta en el banco para ingresar los beneficios de la camisería. Así que busqué trabajo. Visité un par de tiendas antes de dar con la de Rodrigo y enamorarme de sus camisas... y de su guapo dependiente —dijo burlón, guiñándole un ojo a su compañero.

—Y Némesis ha vuelto a encontrarte —señaló Calix, con pocas ganas de bromas.

—Pero no vamos a dejar que te haga más daño —intervino Iskra con fiereza.

—Y para eso tienes que denunciarlo... —añadió Calix.

—No. Ya os he dicho que no sirve de nada —rechazó Uriel.

—No los dejaste acabar la investigación, tú mismo lo has dicho, retiraste la

denuncia antes de que pudieran llegar a alguna conclusión.

—Paso. Me da pereza —repuso socarrón poniéndose en pie—. No sé vosotros, pero yo no quiero volver a llegar tarde al trabajo, y es lo que sucederá si seguimos aquí charlando.

—Por lo menos habla con Adán, él es policía, seguro que puede darte algún consejo —le pidió Iskra, colgándose de su brazo.

—Iskra, no...

—Por favor, Uriel, no soporto pensar que ese monstruo va a seguir haciéndote daño y no vas a hacer nada por impedirselo. Habla con Adán, es nuestro amigo, seguro que te puede ayudar... —«Y tal vez incluso convencerte de volver a acudir a la policía.»

—Está bien, hablaré con él esta noche —accedió, incapaz de negarle nada.

Dulce Roser, hoy lo he visto comprando en el mercado como si tal cosa. Y todo el mundo le daba el pésame y él se lamentaba de tu muerte, lo miraban como si fuera un pobrecito viudo desconsolado, pero no lo es. Es un hijo de puta que merece la muerte, un asesino sin escrúpulos. Y no voy a permitir que se salga con la suya. Antes de coger el avión voy a pasearme por el mercado y a hablar con todos los tenderos. Les voy a contar lo que te hizo. Les quitaré la venda de los ojos y conseguiré que lo odien como merece. Tu muerte no quedará impune.

USUARIO OJITO CONMIGO, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A DULCE ROSER,
15 DE ENERO DE 2012

Uriel se puso la gabardina y fue a la puerta de la tienda. Iskra y Calix ya estaban en la calle, esperando a que Rodrigo cerrara. O más bien vigilando para impedir que tratara de escaparse, porque, si no, ¿a cuento de qué estaban fuera, bajo la lluvia, placando la puerta como dos jugadores de rugby en lugar de refugiados bajo algún balcón? Por lo visto, no se fiaban de que los acompañara dócilmente a hablar con Adán. Y hacían bien. Se había comprometido a hacerlo, pero desde que le arrancaran la promesa habían pasado varias horas y le había dado tiempo a arrepentirse. Porque, la verdad, no le apetecía en absoluto exponer sus miserias al policía, pues, además de pertenecer a un gremio con el que no hacía buenas migas, también era un vecino. Y por experiencia sabía que lo único peor que someterse a las

preguntas de la poli era ser interrogado por los vecinos. Y Adán era ambas cosas.

Salió a la calle y, como si fueran sus guardaespaldas, Iskra se colocó en su flanco derecho y Calix en el izquierdo, lo cual no dejaba de ser ridículo, pues, aunque la acera era bastante ancha, la ocupaban casi en su totalidad. Sólo esperaba que Rodrigo no se situara delante de él y Rosalía a su espalda. Sería bastante incómodo caminar con ellos rodeándolo como si fueran policías escoltando a un peligroso convicto.

Había sido mucho desear, pensó poco después mientras se dirigían a la estación de metro como si fueran una pequeña bandada de gansos caminando en diamante. Él, por supuesto, iba en el centro. Miró a ambos lados y, esbozando una sonrisilla traviesa, frenó en seco e hizo ademán de echar a correr. Tal como había supuesto, Calix hizo un quiebro situándose frente a él e Iskra trató de atraparlo. Rodrigo y Rosalía, sin embargo, no abandonaron su posición. ¡Bien por ellos!

—¿Qué pasa? —le preguntó Calix mosqueado por su jugada.

—Nada, sólo quería comprobar si me impediríais escapar —contestó Uriel con malicia.

—No seas capullo, tío —masculló Calix, observándolo con los ojos entornados.

—Claro que lo soy, el más capullo de todos. De hecho, he sido creado con el único propósito de fastidiarte —replicó Uriel con buen humor, fingiendo golpearle el estómago.

Calix detuvo su puño y, con una llave que nada tenía que envidiar a las de Bruce Lee, le agarró la muñeca y se la giró a la espalda, pegándolo a él para inmovilizarlo.

—No te acerques tanto, que me pones cachondo —lo avisó Uriel jugueteando, poniendo morritos como si le pidiera un beso.

Y Calix estuvo a punto de suspirar aliviado al ver que el antiguo Uriel había regresado. Volvía a ser el hombre de carácter endemoniado y descarado

de siempre. Y, si la intuición no le fallaba, la Reina había tenido algo —mucho — que ver con tan drástico cambio.

Joder, estaba deseando conocer a esa hacedora de milagros.

—¿Todavía te quedan fuerzas para empalmarte después de lo de anoche? Eso es que la Reina no te dejó satisfecho —soltó mordaz con la intención de sonsacarle qué tal había ido la noche.

—Nueve —le susurró Uriel al oído, luego le atrapó el lóbulo de la oreja entre los dientes y dio un suave tirón antes de alejarse.

—¿Nueve? —Calix lo miró pasmado y fue tras él—. ¿Nueve qué?

—¿Tú que crees? —replicó ufano.

—Joder, sí que te tenía ganas —jadeó maravillado.

—No tantas como yo a ella —musitó Uriel sonriente antes de mirar a Calix con gesto contrito—. No voy a ir a casa ahora.

—Prometiste...

—Y lo haré —lo interrumpió Uriel—. Hablaré con Adán. Mañana.

—De nada sirve postergarlo, excepto para que Némesis siga...

—Mañana —repitió Uriel cortándolo en seco—. Los viernes Avril sale con su querido Kay —y por su tono malhumorado Calix intuyó que eso no le hacía ninguna gracia—, por lo que no tendré nada mejor que hacer que someterme al interrogatorio de ese poli, pero hoy... Hoy es mía —afirmó dándose cuenta de que así era. Era jueves, lo que significaba que no habría mucha gente en el Lirio Negro y podría tenerla sólo para él.

Calix lo observó estupefacto, de repente parecía... distinto. Algo brillaba en su mirada y lo hacía parecer más joven. Y ese algo, comprendió, era Ilusión. Con mayúsculas. No deseo ni lujuria, sino Ilusión. Una ilusión pura y deslumbrante que le iluminó la cara arrancándole una entusiasmada sonrisa que nunca le había visto.

—Mañana hablaré con Adán, te lo prometo —reiteró apretándole los hombros en una cariñosa despedida antes de dar media vuelta e ir a la calzada para buscar un taxi.

—¡Uriel! —gritó Iskra siguiéndolo.

Él se volvió para repetir su promesa, pero se calló atónito cuando ella sacó una invitación del bolso y se la tendió muy seria.

—No te olvides de dársela —le advirtió con voz severa.

Él asintió con gravedad y un segundo después paró el que tal vez fuera el único taxi libre de todo Madrid.

—¿Cómo lo consigue? —susurró Calix pasmado. Pillar un taxi lloviendo era milagroso.

—Tal vez la diosa Fortuna por fin se ha puesto de su parte —comentó Rodrigo—. Ya iba siendo hora.

Ninguno de los dos se percató de la mujer que, parada junto a la calzada, buscaba frenética un taxi mientras observaba furiosa aquel en el que se había montado Uriel.

* * *

Uriel bajó del taxi sintiéndose extrañamente aturdido, casi como si fuera un ser etéreo sin un cuerpo torpe y pesado que lo lastrara a la tierra. Sacudió la cabeza, consciente de que esa desconcertante sensación estaba producida por la falta de sueño. De hecho, esa falta de sueño era la única explicación posible a su repentina decisión de ir al Lirio Negro sin antes pasar por casa a comprobar que Némesis no hubiera dejado ningún regalito. Pero lo cierto era que no le importaba, comprendió sorprendido. Si hubiera dejado algún recadito en el portal, Gala lo habría avisado, y si lo dejaba en casa Calix e Iskra no se asustarían. Les había contado la verdad, sabían lo que había hecho y, aun así, no lo odiaban. Todo lo demás no importaba. Por primera vez en siete años tenía amigos que lo apoyaban y, en cierto modo, lo protegían. No había necesidad de que corriera a casa. Si Némesis le había dejado algo, ya se ocuparía de ello más tarde. O a la mañana siguiente. O tal vez nunca.

Se paró frente a la puerta del Lirio Negro pero no la abrió. No quería entrar

en el Infierno. Al menos, no tan pronto. Oh, por supuesto que quería volver a follarla. Pero eso no era urgente. Había otra cosa que deseaba aún más que volver a meterse en sus bragas.

Se dio media vuelta y se dirigió a uno de los bares que había en la calle. Entró, pidió una cerveza y, acodándose en la barra, sacó el teléfono y marcó un número.

Ella no tardó en contestar.

—Buenas noches, mi reina. Te gusta el dulce, ¿verdad? —Esperó su respuesta y Avril le arrancó una carcajada cuando le advirtió con voz severa que no lo dejaría acercarse a su reserva de donuts—. Tus donuts están a salvo, por ahora —bromeó desafiante—. Estaba pensando en... ¿Conoces La Mallorquina? ¡No! No me lo puedo creer, eso es una herejía. Menos mal que aquí estoy yo para subsanarlo. ¿Te apetece tener una cita con tu rendido esclavo para conocer la mejor pastelería de Madrid? ¡Estupendo! —exclamó cuando ella, tras pensarlo un instante, aceptó la propuesta—. Te espero abajo, no tardes mucho o entraré a buscarte.

La línea se quedó en silencio un segundo y luego ella le preguntó dónde estaba exactamente.

—En el bar que hay frente al Lirio Negro, con una erección de caballo que aguarda impaciente a que la sofoques —respondió Uriel, satisfecho de haberla sorprendido.

* * *

Avril miró pasmada el teléfono antes de acordarse de apagarlo y salir a toda prisa de la Madriguera. Volvió a entrar casi al instante para apagar los monitores y llamar a Mike para decirle que no iba a estar vigilando, aunque en realidad tal advertencia era innecesaria. El jefe de seguridad del Lirio Negro hacía su trabajo sin importarle si ella estaba pendiente de los monitores, aunque, lógicamente, agradecía la ayuda extra los fines de semana, cuando el

volumen de clientes se desbordaba y un solo gesto de la Reina conseguía volverlos a la calma.

Una vez lo avisó, corrió por el pasillo hasta su dormitorio y fue directa al armario. Lo abrió y revisó con mirada amenazante la ropa que contenía. Dejó de lado las bermudas y las minifaldas y se decantó por unos pantalones. Estaba lloviendo, hacía frío y no sabía dónde estaba la pastelería.

Joder. Uriel le había pedido una cita.

Hacía tanto tiempo que nadie la invitaba a salir, a ella, a la mujer, no a la Reina del Infierno, que ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez. Más de una década, eso seguro.

Se vistió con rapidez y fue a la Ratonera para salir al Infierno. Julio estaba sentado tras su mesa, revisando encargos para las sesiones.

—Voy a salir, regresaré... —Se detuvo. No sabía cuánto tiempo iba a estar fuera. Aunque imaginó que no sería mucho, pues estaba anocheciendo y Uriel trabajaba al día siguiente—. Volveré dentro de un rato.

—Vale, no hay problema —aceptó Julio sin levantar la cabeza de una petición especialmente complicada. Desde luego, la gente estaba muy loca, pensó frunciendo el ceño, ¿de dónde coño iba a sacar suficiente ropa sucia y maloliente para crear una cama? ¿Por qué narices no podían excitarse como todo hijo de vecino con unas esposas y una fusta?—. ¿Se te ha olvidado comprar algo para el trabajo de Kay?

—No. Tengo una cita con Uriel —contestó Avril antes de irse.

Julio alzó la mirada, dudando que hubiera oído bien. Levantó el teléfono y llamó a Boris.

—Hazme un favor: Avril está a punto de salir, asómate a la puerta cuando lo haga y dime si está Uriel esperándola.

Dos minutos después le llegó la confirmación del portero.

Colgó, sonrió artero y volvió a descolgar para marcar el número de Kaos.

—¿A que no sabes quién tiene una cita con quién?

* * *

Avril salió a la calle y se dirigió al bar que había en la acera de enfrente. Se detuvo al borde de la calzada, esperando para pasar sin riesgo de ser atropellada, y en ese momento lo vio salir del establecimiento. Parecía un adonis con ese traje blanco, elegante y a la vez audaz. El pelo retirado de la cara por un gorro rojo y la cuidada barba de varios días le daban un aspecto desenfadado que enfatizaba sus ojos pícaros y su mentón afilado. Era hermoso, más que ningún hombre que hubiera conocido. Y le había pedido una cita. Sonrió mostrando sus colmillos y miró a ambos lados para cruzar. No llegó a hacerlo.

Uriel había salido del bar, dejando la cerveza a medias, en el mismo momento en que la vio traspasar las puertas del Lirio Negro pertrechada con unos pantalones de tartán rojo atravesados por cremalleras y hebillas, unas botas militares granates y una agresiva chupa de cuero negro con los huesos del esqueleto estampados en ella. Consiguió contener el impulso de saltar sobre los coches cuando la vio pararse al borde de la calzada, su maravillosa melena castaña volando alborotada por culpa del fuerte viento. Pero a lo que no pudo resistirse fue a la sonrisa que de repente curvó sus labios. Eran tan pocas las veces que ella sonreía que no pensaba perdersela. Así que calculó la velocidad de los coches y cruzó aprovechando un hueco inexistente.

Provocó un par de frenazos y uno pasó rozándolo, pero consiguió llegar hasta Avril sano y salvo. Se detuvo ante ella mirándola embobado.

—Eres preciosa —dijo sin poder contener su lengua.

—Y tú eres un mentiroso —le espetó cruzándose de brazos.

—En ocasiones lo soy, aunque prefiero moverme en un término medio entre la verdad y la mentira, ya sabes, para que no me pillen con facilidad. No obstante, no sé a qué mentira te refieres ahora. Si pudieras iluminarme te lo agradecería, pues así podría buscar una excusa con la que defenderme —replicó descarado.

Avril tuvo que luchar para mantener su papel de Ama severa y no estallar en carcajadas.

—No tienes una erección de caballo —repuso agarrándole posesiva la entrepierna.

—Bueno, eso se puede solucionar —susurró Uriel pegándose a ella, su pene comenzando a responder al erótico masaje—. Pero entonces tendríamos que ir al Infierno para saciarnos, y nos perderíamos los fantásticos bartolillos de La Mallorquina...

—Y eso sería una pena, entre un bollo y tu polla, desde luego me satisfará más el dulce —aceptó ella soltándolo.

—Creo que he cometido un grandísimo error —dijo Uriel gimoteando—. Acabo de buscarme un duro contrincante con quien disputarme las caricias de tu lengua.

—Siempre podemos echarle azúcar glas a tu polla.

—¿No sería mejor nata? Es más habitual —Le acarició las mejillas con los pulgares e inclinó la cabeza para besarla a la vez que ella se ponía de puntillas.

—Odio la nata —confesó Avril cuando se separaron—. Prefiero untarlo con miel.

—La miel es muy difícil de limpiar... —señaló Uriel.

—Lo sé.

Y había tal lascivia en su mirada que Uriel casi se arrepintió de su idea de llevarla a La Mallorquina. Casi. Le dio un beso rápido en esa nariz respingona que lo volvía loco y, enlazándola por la cintura, echó a andar. Por nada del mundo iba a cambiar su cita por un poco de sexo, por muy bueno que éste fuera.

Tomaron el metro, pues en esa ocasión la suerte no estuvo de su lado y no encontró ningún taxi libre, y en un periquete llegaron a la famosa pastelería. Pidieron un par de agujas de ternera, pues así aprovechaban para cenar, y de postre dos porciones de tarta de zanahoria.

Y Uriel no pudo evitar comparar a la Reina del Infierno con la princesa de su casa. Iskra había gemido y puesto la misma cara de placer que Avril al probar por primera vez los dulces de La Mallorquina. No le extrañaba en absoluto que Calix se hubiera excitado tanto. De hecho, él también se había excitado viendo comer a Iskra, pero ni punto de comparación con la enfebrecida y pulsante rigidez que llenaba sus pantalones ahora.

¡Dios, cuánto lo fascinaba! Avril era ferocidad y contención, mientras que él era pasión y desenfreno. Ella era una fuerza de la naturaleza, un alma libre que no tenía límites. Él estaba atrapado por sus pecados, limitado por un monstruo que lo obligaba a abrazar una soledad indeseada. No podían ser más distintos. Ni complementarse mejor.

—No me puedo creer que con lo mucho que te gusta el dulce jamás hayas venido aquí —comentó reclinándose en la silla para dar más espacio a su erección.

—No siempre he vivido en Madrid. Además, tampoco salgo mucho del Infierno, y cuando lo hago es para ir al cine o a algún centro comercial con Kay —se justificó antes de hundir la cuchara en la tarta—. Pero mañana le propondré venir, le gusta el dulce más que a mí —afirmó.

Y Uriel no pudo evitar fruncir el ceño al oír por enésima vez ese puñetero nombre. Joder, no le importaba una mierda lo que ella hiciera en su tiempo libre, ni con quién salía ni mucho menos a quién se follaba.

Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta con enrabiada frustración. Y al hacerlo tocó el sobre que le había dado Iskra. Chasqueó la lengua; si volvía a casa con él, su amiga era muy capaz de ir al Lirio Negro a buscar a Avril. Pero, por otro lado, era una absurdidad pedirle a ésta que lo acompañara a la boda. Joder, se reiría en su cara si lo hacía.

Acarició el sobre satinado, debatiéndose entre entregárselo o no. Siempre podía tirarlo a la basura y decirle a Iskra que había rechazado la invitación, matando dos pájaros de un tiro. Pero había una remotísima posibilidad de que

a Avril no le importara acompañarlo, de que incluso quisiera ir de su brazo a la boda.

Y esa estúpida esperanza fue lo que lo decidió.

Sacó la invitación del bolsillo y la lanzó sobre la mesa.

—Me lo han dado Iskra y Calix para ti —explicó.

Avril cogió el elegante sobre que Uriel había estropeado doblándolo por la mitad para guardárselo en el bolsillo y lo abrió. En su interior, una invitación en papel satinado anunciaba la boda de Calix e Iskra, y en ésta, algo escrito a mano con letra apresurada:

Te esperamos, no faltes.

Alzó la mirada hacia Uriel y éste se encogió de hombros.

—A Iskra le hace ilusión que vayas —aseveró con fingida indiferencia.

—¿Sólo a ella?

—Imagino a que Calix también, lo han firmado los dos, ¿no? —repuso malhumorado.

Avril entornó los ojos, llena de curiosidad, y abrió el otro papel que contenía el sobre. Parpadeó al ver que era un escueto mapa impreso a partir de una ruta de Google Maps. En éste, otro mensaje escrito a bolígrafo en el que le indicaban dónde podía coger el autocar que habían alquilado para llevar a los invitados.

Arqueó una ceja y miró a Uriel.

—Está empeñada en que vengas y no quiere darte excusas para que faltes —dijo él sin conseguir ocultar la sorpresa que le había producido ver el mapa. Desde luego no podía decirse que Iskra dejara nada al azar.

—Ya lo veo —repuso Avril, dejando la invitación en la mesa y centrando toda su atención en Uriel—. ¿Y tú qué quieres que haga?

—¡Vaya pregunta! —resopló burlón, aunque sus ojos no mostraban ni pizca de humor—. ¿Quién en su sano juicio querría perder el sábado en una boda?

Avril entornó los ojos ante su respuesta. La boda era un tema recurrente en

sus conversaciones y, aunque fingiera que no le apetecía ir, su entusiasmo e ilusión al detallarle los menús, el traje que iba a llevar, los invitados y el lugar en el que se iba a celebrar eran evidentes.

—Más aún si tienes que ir vestido de pingüino, o, en tu caso, con una pamelita —continuó Uriel con una sonrisa forzada, incómodo por el silencio de Avril. Estaba claro que una boda no era su idea de pasarlo bien.

—¿Una pamelita?

—Sí, o un tocado. Algo de ese estilo. ¿No te lo había dicho?

—Lo recordaría.

—Pues sí, las mujeres tienen que llevar pamelita. Y me parece justo. Si yo voy a parecer un pingüino, lo mínimo es que vosotras parezcáis una seta —señaló burlón—. No te preocupes, le diré a Iskra que estás muy ocupada y no puedes ir.

Estaba a punto de añadir algo más cuando un camarero se les acercó con la cuenta, a pesar de que no la habían pedido. Avril arqueó una ceja, extrañada por tal descortesía.

—Están a punto de cerrar —murmuró Uriel tras mirar el reloj.

Pagó la cuenta, guio a Avril a la salida como el caballero que nunca había sido y luego se dirigió a la parada de taxis de la calle Mayor. Se detuvo pensativo frente al primero de la fila. Él vivía cerca de allí, era tarde, estaba cansado, se caía de sueño y había parado de llover. Debería despedirse y volver a casa dando un paseo. Pero no le apetecía regresar y enfrentarse a la realidad. A Némesis. A los remordimientos y las pesadillas.

Así que siguió fingiendo que era un caballero. Abrió la puerta del taxi y entró tras ella.

—¿Dónde vives? —le preguntó a Avril cuando el taxista les pidió la dirección.

—En el Lirio Negro.

Uriel se quedó atónito, ¿vivía en el Lirio Negro? ¿Las dependencias de la Reina eran en realidad su casa? La miró perplejo hasta que cayó en la cuenta

de que seguramente querría regresar al trabajo. Le dio la dirección al conductor y se acomodó para el viaje. El calor que hacía en el taxi era agradable, el asiento era mullido y ella estaba a su lado.

Se le cerraron los ojos.

—Vives cerca, ¿por qué no le dices que te deje en casa? —Avril lo miró intrigada.

—No me apetece irme a dormir —respondió con voz plácida sin abrir los ojos.

Avril sonrió, cuidándose mucho de decir que no era eso lo que parecía.

No eres bueno, Uriel, eres un mal hombre, un marido cruel, y serás un padre horrible. Nada te importa excepto tú mismo. No sabes amar, sólo sabes utilizar. Y no voy a permitir que me sigas utilizando. Tampoco que quieras a mi hijo más que a mí, porque tu amor tiene fecha de caducidad y cuando ésta llega a su fin destrozas a quien se ha equivocado al quererte. Ahora crees querer al bebé, como yo creí que me querías a mí, pero te cansarás de él, como te cansaste de mí, y lo harás sufrir con tu indiferencia como me estás haciendo sufrir a mí. Y hasta que eso pase tendré que ver cómo lo acaricias mientras que a mí no me tocas, cómo lo besas mientras que a mí no me besas, cómo le das esperanzas mientras que a mí me las quitas. Y no puedo soportarlo.

Me lo llevo conmigo, es la única manera de protegerlo del monstruo que es su padre.

CARTA ENCONTRADA POR URIEL EN EL CAJÓN DE LA MESILLA
DE ROSER EL 25 DE DICIEMBRE DE 2011

Cuando Uriel salió del taxi volvía a llover, y fue una suerte, porque las gotas de agua sobre la cara lo arrancaron del aturdimiento que se había apoderado de él. Contuvo las ganas de sacudir la cabeza como un perro para acabar de despertarse y entró con Avril al Lirio Negro. No quería regresar a casa, allí sólo lo esperaba una cama vacía, una habitación oscura y una noche plagada de pesadillas. Y esa vez no había echado ocho jodidos polvos que lo dejaran tan exhausto como para dormir sin que la parca lo atormentara.

Fueron a la Madriguera y, en el momento en el que Avril marcó el código

en el panel y cruzaron la puerta, se lanzó sobre ella.

La besó con perezosa dedicación, sobreponiéndose al cansancio gracias al sabor de su boca y la calidez de su cuerpo. Necesitaba sentirla, bajo él o sobre él, le daba lo mismo. Estar dentro de ella y perderse de nuevo en el placer para conservar la esquivada paz que ahora sentía. Le desabrochó los pantalones y hundió la mano bajo las braguitas. Ella estaba húmeda y él preparado. La sentó en la mesa y tiró con violencia de los pantalones para quitárselos y penetrarla.

—Uriel, para.

Y él se detuvo en el acto, sus manos temblando sobre el vientre desnudo de la Reina.

—Necesito follarte —masculló entre dientes. Porque, si no lo hacía, si no la follaba, esa noche no tendría ninguna defensa cuando los remordimientos lo acosaran.

—No, eso es lo que crees, pero lo que en realidad necesitas es enfrentarte a tus demonios y exorcizarlos. Y eso no lo vas a conseguir con sexo.

—El sexo ayuda, como quedó demostrado ayer —replicó Uriel frustrado al comprender que esa noche no obtendría ningún orgasmo. Por lo visto, la Reina no estaba de humor. Y a él acababa de agriársele—. Pero es mucho mejor el dolor, que de hecho es lo que te pedí ayer. Se suponía que tenías que romperme, no llevarme al orgasmo.

—No. Lo que me pediste fue que te hiciera gritar. Y eso hice. Nueve veces.

—La novena vez fue cosa mía —repuso él con sorna—. No obstante, tienes razón, es lo que te pedí. La próxima vez trataré de ser más concreto en mis deseos —bufó sentándose en la que se había convertido en su silla para, acto seguido, fijar la mirada en los monitores que ella acababa de encender. No le interesaba seguir con esa conversación.

—¿Por qué crees que el dolor hace desaparecer tus demonios?

Pero, por lo visto, ella sí tenía intención de continuar con el tema, pensó malhumorado antes contestar a su pregunta. Ni siquiera se le pasó por la

cabeza no hacerlo. Si algo había aprendido era que la Reina no admitía las mentiras, aunque sí el silencio. Pero eso lo haría parecer cobarde. Si quería que lo respetara como hombre, tenía que ser valiente y sincerarse.

—No hace que desaparezcan, pero los aturde durante un tiempo. Es el tributo que pago por mis pecados.

—¿Pecados? ¿Acaso eres un niño al que deben castigar con unos azotes? —inquirió con voz glacial. Al parecer, no le había gustado lo que había oído.

—Merezco mucho más que unos azotes. ¿Quieres proporcionármelos?

—Dime por qué crees que los mereces y tal vez me sienta tentada de complacerte.

—Maté a mi mujer —afirmó fijando su oscura mirada en ella.

Esperaba que su respuesta la silenciara durante algunos segundos, los justos para que se planteara si creerlo o no, y, en caso afirmativo, decidiera si se asustaba o lo echaba del Infierno a patadas. Pero, como siempre, la había infravalorado. Era una reina. Nada la sorprendía. Nada, excepto que le pidiera una inocente cita para ir juntos a una pastelería.

—¿Cómo lo hiciste? —exigió saber Avril con genuina curiosidad. Era imposible que ese hombre hubiera matado a nadie en su vida y quería saber por qué él creía eso.

—Se tiró desde un noveno piso —contestó a su pregunta sorprendido y a la vez complacido de que no le hubiera soltado el consabido «cuánto lo lamento». Estaba harto de esa mierda.

—Eso parece más un suicidio que un asesinato —señaló Avril con absoluta lógica y sin asomo de compasión o pesar.

—Se tiró por mi culpa.

—¿La empujaste? —preguntó con indiferencia, evidenciando que no se lo creía.

—Más o menos —convino con desidia, la mirada fija en los monitores, como si la conversación no le interesara en absoluto.

—Qué interesante, ¿te costó mucho lanzarla al vacío por encima de la

barandilla o bastó con un fuerte empujón? —le planteó con un asomo de burla en la voz.

Y Uriel se volvió hacia ella, enfrentándola furioso. ¿Cómo se atrevía a no creerlo cuando le estaba diciendo la verdad?

—No necesité empujarla para que se tirara, me porté tan mal con ella que no encontré otra salida —contestó con los dientes apretados.

—¿Qué le hiciste?

—¿Qué más da? —repuso él, volviendo la atención a las pantallas.

—Siento curiosidad, ¿le robaste, la maltrataste, la...?

—¡Por Dios, Avril! ¡Jamás haría nada de eso! —gritó indignado.

—Entonces le fuiste infiel —dijo aburrida—. Por eso sueñas con una lamprea gigante que te devora la polla ante la presencia de una novia llorosa y una parca vengativa.

—Llevaba puesto su traje de novia cuando se suicidó —musitó Uriel, incapaz de silenciar los remordimientos—. No sólo le puse los cuernos. Le destrocé la vida. Era la hija de mi jefe, una niña ingenua llena de sueños románticos, y me aproveché de eso. La enamoré para fastidiar a su padre, que, por cierto, es un gilipollas integral. Me divertía pensar que me estaba follando a su hijita, que resultó ser una sosa de cojones. Pronto me aburrí de ella y también de trabajar para el viejo, así que me las arreglé para que nos pillara metiéndonos mano en la tienda. Era una buena manera de deshacerme de ella y, de paso, forzaba al padre a que me despidiera para así tener acceso al paro que tenía acumulado.

—Buena jugada —señaló Avril reconociendo la astucia del plan.

Y Uriel no pudo evitar mirarla sorprendido. ¿De verdad había dicho eso?

—Fue un plan inteligente, eso hay que reconocerlo —insistió Avril con brutal cinismo—. Y tampoco creo que fuera tan malo que te la follaras. Si antes jodías la mitad de bien que ahora, tuvo que pasárselo en grande.

—La engañé y la utilicé —replicó Uriel con pasmada furia. ¿Acaso no veía el monstruo que había sido? Que todavía era.

—¿Y quién no engaña ni utiliza? —rebatió ella—. ¿A ti nunca te han utilizado? A mí, sí. Y, ya ves, sigo viva, no me he quitado la vida ni nada por el estilo —expuso con voz gélida.

—A ti no te han traicionado como yo traicioné a Roser —la increpó él.

—Seguramente no. —Se reclinó en la silla y subió los pies a la mesa con desinteresada pereza—. Cada cual tiene su propio bagaje de traiciones y éstas pueden ser más o menos hirientes, pero desde luego, nunca iguales. ¿Por qué te casaste con ella?

—Porque su padre me despidió, como yo quería que hiciera, y ella me vino dando la tabarra para que buscara trabajo cerca y así poder seguir juntos. Le dije que me iba del país y que no podía llevármela. Pensé que así me libraría de ella, pero entonces me dijo que tenía la mitad de las acciones de la camisería y que obligaría a su padre a volver a contratarme. Y, joder, aproveché la oportunidad al vuelo. Siempre he soñado con tener mi propia camisería, ¿por qué no arrebatársela a ese hijo de puta? Así que la engatusé para que me las cediera, haciéndole pensar que era idea suya. Para conseguirlas tuve que pasar por el altar, algo que me importó una mierda. Nos casamos en Navidad, nos fuimos de luna de miel, y el mismo día que volvimos le puse los cuernos, como ya había hecho siendo novios. Seguí follando a destajo durante meses antes de que ella abriera los ojos y aceptara la verdad. Lo cierto es que ni siquiera me molestaba en esconderme, más bien al contrario, quería que me pillaran. Las acciones eran mías, no podían quitármelas, sólo era cuestión de tiempo que ella le fuera llorando a su papá —dijo con desprecio— y éste accediera a comprármelas por más de lo que valían a cambio de que me largara de Barcelona. Con eso podría montar mi negocio.

—No te ofendas, pero parece el argumento de una novela gótica.

—¿Me estás comparando con Heathcliff? —repuso esforzándose por esbozar una sonrisa burlona, aunque no le salió demasiado bien.

—Más bien con Montini ¹ —señaló ella.

—No me va mal ese papel, aunque yo, al contrario que Montini, sí conseguí arruinarle la vida a Roser hasta que ya no pudo soportarlo más.

—Y ella, en vez de arrancarte la piel a tiras o reventarte la cara de un puñetazo, se suicidó —resopló desdeñosa—. Qué estúpida. Y qué egoísta.

Uriel la miró confundido. ¿Estaba furiosa con Roser y no con él?

—No, Roser no era egoísta; al contrario, era...

—Por supuesto que lo era —lo interrumpió Avril—. Quien muere descansa, son los que quedan atrás los que sufren. Quitarse la vida es el mayor acto de egoísmo que hay, pues destrozas la de los que dejas atrás.

—¡Mi vida merecía ser destrozada! —estalló Uriel.

—¡No eres el puto ombligo del mundo! —lo increpó—. ¿Crees que sólo tú sufriste con su muerte? ¡No me jodas, coño! Roser tendría padres, abuelos, amigos, gente que la quería, aunque tú no lo hicieras. Por castigarte a ti, castigó a los demás. Era una niña estúpida y egoísta —sentenció colérica.

Algo se rompió dentro de Uriel al oír su aserción y el odio desgarrador que llevaba años tratando de contener estalló tratando de alcanzar la superficie. Un odio que no tenía derecho a sentir. Porque no tenía derecho a odiar a su mujer. Sólo a sí mismo. Porque sólo él tenía la culpa de lo que había pasado. La había hecho sufrir tanto que no le dejó otra opción que saltar. Pero ¿por qué ella no había reaccionado de otra manera? Podría haberle hecho la vida imposible. Podría haberle puesto trabas para ver a su hijo. Joder, incluso podría haberle clavado un cuchillo en el corazón y acabar con él.

Tenía mil maneras de castigarlo por todo lo que le había hecho.

Y ella había elegido la más atroz de todas.

Le había arrebatado la vida a su hijo.

Porque había sido ella quien lo había matado. ¡Ella! No él. Nunca él.

Avril tenía razón.

Él no la había empujado. No la había matado.

Y tampoco había matado a su pequeño.

Las palabras de Avril abrieron compuertas que los remordimientos habían

mantenido cerradas y el odio que durante años se había negado a sentir hacia Roser amenazó con desbordarse, impidiéndole respirar.

Se quedó rígido en la silla, las manos engarfiadas en los reposabrazos, tan paralizado por la hiel que apenas entraba aire en sus pulmones.

—Mató a mi hijo —musitó entre sus dientes apretados con voz apenas audible.

Avril lo miró horrorizada, incapaz de imaginarse el dolor de perder a un hijo.

—Roser estaba embarazada cuando se suicidó. El bebé murió con ella. Era un niño —continuó con voz temblorosa—. Lo mató por mi culpa. Para castigarme. Pero lo mató ella, no yo. —Fijó la vista en Avril, y sus ojos brillaban desafiantes, como si le costara creerse lo que afirmaba y la retara a contradecirlo.

—Así es —convino la chica con voz suave—. Ella lo mató.

—La odio —susurró volviendo la cabeza con rigidez hacia los monitores.

Se mantuvo en silencio, los dientes apretados con tanta fuerza que le temblaba la mandíbula. Tan tenso que parecía a punto de romperse. Y entonces sintió los dedos de Avril acariciándole la nuca, jugando con su pelo. Nada más. Ningún abrazo. Ningún beso. Ningún «cuánto lo siento». No le ofrecía compasión ni consuelo. Sólo le decía que estaba allí. Con él.

Y los diques se rompieron. Y la rabia, la frustración y el dolor se derramaron en un torrente de lágrimas imposible de contener. Y tuvo que abrir la boca para llenarse de aire los pulmones y exhalar un grito mudo que lo dejó sin aliento. Y mientras los dedos de ella seguían acariciándole la nuca, Uriel continuó gritando sin voz, aferrado a la silla como si le fuera la vida en ello. Hasta que los silenciosos alaridos se convirtieron en sollozos desgarrados que le agitaban el pecho y le impedían respirar. Entonces se volvió agarrando la mano de Avril y tiró de ella, sentándola en su regazo. Escondió la cara contra su hombro y con voz rota acabó de contarle la historia. Le habló de Némesis, de sus ataques, de su huida por Europa, del regreso a Madrid, de sus demonios

y su necesidad de dolor para vencerlos, de cómo Némesis iba a arrebatárselo todo otra vez, incluso a ella. Se vació por completo, mucho más de lo que había hecho con sus amigos pocas horas antes, y luego buscó sus labios. Y cuando ella le respondió agarrándolo del pelo y tirando para obligarlo a profundizar el beso, se sintió... liberado. A salvo. Fuerte. Redimido.

Bebió con avidez de su boca mientras se aferraba a su delgada cintura, anclándola a él, anclándose a ella. Y poco a poco el beso se fue suavizando, deteniendo, hasta que quedó en suspenso con sus labios unidos, como si el tiempo se hubiera parado.

Avril sonrió al comprender que la violencia con que se habían desbordado sus emociones lo había agotado, sumiéndolo en un sueño reparador. Se apartó muy despacio, reacia a despertarlo, y le colocó la cabeza de manera que descansara sin adoptar una postura forzada. Se bajó de su regazo y lo observó embelesada. Ahora era aún más hermoso. A pesar de sus ojos hinchados y su palidez sofocada, era más magnífico que nunca. Había confiado ciegamente en ella, entregándole su dolor y su miedo, sus dudas y sus pecados, para abandonarse por completo en sus brazos. Y ahora era suyo. Su rey, aunque él no lo supiera. Y no iba a dejar que la tal Némesis se lo arrebatara.

Se sentó remisa a despertarlo y dejarlo marchar, aunque eso era lo que debería hacer. Una silla no era un buen lugar para descansar, y él estaba agotado y necesitaba regresar a su casa y tener una noche de sueño reparador.

* * *

—Avril, ¿sabes si...?

Julio se calló en el acto al ver a su socia levantarse como una bala de la silla y llevarse un furioso dedo a los labios, exigiéndole silencio. Algo de lo más extraño, pues jamás le había preocupado despertar a sus amantes. Claro que jamás había llevado a sus amantes a la Madriguera. Ni a su dormitorio. Eran sus santuarios. Siempre se los follaba en la mazmorra. Y, no obstante, al

camisero le había comprado una silla —de las caras— para que estuviera cómodo. Y donuts y batidos. Y hasta había engrasado el cepo para usarlo con él.

—No me jodas que lo estás mirando mientras duerme —musitó Kaos entrando tras el enorme calvo—. Joder, ¿tan fuerte te ha dado?

—Cállate, Kaos —le ordenó Avril en voz baja parándose frente a ellos—. ¿Qué queréis?

—Lady Natalie y Lord Jason han pedido una sesión de *medical*, necesitamos alquilar una camilla y nuestro proveedor ha cerrado..., ¿sabes de algún otro?

—Llamad a Nath y pedidle el contacto —les espetó furiosa—. ¿Creéis que soy idiota? —Afiló la mirada. Sus socios sabían de sobra cómo conseguir elementos poco usuales, y aunque no lo supieran, sólo hacía falta uno de ellos para preguntar, no tenía sentido que entraran los dos en la Madriguera, a no ser que quisieran curiosear—. Dejad de espiarme —dijo, y no era una orden, sino una advertencia—. Y, Julio, no vuelvas a usar a Boris de chivato, no me gusta.

—Tienes que comprender que nos sentimos intrigados. —Julio miró al hombre que dormía apaciblemente en la silla—. Lo has llevado al Torture Game y le has dejado tu marca...

—En varias ocasiones, me atrevo a añadir —señaló Kaos malicioso—. Lo has acogido en la Madriguera como si fuera de tu absoluta confianza... Y le has hablado a Kay de él —arqueó las cejas, como si eso fuera lo más importante de todo.

—¿Y?

—Jamás le has hablado a Kay de tus amantes.

—Tampoco vosotros tenéis por costumbre cotillear con Kay de mi vida privada, y sin embargo no parecéis tener ningún reparo en contarle historias sobre Uriel —atacó ella. Y sus socios tuvieron el sentido común de bajar la mirada y fingir avergonzarse—. No volváis a meter las narices en mis asuntos u os las arrancaré.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo en que le hablemos sobre él cuando nos pregunta?

—Ya sabes cómo es, no sabe contener la curiosidad —resopló Avril.

—¿Y por qué ha de contenerla? —replicó Kaos.

—Porque ahora se ha empeñado en conocerlo —bufó Avril.

—¿Y qué? Deja que lo conozca.

—No quiero que piense lo que no es y se haga ilusiones.

—¿Y qué no es? —la interrogó Julio.

Eso silenció a Avril.

—Largaos —les ordenó dándoles la espalda.

—Por curiosidad, ¿cuánto has tardado en follártelo desde que vais en serio? —inquirió Kaos sin moverse del sitio.

Avril se volvió y arqueó una ceja en una sutil amenaza de que estaba traspasando la línea.

Kaos, fiel a su estilo, ignoró el peligro.

—No te lo follaste hasta ayer, ¿verdad? Eso es más de un mes desde que lo salvaste de Ama Lix —señaló.

—Sé contar.

—Os veis a menudo, viene a buscarte para salir, lo provees de donuts y batidos de fresa, os llamáis a diario... y, a pesar de todo, has tardado un mes en follártelo.

—¿Y qué?

—Que cuando los tíos no te interesan te los follas el mismo día que los conoces y los despachas. A éste lo has hecho esperar porque querías que fuera especial.

—No quería que fuera especial —rebató Avril—. Es especial. Ahora, largaos. Estoy harta de oíros, parecéis dos viejas cotorras —dijo dándoles la espalda.

—Deberías mandarlo a su casa para que duerma en una cama, es bastante tarde y parece agotado. No debería estar durmiendo en una silla —señaló

Julio, mirando compasivo al bello durmiente.

—No digas tonterías, no necesita mandarlo a casa para que duerma en una cama, puede meterlo en la suya, que, por cierto, está a pocos pasos de aquí —
apuntó Kaos malicioso saliendo de la Madriguera.

Julio sacudió la cabeza divertido y lo siguió.

Doña Roser Martínez Caballero

Desventurada esposa de Uriel Salgado Cruz.
Falleció en Barcelona el día 24 de diciembre de
2011,

a los veintidós años de edad,
por culpa de la crueldad de su marido,
que la hizo profundamente desgraciada

D. E. P.

Su amiga Olga Arrojo Pidal **ruega una oración
por su alma,**

ya que su marido no se va a molestar en
hacerlo.

ESQUELA PUBLICADA EN *EL MUNDO DIGITAL*

EL 31 DE DICIEMBRE DE 2011

Avril se sentó en la silla frente al dormido Uriel, las palabras de Kaos dándole vueltas en la cabeza. La noche anterior había sido muy agradable dormir con él. De hecho, no recordaba que fuera tan satisfactorio dormir en los brazos de un hombre, aunque eso no era de extrañar, pues hacía muchísimo tiempo que no dormía con ninguno. Como bien se había encargado de recordarle Kaos,

despachaba a sus amantes en cuanto obtenía lo que quería. De hecho, la primera vez que se había follado a Uriel había hecho exactamente eso. Lo montó, se corrió y se marchó. Ni siquiera había esperado a que él se corriera. Y debía reconocer que ya por aquel entonces Uriel la atraía. Mucho. Y ahora esa atracción había crecido exponencialmente.

Se acercó a él y enredó los dedos en el largo cabello que cubría su nuca. La acarició despacio, y él gimió de placer y abrió los ojos.

—Son más de las dos de la mañana. Tienes que irte a dormir.

—Ya estaba durmiendo —replicó Uriel, repentinamente tenso al darse cuenta de que lo estaba echando. ¿Había conseguido con su confesión lo que Némesis quería conseguir con sus ataques? ¿La había perdido al mostrarle su debilidad?—. Espero que no hayas sido tan ilusa de tomarte en serio lo que hemos hablado antes, en realidad no...

—Cuidado, Uriel —lo cortó ella—, me has estremecido al entregarme tu miedo y tu rabia. Me has ofrendado tu confianza y yo la he aceptado como el magnífico regalo que es. No lo contamines con una mentira innecesaria.

Él cerró los ojos, conmovido por sus palabras. Aunque no tardó en abrirlos y descubrirle así lo vulnerable que se sentía en ese momento. Ella lo consideraba un regalo, y en verdad lo era. Nunca había dejado que nadie lo viera tan indefenso. Tan roto.

—¿Quieres irte a tu casa? —le preguntó Avril con voz neutra.

—No.

Ella asintió, cogió el teléfono y marcó un número. Un segundo después le decía al jefe de seguridad que cerraba la Madriguera.

Apagó el móvil y le hizo un gesto a Uriel para que la acompañara.

Él no dudó un instante en seguirla, aunque antes cogió la gabardina y la chaqueta que se había quitado al entrar. No pensaba volver a salir a la calle en mangas de camisa.

Avril lo guio por el pasillo hasta el dormitorio y, cuando entraron, le señaló el armario.

—En la puerta izquierda hay hueco, cuelga el traje o se te arrugará, y no pienso pedirle más ropa a Kaos —le advirtió comenzando a desnudarse.

Uriel tardó unos segundos en asimilar sus palabras. No sólo lo estaba invitando a quedarse. También le estaba cediendo unas perchas de su armario. Y eso significaba que lo quería a su lado. Al menos, esa noche. Puede que tal vez algunas más.

—El sábado, cuando venga, traeré algo de ropa para cambiarme, así no tendré que recurrir a Kaos cuando me quede a dormir —comentó Uriel con arrogancia, apostándolo todo a una carta.

Avril dejó de desnudarse y lo miró con los ojos entornados.

A él se le detuvo el corazón ante la posibilidad de que se negara, pero no por eso dejó de alzar la cabeza orgulloso. No se ganaba a una reina pidiéndole permiso para conquistarla. Mucho menos después de la debilidad que le había mostrado llorando en sus brazos.

—No traigas ropa interior, no te dejaré ponértela —dijo Avril mirándolo complacida.

Uriel sintió que tocaba el cielo con los dedos. Aunque lo que en realidad quería tocar era otra cosa bien distinta. Se desnudó presuroso, guardando la ropa donde le había indicado, y se metió en la cama en el mismo momento en que ella se deslizaba entre las sábanas. La atrapó entre sus brazos y buscó sus labios.

Y Avril le dio permiso para acceder a su boca y chupar su lengua. Se besaron despacio, aprendiendo sus sabores mientras sus manos se ocupaban en recorrer sus cuerpos y buscar los puntos que los hacían gemir. Y, mientras se besaban, se dio cuenta de que su amante, a pesar de estar duro como una piedra, también estaba blando. Su pene rígido pulsaba contra su vientre, pero el resto de su cuerpo estaba laxo, sin fuerzas. Al igual que sus besos, pues la furia inicial estaba dando paso a unos ósculos perezosos, adormecidos.

Uriel sintió que un cálido manto lo cubría, embotando su cerebro y entorpeciendo sus movimientos. Tenía la cabeza espesa, los brazos pesados y

las piernas débiles. Y de repente se percató de que se le habían cerrado los ojos. Los abrió e intensificó su beso, volviendo más audaces sus caricias. Hundió la mano entre las piernas de ella, buscando ese botón que la haría gemir. Deseaba volver a tenerla. Entrar en ella y quedarse ahí el resto de la noche.

—Quiero hacerte el amor —susurró adormilado, sus labios moviéndose despacio, las palabras escapando sin fuerza entre ellos.

Y, al oírlo, Avril comprendió lo agotado que estaba. A Uriel jamás se le ocurriría hablar de hacer el amor, al menos, no de manera consciente. Porque él no amaba, él follaba. Que se le hubiera escapado tal cursilada daba buena muestra de lo aturdido que estaba. Y que a ella se le hubiera erizado la piel al oírlo daba muestra de lo mucho que se le estaba metiendo dentro.

—No. Duerme —se negó apartándolo de encima y obligándolo a tumbarse a su lado.

Él se removió y gruñó, rebelándose a su orden.

Ella le enredó los dedos en el pelo que le cubría la nuca y él se quedó inmóvil mientras le deslizaba la mano libre por el vientre sin que éste se tensara a su paso, una prueba más de lo cansado que estaba.

—Duérmete —le ordenó—. Mañana cuando despiertes seguiré aquí.

* * *

Viernes, 1 de febrero de 2019

Avril se despertó ardiendo con un fuego abrasador que inundaba su sexo y hacía temblar su cuerpo. Abrió la boca luchando por respirar a través de las oleadas de placer que la privaban del aire, sus caderas sacudiéndose con fuerza mientras una lengua de acerado terciopelo se hundía en su vagina. Extendió las manos buscando algo a lo que agarrarse, y lo encontró en el pelo de Uriel. Tenía la cabeza entre sus muslos y usaba los labios, dientes y lengua

para darse un festín con su coño. Se aferró a su alborotado pelo y él, maldito fuera, dejó de lamerla.

—¿Ya estás despierta? Bien. Agárrate fuerte, mi reina, te voy a hacer gritar —dijo antes de bajar la cabeza y hacer exactamente lo que había prometido.

Atrapó el endurecido clítoris entre los labios y succionó con fuerza a la vez que hundía dos dedos en su vagina.

Avril corcoveó pegándose a su cara cuando el clímax estalló robándole la razón. Uriel la mantuvo en lo alto, lamiendo y chupando sin dejar de mover los dedos, y antes de que pudiera relajarse el placer volvió a tensarle el vientre y a hacerla arquear la espalda. La dejó ahí, al borde de un nuevo orgasmo, pero sin permitirle llegar. Y ella le apretó las orejas con los muslos y tiró de su pelo, instándolo a incrementar la succión a la vez que le exigía que le metiera un dedo más.

Y él lo hizo. Le metió un dedo más. En el ano. Aunque antes se ocupó de lubricarlo con su boca. Hundió el pulgar en la vagina y penetró despacio el ano con el anular, sintiendo cómo la prieta roseta se tensaba alrededor de cada falange que entraba. Y cuando lo tuvo dentro por completo comenzó a moverlo despacio, entrando y saliendo, notando cómo pulgar y anular se frotaban a través de la sensible pared vaginal. Ella alzó el trasero y separó más las piernas para darle mejor acceso y él no dudó en aprovechar la oportunidad. Tiró del pulgar para abrirla más y hundió la lengua en su interior.

Avril se estremeció de pies a cabeza.

Y Uriel no tardó en saborear de nuevo la salada humedad de su orgasmo. Se esforzó en hacerlo durar y, cuando ella cayó laxa sobre el colchón, trepó por su cuerpo besando cada pedazo de piel que sus labios encontraban, hasta que dieron con los de ella y le dio a probar el sabor de su éxtasis. Ella lo degustó excitada, paladeándose a sí misma en la lengua de él. Pero cuando él estiró el brazo buscando un condón en el cajón de la mesilla, lo detuvo.

—No vamos a follar —le dijo.

—Claro que vamos a hacerlo —rebató Uriel, tan ansioso que la voz le

temblaba.

Ella lo miró arqueando una ceja y él gruñó un improprio.

—No puedes dejarme así —protestó.

—¿No puedo? —inquirió ella con voz gélida.

—Oh, joder, sí puedes... Y vas a hacerlo —masculló disgustado, dejándose caer a un lado, su rígida erección bamboleándose desamparada en el aire.

* * *

Poco después, vestido y aún empalmado, Uriel salió del dormitorio y se dirigió al extremo derecho del pasillo, como le había aconsejado Kaos que hiciera, aunque se detuvo perplejo al pasar frente a la puerta que había entre la habitación y la salida. ¿Era una cocina? Se asomó incrédulo. Sí. Lo era. Una cocina con su microondas, su nevera, su mesa con cuatro sillas y sus muebles. Abrió un armario y encontró varios paquetes de donuts con cobertura de azúcar entre botes de café, Cola Cao, Nocilla, cereales y todo tipo de comida enlatada. Miró a su alrededor totalmente desubicado, ¿qué coño hacía allí una cocina? Entornó los ojos, volvió a salir al pasillo y, plantado en mitad de éste, miró a izquierda y a derecha. La primera vez que había estado allí le había recordado un poco a su casa. Ahora se daba cuenta de que la disposición de las habitaciones podría corresponderse perfectamente con la de un piso. Fijó los ojos en el extremo derecho, la puerta que había allí sería la de entrada en un piso normal. La seguía la cocina y, tras ésta, la enorme habitación de la Reina, que, probablemente, era el resultado de unir el salón con una alcoba. Luego el cuarto de baño, al que se accedía desde el dormitorio. La Madriguera bien podría haber sido un antiguo cuarto de estar y, por último, la Ratonera, que probablemente no pertenecería al piso original, sino que sería un añadido para unir ese piso al local, o los locales, en que se ubicaba el Infierno.

Se encaminó a la salida, marcó el código y salió veloz para que no saltara la alarma. Y se encontró en un portal de suelos de mármol y paredes paneladas

en madera.

Avril no mentía en el taxi cuando le había dicho que vivía en el Lirio Negro.

Se dio media vuelta y miró la puerta por la que había salido. Perteneecía al bajo izquierda. Lo cual no dejaba de ser sorprendente, pues debería haber salido a un sótano, ya que el Infierno estaba ubicado en el sótano del Lirio Negro.

Salió al exterior y miró a su alrededor. No estaba en la calle por la que se accedía al Lirio Negro, y eso le explicó el motivo de la diferencia de alturas. Y no tenía nada que ver con agujeros de gusano o dimensiones extrañas, era simplemente que el edificio estaba situado sobre un terreno inclinado, de manera que la calle a la que daba el Lirio Negro se elevaba un piso por encima de la parte posterior del inmueble.

Sacó el móvil y, utilizando Google Maps, ubicó la entrada al Lirio Negro desde esa calle paralela. Y entonces se percató de que estaba mucho más arriba en números. Desde luego, el local ocupaba bastante más espacio del que parecía. Se encogió de hombros y se dirigió a la parada del autobús. Cuando lo tomó, sus labios se curvaron en una sonrisa maravillada que hizo que los demás viajeros lo miraran como si estuviera loco, pues poca gente sonreía así a las siete y media de la mañana. Pero a él le daba igual. Se sentía exultante y lleno de vitalidad. Y no sabía si era debido a haber dormido toda la noche sin pesadillas, a haber dejado salir la amargura que lo lastraba o a que seguía empalmado y sin poder correrse. O, mejor dicho, sin permiso para correrse. Avril se lo había dejado muy claro desde el principio. Las erecciones que ella provocaba sólo ella podía llevarlas a término. Así que tocaba esperar a que se le bajara. Podía meneársela, ella no tenía por qué saberlo; en realidad, ni siquiera le iba a preguntar si lo había hecho. Pero por eso mismo no podía hacerlo. Ésas eran sus reglas y ella le había regalado su confianza. No iba a decepcionarla. Además, esa falta de conclusión era una sobredosis de estímulos, pues, a pesar de que antes o después perdería la

erección, la excitación seguiría ahí, latente, esperando para despertar y explotar. Y sabía por experiencia que, cuando lo hiciera, el orgasmo sería brutal.

Cuando llegó a su destino había vuelto a la normalidad y pudo bajar del bus sin ninguna incomodidad, aparte del dolor de huevos, por supuesto. Éste le duraría todo el día a modo de molesto recordatorio de lo que le esperaba el sábado. Su sonrisa se hizo más ancha al pensar que iban a dormir juntos. Y no es que no lo hubieran hecho ya, ¡dos noches seguidas, además!, pero esta vez no sería por casualidad.

Esta vez sería con premeditación y alevosía.

¿Significaba eso que habían dado un paso adelante en su relación?

Es más, ¿significaba eso que tenían una relación?

Dándole vueltas a eso, llegó a la plaza. Y siguió pensando en ello al entrar al portal y mientras subía la escalera. También cuando entró en casa. Y más aún cuando se metió en la ducha y el agua caliente reactivó su libido, excitándolo de nuevo al recordar que la primera vez que había visto a Avril desnuda había sido en la ducha. Desde luego iba a pasar un día jodido, pensó sonriente mientras se secaba. Tuvo mucho cuidado de no frotarse la polla mientras lo hacía, no quería más estímulos, pues con los que mandaba su rebelde mente tenía más que suficiente.

Se vistió y fue a la cocina a desayunar.

—¿Qué tal la noche? —le preguntó Calix sonriendo ante su alegría mañanera.

—Estupenda. Incluso mejor que la de ayer.

—¿Han vuelto a caer nueve? —inquirió malicioso.

—No. Cero —contestó Uriel, sorprendiéndolo.

Calix e Iskra se miraron pasmados. Su amigo estaba muy animado para no haber echado ni un solo polvo. De hecho, irradiaba alegría.

—El sábado dormiré fuera, no me esperéis despiertos —comentó untando una tostada con mantequilla.

—Igual que hoy... Y que ayer —señaló Calix burlón.

—Pero esta vez es distinto —intervino Iskra, y Uriel la miró alerta. Esa muchacha veía y entendía más de lo que debía—. Ayer y hoy se ha quedado sin pretenderlo, porque ha surgido así, pero el sábado..., ah, el sábado han quedado como una parejita de enamorados y van a pasar la noche juntos y será como en una cita, como si fuera su luna de miel, y...

—Me están entrando ganas de vomitar —la interrumpió Uriel, arrancándole una carcajada a Calix y una mirada furiosa a Iskra.

—Di lo que quieras, pero yo sé la verdad —dijo enfadada.

—¿Y cuál es esa verdad? —la desafió Uriel.

—Que estás enamorado de ella —respondió Iskra con un parpadeo de pestañas.

—¿En serio? No me había dado cuenta, querida. Entonces, ¿debo suponer que mi enamoramiento por vosotros ha pasado a mejor vida? —se mofó Uriel, pues antes de Navidad Iskra también se había empeñado en decir que estaba colado por ellos. Y, aunque no iba desencaminada, no pensaba confesárselo.

—Sí. Estás tan loco por ella que tu corazón no da abasto y no tiene hueco para ningún amor más.

—Ah, qué interesante, ¿y en qué te basas para afirmar eso?

—En el brillo de tus ojos.

—Puedo tener conjuntivitis, o haberme echado algún colirio...

—En tu sonrisa.

—He pasado la noche con una mujer hermosa... Tengo motivos para sonreír.

—Pero no habéis hecho el amor.

—Querida, si Calix sólo te lleva al delirio metiéndotela, significa que tiene una educación sexual deficiente y voy a tener que darle clases sobre cómo satisfacer a una mujer con la boca, le lengua y los dedos...

—No es necesario, gracias —intervino él con voz fiera.

—Ya no sales a otros garitos que no sean el Lirio Negro —señaló Iskra—

y, por lo que nos cuentas, llevas mucho tiempo, para tus estándares, sin acostarte con nadie que no sea la Reina.

—No os lo cuento todo —replicó Uriel poniéndose serio.

Porque tenían razón. Llevaba mucho tiempo sin follar con nadie que no fuera Avril. De hecho, ni siquiera había pensado en la posibilidad de acostarse, tocar o besar a nadie que no fuera ella.

—Eso será ahora, porque hasta hace poco nos describías con pelos y señales tus encuentros más perversos —intervino Calix malicioso, dándole la razón a su chica.

—A lo mejor ya no me divierte escandalizaros y por eso no os los cuento —repuso Uriel.

—Y tampoco ves películas porno —continuó Calix, quien había tenido que sufrir su afición por ese tipo de películas hasta que Iskra se había mudado con ellos.

—Sí que las veo —rebató Uriel—. De hecho, me masturbo con una casi todas las noches.

—¿En serio? Y yo que pensaba que te la meneabas durante tus conversaciones nocturnas con la Reina, pero si tienes que acabarte el trabajo con una peli porno... No sabes cuánto lo siento —se lamentó Calix.

—¿Qué sientes?

—Que no sea suficiente y tengas que recurrir a las...

No le dio tiempo a terminar, Uriel se lanzó sobre él y le metió una tostada en la boca para silenciarlo. Calix, por supuesto, se defendió restregándole esa misma tostada en la cara y, mientras Uriel se limpiaba los ojos, Calix saltó de la silla e interpuso la mesa entre ambos. Uriel rodeó el mueble para intentar atraparlo, Calix hizo un quiebro y escapó por debajo. Iskra los observó divertida y decidió dejarlos jugar cinco minutitos más. Hacía tiempo que no los veía así y no pensaba interrumpirlos hasta que no fuera estrictamente necesario.

Diez minutos después, los dos se cambiaban de camisa, pues las que

vestían se habían llenado de migas.

—Por cierto, imagino que Némesis no dejó nada para mí ayer, ¿verdad? —inquirió Uriel entrando en la habitación de Calix para robarle el cepillo y darle una pasada a los pantalones del traje, pues éstos también tenían algunas migas.

Lo cierto era que, tras el delirante arrebatado de rabia al que había sucumbido la noche anterior, se había olvidado por completo de Némesis. Y durante la mañana sus pensamientos habían estado centrados en Avril y en su relación o en la falta de ella, y luego en bromear con Calix.

—Para ti, no —contestó el segoviano repentinamente serio.

La sucinta respuesta de Calix disparó todas sus alarmas.

—¿Para quién entonces? —indagó en voz queda.

—Para mí.

Uriel arrojó el cepillo contra la pared, frustrado al comprender que Némesis iba a por sus amigos. Debería haberlo anticipado, al fin y al cabo, siempre iba a por la gente con la que se relacionaba.

—Y, dime, ¿las fotos eran divertidas? Tal vez incluso fueran instructivas —aventuró con furiosa ironía. Estaba harto de Némesis y de sus puñeteros mensajitos—. ¿Con cuántas personas estoy follando? ¿O es Roser la protagonista?

—En realidad, mandó una carta. La dejó en el buzón del Ogro —contó refiriéndose a un vecino—, a mi nombre, y él me la entregó ayer por la tarde. —Sacó del cajón de la mesilla un folio protegido por una funda de plástico—. Viene a decir más o menos que no eres lo que aparentas, que tenga cuidado contigo, que vas a hacerme mucho daño y que te estás aprovechando de mí y quieres acostarte con Iskra y pervertirla. Luego me refiere todo lo que le has hecho a tu mujer y me pide que te eche de casa por mi bien y el de Iskra.

—Una carta encantadora —masculló Uriel leyéndola. Aunque el resumen de Calix era bastante exacto.

—Ya le he hablado a Adán de ella, fue él quien me dijo que la metiera en

una funda. Súbesela esta tarde cuando vayas a verlo —dijo, y más que un recordatorio de su cita era una orden para que acudiera—. Eva, su mujer, estará trabajando y el niño se lo va a dejar a Dolores, así que tendréis la casa para vosotros solos.

—Como deseas, querido, no creo que sirva para nada, pero si te hace feliz... —resopló Uriel poniéndose la chaqueta del traje y saliendo del dormitorio. Tenían un trabajo al que acudir.

Dulce Roser, es inútil. Ese hijo de puta nos ha ganado a las dos. Les he contado a todos lo que te hizo y nadie me ha creído. Interpreta tan bien su papel de viudo lloroso y destrozado que todo el mundo se apiada de él. Maldito sea. Ojalá se muera! Al menos tu padre lo ha despedido y de ahí no va a poder sacar nada.

USUARIO OJITO CONMIGO, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A DULCE ROSER,
1 DE FEBRERO DE 2012. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO

Lo ha despedido, pero el adúltero va a conseguir casi la mitad de los beneficios que dé la camisería. Me engañó para que le regalara mis acciones y no va a devolvérselas a quien legítimamente pertenecen, a mis padres. Me ha matado, ha matado a mi hijo y quiere robar a mis padres. Pero acabará pagando por ello.

Los labios mentirosos son abominación al Señor, pero los que obran fielmente son su deleite. ¹

Tendremos nuestra venganza. El Altísimo está a nuestro lado.

RESPUESTA DE DULCE ROSER,
2 DE FEBRERO DE 2012

¿Quién eres?

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
2 DE FEBRERO DE 2012

Soy Roser. Y quiero venganza.

Uriel entró tras Adán en lo que él dio por llamar su despacho y esperó a que quitara del sofá lo que parecían ser las tripas de una docena de ordenadores. Las colocó en el suelo junto a un batiburrillo de placas base, fuentes de alimentación y tarjetas gráficas y le indicó que se sentara. A continuación, el policía ocupó la silla *gaming* que había frente a la mesa corrida que ocupaba toda una pared y que estaba atestada de monitores, ordenadores, teclados, cuadernos y mil trastos más y que a Uriel le recordó poderosamente a la mesa de Avril en la Madriguera. Sólo que los ordenadores de Avril eran nuevos y estaban operativos, y los de Adán parecían chatarra prehistórica y dudaba que funcionaran.

—Dame la carta —le pidió el policía. Él se la tendió—. ¿Te ha llegado algo más?

—No. —Uriel se recostó con las piernas estiradas y los tobillos cruzados en una estudiada pose de despreocupación mientras él leía—. Te agradezco que te tomes la molestia, pero no creo que sea necesario...

—Te están acosando, sí es necesario —lo interrumpió Adán sacando de una caja el muñeco desmembrado, la camisa manchada de sangre, el cartel de «Felices fiestas» y las fotos que él había roto y tirado a la basura.

—¿De dónde has sacado todo eso? —Lo miró perplejo.

—Tus amigos tienen más sentido común que tú y pensaron que sería oportuno guardar estas cosas, ya sabes, como pruebas para la policía —señaló desdeñoso.

—Y, sin embargo, no parece que hayas buscado huellas en ellas, están muy limpias —comentó Uriel, recuperándose de la sorpresa.

—Están demasiado contaminadas para buscar huellas, y de todas maneras yo no soy de la Científica... Si denuncias, podríamos intentar buscarlas en próximas fotos, siempre y cuando no te dé por toquetearlas, romperlas o limpiarlas con jabón —le recordó lo que había hecho con la puerta—. Eso fue

una estupidez, Uriel, seguramente había huellas ahí. —Lo miró enfadado tomando uno de los cuadernos de la mesa—. El nombre completo de tu mujer es Roser Martínez Caballero, nacida en Barcelona el... —Leyó los datos personales de Roser, su último domicilio, sus estudios y sus antecedentes de trastornos depresivos, dato que Uriel desconocía.

—No tenía ni idea de que ella... ¿Cómo lo has averiguado? —inquirió atónito.

—Soy policía, se me da bien averiguar cosas —repuso. Señaló un grupo de fotos—. Éstas son las primeras que recibiste, ¿verdad? —Uriel asintió—. Se corresponden con vuestra primera cita...

—¿Cómo lo sabes? Déjalo, no contestes. —Intuía quién era su fuente—. Ya veo que nuestro querido Calix sufre un grave ataque de incontinencia verbal. ¿Qué más te ha contado?

—Muchas cosas. Últimamente hablo mucho con él y con Rodrigo. Están preocupados por ti, ¿sabes? Deberías tratar de ser menos capullo y buscar ayuda.

—Y aquí estoy perdiendo el tiempo, ¿no? —resopló Uriel.

—No. Aquí estás haciéndome perder el tiempo a mí. Si no te interesa, lárgate, no tengo ningún interés especial en ayudarte —replicó Adán molesto.

Uriel bajó la vista avergonzado. Aunque no pensaba disculparse, eso no iba con él.

—Empieza por el principio —le pidió Adán con voz calma—. Remóntate a un par de meses antes de las primeras fotos y llévame paso a paso hasta aquí —señaló las fotos del suicidio.

Y Uriel empezó por el principio. Fue un relato duro en el que el policía no lo dejó guardarse nada. Lo obligó a explicar cada fotografía, dónde y cuándo habían sido tomadas y, también, cómo las interpretaba él. Tuvo que contarle cómo había engatusado a Roser hasta conseguir todo lo que quería de ella y de su familia. Y, si no le resultó fácil relatar cómo la había manipulado, le resultó aún más complicado hablar sobre el suicidio, sobre lo que vio, las personas

que se encontraban cerca, el momento del día, lo que lo rodeaba, porque Adán no se conformó con explicaciones someras; al contrario, lo presionó una y otra vez haciéndolo pensar en detalles en los que jamás se había fijado. Hasta que llegó al final, exhausto y con el estómago revuelto por revivir los recuerdos que tanto deseaba olvidar. Algo que no pasó desapercibido a su vecino.

—Voy a hacer café, ¿o prefieres algo más fuerte? —Lo miró con algo muy parecido a la compasión.

—¿No es demasiado tarde para tomar café? —planteó Uriel burlón, aunque en sus ojos no se reflejaba ninguna diversión. Llevaba un par de horas con ese puñetero interrogatorio y estaba harto de responder preguntas e interpretar fotos. Tanto, que estaba planteándose aparcar el tema, tal vez para siempre—. Deberíamos dejarlo por hoy e irnos a dormir.

Y Adán leyó en su mirada que estaba a punto de abandonar.

—Tú verás, quería comentarte algo que he descubierto, pero si prefieres esperar...

Uriel lo miró perplejo. ¿Había descubierto algo? ¿Cómo?

—¿Has estado investigando?

—He echado una ojeada a sus redes sociales.

—¿Roser tenía redes sociales? —jadeó Uriel atónito.

—Tenía, y todavía tiene, cuenta en Facebook. Escribía bastante, y siempre en público, lo que me ha venido muy bien porque me permite leer sus posts sin infringir ninguna ley, algo que sí ocurriría con los mensajes privados. Casi todos versan sobre vuestra vida en común, lo que pensaba sobre ti, lo que tú hacías. Y, por lo que se puede leer, o tú la tenías muy engañada o ella vivía en su propio mundo, porque difiere mucho de lo que me has contado.

—Ambas, yo era muy bueno fingiendo, sobre todo al principio, y ella era una soñadora romántica que no quería verme como era en realidad.

—Es lo que imaginaba tras leer sus posts y escuchar tu relato.

Adán encendió uno de sus desastrados ordenadores y éste se puso en marcha más rápido de lo que Uriel había visto hacer a ningún ordenador en su

vida; por lo visto, el poli les había hecho algo a esos cacharros y eran mucho más potentes de lo que parecían. Adán tecleó algo y menos de un segundo después se abrió un archivo con una treintena de capturas de Facebook. Todas pertenecían a la misma cuenta, la de Dulce Roser.

Uriel no pudo evitar sonreír al leer el alias que había elegido su mujer. Por supuesto que Roser escogería uno tan cursi. No podía ser de otra manera siendo como era. Se acercó intrigado a leer las capturas.

—Café o Coca-Cola, ¿qué prefieres? —volvió a ofrecerle Adán.

—Café.

* * *

—Así que no sabías que tenía Facebook —le comentó Adán un par de cafés y dos sándwiches después mientras ojeaba las capturas que le había dado a leer, que no eran ni mucho menos todas las que había conseguido.

—Nunca me interesé por lo que hacía Roser —confesó Uriel—. No tenía ni idea de que... —Negó con la cabeza, aún trataba de asimilar todo lo que había leído.

Roser contaba en Facebook, en abierto para todo el mundo, su vida. Cómo lo había conocido, su primer beso, su primera vez, su boda, su luna de miel, sus peleas, sus infidelidades, ¡hasta sus planes para quedarse embarazada! ¡Todo! Hasta había subido fotos suyas a petición de quien parecía ser una amiga íntima, Ojito Connigo. ¡¿Quién coño se ponía un seudónimo así?! ¡Joder! ¿Cómo había estado tan ciego? Aunque la respuesta era fácil, porque no le interesaba en absoluto nada que tuviera que ver con ella.

—¿No sabes quién puede ser Ojito Connigo? —le preguntó Adán, interrumpiendo la deriva de sus pensamientos. Uriel negó con un gesto—. Según parece, estuvo en tu boda y también en tu barrio el mismo día que Roser se suicidó...

—Seguro que sí, pero Roser no me presentó a nadie que se llamara Ojito

Connmigo, lo recordaría —bufó Uriel—. Y, por otro lado, los días posteriores al suicidio no estaba muy lúcido, me dominaban los remordimientos y el alcohol. Si estuvo rondando, no la reconocí. Y, de todas maneras, ¿qué importa quién sea Ojito Connmigo? —Lo miró turbado por su repentino interés.

Adán, en respuesta, abrió más capturas de Facebook. Uriel las miró confundido. Había leído todas las que le había enseñado hasta el 24 de diciembre de 2011, no podía haber seguido escribiendo, pues ese día se había suicidado.

—Tras el suicidio, Ojito Connmigo continuó escribiendo en Facebook y etiquetando a Roser, por lo que sus posts también salen en el muro de ésta —explicó Adán—. Me da la impresión de que no te tiene mucho aprecio.

—Eso parece —convino Uriel leyendo los primeros posts—. ¡Joder! —Palideció al ver quién contestaba a Ojito Connmigo—. Es imposible, Roser estaba muerta. No podía contestar. Ella no...

—Ella no, desde luego, pero sí alguien que tuviera sus claves de Facebook y pudiera acceder a su cuenta.

Uriel lo miró, tan aturdido por lo que acababa de leer que le costó unos segundos comprender lo que le estaba diciendo.

—¿Crees que alguien se hizo pasar por Roser?

—No lo creo. Lo sé. Los fantasmas tienen cosas mucho mejores que hacer que escribir en Facebook —afirmó con sorna, tratando de relajar el momento.

No había anticipado que a Uriel lo impactaran tanto los posts, pero empezaba a comprender que Calix e Iskra tenían razón cuando le aseguraban que no era tan fuerte ni le importaba todo tan poco como quería aparentar.

—¿Quién querría usurpar la cuenta de Roser?

—Alguien que quería venganza y sabía lo suficiente sobre ti como para ayudar a Ojito a acosarte. —Abrió otro archivo. Éste mostraba posts hasta hacía sólo un par de días.

Uriel los leyó tratando de asimilar los mensajes que se alargaban en el tiempo hasta el momento actual. En ellos hablaban de vengarse y de hacer

justicia... Y a través de ellos Roser informaba a Ojito Connigo de las ciudades a las que Uriel se iba mudando.

—No me lo puedo creer, es Roser quien le dice dónde vivo. Y lo hace en público..., para que pueda leerlo todo el mundo —musitó perplejo.

—Imagino que te odian tanto que no les importa exponerte; al contrario, tal vez saber que alguien pueda leerlas, incluso que tú puedas leerlas, aviva su furia y sus ansias de venganza.

Uriel cabeceó abatido. ¿Cómo podían odiarlo tanto? Aunque la verdadera pregunta era: ¿cómo no iban a odiarlo, después de todo lo que le había hecho a Roser?

Adán lo observó preocupado, era difícil creer que ese hombre derrotado fuera el mismo tipo hostil que se burlaba y escandalizaba a todos y parecía no tomarse nada en serio.

—Hay algo más que debes saber —anunció tras pensarlo un instante. Rodrigo le había asegurado que, a pesar de lo que pudiera parecer, podía confiar en él. En que guardaría silencio.

Uriel alzó la cabeza y clavó una angustiada mirada en el policía.

—No puedo decirte cómo lo sé, pero he averiguado que es el fantasma de Roser quien, a través de privados de Facebook, le enviaba a Ojito Connigo las fotos con las que Némesis te atormentaba. ¿Cómo pudo conseguirlas? —inquirió Adán—. ¿Quién tiene acceso a ellas?

—No lo sé. ¿Cómo has logrado averiguar eso? —Uriel lo miró pasmado, aunque rápidamente se apresuró a negar con la cabeza—. Haz como que no he preguntado esa estupidez.

Sabía por Rodrigo que Adán trabajaba en la brigada informática de la policía, no tenía que ser un lince para atar cabos e intuir que Roser le pasaba las fotos a Ojito a través de privados de Facebook. Privados que Adán no podía, o no debía, leer, pues al hacerlo infringiría la Constitución española,² algo que podría acarrearle graves consecuencias.

—Piensa, Uriel, ¿quién tiene acceso a todos esos datos? —exigió Adán

presionándolo de nuevo. Él negó con la cabeza—. ¿Quién sabe tu dirección cada vez que te mudas?

—Mis jefes, mis vecinos, los caseros de los pisos que alquilo...

—Alguien relacionado con Roser y con tu antigua vida —lo cortó Adán con voz ruda.

—No lo sé... Mi suegro la sabe, se la tengo que dar para que me mande las cuentas de la camisería, pero él no me acosaría —rechazó de plano antes de que Adán pudiera intervenir—. Su estilo es más de reventarme la cabeza con un palo que de joderme la vida con lentitud. Además, no es lo suficientemente inteligente para organizar algo tan complicado como esto..., ¡y no es mujer! —apostilló como si eso lo zanjara todo—. Fue una mujer quien me atacó con el gas pimienta y es una mujer vestida de novia la que me persigue por las calles.

—¿Te persiguen? Vaya, eso no me lo habías contado, ¿cuándo pensabas hacerlo? —Su voz fue un gruñido bajo y escalofriante que le erizó la piel.

Y Uriel pensó que no le gustaría ser un criminal, su vecino podía ser temible.

—No pensé que fuera importante...

—Todo lo es. —Y la ferocidad de sus ojos le decía que no volviera a ocultarle nada—. Además de tu suegro, ¿quién más tiene acceso a tu dirección? —retomó la conversación.

Y continuó preguntándole lo mismo de distintas maneras hasta que quedó satisfecho. Luego cogió las fotografías y lo obligó a mirarlas de nuevo, a pesar de que Uriel no quería.

—¿Quién puede tener acceso a estas fotos? —exigió saber el policía.

—Supongo que a las de las infidelidades, el detective que las tomó y... mi suegro —añadió a regañadientes.

—¿Y a las otras?, las de vuestra boda, el primer beso, etcétera.

—No lo sé. Estaban en álbumes en casa... En la casa que compartí con Roser —especificó.

—¿Las dejaste allí cuando te mudaste? —Uriel asintió con un gesto—.

¿También dejaste allí el cartel de «Felices fiestas»? —Volvió a asentir—. ¿Te ocupaste de recoger las cosas de tu mujer antes de mudarte?

—No recogí nada. Me marché dejando el piso tal como estaba el día que Roser decidió volar desde la terraza —respondió Uriel beligerante. Había huido de esa casa dejándolo todo atrás. Todo, menos los remordimientos. Y no estaba orgulloso de ello.

—¿Quién tenía acceso a ese piso?

—El casero y mi suegro.

—¿Nadie más? ¿Algún amigo de Roser, algún familiar? —presionó de nuevo.

—Roser era hija única, igual que mi suegra, no tienen más familiares. Y mi suegro lleva años sin hablarse con su único hermano.

—¿Algún amigo de Roser o de tus suegros? —insistió.

—Mi suegro no tiene amigos íntimos que le hagan el trabajo sucio, mi suegra vive en una aldea y Roser no se hablaba con sus amigas. Sólo tenía a Ojito.

—¿No había nadie que pudiera tener algún tipo de interés en Roser?

Uriel lo miró sin comprender.

—Tú le ponías los cuernos, tal vez ella te los pusiera a ti.

—Ojalá, pero no. Roser estaba obsesionada conmigo.

—Piensa, Uriel. ¿No se te ocurre nadie más? Sólo quien tuviera acceso a ese piso podía conseguir las fotos y el cartel de Navidad... y mandárselos a Ojito haciéndose pasar por Roser.

—Pero hay fotos que son posteriores al suicidio —replicó desconcertado, señalando las que mostraban sus sesiones sádicas.

—Por lo que me has contado, tienes una vida muy cuadrículada, del trabajo a casa, de casa al trabajo, y los fines de semana vas a follar a locales de sexo. A nadie le resultaría difícil aprenderse tus rutinas y sacarte fotos comprometidas —señaló Adán indiferente—. Ojito Conmigo podría haber contratado a un detective o vigilarte ella misma...

Uriel palideció al recordar haber leído eso en algunos de los posts.

—Eso es inconcebible —dijo perplejo—. He estado en docenas de ciudades, no puede contratar a detectives en cada una de ellas... ¡Sería un dineral!

—Me gustaría que un policía hablara, de manera extraoficial, con tus suegros, con la gente del barrio y con las amigas de Roser; aunque hubieran perdido la amistad, podrían saber algo que tú ignores —insistió Adán—, sólo una charla distendida para ver qué se cuentan y qué impresión le producen... No vamos a acusar a nadie de nada, sólo quiero saber qué opinan. Y para eso necesito que haya una denuncia que justifique que pida ese favor a un compañero.

—Mi suegro me odia, y tiene razones de peso para ello, pero no es Némesis —sentenció Uriel jadeante—. Y a mi suegra no la he visto más que un par de veces en toda mi vida, y apenas si hablamos. No sabe nada de mí, tal vez ni se acuerde de que existo.

—¿Cómo no se va a acordar? —inquirió Adán intrigado por sus palabras—. Eres su yerno...

—Es una mujer muy solitaria, casi una ermitaña, no le gusta la gente y no suele alejarse del pueblo. Roser y su padre sólo la veían unos pocos días al año, en las fiestas. Y ella sólo fue a Barcelona por la boda, nada más. Ni siquiera estuvo en el tanatorio, prefirió esperar a que enterraran a Roser en la aldea para despedirse de ella antes que ir a la ciudad a verla de cuerpo presente. Odia las ciudades y tampoco parecía muy apegada a su familia. Por lo que sé, mi suegro y ella apenas tienen relación.

—¿Cuánto hace que no la ves?

—Ocho años —contestó Uriel tras pensarlo un instante—. Acompañé a Roser y a su padre a una romería. Fue la primera vez que estuve en el pueblo, y también la última. El campo no me va, y menos si está tan desierto como esa aldea.

—Las circunstancias pueden haber cambiado...

—No quiero involucrar a mis suegros en esto —lo cortó—. Ya han sufrido suficiente por mi culpa. Joder, su hija se mató por mi culpa, no voy a hacer que lo recuerden otra vez. Se merecen vivir tranquilos sin que los atormente —exigió acosado por los remordimientos.

—Es tu decisión, no voy a perder más tiempo insistiendo. Pero ten clara una cosa: Roser tenía antecedentes depresivos, deberían habértelo dicho. Si lo hubieras sabido, tal vez habría sido distinto.

—Lo dudo. Soy un cabronazo egoísta al que le da igual todo —repuso Uriel asqueado.

Adán se puso en pie y él lo imitó, aliviado de acabar de una puñetera vez. Tenía que pensar detenidamente en todo lo que le había contado y tratar de asimilarlo. Era... demasiado.

Salieron del despacho y atravesaron la casa inmersos en un tenso silencio. Al llegar a la puerta, el policía agarró el pomo, pero no abrió.

—Quien te acosa te roció con gas pimienta con pasmosa facilidad —fijó sus ojos en los de él— y tampoco tuvo problemas en estamparte un aviso de sangre en el pecho ni en echarte colonia de bebé encima...

Uriel se mantuvo inmóvil, reacio a darle la razón aunque la tuviera.

—¿Sabes qué pienso? —prosiguió Adán—. Creo que está jugando contigo y que cada vez hace apuestas más fuertes. La mano sangrienta fue una tontería. Lo de la colonia, en fin, es sólo colonia. Pero el gas pimienta..., eso debió de joderte bastante, ¿no?

—¿Adónde quieres llegar?

—Y ahora, además de mandarte mensajes y atacarte, también ha puesto a tus amigos en el punto de mira. Al menos, eso es lo que me da a entender la carta que le ha dirigido a Calix.

—A Némesis le gusta enseñar mis trapos sucios a la gente con la que me relaciono. Les manda cartas y fotos, y éstas suelen ser muy instructivas sexualmente hablando. Estoy seguro de que más de uno de mis jefes y de mis vecinos se ha masturbado con ellas —apuntó mordaz.

—Y nunca está de más aprender un poco sobre sexo, ¿verdad? —señaló Adán con el mismo tono burlón empleado por Uriel—. La cuestión es que siempre consigue lo que quiere: que te echen del piso que tienes alquilado, que no te vendan comida y que te despidan del trabajo. Me pregunto cuál será su reacción cuando no lo consiga.

—¿A qué te refieres?

—¿No es evidente? Ésta va a ser la primera vez que tus vecinos y tu jefe se resistan al acoso emocional de Némesis. La primera vez que no te despidan ni te echen de casa a pesar de sus mensajes...

—Bueno, eso está por ver —resopló Uriel.

—Calix tiene razón, eres un gilipollas. Nadie te va a echar de aquí y eso le va a sentar fatal a Némesis. Quizá incluso decida castigar a tus amigos. Y tienen una vida igual de cuadrículada que la tuya, no le será difícil acceder a ellos —expuso con voz grave.

Y Uriel palideció al comprender lo que le estaba insinuando.

—¿Cuál es la comisaría más cercana? —preguntó.

—Te llevo. —Agarró las llaves del coche y la chaqueta.

—¿Ahora? Son más de las dos de la mañana...

—La policía nunca duerme —dijo Adán saliendo al descansillo.

Dulce Roser, lo hemos conseguido. Ahora todos saben que es un cabrón y lo tratan como la escoria que es. Lo hemos echado de Barcelona y no creo que vuelva jamás. Ojalá hubieras podido ver cómo lo miraban. Cuánto lo odiaban. El casero lo ha echado y su jefe lo ha despedido. Ni siquiera el panadero lo atendía ya. Estás vengada.

USUARIO OJITO CONMIGO, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A DULCE ROSER,
17 DE MARZO DE 2012

El adúltero sigue vivo y yo estoy muerta. Si de verdad deseas vengarme, ve a él, descubre su desnudez y expón su vergüenza. Toma venganza y no lo perdones, tal como nos indica Isaías que hagamos. ¹

RESPUESTA DE DULCE ROSER,
5 DE ABRIL DE 2012

Sábado, 2 de febrero de 2019

Uriel salió a la calle seguido de Calix y, mientras esperaba a que Rodrigo cerrara la tienda, miró el reloj, calculó el tiempo que tardaría en ir al Lirio Negro y se decidió. Si tomaba un taxi podría llegar al Infierno a una hora prudencial y llevar a Avril a comer a algún sitio interesante. Sonrió ilusionado por la posible cita y marcó su número en el móvil.

—Buenos días, mi reina, ¿te apetece una hamburguesa? Conozco un sitio cerca de Sol en el que las hacen de muerte... —Su sonrisa murió al oír la

respuesta de su interlocutora—. No, creo que paso. Las pizzas no son santo de mi devoción. —Aunque lo que no era santo de su devoción era el puñetero Kay, con el que, por cierto, ella iba a ir a comer pizza ese sábado—. Nos vemos luego —se despidió recordándole que tenían una cita antes de colgar malhumorado.

—¿Problemas? —le preguntó Calix al ver su rictus furioso.

—En absoluto. ¿Te apetece una hamburguesa en el Oskar? Te invito. — Calix asintió y Uriel curvó los labios en lo que pretendía ser una sonrisa que le salió francamente mal—. Hace buen día, mejor vamos paseando —sugirió, pues no le apetecía encerrarse en el metro.

Caminaron hacia allí a ritmo diabólico, pues el paso que marcaba Uriel era de todo menos relajado. Cuando llegaron al local estaba hasta los topes, así que pidieron las hamburguesas para llevar. Un rato después estaban en casa sentados a la mesa con éstas frente a ellos y una fuente de patatas fritas en el centro.

—Es una lástima que tu reina no haya podido venir, se ha perdido unas hamburguesas divinas —dijo Calix con toda la intención, pues había oído parte de la conversación de Uriel con Avril y no le había pasado desapercibido el cabreo que éste tenía desde entonces.

—Se iba con Kay a comer pizzas —le explicó Uriel con evidente mal humor.

—¿Y ése quién es?

—Ni puta idea. Pero últimamente oigo su nombre hasta en la sopa, es como si quisiera restregármelo por las narices —masculló Uriel con acritud. Le daba la impresión de que ni Avril ni sus socios, pues éstos también mencionaban a menudo al tal Kay, querían que ignorara que la Reina compartía su tiempo con otro. Algo que, por otra parte, le parecía estupendo. De verdad de la buena—. Sale con él los viernes, van al gimnasio y al cine entre semana y, según me acabo de enterar, comen juntos todos los jodidos sábados.

—Entonces deben de ser muy buenos amigos...

—Eso parece. Me ha dicho que fuera a comer con ellos y que luego daríamos un paseo.

—¿Dar un paseo es un eufemismo de echar un polvo? —inquirió Calix confundido. No se imaginaba a Uriel y a su reina dando un paseo por el Retiro. Ni por ningún otro sitio. Esos dos iban a lo que iban. Y eso era a follar.

—Pues no lo sé, tendré que preguntárselo esta noche cuando la vea —reconoció Uriel tirando la hamburguesa en el plato. Se le había quitado el hambre.

—Tal vez te está insinuando que quiere hacer un trío con ese tal Kay...

—Avril jamás insinúa nada, lo dice directamente —gruñó Uriel, cada vez más cabreado.

—Te ha cambiado la cara, pareces a punto de matar a alguien. Espero que no sea a mí —comentó Calix observándolo divertido. ¿Eran celos eso que veía en su furiosa mirada?

—Si sigues hablando, puede que sí...

—No sé por qué estás tan cabreado —señaló Calix, disfrutando de lo lindo con los supuestos celos de Uriel—. Al fin y al cabo, tenéis una relación abierta en la que ambos podéis salir con otras personas sin problemas, ¿no?

Uriel le dedicó una mirada afilada que habría hecho temblar a alguien que no lo conociera tanto como Calix.

—¿Qué es lo que te molesta tanto? —continuó el segoviano—. Tiene que ser estupendo poder follar con otras personas sin remordimientos ni celos, al menos para ti. Yo, desde luego, no soportaría imaginar a Iskra con otros...

—A mí me da exactamente igual con quién folle Avril —afirmó Uriel con los dientes apretados—. No me interesa tener ninguna relación exclusiva con nadie. —Sólo que ni siquiera sabía si tenían una relación o era sólo sexo. Sexo de primera, sudoroso y salvaje, pero nada más que sexo al fin y al cabo—. Tal vez acepte su invitación y me monte un trío con ellos.

—Eso estaría bien, seguro que lo disfrutas mucho. Siempre es excitante

hacer un sándwich. Imagino que Avril se pondría en medio y Kay y tú seríais... los panes. Uno por delante y otro por detrás...

—Yo estaría en medio —rechazó Uriel con voz fiera—. Me gusta penetrar mientras me penetran, ¿o lo has olvidado?

—Cierto. Espero que Avril esté de acuerdo en ese orden...

—Lo estará o no habrá sexo —sentenció Uriel.

—Eso es un poco radical, ¿no? Seguro que no te molesta tanto no estar en el medio.

—¡Lo que me molesta es que ese hijo de puta se la folle delante de mis narices, prefiero que me folle a mí! —estalló Uriel al imaginarse la escena. Golpeó la mesa con las manos planas y se levantó furioso para recorrer el comedor como un animal enjaulado—. ¡Joder, podría matarlo!

—Me sorprendes, Uriel. Si no te conociera diría que estás sufriendo un ataque de celos.

—¿Por qué no te vas a la mierda un ratito?

—Ni siquiera puedes pensar en que tenga sexo con alguien que no seas tú, aunque no estés presente. Reconócelo, Uriel, la quieres sólo para ti.

—Me pongo malo sólo de imaginarla con otro... —admitió mesándose el pelo.

Y Calix estalló en carcajadas.

—¿Qué coño te hace tanta gracia?

—¡Todo! —gimió sin dejar de reír—. Oh, vamos, no me digas que no le ves la gracia al asunto. Uriel, el gran follador, el amo de las orgías y las *gang bang*, el incombustible semental que se jacta de follar con varias personas durante toda la noche, se ha pillado por una mujer que es igual que él. Y no quiere compartirla... Es simplemente desternillante.

Uriel lo miró enfadado y un segundo después fue a por él. Calix saltó por encima de la mesa, esquivándolo. Uriel, que no estaba en tan buena forma como su amigo, tuvo que perder un tiempo precioso en rodear dicho mueble. Lo persiguió por el pasillo y lo cazó cuando intentó —sin mucho interés, la

verdad— encerrarse en el dormitorio. Acabaron sobre la cama, revolviéndose el pelo —algo que le sentaba fatal a Calix—, pellizcándose y haciéndose llaves de kárate con poca o ninguna técnica.

* * *

Horas después, cuando Uriel pensó que ya era lo suficientemente tarde para no llegar demasiado pronto al Infierno —se negaba a parecer impaciente—, se puso unos estilosos vaqueros desgastados, la camisa negra ceñida y el chaleco de brocado granate con botones de plata. A Avril le gustaban las cosas góticas y ese chaleco lo era. Se calzó las botas Chelsea de cuero negro, agarró la bolsa con la ropa que pensaba usar al día siguiente, se puso la cazadora y comenzó a guardar en los bolsillos la cartera, el móvil y las llaves. Y al hacerlo encontró un papel doblado en uno de ellos. Se resistió a leerlo hasta llegar al portal, lejos de la mirada de Calix. Era, tal como se había temido, un agradable y enternecedor mensajito de Némesis. Se lo guardó de nuevo en el bolsillo y, en lugar de dirigirse a la estación de metro, bajó a la comisaría de distrito. Iba a hacer las cosas bien por una vez en su vida.

* * *

—Pero ¿qué más te da? Si de todas maneras vas a querer estar presente mientras Ricardo descarga —oyó Uriel protestar a Kaos cuando un buen rato después entró en la Ratonera.

Julio, repantigado en su silla frente a la mesa, lo saludó con un gesto mientras Kaos y Avril se enfrentaban, con burlona indiferencia él y con contenida furia ella.

—Si te molestaras en chequear lo que nos deja, no nos colaría refrescos de más en la factura y yo no tendría que supervisar tu trabajo —replicó ella con voz glacial.

—Pero no voy a molestarme, así que es tontería que mañana perdamos el tiempo los dos. Anda, sé buena chica y encárgate tú para que yo pueda ir al parque de nieve con Kay —le pidió Kaos con voz zalamera antes de inclinarse y, guiñándole un ojo a Uriel, darle un casto beso en los labios a Avril.

Uriel se metió las manos en los bolsillos para no estrellar los puños en la estúpida boca de Kaos. Algo que no pasó desapercibido ni a éste ni a Julio, quienes lo miraron divertidos.

—No me parece prudente que vayáis a la nieve —rechazó Avril, a la vez que reconocía la presencia de Uriel con un saludo apresurado con la cabeza.

—En realidad es un centro comercial que tiene una pista de nieve. No hay peligro.

—No me fío de ti.

—¡Me hieres con tu desconfianza! —gimió Kaos, llevándose la mano al corazón.

—No dramatices —le ordenó ella—. Los dos sabemos que te acostarás tarde y que es más que posible que no te despiertes y pases de ir. El gen de la responsabilidad no está en tu ADN.

Kaos se puso serio de repente.

—No voy a fallarle a Kay. Nunca lo he hecho antes y no pienso empezar a hacerlo ahora.

—Yo apuesto por Kaos —intervino Julio—. Estoy seguro de que, por una vez en su vida, no meterá la pata... y Kay se lo puede pasar en grande en la nieve.

Avril miró a sus socios enfadada y, tras unos instantes de duda, asintió con la cabeza.

—Si no te despiertas y pasas de todo, te...

—Me matarás, lo sé —aceptó Kaos—. Y te aseguro que le tengo mucho aprecio a mi vida.

Avril lo miró beligerante antes de dar media vuelta y caminar hasta Uriel. Le enredó los dedos en el pelo y tiró, obligándolo a bajar la cabeza. Algo que

él hizo con un gemido excitado al sentir el roce de sus dedos en la nuca. Lo besó con ímpetu, casi con furia, sus labios presionándose contra los de él y su lengua invadiéndole la boca en un devastador ataque que los dejó temblando a ambos.

—No existe la justicia en el mundo, yo la cabreo y es él quien disfruta calmándola —señaló Kaos con fingido pesar.

—¿Quieres que le dé una lección? —preguntó Uriel, los labios aún pegados a los de ella.

—¿Y perderme la diversión de hacerlo yo? Ni de coña.

Se apartó de Uriel y se dirigió con paso fiero a Kaos. Se paró ante él y alzó la mano agarrándole la entrepierna.

—Para calmarme te harían falta, además de huevos, unos cuantos centímetros más de polla —dijo apretándole el paquete para luego soltarlo y volver con Uriel.

—Hieres mi orgullo —gimió Kaos volviendo a ponerse la mano en el corazón.

—Tú no tienes de eso —replicó Avril.

Kaos entornó los ojos pensativo y un segundo después asintió con un gesto.

—Cierto.

* * *

—Te he dejado vacía la puerta izquierda del armario, también los cajones de la mesilla izquierda y un estante en el baño —le comentó Avril a Uriel señalándole la habitación mientras recorrían el pasillo—. Coloca lo que lleves en la mochila y luego ve a la Madriguera.

Se puso de puntillas y, enredándole los dedos en el pelo, tiró para que bajara la cabeza. Y ese simple roce hizo que Uriel se pusiera duro como una piedra. La agarró del culo, alzándola contra él a la vez que profundizaba en su boca.

¡Dios! ¿Qué tenía esa mujer que lo encendía de esa manera? Habían echado nueve polvos hacía menos de cuarenta y ocho horas, debería estar saciado. Y, en vez de eso, la deseaba tanto que era incapaz de contenerse. La empujó contra la pared y, cuando ella le envolvió las caderas con las piernas, comenzó a mecerse contra su sexo, frotando la dura cresta de su erección contra la femineidad de ella.

—¿Vas a correrte en los pantalones como un adolescente sin experiencia? —le susurró Avril al oído cuando sus movimientos se volvieron espasmódicos.

Uriel gimió frustrado y consiguió encontrar la fuerza para separarse de ella.

—Eres cruel.

—Y a ti te gusta que lo sea —repuso ella, atrapándole el labio inferior entre los dientes y tirando de él hasta que lo oyó quejarse—. Te espero en la Madriguera —dijo antes de susurrarle al oído el código que abría la puerta de dicha sala.

Uriel la miró perplejo mientras ella marcaba los números en el panel y entraba allí. ¿Acababa de darle la llave de su guarida? Sacudió la cabeza y se dirigió hacia el dormitorio. Al entrar se dio cuenta de algo en lo que jamás había pensado: la alcoba y la cocina eran las únicas estancias de los dominios de la Reina que no precisaban códigos de seguridad para entrar. Por lo visto, Avril no las consideraba tan importantes como la Madriguera o la mazmorra. Y, sin embargo, el dormitorio era donde tenía todas sus pertenencias, sus libros, su ropa... Joder, ese dormitorio era su puta casa.

Y acababa de hacerle hueco en ella.

Un millón de abejas zumbaron en su estómago cuando se acercó al armario para colocar los pantalones y la camisa que llevaba en la mochila. Los colgó en un par de perchas e, incapaz de resistirse, abrió la otra puerta. Reconoció las bermudas con las que la había visto la primera vez, también las que se había ido poniendo, aunque lo cierto era que ya apenas las usaba, pues parecía preferir cortísimas minifaldas. Y eso lo llevó a pensar si no se las pondría por

él. Para estar más guapa. Aunque eso era una solemne tontería. En primer lugar, porque Avril estaba guapa con cualquier prenda que se pusiera y, en segundo lugar, porque no era tan importante para ella como para que quisiera estar guapa para él. ¿O sí?

Salió del dormitorio con eso dándole vueltas en la cabeza y se dirigió a la Madriguera. Marcó el código y una sonrisa de orgullosa satisfacción le iluminó el rostro cuando la puerta se abrió para él. Encontró a Avril sentada con los pies sobre la mesa, observando con atención los monitores que mostraban cada rincón del Infierno, así que cogió su silla y se sentó a su lado quitándose las botas para subir los pies a la mesa, junto a los de ella.

—¿Qué tal el día? —Balanceó el pie izquierdo para tocar los tobillos femeninos.

—Bien. Nos hemos puesto hasta arriba de pizza y luego hemos dado un paseo por el Parque Europa. —Avril se liberó de las Converse de una patada para poder jugar con los pies de él.

Uriel la miró extrañado, ¿había ido con su amante a un parque? ¿A hacer qué? No conseguía imaginarse a Avril follando con nadie en un parque frecuentado por críos. Y en los parques, a las cuatro de la tarde en invierno, siempre había críos.

Avril debió de notar su perplejidad, pues, esbozando una sonrisa pícaro, le explicó que Kay y ella aprovechaban los sábados para hacer visitas culturales y, como hacía buen día, habían ido allí en vez de a un museo. Por lo visto, el Parque Europa no era un parque cualquiera; al contrario, allí se representaban los monumentos más emblemáticos de varios países europeos, tales como la Torre Eiffel, la Fontana de Trevi, la Puerta de Brandemburgo...

—Hemos disfrutado muchísimo —finalizó Avril su relato.

—Ya lo veo. —Uriel trató de disimular la envidia que lo corroía. Aunque ésta era ridícula. ¿Cómo podía sentir envidia por no haber pasado la tarde dando vueltas por un parque abarrotado de familias? Si había algo que aborrecía era eso exactamente—. El próximo sábado tal vez me apunte —dijo

incapaz de contenerse. ¡Joder! ¿Se había vuelto loco?—, si sigue en pie la invitación, claro —agregó molesto, fijando sus ojos negros en Avril.

—Claro que sí. Tenemos planeado ir al Museo Antropológico —lo informó ella.

Y él la miró como si no la reconociera, lo cual era, en cierto modo, la pura verdad. ¿A un museo? ¿Avril? Joder, eso le pegaba menos aún que un parque.

Ella contuvo una sonrisa ante su perplejidad. Por lo visto, Uriel no conseguía imaginársela más allá de los confines del Infierno. Y no le extrañaba. Sólo se habían visto fuera de allí una vez. En una pastelería. Durante una cita que le resultó conmovedoramente mágica.

—Puede resultar interesante. Iré —aceptó él tratando de ocultar su perturbación—. Así podré conocer a Kay, me tiene bastante intrigado —afirmó taladrándola con la mirada.

Y Avril tuvo que esforzarse para que no se le notara el vuelco que le había dado el corazón. Oh, sí, lo había invitado esa misma tarde, pero lo había hecho porque Kay y sus preciosos ojos castaños no le habían dejado otra opción al enterarse de que era Uriel quien la llamaba. Y la verdad era que se había alegrado cuando él declinó la invitación. La suya era una relación puramente sexual, no tenía sentido que le permitiera entrar en su ámbito personal. Aunque eso era una mentira como una catedral, reconoció para sí. No habría tenido sentido cuatro días atrás, pero Uriel lo había cambiado todo el miércoles cuando la había buscado roto en mil pedazos, entregándose a ella para luego, al despertarse, hacerle el amor. Porque lo que habían hecho en el noveno polvo no era follar. Desde luego que no. Había sido mucho más íntimo que un simple intercambio de fluidos y posturas. Y, no contento con eso, había dado otro paso más, sacando su relación del Infierno para llevarla a una pastelería, algo que la había ilusionado tanto que se había sentido como la adolescente que nunca había llegado a ser, para poco después derribar por completo sus muros al exponerle su miedo, su ira y su dolor.

Uriel le había abierto el corazón y ella lo había aceptado sin reservas en el

suyo. Ya no eran simples amantes. Habían ido mucho más allá. Él era suyo, aunque aún no lo supiera.

Y no quería tener que erradicarlo de su vida. Algo que haría sin dudar de ser necesario.

Sólo esperaba que no lo fuera.

Lo descubriría pronto, cuando le presentara a Kay. Algo que, por lo visto, pasaría al cabo de una semana. La gente tendía a comportarse de una manera estúpida, cuando no abiertamente ofensiva, con Kay. Solían ignorar su presencia o responder como si fuera idiota cuando les hablaba. Por supuesto, casi siempre lo hacían sin mala intención, pero eso no significaba que no lo hicieran. O que ella no los odiara y quisiera matarlos. Lentamente y con mucho sufrimiento. Y no le apetecía odiar a Uriel, porque eso significaría arrancarlo de su vida. Aunque algo le decía que Uriel sería distinto. Que no se comportaría como un estúpido.

Resopló, consciente de que eso no era una intuición, sino un deseo.

—Estupendo, Kay también siente mucha curiosidad por ti y está deseando conocerte —dijo Avril, sorprendiéndolo con esa afirmación—. Se alegrará de saber que podrá ponerte cara.

—¡Genial! —atinó a exclamar Uriel.

Así que el otro también sentía curiosidad por él. Perfecto, le enseñaría sus veinte centímetros —o dieciocho, en todo caso— y a ver si podía igualarlo, pensó belicoso.

Iba a preguntarle más cosas sobre Kay cuando, de repente, Avril bajó los pies de la mesa, tomó el teléfono fijo y pulsó el número uno. Y él se alegró de la interrupción, pues había estado a punto de interrogarla sobre su otro amante, haciendo el más espantoso de los ridículos.

—Escenario tres, la sumisa ha dejado caer las llaves y el Dom no se ha dado cuenta. Para la sesión y manda a la sumisa a la sala de recuperación. Y echa a ese puto inútil del Infierno, no quiero volver a verlo por aquí —ordenó con voz fiera—. Pero antes averigua su nombre para que lo pueda bloquear en

la ficha. —Colgó el teléfono y volvió a descolgarlo, esta vez pulsó el número dos—. Kaos, tengo a una sub medio inconsciente en recuperación, ve a examinarla.

—¿Y mandas a Kaos para que la ayude? —inquirió Uriel perplejo. No se le ocurría nadie más imprudente e irresponsable que el rubio.

—Kaos es médico. Estará en buenas manos —replicó sorprendiéndolo, la mirada fija en el monitor en el que se veía uno de los escenarios del Tártaro.

En éste, una sumisa atada a un potro estaba recibiendo un severo castigo en el trasero. La muchacha parecía medio desmayada y había unas llaves en el suelo. Uriel sabía de sobra lo que eso significaba. Él mismo había tirado objetos al suelo cuando no podía soportarlo más. Era una señal para detener la sesión, la única que se podía hacer cuando se estaba atado y con una mordaza tapándote la boca. Al parecer, la chica las había soltado y el Dom no se había dado cuenta. Algo que no debería pasar nunca. Entendía el cabreo de Avril.

Vieron a Mike subir al escenario con un compañero. Desató a la mujer mientras el otro vigilante acompañaba al Dom a la salida. Un instante después, Avril recibió el nombre del incompetente Dom y abrió su ficha y la bloqueó, impidiéndole la entrada de por vida.

—Eso es muy drástico, ¿no crees? Una equivocación la tiene cualquiera...

—No en mi Infierno —repuso ella—. Una equivocación puede mandar al hospital a un sumiso. Si un Dominante falla, no merece serlo —sentenció volviendo a subir los pies a la mesa—. ¿Qué tal ha ido tu día?

—Ha sido bastante interesante. He recibido una carta en la que se me solicita, pero no amablemente, que abandone mi casa y mi trabajo a la mayor brevedad posible —respondió con fingida indiferencia—. Obviamente, no soy bienvenido en Madrid y, si continúo pervirtiendo con mi nociva presencia a mis amigos y vecinos, Némesis les mostrará hasta dónde llega mi depravación. Añade también que no va a permitir que corrompa a más almas nobles, empujándolos al dolor y a la humillación para que abracen la muerte como hizo Roser.

—Una carta encantadora —comentó Avril tratando de contener la furia que la dominaba. Puede que Uriel hubiera hablado con ligereza y desidia, pero sus ojos se opacaban por un dolor antiguo y cruel del que no se veía capaz de escapar.

—Ni te lo imaginas, narrada con el estilo depurado de un avezado escritor y sin faltas de ortografía. Casi me siento honrado de que un acosador tan culto me persiga.

—¿Qué has hecho con ella?

—Entregársela a la policía —Y luego procedió a contarle todo lo que había hablado el viernes con Adán. Incluso que era un fantasma quien incitaba a Némesis a perseguirlo.

Si es verdad que lo que no te mata te hace más fuerte, estoy a dos disgustos de convertirme en Hércules.

PENSAMIENTO FUGAZ DE URIEL
DURANTE LA MADRUGADA DEL 3 DE FEBRERO DE 2019

Domingo, 3 de febrero de 2019

Uriel se despojó de la ropa presuroso y retiró el esponjoso edredón púrpura que cubría la cama mientras Avril se duchaba. Le gustaría estar a su lado bajo el agua, pero ella, seguramente debido a alguno de sus juegos de control, se lo había prohibido. Lo había excitado al desnudarse lentamente para él y luego había ido al baño prohibiéndole la entrada. Y él, vestido y tan duro como el jodido granito, se había quedado idiotizado mientras desaparecía tras la puerta.

En su defensa podía decir que eran las cinco de la mañana, que llevaba despierto casi veinticuatro horas y que estaba agotado. De ahí que no hubiera reaccionado siguiéndola y follándola contra los azulejos, o al menos intentándolo.

Se tumbó en la cama y comenzó a masajearse la verga mientras pensaba en que era extrañamente íntimo estar allí, en su cama, esperando a que saliera del baño, como si fueran una pareja normal y corriente que vivían juntos. Se sentía... raro. Febril. Cientos de mariposas histéricas volaban en su estómago y notaba un extraño cosquilleo en las manos. Y en el pecho. Sentía que todo

estaba... bien. Como si perteneciera a ese lugar. A ese momento. A ella. Como si todos los pasos que había dado en su vida hubieran estado enfocados a llegar hasta allí y compartir la cama, y su vida, con Avril. Pero eso era una gilipollez. Él no creía en las relaciones de pareja. De hecho, no creía en las parejas. Prefería los tríos, reflexionó burlón.

«Sólo que no quieres compartirla con nadie», le recordó inoportunamente su conciencia.

Apretó la mandíbula para ahogar un impropio y continuó masturbándose con furia. Esa noche era suya, y desde luego que no iba a compartirla, ni siquiera de pensamiento. Lo que incluía dejar de pensar en el puñetero Kay.

—Estás muy animado, ¿no? —observó Avril cuando salió del baño y lo vio meneándose.

—Sólo preparo al soldado para follarte.

—Pues deja de hacerlo, esta noche no voy a reclamarlo —replicó caminando felina a la cama. Se subió de un salto y se sentó con las piernas cruzadas al estilo indio, impresionante en su ágil desnudez.

—¿No? Qué pena, como puedes ver, está en plena forma y listo para la faena. —Uriel apartó la mano para que pudiera ver la erección en todo su apogeo.

Avril sonrió maliciosa y deslizó un dedo sobre el tenso falo. Éste palpitó bajo la caricia, regalándole una salada gota preseminal que ella se apresuró a lamer.

Uriel alzó las caderas hacia esos labios que lo volvían loco. Se apretó contra ellos, instándolos a abrirse y aceptarlo en su interior. Y ella de nuevo le concedió el capricho. Tal vez con demasiada rapidez y sin que él tuviera que esforzarse demasiado, pensó escamado por la facilidad con que había conseguido su propósito. Pero todo dejó de importarle cuando ella le chupó golosa el glande. Por desgracia, no tardó en apartarse para deslizarse bajo las sábanas, dejándolo jadeante y frustrado.

—Eres cruel —musitó Uriel. Se tapó con la ropa de cama tumbándose de

lado, de manera que quedaron enfrentados.

Posó la mano abierta sobre el trasero femenino y la acercó a él, sus pequeños pezones contra el vello recortado del pecho de él, su sedosa suavidad contra su rígida dureza, sus labios contra los de él. La besó. Y ella le devolvió el beso. Y mientras la besaba deslizó las manos por el ágil cuerpo femenino deleitándose en sus formas, en los suaves jadeos que sus dedos le arrancaron cuando pellizcaban sus pezones, en la humedad que encontró entre sus muslos. Bajó por su cuello con lametones y suaves mordiscos hasta cerrar los labios sobre uno de sus rosados botones y lo mordisqueó, lamiéndolo después. Lo succionó a la vez que le separaba con los dedos los labios vaginales y jugaba con el anular en la entrada a su cuerpo. La penetró con índice y anular y los curvó en su interior arrancándole un gemido. Trabajó con ellos a la vez que alternaba besos y succiones en los cada vez más duros pezones. Y cuando Avril arqueó la espalda, todo su cuerpo en tensión, se deslizó con rapidez hasta su sexo y atacó el clítoris con la boca mientras la follaba con los dedos, hasta que saboreó en la lengua el almizcle de su orgasmo. La sostuvo ahí, alargando el clímax hasta que quedó laxa bajo su boca. Entonces trepó por ella sin dejar de besarla y estiró el brazo buscando un condón en el cajón de la mesilla.

—No te molestes. No vas a usarlo.

Se quedó petrificado al oírla. No podía estar hablando en serio.

—¿Quieres hacerlo sin condón? Lo siento, pero eso no va conmigo —dijo, aunque intuía que no era eso lo que no quería usar.

Ella sonrió maliciosa y le pasó los dedos por la polla, haciendo que tomara una larga bocanada de aire ante el súbito placer.

—No vamos a follar —le susurró antes de morderle la oreja.

—¿Por qué? —gimió mientras ella lo masturbaba demasiado despacio para llevarlo al orgasmo.

—Porque no me deseas lo suficiente.

—Disiento. Te deseo tanto que me duele.

—No es tu dolor lo que quiero —afirmó ella acariciándole el cuello con los dientes a la vez que mantenía inmóvil el puño con que lo ceñía.

—Dime lo que quieres y te lo daré —jadeó él, sacudiendo las caderas para continuar masturbándose entre sus dedos.

«Quiero tu absoluta rendición», quiso decirle Avril. Pero se calló. Aún era pronto para eso. Así que optó por algo más sencillo.

—Quiero que me desees tanto que no puedas pensar ni respirar, sólo sentir.

—Ya te deseo así —aseveró él envolviéndole la mano para obligarla a moverla.

—No. Estás demasiado saciado como para desearme con desesperación —rechazó ella, y aunque no le soltó la polla tampoco puso ningún interés en masturbarlo.

Uriel aumentó la velocidad y la fuerza con que le ceñía la mano.

—Sólo fueron nueve polvos de nada —bromeó cerrando los ojos al sentir que el orgasmo se acercaba.

El placer era cada vez más intenso, más descarnado, ardía en sus pelotas y ascendía por su vientre. Pero no llegaba. Movi6 la mano de Avril con más rapidez y ella se lo permitió. Pero seguía sin alcanzarlo. Y sabía por qué: necesitaba que ella tomara el control, que su mano se moviera sin su empuje y que sus labios lo succionaran dejándole su marca. Que lo atormentara hasta volverlo loco, hasta que lo obligara a dejar de pensar y sólo pudiera sentir.

—¿Cuándo crees que estaré lo suficientemente desesperado para follarte? —inquirió con voz ronca, soltándole la mano.

Y ella, complacida con su rendición, siguió acariciándolo lentamente.

—Cuando se difuminen las marcas que dejé sobre tu piel.

—No lo dirás en serio, eso es muchísimo tiempo —gimió aturdido.

—No tanto —rebatió ella observando los chupetones con los ojos entornados.

Eran marcas destinadas a inducir el placer, no a permanecer imborrables en su cuerpo. Ahora que él había interiorizado que sus labios succionándole la

piel eran la antesala al orgasmo ya no era necesaria una succión intensa y, por tanto, las marcas eran mucho más suaves. De hecho, apenas eran visibles. Pronto habría que volver a destacarlas. Pero no esa noche. No iba a dejar que le resultara tan fácil follarla, porque eso sería... predecible. Y lo previsible era algo que no iba con ninguno de los dos.

—Ahora que sé lo que es estar dentro de ti no voy a poder esperar tanto para volver a follarte —gruñó Uriel fijando su mirada en ella—. No voy a aguardar otro jodido mes para tenerte.

—No es tu decisión.

—Tienes razón, pero debes tener en cuenta que no soy un hombre fiel por naturaleza, y si me privas de lo que deseo tendré que buscarlo fuera... —le advirtió.

—Hazlo, no nos debemos fidelidad —repuso ella, deslizándole los dedos por el vientre en dirección a sus tetillas, su verga palpitando solitaria sin nadie que la acariciara.

—Eres mi reina —declaró Uriel como si eso le diera algún derecho. Frunció el ceño disgustado al oír la vulnerabilidad que mostraba su voz. Era patético.

—Soy la Reina del Infierno, tengo muchos súbditos.

—Yo soy especial —dijo vanidoso.

—Así es. Pero no eres mío para exigirte fidelidad. Ni para prometértela.

—¿Y si fuera tu favorito?

—Para eso tendríamos que llegar a un acuerdo sobre las normas que exigimos y las que estamos dispuestos a aceptar y respetar.

—No quiero que folles con otras personas, hombres o mujeres, me da igual. Tampoco que los toques o que te toquen —se lanzó a exponer la única norma que le importaba.

—Me parece bien.

—Pero no sé si podré cumplir con eso —señaló sorprendido por su rápida aceptación—. Nunca le he sido fiel a nadie, ya lo sabes.

—Las normas serán las mismas para los dos —afirmó Avril con un tono que no daba opción a réplicas.

—¿Cuáles serían tus reglas? —preguntó Uriel entornando los ojos.

—No será un acuerdo puramente sexual, quiero mucho más que unos pocos orgasmos por noche. Quiero un compañero que me respete y al que admire. Quiero citas en una pastelería, charlas por la noche y risas por la mañana. Quiero que no me mientas, igual que yo no te mentaré, aunque, por supuesto, no estamos obligados a contárnoslo todo. Hay una tenue línea entre mentir y no hablar. Lo primero no lo acepto, lo segundo sí. Pero si tienes tus secretos, no podrás exigirme que te revele los míos. Ésas son mis normas y, si las aceptas, me daré a ti en la misma medida en la que tú te des a mí. Y exigiré que te rindas a mí en la misma medida que yo me rendiré a ti.

—Pides mucho.

—No menos de lo que doy.

—¿Qué pasará si no soy capaz de seguir tus normas?

—Me decepcionarás y nuestro acuerdo acabará.

—La fidelidad no es uno de tus requisitos.

—Porque ya lo has puesto tú.

—¿Y si lo retiro?

—No habrá acuerdo. No me gusta compartir lo que es mío.

—Y yo seré tuyo —gimió Uriel, y cientos de saltamontes comenzaron a bailar la danza de la lluvia en su estómago. Podría intentarlo. La recompensa por lograrlo sería sublime.

—Y yo tuya.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Hasta que uno de los dos decida romper el acuerdo.

—Acepto.

—No. Piénsalo esta semana y el sábado que viene dame tu decisión.

—No necesito pensarlo.

—Sí lo necesitas. Hay hechos que no conoces y deben ser desvelados antes

de que accedas a una relación 24/7.

—Cuéntamelos...

—Esta noche, no —rechazó Avril, disgustada por su propia debilidad.

Pero todavía no estaba preparada para enfrentarse a su reacción cuando conociera a Kay. Porque, si ésta era negativa, y no era difícil que lo fuera, pues la presencia de Kay solía incomodar e incluso violentar a la gente, expulsaría a Uriel de su vida sin dudarle un instante. No había nada más importante que Kay. Ni siquiera su propio corazón.

—Está bien, hasta el sábado entonces —aceptó Uriel al ver la determinación en su mirada.

Ella le sonrió y trepó por su cuerpo para besarle. Y, aunque mantuvo su decisión de no follar, lo cierto era que no había dicho nada de no tocar, no besar o no lamer. Así que utilizó sus manos y su boca para llevarlo al orgasmo. Varias veces. Las mismas que él la llevó a ella. Porque, como había dicho, sólo exigía lo que ella misma daba. Y tampoco era necesaria la penetración para disfrutar de nueve orgasmos. O, en este caso, de tres, que, dada la hora que era y lo cansados que se encontraban, no estaba nada mal.

* * *

Uriel sintió que Avril se le escurría entre los dedos y bajaba de la cama. La oyó trastear por el dormitorio, la suave claridad que iluminaba el interior de sus párpados le indicaba que había encendido alguna luz. Se removió en la cama y, tras mucho esfuerzo, consiguió entreabrir los ojos. Ella estaba vistiéndose bajo la tenue luz de la linterna del móvil.

—¿Te vas? —dijo adormilado.

—Tengo que recibir un pedido —contestó calzándose las Converse sin molestarse en ponerse calcetines—. Duérmete, no tardaré en volver.

Él cabeceó asintiendo y se movió en la cama hasta ocupar el lugar en el que ella había dormido. Inhaló perezoso su aroma, frotó la mejilla contra la

depresión que la cabeza de Avril había dejado en la almohada y volvió a cerrar los ojos sumiéndose en un tranquilo duermevela del que salió poco después cuando la oyó regresar al dormitorio. Esbozó una sonrisa soñadora y se hizo a un lado para que ocupara su lugar en la cama. Tenía ganas de abrazarla, sentir su tentador trasero contra su vientre y alojar su rotunda erección entre sus sedosos muslos. Su verga palpitó acorde a sus deseos. Se llevó la mano a la entrepierna y comenzó a masturbarse mientras esperaba impaciente a que ella se desnudara y se tumbara junto a él. Pero los minutos pasaron y Avril no se acercó a la cama. Se removió inquieto y abrió los ojos, intrigado por su tardanza.

Estaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas al estilo indio. Se había descalzado, dejando las botas de montaña en el suelo. El pelo le caía en una sedosa cascada que le ocultaba la cara y tocaba sus muslos cubiertos con unos holgados pantalones cargo. Estaba jugando con una tableta, o eso parecía por cómo movía los dedos sobre la pantalla, cuya luz blanca hacía parecer su pelo más oscuro de lo habitual.

—¿Qué haces ahí? —preguntó adormilado.

—Emparejo los caballos con los jinetes —le respondió con una voz extrañamente gutural.

Uriel parpadeó confuso al oír su explicación. Estaba emparejando ¿qué?

—Parece interesante, pero seguro que no lo es tanto como emparejar mi salchicha con tu donut —replicó burlón, masajeándose la polla—. Anda, ven a la cama.

—¡No se puede emparejar una salchicha con un donut! Y no voy a ir a la cama. ¡Estás sudado y hueles fatal! —exclamó la muchacha del sofá, que, desde luego, no era Avril.

Uriel se incorporó sobresaltado teniendo, eso sí, buen cuidado en mantener tapada cierta parte de su anatomía que estaba de lo más rígida. Algo le decía que la intrusa era demasiado joven para ver ciertas cosas. Escudriñó la oscuridad apenas rota por el tenue brillo de la tableta, intentando verle el

rostro. Pero no había luz suficiente para reconocer sus rasgos. Así que estiró el brazo y encendió la lámpara. Y vio a una joven con un físico similar a Avril, con el pelo un tono más oscuro y algo más largo, sentada en el Chester.

—¿Quién eres? —exigió saber aturdido.

—Soy la princesa Kayla. —Se puso en pie e hizo un graciosa reverencia antes de apartarse el pelo de la cara y volver a sentarse.

Y Uriel vio aturdido que sería una réplica exacta de Avril si no fuera por el cuello ancho y corto, la boca pequeña, la nariz extrañamente aplanada y los ojos almendrados y rasgados propios de las personas con síndrome de Down. ¡Oh, joder! ¿Quién era esa retrasada? Supuso que, dada la edad y el parecido, debía de ser la hermana de Avril.

—¿Por qué tienes el pelo de las tetas tan corto? —inquirió la muchacha.

—¿Perdona?

—Papá lo tiene rizado, y tío Kaos y tío Julio no tienen. ¿Por qué tú lo tienes corto?

—Porque me lo recorto... —respondió apabullado.

¿Qué hacía allí esa cría? Y, lo más importante, ¿dónde coño estaba Avril? Su fuerte no eran los niños. Y ésa era retrasada. Oh, joder. No tenía ni idea de cómo comportarse.

—Pues a mí me gusta más que esté rizado o que no esté. A medias no me gusta.

—Lo tendré en cuenta.

—¿En serio? ¡Qué bien! —exclamó ella irradiando felicidad. Saltó del sofá y se acercó a él arrugando la nariz—. ¿También te quitarás la barba? Tampoco me gusta, pica.

—Estoy muy feo sin ella —aseveró sin saber bien qué decir.

—Oh. Entonces déjala. No me gustan los hombres feos —declaró con toda sinceridad—. ¿Por qué no te echas colonia? Hueles mal.

—Vaya, lo siento —musitó Uriel desubicado.

—No importa, me aguanto —repuso resignada, sentándose a los pies de la

cama con las piernas cruzadas en la misma postura que siempre adoptaba Avril.

—Te lo agradezco —resopló él. Joder, no podía oler tan mal. Se olisqueó con disimulo la axila. No es que olera a rosas, pero tampoco lo hacía a cuadra.

—De nada —contestó ella con exquisita educación. Luego se quedó callada mientras lo observaba con tanta atención como él la observaba a ella.

—¿Quién eres? —repitió Uriel la pregunta, pues cuando le había respondido había estado demasiado perplejo observando su parecido, y sus diferencias, con Avril y no se había quedado con el nombre.

—Ya te lo he dicho antes —le recordó ella—. La princesa Kayla.

—¿Princesa?

—Claro. Mi madre es una reina, así que yo soy una princesa —resopló, como si ésa fuera la mayor obviedad del mundo.

—¿Quién es tu madre? —gimió Uriel casi sin voz.

—La Reina del Infierno, por eso yo soy princesa —replicó ella—. Eres un poco tonto, ¿no? ¡Ay! ¡Lo siento! —se disculpó compungida. La gente mala a veces la llamaba tonta y ella se sentía fatal cuando lo hacían y no quería que él también se sintiera mal—. ¿Me perdonas?

—Claro —aceptó sorprendido por su repentina pesadumbre. Aunque más se sorprendió al ver que pasaba de la tristeza absoluta a la alegría más luminosa en menos de un segundo—. Así que tu madre es... la Reina del Infierno. Avril..., ¿verdad? —farfulló anonadado.

—Sí, como el mes, pero con uve. Papá dice que eso es porque mamá es una rebelde. Pero ella dice que es un nombre original y no un nombre aburrido como el de papá. Papá se llama Nathaniel, pero mamá lo llama Nath —expuso, como si eso lo explicara todo—. Mamá y papá se llevan fatal. ¿Te llevas bien con papá?

—No lo conozco —contestó él, aún aturdido por el anterior descubrimiento.

—Si quieres, te lo presento.

—Mejor en otro momento.

Ella lo miró como si le faltara un tornillo.

—Claro. No te lo puedo presentar ahora, no está aquí —bufó alzando los ojos al cielo.

—Cierto —convino, tratando de centrarse en lo importante—. ¿Cuántos años tienes? —Y no es que eso fuera importante, pero no se le ocurrió otra cosa que preguntarle.

—Quince —respondió tras pensarlo un instante—. ¿Y tú?

—Voy a cumplir treinta y siete —respondió a su vez sin pensar, su mente centrada en la edad de esa niña y en la de Avril. Joder, ¿a qué edad la había tenido? Debía de ser una cría...

—Pero éstos no son los que tienes —dijo Kayla suspicaz.

Uriel la miró confundido antes de recordar de qué estaban hablando.

—No. Tengo treinta y seis.

—¿Y por qué no lo dices desde el principio?! —exclamó exasperada.

Y Uriel no supo qué contestar, por lo que volvió al tema que le interesaba.

—Así que eres la princesa Kayla... Oh, joder —soltó cayendo en la cuenta de repente—. ¡Eres Kay!

—Claro, ya te lo he dicho dos veces... —resopló más exasperada aún.

—¿Sabe tu madre que estás aquí? —La niña negó con la cabeza—. ¿Cómo has entrado?

—Por la puerta. —Lo miró como si fuera idiota.

—Ah, sí, por supuesto. Me refiero... ¿Cómo has llegado hasta aquí? Es decir, ¿quién te ha traído? —especificó todo lo que pudo.

—El tío Kaos. Íbamos a ir a la nieve, pero...

—¿Y cómo has podido entrar sin que tu madre te viera? —la cortó él, incapaz de creerse que esa niña hubiera podido colarse bajo las narices de Avril sin que se diera cuenta.

—Porque mamá está en el Otro Lado, y yo he entrado por el portal. Ella

está vigilando que Ricardo no deje cosas de menos, porque si mamá se despista les deja menos cajas y, como tío Kaos no se fija, pues mamá tiene que hacerlo. Pero tío Kaos no se fija para que mamá tenga que recibir ella el pedido y así él poder dormir más tiempo —contó con inocente sinceridad.

—Oh... Entonces has entrado por el portal...

—Papá y mamá no me dejan entrar en el Otro Lado. Dicen que no es para niños.

—Estoy de acuerdo.

—¡Claro, porque tú eres un adulto! —protestó ella enfurruñada—. No es justo.

—No soy yo quien pone las normas —repuso escurriendo el bulto.

Ella asintió compasiva, mirándolo con abierta curiosidad. Era guapo para ser un viejo. Le gustaban sus ojos, pero no su barba. Y tenía el pelo demasiado largo. Pero sus brazos eran bonitos y no tenía tripa. Además, era simpático. Y cuando le hablaba no la ignoraba ni parecía aburrirse de ella. Y le contestaba cuando le preguntaba. Y eso la complacía.

—¿Por qué no viniste ayer con nosotras?

—Tenía cosas que hacer.

—Mamá dijo que no viniste porque no te gustaba la pizza —replicó ella mirándolo con suspicacia.

—Pues si ya te dijo eso, ¿por qué lo vuelves a preguntar? —le planteó Uriel entornando los ojos igual que ella.

Kay frunció el ceño buscando una respuesta. Como no la encontró, cambió de tema.

—Fuimos a ver la Torre *Effiel*.

Uriel la miró aturdido un instante antes de entender a qué se refería.

—Ah, sí, en el Parque Europa... ¿Y qué te pareció?

—Muy fea. Sólo son hierros y más hierros. Me gustó más el *David* porque estaba desnudo y se le veía el pene. Pero lo más bonito fue la Fontana de Trevi.

Uriel tardó un segundo en comprender que hablaba del *David* de Miguel Ángel.

—La Fontana de Trevi es preciosa —declaró obviando el comentario sobre las partes pudendas de la estatua—, ¿lanzaste alguna moneda?

—¿Para qué?

—Para volver. Dice la leyenda que, si se lanza una moneda a la vez que se desea volver, el deseo se cumple —explicó Uriel, que se había enamorado de ese monumento durante su estancia en Roma. Y aunque la fuente que la niña había visto estaba en Madrid, eso no significaba que no pudiera soñar con visitar la original.

—¿En serio? —jadeó con los ojos muy abiertos al tiempo que gateaba por la cama para acercarse a él—. No lo hicimos. Seguro que mamá no lo sabía. Tenemos que volver para tirar la moneda y así regresar otra vez —dijo muy seria—. ¿Vendrás?

—Sí —aceptó Uriel sin saber bien por qué.

—Pero antes tienes que ducharte, uf... —Se pinzó la nariz entre índice y pulgar y regresó a los pies de la cama sin soltársela.

Y Uriel no pudo evitar estallar en carcajadas.

Y a Kayla le pareció tan gracioso verlo reír que se contagió de su estallido.

Y así los encontró Avril cuando entró en el dormitorio unos minutos después.

Queridos Reyes Magos:

Ya sé que no existís, pero mamá me ha dicho que os escriba una carta para saber qué quiero, y eso voy a hacer.

Quiero que mamá sea feliz para que no vuelva a estar triste. Y quiero un Trivial de «Juego de Tronos» para ganar a papá en todas las preguntas porque él no ve la serie y yo sí.

Gracias.

PRINCESA KAYLA

CARTA ENTREGADA AL PAJE DE LOS REYES MAGOS
EN EL CORTE INGLÉS DE PRINCESA, 2 DE ENERO DE 2019

Avril se quedó petrificada en la puerta al ver a Kay sentada a los pies de la cama, riéndose a mandíbula batiente con Uriel. Estaba relajada y feliz. Igual que él.

—Kayla, ¿qué haces aquí? —exclamó sobreponiéndose a su asombro.

—¡Hola, mamá! Me ha traído el tío Kaos —dijo saltando de la cama para darle un abrazo de oso a su madre—. Me ha dicho que te diga que no se ha quedado dormido y que ha sido responsable y me ha recogido a mi hora para llevarme al parque de nieve, pero que yo he insistido en venir a ver a Uriel y el tío no se ha podido resistir a mis ojos de cervatilla y me ha tenido que traer —le contó de corrido antes de arrugar el ceño—. Aunque no sé cómo lo he hecho, porque yo no sabía que Uriel iba a estar aquí hasta que el tío me lo ha

dicho. Pero cuando me ha dicho de venir a verlo me ha parecido estupendo y le he pedido que me trajera —terminó complacida por haber atado todos los cabos.

—No creo que Kaos quisiera que le contaras eso último a tu madre. Algo me dice que le va a caer una buena bronca —comentó Uriel burlón.

Y la niña, en lugar de reírse, lo miró confundida, como si no entendiera por qué se iba a enfadar Avril con su tío.

—¿He hecho algo malo, mamá? —le preguntó preocupada a Avril.

—Claro que no, cariño, Uriel sólo bromea. —El gesto de alivio de la niña fue instantáneo—. ¿Has desayunado? —Kayla negó con un gesto—. ¿Por qué no vas a la cocina y prepararas tres colacaos y unos bocadillos de galletas con mantequilla y mermelada?

—¡Vale! —exclamó encantada de tener tanta responsabilidad. Corrió hacia la puerta, pero se paró antes de traspasarla—. ¿Cuántas galletas quieres, Uriel?

—Cinco —respondió sin pensarlo demasiado.

—Tienen que ser de dos en dos, si no, no puedo hacer bocadillos. —Lo miró compasiva. El pobre no era muy listo.

—Ah, entonces seis. O mejor ocho. Tengo mucha hambre.

Kayla curvó la boca en una sonrisa luminosa y, sin perder un segundo, salió al pasillo.

Avril esperó a que su hija desapareciera en la cocina para cerrar la puerta e ir hacia Uriel.

—Joder, ha estado a punto de darme un infarto cuando la he visto en el sofá —gimió Uriel dejándose caer en la cama y tapándose los ojos con el antebrazo.

Avril enarcó una ceja, toda ella rígida por la furia contenida. «¿Un infarto? ¿Por qué?»

—La oí entrar y pensé que eras tú. Empecé a masturbarme y, cuando abrí los ojos, la vi en el sofá. Pensé que eras tú —repitió destapándose la cara

para encontrarse con la mirada perpleja de Avril—. Así que la invité a que viniera a la cama... Y ella me dijo que estaba sudado y olía mal y que no iba a venir. Entonces me di cuenta de que no eras tú. Joder, tenía una erección del quince y ella me miraba arrugando la nariz como si fuera la cosa más apestosa que había olido en su vida. A decir verdad, me ha dicho un par de veces que tengo que ducharme.

—Kayla siempre es sincera —afirmó Avril sin saber bien qué responder a eso—. Imagino que estarías tapado, porque, si no, ahora mismo estaría acribillándome a preguntas sobre el tamaño y el grosor de los penes y sobre por qué los de las estatuas son tan pequeños —señaló, recordando cuánto le había interesado a su hija la entrepierna de la réplica del *David* de Miguel Ángel que había en el Parque Europa. Kayla era, al fin y al cabo, una adolescente, y eso significaba que tenía las hormonas revolucionadas.

—Dios santo, cuando eso pase no quiero estar presente —gimió Uriel—. Es una interrogadora nata. Deberían contratarla en el FBI —bromeó. Y como premio oyó la suave risa de su reina—. ¿Por qué no me lo dijiste, Avril?

—Porque no era de tu incumbencia. Kayla pertenece a mi vida privada.

—Y lo nuestro era sólo sexo.

—Exactamente.

—¿Era esto lo que tenía que saber antes de tomar una decisión sobre nuestro acuerdo?

—Sí.

Uriel asintió con un gesto, su ceño fruncido en señal de concentración. Tardó unos segundos en volver a hablar:

—¿Qué esperas de mí?

—Sólo lo que hemos acordado.

—Me refiero a ¿qué esperas de mí en relación con tu hija?

«No espero absolutamente nada, pero lo deseo todo», pensó, aunque no fue eso lo que dijo. A fin de cuentas, era una mujer realista con los pies bien afirmados en la tierra.

—Que si alguna vez vuelves a verla no la ignores, que contestes a sus preguntas, que no la tomes por tonta y que la respetes.

—Eso lo hago con todo el mundo.

—Mi hija no es todo el mundo.

—Cierto. Ella es especial.

—Cada vez que alguien dice que es especial siento que sólo tratan de decirme, con mucha diplomacia, eso sí, que es una retrasada con la que, aunque les dé mucha pena, no tiene sentido perder el tiempo tratándola como si tuviera cerebro. Algo que, por cierto, tiene —señaló furiosa.

—Yo no lo he dicho en ese sentido —se defendió Uriel.

—Claro que no. Y seguro que tampoco te has preguntado por qué no aborté cuando supe que tenía un cromosoma de más...

Y él, en lugar de negar su suposición, se calló. Porque la verdad era que sí lo había pensado. Joder, nadie tenía hoy en día niños retrasados si podía evitarlo. ¿O no?

Avril buscó con sus ojos los de Uriel y cuando sus miradas se encontraron esperó que fuera como todos y negara en rotundo su horrible afirmación. Pero no lo hizo. Y eso, por extraño que fuera, hizo que lo admirara. Muy pocos aceptaban la verdad con dignidad, más bien se dedicaban a mostrarse ofendidos y clamar al cielo por su siempre acertada suposición.

—Voy a la cocina a ver qué tal va el desayuno, te espero allí. Pero dúchate antes de ir, Kay tiene un olfato muy sensible y tú apestas a sexo —le aconsejó yendo hacia la puerta.

—Avril —la llamó Uriel, y ella se volvió con una mirada interrogativa—, el tatuaje del dragón que tienes en el pubis... Oculta una cicatriz, ¿verdad?

—La de la cesárea. Kay no pudo nacer por parto natural.

Uriel asintió con un gesto y ella salió del dormitorio. Pero en lugar de ir a la cocina atravesó el pasillo y, tras teclear el código de la Ratonera, entró. Y, tal como suponía, allí estaba Kaos con la misma cara de pillo que un gato que se acaba de tragar un pajarito. Fue hacia él y, antes de que el rubio pudiera

darse cuenta de lo que pensaba hacer, le dio un puñetazo que le hizo sangrar la nariz.

—Kayla no es un juguete, no vuelvas a ponerla en una situación como ésa —le gruñó cerrando el puño para golpearlo de nuevo.

Julio tuvo el buen tino de saltar de su silla e interponerse entre ellos. Cuando Avril se enfurecía con Kaos tanto como ahora era peligroso dejarla a su libre albedrío.

—¿Qué situación? —replicó Kaos sujetándose la nariz—. Joder, Avril, vaya derechazo.

—¿Cómo se te ha ocurrido dejarla a solas con Uriel? —lo increpó furiosa—. Podría haber pasado cualquier cosa...

—¿Como por ejemplo? —preguntó Kaos tapándose la nariz con el pañuelo que acababa de tenderle Julio.

—Algunos idiotas tienden a compadecerse de ella o a mirarla como si fuera un bicho raro o a ignorarla, y ella se da cuenta y le duele. ¿Cómo has podido ser tan irresponsable?

—¿Uriel ha hecho algo de eso? —exigió saber Julio, impidiendo hablar a Kaos, seguro de que, si lo dejaba, su oficina acabaría convirtiéndose en el escenario de una batalla campal. Y luego siempre le tocaba recogerla a él, lo cual era un verdadero incordio.

—No, pero...

—Deberías empezar a confiar en Kaos —señaló Julio mirándola enfadado—. Que yo sepa, nunca te ha fallado. Y Uriel tampoco...

Ella los miró furiosa antes de dar media vuelta y dirigirse a la cocina, donde su hija estaba acabando de montar el último bocadillo de galletas.

* * *

Uriel cerró los ojos a la vez que se pinzaba el puente de la nariz. Avril tenía una hija adolescente. Y era retrasada. Sacudió la cabeza, disgustado por

ese pensamiento. Kayla tenía síndrome de Down, pero no era una retrasada. Simplemente sus funciones cognitivas se procesaban y expresaban de otra manera. Y era encantadora. Una réplica de Avril pero con una deliciosa dulzura infantil. Y también con una inquietante tendencia a ser brutalmente sincera, pensó levantándose de la cama para meterse en la ducha.

«Vaya puta mierda», se dijo mientras el agua se deslizaba por su cuerpo. Esa niña lo trastocaba todo. No quería niños en su vida. No quería acercarse ni de lejos a una puta familia. Menos aún a una jodida madre soltera con su dulce hijita. ¡Joder! No quería que nadie vulnerable se encaprichara de él, menos aún que lo quisiera. Y esa puñetera cría parecía de las que repartían amor y cariño como Papá Noel repartía regalos. ¡Qué mierda! No pensaba dejar que se acercara a él. Ni siquiera la tocaría. No importaba que fuera la hija de Avril, no tenía por qué actuar con ella de forma distinta a como lo hacía con los demás niños. Y a los demás no los tocaba. Ni les hablaba como no fuera para picarlos. No quería nada con los niños, y mucho menos con ésa. Porque le haría daño. No era un buen tipo. No era fiel ni constante en sus cariños. Y era egoísta. El cóctel perfecto para arruinar la vida de una inocente. Por eso le gustaba Avril, porque era una mujer dura y fría, igual que él. Una guerrera que no se dejaba encandilar y que jamás esperaría nada de él, excepto lo que habían pactado. Y si él rompía las normas..., en fin, ella se lo había dejado bien claro: daría por finalizado el acuerdo. Sin dramas ni llantos. Le pondría fin con la misma frialdad con que le habían dado comienzo y si te he visto no me acuerdo.

Y eso era justo lo que él buscaba. Pero, joder, ¡tenía una hija!, reflexionó aterrado.

Aunque eso no significaba que tuviera que volver a verla ni que fueran a compartir tiempo juntos; al contrario, sabía cuándo salían juntas, por lo que no sería difícil evitarla.

Mucho más tranquilo, salió de la ducha y se puso los vaqueros y la camisa. Estaba a punto de abandonar la habitación cuando se detuvo y alzó el brazo

para olerse la axila. Tenía un ligero olor a cítricos, pero no había tenido otra opción que usar el gel de Avril y, claro, era de mujer. Tomó nota mental de traer su jabón, su desodorante y su colonia, no quería que Kay volviera a decirle que apestaba.

* * *

—¿Sabes utilizar la pistola? —le preguntó Kayla a Uriel haciendo que se atragantara con uno de los empalagosos bocadillos de galleta.

—La de silicona —apostilló Avril, divertida al ver su cara de perplejidad.

—Tengo que hacer un trabajo sobre el corazón humano y nos han dicho que lo hagamos con goma EVA, pero no me sale. Es muy difícil, y a mamá tampoco le sale.

—Te saldría si no te empeñaras en decir que no te sale —le recriminó su madre.

—¡No me sale! ¡Y a ti tampoco! Lo cortamos mal y le salen picos y no queda bien y luego lo llenamos de silicona y queda feo —se obstinó Kayla—. Y no me gusta y quiero hacerlo bien, pero no me sale y no quiero que la silicona se salga y que quede feo y que...

—Kayla, para —le ordenó su madre con voz severa, deteniendo su furioso monólogo y ganándose una mirada colérica—. Lo haremos todo lo bien que podamos y quedará perfecto.

—A mí no se me dan mal los trabajos manuales —dijo Uriel un poco asustado por el estallido de la niña. No se lo esperaba.

Kayla lo miró enfurruñada antes de levantarse e ir a por su mochila. La vació sobre la mesa de mal humor y le enseñó las distintas partes de goma EVA que habían recortado.

—Habría que arreglarlas un poco —comentó él observándolas con atención. Salvando las distancias, los cortes de goma EVA no diferían mucho de los que él hacía para las camisas—. ¿Te enseñó un truco para cortar mejor?

—Vale.

—No cierres del todo la tijera, así no te saldrán picos. —Le mostró cómo hacerlo.

En eso pasaron toda la mañana. Y les quedó un corazón de goma EVA de lo más resultón.

* * *

Uriel observó intrigado los imponentes chalets que había a ambos lados de la carretera por la que circulaba Avril. Aunque llamarlos chalets era quedarse cortos. Más bien eran mansiones.

Al terminar el trabajo del corazón, Kayla lo había invitado a comer, advirtiéndole muy seria que no sería pizza, sino algo que le gustara a él, para que así pudiera comer con ellas. Y Uriel no había sabido cómo negarse. Así que habían montado en el Dacia Sandero de Avril, que estaba aparcado en el garaje del edificio, y habían ido al Brasa y Leña. Y no lo había pasado mal, aunque había sido extraño y, en cierto modo, inquietante. Avril reía más cuando estaba con la niña. Y era menos cortante, menos feroz. Aunque seguía siendo igual de directa, algo que, como pudo descubrir, facilitaba las cosas con Kay, pues era una niña cariñosa, extrovertida y con un genio explosivo a la que era mejor dar instrucciones sencillas y concisas y evitar los dobles sentidos, pues le costaba entenderlos.

Avril paró frente a una imponente puerta que se abría entre altos muros cubiertos de vegetación y bajó del coche, dejándolo en marcha. Por lo visto acababan de llegar a la propiedad de la abuela de Kayla en La Moraleja, y desde luego no parecía que les faltara el dinero. Más bien al contrario.

Kayla bajó a su vez del coche y, al ver que Uriel no se apeaba, le abrió la puerta y le pidió que saliera para presentarle a su padre como habían quedado.

Él la miró confuso antes de recordar la conversación de esa mañana. Buscó la mirada de Avril, pero ella ya estaba en la puerta, llamando por el

telefonillo.

—¡No seas lento! —lo regañó Kayla, por lo que no le quedó más remedio que salir.

En el momento en que pisó la calle, las puertas metálicas de la finca se abrieron, dejándole ver un largo camino adoquinado que avanzaba entre árboles y acababa en una imponente mansión de tres alturas. En el camino había un hombre de su misma altura y similar edad. Pelo castaño oscuro, corto y retirado de la cara con severa elegancia, una cicatriz resaltaba bajo su ceja izquierda. Tenía la nariz patricia, el mentón cuadrado y los ojos de un azul intenso que brillaban de animadversión. Y estaban clavados en Uriel. Y éste no tardó en reconocerlo. Joder, el padre de la cría era el dueño del Torture Eden y uno de los promotores principales del Torture Game. Y, por el motivo que fuera, Uriel no le caía bien.

La niña recorrió los pocos metros que la separaban de Nath y le contó entusiasmada que habían comido los tres juntos. Luego le tomó la mano y lo guio hasta el camisero. Al acercarse al vehículo, las miradas de Nath y Avril se cruzaron, y el aire que había entre ellos estuvo a punto de congelarse.

—Papá, éste es Uriel —se lo presentó Kayla.

—Ya lo conozco —replicó con voz glacial.

—¿Sí? —La niña se volvió hacia Uriel confundida.

—Nos conocimos en una fiesta, pero no sabía que era tu padre.

La niña sonrió aceptando la explicación y luego, obedeciendo a Nath, entró en la finca y enfiló el largo camino hacia la casa, donde la estaba esperando su abuela.

—¿Qué hace tu sumiso con Kayla? —le preguntó Nath con voz exigente a Avril cuando la niña estuvo lo suficientemente lejos para no oírlos.

—No es mi sumiso —replicó Avril yendo al coche.

—¿Y por qué lleva tu marca? —exigió saber agarrando la barbilla de Uriel y alzándosela para verle el cuello.

—Si me vuelves a tocar, te reviento la cara —le espetó él, soltándose

furioso.

—Por Dios, ya habla como tú, está claro que es tu perrito faldero —le dijo despectivo Nath a Avril, ignorando a Uriel—. ¿Por qué has permitido que salga con Kayla? Es más, ¿por qué ese estúpido socio tuyo no la ha llevado al parque de nieve como acordó con mi madre?

—Cambió de opinión.

—Entiendo. —Miró desdeñoso a Uriel. Últimamente Kayla no hacía más que hablar de él como si fuera el novio de su madre, no hacía falta ser muy listo para saber qué imbécil le había metido esas ideas en la cabeza. Maldito Kaos, siempre empeñado en hacer honor a su apodo—. Intuyo entonces que cuando salieron de aquí la llevó directo al Infierno a haceros una visita a ti y a tu sub.

—Eres libre de intuir lo que te dé la gana —repuso Avril abriendo la puerta del coche. Uriel la imitó y entró, esa discusión no iba con él.

—No permitiré que la confundas, Avril —advirtió Nath con contenida ferocidad—. Sabes cómo es. Sabes lo mucho que se ilusiona con la gente. No dejaré que salga con vosotros como si fuerais una familia cuando él sólo es la polla con la que te rascas. —Nath señaló displicente a Uriel, un músculo palpitando en su mandíbula por la fuerza con que la apretaba. Avril se volvió para mirarlo con la misma furia que él le dedicaba a ella—. Mantén a Kayla lejos del Infierno cuando tu amante esté allí y avisa a Kaos de que, si vuelve a engañar a mi madre, le impediré salir con la niña.

—Inténtalo —lo desafió ella.

—Avril, quiero tu promesa de que no volverás a llevarla con vosotros.

Y ella, en respuesta, cerró la mano derecha y le enseñó el dedo anular en una peineta perfectamente ejecutada. Luego entró en el coche y se marchó de allí con un rugido del motor.

—Kayla tiene razón, os lleváis fatal —comentó Uriel cuando salieron a la M-40 y Avril pisó el acelerador hasta rebasar el límite de velocidad.

Ella no contestó y se limitó a serpentear por la autovía esquivando y

adelantando vehículos antes de tomar el desvío que la llevaría al interior de la urbe.

—¿Te llevo a casa o te quedas a dormir en el Infierno? —le preguntó sin apartar la mirada de la carretera.

—Me quedo en el Infierno —contestó él sin dudarle un instante.

El adúltero se ha mudado a Zaragoza y trabaja en la Camisería Rueda. Estoy segura de que pasa las noches fornicando con rameritas y sodomizando a hombres, mancillando mi recuerdo y ofendiendo a Dios. Ni siquiera muerta hallo consuelo. Merezco entrar en el paraíso, pero él me ancla en el infierno con su inmoralidad. Ayúdame, Ojito Conmigo, necesito encontrar consuelo. Oh, Señor, Dios de las venganzas, ¡resplandece!¹

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A OJITO CONMIGO,
12 DE SEPTIEMBRE DE 2012. 1 «ME GUSTA», 1 COMENTARIO

Maldito cabrón! No se lo permitiré. Conseguiré que todos sepan lo que te ha hecho y que sufra tanto como tú! El viernes regreso a Madrid y, en cuanto el avión toque tierra tomaré el AVE e iré a hacerle una visita...

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
12 DE SEPTIEMBRE DE 2012

Pero hasta que llegues él tendrá tiempo de corromper a muchas jóvenes inocentes como yo lo era, utilizándolas y maltratándolas como hizo conmigo. Deberías contratar un detective privado como hizo mi padre, así podrías saber todo lo que hace para, cuando llegues, poder actuar con mayor celeridad.

RESPUESTA DE DULCE ROSER,
22 DE SEPTIEMBRE DE 2012

Martes, 5 de febrero de 2019

—El contrato está redactado y le he traído la nómina y el dinero de la fianza como acordamos. Exijo saber por qué no quiere alquilarme el puto piso — reclamó Uriel exasperado.

Aunque en realidad debería haber imaginado que eso iba a pasar. No era que no hubiera tenido indicios de que Némesis volvía a meter las narices en sus asuntos. Pero, aun así, la repentina ruptura del acuerdo por parte del agente inmobiliario lo había pillado desprevenido.

—Ya se lo he dicho, está alquilado —afirmó el hombre manteniendo las distancias. Unas distancias que cuatro días atrás no existían, cuando se estrechaban la mano refrendando el acuerdo verbal que habían contraído sobre el piso que Uriel iba a alquilar.

—¿Y para qué coño pides una puta señal si luego no la respetas? —gruñó Uriel colérico. Y no era que el piso le gustara demasiado, pero estaba en el barrio, era habitable y se le estaba acabando el tiempo.

—Hubo un fallo informático y la señal que me dio no quedó registrada, le ruego nos disculpe y acepte la devolución. —El agente señaló el dinero que había puesto sobre la mesa.

Uriel, harto de discutir, lo tomó y firmó el recibí de desistimiento, pero antes de irse le preguntó al agente exactamente lo que quería saber.

—Si el piso está alquilado, ¿por qué sigue puesto el cartel de «Se alquila»?

—Un error.

—Cometéis muchos errores aquí, ¿no crees?

El hombre se limitó a encogerse de hombros.

—Si te dijera que quiero alquilar otro piso, ¿cuál sería tu respuesta? — inquirió suspicaz.

—También estaría alquilado —respondió el hombre con una mueca de repugnancia.

—Entiendo. Déjame adivinar... Te ha llegado alguna carta en la que se te avisa que monto orgías, trafico con drogas, me dedico a pegar a mis amantes o

algo por el estilo y eso disgusta a tus clientes. Es algo así, ¿verdad?

—No nos interesa la gente como usted —dijo el hombre por toda respuesta.

—Que te den por culo, con una gran polla y muchas veces —se despidió Uriel dando un portazo.

Echó a andar furioso. Era la segunda inmobiliaria que le daba calabazas. Némesis debía de estar siendo más agresiva de lo usual en sus mensajes, lo cual era una putada, porque necesitaba desesperadamente mudarse. Aunque sabía que Calix e Iskra querían que se quedara, no podía hacerlo. No, sin ponerlos en peligro. La conversación con Adán lo había hecho recapacitar. Némesis había comenzado a mandarles mensajes y, si no conseguía lo que quería, iría a por ellos. Los acosaría. Y prefería largarse del piso, de la ciudad, incluso del país, antes que permitirlo.

Apartó esos pensamientos y se centró en lo que llevaba cavilando desde que se había despedido de Avril el lunes. El acuerdo entre ellos. ¿De verdad estaba planteándose tener una relación de exclusividad con la Reina? Joder, ni que tuviera la buena costumbre de ser fiel. Y lo peor de todo era que él había sido el instigador de esa absurda propuesta. ¿Se había vuelto loco?

Miró el reloj, le quedaban cuarenta minutos para entrar a trabajar y había una inmobiliaria cerca. Una que había visitado la semana anterior y que tenía un piso que, aunque no era nada del otro mundo, tampoco era un cuchitril. Tenía el dinero de la fianza y la nómina en el bolsillo, podría pasarse y alquilarlo si todavía estaba disponible. No era lo que buscaba, pero Némesis lo estaba dejando sin opciones. Apresuró el paso, tal vez tuviera suerte.

No la tuvo. Némesis se le había adelantado. O eso intuyó cuando el agente le señaló la salida con gesto desabrido.

Se dirigió malhumorado a la camisería, su mirada sobrevolando a menudo por encima de su hombro, tratando de averiguar si alguien lo seguía. Pero, si era así, no fue capaz de discernirlo. Con la inquietud revolviéndole el estómago, apresuró el paso. Los escaparates se convirtieron en ventanas desde las que lo espiaban; esperar en los semáforos se convirtió en una agonía, pues

cualquiera podía meterle algo en el bolsillo o verterle colonia; incluso los coches que paraban junto a la acera le resultaban amenazantes. Cualquiera podía atacarlo. Se sentía observado, perseguido. La calle estaba abarrotada de gente y sentía manos extrañas que se colaban en sus bolsillos, que lo empujaban, que lo sujetaban, que lo golpeaban, que llevaban botes de gas y estaban a punto de rociarle de nuevo los ojos...

Notó algo saltar en el bolsillo del pantalón y estuvo a punto de salirse el corazón del pecho antes de que se diera cuenta de que era su móvil vibrando. Se tranquilizó al oír el tono que le había asignado a Avril y el aire volvió a entrar en sus pulmones colapsados mientras aceptaba la llamada.

Y al oír la voz de su interlocutora estuvo a punto de caerse al suelo.

Era Kayla. ¡Joder!

Dudó si apagar el teléfono dejándolo fuera de cobertura. Pero le haría daño si lo hacía. Y, además, ¡qué coño!, ¿por qué no podía hablar con ella? Ni siquiera iban a verse. Sólo era una jodida llamada. ¿Desde cuándo se comportaba como un capullo?

—Sí, estoy aquí, perdona. Es que no esperaba que fueras tú y me he sorprendido. —Una sonrisa se dibujó en sus labios al oír la respuesta de su interlocutora. Esa cría era un soplo de aire fresco en mitad del día de mierda que estaba teniendo—. Sí, ha sido una sorpresa agradable. Me ha gustado. ¿Qué nota te han puesto por el corazón? —preguntó interesado, al fin y al cabo, él había hecho la mitad del trabajo—. ¡En serio! ¡Vaya! Estarás orgullosa. —Y casi sin darse cuenta comenzó a relajarse.

* * *

Iskra le dio dos besos y un abrazo de oso a Pavel y bajó del Mercedes que había parado en la esquina de la camisería. Estaba en una nube. Acababa de hacerse la prueba del vestido y le quedaba perfecto. La hacía parecer tan hermosa que seguro que Calix se desmayaría cuando la viera el día de la boda.

Y mejor no pensar lo que haría cuando descubriera la ropa interior y el salto de cama que había comprado. Tomó una gran bocanada de aire que hizo que sus pechos trataran de escapar del vestido y echó a andar hacia la camisería.

Y a punto estuvo de chocar con Uriel, que acababa de volver la esquina y entraba en la calle con paso apresurado mientras hablaba por teléfono.

—Lo siento, no te he visto —se disculpó sin soltar el móvil—. No, querida, no te lo decía a ti. Es que he chocado con mi compañera de trabajo. Sí, la de las tetas grandes, ¿te lo ha contado tu madre? —inquirió perplejo mientras continuaba caminando.

Iskra, intuyendo a quién se refería con «la de las tetas grandes», fue tras él prestando más atención de la habitual, que ya de por sí era mucha.

—Sí, se casa dentro de tres semanas —lo oyó decir, y su interlocutor debió de contestar algo gracioso, pues se echó a reír—. Sí, como un pingüino. No. No pienso enseñarte fotos para que te rías de mí.

Y fuera lo que fuese lo que le contestó, debió de conmoverlo, pues su sonrisa se convirtió en un gesto de increíble ternura.

—Ya lo sé, princesa. Sé que jamás te reirías de mí. Sólo estaba bromeando...

Luego continuó diciéndole que no sabía cómo era el vestido de Iskra, y que de ella sí le mandaría fotos. Y de Calix. Y de las casas negras del pueblo. Y lo decía con voz risueña, despreocupada. E Iskra cada vez estaba más intrigada. ¿Con quién narices estaba hablando?

—Tengo que dejarte, princesa —lo oyó decir de nuevo, y ese «princesa» no era en absoluto parecido al que le decía a ella. No había picardía ni sensualidad en su voz, más bien... cariño—. No lo sé, los viernes salgo tarde de trabajar y estoy muy cansado, así que voy directo a casa a dormir. Sí, los sábados por la tarde los tengo libres, pero seguramente tendré algo que hacer, no creo que pueda ir.

E Iskra supo que estaba mintiendo y buscando excusas para no salir con la «princesa». Esperó a que se despidiera y en el momento en que colgó se puso

a su lado.

—¿Con quién hablabas?

Uriel sonrió, desde luego su amiga no se andaba con rodeos.

—Con Kay.

—¿Kay?, ¿el amante de Avril? —inquirió aturdida.

—No. Con Kay, la hija de Avril. Aunque en realidad se llama Kayla. Y me gusta más ese nombre que el diminutivo —comentó Uriel entrando en la tienda y dejándola tan perpleja que, por un instante, se olvidó de seguirlo.

—¡No nos habías dicho que tiene una hija! —exclamó entrando apresurada tras él.

Rodrigo y Calix levantaron la cabeza de las facturas que estaban revisando junto al mostrador y la miraron sorprendidos por su más que evidente agitación.

—¿Quién tiene una hija? —preguntó Calix.

—¡La Reina del Infierno! —exclamó Iskra. Y Uriel sintió las miradas de todos sobre él—. Y se llama Kay. —Dedicó una significativa mirada a Calix, quien sonrió malicioso al comprender quién era el misterioso Kay que tantos quebraderos de cabeza daba a Uriel.

—Eso significa que ya no tienes competidores —señaló—. ¿Cómo lo has descubierto?

—La conocí el domingo por la mañana.

—¡¿Y has tardado dos días en decírnoslo?! —le recriminó Iskra soliviantada.

—En realidad, uno, el domingo no os vi, ¿recuerdas?

—Me da lo mismo —repuso ella poniendo las manos en las caderas.

—¿Y cómo fue el encuentro? —Calix hizo la pregunta que todos tenían en mente.

—Inesperado —contestó con aparente indiferencia—. La confundí con Avril y le sugerí que se metiera en la cama conmigo.

—No me jodas, tío, ¿tan dormido estabas para confundir a una niña con una

mujer?

—Tiene quince años y es un poco más alta que Avril.

—Infiero, pues, que la Reina no es tan joven como pensabas —comentó Rodrigo con su habitual flema.

—Supongo que no. Aunque la verdad es que no le he preguntado la edad. Por cierto, la niña es retra... tiene el síndrome de Down —se corrigió.

—Vaya... —musitó Iskra sin saber qué decir.

—Vaya ¿por qué? —se revolvió Uriel exasperado, aunque el enfado iba más dirigido hacia él que hacia Iskra, pues ése había sido también su primer pensamiento al conocer a Kay, sólo que él, en lugar de «vaya» había pensado «joder»—. Es una cría encantadora y divertida —afirmó yendo hacia el taller.

Calix, percatándose de su inquietud, lo siguió.

—Así que tiene una niña... o, mejor dicho, una adolescente. ¿Qué vas a hacer?

—Seguir follándome a la madre como hasta ahora.

—Me refería con respecto a la niña. Su presencia cambia un poco la relación que tenéis, ¿no crees?

—No tiene por qué. La niña no vive con Avril, sino con su abuela y su padre. Intentaré no coincidir con ella para que no me tome cariño y así no hacerle daño.

—No veo por qué tendrías que hacerle daño —dijo Calix muy serio.

—Porque siempre hago daño a los que se acercan a mí y ella es demasiado vulnerable. Además, no me hace gracia tener a una mocosa metiendo las narices en mi vida. Follarme a la madre no lleva incluido soportar críos, por muy encantadores que sean —sentenció Uriel, dando por zanjada la conversación al comenzar a coser.

* * *

Jueves, 7 de febrero de 2019

—Quítalo, no me apetece verlo —gruñó Calix. Estaban a punto de cenar y la puñetera película le estaba revolviendo las tripas.

—No es una de mis mejores actuaciones, pero tampoco está tan mal —comentó Uriel con fingida indiferencia, sacando del reproductor el DVD que la vecina del segundo había recibido a nombre de Calix pero con su dirección.

Lo que significaba que Némesis había visto la cámara de vídeo que Adán había colocado la tarde del sábado en el descansillo de su piso y prefería mandar sus regalitos por medio de los vecinos para que éstos se los dieran a Calix. O a quien se los mandara.

Guardó el DVD en su caja, cogió un par de notas que había encontrado en el bolsillo de la chaqueta esos días y se dirigió a la puerta.

—Voy a la comisaría y luego me pasaré por el Lirio Negro. —Se puso la chaqueta.

—¿No vas a avisar a Adán? Dijo que quería que lo informaras de todo lo que recibieras en el momento en que lo recibieras...

—Estoy hasta los cojones de subir a su casa con notitas y de que se vea obligado a acompañarme a comisaría como si fuera un crío asustado, creo que puedo hacer esto yo solito.

—Dudo que puedas obligar a Adán a hacer nada —rebatió Calix.

—Y yo dudo que Adán imaginara que iba a tener que acompañarme todos los putos días a llevar mensajitos a la comisaría.

—No es todos los días —señaló Iskra.

—Oh, no, sólo han sido..., déjame pensar, tres veces en lo que va de semana —repuso burlón—. Una por cada mensaje que habéis recibido. Joder, ya los podía mandar todos el mismo día —dijo furioso, aunque en realidad estaba harto. Asqueado. Asustado.

Calix lo miró preocupado, y Uriel se estremeció al recordar el recorte de periódico que había encontrado esa tarde en el bolsillo de su chaqueta. Un

recorte que desde luego no pensaba mencionar a sus amigos. No tenía sentido preocuparlos más.

* * *

—Ya que manda a Calix un jodido vídeo en el que se me ve follando, al menos podría haberse esforzado en buscar uno un poco más interesante —le contó mordaz a Avril, aunque la tensión de su cuerpo evidenciaba que no estaba ni mucho menos tranquilo—. Pero no, tiene que mandar una antigualla en la que sólo me dedico a meterla y sacarla y dejar que me enculen sin demostrar toda la técnica que tengo ahora. Joder, me da hasta vergüenza que la poli y mis amigos vean lo malo que era follando... Menos mal que a ti te he demostrado que soy un semental. —La mirada que centró en ella era desoladora.

—La van a pillar, y cuando lo hagan la mirarás a los ojos y le escupirás en la cara —aseguró Avril agarrando con dedos diestros su verga aletargada.

Había entrado en la Madriguera hacía poco más de dos horas, con la mirada atormentada y el cuerpo tenso; la había sentado en la mesa y la había besado delirante, entregándole toda su descarnada necesidad. Y ella había aceptado su regalo llevándolo a su cama y tomándolo en su interior. Aunque, por supuesto, no se lo había puesto fácil. Lo había hecho gritar de frustración antes de permitirle alcanzar el éxtasis. Y habían sido los gritos vomitados y las lágrimas vertidas los que de verdad lo habían liberado, no el orgasmo.

—No quiero mirarla a los ojos ni escupirle. Sólo quiero que me deje en paz —susurró Uriel cerrando los párpados cuando Avril empezó a despertar de nuevo el placer.

—¿No la odias?

—¿A Némesis? No. Sólo la temo —confesó—. Es a Roser a quien odio. A las dos. A la Roser real que mató a mi hijo y al fantasma que hace que Némesis me atormente. Ojalá se pudran en el infierno. Estoy harto, Avril. No

sé si voy a poder soportarlo mucho más. Ahora va a por Calix e Iskra, pronto irá a por Rodrigo..., y luego tal vez vaya a por ti —dijo estremeciéndose, y no de placer—. No puedo con esto. Las odio tanto que podría matarlas, pero, joder, a una ya la maté... Y por eso la otra me está castigando.

—Tú no has matado a nadie —afirmó Avril con una fiereza que la sorprendió hasta a ella.

—Cierto —se obligó a creer Uriel—. Pero le destrocé la vida y ella me castigó matando a mi hijo... Y sólo por eso, si pudiera volver a matarla, lo haría —musitó buscando sus labios para no volverse loco. Porque desde que se había permitido odiar a Roser ese rencor que llevaba conteniendo tanto tiempo se había enconado y le estaba abrasando las entrañas.

Avril le permitió la entrada a su boca a la vez que movía la mano con que lo ceñía. Lo llevó con desesperante lentitud hasta lo más alto, tentándolo con la culminación y retirándose antes de dejarlo alcanzarla. Hasta que lo tuvo tan excitado que con sólo soplar sobre el glande lograba que éste palpitara y Uriel se sacudiera. En ese momento le ató las manos al cabecero, le puso un preservativo y, ordenándole mantener el culo pegado a la cama, lo montó. Pero no dejó que entrara del todo, sino que sólo acogió el glande. Se balanceó sobre él a la vez que se acariciaba el clítoris.

Y Uriel, observándola con ojos hambrientos, resistió apenas un minuto antes de salir a su encuentro y conseguir una penetración completa. Lo que hizo que ella se levantara y lo mirara admonitoria desde el extremo de la cama. Algo de lo más inconveniente, pues estaba atado al cabecero y no podía ir a por ella. Aun así, no pudo evitar sacudir las caderas excitado, rogándole sin palabras que volviera a montarlo.

—¿Y qué ha dicho la policía de la escuela? —le preguntó Avril sentándose a los pies de la cama, tan excitada que le costaba contener su respiración agitada. Pero no le gustaba apresurarse. Además, la liberación que él necesitaba difería mucho de la que le daría el orgasmo. Oh, sí, necesitaba

correrse de nuevo, pero más necesitaba luchar y soltar toda la furia que llevaba dentro, aunque fuera en forma de rabiosa frustración.

—¿Y qué más da? Sólo es una puta esquila. —Tiró furioso de las correas que ataban sus muñecas. No debería habérselo contado, pero al verla no había podido evitar vomitar toda la angustia que le había provocado ver impresa la supuesta fecha de su muerte—. He recibido varias en estos años y sigo vivo, ¿no? Vamos, preciosa, vuelve a montarme. Prometo estar quieto.

—¿Has recibido más?

—Unas cuantas —contestó obligándose a calmarse un poco al ver que ella no iba a ceder. Y no le resultó fácil—. No tienen importancia, siempre dicen que voy a morirme e ir al infierno, pero aquí estoy, vivo y coleando. Lo único que me provocan es aburrimiento. Joder, estoy hasta las narices de ir cada dos por tres a la comisaría a dejar cartas, DVD y mensajes varios —masculló irritado. Su erección comenzó a relajarse, pero su excitación no.

—¿Tantas amenazas recibes? —inquirió sorprendida, la pasión quedando en un segundo plano al ser consciente de que Uriel no se lo había contado exactamente todo.

Él cerró los ojos frustrado al percatarse de que estaba hablando más de la cuenta. Eso era lo malo del deseo insatisfecho, lo atontaba de tal manera que olvidaba filtrar lo que decía.

—Esta semana ya he ido tres veces, y con varias cartas. No sólo recibo mensajes yo, también Calix y Rodrigo. Por el momento, mi jefe no se ha molestado en leer las notas, pero pronto recibirá mensajes más gráficos y potentes, y no sé cómo reaccionará ante ellos.

—Por lo que me has contado, es un hombre íntegro.

—El más íntegro que he conocido jamás. Pero eso no es óbice para que no reaccione cuando las cosas empeoren y se sienta amenazado.

—Tus amigos te quieren. No te abandonarán.

—¿Y tú? —musitó Uriel incapaz de reprimirse y odiándose por ello.

—Yo tampoco te abandonaré —contestó ella sin responder a la pregunta

que de verdad le importaba.

Y Uriel tuvo que morderse los labios para no preguntarle directamente si lo quería. ¿Qué coño le pasaba? No quería que nadie lo quisiera. Estaba claro que el sexo frustrado le estaba friendo el cerebro, porque, si no, no se explicaba ese estúpido anhelo que de repente sentía.

Tiró de las correas, sacudiéndolas con rabia.

—Déjate de cursiladas y fóllame de una jodida vez —gruñó furioso.

Y Avril, en castigo por su salida de tono, le atrapó las tetillas entre los dedos y las pellizcó para luego tirar de ellas. Y el dolor se mezcló con el placer, haciéndolo estremecerse, sus caderas bombeando en el aire en busca de las caricias que ella no le regalaba.

No supo cuánto rato estuvo torturándolo, sólo que llegó un momento que estaba tan duro que las pelotas le lanzaban dardos de dolor. Y tal vez ella lo intuyó, porque en ese instante se apiadó de él y le ciñó con una mano la erección mientras le mordisqueaba lasciva el vientre. Y Uriel sólo pudo agarrarse a las correas que lo sujetaban y dejar que el placer lo dominara.

Y cuando, mucho tiempo después, con el cuerpo hormigueándole por sus besos, sus caricias y sus mordiscos, ella volvió a montarse sobre él y le ordenó que mantuviera el culo pegado a la cama, lo hizo. Y casi le costó la cordura permitir que lo montara a medias, que le aprisionara el glande con los músculos de su vagina mientras ignoraba el resto de su polla. Aunque la recompensa a su titánico esfuerzo no tardó en llegar al presenciar cómo el menudo cuerpo de su reina se sacudía por los espasmos del clímax que su verga le estaba provocando.

Y cuando ella le mordió el hombro y comenzó a succionar, estalló en un orgasmo tan brutal que a punto estuvo de perder el conocimiento.

* * *

—Por cierto —comentó un rato después, adormilado con ella en sus brazos

—. No es que sea importante ni nada por el estilo, pero he pensado que deberías tener cuidado con tu móvil. Kay podría cogértelo y no me gustaría que viera los vídeos que nos mandamos —señaló preocupado. Llevaba dos días dándole vueltas al asunto. Por una parte, no quería delatarla a su madre, pero por otra... Las noches que no estaban juntos se mandaban vídeos de alto voltaje nada adecuados para jovencitas inocentes como ella. No quería que los viera.

—No te preocupes, los tengo guardados con un programa que requiere clave.

—Ah, vale. Me quedo más tranquilo. —Se giró para acoplarla contra su vientre. Si ella no le preguntaba nada, mejor. Sería un capullo egoísta y un cabronazo, pero no era un chivato.

Avril esperó a que continuara hablando, pero Uriel permaneció en silencio, los labios sobre su pelo y las manos relajadas, una sobre su cadera y la otra bajo la almohada.

—Kay no me roba el móvil. Me lo pide y yo se lo dejo —susurró sin saber si estaba ya dormido.

—Oh, eso significa que sabes que me ha llamado un par de veces... —Tres, en realidad, el martes, el miércoles y ese mismo jueves.

—Sí.

—Y yo preocupado por encubrirla. Qué tonto —musitó con voz aterciopelada, y Avril supo que se estaba riendo—. Quiere que vaya a comer con vosotras el sábado.

—¿Y tú qué quieres hacer?

—No lo sé...

Uriel Salgado Cruz

Cruel esposo de Roser Martínez Caballero
y nefasto padre de su hijo nonato.

Fallecerá consumido por el dolor en Madrid
el día 30 de marzo de 2019 a los treinta y seis
años

en divino castigo por sus pecados y sus
perversiones.

Su difunta esposa, **Roser Martínez Caballero**,
ruega al Supremo Hacedor que no encuentre
consuelo ni en su vida ni en su muerte
y que arda en el infierno hasta el fin de la
eternidad.

Y traeré sobre vosotros una espada que
ejecutará venganza a causa del pacto,
y cuando os reunáis en vuestras ciudades,
enviaré pestilencia entre vosotros
para que seáis entregados en manos del
enemigo.¹

Lunes, 11 de febrero de 2019

Uriel encendió la linterna del móvil para conseguir un poco de luz en la habitación y canceló la alarma antes de que sonara y despertara a la fierecilla malhumorada que dormía a su lado.

Jamás había conocido a nadie que tuviera tan mal despertar como Avril. Aunque también era cierto que él sabía cómo contrarrestarlo. Y a eso se dedicaría dentro de un instante. Pero ahora... ahora quería mirarla mientras dormía. Porque sólo en ese momento, con los ojos cerrados, la boca entreabierta y el pecho moviéndose al compás de su profunda respiración, parecía un ángel. El resto del tiempo era una reina feroz que gobernaba con mano de hierro su reino... y que trataba a su hija con la misma ternura y atención con la que una tigresa cuidaba a sus cachorros.

Y él quería formar parte de su vida.

Y que Dios lo ayudara, porque le había dicho que sí. Sí al acuerdo. Sí a ser su favorito. Sí a ser amantes en exclusiva. Sí a una relación que iría más allá del sexo. Y no sabía si se había vuelto loco o si estaba más cuerdo que nunca, sólo sabía que ese fin de semana había sido uno de los más felices de su vida. Y eso, a pesar de haber pasado parte del domingo con la niña.

El sábado había conseguido librarse de la cría con facilidad. Avril, fiel a su estilo, no lo había invitado a acompañarlas, y a Kay, que sí lo había hecho, le soltó la excusa de que tenía mucho trabajo. Y, para cerciorarse de no toparse con ella, había ido al Lirio Negro muy entrada la noche, cuando Avril ya estaba en la Madriguera y Kay en casa de su abuela. Y se había quedado a dormir. Y había aceptado el acuerdo. Y habían follado durante toda la noche. Y a la mañana siguiente, cuando se había despertado y Avril le había dicho que lo llevaba a casa, pues había quedado con Kay para comer, él se había apuntado. Así, sin más. Sin que ninguna de las dos lo invitara. Y si Avril se

sorprendió no lo demostró, simplemente lo informó de dónde iban a ir y fue a preparar bocadillos de galletas para desayunar.

Durante la comida, Kayla le contó que no le gustaba estudiar porque no le enseñaban lo que ella quería. Y Uriel se sintió extrañamente identificado con ella, porque a su edad también odiaba estudiar. De hecho, dejó el instituto y entró de aprendiz con uno de los mejores camiseros del país, que además era su padrino. Y al que, como a todos, acabó decepcionando.

Apretó los párpados no queriendo recordar el pasado y, cuando los abrió, se centró en su presente. Se deslizó bajo las sábanas y separó con suavidad los muslos de Avril para, acto seguido, hundir la cabeza entre ellos y saborearla.

* * *

—Desde luego, muy agradable no parece —comentó el policía observando unas fotografías de lo más explícitas—. ¿No te dolía? —le preguntó a Uriel con franca curiosidad—. Porque, joder, a mí se me han puesto los huevos de corbata sólo de ver esos pesos colgados de tus pelotas...

—El dolor a veces puede ser placentero —comentó él sin ganas de explicar nada.

Hacía tiempo que había pasado la hora de cenar y seguía en comisaría, con el policía barrigón que casi siempre lo atendía. El tipo parecía fascinado por las fotos en las que un Ama de lo más sádica le practicaba torturas genitales. Hacía tiempo que no se sometía a esa violencia extrema de forma voluntaria —los excesos de Ama Lix habían sido inesperados e indeseados—, pero las imágenes eran de hacía unos años y Némesis se las había mandado esa tarde a Rodrigo para ilustrar la carta en la que lo avisaba sobre el deleznable ser que tenía contratado. En su misiva lo instaba, entre otras cosas, a despedirlo antes de que pervirtiera a sus empleados y les destrozara la vida. Calificativos como «personalidad insana», «naturaleza cruel» y «carácter amoral» se sucedían en la nota. Y lo describían como realmente era, para qué engañarse.

—Si ha acabado me gustaría marcharme, es muy tarde y tengo hambre — señaló Uriel poniéndose en pie.

—Ya cenarás después —oyó una voz conocida tras él—. Te cuesta mucho seguir instrucciones, ¿verdad? Creí haberte dicho que quería que me informaras de todo al momento.

—No lo consideré necesario —replicó Uriel volviéndose hacia el hombre que acababa de aparecer—. Sólo son fotos viejas y cartas sin sentido.

—Y esquelas. Y amenazas físicas. Y chantajes emocionales. Vamos, lo que todo hijo de vecino recibe por correo a diario —ironizó Adán. Saludó con un gesto al policía barrigón, acercó una silla a la mesa que dominaba el estrecho cubículo y se sentó—. ¿Son todas de hoy? —Señaló las notas y las fotografías que había sobre la mesa.

—Sólo las fotos y la carta para Rodrigo.

—¿Y la otra nota?

—Me la encontré el sábado en el bolsillo del abrigo, ya se lo he dicho al agente.

—¿Y no se te ocurrió pensar que deberías habérmela enseñado el sábado, o, en su defecto, habérsela entregado a Gómez ese mismo día? —le recriminó Adán, leyéndola con atención.

—Prefiero acumular unas cuantas para evitar tener que venir tan a menudo. No te ofendas, pero este lugar no es santo de mi devoción.

—Pues fíjate que yo pensaba que, en vista de tus gustos, aquí podrías disfrutar de lo lindo. Tenemos esposas, porras, táseres... Todo muy doloroso —dijo el barrigón con voz afilada.

—No me disgustaría darle algunos porrazos a este idiota —le comentó Adán a su compañero—, pero prefiero dejarlo para otro momento. Esta noche tenemos muchas cosas que contarle y, como bien ha dicho, es muy tarde. —Clavó la vista en Uriel—. La esquila que recibiste el otro día contiene más información de lo que parece a simple vista. Quien la redactó conoce bien la Biblia, pues se ampara en ella para exigir venganza, igual que hace La Otra

Roser en sus posts de Facebook. —La Otra Roser era como llamaban a quien se hacía pasar por la difunta Roser, aunque lo abreviaban a LOR—. Intuyo que la esquila la ha publicado ella, aunque, por supuesto, no tengo pruebas.

Uriel asintió. Siempre había pensado que las esquelas provenían de Némesis, quien sospechaban que era Ojito Connigo. Pero la existencia de LOR y lo que escribía en Facebook le había dado una nueva dimensión a todo.

—Pero eso no es lo más importante que nos ha revelado la esquila —prosiguió Adán—. Cuando la vi se me ocurrió que tal vez no era la primera que recibías, y por supuesto, acerté. —Fijó una colérica mirada en él—. De verdad, Uriel, ¿cuándo vas a entender que, cuantos más datos me des, más fácil será dar con tu acosador?

—No pensé que...

—Ése es tu problema, que nunca piensas —lo interrumpió—, menos mal que yo pienso por los dos. Busqué esquelas a tu nombre, y encontré unas cuantas. Luego busqué las que estaban a nombre de Roser. Encontré dos.

Uriel lo miró sorprendido, en ningún momento había pensado que alguien podría poner una esquila por Roser. Aunque, desde luego, era lo habitual. En realidad, era algo que tendría que haber hecho él, pero había estado muy ocupado emborrachándose para pensar en ello.

—Una ordenada por sus padres —indicó Adán— y otra por alguien que se presenta como una amiga, Olga Arrojo Pidal. ¿Reconoces ese nombre? —Sacó del expediente una copia de una esquila por la muerte de Roser fechada el 31 de diciembre de 2011.

—No sé quién puede ser, no pertenece a su círculo de amigas de Barcelona. Y, por lo que veo, no me tenía mucho cariño —comentó Uriel mientras leía la esquila.

Doña Roser Martínez Caballero
Desventurada esposa de Uriel Salgado Cruz.

Falleció en Barcelona el día 24 de diciembre de
2011,
a los veintidós años de edad,
por culpa de la crueldad de su marido,
que la hizo profundamente desgraciada
D. E. P.
Su amiga Olga Arrojo Pidal **ruega una oración
por su alma,**
ya que su marido no se va a molestar en
hacerlo.

—Eso parece —coincidió Adán—. En un principio pensé que esta esquela y las que has recibido augurando tu muerte estaban escritas por la misma persona, pero lo hemos descartado. El estilo de unas y otras difiere mucho. Olga es más directa, más cortante, y te culpa del suicidio de Roser, en tanto que LOR se recrea en tu muerte y exige venganza. Su estilo es bastante más trágico. Les he seguido la pista a todas y he descubierto que las firmadas por LOR han sido pagadas con una tarjeta de prepago vinculada al DNI de Roser.

Uriel lo miró sorprendido.

—¿Cómo puede ser eso?

—La tarjeta se emitió antes del fallecimiento de tu esposa, no está supeditada a ninguna entidad bancaria y se recarga con dinero en efectivo, por lo que la entidad emisora no hace un seguimiento exhaustivo. Esta tarjeta sólo se usa para pagar las esquelas. Sin embargo, la que ordenó Olga Arrojo sí está pagada con tarjeta bancaria, a nombre de la propia Olga.

—¿Pagó la esquela con su tarjeta de crédito? —inquirió sorprendido, pues bastaba con ver un par de películas americanas para saber que eso era una malísima idea.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Es la esquela de una amiga recordando a otra.

No hay ningún delito en ello —replicó Adán—. Gracias a la tarjeta hemos descubierto que Olga es agente de exportaciones en una multinacional, que toma varios vuelos al mes y que no tiene dirección fija ni casa propia. Aterrizó en Barcelona el día antes de tu boda y se marchó el día después. También estuvo en la ciudad el día del suicidio. Por supuesto, eso no significa nada, sólo confirma que estuvo allí. —Fijó su aguda mirada en Uriel—. Y no sé tú, pero yo no creo en las casualidades, así que vas a empezar a decirme todas las ciudades y las fechas en las que Némesis te ha acosado. Y, si vuelven a coincidir con viajes de Olga, tendremos algo con lo que trabajar.

Y eso hizo Uriel durante la siguiente hora y media.

—Desde luego, no se puede decir que no te guste viajar —señaló el policía barrigón cuando acabó de referirles sus viajes—. ¡Has estado en más países que Phileas Fogg!²

—La verdad es que preferiría poder asentarme y vivir tranquilo —confesó Uriel, demasiado agotado para contener su lengua o inventar una mentira.

—Sólo necesito saber una cosa más —señaló Adán—. ¿Recuerdas la fecha en que le diste a tu suegro tu última dirección?

—En mayo del año pasado, poco después de mudarme al barrio. ¿Sigues sospechando de él? Ya te he dicho que no tiene nada que ver con esto.

—No sospecho de nadie en especial, sólo intento entenderlo todo. LOR le dio tu dirección a Ojito Connigo en septiembre, ¿por qué esperar hasta entonces si la tenía desde mayo?

—Tal vez porque mi suegro no tiene nada que ver con esto —protestó malhumorado. Se negaba a creer que su suegro fuera capaz de acosarlo. Era un hombre hosco, de carácter dictatorial y genio pronto, pero no tenía la paciencia, el dinero ni la inteligencia necesarios para perseguirlo por Europa y España de la manera en que Némesis y LOR estaban haciendo.

—Tal vez es un intermediario involuntario —apuntó Adán—. Un compañero habló con tu suegro hace unos días, y éste le confirmó que había

dado tu dirección actual a sus asesores y al agente bancario que tramitó tu transferencia por los beneficios de la camisería.

Lo que no le dijo fue que el policía había informado que el hombre parecía sincero en su asombro al descubrir que alguien acosaba a su exyerno. Había respondido sin poner obstáculos y, al despedirse, había afirmado que todo lo que le hicieran a Uriel se lo tenía merecido, pues había llevado a su hija a la tumba.

—Pero eso no significa que se la haya dado a LOR —replicó Uriel.

—Por supuesto que no, pero debemos asumir que es más que probable que LOR la haya conseguido por medio de tu suegro o de alguna persona a la que éste se la facilitó.

—El detective que Ojito contrató podría...

—No. En los privados queda clara la secuencia: LOR le traslada la dirección a Ojito, y ésta tal vez se la pasa a un detective, pero esto último no hemos podido confirmarlo. Y no me cuadran las jodidas fechas —masculló Adán frustrado, pues sabía que había algo que se le escapaba en todo ese asunto. Algo que estaba delante de sus ojos y que no era capaz ver.

Rodeó al policía barrigón para acceder al ordenador, tecleó algo a toda velocidad y giró el monitor para que Uriel pudiera ver una agenda en la que estaban reseñadas por fechas las conversaciones que habían tenido Ojito y LOR. Y Uriel se sorprendió al comprender que la segunda solía tardar bastante en contestar. A veces incluso semanas.

Continuaron debatiendo hasta que cerca de las dos de la madrugada lo dejaron por fin. Al llegar a casa, Uriel se encerró en su dormitorio, llamó a Avril y, en voz tan baja que apenas era audible, le contó todo lo que había pasado.

Y, mientras en el Infierno una reina escuchaba y confortaba a su favorito, en el tercero exterior de la plaza de la Paja un policía revisaba posts de Facebook prestando especial atención a las fechas. Había un patrón en ellas. Pues, a pesar de la infinidad de privados que LOR y Ojito intercambiaban, la

primera sólo refería las direcciones de Uriel dos veces al año. Y siempre a finales de abril y a mediados de septiembre, sin importar cuándo se hubiera mudado éste de ciudad o cuánto tiempo llevara allí.

¿Por qué esas fechas eran las únicas en las que LOR revelaba la dirección de Uriel?

Se recostó en su silla *gaming* y examinó el calendario con los ojos entornados, desafiándolo a que revelara la información que necesitaba. Estuvo un buen rato observándolo mientras en su cabeza mil ideas daban vueltas, a cuál más peregrina. Y de repente lo vio. Eran días de la semana. Exactamente lunes. El cuarto de abril y el segundo de septiembre. Se sentó erguido. ¿Qué coño pasaba esos lunes? Hizo una búsqueda y comprobó que ese año Sant Jordi había caído en el cuarto lunes de abril, mientras que el segundo de septiembre había sido el día previo a la Diada, pero eso no significaba nada. Todos los años el calendario avanzaba y los lunes cambiaban de fecha.

Tomó del cubilete un mordisqueado bolígrafo Bic, se llevó el capuchón a la boca y lo hizo rodar entre los dientes mientras se concentraba en buscar cada lunes de esas semanas de los últimos siete años. Ninguno coincidía en fechas con los demás. Golpeó el bolígrafo contra la mesa y volvió a recostarse en la silla. La clave estaba ahí, frente a sus narices, y no era capaz de encontrarla. ¿Tal vez alguna fiesta que a él, por ser de Madrid, se le escapaba? Siguiendo un impulso, buscó fiestas provinciales y locales en esas fechas. Encontró varios lugares de mayor o menor relevancia que celebraban sus fiestas patronales alrededor de esos días. Pero éstas, lógicamente, no caían siempre en lunes. Acotó la búsqueda a que las fiestas coincidentes se suscribieran al mismo municipio, lo cual redujo mucho la lista. La observó con los ojos entornados, abrió un mapa en paralelo y rotuló los ayuntamientos que había dado como resultado la última búsqueda. Lo amplió por secciones, buscando algo que le llamara la atención mientras mordisqueaba con saña el capuchón del bolígrafo, hasta que lo rompió. Y en ese momento lo vio. Tiró el bolígrafo a la papelera y se inclinó hacia el monitor con los párpados entornados y una

sonrisa maliciosa en los labios. Abrió la copia digital del expediente de Uriel y buscó... Y encontró lo que lo ataba todo.

Miró la hora y, sin pensarlo demasiado, marcó un número en el móvil. Sí, eran las seis de la mañana, pero si él podía pasarse la noche en vela mirando fechas, su vecino podía despertarse y contestar a sus preguntas.

—El pueblo de tus suegros, Maçaners, es en realidad una pedanía de otro más grande, Saldes, ¿verdad? —preguntó cuando Uriel contestó. Éste respondió afirmativamente con voz adormilada—. Vale, sólo una pregunta más, ¿a tu suegro le gustan las romerías? Me lo imaginaba... Vuelve a dormirte.

Pero Uriel no volvió a dormirse. En lugar de eso, subió al tercero y llamó a la puerta con los nudillos. Adán no tardó en abrirle y explicarle que los días elegidos por LOR para darle su dirección a Ojito coincidían con el lunes posterior a la romería de Saldes, que se celebraba el cuarto sábado de abril, y con el lunes siguiente a la romería de Maçaners, que se celebraba el segundo sábado de septiembre.

—Sea quien sea, está de alguna manera relacionado con tus suegros —afirmó Adán.

Y a Uriel no le quedó más remedio que aceptarlo.

—*¿Y ahora qué?*

—*Ahora entro en la sala, me siento en la butaca, veo la película y me aburro como una ostra.*

—*Y, entonces, ¿por qué vienes?*

—*Porque soy idiota.*

—*Y porque te gusta la cría y estás colado por la madre.*

—*Cállate, gilipollas.*

CONVERSACIÓN INTERIOR DE URIEL CONSIGO MISMO,

15 DE FEBRERO DE 2019

Viernes, 15 de febrero de 2019

—No se lo aconsejo; un cuello inglés estaría mucho más acorde con la forma de su cara —rechazó Uriel la propuesta del cliente de añadir a la camisa un cuello italiano.

—Pavel lo lleva italiano y le queda estupendamente —replicó el hombre con altanería.

Uriel contuvo la irritación que le producía la estupidez recalcitrante de ese pomposo y esbozó su mejor sonrisa de vendedor. Normalmente era Calix quien se encargaba de asesorar a los clientes y realizar las ventas, mientras que Rodrigo y él se ocupaban de construir las camisas. Pero ese energúmeno se había empeñado en que lo atendiera él, pues era quien había hecho las últimas camisas a su jefe. Y allí estaba, soportando estupideces mientras el

reloj corría implacable. ¡Estaban a cinco minutos del cierre y el idiota no se decidía!

—Como prefiera. Haremos un cuello italiano —claudicó, no tenía sentido alargar la discusión y él tenía prisa. Mucha prisa, de hecho.

Pero, joder, lo disgustaba profundamente construir una camisa que no encajara con la estructura ósea de ese tipejo, porque, por muy idiota que éste fuera, Uriel no soportaba que sus creaciones fueran menos que perfectas. Coser era su mayor ambición, aquello por lo que siempre se había movido. Y también el motivo por el que seguía yendo a trabajar cada mañana en lugar de huir. Porque coser era su vida y no iba a permitir que se la volvieran a arrebatarse.

—Pero si dices que no me va a caer bien... —El hombre lo miró dubitativo.

Uriel apenas pudo contener un bufido de exasperación, y si lo hizo fue porque era un maestro camiserero y los maestros camisereros no mandaban a la mierda a los clientes, por muy pesados que éstos fueran.

—La estructura de su cara es ancha, un cuello de palas separadas como el italiano le dará un aspecto más redondeado, haciendo que su cabeza parezca un balón —dijo Uriel sin tapujos. El carraspeo de Rodrigo lo avisó de que, tal vez, debería medir un poco más sus palabras—. Sin embargo, el cuello inglés estilizará sus rasgos.

—Si crees que...

—Lo creo fervientemente —lo cortó Uriel con apremio, ganándose otro carraspeo de Rodrigo—. Si me permite, le tomaré las medidas.

Y el pobre hombre no tuvo más opción que permitirle.

Apuntó las medidas con meticuloso cuidado y luego lo dejó con Calix para que éste se ocupara de las cuestiones administrativas. Fue al taller para organizar y guardar los elementos con los que había estado trabajando hasta la inesperada llegada del pesado y se encontró con que Iskra los había colocado por él, ahorrándole un tiempo precioso. Se lo agradeció con un cariñoso beso

en la mejilla —ni siquiera se acordó de intentar besarla en los labios— y, acto seguido, se puso el abrigo y salió del taller.

—Me largo, llego tarde —se despidió apresurado, dejando preocupados a sus compañeros. Parecía que lo persiguiera el diablo.

Calix salió de detrás del mostrador decidido a ir tras él. Sabía que Uriel le ocultaba muchos de los mensajes que recibía. Tal vez le había llegado alguno especialmente hiriente y...

—¡Calix! ¿Adónde vas? —lo llamó Iskra, deteniéndolo cuando abría la puerta.

—Uriel ha salido corriendo, voy a...

—Déjalo —le ordenó ella con una nota de picardía en la voz que lo hizo soltar el pomo.

La miró intrigado, pues sonreía maliciosa, como si supiera algo que ellos no podían ni imaginar.

—¿Sabes adónde ha ido y por qué tenía tanta prisa?

Iskra asintió con un gesto, sus labios curvados en una traviesa sonrisa.

—¿Y piensas decírnoslo? —le reclamó Rodrigo enarcando una ceja.

—Va al cine con Avril y con Kay.

—¿Estás segura? No me ha dicho nada de eso —señaló Calix.

—A mí tampoco —repuso Iskra, su sonrisa ampliándose hasta convertirse en la del gato que se comió al canario.

Ignoró a los hombres, que la miraban pasmados, y se puso el abrigo, luego le tendió el suyo a Rodrigo y, meneando con ritmo las caderas, se dirigió a la puerta y le dio el suyo a Calix.

—¿Nos vamos? —sugirió, sus preciosos ojos castaños brillando de inocencia.

—Nadie va a salir de aquí hasta que nos aclares el misterio. —Calix le impidió escapar con el sencillo método de envolverla entre sus brazos. Y luego, ya que estaba en posición, aprovechó para darle un beso en la punta de su respingona naricilla.

Rodrigo sonrió complacido al ver la complicidad de la pareja. A Calix le había costado mucho tiempo volver a confiar en una mujer, y que se mostrara tan relajado con Iskra era casi un milagro. Aunque no tanto como que fuera a casarse en menos de diez días.

Iskra fingió pensarlo un instante y, antes de que su novio pudiera intuir lo que iba a hacer, lo envolvió en un abrazo de osa y le plantó una lluvia de besos en las mejillas.

—Kay lo ha invitado a ir al cine.

—¿La niña? —jadeó sorprendido. Y la cara de Rodrigo evidenciaba que él también lo estaba—. ¿Estás segura? —Ella asintió con un cabeceo—. ¿Cómo lo sabes? —inquirió suspicaz.

—Los he oído hablar por teléfono.

—¿Uriel ha llamado a la cría para invitarla al cine? —La miró incrédulo. Eso era simplemente imposible.

—¡No! Ha sido Kay quien lo ha llamado para invitarlo al cine y a cenar. Van a uno de esos cines de lujo, ¿sabes cuáles son? Los que se suben los reposapiés de los asientos y te quedas casi tumbado, y puedes cenar en ellos y...

—¿Cómo sabes que ha sido la cría y no Avril quien lo ha llamado? —la interrumpió Calix, incapaz de asimilar que una niña consiguiera que Uriel fuera al cine. Eso no iba con él. De hecho, todo lo que no fuera follar no iba con él. Menos aún pasar un día en familia con su amante y la hija de ésta.

—Porque cuando llama Avril, Uriel... se enciende —dijo ella sin saber explicarlo de otra manera—. Le brillan los ojos y se le tuerce la boca en una sonrisa maliciosa. Pero cuando habla con Kay no hay ni rastro de malicia o de seducción, es... dulce. Paciente.

Calix y Rodrigo la miraron atónitos. Uriel era cualquier cosa menos dulce.

—Me da la impresión de que has estudiado bastante sus reacciones, lo que me lleva a pensar que no es la primera vez que lo oyes hablar por teléfono con Kay —comentó Rodrigo.

Y la sonrisa taimada de Iskra respondió a su pregunta sin necesidad de palabras, aunque éstas no tardaron en salir de sus labios.

—Lo llama a diario...

—¿Te lo ha dicho él? —indagó Calix, los ojos abiertos como platos.

—¡Claro que no! Lo he espiado —reveló sonriente.

—No creo que eso le haga gracia a Uriel —señaló Rodrigo.

—Oh, seguro que no, pero como soy yo quien lo espía no se enfadará demasiado —replicó Iskra con una radiante sonrisa que le arrugó la nariz y estrechó sus vivaces ojos—. Además, tampoco lo he espiado exactamente, sólo presto atención cuando habla por teléfono.

—Yo también estoy atento cuando habla, pero jamás lo he oído hablar con Kay.

—Porque tú te quedas embobado viendo la tele a mediodía, mientras que yo me meto en mi cuarto y finjo que duermo la siesta. Y, claro, cuando suena el teléfono de Uriel, pues sin querer lo oigo, ya sabes lo delgadas que son las paredes...

—En realidad, no lo son —intervino Rodrigo con humor—. Nuestros pisos son antiguos y tienen las paredes muy gruesas.

—Oh, entonces es que yo tengo el oído muy fino. Además, pego la oreja a la pared con un vaso y así oigo mejor —confesó Iskra con desparpajo—. Casi siempre lo llama sobre las cuatro, antes de ir al gimnasio con su madre, y se tiran un buen rato hablando.

—No lo reconozco —resopló Calix aturullado—. No le gustan los niños; de hecho, jamás se ha llevado bien con los del barrio, ni siquiera con Gadea o Jimena. En realidad, creo que ni siquiera se ha acercado lo suficiente para tocarlas. Y ahora resulta que habla con Kay a diario y hoy van al cine juntos. Si me pinchan, no sangro...

—No es que se lleve mal con los niños —rebató Iskra poniéndose seria—. Lo que le ocurre es que lo asusta quererlos, por eso adopta esa actitud desagradable y meticona, para mantenerlos alejados. No quiere sentir simpatía

por ellos, mucho menos conocerlos o, peor aún, caerles bien y que esperen algo de él. Lo que pasó con su hijo lo ha marcado profundamente. Y lo aterroriza volver a querer a otro niño.

Calix y Rodrigo la observaron admirados por su perspicacia. Desde luego, era más que factible que Uriel se sintiera así. El muy idiota tenía la absurda costumbre de ocultar sus sentimientos bajo una actitud indiferente plagada de comentarios hirientes y desconcertantes que hacía muy difícil descifrar sus verdaderos sentimientos.

—Pero con Kay no siente la necesidad de protegerse —continuó Iskra—. Tal vez porque sabe que Avril no le permitirá hacerle daño o porque es una niña dulce y sin un ápice de maldad. Sea por lo que sea, se siente seguro y no lo asusta relacionarse con ella. Y por tanto no actúa a la defensiva y atacando como hace con Jimena, Gadea y los demás.

—Razón no te falta —afirmó Rodrigo tras meditarlo un instante.

* * *

Uriel miró el reloj por enésima vez mientras recorría con rapidez la calle. Caminaba atento a la calzada, buscando un taxi libre. Aunque, por lo visto, no iba a tener suerte. Y si no se daba prisa llegaría tarde al cine. Y no quería hacer esperar a la niña. Ni a la madre, aunque estaba seguro de que Avril no se molestaría si eso sucediera: ella lo conocía, no esperaba demasiado de él. Pero Kay era otra historia. Era demasiado inocente y confiaba en su promesa. Y, joder, él era incapaz de mantener una puta promesa. Había sido un error aceptar esa puñetera invitación.

Apresuró el paso, pensando en qué transporte público podría tomar para llegar al cine lo más rápido posible. Sacó el móvil y abrió la aplicación para ver sus opciones. Echó a correr. Había un autobús que lo llevaría directo y, si la app no se equivocaba, estaba en la parada. Dobló la esquina y lo vio

arrancar y alejarse de la marquesina un par de metros para luego parar frente a un semáforo en rojo.

Corrió como si le fuera la vida en ello y, al llegar, golpeó la puerta con las manos planas. El conductor debió de ver la desesperación pintada en su rostro, pues le abrió. Dos segundos después, el semáforo cambió a verde y el autobús se incorporó al tráfico con un rugido del motor, dejando en tierra a la mujer que corría hacia la puerta.

Uriel la miró sorprendido al ver que, a pesar de su pronunciada cojera, seguía al autobús durante unos pocos metros como si fuera posible que el conductor parara para recogerla.

* * *

Uriel contuvo un bostezo. Kay decía la verdad cuando le comentó que ese cine tenía las butacas más cómodas del mundo mundial. Estaba casi tumbado en un mullido sillón con los pies en alto. Se sentía relajado. Confortablemente entumecido. La sala estaba a oscuras, la temperatura era agradable y, al ser una película basada en las aventuras y desventuras de dos adolescentes enamorados, no había explosiones ni persecuciones que lo sobresaltaran.

Cruzó los tobillos y descansó las manos en los reposabrazos, poniéndose aún más cómodo. Los ojos se le cerraron incontenibles e incluso llegó a exhalar un suave ronquido antes de despertar sobresaltado al sentir que una mano envolvía la suya y le apretaba los dedos.

No tuvo duda de quién lo agarraba: Kay, puesto que era ella quien se sentaba a su lado.

Nada más entrar en la sala la niña le había dicho que odiaba sentarse con desconocidos y, acto seguido, se había colocado entre Avril y él, lo cual era una putada, porque le impedía entretenerse metiéndole mano a su madre.

Abrió los ojos y volvió la cabeza despacio. La vio a través de la oscuridad rota por la luz de la pantalla. Estaba muy seria, su pecho adolescente temblaba

de emoción y gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas. Uriel se apresuró a mirar de nuevo al frente, el corazón encogido en un puño. La cría estaba llorando. ¿Por qué? Prestó atención a la película y vio que uno de los protagonistas se estaba muriendo o algo por el estilo. Volvió a mirar a Kay y las lágrimas se habían convertido en un caudal constante. Joder. ¿Por qué Avril no hacía nada? Que le diera un pañuelo o la abrazara o cualquier otra tontería entre madre e hija que consiguiera que dejara de llorar. Pero no. Le daba la mano y ya está. No era suficiente, ¿es que no lo veía?, la cría seguía sollozando.

Miró la pantalla, deseando que el puñetero adolescente se muriera de una vez y luego resucitara, lo que fuera con tal de que la niña dejara de llorar. ¡Por Dios! Volvió la cabeza hacia el otro lado para no verla lloriquear. Esa cría no era nadie para él. Sólo la hija de su amante. No tenía por qué sentirse desgarrado por su llanto. Además, no era como si a la niña le doliera algo, sólo le daba pena la estúpida película. Y él no iba a consolarla. No era nadie para hacerlo. Ni quería serlo. Es más, ni siquiera iba a mirarla. No le interesaban su tristeza ni sus lágrimas.

Pero cometió el error de volver a mirarla y, al ver su congoja, no pudo evitar apretarle la mano, mandándole..., ¿qué? ¿Ánimo? ¿Fuerza? ¡Joder, sólo era una puta película!

La niña le devolvió el apretón y se volvió hacia él, regalándole una emocionada sonrisa.

Y Uriel no pudo evitar devolvérsela.

Y ella le sonrió y continuó llorando de emoción hasta que la protagonista le salvó la vida al capullo de su novio y todos fueron felices y comieron perdices y la puñetera película acabó y la sala se iluminó.

Y entonces Uriel se dio cuenta de que casi todas las mujeres que estaban allí lucían igual de sonrojadas y afligidas que Kay. Por lo visto, era un defecto de serie que se daba en las féminas de entre doce y noventa años. Y a él le había tocado sufrirlo. ¡Había que joderse! Miró a Avril. Gracias a Dios, ella

no lloraba ni parecía emocionada. Simplemente le pasó un pañuelo a su hija y le acarició la cara con cariño.

Y Uriel sintió un casi irresistible deseo de imitarla, de acariciar a la niña y consolarla. Apretó los dientes y se resistió a esa extraña compulsión con todas sus fuerzas. No pensaba tocar a esa cría más de lo necesario. De hecho, ni siquiera debería haberle dado la mano.

—La película ha acabado, ¿me devuelves la mano? —le pidió con más brusquedad de la que deseaba. Pero no podía remediarlo, el corazón le iba a mil por hora y la única manera de evitar el desastre al que se precipitaba era poner fin a las expectativas de la niña en ese mismo momento.

Él no era un tipo agradable y no le gustaban los niños. Ninguno. Ni siquiera esa maldita cría con sonrisa inocente y ojos dulces que tanto se parecía a su madre.

—¿Vienes a casa de mamá con nosotras? —le preguntó Kay regalándole su luminosa sonrisa—. Vamos a cenar kebabs y luego haremos una fiesta de pijamas como todos los viernes. Si vienes te puedes poner un pijama y unirte a la fiesta.

—Lo siento, pero mañana trabajo y no puedo acostarme tarde —rechazó. Esa tarde ya había sufrido demasiadas emociones, no pensaba soportar más. La vida con críos no estaba hecha para él.

—Oh. —La decepción de Kayla fue palpable, aunque rápidamente se transformó en ilusión—. ¿Te vienes mañana a ver planetas?

Uriel la miró desconcertado, hasta que Avril le explicó que pensaban visitar el Planetario.

—No puedo, trabajo por la mañana —repitió.

—¿Y a comer? —Lo miró tan esperanzada que se le hizo difícil rechazarla.

—No lo sé. Salgo bastante tarde...

—Te esperaremos. ¿A que sí, mamá?

—Por supuesto, pero tal vez Uriel acabe muy cansado de trabajar y no pueda venir. —Le dio la excusa perfecta—. Haremos una cosa. Le diremos

dónde vamos a comer y, si viene, nos dará la sorpresa. Y, si no, pues ya lo verás otro día, ¿vale? —propuso. La niña no dudó en aceptar.

* * *

Sábado, 16 de febrero de 2019

Uriel salió de la camisería a las dos en punto, se despidió de sus compañeros y llamó con un gesto al que tal vez fuera el único taxi libre de Madrid a esas horas. Se montó y le dio la dirección del restaurante en el que comerían una reina y una princesa.

Le gustaba el sitio y tampoco iba a morir por comer con ellas.

Querida Dulce Roser, el adúltero ha logrado convencer a su jefe y a sus compañeros de que es un tipo decente, y por mucho que intento advertirles no hacen caso. No entiendo cómo es posible que no lo vean como la escoria que es. Los tiene tan engañados que incluso lo han invitado a la boda de dos de ellos. Cómo lo odio!!

USUARIO OJITO CONMIGO, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A DULCE ROSER,
15 DE FEBRERO DE 2019

¡Un fornicador no puede ir a una unión sagrada en la casa de Dios!
¡Contaminará con sus pasiones impuras el sacramento del matrimonio!
¡Su inmoralidad ofende al Señor! No lo permitas, Ojito, impídeselo.

RESPUESTA DE DULCE ROSER,
16 DE FEBRERO DE 2019

Miércoles, 20 de febrero de 2019

Uriel apretó los puños en torno a las correas que le sujetaban las muñecas. Avril lo había atado a la cama con los brazos en cruz, aunque le había dejado los pies sueltos para poder colocarle las piernas a su antojo. Y en ese momento las tenía muy separadas y con las rodillas dobladas mientras ella se entretenía mordisqueándole el interior de los muslos a la vez que le recorría la erección con las uñas.

Contuvo un gruñido al sentirla jugar con las yemas de los dedos con la

abertura del glande. Joder, tenía las pelotas tan duras que le dolían. Pero ella no le permitía correrse. Lo cual lo ponía aún más cachondo. Cerró los ojos, forzándose a continuar inmóvil y no levantar el culo buscándola cuando ella se alejó de su verga y se dedicó a mordisquearle las tetillas.

Adoraba las noches de los miércoles. Y las de los martes. Y también las de los lunes. En realidad adoraba todas las noches que pasaba con ella, pero esas tres noches el Lirio Negro apenas tenía afluencia, lo que significaba que ella dejaba la vigilancia en manos de Mike y se encerraban en el dormitorio o en la mazmorra y follaban durante dos o tres horas, a veces más. Todo dependía de lo que él pudiera aguantar.

Y en ese preciso instante estaba llegando al límite.

—Mi reina, por favor —suplicó, aunque sabía que eso no haría que ella tuviera compasión.

Avril levantó la cabeza y observó al hombre que se sometía a ella. Tenía la piel empapada en sudor, su pecho oscilaba agitado y las tetillas brillaban húmedas por las caricias y los mordiscos que les había dedicado. Le deslizó los dedos por el vientre y los músculos de su abdomen se tensaron a su paso, todo su cuerpo estremeciéndose cuando convirtió la suave caricia en un agresivo roce al cambiar las yemas por las uñas. Llegó hasta su pubis rasurado y se entretuvo en dibujar líneas curvas mientras se complacía en ver los espasmos que este roce provocaba en él. Estaba duro como el acero bajo el aterciopelado tacto de su piel, los testículos tensos y contraídos a la espera de ser liberados.

Pero aún era pronto para eso.

Se bajó de la cama, sonriendo al oír el lastimero gemido que escapó de los labios masculinos, y abrió el cajón de la mesilla para elegir un juguete. Fingió pensarlo mientras él la observaba con tensa impaciencia. Se decantó por un vibrador anal de trece centímetros de largo y tres de diámetro. El tamaño justo para complacer sin molestar.

La atravesó un ramalazo de excitación que la hizo apretar los muslos

cuando se lo enseñó y él jadeó en respuesta. Así que le gustaba la idea... Se sentó a horcajadas sobre él, acunándolo con su sexo pero sin permitirle penetrarla. Y él tembló de pies a cabeza al sentir sus empapados labios vaginales envolviéndolo, haciéndola vibrar a ella con su reacción.

Nunca un hombre la había excitado tanto como él. Y no era sólo por la magia que sabía hacer con los dedos y la boca, o por la tremenda polla que encajaba a la perfección en su vagina y su magistral manera de usarla. No. Lo que la llevaba al límite era ver lo mucho que él se excitaba bajo sus caricias, la manera en que se estremecía cuando lo tocaba y la rebeldía, el orgullo y la fuerza con que se resistía a rendirse. Su desafío constante la impulsaba a sobrepasar sus límites. Y, cuanto más los sobrepasaba, más aguantaba y reclamaba él. Era... adictivo.

Se meció sobre su amante apretando los dientes para contener los gemidos que su tersa longitud le provocaba y, cuando se sintió tan cerca del orgasmo como lo estaba él, paró y se llevó el vibrador a los labios.

Uriel se estremeció sin control al ver la ondulada columna de silicona adentrándose en la boca de Avril. Se lamió los labios impaciente y excitado mientras ella chupaba el dildo como si fuera una piruleta. Y, cuando se lo sacó de la boca y se lo ofreció, no dudó en albergarlo entre sus labios. Saboreó su saliva en la lengua y chupó con ganas, sus ojos oscuros fijos en los aguamarina de ella mientras Avril le follaba la boca. Y cuando un instante después se inclinó para besarlo no dudó en compartir el juguete con ella en una danza de lenguas, labios y silicona que los dejó jadeando. Luego ella se sentó sobre su regazo, alojando la rígida y dolorida verga de Uriel entre sus nalgas.

Separó los muslos exponiéndole su sexo y comenzó a jugar con el lubricado vibrador.

Y Uriel no pudo menos que gruñir excitado y tirar de sus ligaduras al ver cómo éste se hundía en su vagina. Quería ser quien la follara. Y también quería ser el follado. Lo quería todo. Y, sin embargo, ella no le daba nada. Sacudió las caderas reclamando atención. Y, milagrosamente, ella se compadeció de él.

—¿Lo quieres? —dijo enseñandoselo.

—Sí, joder.

—¿Dónde lo quieres?

—¿Dónde crees? —gruñó mirándola desafiante.

Avril sonrió divertida por su exabrupto y se levantó de su regazo. Caminó por la cama con el vibrador anal en la mano, observándolo pensativa, hasta que lo obligó a separar las piernas con un puntapié. Él obedeció en el acto, doblando las rodillas y separando los muslos para exponer sus genitales y la raja de su trasero. Ella se arrodilló entre sus piernas y puso en marcha el vibrador. Se lo acercó al vientre y le rozó el ombligo con la punta.

Uriel apretó los dientes frustrado. No era ahí donde lo quería. Y ella lo sabía. Y estaba jugando con él. Su verga palpitó y sus pelotas se tensaron aún más. Joder, le iban a reventar como siguieran así.

Ella sonrió lasciva y deslizó el vibrante aparato por el vientre masculino, siguiendo el camino de vello recortado que ascendía hasta abrirse en abanico en su torso. Jugueteeó con las tetillas, haciéndolo estremecer, y volvió a bajar. Esta vez no se detuvo en el ombligo. Continuó hasta la ingle y le tocó el glande con la punta del vibrador. Y él, en respuesta, la miró desafiante.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer?

Avril volvió a sonreír y le pegó la ondulada columna de silicona al pene.

—No está mal, pero no es nada del otro mundo —jadeó Uriel.

Era una sensación extraña sentir la vibración en la polla, pero no era tan excitante como para robarle la respiración.

Entonces ella envolvió entre sus manos el aparato y el pene y apretó uno contra otro.

Y Uriel sacudió las caderas con violencia ante la vehemente intensidad de la vibración.

Avril lo mantuvo largos segundos ahí, ciñéndolo con fuerza mientras él jadeaba sollozante al borde del orgasmo. Lo soltó antes de que pudiera llegar.

—¿Dónde lo quieres ahora? —volvió a preguntarle antes de meterse el

vibrador en la boca y chuparlo lasciva.

—Enterrado en mi culo —gimió Uriel.

Avril asintió magnánima y comenzó a acariciar el fruncido orificio con la punta del vibrador, penetrándolo despacio.

Uriel sintió ganas de llorar de alivio. Hacía días que no jugaba con su puerta trasera, y sentir cómo le hundía el juguete poco a poco estaba llevándolo al límite. Y buena muestra de ello eran las densas gotas de líquido preseminal que le resbalaban por el glande.

Avril continuó empujando la suave vara de silicona hasta que Uriel la albergó por completo y entonces comenzó a girarla en su interior, ignorando los temblores que sometían su cuerpo y los gemidos que abandonaban sus labios. Le envolvió la erección con la mano libre y lo masturbó a la vez que lo follaba. Y él no tardó en salir a su encuentro con la respiración tan agitada que se había convertido en un resuello.

—Avril..., por favor —suplicó desesperado.

—¿Quieres correrte?

—Sabes que sí, joder.

Ella enarcó una ceja ante su desafiante respuesta.

—Por favor... —suplicó él de nuevo con los ojos entornados por el placer.

Y ella accedió a su ruego inclinando la cabeza y lamiéndole el glande.

Él se sacudió como si una potente corriente eléctrica lo atravesara. Pero no se corrió. No podía. Y ella lo sabía. Había interiorizado tanto que el orgasmo iba asociado a su succión que era incapaz de llegar al clímax sin sentir el suave mordisco. O tal vez sí fuera capaz, pero no quería. Tal vez lo que deseaba era su marca. La impronta que demostraba que era su favorito.

Avril lo vio apretar los dientes y resistirse con todas sus fuerzas al orgasmo. Y eso la complació, pues significaba que no quería correrse sin su marca. Sin entregarse a ella por completo. Le encajó el dildo hasta que la amplia base lo frenó y lo puso a la máxima potencia, luego le enfundó un condón y lo montó. Y estaba tan excitada que, en cuanto lo sintió en su interior,

su vagina se contrajo en rítmicos espasmos que la acercaron de forma fulminante al orgasmo. Apretó los dientes, igual que los apretaba él. Ambos luchando por ganar en esa batalla. Por ser el último en correrse. Y, en esa ocasión, no hubo vencedor ni vencido, sino un empate técnico que les robó la cordura... y el corazón.

* * *

Avril se desperezó sobre el cuerpo de Uriel. Si había algo que le gustaba más que follárselo era caer rendida sobre su torso y oír los fuertes latidos de su corazón. Arqueó la espalda como una gatita y lo besó en los labios durante unos minutos, disfrutando de su sabor y del olor a sexo y sudor de sus cuerpos. Luego se estiró para alcanzar las correas que lo inmovilizaban a la cama y desabrocharlas, e inevitablemente el pene semiflácido escapó de su interior. Se apartó para quedar sentada y, mientras Uriel se frotaba las muñecas relajado, le quitó el condón y lo observó disgustada antes de cerrarlo y lanzarlo a la papelera.

—¿Estás limpio? —le preguntó.

—Ahora mismo, no mucho, pero tú tampoco hueles a flores —replicó divertido. ¿También ella tenía el olfato sensible como Kay?

Avril le dedicó una mirada glacial antes de darse cuenta de que él en realidad no había pillado el sentido de su pregunta.

—¿Cuándo te hiciste el último análisis? —inquirió.

—Ah, eso... Hace unos meses, cuando empecé a trabajar en la camisería. Pero no te preocupes, estoy limpio. En toda mi vida sólo he follado sin condón con Roser. Y el resultado no fue muy positivo, que digamos —resopló pensando en el inesperado embarazo de su mujer.

—Yo me los hice hace poco. También estoy limpia. Y llevó el diu — señaló. A buen entendedor, pocas palabras bastaban.

—Yo no follo sin condón —replicó Uriel captando al vuelo la indirecta—.

No quiero arriesgarme a tener hijos.

—¿Qué parte no has entendido de «llevo el diu»?

—Lo he entendido todo, pero me da lo mismo. No volveré a dejar mis soldaditos campando libremente por el cuerpo de nadie. No quiero más hijos —repitió rotundo.

—Mientes.

—¿Perdona? Creo que sé lo que quiero bastante mejor que tú.

—No sabes lo que quieres —replicó ella—. Si lo tuvieras tan claro como dices, te habrías hecho la vasectomía. Es la manera más fiable de evitar bebés. Un tijeretazo a tiempo y se acabó la cuestión. —Abrió y cerró los dedos índice y corazón como si de unas tijeras se tratara.

—No tienes ni idea de lo que quiero o dejo de querer —rechazó colérico.

—No. Y tú tampoco. No estás seguro de nada y todo te da miedo. Quisiste a tu hijo más que a nada en el mundo y ahora te aterra volver a querer tanto a alguien...

Uriel la miró furioso, sintiéndose más vulnerable y expuesto que nunca en su vida. Esa mujer creía leer en él, pero no tenía ni idea de lo que pensaba. Ni de lejos quería hijos. Nunca los había querido. Y no iba a cambiar de opinión ahora.

Ella enarcó una ceja desafiante, esperando su respuesta.

Y él ocultó su mal humor tras una sonrisa insidiosa.

—Si tantas ganas tienes de probar mi polla sin vestir, puedo arreglarlo. — Se abalanzó hacia ella y la tumbó boca abajo en la cama—. Hay una puerta por la que no me importaría entrar... —le susurró al oído antes de que sus labios comenzaran a descender por su espalda.

Recorrió con besos y mordiscos toda la longitud de su columna y se entretuvo en chupar y lamer los eróticos hoyuelos que se le formaban al final de la espalda. Y mientras se deleitaba en ellos sus manos amasaban el seductor trasero, colándose de vez en cuando entre sus muslos para tentar la vulva, cada vez más lubricada.

El mal humor que lo había dominado se diluyó conforme la besaba y ella se dejaba besar. Hundió los dedos entre sus nalgas y se las separó para dar acceso a la lengua. La lamió y ella arqueó la espalda soltando un quedo gemido, pero no se movió ni trató de volverse para montarlo.

Y Uriel se envalentonó.

Por las veces que habían estado juntos sabía que, en ocasiones, ella aceptaba un trato en cierto modo dominante. Y de vez en cuando a él tampoco le importaba cambiar de rol.

Se estiró para sacar del cajón el bote de lubricante y luego la colocó a cuatro patas con el culo en pompa. Le separó los muslos y comenzó a lamerle la grieta entre las nalgas, la prieta roseta del ano y la vulva, prestando especial atención a los labios mayores y menores, que se fueron hinchando bajo su lengua. Y cuando la tuvo jadeando, le penetró el ano con un dedo que antes untó en lubricante. Estuvo unos minutos follándola con él antes de añadir un segundo. Y cuando ella empezó a sacudirse excitada, los substituyó por su polla.

Le hizo juntar los muslos, encerrándolos entre sus piernas, estrechando aún más la entrada, y se inclinó sobre ella, su pecho pegado a la espalda femenina y las firmes columnas de sus brazos junto a los de ella.

Y Avril se estremeció de placer al sentir que la cubría con su cuerpo. Los labios contra su cuello, sus brazos conteniendo los de ella mientras sus dedos se entrelazaban, sus piernas envolviéndole los muslos y la polla hundiéndose con violencia en su trasero mientras los pesados testículos le golpeaban la vulva.

Se corrió con un grito agónico.

Uriel siguió moviéndose mientras ella se corría sollozante y luego utilizó una mano para acariciarle el clítoris y volver a excitarla mientras continuaba taladrándole el culo.

Hasta que acabaron los dos jadeantes y estremecidos.

* * *

—No he sabido nada de Némesis desde hace casi una semana —le comentó Uriel a Avril tiempo después. Se habían duchado y cambiado las sábanas y estaban desnudos en la cama, él tumbado boca arriba con las manos bajo la nuca en aparente relax y ella sentada con las piernas cruzadas al estilo indio y la espalda apoyada en el cabecero—. Le mandó una carta a Gala, advirtiéndole de la escoria que tenía contratada su marido, y luego nada...

—Tal vez se haya dado por vencida —comentó Avril, sin creérselo en absoluto.

—Ni de coña. Está tramando algo —masculló él con semblante preocupado. Conocía lo suficiente a su acosadora para saber cómo actuaba—. Quiere desquiciarme con su silencio antes de caer sobre mí cuando menos lo espere. ¡Y yo la estoy complaciendo, joder! —estalló sentándose en la cama y echando a perder la apariencia de relajación que tanto le había costado fingir—. Prefiero mil veces que me mande mensajes a diestro y siniestro que el amenazante silencio con el que me atormenta ahora. No sé por dónde ni con qué me va a atacar, y eso me vuelve loco —confesó llevándose las manos a la cabeza para ocultarle su cara.

Un instante después la sintió moverse hacia él y abrazarlo, cubriéndolo con su cuerpo como si fuera una coraza protectora capaz de impedir que nada malo lo atacara. Y, por extraño que fuera, pues le sacaba más de una cabeza de altura y varios kilos de peso, Uriel se sintió acogido en su irreductible fortaleza. Nada asustaba a la Reina del Infierno. Y ese valor se lo contagiaba a él con su abrazo.

Permanecieron hasta que Avril lo sintió ablandarse entre sus brazos y le permitió volver a tumbarse. Ella se colocó a su lado, boca abajo, los codos hincados en el colchón y las manos bajo la barbilla.

—Kay se irá de campamento a Toledo el mes que viene con sus amigos de clase —dijo pataleando suavemente en la cama, muestra de que no estaba tan

tranquila como parecía.

—¿Lo crees prudente? —Uriel no pudo contener la pregunta. Kayla no era una adolescente normal. Era vulnerable, inocente y confiada. Podía pasarle cualquier cosa, pensó inquieto.

—Va con monitores y, aunque no te lo creas, es muy responsable y tiene la cabeza bien amueblada. No hará locuras. Además, no la puedo tener encerrada en casa únicamente porque yo tenga miedo de que no sepa desenvolverse. Eso sólo la frustra y la limita. Y no pienso limitarla —afirmó con fiereza.

Uriel asintió sin querer meterse en asuntos entre madre e hija que no eran de su incumbencia. Que no quería que le importaran. Pero que, maldita sea, lo hacían.

—Kay y yo hemos tenido que discutir con Nath y con mi suegra para que no pusieran impedimentos, pero al final lo hemos conseguido —continuó diciendo. No solía comentar sus decisiones con nadie, pero Uriel era especial y le gustaba compartir con él sus preocupaciones. Y esa excursión, desde luego, lo era—. No obstante, a Nath, así por casualidad, le ha salido una reunión en Toledo justo esos días. Y ya que está en la ciudad se acercará a verla...

Y Uriel captó al instante el sentido de su comentario. Por lo visto, el arrogante y dominante Nath era un tierno corderito con su hija y quería asegurarse de que estaría bien.

—Es normal que se preocupe por ella, al fin y al cabo es su padre —comentó, pensando por un instante en el tipo de padre que habría sido él. ¿De los que se preocupaban por sus hijos o de los que los ignoraban? Esperó que de los primeros, aunque no las tenía todas consigo, al fin y al cabo, no era lo que se dice un buen tipo.

—No lo es. Es mi exmarido, pero no su padre biológico —lo sorprendió Avril—. Aunque ha sido, es y será su padre en todos los sentidos menos en éste, algo que no puedo decir del idiota que la engendró.

—Si no es su padre, ¿por qué vive con él?

—En realidad, Kay vive con Marga, su abuela, y ésta vive en casa de Nath —explicó sentándose de nuevo al estilo indio—. Nath es su tío.

—El hermano de su padre...

—Sí, básicamente eso significa la palabra *tío*. Me acosté con el hermano de Nath cuando tenía quince años y me quedé preñada. Aunque tardé en descubrirlo. No tenía el período de forma regular y, sinceramente, tampoco me preocupaba por llevarlo controlado. En aquella época mi madre se había largado con el último gilipollas con el que follaba y mi padre estaba muy enfermo y yo, en respuesta, me rebelé contra el mundo y decidí que iba a vivir a tope como mi madre, y quizá morir joven, en lugar de vivir hecha una piltrafa como mi padre. Estupideces de adolescente. La cuestión es que no me enteré de que estaba embarazada hasta que empecé a notar las patadas de Kay. Y me pasó algo parecido a ti. Me enamoré de mi hija. Dejé de beber, meterme drogas y acostarme con cualquiera e intenté ser responsable. Se lo conté al tipo que creía que era el padre, aunque si te soy sincera no lo tenía muy claro. Él era un niño de papá con más dinero que cerebro al que le gustaba mucho la coca. Le hizo gracia el asunto y se lo contó orgulloso a su hermano mayor.

—Nath.

—*Sip*. Y Nath, fiel a su carácter insoportable, montó en cólera y afirmó que yo sólo quería sacarles dinero y que no iba a caer en la trampa por muy idiota que fuera su hermano. Y la verdad es que realmente lo era. El tipo más estúpido que he conocido nunca, imagino que me acosté con él porque esa noche iba muy fumada, si no, no lo habría tocado ni con un palo —resopló—. Mandé a la mierda a los hermanos y recuperé mi vida con el apoyo de mi padre. —Sonrió orgullosa—. Y de repente un buen día el imbécil de Jon se mató. Tal cual. Se estrelló con el coche a doscientos por hora en la A-5. Yo estaba de ocho meses y ya sabía que mi bebé tenía el síndrome de Down, mi padre estaba terminal y mi suegra estaba como loca por hacerse con lo único que quedaba de su hijo.

—Kayla.

—Esperaron a que naciera y le hicieron las pruebas de paternidad. Resultó que el idiota era el padre. Así que mi suegra lo puso en manos de abogados. Yo era menor de edad, no tenía trabajo con el que mantenerme, mi padre se estaba muriendo y, si tener un hijo tan joven ya era complicado, imagínate una niña con las complicaciones añadidas que conlleva el síndrome de Down. Llevaba todas las de perder. Y entonces Nath, que además de ser un gilipollas integral también es un hombre justo, me ofreció una solución.

—Que os casaseis.

—Accedí y él la adoptó, convirtiéndose en su padre legal. La única condición fue vivir en casa con mi marido y mi suegra. Y allí me mudé cuando murió mi padre. Aguanté menos de un año. Nath es muy intransigente, mi suegra es insoportable y yo no estaba preparada para ser madre, menos aún de una niña a la que operaron del corazón con seis meses de vida. La situación me superó y escapé. Nath me buscó durante más de un año hasta que dio conmigo en una casa de okupas en Vallecas. Estaba bastante echada a perder. Me llevó a un centro de desintoxicación y, cuando me recuperé, llegamos a un nuevo trato. La custodia de Kayla sería de él, pero yo podría visitarla siempre que quisiera. Y era un trato generoso, porque con mi historial ningún juez me habría dado a mi hija. Y yo tampoco quería quedarme con ella —confesó con la seguridad de quien ha aceptado sus errores y sus limitaciones—. No sabía cómo cuidarla. Era un bebé con necesidades especiales, yo era una cría de dieciocho que no sabía lo que quería. Mientras que mi suegra la adoraba y llevaba cuidándola dos años mejor de lo que yo lo habría hecho, así que acepté el trato. Nath me contrató como camarera en uno de sus locales y me pagó el alquiler de un estudio en el que pudiera vivir. Me gustó el ambiente del bar, pero más me gustó lo que se cocía en los salones privados.

—¿Te contrató como camarera en un club de intercambio? —inquirió sorprendido.

—En su club, el Torture Eden. Aunque por aquella época no era el referente que es hoy. Era el único sitio en el que me podía dar trabajo, y se suponía que

yo no debía salir del salón en el que la gente se conocía y se enrollaba sin pasar a mayores.

—Pero saliste.

—Y me encantó. Me gusta follar. Siempre me ha gustado. Y me gusta el sexo imaginativo. Allí tenía todo lo que quería. Así que me metí en el negocio y pronto me convertí en la encargada de uno de los salones temáticos. Julio era el jefe de seguridad del club y Kaos, el encargado de otro salón. Los convencí de montar el Lirio Negro y pedimos un crédito. Ningún banco quiso dárnoslo.

—Y recurriste a Nath —intuyó Uriel.

—Se convirtió en nuestro socio capitalista. Poco a poco hemos ido ampliando el negocio comprando locales y viviendas aledañas, hasta convertirlo en lo que es ahora.

—Y Kayla se ha quedado con tu suegra —afirmó, y en su voz no sonó ningún reproche.

—Sí. Cuando por fin senté la cabeza y conseguí orientar mi vida, habían pasado varios años. Ella era una niña con unas rutinas que no debía cambiar y que adoraba vivir con su padre y su abuela. Ellos podían darle la seguridad emocional y económica que necesitaba. Así que lo dejé como estaba, aunque intenté entrar más en su vida. Y la verdad es que estoy contenta con este acuerdo. Es el más beneficioso para todos. Conservo mi independencia y veo a mi hija a diario, y Kayla vive en una mansión y sigue yendo a una carísima escuela en lugar de tener que vivir en el sótano de un club de intercambio e ir a un colegio no tan exclusivo como el suyo.

—Pero te gustaría tenerla siempre a tu lado.

—Ella no quiere dejar a su abuela, ya se lo he propuesto.

Se quedó callada y un momento después fue Uriel quien la envolvió entre sus brazos.

—Cría cuervos y te sacarán los ojos —le susurró al oído.

Y Avril, sin saber por qué, se echó a reír.

Permanecieron en silencio un buen rato, y cuando pensaba que Uriel se

había quedado dormido, lo oyó hablar.

—Quedan tres días para la boda y estoy tan harto de que todo gire en torno a ella que no sé si cortarme las venas o dejármelas largas —dijo burlón—. Iskra sufre una severa incontinencia verbal que la lleva a volvernó locos con preguntas y propuestas de última hora. Calix trata de parecer tranquilo, pero está hecho un manojo de nervios y nada le parece lo suficiente bueno. Me ha hecho modificarle la camisa tres veces en diez días y se ha comprado al menos diez corbatas. Además, se le ha metido en la cabeza que se va a quedar en blanco cuando le toque pronunciar los votos matrimoniales, y a pesar de que le he explicado mil veces que el cura se los va a repetir cuando llegue el momento, insiste en ensayarlos una y otra vez. Y yo tengo que escucharlo para comprobar que no se equivoca... Joder, me los sé mejor que cuando me casé —bufó, su mandíbula tensándose por la fuerza con que apretaba los dientes.

Y Avril no pudo evitar exhalar una sonrisilla maliciosa.

—Pobrecillo... Qué mal lo debes de estar pasando.

—Ni te lo imaginas. Se pasan el día dando vueltas el uno alrededor del otro, mirándose como corderitos enamorados sin saber que están a punto de entrar en el matadero —resopló, pero en su voz no quedaba ningún rastro de diversión. Incapaz de permanecer tumbado, se removió hasta sentarse con las rodillas dobladas y los codos apoyados en ellas—. Se pasan el día sonrientes y felices, hablando de los invitados, del restaurante y de mil gilipolleces más. Cada noche que me quedó con ellos Iskra me hace entrar en su cuarto y me enseña en secreto el peinado que se va a hacer, los adornos para el pelo, el maquillaje que quiere llevar o cualquier otra estupidez que se le pase por la cabeza y sobre la que tenga dudas. —Lo que explicaba, comprendió Avril, por qué había pasado con ella las últimas cinco noches—. Y a mí se me revuelven las tripas... Me recuerda tanto a Roser. Ella también era así antes de casarnos. Todo me lo enseñaba, tenía que darle mi opinión sobre el asunto más nimio. Estaba feliz y radiante, tan entusiasmada como ahora lo está Iskra. Y mira cómo acabó. —Se pasó las manos por el pelo, angustiado—. Esta tarde ha ido

con Gala a recoger el vestido de novia... y seguro que quiere que se lo vea puesto... Y no voy a ser capaz. —Un susurro atormentado escapó de entre sus labios.

—Pues vas a tener que serlo. No puedes escaquearte de la boda.

—No lo entiendes. No puedo ver a otra mujer que amo vestida de novia...

—A Roser no la amabas —replicó Avril con severidad.

—Y por eso se suicidó.

—Y la muy capulla lo hizo vestida de novia, para joderte y hacerte sentir culpable. Que la follen, era una puta cobarde —dijo furiosa, apartándole las manos y montándose en su regazo.

—Tal vez prefieras que te folle a ti —comentó Uriel sintiendo que la angustiada inquietud que lo había dominado se diluía con el calor que emanaba del cuerpo de su reina.

—Quiero que dejes de pensar en ella. Y en Iskra. Estás en mi cama, no admito más mujeres aquí —sentenció. Comenzó a mecerse sobre él, acunando su flacidez entre los pliegues vaginales. Ésta no tardó en volver a la vida.

—¿Celosa?

—¿De una cobarde que está muerta y enterrada y de una mujer que no te ama y se va a casar con otro? En absoluto. Pero me jode verte preocupado. —«Y atormentado. Y deprimido.»

Y sabía muy bien cómo alejar la inquietud de su amante. Al menos, por unas horas. Apoyó las manos planas contra su pecho y marcó con las uñas un sendero descendente desde sus tetillas hasta su vientre tenso.

—No estoy preocupado. Sé exactamente lo que voy a hacer para pasármelo bien en la boda. Me voy a emborrachar hasta caer redondo. Así tendré la excusa perfecta para meterme en mi cabaña a dormir la mona. Por cierto, ¿te he comentado que Iskra ha reservado una cabaña de matrimonio para mí? La pobre tiene la esperanza de que aparezcas en la aldea y te quedes a dormir conmigo —dijo, en sus ojos de obsidiana una pregunta. Un anhelo. Una plegaria.

—¿Es eso lo que quieres?

Uriel fijó su mirada en ella con una intensidad que la hizo estremecer y luego le asió la nuca con sus fuertes manos y la atrajo hacia sí para besarla con una avidez que tenía sabor a desesperación. El beso duró una eternidad convertida en un instante, sus lenguas danzando una lucha ancestral que hablaba de pasión y tormento, mientras sus cuerpos se movían uno contra otro hasta que él se rindió al deseo y, agarrándose al cabecero, se ofreció a ella. Avril le ató las muñecas a éste y continuó atormentándolo hasta que ambos estuvieron tan excitados que la pasión se desbordó y el deseo ganó la batalla a la contención.

Avril cogió un preservativo y, mientras se lo colocaba, pensó que, aunque Uriel se negaba a follar sin condón, se entregaba a ella dejándose atar y confiando ciegamente en que se lo pondría antes de montarlo, como había hecho innumerables veces en el tiempo que llevaban juntos.

Le gustó ese pensamiento.

«Juntos.»

—*¿Preparado para pasar un nuevo día en el Mundo de la Felicidad Perpetua y el Amor Incombustible?*

—*No.*

—*Pues te jodes.*

CONVERSACIÓN INTERIOR DE URIEL CONSIGO MISMO
EN LA CAMISERÍA, 21 DE FEBRERO DE 2019

Jueves, 21 de febrero de 2019

Avril se despertó con un gemido escapando de sus labios. Uriel tenía la cabeza entre sus muslos y la estaba follando con la boca. Y pronto lo haría con la polla. Separó más las piernas para darle mejor acceso mientras se relajaba contra sus labios. Uriel había tomado la costumbre de despertarla con la lengua antes de irse a trabajar. Y a ella le parecía una manera maravillosa de comenzar el día. Aunque luego volviera a quedarse dormida. Bajó la mano hasta el sedoso pelo de su amante y enredó los dedos en él. Lo tenía más largo que cuando lo conoció. Le sobrepasaba la nuca en ondulados mechones en los que adoraba hundir los dedos. Tal vez por eso él no se lo había cortado en esos meses, pensó arqueando la espalda cuando la penetró con dos dedos, su lengua golpeándole el clítoris a un ritmo que la hacía estremecer.

Le tiró del pelo pidiendo más. Y él respondió hundiéndole un tercer dedo y tomándole el clítoris con la boca para luego succionar con fuerza, lanzándola a un potente orgasmo.

La acompañó con lengua y dedos mientras se corría, alargando el clímax, y luego se apartó para ponerse un preservativo. Cuando volvió a penetrarla, esta vez con la polla, Avril le envolvió las caderas con las piernas, instándolo a ser un poco más rudo.

Y él, como siempre, reaccionó con presteza, excitándola de nuevo.

Y mientras la follaba con la fuerza de un pistón acelerado, ella no pudo evitar pensar que Uriel era el único hombre que había conocido con un impulso sexual tan fuerte como el suyo. El único que no se quedaba atrás y respondía aunque lo montara una y otra vez. El único que, a pesar de haber pasado la noche follando, se despertaba una hora antes de lo necesario para darle unos eróticos y más que satisfactorios buenos días antes de irse a trabajar.

Un saludo de buenos días que echaba muchísimo de menos cuando no pasaba la noche con ella. Aunque no tanto como sus brazos rodeándola y su vientre pegado a su espalda cuando no dormía en su cama.

Joder, el muy cabrón era adictivo.

Y ella tenía el mono cuando no estaba a su lado.

* * *

Uriel, desnudo y con el pelo todavía húmedo tras la reciente ducha, entró en la habitación apenas iluminada por la luz que escapaba por la puerta entreabierta del baño. Observó encandilado a la mujer que dormía en la cama y sonrió orgulloso. La había dejado tan ahíta de placer que no había tardado ni cinco minutos en dormirse después de que le hiciera el amor. Un ramalazo de puro terror le recorrió el cuerpo al darse cuenta de lo que acababa de pensar. Él no hacía el amor. Él follaba. Le convenía no olvidarlo.

Encendió la lamparita de pie que había aparecido junto al armario unos días atrás y que emitía luz suficiente para permitirle elegir su ropa y vestirse sin despertar a Avril. Lo abrió y su mirada recayó en la amalgama de prendas

que contenía. Un par de vaqueros, media docena de trajes y chalecos y el doble de camisas y corbatas compartían espacio con bermudas, minifaldas de tartán rojo, rosa y púrpura, corsés góticos, una casaca victoriana y un par de vestidos que parecían sacados del armario de Morticia Addams. Sonrió. No había duda de que Avril y él componían una mezcla tan interesante como ecléctica de estilo y gustos.

Lo que no pensó fue que tenía más ropa allí que en su dormitorio de la plaza de la Paja.

Se vistió y salió de la habitación tras besar con suavidad el hombro desnudo de su reina.

Media hora después, se apeó del autobús en la plaza de Alonso Martínez.

Miró el reloj y sonrió complacido al comprobar que había llegado a la hora prevista. Se dirigió a la estación de metro y poco después se encontró con Calix, Iskra y Rodrigo en la salida.

—¿Te ha confirmado Avril cuándo va a venir? —le preguntó Iskra entusiasmada—. Ojalá pueda venir el viernes con nosotros, así la conoceremos antes de la boda y podremos charlar tranquilamente. —Como el enlace era el sábado por la tarde, los novios y muchos de los invitados iban a pasar la noche del viernes en la aldea celebrando la despedida de solteros—. ¡Estoy deseando verla! —exclamó con una enorme y luminosa sonrisa que murió al ver que Uriel bajaba la vista—. Pero si no puede venir el viernes no pasa nada. Que venga el sábado. Le diré a Pavel que mande a uno de sus hombres a por ella, así podrá venir a la hora que quiera. Ni siquiera hace falta que llegue a la ceremonia, puede venir sólo a la cena. O al baile.

—Va a estar muy complicado, princesa. Avril dedica el viernes a Kayla y eso no va a cambiar, y el sábado tiene mucho trabajo en el Lirio Negro...

—Quiero conocerla, Uriel.

—Tal vez en otra ocasión.

—Le diste la invitación, ¿verdad? —preguntó Iskra entornando los ojos.

—Por supuesto.

—Y le has insistido para que venga. —Lo miró suspicaz.

—Claro —replicó Uriel con demasiada contundencia.

—No lo has hecho.

—Avril no es una mujer a la que se le pueda insistir. Es capaz de castigarme sin orgasmo si me pongo pesado. Y me gusta demasiado correrme como para arriesgarme —señaló mordaz antes de apresurar el paso y alejarse de ella para evitar más preguntas comprometidas.

Aunque no le sirvió de mucho, pues poco después llegó a una intersección entre calles y no le quedó más remedio que detenerse y esperar que el semáforo cambiara a verde.

Iskra llegó y se paró a su izquierda, pero no le habló. De hecho, ni siquiera lo miró. Por lo visto la había enfadado con su actitud. Sonrió a la vez que se inclinaba hacia ella.

—No te cabrees, princesa, no merece la pena que te tomes esa molestia por mí. Soy un cabrón indecente, ya lo sabes, no deberías esperar nada de mí —dijo guasón.

—Y, sin embargo, lo espero todo. —Lo taladró con sus ojos llenos de inteligencia antes de alzar la nariz y volverse hacia Calix y Rodrigo.

Así que Uriel miró al frente como si lo que acababa de decirle no le hubiera encogido el corazón. No quería que nadie esperara nada de él. Era la única manera de no decepcionarlos.

El semáforo tornó a verde y la multitud que colapsaba la acera se dispuso a cruzar. Uriel avanzó esquivando a la gente, aunque no consiguió evitar a una mujer que, al pasar por su lado, lo empujó para abrirse camino.

—¡Un poco de cuidado, joder! —le espetó irritado al ver que ni siquiera se molestaba en disculparse por el fuerte empujón que le había propinado.

—Que te jodan —respondió ella dedicándole una virulenta mirada de odio antes de continuar su camino cojeando.

Y en su cojera y en la ira que deformaba su rostro Uriel reconoció a la mujer desesperada que había perseguido el autobús días atrás. Entornó los

ojos, un recuerdo olvidado abriéndose camino en su mente, hacía años había conocido a alguien que arrastraba la pierna y se inclinaba de manera similar a como lo hacía esa mujer.

—¿Estás bien? —le preguntó Calix al ver que se había parado en mitad del paso de cebra.

—Sí, es sólo que esa mujer... —Se calló cuando ella se perdió entre la gente, desapareciendo.

—¿Le has echado el ojo a otra mujer? Ten cuidado, tal vez a tu reina no le siente bien...

—No se me ocurriría, no quiero darle motivos para que me meta la polla en una jaula de castidad y tire la llave al Manzanares —replicó Uriel mientras escudriñaba a la gente que había cruzado a la acera—. Apresúrate, el semáforo está a punto de cambiar.

Echó a andar presuroso, su mirada volando inquieta de un transeúnte a otro. Metió la mano en el bolsillo del abrigo y..., ¡bingo!, encontró un papel donde antes no había nada.

—¿Qué pasa? ¿A quién has visto? —inquirió Calix suspicaz ante su extraña actitud.

—Creo que a Némesis. —Uriel apretó el papel en los dedos y aceleró el paso.

—¿Cómo que a Némesis?!

—Cuando llegemos a la tienda te lo cuento.

Caminó conteniendo apenas su urgencia, el corazón rebotándole en el pecho mientras sus ojos recorrían la calle en busca de la mujer. En cuanto llegara a la camisería leería la nota, y si como sospechaba resultaba ser de Némesis, tendría una descripción para darle a Adán.

—¿Y bien? —exigió Calix en el momento en que Rodrigo abrió la tienda y entraron.

—Y bien ¿qué? —inquirió Iskra confundida, dando voz a los pensamientos de Rodrigo.

—Uriel cree que... —Calix se calló al ver que sacaba un papel del bolsillo—. ¿Es de Némesis?

Uriel lo abrió con dedos temblorosos y, dos segundos después, que fue lo que tardó en leerlo, asintió.

—¿Sabes quién lo ha puesto en tu bolsillo? —quiso saber Rodrigo.

—Creo que sí. —Una sonrisa insidiosa curvó sus labios mientras le tendía el mensaje a Calix—. Por lo visto, nuestra amiga está bastante cabreada... Que se joda.

—«Eres un cabrón arrogante, lárgate de una puta vez o acabaré contigo» —Iskra leyó en voz alta la carta y lo miró asustada—. ¿Te está amenazando de muerte?

—Que lo intente —masculló Uriel quitándosela. Estaban manoseándola demasiado y Adán se cabrearía cuando se la diera esa noche.

* * *

—Está siendo muy descuidada hoy —comentó Calix entrando en el taller al final de la tarde.

—¿Quién está siendo descuidada? —inquirió Iskra confundida.

—Némesis. O eso creo. Han llegado tres sobres de publicidad demasiado gruesos junto con un catálogo de Thomas Madsen y el pedido que hice a ayer a la papelería. Uno de los sobres viene a mi nombre y hay otro para cada una de vosotras —les tendió el suyo a Iskra y a Rosalía, y ambas declinaron cogerlo. Intuían de quién podía ser y no les interesaba lo que pudiera mandarles. Así que Calix le entregó los tres a Uriel.

Éste abrió uno al azar; antes de dárselos a Adán quería comprobar lo que contenían. Palideció al ver las fotos que guardaba en su interior, sus ojos buscando desolados a Calix. Éste se apresuró a acercarse a él para ver qué era lo que tanto lo había impresionado.

Su cara se coloreó de un intenso rojo.

—Qué hija de puta. ¿Cómo puede tenerlas?

—Por lo visto, estaba allí...

—¿Dónde? —inquirió Iskra yendo hacia ellos.

—En la boda de Rodrigo.

La muchacha se detuvo en seco. Sólo había una escena que podía perturbar a Uriel y a Calix. Y, desde luego, no era algo baladí. Se acercó a su novio para ver las fotos y confirmar sus sospechas. Némesis le había mandado una serie de comprometedoras y explícitas fotografías a sólo dos días de su boda con Calix. Unas fotografías que, si ella fuera otra mujer, harían que cancelara el enlace. Pero Iskra había estado presente mientras se desarrollaba esa escena, escondida tras el respaldo de un columpio, y no la pillaba de sorpresa. Al fin y al cabo, los había visto en vivo y en directo sin que ellos, ni por lo visto Némesis, lo supieran.

—¿Las otras son iguales? —indagó serena, contagiando dicha serenidad a los hombres.

Uriel se apresuró a abrir los otros sobres y asintió con un cabeceo.

—No sé lo que contienen, ni quiero saberlo —dijo Rosalía sobresaltándolos, pues se habían olvidado de la discreta mujer—. Pero me resulta extraño que, si tan impactantes son, sólo las hayamos recibido nosotros tres.

Uriel se volvió como un rayo hacia Calix.

—¿No había ningún sobre para Rodrigo?

—No. Sólo un catálogo de Thomas Madsen y una caja con material de papelería. He abierto ambos, y contienen lo que aparentan.

Pero, a pesar de eso, Uriel salió del taller para entrar en la tienda. Y allí encontró a Rodrigo mirando con gesto asombrado un folio impreso que sostenía en la mano derecha.

El albino alzó la cabeza hacia él, plegó el folio y, con pesada calma, fue a la puerta de la calle y cerró con llave. Después le pidió a Rosalía, quien, al igual que Calix e Iskra, había seguido a Uriel, que regresara al taller y cerrara

la puerta. Esperó a que la mujer siguiera sus instrucciones y se acercó a Uriel, sus ojos violetas clavados en él como si pudieran penetrar en su interior antes de desviar la mirada para centrarse en Calix e Iskra. Y al hacerlo supo que habían recibido las mismas fotografías que él. También que Iskra no era ajena a éstas.

Enarcó una ceja y ella le respondió con una sonrisa que le indicó que estaba al corriente de lo que mostraban y no le importaba. Algo que lo alivió de forma considerable, pues había temido el impacto que podría suponer para ella recibir esas fotos a sólo dos días de su boda.

—Némesis ha pegado en la caja de la papelería un sobre con lo que ha resultado ser una factura falsa. No cabe duda de que es una mujer inteligente. En lugar de meter en el sobre fotografías, cuyo peso y dureza habrían alertado a Calix y evitado que pasaran el filtro al que somete todo mi correo, ha metido simples hojas de papel impresas. —Le tendió a Uriel varios folios doblados en tres partes.

Éste los tomó entre sus dedos temblorosos y desplegó el primero.

Y sintió que el suelo se abría bajo sus pies y el corazón explotaba en su pecho, colapsándole los pulmones e impidiéndole respirar.

Rodrigo había visto las fotografías, descubriendo lo que había hecho.

Se obligó a esbozar una sonrisa de fingida desidia mientras observaba las imágenes en las que se lo veía junto a Calix, ambos vestidos de traje, pues estaban en la boda de Rodrigo, celebrada pocos meses atrás. En la primera, Calix estaba apoyado en una pared y él estaba enfrente, su mano amasando la bragueta del segoviano. En la siguiente, su mano desaparecía bajo los pantalones del rubio y en la última estaba arrodillado frente a la entrepierna de Calix, la boca llena con su polla. En cada folio, escrito a bolígrafo, la misma frase: «¿Te das cuenta de hasta dónde llega la corrupción del degenerado al que tienes contratado? ¿Permitirás que siga pervirtiendo a tus empleados?».

—Veo que ya has descubierto mi sucio secretillo. No culpes a Calix, ya

sabes lo insistente que puedo ser cuando quiero algo. No tenía ninguna posibilidad contra mí —se autoinculpó Uriel con tono mordaz. Y Rodrigo se sintió orgulloso de él al comprender que trataba de proteger a su amigo—. Seguro que estas fotos te han parecido muy interesantes e ilustrativas, tal vez quieras estudiarlas a fondo —dijo devolviéndoselas, el corazón latiéndole tan rápido que estaba a punto de salirse del pecho.

Némesis acababa de conseguir que sus pesadillas, como siempre, se hicieran realidad.

Estaba a punto de quedarse sin trabajo. Y en esta ocasión no era un curro cualquiera que le importara una mierda. Era el trabajo de su vida. Un trabajo que lo llenaba más que nada en el mundo, en una camisería en la que se sentía reconocido y valorado y con un jefe al que apreciaba demasiado como para que su pérdida no fuera una herida sangrante en su pecho.

—En realidad, no —replicó Rodrigo guardándolas en el sobre—. Me han parecido impertinentes e inoportunas. Y me molesta hasta más allá del límite de mi paciencia la execrable falta de educación que Némesis ha tenido al invadir mi correo con imágenes que no sólo no me incumben, sino que pertenecen a la privacidad de mis empleados.

Le devolvió el sobre y continuó ordenando los catálogos que acababa de recibir, como si nunca hubiera visto las incriminatorias imágenes. Y Uriel se quedó allí de pie, petrificado, sin comprender lo que acababa de pasar. ¿No lo había despedido? Y tampoco parecía a punto de echarlo a patadas.

—Tal vez te apetezca acercarte a la cafetería de la esquina y tomarte un café —comentó Rodrigo. Le puso una mano en el hombro y apretó infundiéndole ánimos—. Estás pálido, un poco de aire fresco te vendrá bien. ¿Quieres que te acompañe Calix?

—No es necesario, gracias —repuso Uriel mirándolo asombrado, la admiración que sentía por su jefe estaba subiendo a niveles que nunca había sentido por nadie—. Rodrigo, yo...

El albino le apretó los hombros, sus ojos violetas destellando por la ira

contenida.

—No va a ganar. No le dejaremos —aseveró con tal rotundidad que Uriel no dudó ni un instante de su afirmación.

Rodrigo asintió con un gesto brusco antes de soltarlo para regresar tras el mostrador y continuar colocando catálogos.

Uriel lo miró atónito antes de tomar una profunda bocanada de aire e ir a la puerta. Necesitaba que la gélida brisa de febrero le refrescara las ideas y le aclarara la mente.

—Voy contigo —dijo Calix siguiéndolo.

—No es necesario —repitió.

—Ya lo sé, pero a mí también me apetece un café —replicó con mirada ladina, y Uriel supo que mentía. Le sonrió animado y fueron a la cafetería en la que siempre desayunaban.

Tomaron un café y compraron otros tres para llevarlos a la camisería. Y nada más salir del establecimiento Uriel sintió dos agujonazos clavándose en su espalda seguidos de un dolor insoportable que lo recorrió de arriba abajo, incendiándolo por dentro. Todos sus músculos temblaron de forma incontenible mientras el abrasador dolor le arrebatava las fuerzas.

Se le doblaron las rodillas y cayó al suelo con la misma falta de consistencia de un muñeco de trapo.

Dulce Roser, sus compañeros actúan como si el adúltero fuera la víctima en lugar del culpable. Los tiene tan engañados que su jefe ni siquiera se ha enfadado al ver las fotografías en las que soba a un hombre que está a punto de casarse. Da igual lo que haga, ellos no ven su perversión! Lo odio tanto...! Me he puesto tan furiosa que cuando ha salido no he podido evitar darle su merecido. Si su jefe no lo castiga, tendré que castigarlo yo.

USUARIO OJITO CONMIGO, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A DULCE ROSER,
21 DE FEBRERO DE 2019

Has hecho lo correcto. Los cobardes, incrédulos, abominables, asesinos, inmorales, hechiceros, idólatras y todos los mentirosos tendrán su herencia en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.¹

RESPUESTA DE DULCE ROSER,
21 DE FEBRERO DE 2019

Jueves, 21 de febrero de 2019, cerca de la medianoche

—¿Es la primera vez que te ataca con una pistola táser? —le preguntó Adán.

—Sí. Y espero que sea la última. No es agradable —contestó Uriel malhumorado.

Era la quinta vez que le preguntaban lo mismo. Primero Calix y después

Rodrigo. Luego, ya en la comisaría, el agente que cursó la denuncia y el policía barrigón que la añadió al expediente. Y, cuando terminó de referirlo todo por enésima vez y pensó que podría largarse al Infierno, resultó que no. Por lo visto, Rodrigo, no contento con que hubiera tenido que pasar dos horas en comisaría con Calix relatando una y otra vez la misma historia, había informado a Adán sobre lo ocurrido. Y éste lo había llamado para exigirle que subiera a su casa y se lo contara en persona. Y ahí estaba. A pocos minutos de la medianoche, respondiendo preguntas que ya había contestado mil veces y hasta los cojones de todo, para qué negarlo.

—¿Pudiste ver a quien lo atacó? —le preguntó Adán a Calix. También era la enésima vez que le hacían esa pregunta a su amigo.

—No. Acabábamos de salir del bar y Uriel cayó al suelo como si estuviera muerto, no me paré a mirar quién había alrededor, la verdad —replicó el rubio, casi tan molesto como Uriel.

Adán asintió, volvió a revisar las copias de las declaraciones que Uriel y Calix habían hecho en comisaría y después fijó la mirada en Uriel.

—La mujer de esta mañana..., descríbemela.

—¿Otra vez? Te he dicho cómo era hace menos de una hora —resopló hastiado.

—Repítemelo —exigió Adán.

Y Uriel pasó a describírsela por millonésima vez.

—Alta y delgada, sin tetas ni culo. Con el pelo muy rizado en un corte parecido al de Bob Dylan de joven. Llevaba vaqueros y una cazadora negra, tendría unos cuarenta años y cojeaba.

—¿Los ojos?

—No se los vi, se los tapaba el flequillo.

—¿La forma de la cara? ¿Los labios? ¿La nariz?

—Tenía cara de caballo, larga y estrecha. La boca fina y la nariz..., no lo sé, imagino que normal. ¿Hay algo más que quieras saber o puedo largarme ya?

—Me interesa cualquier cosa que puedas recordar —replicó Adán.

—A ver, déjame pensar..., ya sé, tenía las orejas puntiagudas. Asomaban entre su pelo rizado como lo harían las de un elfo. ¿Te vale con eso? O sea, son unas jodidas orejas, seguro que son determinantes para el caso —gruñó mordaz.

Y, en respuesta, Adán le dedicó su mejor mirada de: «No me toques los cojones, estoy aquí por ti, y preferiría estar haciendo cualquier otra cosa».

Uriel bajó la mirada arrepentido por su arrebato, aunque no se disculpó.

—¿No había en ella nada, aparte de su cojera, que te llamara la atención? —volvió a la carga Adán.

Uriel negó con la cabeza antes de detenerse y entornar los ojos.

—Me pareció muy masculina por su manera de hablar y de moverse.

Adán asintió de nuevo y permaneció en silencio un instante para luego soltar un malhumorado resoplido y encender el ordenador.

—Esta tarde he revisado la cámara de vídeo que coloqué en tu puerta, y hay algo que quiero que veas.

Giró hacia ellos el monitor y tecleó algo a velocidad de vértigo. En la pantalla apareció una grabación en la que alguien con un sombrero de gánster entraba al rellano cojeando y con la cara oculta por el ala de éste. Se inclinó renqueante para meter lo que parecían sobres bajo la puerta de sus vecinos. Ese alguien de sexo indeterminado era alto y muy delgado, vestía de negro y tenía el pelo oscuro y muy rizado bajo el sombrero. Al irse, lo inclinó para ocultar su cara de la mirada del objetivo de la cámara, pero no debía de estar acostumbrado a ese subterfugio, pues aun así acabó mostrando el perfil alargado de su rostro, sus labios finos y una puntiaguda oreja que asomaba entre sus rizos.

Adán detuvo la reproducción, dejando esa imagen estática en la pantalla.

—Se parece a la mujer que me empujó esta mañana. Podría ser ella. ¿Quién es? —murmuró Uriel sin aliento.

—Eso me gustaría saber. He revisado las grabaciones de esta mañana

después de que Cruz me avisara de que alguien había metido algo bajo su puerta. El sobre contiene fotografías muy explícitas de vosotros dos. —Y, por la mirada que les dedicó, ni Uriel ni Calix tuvieron dudas de lo que mostraban las imágenes recibidas.

—Joder —gimió Uriel.

Podía soportar que Némesis le jodiera la vida, que lo acosara e incluso que lo friera con una puta táser, pero ahora había metido a Calix en la guerra y eso era más de lo que podía resistir. Si su amigo comenzaba a odiarlo, no podría soportarlo.

—Tranquilo, Uriel, no pasa nada —le susurró éste.

Uriel se removió y se puso en pie, evitando su contacto.

—¿Cómo que no pasa nada?! Joder, ¡claro que pasa! Tú...

—Yo sabía lo que hacía —lo interrumpió Calix—. Y no me arrepiento. —«Al menos, ya no»—. A quien no le guste que no mire —dijo con más serenidad de la que realmente sentía.

Uriel negó con un gesto y, sin poder enfrentarse a él, se paró frente a la pared, la cabeza baja y la mano derecha apoyada en el muro a la altura de su cara, el brazo tapándole los ojos.

—Les he pasado esta grabación a los policías que llevan el caso y he mandado allí a los vecinos que se han puesto en contacto conmigo, y por lo que sé hay varios que han acudido directamente a la policía —prosiguió Adán—. Tenemos bastante para investigar y revisar, pero es demasiado pronto para tener nada claro y más aún para sacar conclusiones. De hecho, no debería haberos enseñado esto, pero sois mis amigos —dijo como si eso lo explicara todo.

—¿A los vecinos? —Uriel lo miró pasmado—. ¿Cuánta gente ha recibido las fotos?

—Némesis y LOR están furiosas —señaló Adán en lugar de responder.

—¿Y cuándo no lo están? No es que eso sea una novedad —resopló Uriel con amargura.

—Por lo que me has contado, siempre han conseguido poner a tu jefe y a tus compañeros en tu contra —continuó Adán ignorando su interrupción—. Esta vez no es así. Y eso las frustra y las enfurece. Y tal vez por eso han orquestado lo que parece un ataque a gran escala. Rodrigo, Iskra, Calix y tus vecinos de rellano no son los únicos que han recibido cartas hoy.

—¿Quién más? —exigió saber Uriel con un hálito de voz.

—Ha metido un sobre bajo cada puerta del edificio, la mía incluida. Y también los ha dejado en el colmado y en la panadería en los que siempre compras.

—Bueno..., no es como si esa zorra no lo hubiera hecho nunca —comentó Uriel con fingida indiferencia a la vez que se sentaba de nuevo, pues las piernas amenazaban con dejar de sostenerlo—. A Némesis le gusta ilustrar a la gente con mis sesiones de sexo para que aprendan a follar mejor. Yo creo que piensa que hace un servicio a la sociedad. —Estiró las piernas y cruzó los tobillos en la viva imagen de la desidia. Lástima que la desesperación que se leía en sus ojos traicionara su esfuerzo por parecer despreocupado.

—¡Qué hija de puta! —oyó el gruñido de Calix a su lado—. ¿Qué han hecho los vecinos?

—Unos cuantos, los más allegados, le han dado las cartas a mi mujer para que me las entregara a mí; el resto las han llevado a comisaría y han puesto las denuncias correspondientes.

—¿Por qué han hecho eso? —jadeó Uriel pasmado.

—Es un delito de acoso y violación de la privacidad. Lo normal es denunciarlo.

—Pero nadie lo ha hecho nunca. Es la primera vez que... —Uriel negó con la cabeza sorprendido—. Lo normal es que mi jefe me despida, los tenderos dejen de venderme, los vecinos de hablarme y el casero me eche. No entiendo por qué esta vez no ha sido así. De todas maneras, aún es pronto —dijo recuperando su humor ácido—. Seguramente mañana habrán recapacitado y

me estén esperando en el portal con palos y piedras..., o con una horca. ¿Quién sabe?

—No va a pasar nada de eso —rebató Calix—. Hace un par de semanas Iskra y yo avisamos a todos de que podrían recibir fotografías tuyas en actitud comprometida.

—¿Y por qué coño hicisteis eso?

—Queríamos que tuvieran la versión correcta del asunto y supieran que debían llevarlas a la policía en caso de que recibieran algo. No hay mejor defensa que un buen ataque.

—¡Estás loco, joder! —gimió Uriel—. ¿Les has contado...?

—¡Claro que no! —lo interrumpió Calix—. Iskra inventó una historia y se la contó a todos, uno por uno, incluido nuestro casero. Les dijo que iban a recibir fotografías falsas que alguien había retocado digitalmente para hacerte parecer un perverso sin escrúpulos. Les contó que las mandaba una mujer malvada, y te juro que usó esa palabra, que lleva años acosándote. Les dijo que Adán estaba ayudándote y los emplazó a dárselas a él o llevarlas a la comisaría. Y ya sabes cómo es Iskra, lo contó con tanta inocencia y pasión que todo el mundo empatizó contigo y se enfureció con Némesis. De hecho, de haberla pillado dejando las cartas bajo las puertas, creo que hasta la habrían linchado.

Uriel lo miró tan perplejo que le costó encontrar las palabras para expresarse. Ni en un millón de años habría esperado ese apoyo de sus vecinos. Pues, a pesar de llevar casi un año viviendo allí, no tenía más contacto con ellos que un educado saludo al encontrarse en el portal. Y, sin embargo, lo estaban ayudando. Creían en él y trataban de protegerlo.

Y Calix e Iskra, y en cierto modo, también Adán y Rodrigo, lo habían hecho posible.

Colocó las manos formando una pirámide y se frotó los labios con ellas mientras trataba de asimilarlo todo.

—Nadie me ha dicho nada..., ni siquiera he notado nada en ellos cuando me

los he encontrado en el portal —musitó, la mirada perdida.

—Llevas más de dos semanas sin pasar apenas por casa, ¿qué querías notar? —se burló Calix—. Últimamente duermes más en el Infierno que aquí. Esa reina tuya hace milagros.

—Te aseguro que hace otras cosas, además de milagros —replicó Uriel siguiendo la broma, antes de ponerse serio—. A Avril no le ha mandado nada. —Miró a Adán, comprendiendo por qué, entre las miles de preguntas que le había hecho esa noche, no había incluido la de si Avril había recibido algo—. ¿Por qué ella no ha recibido nada y los demás sí? —inquirió confundido.

—Creo que tengo la respuesta a eso... ¿Ha tenido oportunidad de verte con ella? —le preguntó Adán. Uriel lo miró sin comprender—. Que yo sepa, no paseas con ella por el barrio ni ha ido nunca a buscarte a la camisería...

—Pero la ve casi todos los días —señaló Calix sin entender por dónde iba Adán.

—En el Infierno, que, si no recuerdo mal, es el sótano de un club *swinger*. —Uriel asintió—. ¿Os prodigáis por allí? ¿Por las calles aledañas o por los salones, me refiero? ¿Es fácil que pueda veros juntos a menudo?

Uriel lo pensó un instante antes de negar con la cabeza.

—No solemos salir a la calle, excepto cuando pasamos la tarde con Kay, y cuando eso sucede, entramos y salimos por el portal que da a una calle paralela y, por lo que sé, esa entrada sólo la conocen los dueños del Lirio Negro. Tampoco solemos frecuentar los salones juntos. Sólo un par de veces... —La vez que lo besó y apenas había gente en el Tártaro, y en la fiesta en el Hades. Pero en esa ocasión no habían estado juntos, ni siquiera se habían acercado hasta que entraron en el almacén, ocultos de todos.

—Entonces es factible pensar que quizá no sabe que estáis juntos...

—Puede que no nos haya visto juntos, pero todo el mundo en el Infierno sabe que soy su favorito —declaró orgulloso.

Adán lo miró sorprendido por la elección de palabras, aunque, por supuesto, cada cual era libre de llevar sus relaciones como mejor le pareciera.

—Pero tal vez no sepa cómo es la Reina. Por lo que dices, no se deja ver en público.

—Pero, aun así, no necesita saber cómo es para mandarle cartas —señaló Uriel.

—Tal vez piense que es una pervertida igual que tú y no merece el esfuerzo de ser salvada de tu malignidad —apuntó Calix.

—¿Has estado estudiando el diccionario o algo por el estilo? ¿*Malignidad*? ¿De dónde narices has sacado esa palabra? —Uriel lo miró pasmado por los términos empleados.

—Sólo trato de pensar como LOR, y ése es el tipo de palabras que ella usa —señaló Calix, esbozando una ufana sonrisa.

—La verdad es que tiene sentido lo que dices —intervino Adán—. LOR y Ojito parecen creer que tienen que salvar al mundo de tu influencia maligna. —Esbozó una sonrisa al pronunciar la palabra de marras—. Tal vez piensen que Avril no es susceptible de ser salvada. De todas maneras, ¿ella sabe lo que te está ocurriendo?

Uriel asintió con un gesto. De hecho, ella sabía mejor que nadie todo lo que estaba pasando, porque era la única persona con la que se quitaba la máscara por completo para exponer todos sus sentimientos desnudos. Ella no admitía menos.

—Bien. Es preferible que esté avisada por si acaso Ojito decide convertirla en un blanco —comentó Adán—. He conseguido ubicar las direcciones IP desde las que LOR contacta con Ojito. Pertenecen a bibliotecas y centros cívicos de pueblos situados en un radio no superior a treinta kilómetros de Saldes.

—Entonces es alguien de la zona... —intuyó Uriel mirando de nuevo el monitor, en el que podía ver el perfil de la persona que había dejado los sobres bajo las puertas. No era una imagen clara, pero estaba seguro de que era la misma mujer que lo había empujado en el paso de cebra. La misma que había perseguido rabiosa el autobús que había cogido días atrás.

—No tenemos pruebas concluyentes que lo demuestren —respondió Adán—. Las IP desde las que se conecta Ojito son más complicadas de ubicar, dada su movilidad geográfica. Por otro lado, hemos confirmado que Olga ha estado en las mismas ciudades que tú y en las mismas fechas, aunque eso no quiere decir nada, sólo que habéis estado en varias ciudades con más de tres millones de habitantes con los que también habéis coincidido —resopló malhumorado—. El último vuelo que cogió la dejó en Madrid, pero eso no significa que siga aquí ni que haya estado cerca de ti. Todo lo que tenemos son hechos circunstanciales que no demuestran nada.

—Pero tanta casualidad apesta. —Uriel se inclinó hacia el monitor. Había algo en esa mujer que...

Adán observó interesado a aquel que se estaba convirtiendo en su amigo y tecleó algo. Al instante, la pantalla se dividió en dos: en una mitad se mostraba la imagen estática de la mujer morena de pelo rizado y orejas de elfa y, en la otra mitad, la fotografía en blanco y negro de una mujer morena de unos treinta años con el pelo cortado a lo *garçon*. Eran parecidas, pero la imagen de la cámara estaba desenfocada y las sombras danzaban sobre el rostro de la mujer de pelo rizado, ocultándolo y haciendo imposible asegurar que ambas fueran de la misma persona.

—Es la fotografía del carnet de identidad de Olga Arrojo, es de hace ocho años, pero es la única que tenemos de ella. No tiene redes sociales a su nombre, y, en caso de que fuera Ojito Conmigo, tampoco ha publicado fotos bajo esa identidad. ¿La reconoces?

Uriel la observó con los ojos entornados un buen rato antes de negar frustrado.

—Hay algo en ella que me resulta familiar, pero no logro ubicarla... Tampoco sé si es la misma mujer que me empujó esta mañana, se parece..., pero no puedo asegurarlo.

—Tampoco es que importe. Aunque Olga fuera la mujer que te empujó esta mañana eso no significa que te metiera la nota en el bolsillo —masculló Adán

frustrado—. Olga tiene una minusvalía derivada de haber sufrido una poliomielitis que le afectó la pierna derecha. Aunque eso no significa nada, hay muchas mujeres en España con minusvalías similares.

Uriel miró a Adán comprendiendo lo que no estaba diciendo: había demasiadas coincidencias para no tenerlas en cuenta, aunque no las suficientes como para ser determinantes. Volvió a fijar la vista en la pantalla, tratando de comprender por qué le resultaba tan familiar esa mujer.

—No puede ser la misma que me echó pimienta en la cara. Y tampoco la que se disfrazó de novia y me esperó en la esquina de la plaza de la Paja. Ambas eran rubias.

—Existe algo llamado peluca que sirve para disimular el pelo —señaló Adán mordaz—. ¿No le viste la cara a ninguna de las dos?

Uriel negó con un gesto y fijó sus ojos en la imagen. Si Olga era Ojito Connigo, había un solo lugar en el que podía haberla visto con Roser: en su boda. Intentó imaginársela maquillada y vestida con un elegante vestido, pero no fue capaz. La mujer del pelo rizado era demasiado masculina para vestirse con faldas. Y en ese momento la recordó.

—Estaba en mi boda, hace nueve años —susurró con la mirada perdida en el pasado—. Cojeaba como ahora y tenía el pelo muy corto y de punta. Vestía un traje pantalón muy masculino y una horrible camisa de chorreras con los botones desabrochados que dejaba ver un tatuaje en el pecho, no recuerdo cuál. Me la presentó Roser. —Arrugó el ceño tratando de recordar algo más, pero le fue imposible—. La verdad es que sólo recuerdo que parecía un chico y su horrible camisa. Era bastante feúcha, y en aquella época yo sólo prestaba atención a las mujeres guapas o a aquellas de las que podía sacar algún beneficio —reconoció.

Adán asintió con un gesto. No era mucho, pero era un comienzo.

Estuvieron hablando un rato más y luego se despidieron. Calix y Uriel bajaron hasta el primero. Calix se quedó allí, pero Uriel continuó bajando.

—¿Adónde vas?

—Al Infierno.

—Es más de la una... —Lo miró perplejo.

—Mañana cerraremos a mediodía y nos iremos directos a la aldea en la que se celebra la boda. Y no volveremos hasta el domingo... —dijo sin dejar de bajar la escalera.

—Y tú no puedes estar tanto tiempo sin verla... —murmuró Calix, comprendiendo a su amigo. Él tampoco podría pasar tanto tiempo sin ver a Iskra.

—*Y aquí estamos, de bodorrio otra vez. Me hace una ilusión bárbara. Tanta, que me dan ganas de reventarme la cabeza contra una pared. Al menos tengo el consuelo de que no soy yo quien se casa.*

—*Pobre Uriel, estás muerto de envidia.*

—*¿Envidia? ¿Yo? ¿De una boda? Vamos, no me jodas. Antes prefiero estar castrado que casado.*

—*No seas capullo. No es una boda lo que quieres, sino lo que tiene él.*

—*¿Y qué tiene? Responsabilidades, obligaciones y una drástica e inminente pérdida de libertad.*

—*Y un futuro con una mujer que lo quiere, lo apoya y lo admira. Que lo cuida y a quien cuida.*

—*Como si la Reina necesitara que la cuidara... Deja de decir gilipolleces.*

—*No he mencionado a ninguna reina...*

—*O te callas o te callo.*

—*Soy tu conciencia, no puedes callarme.*

—*Puedo beber hasta dejarte fuera de juego. Y hay un bar cruzando la calle.*

—*Vale, me callo, pero deberías plantearte usar un poco de maquillaje para camuflar ese tonillo verde envidia que está cogiendo tu cara... Es francamente desfavorecedor.*

CONVERSACIÓN INTERIOR DE URIEL CONSIGO MISMO

A FALTA DE UNA HORA PARA EL ENLACE

Sábado, 23 de febrero de 2019

Uriel escrutó inquieto la plaza que había frente a la iglesia. La familia de Calix, los mafiosos invitados por Pavel, el padrino de Iskra, y los amigos de los novios la abarrotaban. Conocía a la mayoría de ellos, pero eran las personas que no conocía las que le preocupaban. Némesis podría estar allí, escondida entre ellas.

La noche anterior, mientras los invitados se preparaban para la despedida de soltero, Adán había entrado en su habitación con un ordenador portátil y se había conectado a internet para comprobar si Ojito Connigo había posteado algo en Facebook. Y sí lo había hecho. Había escrito un iracundo post en el que informaba a LOR —y a todo aquel que quisiera leerlo— de que lo había visto coger el autobús que habían fletado para la boda y que no podía hacer nada para impedirselo, pues debía tomar un vuelo a Londres.

Pero Uriel no se fiaba. Némesis estaba loca, bien podría dejar de lado su trabajo e ir a la boda. Al fin y al cabo, en el mensaje decía que iba a hacer algo. ¿Algo como qué? No lo sabía.

Apretó con furia los dientes, las manos convertidas en puños junto a sus muslos. No debería estar allí. Debería marcharse. Ya. Sin tardar un segundo. Antes de que Ojito Connigo encontrara la manera de destrozar la boda de sus mejores amigos.

—Me acaban de confirmar que Olga Arrojo tomó un avión a Heathrow anoche —comentó Adán tras él, como si de alguna manera le hubiera leído el pensamiento—. Puedes dejar de vigilar la plaza y disfrutar un poco de la fiesta. De hecho, te agradecería que nos ayudaras a tranquilizar a Calix. Está al borde del infarto.

Uriel dio un último vistazo a la plaza y siguió a Adán a la explanada de pizarra sobre la que se alzaba la iglesia. Una explanada que un nerviosísimo Calix recorría incansable.

—Deberíamos entrar en la iglesia. Iskra quiere que esté dentro cuando llegue para que no vea el vestido hasta que ella entre en la iglesia. Y si estoy

fuera lo veré. Y si lo veo se disgustará. Y no quiero que se disguste el día de nuestra boda —dijo Calix preocupado al verlos llegar.

—Te has mimetizado tanto con Iskra que ya hablas como ella: sin parar — se burló Uriel.

Calix lo miró beligerante y Uriel esbozó una pícaro sonrisa.

—Dentro no tienes tanto espacio para pasear, y además Pavel nos avisará cuando les falten diez minutos para llegar, así que te dará tiempo de sobra a entrar —señaló Rodrigo con implacable serenidad, poniendo fin a la repentina hostilidad de Calix.

El segoviano se mesó el pelo, alborotando su melena rubia larga hasta los hombros, lo cual chocaba bastante con su elegante atuendo de chaqué negro, pantalón mil rayas y chaleco crema cruzado.

—Cruz se ha guardado el peine en el bolsillo —comentó Bruno, el marido de éste—. Yo que tú tendrías cuidado con la melena si no quieres que lo saque y te peine en mitad de la iglesia...

Calix miró aturdido a Bruno y éste asintió, indicándole que no estaba bromeando, por lo que se apresuró a volver a peinarse con los dedos, consiguiendo el efecto contrario.

—Os agradecería que no lo pusierais más nervioso —solicitó Rodrigo con voz severa.

Bruno asintió con fingida docilidad, no así Adán y Uriel.

—He oído que Pavel ha ordenado a uno de sus escoltas que espere con el coche en marcha detrás de la iglesia por si cierta novia lo piensa mejor y decide no casarse —comentó Adán como quien no quiere la cosa.

Calix lo ignoró con un resoplido.

—No digas gilipollecés —replicó Uriel—. El coche no está en marcha para que Iskra se largue, sino para que ella y yo nos fuguemos. Le han llegado rumores de mis veinte centímetros y, claro, comparados con los doce de Calix..., pues no hay color.

—Siento contradecirte, pero son diecisiete. Además, ¿veinte? ¿Tú que

eres?, ¿un caballo o un hombre? —repuso el segoviano.

—Mi reina dice que soy un semental.

—Ya me gustaría a mí hablar con ella, seguro que tiene muchas cosas que contarnos... O quizá no. Tal vez lo que ocurre es que no sabe contar y por eso añade centímetros... y polvos. ¿Nueve en una noche? Vamos, hombre, ¡y qué más! —se burló Adán.

—Por lo que veo, hay alguien que no sabe tener la boca cerrada. —Uriel miró enfadado a Calix.

—Sólo le pregunté por qué dudaba que fuera posible y quería saber si había alguien que poseyera un récord similar —comentó éste con carita de inocente.

—Yo desde luego nunca he pasado de seis —señaló Bruno—, claro que jamás he usado viagra. Tal vez ahí radique el secreto.

—Eso te lo vas a comer —dijo Uriel belicoso acercándose a Bruno.

—¿Tus veinte centímetros? Ni de coña, ya me atraganto con los dieciséis de Cruz —contestó Bruno mordaz.

—No hace falta ser tan gráfico, joder —protestó Adán—. Además, ¿no os estáis pasando un poco? Diecisiete, dieciocho, veinte... ¿Dónde han quedado los más que respetables quince?

—Oh, pobre, no te acomplejes, no sabíamos que eras tan corto. Lo importante en tu caso es tenerla juguetona... Ya sabes, para no decepcionar —señaló comprensivo Uriel.

—Yo no he dicho que tenga quince —sopló Adán molesto—. Estoy muy por encima de eso.

—Eso dicen todos —afirmó Uriel, arrancándoles una carcajada con su condescendencia.

—No me puedo creer que estéis debatiendo sobre la longitud de vuestros atributos —comentó Rodrigo arqueando una ceja.

—*Pollas*, Rodrigo, se dice *pollas* —lo corrigió Uriel malicioso—. Y si nueve os parecen muchos para una sola noche, mejor no os cuento mi récord

en veinticuatro horas.

—¿Treinta? ¿Cuarenta? Qué ganas tengo de conocer a tu reina para preguntarle un par de cosas... —admitió Calix, el nerviosismo olvidado gracias a las bromas de sus amigos—. Seguro que las cifras no son tan imposibles como quieres hacernos creer.

—Pues te vas a quedar con las ganas, porque no va a venir —le espetó Uriel esbozando una sonrisa demasiado rígida para ser sincera.

Algo que no pasó desapercibido a ninguno de los hombres allí reunidos.

—¿Te ha confirmado que no viene? —inquirió Rodrigo.

—No ha hecho falta, sé que no vendrá —afirmó Uriel fingiendo desinterés por su ausencia.

—Es una lástima, siento mucha curiosidad por ella —se lamentó Calix—. Bajita, delgadita y poquita cosa, con un carácter de mil demonios. Todo lo contrario que Iskra, pero ella está segura de que se llevarán genial, si es que alguna vez te dignas presentárnosla. —Miró acusador a Uriel.

—Un día de éstos —replicó él encogiéndose de hombros con fingida indiferencia.

—Poquita cosa... Curiosa manera de describirla —señaló Rodrigo mirando con los ojos entornados el aparcamiento del otro lado de la plaza.

—Así es Avril, pequeñita pero matona —bromeó Uriel.

—Y amante de las bermudas, los corsés y la ropa gótica, las Converse y los dragones... Desde luego, la pobre no se pone de acuerdo en qué moda seguir —apuntó Calix sarcástico.

—Yo creo que lo tiene muy claro —rebatió Uriel con evidente mal humor. No le gustaba que nadie se metiera con su reina. Ni siquiera su mejor amigo. Ni aunque estuviera bromeando—. En ocasiones cambia las zapatillas de lona por las botas militares con hebillas, ya sabes, para poder patear el culo a los idiotas. Y estoy seguro de que le encantaría patear el tuyo...

—Cuidado, Calix, te has adentrado en terreno peligroso. Nunca te metas con la mujer de tu amigo, te puede romper la cara —lo avisó Adán.

—No es mi mujer.

—Por supuesto, es tu reina —repuso Bruno, ganándose una furibunda mirada de Uriel.

—¿Es gótica? —inquirió Rodrigo antes de que Uriel pudiera responder a Bruno.

—No exactamente. Es bastante ecléctica, se pone lo que le da la gana y no permite que la moda la limite —dijo orgulloso.

—Una personalidad contundente digna de alabanza. Siempre he admirado a quienes no se dejan llevar por la corriente —declaró Rodrigo, haciendo que Uriel sonriera encantado—. ¿Le comentaste que tenía que llevar tocado?

Uriel asintió con un gesto.

—Tal vez por eso no ha venido —dedujo Adán guasón—. No me imagino a una reina del inframundo con una sofisticada y pija pamelita.

—Imagino que, de venir, Avril optaría por otro sombrero más acorde con su personalidad. ¿No crees, Uriel? —preguntó Rodrigo fijando su mirada violeta en su empleado.

—Probablemente. Desde luego, pamelita no llevaría.

—¿Qué tipo de sombrero usaría? O tal vez no llevaría ninguno —sugirió Calix entornando los ojos como un momento antes había hecho el albino.

—Sí llevaría —respondió Uriel sin necesidad de meditarlo—. A Avril le gusta rebelarse con picardía. No sé explicarlo. Si el protocolo es llevar sombrero, lo llevará, pero no el que se espera. Tal vez una chistera. De copa baja y terciopelo negro o púrpura... Algo de ese estilo.

—¿De qué color tiene el pelo? —quiso saber Adán, observando con atención la plaza.

—Castaño. Hoy estáis siendo más cotillas de lo habitual —los acusó con buen humor—. Y, antes de que lo preguntéis, no. No llevaría ningún peinado especial, sólo su pelo liso cayéndole hasta media espalda. No necesita más para estar preciosa —comentó en un susurro.

—Joder, sí que la conoces bien —resopló Bruno, la mirada fija en el

mismo punto que sus compañeros.

Uriel los miró suspicaz y se volvió despacio para quedar de cara a la plaza.

Y el corazón se le detuvo en el pecho.

Dulce Roser, lo he visto subir al autobús para ir a la boda. Ese desgraciado va a salirse con la suya. Y no voy a poder hacer nada por evitarlo, pues esta misma noche vuelo a Londres. Maldito bastardo! Tienes razón, debería arder en el infierno. No podemos seguir permitiendo que se burle de nosotras y que siga engañando a las mujeres que se enamoran de él, sin importar la catadura moral de éstas o que sean tan monstruosas como esa reina perversa con la que sale ahora. Hay que hacer algo. Y voy a hacerlo.

USUARIO OJITO CONMIGO, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A DULCE ROSER,
22 DE FEBRERO DE 2019

Avril escrutó la abarrotada plaza y su mirada recayó en una octogenaria de pelo azul eléctrico y en las mujeres que la rodeaban. Uriel se las había descrito en varias ocasiones y no le fue difícil identificarlas como sus vecinas. La más alta y elegante era la mujer de su jefe, la bajita con un altísimo moño era la esposa del policía y el hombre de ademanes amanerados era su vecino de puerta. Ésas eran las personas que lo estaban apoyando y ayudando contra Némesis. Sólo por eso ya le caían bien, que además rieran a mandíbula batiente mientras charlaban era un plus.

Buscó a Uriel y, en el momento en que lo vio, su corazón dio un salto. Estaba... impactante. Tan hermoso que dolía mirarlo.

Alto y moreno, el pelo un poco largo rizándose contra su nuca y un oscuro mechón cayéndole rebelde sobre la frente. Una cuidada barba de varios días le cubría la quijada, los labios curvados en una sonrisa pícaro. Imponente con su

arriesgado conjunto de chaqué azul cobalto, camisa azul cadete y chaleco cruzado de cuadros verdes y azules.

E iba directo hacia ella.

«Corazón, cálmate», ordenó Avril a ese órgano que estaba a punto de salirsele disparado del pecho. Dios santo, se sentía como una quinceañera histérica ante el amor de su vida.

Pocos segundos después, Uriel se paró frente a ella, en sus labios una sonrisa que desprendía tanta alegría que el corazón de Avril ignoró sus órdenes y aleteó frenético.

—Has venido... —musitó él, su voz llena de ilusión mientras la acariciaba con la mirada.

—Pensé que...

No le dio tiempo a terminar la frase, los labios de Uriel se bebieron sus palabras devorando su boca en un beso apasionado que la dejó temblando.

—Estás... impresionante —dijo Uriel separándose de ella para admirarla.

Llevaba una ajustada casaca victoriana de terciopelo negro con estampado de dragones púrpuras que por delante se cortaba en la cintura, mostrando un corto tutú púrpura que apenas le tapaba los muslos. Una fina capa de encaje negro que no dejaba nada a la imaginación cubría la voluminosa minifalda. Por detrás, la casaca caía a la par que el encaje hasta tocar la corva de las rodillas. En los pies, unas botas de aire militar con cierre de hebillas hasta mitad de la pantorrilla y, en la cabeza, una chistera de terciopelo negro con una cinta púrpura.

—No puedo esperar a verte sin el abrigo —le susurró Uriel—. Seguro que llevas corsé...

Ella sonrió por toda respuesta.

—Joder, me dan ganas de arrancarte los botones de la casaca a mordiscos... Me acabas de poner tan duro que voy a reventar los pantalones —admitió mordisqueándole el lóbulo de la oreja. Aunque no debía de estar tan duro

porque, en lugar de continuar con el beso, le agarró la mano y se dirigió a la iglesia con un entusiasmo imparable—. Ven, quiero presentarte a Calix...

Y Avril no tuvo más remedio que seguirlo porque no le soltó la mano en todo el trayecto. Y no era que le importara; al contrario, se sentía extrañamente bien con eso. Por lo visto, sus dedos se acoplaban igual de bien que sus cuerpos y sus labios.

Se detuvieron frente a un cuarteto de hombres y Uriel, rezumando orgullo por todos los poros, le presentó al novio, un rubio que sonreía encantado. Y Avril comprendió que Uriel se hubiera sentido atraído por él, era un verdadero adonis. También conoció a Rodrigo, su íntegro y leal jefe, un albino de penetrantes ojos violetas; a Adán, el inteligente policía que lo estaba ayudando con Némesis, y a Bruno, su vecino de puerta, un moreno de rostro afable. Trató de entablar una conversación con ellos, pero Uriel no le dio la oportunidad, pues la arrancó de su lado para llevarla junto a las mujeres que Avril había identificado como sus vecinas. Se detuvo frente a ellas, su voz y la postura de su cuerpo evidenciando el orgullo que sentía al presentársela. De nuevo no le dio oportunidad de charlar más que unos pocos minutos antes de rodearle la cintura y llevarla hacia uno de los grupos de mafiosos y presentárselos. Luego fueron a otro, y así hasta que Avril conoció a todos, o a casi todos, los invitados. Vecinos, familiares de Calix, clientes mafiosos y hasta una parejita de adolescentes en la que el chico parecía más interesado en los insectos que en alternar con el resto de los invitados. Y cuantas más personas le presentaba, más sonreía Uriel, más entusiasmado se mostraba y más orgullo destilaba su voz. Como si estuviera cumpliendo un sueño largamente anhelado.

Sólo detuvo su deambular cuando Rodrigo avisó de que la hora se acercaba y Calix, tan alterado como sólo un novio puede estarlo, se apresuró a entrar en la iglesia.

—Iskra está a punto de llegar —le susurró Uriel al oído a Avril, yendo tras la marea de personas que seguían al novio.

Entraron en el templo y ocuparon su lugar en los primeros bancos. Veinte

minutos después sonaron los primeros acordes de la marcha nupcial y Avril pudo ver por fin a la mujer de la que Uriel se había creído, o tal vez aún se creía, enamorado.

Era tan bajita como ella, pero con figura de reloj de arena. Grandes pechos y caderas y una estrechísima cintura que su vestido de corte princesa enfatizaba. Era de color blanco, con escote corazón y falda de tul plisado en la que ella misma había bordado cientos de flores de vivos colores que ascendían por las capas del vuelo hasta el cuerpo de pedrería del vestido.

Caminó despacio por el pasillo de la iglesia hasta llegar a la altura del novio, quien le tomó la mano irradiando felicidad. Se situaron frente al altar y dio comienzo la ceremonia.

Mucho después, ya convertidos en marido y mujer, se besaban y recorrían de nuevo el pasillo para salir a la calle bajo una lluvia de arroz y pétalos de rosa. La sonrisa alborozada de Iskra transmitía la radiante alegría que sentía.

De repente, Calix se inclinó para murmurarle algo y la muchacha se volvió rauda hacia el rincón en el que Uriel y Avril se mantenían medio ocultos. Su sonrisa se hizo más luminosa cuando echó a correr hacia ellos.

—¡Has venido! —exclamó ilusionada abrazando a Avril como si fueran antiguas amigas—. ¡No te puedes imaginar cuántas ganas tenía de conocerte! Eres tan guapa como me ha contado Uriel. —Le asió las manos y exhaló una risueña carcajada antes de volver a abrazarla—. ¡No sabes cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Kay también ha venido?

—No. A mi hija no le gusta estar rodeada de desconocidos... —respondió Avril sintiendo como si un camión cargado de amor y dulzura le hubiera pasado por encima.

—Oh, claro. La entiendo perfectamente, a mí tampoco me gusta. Por eso tenéis que venir un día a comer a casa, así dejaremos de ser desconocidos. ¿Os gustan los calabacines rellenos? Los hago riquísimos. ¡Me estoy quedando helada! —exclamó de repente, abrazándose a sí misma—. Aunque, claro, ¿cómo no iba a tener frío, si voy medio desnuda? Esto me pasa por ser tan

coqueta, pero me hacía tanta ilusión estar guapa hoy que..., en fin, no me importa resfriarme. Además, cuando sólo se tienen dos atributos —miró sus pechos sin disimulo—, lo mejor es lucirlos y que todo el mundo centre su atención en ellos y no en mi enorme trasero; por eso no llevo ningún abrigo que me tape —dijo con una enorme sonrisa.

—Tienes mucho más que dos atributos —intervino Uriel, consciente de que su amiga no se consideraba guapa, más bien al contrario—. Eres preciosa, Iskra, y hoy estás especialmente bella.

—Tu reina se va a enfadar si me dices esas cosas —lo regañó ella para luego volverse hacia Avril—. No le hagas caso, sólo lo dice por hacerme sentir bien.

—Tengo que discrepar. A mí también me pareces preciosa —confesó Avril.

E Iskra le regaló una espontánea sonrisa que iluminó toda su cara y desarmó a la Reina del Infierno. No le extrañaba que Uriel se hubiera creído enamorado de ella: era deliciosa.

—Muchas gracias —murmuró Iskra sonrojada—. Estoy segura de que vamos a ser grandes amigas. —Y, siguiendo un impulso, le besó las mejillas—. ¿Me acompañas al salón? Allí hay unos calefactores maravillosos que calientan que no veas. ¿Tienes frío?

—Un poco —contestó Avril aturdida. Jamás había conocido a nadie como Iskra.

—Pues no se hable más, ¡vamos dentro! —Se agarró a su brazo como si fueran las mejores amigas y la guio al salón en el que se daría el cóctel antes de entrar al restaurante.

—Tu mujer acaba de arrebatarme a mi reina —comentó Uriel mirándolas pasmado. Una de blanco y la otra de negro. Iskra, un dulce ángel del paraíso; Avril, la fiera Reina del Infierno. Y parecían haber hecho buenas migas.

—Ya te dije que tenía muchas ganas de conocerla. Y no es la única. —Calix señaló al grupito de mujeres que abandonaban en ese momento la plaza

para seguirlas; a saber: Vicenta, Gala, Eva y Cruz, aunque este último técnicamente era un hombre.

—No sé si echarme a temblar...

* * *

Iskra tiró apresurada de Avril, obligándola a ir bastante más rápido de lo que podía considerarse normal. Pero no quería que nadie las atrapara antes de que pudiera contarle todo lo que necesitaba decirle.

—No me extraña que Uriel esté loco por ti. Eres increíble, valiente, atrevida, fiera... —declaró dejando atrás la entrada al salón y tomando un largo pasillo que acababa en unos elegantes aseos. Las encerró en uno de ellos ante la perplejidad de Avril—. No sabes cómo le brillan los ojos cada vez que habla de ti. Se le ilumina la cara con sólo mencionarte y sonrío como un tonto enamorado. Pero eso es lo que es, ¿verdad? —Sonrió traviesa antes de ponerse muy seria.

»A ti también se te iluminan los ojos cuando lo miras, lo he visto hace apenas unos segundos, y por eso quiero ser franca contigo. Él te quiere. Y sé que tú lo quieres también. Por favor, quíerelo mucho y ten paciencia con él. No es tan duro como se cree y necesita mucho que lo quieran. Está muy falto de besos, ¿sabes? Lo que pasa es que es muy cabezota. Y tiene... —la miró dudando si continuar o no. Y algo debió de ver en la mirada de Avril que la hizo confiar por completo en ella— tiene miedo al amor. Está tan convencido de que va a decepcionar a todo el mundo que siempre está a la defensiva. No quiere dejar que nadie lo ame porque cree que quien lo haga sufrirá por su culpa. Pero a ti te quiere con locura. Si ves que quiere huir, que intenta alejarse de ti..., no se lo permitas. Ten tú el valor que a él le falta. Da el primer paso para que él dé el siguiente —le pidió muy seria antes de apretarle con fuerza las manos y salir del aseos, donde casi se dieron de bruces con Gala y compañía—. ¿Tenéis hambre? Yo estoy desfallecida, llevo sin comer desde

el desayuno y los nervios han acabado con todas mis reservas —dijo volátil agarrándose al brazo de Avril como si fueran grandes amigas.

Y Avril supo que así era. Esa mujer acababa de convertirse en alguien muy importante en su vida.

* * *

Muchas horas, una pantagruélica cena y varios bailes después, Uriel observaba pasmado a Avril. Ni en mil años habría imaginado que a su reina le gustaba bailar. Pero así era. Y además lo hacía muy bien. No bailaba agarrada; eso, como ya había dejado claro al principio de la noche, no iba con ella. Pero el rock era otra cosa. En cuanto la orquesta dejó de lado los boleros y la salsa y se adentró en la música ochentera, Avril se desmelenó. Y nunca mejor dicho, pues le dio su chistera y, sin pensarlo un segundo, se adentró en la pista con Iskra, Eva, Gala, Vicenta y Cruz, con las que había congeniado a las mil maravillas. Y allí seguían, dándolo todo desde hacía un buen rato, mientras que ellos, cansados y bastante achispados, por qué no reconocerlo, habían montado un «campamento» de hombres.

Habían reunido cinco sillas, una para cada uno, alrededor de otra que hacía las veces de mesa, ya que las que había en el salón se habían retirado para dejar espacio para la pista de baile y las pocas que habían quedado estaban ocupadas. Buscaban un poco de privacidad para reírse del pobre Calix, a quien Uriel estaba martirizando con sugerencias para la noche de bodas. Aunque lo cierto era que, a pesar de sus caras fingidamente escandalizadas, Adán, Rodrigo y Bruno estaban tomando buena nota de los consejos que le daba a Calix. ¿Quién no quería saber cómo durar más en la cama o cómo echar dos polvos seguidos sin tener que esperar entre ellos?

Y, mientras hablaban, bebían. Y en la improvisada mesa se acumulaban los vasos vacíos. Algo que desde luego no podían consentir. Así que Uriel y Adán fueron a la barra con la sana intención de reabastecer el «campamento» con

bebidas y algo de picar, pues, a pesar de la copiosa cena, eran más de las cinco de la mañana y el cuerpo pedía comida para acompañar el alcohol.

—Allá van otra vez, se van a agarrar una tajada impresionante —auguró Eva burlona mientras observaba a su marido atravesar la pista. Luego miró ladina a Avril—. ¿A qué lado carga Uriel? —le preguntó de sopetón.

—A la derecha —contestó ella sin mostrar sorpresa, como si fuera una pregunta que le hicieran a diario—. Dieciocho centímetros, por si te interesa saberlo. ¿Y Adán?

—A la derecha también, por supuesto. Los mejores amantes siempre cargan a la derecha —aseguró Eva sonriendo cómplice a Avril, que en pocas horas se había convertido en un miembro de pleno derecho del grupo—. Un centímetro menos, diecisiete.

—Cargar a la derecha es señal de abundancia —coincidió Cruz con una sonrisa maliciosa—. Bruno iguala a Adán. Yo me quedo un poco más corta. Apenas dieciséis.

—Tampoco está nada mal —afirmó Avril—, yo he tenido amantes con menos y, siempre que se sepa usar, el tamaño no importa demasiado.

—Será a ti, a mí me hacen los ojos chiribitas con los diecisiete de Bruno. Me vuelve verdaderamente ¡loca! —replicó Cruz—. ¿Hacia qué lado carga Calix? —le preguntó a Iskra.

—A la derecha, diecisiete —respondió ésta esbozando una animada sonrisa—. ¿Y Rodrigo?

—No pienso contestar a esa pregunta —se negó Gala.

—Eso significa que carga a la izquierda —comentó Avril con fingida compasión.

—Carga a la derecha, comprobado —señaló Vicenta—. Lo vimos empalmado antes de la boda de Cruz y gasta una buena talla. Te lo dice una experta.

—¿Qué es lo que más te gusta de Uriel? —inquirió Iskra, quien, al igual que las otras, también había bebido algunas copas de más. Aunque, qué más

daba, ninguna tenía que conducir, pues se alojaban en las casas rurales que había frente al restaurante.

Avril lo pensó un instante. No era una pregunta baladí.

—La manera en que se entrega. Lo hace por completo, sin guardarse nada. Su capacidad para hacerme reír, su rebeldía, su orgullo y su fuerte impulso sexual, por supuesto.

—¿Impulso sexual? Hablas de él como si fuera un semental —señaló Gala.

—Lo es —sentenció Avril, dejándolas pasmadas. Luego todas estallaron en carcajadas.

—Oh, oh. Zorra a la vista —musitó Iskra, la mirada fija en la barra—. Es Irina, una de las amigas de Albena...

* * *

Uriel se acodó en la barra esperando a que el barman preparara sus cócteles mientras que Adán saqueaba sin escrúpulos los boles con patatas fritas y frutos secos que encontraba, volcándolos todos en una bandeja que había robado sin disimulo a un camarero.

—¿Me invitas a una copa?

Uriel se volvió hacia la dueña de esa voz ronca y la recorrió con la mirada. Alta, rubia oxigenada, tetas de seis mil euros, labios de doscientos y pómulos de quinientos. Echó un rápido vistazo a su culo apenas cubierto por el diminuto y ceñido vestido que llevaba y llegó a la conclusión de que éste sí era natural.

—Hay barra libre, puedes pedir lo que quieras —dijo apático.

—Entonces te invito yo —le susurró con voz sugerente—. ¿Te apetece un *blowjob*?¹

—No especialmente —respondió Uriel con desidia, consciente de lo que le estaba ofreciendo.

Adán, que se había acercado a ellos con la bandeja llena de comida, miró

intrigado a la mujer; por el tono que había usado, dudaba que estuviera invitando a su amigo a una copa...

Ella sonrió lasciva y llevó la mano a la entrepierna del camarero para amasar con lujuria su pene dormido.

—Albena no me dijo que fueras difícil de convencer cuando me habló de tus hazañas.

Uriel arqueó una ceja. Había echado unos cuantos polvos con Albena el año anterior antes de aburrirse y dejar de follarla.

—No me interesa. —Le apartó la mano antes de que le bajara la cremallera.

—¿Seguro? Puedo ser muy generosa.

—¿En serio? Vamos a hacer una cosa, dime cuánto dinero tienes... — solicitó Uriel, haciendo que los ojos de Adán se abrieran como platos. También los del barman, que había terminado de preparar las bebidas.

—El suficiente para comprarte.

—Bien, pues vas a sacarlo de donde sea que lo llevas guardado y lo vas a usar para forrar con él una botella de champán. Y luego te la vas a follar pensando que soy yo —dijo guiñándole un ojo antes de formar un círculo con los cinco vasos, cogerlos entre las manos y echar a andar hacia donde estaban sus amigos. Adán lo siguió con la bandeja de aperitivos en la mano.

—¡Cabrón hijo de puta! —la oyeron gritar.

—Hago lo que puedo —replicó él con tono risueño sin parar de andar.

—Joder, esto tengo que apuntármelo para usarlo si alguna vez una tía me entra como a ti —declaró Adán, aún pasmado—. Aunque la verdad es que a mí jamás me han entrado así...

—Suerte que tienes.

—¿Cómo lo haces? O sea, estabas apoyado en la barra y ella se ha puesto a sobarte. Así, sin más. Sólo porque una tal Albena le ha hablado de ti...

—Mi reputación me precede.

Uriel llegó a la silla reconvertida en mesa y soltó las bebidas en ella.

Adán usó otra silla para dejar la bandeja con los aperitivos.

—La tía del vestido diminuto te ha sobado la polla, ¿o me lo he imaginado? —inquirió Bruno cogiendo su vaso.

—Y tanto que lo ha sobado... —contestó Adán—. Y Uriel la ha mandado a la mierda.

—Desde luego, quién te ha visto y quién te ve. Tú, rechazando un polvo fácil. No te reconozco —comentó Calix risueño y bastante achispado—. Desde que estás con tu reina no quieres nada con nadie...

—No me interesa lo que nadie pueda ofrecerme. Ninguna mujer puede darme lo que Avril me da —afirmó ufano, la lengua más suelta de lo normal gracias a las copas que llevaba encima.

—¿Y eso es? —preguntó Adán burlón.

—Amor —soltó Rodrigo de repente, tan achispado como el resto de sus amigos, aunque él lo disimulaba mejor.

Todos lo miraron perplejos antes de estallar en ebrias carcajadas cuando Bruno comenzó a entonar *All You Need Is Love*, de forma bastante desafinada, la verdad sea dicha.

—No me jodas, Rodrigo, no está enamorada de mí. Ni yo de ella —se acordó de añadir Uriel cuando se le pasó la hilaridad.

—Claro que sí. Sólo hay que ver cómo os miráis —coincidió Calix.

—Y lo unidos que habéis estado toda la tarde —añadió Adán, a quien, al igual que a los demás, no le había pasado desapercibido que apenas se habían separado uno del otro—. Estabais tan melosos que he llegado a pensar que no ibais a comer con tal de no soltaros las manos...

—Había demasiada gente y no quería que se sintiera incómoda.

—Dudo que tu reina pueda sentirse incómoda en ninguna parte, más bien infiero que es ella quien podría hacer que alguien se sintiera muy incómodo, e incluso dolorido, si así lo deseara —señaló Rodrigo.

—Avril es muy capaz de machacarle las pelotas a cualquiera con esas botas —coincidió Adán.

—O de silenciar a alguien para siempre con su mirada glacial —apuntó Bruno.

—No cuele, tío, estás colado por ella. Hasta las trancas —sentenció Calix—. Por eso has aceptado ese acuerdo que casi parece un matrimonio...

—¿Qué acuerdo? —Rodrigo miró con los ojos entornados a Uriel. Eso era nuevo.

—Han acordado que se respetarán y serán fieles el uno al otro —resumió Calix sin importarle la mirada enfadada de Uriel.

—El alcohol te vuelve un bocazas.

—Eso me suena a los votos matrimoniales, ya sabes, prometo serte fiel, amarte y respetarte todos los días de mi vida... —declamó Adán—. Sólo os falta lo de «amarte».

—Es verdad. Deberías dejar de hacer el tonto y declararte... —convino Calix.

—Antes me pego un tiro.

—Creo que a tu reina no le ha gustado el intento de seducción del que has sido objeto —comentó Rodrigo de repente.

—Lo dudo. No ha pasado nada. Y no creo que sepa el significado de la palabra *celos*. No van con su carácter —repuso Uriel divertido. ¡Avril tendría celos cuando el infierno se helara!

—No es cuestión de celos, sino de territorialidad —oyó la voz de Avril a su espalda.

Todos, menos Rodrigo, miraron sobresaltados a la diminuta mujer, que en ese momento parecía medir lo mismo que una torre. No la habían visto llegar. Ni a ella, ni a las mujeres que la seguían.

Uriel enarcó una ceja, sorprendido por sus palabras. Avril, en respuesta, se colocó a su derecha y hundió los dedos en los rizos de su nuca. Y él no pudo evitar arquear el cuello exponiéndolo a ella. Un gemido de excitación abandonó sus labios cuando comenzó a masajearle la nuca y su cuerpo se tensó

a la espera del placer que siempre acompañaba a ese gesto posesivo con el que Avril lo marcaba.

—Soy muy territorial y no me gusta que nadie se cuele en mi terreno y trate de montar a mi semental —declaró ella con voz fiera—. Pero estamos en una boda y no me parece oportuno reventarle la cabeza a una de las invitadas.

—Desde luego, no sería agradable —admitió Rodrigo. Fue el único que consiguió hablar. Los demás, tanto hombres como mujeres, estaban demasiado fascinados con Uriel y Avril como para destinar un par de neuronas a apartar la mirada y articular palabra.

—Me alegra que estemos de acuerdo —convino Avril, esbozando una indomable sonrisa antes de cerrar la mano en un puño, atrapando el cabello de Uriel en éste.

Tiró con fuerza, arqueándole el cuello hasta lo que para cualquiera sería una posición incómoda. Sin embargo, Uriel se excitó de tal manera que se endureció presionando sin disimulo el pantalón y sus tetillas se erizaron, marcándose bajo la camisa de seda.

Avril lo mantuvo firmemente sujeto con la mano derecha mientras usaba el pulgar de la izquierda para acariciarle los labios. Él se apresuró a separarlos y tratar de chuparle el dedo, pero ella no se lo permitió. Hundió la yema en el labio inferior y tiró, abriéndole más la boca.

—Invítame a probarte —le ordenó con voz ronca.

Y Uriel, con la respiración tan agitada que su pecho parecía un fuelle, dejó asomar la lengua entre sus labios.

Avril se inclinó y la chupó para luego succionarla.

El trasero de Uriel se despegó de la silla, la potente erección abultándole la bragueta.

Avril hundió su lengua en la boca masculina, la uña del pulgar acariciándole las marcas del cuello que la camisa dejaba expuestas dada la postura a la que lo sometía.

El apasionado beso apenas duró un minuto. Lo suficiente para que Uriel se

estremeciera de pies a cabeza y ella empapara las bragas.

—¿Dónde tienes la llave de la habitación? —le preguntó apartándose de sus labios.

Él la miró sin entender a qué se refería.

—La habitación en la que voy a follarte toda la noche —explicó Avril—. ¿Dónde está la llave?

—En el bolsillo del pantalón. En el derecho —contestó Uriel con la respiración agitada.

Ella sonrió divertida al pensar en la conversación que había mantenido con las amigas de Uriel sobre dónde cargaban sus hombres. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y, sí, él cargaba a la derecha. Lo acarició con lascivia, arrancándole sofocados jadeos antes de coger la llave, su mano derecha aferrándole aún el pelo.

—Despídete de tus amigos y ve a la habitación —le ordenó—. No te quiero ver empalmado.

—Pues lo vas a tener jodido, porque estoy duro como una viga de acero —replicó Uriel.

—Y justo ahí radica la diversión. Haz que se baje y yo me ocuparé de volver a alzarla —le ordenó soltándolo—. Un placer conoceros —se despidió antes de dirigirse a la salida.

—Joder, ¿qué coño ha sido eso? —gimió Adán, tan excitado como Uriel. Y no era el único.

—Obviamente, una reina marcando su territorio y reclamando a su rey —declaró Rodrigo, poniéndose en pie y cerrándose la chaqueta—. Es muy tarde y estoy exhausto. —Miró a Gala y le tendió cortés la mano—. ¿Me acompañas a la cam... a la habitación? —se corrigió.

Ella esbozó una sonrisa que prometía placer y, sin dudar un segundo, se marchó con él.

—Yo también estoy cansado —señaló Adán mirando a Eva.

Ésta captó la indirecta y se despidió con un guiño travieso.

—¿Tú no estás cansado, Bruno? —inquirió Cruz, mirando sugerente a su marido.

—Muchísimo, no te imaginas cuánto.

Se levantó de un salto de la silla y lo besó arrebatado, cosa que evidenciaba lo mucho que lo deseaba, pues Bruno no era de los que se mostraban cariñosos en público.

—Y vosotros, ¿qué? ¿No vais a marcharos? —les preguntó Vicenta maliciosa a Calix e Iskra—. Es vuestra noche de bodas, todo el tiempo que paséis aquí es tiempo perdido...

Ellos le tomaron la palabra sin dudarle un instante.

—Eso nos deja solos a ti y a mí —comentó la anciana de pelo azul a Uriel.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó éste burlón. Aún no se le había bajado la erección y ésa era la condición que había puesto Avril.

—Muchísimas. —Vicenta se sentó a su lado y le puso la mano en el muslo—. Puedes darte una ducha de agua fría, verterte un vaso de cubitos de hielo en la bragueta o dejar que una octogenaria se quite la dentadura postiza y te haga la mejor felación de tu vida.

—Tal vez en otro momento de mi vida habría aceptado la última opción, pero como has podido comprobar, mi reina es muy territorial y no nos conviene cabrearla —replicó Uriel, arrancándole una carcajada a Vicenta.

—Si tuviera sesenta años menos, no te me escaparías.

—Si tuvieras sesenta años menos, no serías tan interesante como eres ahora —señaló Uriel dándole un suave beso en los labios antes de levantarse y dirigirse a la salida.

El gélido aire de febrero lo ayudaría a bajar la erección. Y, si eso no funcionaba, probaría con el vaso de hielo en la bragueta. Lo que fuera con tal de estar pronto en la cama con Avril.

Ojito Conmigo, el Altísimo me ha hablado a través de las Sagradas Escrituras. Entonces el Señor hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego. ¹ Quiere justicia y es nuestro deber proveérsela.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A OJITO CONMIGO,
22 DE FEBRERO DE 2019. 1 «ME GUSTA»

A fuego será, entonces.

RESPUESTA DE OJITO CONMIGO,
22 DE FEBRERO DE 2019. 2 «ME GUSTA»

Madrugada del domingo, 24 de febrero de 2019

El impacto del gélido viento invernal paralizó a Uriel cuando salió a la calle y se internó en la densa niebla que cubría el pueblo. Desde luego, las temperaturas bajo cero de la sierra no tenían nada que ver con el frío urbano de Madrid al que estaba acostumbrado. Se cerró la levita con las manos sin molestarse en abrochársela, y tampoco el chaleco. La casa rural estaba a un par de calles y, en cuanto llegara, Abril lo iba a desnudar, así le ahorraría trabajo y tiempo, pensó ladino. Contuvo un escalofrío y avanzó por las desiertas calles de aceras negras y coches escarchados. Eran casi las seis de la mañana y el pueblo dormía ajeno a todo. Y él se sentía... jodidamente feliz. Eufóricamente vivo.

Exhaló una ronca carcajada y aceleró el paso: una reina lo esperaba en su

cama. Se deslizó entre dos coches para cruzar al otro lado de la calle y notó en la pantorrilla el humo caliente que emanaba del tubo de escape de uno de ellos. Le extrañó que estuviera en marcha, pero no le prestó atención. Tenía la cabeza puesta en el encuentro que se produciría en pocos minutos. Estaba seguro de que Avril tenía algo en mente. Algo muy perverso que lo marcaría como suyo una vez más. Sintió que volvía a endurecerse y su corazón se aceleraba por la impaciencia. No veía el momento de llegar a su lado y abrazarla. Y besarla. Y hacerle el...

—¡Uriel!

Se sobresaltó al oír una ronca voz femenina que despertó un eco lejano en su memoria. Se dio la vuelta y el corazón se le paró en el pecho.

Roser estaba frente a él. Su pelo rubio caía lacio y descuidado hasta los hombros, sus ojos grises estaban llenos de sombras y sus labios, otrora dulces y generosos, se apretaban en un rictus colérico.

—Roser..., ¿eres tú?

—Si un hombre quita la vida a cualquier ser humano, ciertamente ha de morir.² Tú quitaste la mía —dijo yendo hacia él. Se detuvo cuando sus cuerpos estuvieron a punto de tocarse.

—Yo no... —Un dolor punzante lo atravesó, silenciándolo. Bajó la mirada y vio que le había hundido un cuchillo en el costado—. ¿Qué coño estás haciendo? —La apartó de un empujón, sintiendo la piel arder cuando la hoja salió de su carne.

—Mía es la venganza y la retribución; a su tiempo el pie de ellos resbalará, porque el día de su calamidad está cerca, ya se apresura lo que les está preparado.³ —Su voz era extrañamente hueca, como si saliera de un pecho vacío. Una voz estéril, sin emoción, que se alzó sobre él a la vez que el cuchillo.

Y, mientras éste bajaba, Uriel sólo fue capaz de dar un paso atrás levantando el brazo para cubrirse. Su pie no encontró suelo firme, sino una de las múltiples grietas que se abrían en el pavimento de pizarra. Perdió el

equilibrio y el filo pasó a pocos centímetros de su pecho mientras caía. A su lado, la mujer trastabilló debido al fuerte impulso que había tomado y tardó unos segundos en recuperar la estabilidad. Los necesarios para que Uriel reaccionara al fin y se pusiera de pie a tiempo de esquivarla cuando volvió a lanzarse sobre él. En esta ocasión, la poco afilada hoja pasó a milímetros de su cara.

—¡Estate quieta, joder! —gritó.

Le agarró las muñecas y apretó con fuerza para obligarla a soltar el cuchillo, algo que no fue difícil, pues Roser era mucho más frágil y débil de lo que la recordaba.

La mujer ahogó un quejido y lo miró con un odio tan profundo y salvaje que Uriel dio un paso atrás para alejarse de su influjo, aunque no se atrevió a soltarle las muñecas. Y éstas también eran mucho más delgadas de lo que recordaba. En realidad, ella entera era mucho más delgada. Y más baja. Y su cara tenía arrugas, aunque eso era normal, habían pasado siete años. ¿Los fantasmas podían envejecer?

Desde luego, lo que sí podían era dar patadas en las pelotas, pensó un instante después cuando una huesuda rodilla se encajó en su entrepierna robándole la respiración y haciendo que se doblara por la mitad, soltando a la difunta.

—Aléjate de los inocentes, líbralos de tu perversión antes de que los conviertas en culpables y la ira del Señor caiga sobre ellos —le advirtió mirándolo con repugnancia. Luego dio media vuelta y corrió hacia el coche que había dejado en marcha.

Unos segundos después, se alejaba con un rugido del motor.

Uriel observó el vehículo hasta que las luces desaparecieron tras una curva en la montaña, luego bajó la vista a su costado. Estaba demasiado oscuro para ver nada, pero podía sentir una cálida humedad impregnando la camisa. Se enderezó y sacudió la cabeza, tratando de dejar atrás el aturdimiento que lo dominaba y comprender lo que había pasado.

Roser estaba muerta y, aun así, acababa de apuñalarlo. Y él le había hecho tirar al suelo el cuchillo, recordó confundido. Tenía que recuperarlo, Adán se cabrearía si no lo llevaba como prueba cuando pusiera la denuncia. Así que sacó el móvil del bolsillo y encendió la linterna. Cerca de su pie derecho encontró un pequeño cuchillo de mondar patatas. Se sacó el pañuelo del bolsillo para cogerlo sin tocarlo. Adán se cabrearía si jodía las huellas. Se agachó para recogerlo y acabó hincando la rodilla en el suelo al perder el equilibrio.

Tenía que buscar ayuda. Calix. Él sabría qué hacer. No. Calix no. Era su noche de bodas. No pensaba fastidiársela. Iría a por Adán. Al fin y al cabo, era poli. Se incorporó guardándose el cuchillo en el bolsillo de la levita y avanzó unos pasos hacia el salón antes de pararse.

Roser había dicho que la ira del Señor caería sobre sus amigos si seguía pervirtiéndolos. Y estaba lo suficientemente loca como para apuñalarlos también. No podía dejar que lo viera con ellos. Tenía que marcharse de allí, ya. Sin perder más tiempo. Irse lejos para protegerlos.

No. Aún tenía tiempo. Ella acababa de irse en el coche. Podría regresar a casa y recoger sus cosas antes de marcharse definitivamente de Madrid.

Entonces recordó que Avril estaba en la casa rural, esperándolo. ¿Y si Roser los había visto juntos en el salón? Avril llevaba varios minutos sola allí. Roser podría haberla seguido...

Se dio media vuelta y, olvidándose del dolor que le taladraba el costado, echó a correr como alma que lleva el diablo hacia la casa rural.

* * *

Avril observó disgustada la cama de la habitación. Sí, era mona. Y confortable. Y tenía un estúpido cabecero de madera lisa que no servía para atar a nadie. Y a ella le apetecía, y mucho, atar a Uriel y atormentarlo durante toda la noche antes de marcarlo como suyo. Se encogió de hombros, tendría

que conformarse con atarle las muñecas a los tobillos para mantenerlo inmovilizado y expuesto a sus caricias. Apretó los muslos ante ese pensamiento.

Y en ese momento alguien golpeó la puerta.

Alguien que, por lo que parecía, tenía mucha prisa. Demasiada.

Se dirigió presurosa a la entrada, segura de que algo había pasado. Esos golpes no correspondían a alguien loco de pasión, sino de terror.

—¿Estás bien? —jadeó Uriel entrando en el dormitorio. La observó angustiada y comenzó a recorrer su cuerpo desnudo con las manos—. ¿Te ha hecho algo? ¿Te ha herido?

—¿Quién iba a herirme? —Le tomó las manos tratando de detener su frenética búsqueda.

Y, en respuesta, Uriel la abrazó con fuerza, hundiendo la cara en su hombro al confirmar que estaba bien, que nadie la había atacado.

—Uriel, ¿qué ha pasado?

—Debería haberme ido. Sabía que iba a hacer algo y, en lugar de irme, me he quedado sin importarme que pudiera joder la boda de Calix o herirte a ti. Podría haberte hecho algo. Dios santo, podría haberte matado... —gimió agitado, apartándose de ella para volver a recorrerla con la mirada y las manos para confirmar que era verdad que estaba bien, y en ese momento ella pudo ver bajo la levita y el chaleco abiertos la mancha encarnada en su camisa azul.

—¿Estás herido? —jadeó.

Y Uriel dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza como si acabara de salir de un sueño. O de una pesadilla. Bajó la mirada y por fin pudo ver el alcance de la lesión. Y, a tenor de la reducida mancha de sangre, no era tan grave como había pensado en un principio.

—No. Estoy bien... —murmuró confundido. Se subió la camisa para ver la herida.

—¿Quién te ha hecho eso? —exigió saber Avril con voz fiera.

—Roser me ha apuñalado —dijo sin inflexión en la voz.

—Roser está muerta —replicó ella con voz glacial. Nadie tocaba lo que quería y se iba de rositas. El agresor iba a sangrar y a sufrir. Ella se ocuparía de ello.

—Pues entonces ha sido su jodido fantasma el que me ha apuñalado — insistió Uriel saliendo del terror que lo había consumido y recuperando la lucidez—. ¿Has venido en el coche?

—Sí.

—Tienes que llevarme a un centro de salud para que me cosan.

—No creo que haya ninguno abierto a estas horas, iremos a un hospital — determinó ella yendo al armario.

Y Uriel no pudo evitar mirarla admirado al ver que se enfundaba la minifalda de tartán rojo y negro y la camiseta de calaveras que había llevado de muda para luego coger el abrigo y meterse las medias en un bolsillo con la más que probable intención de ponérselas más tarde. Manteniendo la cabeza fría en todo momento, sin histerismos ni llantos.

—En Tamajón hay un centro de salud con punto de atención continuada veinticuatro horas. Calix se informó antes de decidirse a celebrar la boda aquí —explicó Uriel—. Sólo tienen que coserme un poco y estaré como nuevo — añadió con un gruñido de dolor.

—Vamos, tengo el coche aparcado justo a la vuelta —señaló ella con imperturbable serenidad, abriendo la puerta—. Ve llamando a Adán para que se encuentre con nosotros.

—No.

Avril lo miró enarcando una ceja.

—Ahora mismo estará echando un polvo con su mujer y no quiero jodérselo. Déjalos que disfruten de lo que queda de boda. Ya se lo contaremos mañana, cuando Calix e Iskra estén de viaje de novios y no puedan enterarse y asustarse por esta tontería —afirmó. Su herida no era tan importante como para poner en jaque a sus amigos—. Los hemos puesto muy cachondos con tu

ataque de celos, ¿sabes?... —comentó burlón pasándole la mano por el hombro.

—No fue un ataque de celos —rebató Avril, consciente de Uriel trataba de bromear con ella para que se olvidara de llamar a Adán.

—Claro que sí —repuso él con fingida ligereza besándola en la coronilla antes de detenerse frente al coche y montarse en cuanto ella le abrió la puerta.

Se sentó con cuidado y buscó en el navegador la ruta hacia Tamajón mientras Avril raspaba con rapidez el hielo que cubría los cristales. Cuando entró en el vehículo, Uriel tenía los ojos cerrados y el ceño fruncido y presionaba con fuerza la herida.

Ella apretó los puños sobre el volante y pisó el acelerador hasta el fondo, haciendo avanzar al pequeño Sandero por las desiguales calles del pueblo a una velocidad endemoniada.

—No corras tanto, o le ahorrarás a Roser el trabajo de matarme —le aconsejó Uriel con humor negro—. Y no estaría bien privarla de su venganza después de los años que lleva persiguiéndola.

Avril volvió la cabeza hacia él y lo que vio la asustó más aún que la sangre que manchaba su camisa. Los ojos de Uriel estaban llenos de desesperación y apatía. Y fue esto último lo que le heló la sangre, porque supo sin ningún atisbo de duda que él estaba a punto de rendirse.

—Vas a huir, ¿verdad? —inquirió con voz gélida.

—No me lo he planteado —mintió—, pero la verdad es que comienzo a cansarme de vivir esperando a recibir el siguiente golpe —contestó él con frío cinismo.

—Cobarde.

—¿Qué más quieres que haga, Avril? —susurró él, un atisbo de rabia en su voz—. He luchado contra ella con todas mis armas y he perdido.

—No.

—¿No? ¡Joder, mírame! Me ha gaseado, me ha atacado con una puta táser y me ha apuñalado. ¡¿No te imaginas lo que viene a continuación?!

—¿Que te escupa? —replicó. Prefería mil veces al Uriel enfurecido que al Uriel vencido.

Él la miró pasmado y su corazón rugió encolerizado.

—¡No me jodas, Avril! —Golpeó la puerta del pasajero—. Va a ir a por vosotros. Eso es lo que hará esa puta —dijo, la amenaza de Roser resonando en su cabeza. Si no liberaba a sus amigos de su perversión, sufrirían la ira del Señor. Desde luego, había dejado muy claras sus intenciones—. Os hará la vida imposible. Y yo no lo voy a consentir. Joder. No la dejaré.

—Eso me gusta. ¿Y qué vamos a hacer para evitarlo? —preguntó Avril con fiereza.

Pero él no respondió. Se hundió en una temible calma, la mirada perdida en la negrura que había más allá del cristal.

Y Avril supo exactamente lo que iba a hacer para evitarlo.

Y también supo que no se lo iba a permitir. Era suyo. No lo dejaría marcharse.

* * *

—Roser lleva siete años enterrada, no ha podido ser ella —señaló Adán con voz calmada, y Uriel, en respuesta, se limitó a mirar por la ventana de la sala de curas en la que la enfermera de guardia lo había cosido.

Habían llegado hacía un par de horas y, en cuanto habían empezado a coserlo, Avril había aprovechado para robarle el teléfono y llamar a Adán. Y allí estaba el poli, interrogándolo sin importarle que la enfermera le hubiera recomendado que descansara para que le hiciera efecto el calmante. Aunque no estaba dando resultado, porque la piel le ardía bajo el apósito que cubría la herida, en la cadera derecha.

Desvió la mirada hacia la otra camilla de la sala. Y allí estaba su reina. Hermosa en su gelidez. Mirándolo con furiosa contención mientras él le

contaba por enésima vez a Adán lo que había pasado. O, al menos, parte de lo que había pasado, pues la amenaza a sus amigos se la guardaba para sí.

—¿Estás seguro de que no era Némesis con una peluca rubia? —inquirió Adán.

—No lo era. He visto a Némesis con pelucas rubias y no se parecía en nada a esta mujer. Era Roser. Rubia, con el pelo largo y lacio, delgada, no muy alta, cara redonda, ojos hundidos, nariz chata —contestó con voz átona, describiéndola por enésima vez—. Era ella, Adán, te aseguro que soy capaz de reconocer a mi mujer aunque la vea en mitad de la noche.

—Tal vez sea alguien muy parecido a ella y eso te haya confundido —sugirió Adán.

Y Uriel supo exactamente en quién estaba pensando. En algún pariente femenino de Roser que viviera en las cercanías de las bibliotecas desde las que LOR mandaba los mensajes. Y, por primera vez desde que empezó todo, pensó que tal vez no anduviera muy desencaminado.

—Parecía más mayor. Pero han pasado siete años. —Adán arqueó una ceja ante esa respuesta, y Uriel comprendió lo estúpido que sonaba. Los fantasmas no existían. Y si lo hacían, desde luego, no cumplían años—. Aparentaba cuarenta y muchos años, tal vez cincuenta. Estaba muy oscuro y los detalles se me escapaban. También parecía más baja. Y más frágil. Con poca fuerza. Parecía Roser físicamente, pero no parecía ella en todo lo demás —dijo sin saber cómo explicarse—. Roser todo lo hacía... a lo grande. Si lloraba, lo hacía amargamente, con furia desesperada, como si se le desgarrara el alma, hipaba, moqueaba y gritaba como si se estuviera muriendo. Y, si se enfadaba, sus gritos se oían hasta en China, pero la mujer de esta noche se ha comportado como si estuviera vacía por dentro. Como si sólo hiciera un trabajo encomendado por... ¿Dios? —Lo miró confundido—. Dijo que suya era la venganza y la retribución y que el día de mi calamidad estaba cerca o algo por el estilo.

Adán entornó los ojos y sacó el móvil, escribió algo con rapidez y un

instante después asintió con un gesto.

—Es una cita bíblica —afirmó—, pero la ha modificado para usarla en su beneficio. En realidad, la cita se refiere en todo momento a la venganza del Señor, no a la de ella.

—Deberías decírselo, tal vez así me deje en paz —comentó Uriel con indiferencia.

—Lo haré cuando la encuentre —repuso él, en sus ojos una promesa—. ¿Roser era zurda?

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Porque te apuñaló en la cadera derecha, lo que significa que lo hizo con el brazo izquierdo. ¿Sabes lo que creo? Creo que ha sido LOR quien te ha atacado.

Uriel aceptó con un gesto. Él también comenzaba a pensar eso.

—Dejó un mensaje en Facebook ayer por la mañana. Una cita bíblica que decía algo así como que el Señor iba a tomar venganza y destruir Babilonia. Imagino que en su cabeza tú eres Babilonia. Creo que está tan furiosa y frustrada porque sus planes no han dado resultado que cuando Ojito Connigo le dijo que no podía hacer nada para impedir que fueras a la boda se volvió loca de rabia. Y creo que, loca de rabia, cogió el coche y condujo hasta Robleluengo para darte tu merecido. No lo pensó, ni siquiera trazó un plan sobre qué iba a hacer cuando te encontrara, porque, si lo hubiera hecho, no habría cogido un cuchillo pequeño y mal afilado para apuñalarte. —Señaló la bolsa con el cuchillo que había sobre la mesa—. No es fácil acuchillar a alguien, desde luego, no es como en las películas. La piel, la carne y los músculos no son de mantequilla. Ofrecen resistencia, y si la persona no es muy fuerte... —Lo dejó ahí—. Es una suerte que tuvieras la lucidez de cogerlo.

—¿Crees que podrás encontrarla por las huellas que ha dejado en él? —le preguntó Avril.

—No creo que tenga antecedentes penales, pero al estar en el arma se guardarán en el SAID⁴ y, si vuelve a atacar, tendremos sus huellas para

relacionarla y seguirle la pista.

—Qué consolador... —siseó Uriel incorporándose en la camilla para luego ponerse en pie.

—¿Estás listo para ir al hospital? —inquirió Avril. Al fin y al cabo, eso era lo que les había recomendado la enfermera. Y si no había llamado a la Guardia Civil para denunciar la agresión había sido porque Adán había sacado la placa asegurándole que él estaba a cargo. Algo que no era totalmente cierto.

—Ni de coña. Me largo a casa. Estoy hasta los cojones de estar aquí.

Prefiero no volver a verlos nunca a tener que llevarles flores al cementerio.

PENSAMIENTO FUGAZ DE URIEL
AL SALIR DEL CENTRO DE SALUD DE TAMAJÓN

—Dormirás un poco en el Infierno y luego iremos al hospital —dijo Avril arrancando el Sandero. Y en ese momento un coche rojo pasó volando junto a ellos. Era el de Adán. Y, por los violentos acelerones que daba, no cabía duda de que regresaba a Madrid muy cabreado.

Al poli, al igual que a ella, no le había hecho gracia que Uriel se negara a ir al hospital. Sólo se había calmado al saber que se iba a quedar en el Lirio Negro. Aunque lo que menos gracia le había hecho había sido tener que prometerle que no le contaría a Calix ni a Rodrigo lo que había pasado hasta que el primero saliera de viaje de novios esa misma tarde.

El muy idiota se negaba a preocupar a sus amigos por una heridita de nada. Pero no era una heridita de nada, pensó colérica.

Habían intentado matarlo.

—No —rechazó Uriel con voz rotunda—. Tú irás al Infierno, yo voy a mi casa.

—No es en eso en lo que habíamos quedado —replicó Avril con voz glacial.

—Mentí, es algo que suelo hacer cuando conviene a mis intereses.

—Si vas a tu casa, Iskra y Calix se enterarán de lo que ha pasado, y no es eso lo que quieres.

—Voy a ir a una pensión hasta que se calmen las cosas con Némesis.

—Eso no es necesario. El Lirio Negro es donde mejor estarás. Tengo vigilantes de seguridad, cámaras y alarmas. Nadie puede entrar sin pasar el filtro de mis porteros, y, una vez dentro, tampoco pueden acceder a mis dominios sin las claves de seguridad, y sólo las tienen mis socios y tú. Es una fortaleza. Nadie te puede tocar allí.

—No voy a ir a vivir contigo a un puto club *swinger* —resopló Uriel.

«No me arriesgaré a que Roser y Némesis te pongan en su punto de mira», porque de lo que ella no se daba cuenta era de que el Infierno podía ser una fortaleza, pero los cines a los que iba con Kay, no. Ni los parques, ni el gimnasio, ni el colegio de la niña, ni las tiendas en las que compraban. Némesis y LOR podrían atacarla en cualquier momento y lugar para castigarlo a él. Podrían hacerle daño. A ella y a su hija. Y no lo iba a permitir.

—Pues para no querer vivir allí, es donde duermes cuatro de cada siete días, si no más —repuso ella con una furia que no se molestó en disimular.

Él se limitó a guardar un tenso silencio, la mirada fija en el cristal de la ventanilla. Un silencio que duró poco más de una hora, hasta que dejaron atrás la autovía y entraron en una de las carreteras de circunvalación de la capital.

—Déjame en la calle Segovia, a la altura del viaducto —le pidió Uriel sin mirarla.

—Creía que vivías en la plaza de la Paja.

—No quiero que te acerques a mi casa —dijo él con voz ronca. El calmante había dejado de hacer efecto y el dolor lo torturaba inclemente.

—¿Temes que la esté vigilando?

—No lo temo, lo sé.

—Iremos al Lirio Negro directos, no necesitas pasar por tu casa a por ropa, allí tienes más que suficiente.

—No voy a ir al Lirio Negro. Y tú no te vas a acercar a mi casa.

—Eso es una estupidez, Uriel. ¿Qué es lo que temes? ¿Que Roser sepa quién soy? —dijo Avril, intuyendo el origen de su negativa—. Ayer pasamos

todo el día juntos, si estuvo allí ya sabrá quién es la Reina del Infierno.

—No estuvo —negó él. Si Roser hubiera estado allí, la habría visto. No era una mujer que pudiera pasarle desapercibida—. De todas maneras, tienes razón, estar juntos en público ha sido un grandísimo error y no volveré a cometerlo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vivir encerrado en tu casa? —le recriminó desdeñosa.

Él no contestó.

Y ella vio confirmadas sus sospechas. Iba a irse. Recogería la poca ropa que tuviera en casa, sacaría su dinero del banco y desaparecería sin más.

—Para aquí —le pidió Uriel cuando llegaron al viaducto—. Mi casa está cerca, iré andando.

Avril detuvo el coche malhumorada y se bajó a la vez que él.

—No puedes dejarme de lado y esperar que nuestra relación no se resienta.

—¿Qué relación, Avril? Nosotros no tenemos una relación. No hay nada que nos una, excepto el sexo. Y, sinceramente, eso puedo conseguirlo en cualquier momento y en cualquier lugar. Y tú también. No necesitamos estar atados el uno al otro para follar.

Y Avril supo exactamente lo que estaba haciendo. Quería cabrearla para que fuera ella quien lo dejara y no sentirse culpable por lo que estaba a punto de hacer.

Pues no pensaba ponérselo tan fácil.

—No te atrevas a huir, Uriel —lo amenazó con voz fiera.

—No huyo, sólo voy a buscar nuevos horizontes —rebatía él echando a andar.

—Vas a dejar que te aisle de nuevo. Sólo que esta vez Némesis ni siquiera va a tener que esforzarse en conseguir que los demás te den de lado. Te vas a aislar tú solito. Aunque eso es lo que has hecho siempre, ¿no? Evitar cualquier amistad más profunda que un «buenos días» susurrado en el ascensor. Evitar enamorarte...

—Por favor, Avril, ¿te estás escuchando? ¿Amor? Qué estupidez —repuso él sin volverse.

—Y, sin embargo, yo te quiero. Y, aunque ahora mismo estés siendo irracional además de estúpido, sé que tú me quieres —señaló ella desafiante.

Uriel detuvo sus pasos y se volvió para enfrentarla. Ella seguía parada junto al coche, observándolo beligerante.

El corazón se le detuvo al oír su declaración para luego golpearle el pecho con un ritmo frenético.

Avril lo quería.

Y él no tenía más remedio que irse.

Mil avispas furiosas despegaron en su estómago al pensar en lo que no le quedaba más remedio que hacer.

—No te quiero, Avril. Lo siento si te has hecho una idea equivocada sobre nuestro acuerdo, pero lo cierto es que no tengo corazón y eso limita bastante mi capacidad de amar; de hecho, la erradica —declaró mordaz, una cínica sonrisa curvando sus labios.

—Y yo siento que el miedo no te deje reaccionar y te obligue a mentir —repuso ella con gélida altivez.

—Cree lo que quieras. —Uriel se encogió de hombros y echó a andar hacia su casa.

Se paró unos pasos después y permaneció allí, inmóvil, dándole la espalda, los hombros subiendo y bajando por culpa de su agitada respiración antes de volverse de nuevo y mirarla.

Y Avril pudo sentir su desesperación, tan intensa que era casi palpable.

—¿No te das cuenta de que la única manera que tengo de protegeros es alejarme? —gruñó él, una mano sujetándose el costado y la otra cerrada en un puño, todo su cuerpo en tensión bajo el arrugado chaqué que vestía.

—No tienes que protegernos, Uriel —refutó ella con colérica vehemencia.

—¡Por supuesto que sí! ¿Sabes lo que me dijo Roser?

—Que la venganza sería suya y...

—¡No! —gritó él—. No se quedó ahí, en absoluto. Me advirtió que si no me alejo y dejo de pervertiros os convertiré en culpables y la venganza caerá sobre vosotros. ¿No lo entiendes, Avril? Me ha amenazado con haceros daño, y es muy capaz de hacéroslo. Y no lo voy a consentir —sentenció furioso.

—Deberías habérselo dicho a Adán, él puede...

—¡Él no puede hacer nada! —Y en su grito había tal agonía que Avril sintió que también la desgarraba a ella—. Me ha apuñalado, Avril, en una puta aldea perdida en mitad de ninguna parte. Ha ido a por mí y me ha encontrado. Puede ir a por vosotros en el mercado, en el cine, en cualquier lugar. Hará daño a Iskra, a Kay, a Calix y a ti para atacarme. Y nadie puede hacer nada para evitarlo, sólo yo. —Dio media vuelta y se encaminó veloz hacia su casa.

—Hay mil maneras de evitarlo que no implican salir corriendo...

Uriel siguió caminando sin dar muestras de haberla oído.

—Dices que no tienes corazón y que no puedes amar... Y, sin embargo, vas a dejarlo todo para mantener a salvo a quienes amas. Es una pena que no tengas el valor de luchar por ellos y por mí. Si en algún momento lo recuperas, búscame. Te estaré esperando, pero no eternamente.

Uriel se detuvo unos segundos, la tensión que lo consumía visible en la rigidez de su cuerpo.

Por un instante pareció que iba a dar media vuelta, pero en lugar de eso dio un paso adelante, y luego otro, y otro más, alejándose de ella con más rapidez de la que su cuerpo podía soportar hasta que llegó al jardín colindante con la plaza. Se detuvo y observó la aguda cuesta que debía coronar antes de llegar al portal. En situaciones normales eso requeriría un mínimo esfuerzo, pero no estaba en su mejor momento y subirla se le antojaba imposible. Pero no podía pararse. Sus vecinos ya habrían subido al autobús que Pavel había fletado para llevarlos de regreso a casa. De hecho, no debía de faltarles mucho para llegar, calculó tras mirar el reloj del móvil. Y no quería que supieran lo que había pasado. Calix e Iskra eran muy capaces de retrasar su luna de miel por él. Y no iba a permitirlo.

Así que continuó andando, decidido a recoger sus cosas y largarse del piso antes de que llegaran. Le había dicho a Adán que se mudaba al Infierno y él se lo diría a sus amigos, así que no les extrañaría encontrar su habitación vacía.

Se vio obligado a detenerse y apoyarse en una pared para recuperar el aliento, la herida del costado lanzándole dardos de dolor que le contraían el estómago.

O tal vez no.

Tal vez tenía el estómago encogido porque acababa de despedirse del amor de su vida.

Un gemido gutural escapó de su garganta antes de que pudiera contenerlo. Se sujetó la cabeza con las manos y trató de silenciar el aullido desgarrado de ese corazón que decía no tener. A su alrededor, el barrio comenzaba a tomar vida. Matrimonios vestidos con sus mejores galas se dirigían a misa, adolescentes malhumorados bajaban a comprar el pan y jóvenes y no tan jóvenes se reunían en torno a las terrazas de las cafeterías para, a pesar del frío reinante, tomar algo entre amigos.

Y recordó lo que él estaba haciendo el domingo anterior a esa misma hora. Estaba en la cama con Avril, o, mejor dicho, entre los muslos de Avril, despertándola para ir a buscar a Kayla y pasar el día en la nieve. Y había sido un día maravilloso, a pesar de que se había caído esquiando más veces de las que su pobre trasero podía soportar. Y aunque las primeras veces Kayla se había preocupado por él, luego se había reído tan alto como su madre. Y sólo por eso había merecido la pena. Y no iba a volver a oír esas risas. Ni tampoco las de Calix o las de Iskra. Ni la voz profunda y severa de Rodrigo gastando bromas ácidas. Ni podría volver a meterse con la hija adolescente de Gala y su novio. Y no volvería a coser camisas llenas de animales para el señor Niemiec. Y tampoco tendría la satisfacción de convertir a mafiosos sin gusto en epítomes del estilo. Sus dedos no volverían a acariciar las exquisitas telas de Thomas Madsen ni volvería a desafiar a Rodrigo a dar nueve puntadas por

centímetro, ni sería desafiado por Pavel para construir una camisa imposible en un plazo inadmisibile.

Se irguió y continuó andando, el sueño, el cansancio, el dolor y la desesperación apoderándose de su cuerpo y haciendo que se tambaleara. Avril le había dicho que era estúpido e irracional. También un cobarde. Y no iba desencaminada en sus apreciaciones; al fin y al cabo, estaba a punto de salir corriendo una vez más.

Iba a dejarla a ella, su trabajo, a sus amigos. No los volvería a ver.

Se detuvo ahogando un gemido. Avril tenía razón: sí tenía corazón.

Y le dolía tanto que no lo dejaba respirar.

Se apoyó contra una pared y en ese momento se dio cuenta de que había llegado al portal. Sólo le quedaba subir al primero y recoger lo poco que aún tenía en el piso. Y más le valía darse prisa, porque Calix y los demás estaban a punto de llegar.

Buscó las llaves para abrir el portal y en ese momento sonó su teléfono. Se apresuró a sacarlo del bolsillo. Podía ser Avril. Y si era ella le diría...

¿Qué le diría?

Que tenía razón. Que había sido irracional. Que iba a quedarse y a pelear. Que la quería.

Cogió el teléfono y miró el número que mostraba. No lo conocía. Contestó reticente.

Y resultó ser quien menos esperaba.

—¿Desde dónde me llamas? —inquirió sorprendido. Aunque más se sorprendió cuando Kayla, pues era ella su interlocutora, le dijo que llamaba desde el teléfono de Nath, y que se había aprendido su número para poder llamarlo siempre que se sintiera sola.

Y esas palabras sinceras e inocentes le explotaron en ese corazón que no tenía.

—Estoy llegando a casa —respondió Uriel a su pregunta a la vez que se secaba con el dorso de la mano la salada humedad que brotaba traicionera de

sus ojos—. Sí, ya hemos vuelto de la boda. Lo hemos pasado muy bien. No, mamá no está conmigo. Ha ido a casa a cambiarse —mintió, aunque tal vez fuera verdad. Lo cierto era que no sabía adónde había ido Avril—. Yo también tengo ganas de verte. —Entró en el portal y se dirigió a la escalera.

Necesitaba ducharse, vestirse y luego... Luego iría al Lirio Negro a buscar a Avril y le diría que tenía razón, que era un cobarde estúpido e irracional y que la quería. Aunque antes subiría a casa de Adán, tal vez ya estuviera allí; al fin y al cabo, había salido antes que ellos con un coche mucho más potente y no había perdido el tiempo discutiendo en la calle. Le contaría lo que había callado. Y seguro que entre Adán y el policía barrigón encontrarían una solución. Y mientras tanto se ocultaría en el Infierno. Avril tenía razón: ese sitio era una fortaleza. Además, tenía una puerta trasera que nadie conocía y por la que entraría para no ser descubierto. Y no saldría de allí hasta que Adán atrapara a Némesis. No iría a la calle con Avril ni con la niña, tampoco a trabajar. Haría creer a Némesis que había vuelto a huir, como siempre hacía.

—Sí, estoy escuchando, es que me he despistado —se disculpó cuando Kayla reclamó su atención—. Así que Nath te va a llevar al Museo del Romanticismo, suena muy romántico. —Subió la escalera y llegó jadeando al descansillo del primero—. No, paso de ir, no soy nada romántico —rechazó divertido mientras intentaba encajar la llave en la cerradura, pero ésta, siguiendo su costumbre, se resistía—. ¿Me estás llamando mentiroso? Ah, así que crees que soy un romántico, ¿y qué motivos te he dado para que estés tan segura de eso? —inquirió burlón, aunque se puso serio al instante—. Así que, según tú, quiero a tu madre...

Era la segunda vez en una hora que una mujer le decía eso. Primero Avril. Ahora Kayla. ¿Tan transparente era? Esperaba que no. Si Némesis supiera lo que de verdad sentía por Avril... No se atrevía ni a pensarlo.

—Hoy he discutido con tu madre... Ella piensa que soy idiota, y creo que tiene razón —confesó sin saber bien por qué. Y no pudo evitar sonreír cuando Kayla rechazó de plano esa afirmación y dijo que iba a hablar con su madre

muy seriamente—. ¿Vas a llamarla y a decirle que no lo soy? —preguntó risueño mientras trataba de encajar de nuevo la llave en la cerradura.

Al no conseguirlo, se colocó el teléfono entre la oreja y el hombro y agarró el pomo con la mano derecha para tirar de la puerta mientras intentaba de nuevo acoplar la llave.

—Kayla, si llamas a tu madre... dile que la quieres. Sí, ya sé que se lo dices todas las noches cuando la llamas antes de acostarte, pero aun así díselo ahora. ¿Por qué? Porque debería habérselo dicho yo y no me he atrevido —susurró apretando los labios para contener su lengua, pero fue incapaz de parar; la inocencia y la ternura de la niña lo instaban a confesarlo todo—. Sí, me daba miedo decírselo. Pero ya no. Díselo tú por mí. Por favor. Tal vez así no esté muy enfadada conmigo y me coja el teléfono cuando la llame —trató de bromear a la vez que intentaba meter por enésima vez la llave en la cerradura.

Sacudió la puerta haciendo fuerza con la llave y, por fin, entró hasta el fondo con un sonido sibilante, como si raspara algo. Un fuerte olor a alcohol le llenó la nariz en el mismo instante en que la cerradura escupía una lengua de fuego que trepó por su mano.

Si no lo mata Némesis, lo mato yo.

PENSAMIENTO FUGAZ DE AVRIL
MIENTRAS CONDUCE A MÁS VELOCIDAD DE LA PERMITIDA
EL DOMINGO, 24 DE FEBRERO DE 2019

—Por lo que me has contado, creo que ha inyectado etanol o algo similar en la cerradura y que la fricción de la llave ha provocado la chispa necesaria para que explotara. Son químicos muy volátiles y tan inflamables que no hace falta mucho para hacerlos arder. Tal vez incluso modificó de alguna manera la cerradura y por eso te costó tanto encajar la llave. La policía científica se encargará de averiguarlo —le dijo Adán a Uriel.

—Deberías ir al hospital a que te miren la quemadura —señaló Iskra observando preocupada la mano de Uriel.

—No es tan importante. Ha sido más el susto que otra cosa —replicó el interpelado.

El líquido apenas había ardidado unos segundos antes de apagarse tan rápidamente como se había prendido, dejándolo con un susto de cojones, el dorso de la mano enrojecido y los nudillos algo chamuscados. Probablemente le saldría alguna ampolla, pero poco más. O eso quería pensar él.

Observó malhumorado la manga de la levita y no pudo evitar soltar un bufido. Se había gastado un dineral en ese maldito chaqué y estaba destrozado. El puño y la manga izquierdos estaban quemados por la llamarada que había vomitado la cerradura, la camisa tenía un buen agujero donde lo habían apuñalado, y luego estaba la sangre que le manchaba ésta y los pantalones.

¡Menudo desastre! Aunque más desastre había sido tener que explicarle a Kayla por qué había gritado y por qué había gente nerviosa chillando a su alrededor.

Sí. Se había liado una buena. Por lo visto tenía los pulmones de un tenor, porque su grito había resonado en la escalera, haciendo salir a Adán y a algunos vecinos más. Se había armado un buen alboroto en el descansillo, asustando muchísimo a Kayla, quien lo había oído a través del teléfono y a quien había tenido que mentir como un cosaco diciéndole que estaba bien y que no le dolía nada, cuando en realidad estaba rabiando de dolor y terror. Y debía de notársele en la voz, porque Kay no se había tragado el cuento. Había necesitado varios minutos para tranquilizarla y al final había sido Adán quien solucionara el embrollo arrancándole el móvil de la mano para decirle a la niña que era policía, que estaba todo bien, que sólo se había quemado un poco la mano y que iba a llevarlo a su casa para curarlo. Luego había colgado y había hecho exactamente lo dicho.

Y allí estaba. Más recostado que sentado en el sillón de su vecino. Con el dorso de la mano untada con la pomada que tenía Iskra para las quemaduras y más agotado de lo que quería reconocer. Llevaba más de treinta horas despierto, le dolía todo el cuerpo —algunas partes más que otras— y estaba tan cansado que le costaba hasta pensar. Y aun así había tenido que responder a las preguntas de Adán. Y a las de los policías a los que éste había llamado. Y también a las de Calix, Iskra, Rodrigo y las entrometidas amigas de Gala, pues habían llegado al barrio al mismo tiempo que la policía. Durante unos minutos, el salón de Adán había parecido el camarote de los hermanos Marx. Hasta que Rodrigo, haciendo uso de sus dotes autoritarias, les había pedido a todos, excepto a Calix, Iskra y Adán, que se fueran para no agotarlo.

—Lo que no entiendo es por qué cojones no has ido a casa de Avril —gruñó Adán—, que, por otro lado, era lo que me habías prometido hacer tras recibir la puñalada.

—¿Qué puñalada? —Calix miró pasmado a Uriel. Y no fue el único.

Aunque la mirada de Rodrigo era más bien furiosa y la de Iskra preocupada.

Uriel bufó frustrado. ¿Por qué coño había tenido que soltarlo? Se había cerrado el chaleco, disimulando la sangre de la camisa y los pantalones. No podría habérselo ocultado durante mucho tiempo, pero sí el suficiente para tener la cabeza un poco más clara.

—No me jodas que te han apuñalado... —El segoviano buscó la mirada de Adán y éste asintió con la cabeza—. ¿Y por qué coño no nos lo habías dicho? —le reclamó a Uriel.

—Porque es un jodido idiota y no quería fastidiaros la luna de miel —contestó Adán con un bufido—. Lo que no explica por qué has venido aquí en lugar de ir con tu reina...

—Si no hubiera venido, la cerradura habría explotado cuando Iskra o Calix intentaran abrir, quemándolos a ellos, que no tienen culpa de nada. Así que yo creo que he hecho muy requetebién en venir —repuso Uriel hastiado, sin contestar a su pregunta.

En lo que iba de día lo habían apuñalado, quemado e insultado; también había discutido con Avril y asustado de muerte a una niña inocente a la que apreciaba más de lo que debería. Para ser sinceros, estaba un pelín harto de ese domingo de mierda.

—Tú tampoco tienes la culpa de nada —señaló Iskra con dulzura—. ¿Dónde te han apuñalado?

Uriel se desabrochó el chaleco y se subió un poco la camisa, enseñándole el apósito.

—¿Es grave?

—Una cuchillada sin importancia —dijo con indiferencia a la vez que miraba a Adán.

Éste no lo corrigió, aunque apretó la mandíbula con tanta fuerza que ésta palpitó.

—¿Tienes alguna idea de quién ha podido ser? —quiso saber Rodrigo.

—Alguien que se parece mucho a Roser —respondió Uriel.

Y, en el mismo instante en que comenzaron a llover las preguntas, sonó el telefonillo.

—Será la policía científica, voy a abrir —comentó Rodrigo yendo hacia la puerta.

Pero no era la policía, como se demostró poco después, cuando el albino regresó al salón seguido por quien menos esperaba Uriel.

—Avril..., ¿qué haces aquí? —gimió incrédulo.

—Kayla me llamó —dijo con voz gélida mientras lo miraba buscando quemaduras.

Se detuvo en la mano cubierta de pomada que apoyaba en el reposabrazos del sillón y su corazón ralentizó el alocado ritmo que había alcanzado tras recibir la llamada histérica de la niña. El policía le había dicho la verdad a su hija. Era sólo la mano y no parecía grave.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó Uriel pasmado, pues ésa no era su casa.

—Adán se lo dijo a Kayla —contestó ella con gesto distante. Aún llevaba la minifalda de tartán y la camiseta de calaveras, lo que significaba que no había ido al Infierno a cambiarse.

Se quedó a pocos pasos de él, mirándolo furiosa, y el silencio se volvió tan denso que el aire podría haberse cortado.

—Estaba hablando con Kay cuando saltó la trampa. Me oyó gritar... —Uriel la miró pesaroso—. Traté de tranquilizarla, pero...

—Lo sé —lo interrumpió Avril—. Es complicado tranquilizarla cuando se asusta, menos mal que estaba con Nath.

—No sabes cuánto lamento que me oyera —murmuró reticente a seguir hablando. ¿Cuánto le había contado Kay? ¿Le habría dicho que la quería? Lo dudaba, debía de estar demasiado asustada para recordar su petición—. ¿Te dio mi mensaje? Imagino que no se acord...

—Sí —lo cortó ella.

Uriel esperó impaciente que le dijera lo que pensaba, pero no lo hizo. Así

que preguntó:

—¿Y bien?

—No es suficiente.

Él asintió con la cabeza y, tras tomar una lenta y profunda bocanada de aire, clavó sus ojos en ella, mostrándole todo lo que era. Lo que deseaba. Lo que lo asustaba.

—Te quiero.

—Creo que deberíamos dejarlos solos —les susurró Rodrigo a los demás.

—Ni de coña —replicó Calix burlón—. Con todas las putadas que me ha hecho, lo mínimo que me merezco es verlo caer.

—No seas malo —lo regañó Iskra. Pero ella tampoco se movió un paso.

—No es correcto quedarse, y nosotros, mal que nos pese, somos caballeros —señaló Rodrigo obligándolos a salir.

—Diez minutos y volvemos, tenemos que hablar sobre lo que ha pasado —le advirtió Adán con su voz de policía.

—Quince —reclamó Iskra con seriedad—. En menos no se puede hacer una declaración de amor decente.

—Veinte —corrigió Calix—. Es lo menos que se merece por ser tan capullo. Veinte minutos de arrastrarse y suplicar perdón. Hazlo sufrir, se lo merece. —Le guiñó un ojo a Avril antes de cerrar la puerta.

Avril no pudo evitarlo. Una de las comisuras de su boca se alzó en una genuina sonrisa. Sí. Le gustaban los amigos de su favorito.

Caminó sinuosa hasta el sillón, parándose junto a él. Le pasó una mano por la nuca y jugueteó con su pelo. A Uriel se le cerraron los ojos al sentir esa caricia que tanto significado tenía para ellos.

—Abre los ojos y repítemelo —le ordenó.

Él obedeció al instante y sus miradas se quedaron trabadas.

—Te quiero.

Avril le aferró el pelo y tiró, echándole la cabeza hacia atrás y arrancándole un excitado gemido, su mano libre desabrochándole la camisa

con dedos ágiles para posarse sobre el lugar en el que su corazón latía por ella.

—Invítame a entrar.

—Está abierto sólo para ti. Es tuyo.

—No es suficiente —replicó ella, parándole el corazón—. Lo quiero todo. Tu corazón, tu cabeza y tu polla. Tu alegría y tu llanto. Tu furia y tu calma. Tu paz y tu dolor. Todo.

—Lo tienes.

—Invítame a quedarme.

—Para siempre.

—No vuelvas a dejarme fuera —le advirtió aferrándole con más fuerza el pelo y clavándole las uñas en el pecho, sobre ese corazón que él no había creído tener.

—No lo haré. Te quiero.

—Hay quien dice que se puede morir por amor. Yo jamás moriría por ti. Y tampoco mataría por ti. Yo viviré por ti y te daré todo lo que soy, todo lo que deseas y todo lo que aún no sabes que quieres —afirmó con voz fiera, sus ojos zarcos esclavizando los de él.

Uriel se estremeció al oír su promesa. No moriría ni mataría por él. Viviría por él.

Le agarró la mano que posaba sobre su corazón y tiró de ella, obligándola a sentarse a horcajadas sobre él.

—Móntame —susurró.

—No he traído preservativos.

—No son necesarios, llevas el diu. —Uriel fijó su mirada en ella, y ésta sólo mostraba confianza ciega y entrega total.

Avril sonrió. Una sonrisa felina que iluminó sus ojos y los llenó de satisfacción.

Le soltó el pelo para desabrocharle el cinturón y bajarle la cremallera de la bragueta. Le bajó el bóxer y la polla se alzó dura y potente, lista para el

placer. La acarició con suaves pasadas que pronto se hicieron más rudas y después deslizó la mano por debajo de su minifalda y clavó las uñas en la entepierna de las medias. Las desgarró. Luego se apartó las bragas y, sujetándole la polla, se la envainó.

Uriel contuvo un gemido al sentirla sobre él, acogéndolo. Alejó la mano quemada, dejándola caer a un lado del sillón, y llevó la otra a la cinturilla de la falda de Avril. Ésta era tan baja que las alas del dragón que tenía tatuado en el pubis asomaban por encima de ella. Sin saber bien por qué, coló el pulgar bajo la tela y acarició el suave vientre, buscando la cicatriz de la cesárea. Encontró la fina línea y la acarició mientras ella se mecía sobre él.

La última vez que había confiado en una mujer y follado sin condón, ésta se había quedado embarazada. Pero Avril no era Roser. Y no estaban follando. Estaban haciendo el amor. Aun así, no pudo evitar pensar por unos breves segundos en el hijo que no había llegado a tener y en los que se negaba a engendrar.

Avril se apretó contra él y giró las caderas, frotándose contra su hueso púbico, los ojos cerrados y la cabeza cayendo hacia delante, su larga melena castaña meciéndose sobre el pecho desnudo de su amante, acariciándolo etérea como alas de mariposa. De repente, un gemido gutural escapó de su garganta y su cabeza subió con fuerza, los labios abiertos en un grito mudo mientras el éxtasis la reclamaba.

Uriel sintió los espasmos de su vagina ciñéndolo, arrebatándole la cordura y acercándolo a un orgasmo que se negaba a tener sin su marca. Y ella lo supo. Igual que siempre sabía lo que él necesitaba. Le pasó una mano por la nuca para aferrarle el pelo y atrapó entre los dientes el tendón que une cuello y hombro. Succionó robándole un quedo gemido.

Y Uriel estalló.

Con ella sobre él, sus piernas junto a sus muslos y sus manos rodeándole el cuello. Ahíto de su olor, de su tacto, de su presencia.

Le rodeó el talle con la mano sana y la besó.

Y ella le devolvió el beso con igual pasión.

—Chicos, han pasado diecinueve minutos y vamos a entrar —les llegó la voz maliciosa de Calix desde el otro lado de la puerta—. Lo digo porque estáis muy calladitos, y no quiero insinuar nada, pero ya sabéis el dicho: piensa mal y acertarás...

—Y no es por nada, pero ése es mi sillón favorito. Espero que lo hayáis respetado —oyeron la voz de Adán.

—¡No seas mal pensado! —Ésa era Iskra, siempre defendiéndolo. Incluso cuando no debía.

—Voy a contar hasta diez y entro... —les advirtió Calix.

—Deberías bajarte —le susurró Uriel a Avril cuando el segoviano empezó a contar.

—¿No quieres escandalizar a tus amigos? —preguntó ella cuando llegó al dos.

—Preferiría no hacerlo —respondió Uriel. Y ya iban por el cinco.

Avril esbozó una perversa sonrisa y se bajó de su regazo en el ocho.

Uriel se apresuró a guardarse la polla en los pantalones al pasar el nueve.

Calix abrió la puerta y se encontró a Uriel con la mano en la bragueta, abrochándose el botón de los pantalones, la cremallera, eso sí, ya estaba subida. Avril estaba a su lado, sentada en el reposabrazos del sillón con el gesto regio y la espalda erguida de una reina.

El segoviano sonrió malicioso y se volvió hacia Adán.

—¿Por qué no vas a la cocina a por unas cervezas? —Se puso delante de la puerta, impidiéndole el paso.

—No me jodas que están follando —rugió el policía.

—¡Claro que no! Calix sólo lo dice para reírse de ti —estalló Iskra, confiando en Uriel, como siempre. Pasó bajo el brazo de su marido, dio un rápido vistazo a la escena y caminó con alegre desenvoltura hasta Uriel. Se puso frente a él, tapándolo de la vista de los demás, y le abrochó la camisa para dejarla como estaba antes y borrar las huellas del crimen—. Adán nos ha

contado lo que pasó, es una suerte que LOR no tuviera fuerzas para clavarte el cuchillo hasta el fondo y que, además, lo hiciera en el costado. ¡Qué susto debiste de llevarte! —exclamó mirando a Avril para, acto seguido, abrazarla.

—No es por nada, pero creo que yo me asusté más que ella —intervino Uriel molesto.

—No seas envidioso —lo regañó Iskra antes de abrazarlo también a él.

Y Avril no pudo evitar sonreír. Pero no por la entrañable escena, sino porque el abrazo de la morena la había movido y ahora sentía el semen de Uriel resbalar por su sexo impregnando sus bragas. Y le gustó sentirlo. Porque significaba que él había confiado en ella entregándole lo que más miedo le daba compartir: su simiente.

—Como hayáis manchado el sillón, Eva te lo va a hacer pagar —señaló Adán mirando a Uriel—. Y, te lo advierto, mi mujer puede ser muy cabrona.

—Consuélate, Uriel —dijo Rodrigo con su acostumbrada flema—, al menos Eva no tiende a capar a quienes la ofenden, como hace mi mujer, con lo cual espero que te des por avisado de que no debes hacer mal uso de los sillones de mi casa.

—Follar nunca es un mal uso —replicó Uriel—. Y, además, el herido que no puede moverse porque está débil y dolorido soy yo, por lo que, de haber pasado algo, la iniciativa y el trabajo gimnástico se debería a otra persona —inclinó la cabeza hacia Avril—, y es a ella a quien deberíais pedirle cuentas.

Los hombres desviaron su atención a Avril, quien se mantenía erguida sentada en el reposabrazos. Los miraba con la altivez de una reina y los ojos desafiantes de una guerrera. Y, puede que no llegara al metro sesenta y estuviera delgada como un junco, pero irradiaba tal belicosa autoridad que parecía exactamente lo que era: la combativa Reina del Infierno capaz de vencer a todos los demonios que acosaran a su favorito. Amigos incluidos.

—No. Imposible. Yo creo que ella no ha tenido nada que ver —comentó Calix.

—Ni de coña, sólo hay que mirarla, es un ángel —declaró Adán.

—Los ángeles vengadores destruyeron ciudades enteras en la antigüedad —apuntó Rodrigo con sorna. Al fin y al cabo, siempre había sido el más valiente de todos.

—No le hagas caso, todos sabemos que eres una criatura encantadora —los ignoró Iskra—. Me alegro muchísimo de que Uriel se te haya declarado...

—Yo no me he declarado —intervino Uriel ofendido. Eso de declararse sonaba demasiado a plantar la rodilla en el suelo y enseñar un anillo. Y no pensaba volver a casarse nunca más.

¿O sí?

—Claro que lo has hecho —repuso Iskra con una sonrisita malvada.

Estaba a punto de añadir algo más cuando llamaron al telefonillo y Adán fue a abrir, intuyendo que esta vez sí sería la policía científica. Pocos minutos después sonaba el timbre y casi al instante oyeron lo que parecían ser los sollozos desesperados de un niño.

—Kayla —gimió Avril poniéndose en pie al ver a su hija entrar seguida de Nath.

Pero ésta no le hizo caso, sólo tenía ojos para Uriel. Echó a correr hacia él y lo abrazó con fuerza sin dejar de llorar.

Éste se quedó petrificado, tanto que ni siquiera abrazó a la niña. En lugar de eso, miró a Avril confundido. O, más que confundido, aterrado. Cerró despacio el brazo sano contra la espalda de la niña, casi con cuidado, como si no supiera qué hacer exactamente.

Y Avril se dio cuenta de que en realidad así era. También de que era la primera vez que lo veía abrazar a su hija. De hecho, sólo recordaba haberlo visto tocarla una vez. En el cine, cuando la niña le dio la mano mientras lloraba. Nunca más. Y entonces se percató de que en esas semanas él había tratado de no acercarse demasiado a Kayla, quizá a ningún niño. Y supo por qué lo hacía. Por el niño que no había llegado a nacer, por el hijo al que nunca había podido ver. No quería arriesgarse a quererlos. Ni a que lo quisieran.

—Kayla, cariño, Uriel está herido, le vas a hacer daño, ven conmigo —le

pidió a su hija, consciente de la mirada espantada de su amante.

La niña comenzó a apartarse y Uriel sintió como si se la arrancaran de los brazos. Del corazón.

—No, déjala. Sólo ten cuidado de no tocarme la mano ni el costado, ¿vale? —le dijo con una voz que irradiaba tal cariño que a sus amigos les costó reconocerla como suya.

La niña volvió a abrazarse a él con fuerza, teniendo muchísimo cuidado en no tocarlo donde le había dicho, y sollozó de alivio sobre su hombro, diciendo palabras ininteligibles con la voz entrecortada por el llanto.

—Lo sé, Kay. Tranquila, no me ha pasado nada, es sólo que soy muy gritón —susurró Uriel inclinando la cabeza para acariciarle la coronilla con el pómulo antes de, siguiendo un extraño impulso, darle un beso en el pelo.

Era extraño tener a la niña en sus brazos. Era algodonosa. La sentía cálida, suave y mullida contra él. Su abrazo dulce e inocente y lleno de pesar y preocupación por él le acariciaba el corazón haciéndolo sentirse... completo.

Avril oyó el quedo gemido de Iskra y apartó la mirada de Uriel y su hija para centrarla en quienes los acompañaban. La morena los miraba con los ojos llenos de lágrimas y una enorme sonrisa en los labios, mientras que los hombres los miraban estupefactos, como si no pudieran creer lo que veían. Y supo que, al igual que ella, jamás lo habían visto acercarse tanto a un niño. Y mucho menos abrazarlo.

Uriel sintió que poco a poco Kayla se tranquilizaba y su llanto desconsolado se convertía en un flojo hipo que la dejó blanda entre sus brazos. Y no pudo evitar pensar que tal vez no habría sido un mal padre si Roser le hubiera dado la oportunidad de serlo.

En ese preciso instante sintió la mano de Avril acariciándole la nuca con un roce suave que hablaba de cariño y de algo más intenso que éste: amor. Alzó la mirada y sus ojos se quedaron trabados. Una sonrisa asomó a sus labios y fue correspondida por la de su reina.

—Ya lo ves, cariño, no le ha pasado nada —comentó Nath acercándose a

Kayla e interrumpiendo el momento, pues al sentir la caricia de su padre en el pelo la niña se alejó de los brazos de Uriel—. He cumplido mi promesa, ahora debemos irnos. Estoy seguro de que tienen asuntos que resolver.

—¿No puedo quedarme otro poquito, por favor, papá? —Lo miró suplicante.

—Cinco minutos —accedió. Aunque se arrepintió en el acto al ver que su hija volvía a los brazos del sumiso de Avril.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le preguntó Avril a su exmarido, aunque de inmediato cayó en la cuenta de que habría seguido los mismos pasos que ella—. Por los registros que guardo de los clientes del Lirio Negro —se contestó—. Kay te avisó de lo que había pasado y llamaste a Kaos para que buscara la dirección de Uriel en la base de datos y te la diera.

—Más o menos. Aguanté el llanto de Kay durante lo que pareció una eternidad, aunque dudo que fueran más de veinte minutos, y cuando no pude más recurrí a tus esbirros —explicó molesto—. Kaos no tardó en darme la dirección, por lo visto la tenía a mano porque acababa de sacarla para ti, que, según se encargó de informarme, tenías mucha prisa en venir. —Un tic se reveló en su pómulo, evidenciando su enfado—. Luego sólo fue cuestión de venir aquí y llamar a todos los malditos telefonillos preguntando por el policía con el que Kay decía que se había ido Uriel.

Y en su tono había un matiz tan cortante y seco que todos los que estaban allí, menos Rodrigo, pensaron que podría competir con éste por el título de Estirado Mayor del Reino, porque lo era incluso más que el albino.

—Por cierto —continuó Nath, ignorando las miradas curiosas de los allí reunidos—, Kaos y Julio quieren hablar contigo, te están llamando pero no les coges el teléfono...

—Lo tengo apagado y no pienso encenderlo —replicó Avril. Kaos le había dicho que quería hablar con ella al darle la dirección de Uriel, pero entonces no tenía tiempo de atenderlo. Y ahora tampoco—. No hay nada más importante para mí que estar aquí ahora.

Nath no pudo evitar dirigir una furiosa mirada al hombre que, sentado en el sillón, abrazaba a su hija. El mismo que había encandilado a su mujer. O su exmujer, para ser más preciso.

—¿Tan importante es para ti? —preguntó señalándolo con un gesto despectivo.

—Sí.

—Disfrútalo entonces, pronto te aburrirás de él —afirmó con hosquedad.

—Ni lo sueñes, gili... to —Uriel se corrigió al recordar que ese gilipollas altivo era el padre de Kayla. Y a ella no le gustaría que lo insultara.

La niña apartó la cara de su hombro y lo miró con los ojos entornados.

—¿Qué es gilito? —Lo miró desconfiada.

—Es... el tío multimillonario del Pato Donald...

Y como ella no parecía tenerlo muy claro, se apresuró a contarle quién era. Estaba describiéndole el enorme depósito de monedas de oro en el que se zambullía el riquísimo pato cuando llamaron al telefonillo. Esta vez sí era la policía científica, por lo que Nath se llevó a su hija de regreso a casa.

Los policías le hicieron un montón de preguntas mientras investigaban la escena y recopilaban pruebas. La buena noticia fue que encontraron varias huellas en el pomo de la puerta y alrededor de la cerradura. Tal vez coincidieran con las que habían recogido del cuchillo y así pudieran confirmar que se trataba del mismo agresor. Aunque Adán lo dudaba.

—Némesis ha hecho esto, pero no te apuñaló —dijo cuando se quedaron solos de nuevo—. Ella ataca y desaparece. Prefiere actuar en la distancia y atacar por la espalda o disfrazada. Estoy seguro de que las grabaciones de la cámara del descansillo nos revelarán de nuevo a una mujer oculta por una gorra. Ella jamás se muestra. Y tampoco habla. Y la persona que te apuñaló no sólo no se molestó en ocultarse, sino que conversó contigo, aunque fuera con citas bíblicas. Estos ataques son obra de distintas personas —afirmó dándole vueltas a la cabeza.

—Yo también lo creo —convino Uriel—, pero sinceramente, preferiría

debatirlo mañana. Ahora mismo estoy tan cansado —«y dolorido, y jodido, y exhausto»— que me cuesta pensar.

Adán lo observó y asintió. Desde luego, se lo veía agotado. Y a su novia, pareja, reina o lo que fuera, también.

—¿Cuánto tiempo lleváis despiertos?

—Desde ayer a las ocho de la mañana —contestó Uriel, y Avril asintió, coincidiendo.

—Os llevo a casa —se ofreció Adán levantándose del sillón y agarrando las llaves. Al menos él había dormido un par de horas la noche anterior.

—No es necesario. Avril ha traído el coche.

—No creo que esté en condiciones de conducir.

—Entonces cogeremos un taxi —dijo Uriel.

Adán lo miró entornando los ojos con suspicacia.

Y no fue el único al que el rechazo le resultó sospechoso.

—¿Por qué no quieres que te lleve Adán? —inquirió Calix.

Uriel apretó los labios y negó con la cabeza.

—¿Qué es lo que nos está ocultando? —le preguntó Rodrigo directamente a Avril.

Ella permaneció silente, sus ojos fijos en los de su amante. Y éste soltó un sentido suspiro antes de mirar a sus amigos y sincerarse:

—Quien me apuñaló me advirtió que quienes permanecieran a mi lado serían tan culpables como yo y sufrirían la cólera de Dios, o la suya en todo caso —bufó desdeñoso—. Así que, ¿qué queréis que os diga?, preferiría que no me viera con vosotros.

—Y por eso has venido aquí. Ibas a recoger tus cosas e irte sin decirle nada a nadie —intuyó Calix.

—Ni siquiera a Avril —añadió Iskra, recordando la furia de la Reina cuando llegó a la casa.

—Eres idiota, Uriel —afirmó Calix antes de ir hasta él y revolverle el pelo con una mano.

Uriel le respondió con un manotazo. Y Calix lo agarró del cuello y le frotó la cabeza con los nudillos. Así que Uriel le dio un codazo en el estómago y, aprovechando que el segoviano estaba siendo muy cuidadoso para no hacerle daño en la mano quemada ni en el costado herido, se revolvió contra él y le agarró las pelotas.

—¡Eso es juego sucio! —protestó Calix sobresaltado.

—Como si alguna vez hubiera jugado limpio —se burló Uriel.

Calix estalló en una nerviosa carcajada que no tardó en contagiarse al resto.

—*Estoy impresionado. Te has declarado... Espero que no salgas corriendo cuando ella se despiste.*

—*No lo haré. Aquí estoy y aquí me quedo.*

—*Así me gusta, con dos cojones... Ahora, a ver si te dura.*

—*Cállate, gilipollas.*

CONVERSACIÓN INTERIOR DE URIEL CONSIGO MISMO

MIENTRAS VIAJA HACIA EL LIRIO NEGRO

EL DOMINGO, 24 DE FEBRERO, A MEDIODÍA

Avril dio un rápido vistazo al retrovisor y, en una maniobra arriesgada, salió del carril izquierdo en el que circulaba a más velocidad de la debida y atravesó los tres carriles de la autopista para incorporarse al derecho y tomar la vía de salida pocos metros antes de que ésta se separara.

Uriel se encogió en el asiento al ver que esquivaba por los pelos las gruesas balizas azules que había en el vértice de la bifurcación.

—Tal vez deberías, ya sabes, bajar un poco la velocidad o, en su defecto, tomar las salidas con más antelación..., no mucha, sólo la suficiente para que no acabemos empotrados contra las balizas —comentó aferrándose a la agarradera que había sobre la ventanilla.

—¿No te gusta cómo conduzco? —Avril aceleró con brusquedad para incorporarse a la carretera, colándose entre dos coches entre los que no había hueco. Un claxon sonó con fuerza.

—Si te digo que no, ¿volverás a follar conmigo?

—No.

—Entonces sí me gusta cómo conduces —dijo él, arrancándole una sonrisa.

Aunque fue una sonrisa demasiado breve, pues rápidamente frunció el ceño y miró por el retrovisor, como hacía cada pocos segundos durante ese alocado viaje.

Y Uriel no tuvo ninguna duda de por qué chequeaba tanto el espejo. Porque quería asegurarse de que nadie los seguía. Algo que, según Adán, era muy improbable, pues estaba convencido de que Olga era Ojito Conmigo y ésta se hallaba fuera del país. También estaba seguro de que la trampa de la cerradura era el fuego al que se refería en su post de Facebook. Aunque nada de eso importaba. Porque eran corazonadas para las que no tenían pruebas, lo que ataba de manos a Adán. Y mientras tanto, Némesis, Ojito, LOR o quien fuera seguía libre y atacando.

Se miró la mano izquierda cubierta por una gruesa capa de pomada en el dorso y los nudillos. Le ardía con un dolor constante y afilado que rivalizaba con el que le latía en el costado. Aunque esa herida no lo aterraba ni la mitad de lo que lo hacía la quemadura.

Si Ojito hubiera usado otro combustible más potente y menos volátil, le habría provocado quemaduras de tercer grado que le podrían haber quemado la palma de la mano además del dorso y los nudillos, causándole graves lesiones que podrían inutilizársela para siempre.

Se estremeció al pensar que si la cerradura no se hubiera atascado no habría agarrado el pomo con la mano derecha y habría abierto la puerta con dicha mano. Y si, en vez de etanol hubiera usado otro químico, le habría estallado en la mano dominante, incapacitándolo para hacer lo único que había deseado hacer durante toda su vida: coser.

Entonces se percató de que, si hubiera ido con Avril a su piso para que lo ayudara a recoger la ropa, ella podría haber probado a abrir la puerta y la llamarada habría impactado en ella. O, si no hubiera ido, habrían sido Iskra o Calix quienes la recibieran por él.

Se le atoró la respiración en el pecho.

—Uriel, ¿qué te pasa? —le llegó la voz de Avril muy lejana. Y sólo entonces se dio cuenta de que todo su cuerpo temblaba sin control.

—La voy a matar —jadeó, arrancando las palabras de lo más profundo de sus entrañas—. La mandaré de nuevo a la jodida tumba y esta vez lo haré con mis propias manos. —Apretó las palmas contra sus muslos y cerró el puño derecho como si le costara contenerse y no golpear nada—. Me aseguraré de que se queda bajo tierra y quemaré su cuerpo para que no vuelva a levantarse. —Golpeó el salpicadero con la mano derecha—. No dejaré que te haga daño, ni a ti ni a nadie. Nunca más. Haré cualquier cosa para protegerte de Némesis, cualquier cosa.

—¿Y qué te hace pensar que necesito protección? ¿O que yo no haría cualquier cosa por protegerte a mi vez? —señaló Avril con voz glacial.

Y en ese momento Uriel comprendió cómo debía de haberse sentido ella cuando trató de alejarla para escapar.

Se inclinó en el asiento para darle un suave beso en la mejilla.

—Lo siento.

—No lo sientas. Te lo haré pagar —replicó ella.

Y, a pesar del dolor que le asaeteaba el cuerpo, del cansancio y del recelo, él sonrió.

* * *

Uriel suspiró aliviado cuando Avril giró bruscamente y entró en la calle en la que estaba el portal que daba a la parte trasera del Infierno. Entró en el garaje con un rechinar de neumáticos y esperó vigilante a que la puerta se cerrara antes de bajar del coche y montar en el ascensor que daba acceso al portal. Luego recorrieron el vestíbulo y entraron en los dominios de la Reina. Avril marcó el código que impedía que saltara la alarma y fueron directos al dormitorio, donde Uriel se dejó caer en la cama mientras ella iba a la nevera. Cogió un batido de fresa y sacó del bolso un analgésico y el antibiótico que la

doctora del centro de salud les había dado para prevenir posibles infecciones y fue a la cama.

Se lo encontró dormido.

Así que le sopló en la cara para despertarlo. No funcionó. Por lo visto, eran necesarias medidas más drásticas.

Uriel se despertó sobresaltado al sentir un fuerte pellizco en las tetillas.

—¿Qué haces, joder? —gimió malhumorado, frotándose las tetas. Y entonces cayó en la cuenta de que Avril le había desabrochado la camisa y el chaleco. También el cinturón y los pantalones. Y le había quitado los zapatos y los calcetines. La miró arqueando una ceja—. Así que quieres un poco de sexo sudoroso a mediodía —dijo haciendo referencia a la hora que era.

—Tómatelas —lo ignoró poniéndole las pastillas en la mano.

Y Uriel, en lugar de protestar, se las metió en la boca, dando muestra de lo agotado y dolorido que estaba. Se bebió el batido y luego se incorporó con un gruñido para quitarse la ropa. Frunció el ceño al ver la sangre que le manchaba el vientre y resbalaba por la cadera.

—Ni se te ocurra pensar en meterte en la ducha, no estoy de humor para sostenerte —le advirtió Avril.

—Tampoco es que pudieras, peso unos cuantos kilos más que tú —repuso burlón, tendiéndose en la cama.

—Soy bastante más fuerte de lo que parezco.

—Lo sé. Eres la más fuerte de los dos. Y eso me excita —musitó cerrando los ojos.

Un minuto después, un suave ronquido salía de sus labios entreabiertos.

Avril se mantuvo inmóvil, observándolo con intensidad. Necesitaba asegurarse de que estaba bien. De que sus heridas no eran importantes y esa loca no se lo había arrebatado. Y, cuando sintió que sus latidos se normalizaban y no tenía que obligar a sus pulmones a respirar despacio, saltó de la cama, reticente a dejarlo solo, y se dirigió a la cocina. Cuando regresó llevaba consigo una olla con agua templada y varias toallas de tocador. Las

humedeció y le limpió con cuidado la sangre que le manchaba la piel. Él se removió al sentir el primer roce, pero continuó durmiendo. Ni siquiera se despertó cuando, siguiendo un impulso, le lavó la cara, el cuello y los genitales.

Luego se dio una ducha rápida sin mojarse el pelo y se tumbó en la cama a su lado. No tardó más de cinco segundos en caer dormida.

* * *

Uriel abrió los ojos sobresaltado, el placer escalando por su vientre y tensándole el estómago. Trató de incorporarse y en ese momento se dio cuenta de que tenía los pies inmovilizados por el cepo y la muñeca derecha atada al cabecero mientras que el brazo izquierdo estaba en cruz, la mano quemada alejada del cuerpo. Un estremecimiento de pura excitación lo recorrió cuando sintió la lengua de Avril saboreándolo. Porque era ella, no le cabía ninguna duda. Sólo ella era capaz de comprenderlo incluso mejor que él mismo y anticiparse a sus deseos y sus necesidades. Alzó la cabeza y lo que vio estuvo a punto de llevarlo al orgasmo.

Estaba arrodillada entre sus muslos, trabajándole la entrepierna con labios, lengua y dientes, su exquisita melena castaña deslizándose sobre su vientre como una cortina de seda mientras su cabeza subía y bajaba.

Un gemido escapó de sus labios y todo su ser se tensó al borde del clímax.

Y entonces ella se detuvo, alzó la cabeza y lo miró con beligerante malicia antes de ponerse en pie y caminar sobre la cama para colocarse a la altura de su cabeza. Se arrodilló con las piernas separadas sobre ésta, y Uriel se apresuró a obedecer la orden implícita en su postura.

Afiló la lengua y se dedicó a darle placer, encontrando al instante el ritmo y la presión que la hacían jadear.

Avril se aplastó contra él y se meció frotando sus pechos contra el abdomen masculino, disfrutando del vello recortado y algo rasposo que lo cubría.

Uriel sintió que tocaba el cielo al notar el roce de los erizados guijarros en que se habían convertido sus pezones. Le aferró la cadera con la mano quemada para pegarla más a su boca y ella se quedó inmóvil.

—No te he dado permiso para eso —le dijo con voz fiera.

Y él se apresuró a retirar la mano y se dedicó en cuerpo y alma a complacerla, hasta que ella se levantó de su cara para caminar hasta su vientre y sentarse a horcajadas, empalándose con su erección. Lo cabalgó con furia, buscando el orgasmo pero sin hacer intención de dejarle su marca en el cuello. La marca que le daría alas para llegar al éxtasis. Y Uriel supo que ése iba a ser su castigo por dejarla de lado esa mañana y tratar de escapar.

No le importó. Se lo merecía por idiota.

De repente, Avril apretó las manos en puños sobre el torso masculino y, exhalando un fiero gruñido, bajó sobre él y le mordió el pecho, a la altura del corazón, para luego succionar llevándolo al éxtasis al tiempo que lo alcanzaba ella.

—Creí que no me ibas a dejar llegar —admitió Uriel minutos después.

—Y no iba a hacerlo. Pero mi deseo de sentir tu semen resbalar por el interior de mis muslos ha sido superior a mis ganas de castigarte.

Uriel la miró malicioso.

—Eso significa que me debes un castigo... —dedujo arrancándole una sonrisa.

—Más tarde, ahora estoy muerta de hambre —confesó ella.

Saltó de la cama y se encaminó al baño. Antes de entrar se volvió y arqueó una ceja.

Uriel no dudó en aceptar su invitación. Aunque no fue tan placentera como había esperado, pues se limitó a lavar lo con cuidado para no mojar el apósito que cubría la herida ni la mano quemada, la cual le hizo mantener en alto, sujeta al extremo superior de la mampara. Y cuando él se quejó de su falta de afecto, ella se mostró compasiva y lo masturbó excitándolo hasta el delirio, para luego salir de la ducha sin permitirle la liberación, lo que lo dejó con un

importante dolor de huevos. Tampoco le vino mal del todo, pues lo hizo despistarse del dolor que ardía en su mano y le taladraba el costado.

Regresaron a la cama y ella le untó la mano con pomada antes de darle unos vaqueros, el chaleco de brocado y unas deportivas para que se vistiera. Luego le tendió un analgésico.

—¿Qué hora es? Me tomé uno antes de acostarme —comentó receloso. No le gustaba tomar pastillas, menos aún abusar de ellas.

—Más de medianoche. Hemos pasado todo el día durmiendo.

—Por eso tengo tanta hambre. —Se tragó la pastilla y salió del dormitorio.

Fueron a la cocina, donde arramblaron cualquier cosa comestible que encontraron. Un poco de paté, una ensalada caducada que estaba riquísima, unas salchichas que calentaron al microondas, algo de fiambre y, cómo no, un paquete de donuts con cobertura de azúcar que desapareció en menos tiempo del que tardaron en abrirlo.

Cuando terminaron, recogieron la mesa y, mientras Avril fregaba los platos, Uriel se colocó tras ella y, tras retirarles el pelo con un gesto tan sensual como cariñoso, le besó la nuca.

—Te quiero.

Avril se giró entre sus brazos, sus ojos zarcos encadenando los obsidiana de él.

—¿Ahora que lo has aceptado no vas a parar de repetirlo?

—No me has dejado terminar la frase —señaló él arqueando una ceja.

—Adelante, termínala —lo desafió ella.

—Te quiero... hacer un traje de saliva que te cubra de los pies a la cabeza. —Le tentó la boca con la suya—. Te quiero... besar hasta dejarte sin aliento. —Deslizó los labios por su cuello—. Te quiero... hacer el amor por toda la eternidad. —Le atrapó la oreja en un erótico mordisco—. Te quiero..., sin más.

La besó.

Y ella, en respuesta, lo libró del dolor de huevos que le había provocado

antes.

* * *

Eran casi las dos de la mañana cuando entraron en la Ratonera.

—Por fin te dignas aparecer —le recriminó Julio con rudeza a Avril—. Tenemos que hablar.

—Más tarde. Ahora tengo que ver a Boris —rechazó ella yendo a la puerta.

Hablar con el portero era prioritario. De hecho, debería haber ido a verlo nada más llegar al Lirio Negro, pero entonces estaba demasiado cansada para hacer nada, y después Uriel la había entretenido. Muy gratamente, por cierto.

—¡Avril! Es importante —insistió Julio, irguiéndose enfadado.

—Sólo serán cinco minutos. —Abrió la puerta y salió al pasillo que recorría el Infierno.

Uriel la siguió hasta la entrada al Lirio Negro, que, dada la hora y el día, estaba casi vacío, y se quedó vigilando la puerta mientras Avril hablaba con el portero.

—Si viene por aquí una tal Olga Arrojo Pidal, quiero que la retengas y me llames. Tengo cuentas pendientes con ella —ordenó con fiereza antes de describírsela haciendo hincapié en que cojeaba, en sus rasgos caballunos y masculinos.

El hombre asintió y abrió la base de datos del ordenador para añadir el aviso mientras Avril se dirigía al Tártaro, donde informó al jefe de seguridad de lo que pasaba. Luego ella y Uriel se encaminaron a la Ratonera, donde se encontraron con Kaos y Julio.

—No me lo puedo creer, por fin nos haces el increíble honor de atender a nuestros requerimientos —ironizó Julio malhumorado, aunque se calló al oír el pitido que anunciaba que alguien acababa de marcar el código de seguridad de la Ratonera.

El jefe de seguridad del Lirio Negro entró e, ignorando a los allí reunidos,

clavó sus penetrantes ojos en Avril.

—Me acaba de llamar Boris, la mujer a la que debemos retener estuvo aquí hace unas semanas. Tiene una ficha abierta con sus datos personales en la base de datos —informó.

Avril lo miró petrificada, y Uriel no se quedó atrás en su pasmo.

—¿Cuándo? —exigió saber la Reina.

—El doce de enero, en la fiesta de Morgana. De hecho, se coló en el Hades —contestó Kaos, haciendo que Avril se volviera hacia él.

—Es lo que llevamos tratando de decirte desde anoche, cuando decidiste apagar el puto teléfono —le recriminó Julio, tan cabreado como su socio.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Uriel.

—Porque vuestra querida amiga coló el sábado por debajo de la puerta un sobre para «la Reina», sí, ése era el destinatario —respondió Julio con una sonrisa cáustica.

—Y yo lo recogí, y me olvidé de él hasta por la noche —comentó Kaos.

—Como siempre haces —apuntó mordaz Avril.

—No me gusta perder la costumbre —replicó Kaos—. La cuestión es que me acordé de él poco antes de cerrar, lo abrí y encontré unas fotos nuestras en las que, no es por nada, pero estamos fantásticos. De lo más eróticos —dijo mirando a Uriel.

—¿De nosotros dos? —jadeó el moreno estupefacto. Nunca había tenido ningún encuentro sexual con Kaos que Némesis pudiera fotografiar. Ni allí ni en ningún otro lado.

—Sí. No es difícil ubicarlas en el tiempo, estábamos rodeados de vampiros, y eso sólo sucede en las fiestas de Morgana —señaló burlón el rubio, tendiéndole las fotografías a Avril.

Estaban granuladas y bastante oscuras, también movidas, como si se hubieran hecho sin flash y con descuidada rapidez, pero aun así Uriel y Kaos eran fácilmente reconocibles. En la primera, Kaos le amasaba la entrepierna a Uriel sin disimulo y con no poca lascivia, y en la siguiente reseguía con un

dedo la más que evidente cresta de su erección. En el borde las fotografías, una frase: «Tampoco a ti te es fiel. ¿Vas a aceptar a un hombre que seduce a tus socios y te pone en ridículo como reina?».

—Así que estuvo aquí ese día —murmuró Avril mientras Uriel observaba silente las fotos.

—Y tal vez te viera con Uriel, lo que significa que sabe quién eres —apuntó Julio mirando a Avril preocupado.

—No. Esa noche nos besamos tras unas cortinas y follamos en el almacén —repuso Uriel, un destello de reconocimiento iluminando sus ojos—. Sé quién las tomó. La vi y supe que la conocía de algo, pero pensé que era alguno de mis antiguos amantes. Joder, incluso pensé que era un hombre. Llevaba una gorra militar y un abrigo largo hasta los tobillos. Recuerdo que pensé que su manera de cojear me resultaba familiar...

—Eso sitúa a Némesis aquí el mismo día que estuvo Olga —expuso Avril—. Llama a Adán.

Dulce Roser, regreso a Madrid mañana y apenas puedo esperar. En el momento en que pise tierra, iré a ver si mi castigo ha tenido el efecto deseado.

USUARIO OJITO CONMIGO, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A DULCE ROSER,
28 DE FEBRERO DE 2019

Lunes, 25 de febrero de 2019

—Vuestras caras apenas son reconocibles, no las ha tomado un profesional —dijo Adán tras observar detenidamente las fotos. Estaba en comisaría con Avril, Uriel y el policía barrigón que llevaba el caso, revisando las fotos que acababan de entregarle.

—Un detective nunca habría usado una cámara tan mala ni las habría tomado desde un ángulo tan desastroso —coincidió el policía—. Si tu acosadora contrató un detective, no lo mantuvo en nómina mucho tiempo.

—Algo lógico, por otro lado, pues una vez conseguidos los datos que necesita sobre ti, no le conviene tener a nadie husmeando —comentó Adán mirando a Avril—. ¿Estás segura de que estas fotos sólo pudieron tomarse el doce de enero?

—Sólo ha habido una fiesta de vampiros a la que Uriel haya asistido, y se celebró ese día. —Avril señaló en las fotografías las capas negras de los pseudovampiros.

—¿Tienes algún registro de las personas que acceden al Lirio Negro? —

preguntó Adán.

Avril asintió, sus labios curvados en una sonrisa perversa.

—Olga Arrojo Pidal se registró en el Lirio Negro ese día. Y no ha vuelto a ir.

—¿Estás segura de que es nuestra Olga? —insistió Adán—. Debe de haber docenas de mujeres con ese nombre.

—¿Y con el mismo DNI? —inquirió ella entregándole la ficha impresa de Olga, en la que figuraba una copia de su DNI y su firma en el consentimiento para la ley de protección de datos—. También la tengo grabada en vídeo. No es que se la vea muy bien porque lleva una gorra y un abrigo militar, pero la altura coincide y cojea arrastrando la pierna derecha.

—¿Has traído las grabaciones?

—A las 19.37 en la esquina inferior izquierda de la pantalla y a partir de las 20.18 en el banco corrido del cuadrante superior derecho —dijo pasándole un *pendrive* a Adán.

Éste se apresuró a insertarlo en el puerto USB del ordenador. Un segundo después examinaba con atención los tiempos que ella le había señalado. Esbozó una lenta sonrisa.

—La tenemos...

—Yo no diría tanto. No puedes demostrar que Olga Arrojo sea la sospechosa basándote en esas imágenes —le advirtió su compañero.

—No. Pero a mí me vale. —Adán fijó la mirada en la pantalla. Desde luego, no podían identificar a Olga por la grabación, pero había demasiadas coincidencias para pasarlas por alto—. No puedo demostrar que sea ella, pero por los registros del Lirio Negro sé que estaba allí.

—Registros que, y no se lo tome a mal, su majestad —repuso burlón el policía mirando a Avril—, pertenecen a la base de datos de la pareja de la víctima y son fácilmente falseables.

—Estaba en Barcelona el día del suicidio de Roser, lo que la sitúa en el lugar del que han salido algunas de las fotos con las que se ha acosado a la

víctima —contraatacó Adán—, quien además la ha identificado como la mujer que chocó contra él el día que encontró una amenaza escrita en su bolsillo. También tenemos la esquila que evidencia su animadversión hacia Uriel. Yo diría que tengo motivos fundados para sospechar de ella...

—Todo eso está cogido con alfileres, Vega-Sombría —le advirtió el policía barrigón a Adán, llamándolo por su apellido—. Ningún juez admitirá eso a trámite si la detienes.

—Pero es que no pienso detenerla, sólo quiero charlar con ella —señaló él insidioso.

* * *

Viernes, 1 de marzo de 2019

—Las huellas de la puerta y las fotografías no coinciden con las del cuchillo. Y tampoco pertenecen a nadie que esté fichado —le comentó el policía barrigón a Adán.

—Algo totalmente predecible, dudo que Olga o LOR tengan antecedentes criminales —replicó éste, observando impaciente el panel de llegadas de la terminal 4 del Aeropuerto Madrid-Barajas.

—Puedes buscarte un problema con esto, Vega-Sombría.

—¿Por qué? Sólo voy a charlar amistosamente con una mujer que conoce a mi amigo, para ver qué opina sobre lo que le está ocurriendo —contestó Adán encogiéndose de hombros—. Está a punto de llegar, ¿has comprobado el equipo de grabación?

—Una docena de veces. Te espero en la cafetería. Suerte.

Adán se dirigió a la pasarela de llegada del vuelo AEA1016 proveniente de Londres. Se apoyó en la pared y esperó, en su cabeza grabada la descripción que Uriel le había dado y la única foto que tenían de Olga. No

había sido fácil averiguar el vuelo en el que llegaba y no podía permitirse el lujo de perder esa oportunidad, así que tenía que reconocerla sí o sí.

Se enderezó al ver a varias personas saliendo maleta en mano y afiló la vista. Poco después, su vigilancia se vio recompensada. Allí estaba ella. Era alta y delgada, con el pelo negro y rizado, las orejas asomando por él y el flequillo tapándole los ojos. Tenía cara de caballo, poco pecho y el tatuaje de un velero asomaba por la camisa abierta. Vestía un traje de chaqueta negro con camisa del mismo color, y parecía más un hombre que una mujer.

Esperó a que se dirigiera al vestíbulo de la terminal antes de acercarse a ella.

—¿Olga Arrojo? —le preguntó con voz cálida.

Ella lo miró sobresaltada. ¿Quién coño era ése y por qué sabía su nombre y su apellido?

—Necesito hablar contigo. —Adán imprimió a su voz una nota de urgencia mezclada con una pizca de desesperación.

—¿Quién eres?

—Un vecino de Uriel. El policía del tercero —confesó, consciente de que era probable que supiera quiénes eran los vecinos de Uriel. Esperaba que la sinceridad lo ayudara a ganársela.

—¿Y qué coño quieres? Yo no he hecho nada —le espetó nerviosa. Agarró con fuerza el asa de la maleta y comenzó a andar con rapidez.

—Por supuesto que no. O, mejor dicho, sólo has hecho lo que debía hacerse.

Ella lo miró confundida, pero no aminoró el paso.

—Necesito hablar contigo de algo importante que nos afecta a los dos —insistió Adán.

—No tengo nada de que hablar con usted. Si quiere acusarme de algo, deténgame. Sólo hablaré delante de mi abogado —dijo amenazante recurriendo al trato formal.

—No hay necesidad de llegar a eso —afirmó él con calma—. No soy tu

enemigo, Olga, al contrario: soy tu amigo.

—Lo dudo. No nos conocemos y quiero que siga siendo así.

—No te fías de mí, lo entiendo. Déjame probarte que tengo buenas intenciones. La policía te está investigando. En realidad, mi superior y yo te estamos investigando —mintió, pues no había ninguna investigación oficial en marcha sobre ella, todavía—. Uriel te ha denunciado...

—Uriel no sabe quién soy, no me conoce y nunca me ha visto —replicó furiosa—. Y yo tampoco sé quién es ese tipo del que me habla —se apresuró a añadir.

—Claro que sabes a quién me estoy refiriendo. Y él también sabe quién eres tú. Te vio en su boda, Roser os presentó —rebatía él, dándole los datos suficientes para hacer creíble su historia. Cuanto más sincero fuera, más fácil sería llevarla a su terreno—. Creyó reconocerte el día que le echaron gas pimienta en la cara, algo que confirmó cuando fuiste tan insensata de chocar con él y meterle una amenaza en el bolsillo. Y con eso no quiero decir que hicieras mal, hay personas que se merecen un escarmiento, pero si vas a dárselo hazlo de manera que no te pillen, no a cara descubierta. Por ejemplo, fue muy inteligente usar una peluca rubia cuando fue rociado con gas pimienta, cambia por completo tus facciones.

—Yo no he rociado con gas pimienta a nadie.

—Yo no he dicho que lo hicieras —señaló él esbozando una sonrisa cómplice—. Te voy a ser muy sincero, aunque Uriel te ha reconocido, he sembrado dudas razonables en mi superior y éste ha echado para atrás una posible rueda de reconocimiento —mintió.

Para convocar una rueda de reconocimiento hacía falta una autorización judicial, algo que desde luego no tenía. Pero contaba con que Olga hubiera visto muchas películas de policías, a ser posible americanas, que no sólo faltaban a la verdad, sino que le echaban una imaginación bárbara al asunto.

—Pero, aun así, la sospecha sigue sobre ti —continuó Adán—. Aunque ahora mismo no hay pruebas contra ti, yo me he encargado de que no las

hubiera... —Guardó silencio para que su afirmación calara en ella—. Debes tener mucho cuidado con las fotografías, Olga, aunque creas que están limpias, a veces quedan huellas —comentó conspirador—. Lo mejor es frotarlas con una gamuza impregnada en alcohol, así se eliminan del todo. —Le guiñó un ojo—. La falta de huellas y la duda que he sembrado sobre la identificación hacen que las pruebas sean inconsistentes para abrir una investigación, pero eso puede cambiar en cualquier momento.

—¿Por qué me está contando esto? No tiene nada que ver conmigo —arguyó ocultando su turbación bajo una fría furia.

—Porque soy de la opinión de que entre víctimas hay que ayudarse —le respondió sorprendiéndola—. Necesito hablar contigo, y no puedo hacerlo atravesando medio aeropuerto. Deja que te invite a algo en un lugar tranquilo, serán sólo cinco minutos. Por favor —dejó asomar a su voz una pizca de desesperación aderezada con una buena dosis de vulnerabilidad.

—¿Dónde? —inquirió ella recelosa.

—¿Qué te parece esa cafetería? Está bastante tranquila. —Señaló una cafetería cuyas sillas y mesas ocupaban un amplio rectángulo abierto en el vestíbulo de la terminal.

—Cinco minutos, ni un segundo más.

—Por supuesto.

Adán fue a la barra y pidió un par de refrescos antes de indicarle una mesa tranquila situada junto a los inmensos ventanales, desde los que se podía ver despegar y aterrizar los aviones. Apenas había gente a su alrededor, una familia con niños pequeños alborotando, una pareja haciendo manitas y un ruso moreno y barrigón leyendo un periódico en ese idioma.

—Estoy locamente enamorado de mi esposa, nos casamos hace poco más de un año y hace unos meses nació nuestro primer hijo —comenzó Adán a tejer la telaraña en la que quería atraparla—. Yo creo que se parece a mí, ¿tú qué piensas? —Sacó de la cartera un par de fotografías. La primera era de su boda; la segunda, de un gracioso bebé.

Ella lo miró recelosa antes de asentir con un lento gesto de la cabeza.

—Adoro a mi mujer, es lo mejor que me ha pasado nunca... Y creo que Uriel está tratando de seducirla. —Bajó la mirada, como si le costara hablar—. Coinciden a mediodía, cuando no estoy, y creo que se ven en mi casa. —Y ésa era una mentira creíble, pues Eva trabajaba de noche y Uriel comía en casa, lo que los colocaba juntos en el edificio a esas horas—. Mi mujer se llama Eva, y yo Adán, ya lo ves, estamos predestinados a estar juntos. —Se sirvió de la pareja bíblica para tratar de acercarse a ella. Al fin y al cabo, LOR siempre tenía a Dios en la boca—. Y Eva, al igual que su predecesora, está a punto de morder la manzana y abandonarse al pecado, si es que no lo ha hecho ya. Últimamente se muestra esquiva conmigo y creo que eso significa que... —Se calló, fingiéndose desolado. Y Olga lo miró más compadecida que recelosa, lo que ya era un logro.

—Soy policía, mi trabajo es fijarme en los detalles y ya van varias veces que he encontrado en el peine hebras de pelo moreno mucho más largas que el mío —se pasó la mano por su cabello corto en un gesto que transmitía desamparo—, y mi mujer es rubia. También he encontrado escondido en el cajón de su mesilla un bote de lubricante. Y nosotros no practicamos el sexo anal, es de depravados —masculló simulando estar asqueado—. Por tanto, ¿para qué lo quiere? Y no sólo eso, a veces la pillo susurrando al teléfono y se calla cuando me ve, así que le he puesto un micrófono y... —miró al suelo compungido y, al levantar la vista, se percató de que ella lo observaba pesarosa. Así que no era inmune a la pena. Decidió explorar ese camino— sé que tiene sexo telefónico con él. ¡Y no lo entiendo! A nosotros no nos van las perversiones..., o al menos no nos iban antes de que ese adúltero llegara. —Fijó una atormentada mirada en ella. Y dio resultado, porque su gesto terco se ablandó un poco.

—Debería vigilar estrechamente a su mujer —le reprochó Olga, pero en sus ojos brillaba la compasión y su voz había perdido su anterior dureza.

—Por supuesto que lo hago, pero trabajo todo el día fuera y ella pasa

muchas horas sola. Y ese malparido está al acecho. Va a por Eva y no sé cómo impedirlo. Lo he investigado y sé que engañó y utilizó a su mujer hasta que no le dejó otra opción que quitarse la vida. Es como si la hubiera asesinado con sus propias manos, y no quiero que a Eva le pase lo mismo. Pero por mucho que intento hacerle ver cómo es él, no consigo que entre en razón. Está hechizada por ese hombre y me temo que sus amigas también. Tal vez si las fotografías en las que se muestran sus infidelidades y sus perversiones les llegaran a ellas en vez de a él serviría de algo, pero no es así. —La miró con intensidad, acusándola de mandarlas a quien no debía.

Olga abrió unos ojos como platos al comprender lo que él insinuaba.

—¡Claro que le llegan a tu mujer! ¡Y a todas las mujeres del edificio! O al menos eso creo —reculó al darse cuenta de que estaba revelando demasiado.

—Me temo que no. Sólo vieron las fotos de él follando con sus amantes que alguien pegó en la puerta de su casa, desde entonces no le ha llegado nada a ningún vecino.

—Eso es imposible —jadeó furiosa al comprender que ese repugnante adúltero había interceptado las fotografías. Por eso su jefe no lo despedía, sus vecinos seguían hablándole y su casero no lo había expulsado. Una oleada de odio estalló en ella, tan profundo y abrasador que la hizo estremecer. ¡Maldito fuera! ¡Iba a salir impune!

—Todas las fotografías que tenemos las ha entregado él para denunciar que lo están acosando —dijo revelándole lo que no debía. O fingiéndolo, en todo caso—. Pero yo creo que existen más fotos. Imágenes que, de hacerse públicas, le impedirían seguir fingiéndose una víctima y lo convertirían en culpable a la vista de todos. Pero no las tengo. Y quien las tiene no las muestra, lo que lo convierte en cómplice al permitirle seguir utilizando y engañando a mujeres indefensas. —La miró acusatorio.

—Estoy segura de que esas fotos que mencionas existen... sólo tienes que... esperar a que te lleguen —afirmó indecisa, tuteándolo—. No puedes permitir que salga impune de esto...

Adán le tomó la mano que había puesto sobre la mesa.

—No sólo va a salir impune, Olga, es mucho peor que eso —susurró intrigante—. Esto no puede salir de aquí, prométemelo.

Ella se apresuró a asentir con un gesto.

—Su puerta estalló en llamas el domingo pasado, pocas horas después de que lo apuñalaran.

—No sabía que lo hubieran apuñalado... —comentó Olga inclinándose hacia él, sus ojos brillantes de interés mal disimulado. Así que Adán se abstuvo de informarla sobre el resultado del incendio. Más tarde tal vez pudiera usar su curiosidad en contra de ella.

—La cuestión es que, aunque el cabrón tenga más que merecido lo que le ha pasado, mi superior ha decidido destinar más recursos a la investigación y examinar personalmente cada prueba que se presente. No voy a poder seguir falseándolas. —Golpeó la mesa desolado—. Ese adúltero interpreta a la perfección su papel de víctima y mi mujer y sus amigas han caído en la trampa, enamoradas de su desamparo y su atractivo. Él las utilizará y las pervertirá y..., Dios santo, no quiero ni pensarlo. —Sollozó tapándose la cara con las manos, porque eso de llorar no le salía nada convincente—. Mi pobre Eva..., va a destrozarla. No sé qué haré si la pierdo...

—¡No puedes permitirlo! —jadeó furiosa Olga.

—¿Y cómo lo evito?! —exclamó poniéndole corazón al asunto—. Si tuviera pruebas de su corrupción y de su maltrato a las mujeres, podría hacer que mi esposa y sus amigas abrieran los ojos y vieran el monstruo que es. Pero no tengo nada que demuestre cómo es en realidad.

Olga lo miró indecisa, sin atreverse a confesar pero sintiendo que debía hacerlo. Tenía mucho en común con ese hombre y ambos querían lo mismo: la destrucción de Uriel.

—Espera un poco... Tal vez lleguen más fotos... Y seguro que irán dirigidas a ti... Él no podrá interceptarlas —prometió jadeante.

—No lo entiendes. Se nos ha acabado el tiempo. Sólo es cuestión de días

que el inspector revise mis informes y descubra que están falseados —presionó Adán—, y cuando eso ocurra me abrirá un expediente y me apartará del caso. Y Uriel habrá ganado, porque no habrá nadie que pueda detenerlo, nadie que pueda decirle al resto del mundo el depravado que en realidad es.

—Hay... hay unas fotos muy comprometedoras de Uriel haciéndole una felación a su compañero de trabajo, el que se casó el sábado... —reveló ella dubitativa.

—¿Podrías conseguir las? Si las tuviera, se las haría llegar a Iskra, a su esposa, y a mi mujer, tal vez así les quitaríamos la venda de los ojos...

—Yo no... yo no las tengo, lo siento. Sólo lo he... oído por ahí.

—Entiendo. Entonces no puedo hacer nada —dijo levantándose—. Confío en que todo lo que hemos hablado no salga de aquí. —Ella asintió y él la miró pesaroso—. Es tan injusto... Mató a su mujer y ahora va a arruinar a la mía. Y sólo el Señor sabe a cuántas más ha empujado a la muerte. Si tuviera algo que pudiera utilizar para demostrar que la maltrató psicológicamente, reabrirla el caso por el suicidio de Roser y lo acusaría de homicidio involuntario.

—Yo ya intenté que lo acusaran de eso y no conseguí nada —confesó ella furiosa.

—Pero tú no eres policía y hay hilos que no puedes mover —replicó Adán conspirador—. Yo conozco jueces y fiscales que aborrecen la perversión y nos serían favorables, pero sin pruebas no puedo hacer nada. Un placer conocerte —se despidió echando a andar.

—¡Espera! —Lo agarró nerviosa del brazo—. Tal vez... pueda ayudarte. Sé cosas...

—¿Qué cosas?

—Yo... estoy en contacto con Roser. —Esperó que la tachara de loca, pero él sólo mostró un genuino interés—. Ella me ha... enseñado las fotos que el detective privado de su marido sacó de Uriel siéndole infiel... Y también me confesó en vida que Uriel sólo se había casado con ella para conseguir sus acciones de la camisería.

—Menudo bastardo —siseó Adán—, pero con eso no puedo hacer nada. Yo te creo, pero el juez no tendrá en cuenta el testimonio de los difuntos. Necesito pruebas contundentes.

—Las fotos lo son.

—Pero no las tengo y, por tanto, no puedo aportarlas como prueba. —La miró con fijeza—. Si las tuviera, intentaría reabrir el caso. ¿Por qué no me las mandas por una dirección de correo anónima? La podríamos crear ahora mismo y mandar las fotos a través del wifi del aeropuerto para que no haya nada que las vincule a ti.

Ella miró a su alrededor dubitativa. La terminal seguía tranquila y no había nadie que pareciera interesado en lo que hablaban, pero aun así...

—Está bien, lo comprendo. Es muy arriesgado. Haré lo posible con lo poco que tengo, pero no esperes demasiado... —se lamentó Adán—. Muchas gracias por tu ayuda.

—Las tengo en el ordenador —dijo finalmente Olga dando un golpecito al enorme bolso que llevaba—. Me crearé un correo fantasma y te las enviaré, regresemos a la mesa.

Adán la siguió en silencio, evitando dirigir la mirada al ruso barrigón que tomaba café en una mesa cercana.

Se sentaron y ella se apresuró a sacar el portátil del bolso y encenderlo. No tardó en crear una dirección de correo fantasma y comenzar a enviar ficheros que Adán se apresuró a descargar en su móvil y a la vez reenviar a su compañero, aunque esto, por supuesto, no se lo dijo a Olga.

—Son repugnantes —observó asqueado—. Muchas gracias por confiar en mí, has salvado mi matrimonio, y también el de Calix y Rodrigo. Con esto les abriré los ojos a nuestras mujeres y evitaré que Uriel les destruya la vida. —Le tendió la mano y, cuando ella la aceptó, se la apretó con cariño—. Te debo mucho, Olga, eres un ángel venido del cielo. Un ángel vengador, además —agregó sonriendo, y luego bajó la voz para compartir un gran secreto con ella—: Fue increíble oír los aullidos del bastardo el domingo pasado.

Ella esbozó una enorme sonrisa de satisfacción, y Adán decidió seguir tirando del hilo. Las fotos servirían como prueba de su acoso, pero ésa era una falta leve. Si pudiera confirmar que ella puso en marcha la trampa de la puerta podría detenerla por lesiones y agresión.

—Es una pena que no pudieras verlo. —Esbozó su sonrisa más cruel—. Gritaba como un cerdo mientras sus manos ardían. Se las quemó hasta el hueso, probablemente no volverá a coser nunca... Fue muy inteligente usar etanol —la felicitó—. ¿Cómo se te ocurrió? Quiero decir, joder, yo habría usado gasolina o cualquier otro combustible...

—Y te habrías descubierto —replicó jactanciosa—. La gasolina huele mucho y no quería que sospechara antes de que estallara. —Sonrió orgullosa por su astucia.

—Tienes razón, no había caído en eso... ¿Cómo untaste el interior la cerradura con etanol? No se me ocurre cómo pudiste hacerlo... —mintió tratando de sonsacarla.

—Lo inyecté con una jeringuilla. Y luego...

* * *

—Qué pedazo de cabrón estás hecho —exclamó horas después el policía barrigón.

Olga estaba a buen recaudo en la comisaría, los archivos que había enviado a Adán habían sido admitidos como pruebas incriminatorias y las grabaciones en las que confesaba cómo había preparado la trampa habían sido determinantes para que pudieran detenerla y pasara a disposición judicial. Lo que les daba setenta y dos horas para interrogarla y mantenerla alejada de las redes sociales, impidiéndole avisar a LOR de que había sido descubierta.

—¿Qué vas a hacer ahora? —inquirió su compañero.

—Seguir trabajando. Aún me queda una persona por detener. —«Y creo saber quién es.»

El Señor es un Dios celoso y vengador; es el Señor de la venganza y de la ira. El Señor se venga de sus adversarios y mantiene su enojo contra sus enemigos. ¹ Ojito Conmigo, el Señor guio nuestras manos y a espada y fuego castigamos al sodomita, dime que lo hemos mandado al infierno al que pertenece.

USUARIO DULCE ROSER, POST EN FACEBOOK
ETIQUETANDO A OJITO CONMIGO,
1 DE MARZO DE 2019

Viernes, 1 de marzo de 2019

—Y eso fue todo —finalizó Adán su relato. Estaba con Uriel en la leonera que usaba como despacho en su casa, refiriéndole lo acontecido esa misma mañana.

—No me puedo creer que haya confesado... —musitó él.

—No fue difícil conseguirlo —contó Adán—. Llevaba tanto tiempo acosándote sin conseguir nada y estaba tan frustrada de que nadie te diera la espalda ni tuviera en cuenta sus advertencias que necesitaba compartir su frustración y buscar aliados. Sólo fue cuestión de tocar las teclas necesarias y presionar en el momento oportuno...

—Eres un puto genio —resopló Uriel pasándose las manos por el pelo—. Joder, no me puedo creer que haya recuperado mi vida.

—No te relajes tan pronto. Aún queda LOR. —Clavó una penetrante mirada en él—. Y es tan peligrosa o más que Olga. Ella es la que la ha incitado a

atacarte.

—No es por nada, pero ya desde los primeros posts Olga no parecía necesitar ningún empujón para ir a por mí —resopló Uriel.

—Una cosa es escribir que odias a alguien y recrearte con imaginar que le destrozas la vida, lo hieres o incluso lo matas, y otra muy distinta es hacerlo. Puede que Olga hablara con tus conocidos para decirles lo malo que eras, pero no consiguió nada y eso la frustró. Entonces apareció LOR y exigió venganza, dándole fuerza y proporcionándole fotografías que sirvieran a sus propósitos. Y desde entonces la manipula cebando su odio hacia ti, dándole excusas para ir cada vez a más mientras exige justicia en nombre de Dios. Sin ir más lejos, en el post que escribió esta mañana poco después de que atrapáramos a Olga, LOR aseguraba que Olga era el fuego y ella la espada. Y el otro día una mujer te apuñaló...

—Lo que indica que LOR no tenía ninguna espada a mano y tiró de cuchillo —comentó burlón Uriel, pero a sus ojos no asomó ni una gota de humor—. Lo que no entiendo es por qué no se conformó con que Olga me prendiera fuego. Nunca antes me había atacado...

—Porque estaba desesperada. Olga le había dicho que no podía hacer nada para evitar que fueras a la boda, y por sus posts sabemos que no la informó de que te había puesto una trampa. Lo único que ella sabía el sábado era que nadie iba a hacerte pagar por tus pecados y que ibas a mancillar una ceremonia sagrada a los ojos de Dios. No lo soportó, buscó un medio de transporte y fue a la boda para impedirte profanarla.

—Sin embargo, esperó hasta la madrugada para atacarme...

—Desde Maçaners hasta Robleluengo hay casi siete horas de viaje —señaló Adán, colocando a LOR en el pueblo de los padres de Roser—. Tal vez llegara bien entrada la noche. O tal vez sea una mujer a la que no le gustan las multitudes y se siente tan incómoda con la gente que prefiere mantenerse alejada hasta que ve el momento de atacar. Una mujer que se parece mucho a Roser... —Clavó una mirada penetrante en Uriel.

—Y crees saber quién es...

—Tengo mis sospechas.

—Crees que es mi suegra o alguien muy cercano a ella —intuyó Uriel, porque ésa era una sospecha que también a él lo asaltaba.

—He buscado fotografías de la madre de Roser y he podido confirmar que, al menos sobre el papel, ella y su hija se parecen mucho. Tanto como para que fuera fácil confundirlas de noche y con varias copas de más. —Fijó una intensa mirada en Uriel.

Y éste no pudo más que asentir, porque tenía razón en todo.

—Pero mi suegra, joder, no sé ni cómo se llama...

—Carme.

—Pero Carme no ha salido de la aldea en su vida, es imposible que haya cogido un coche para ir a Robleluengo o que sepa manejarse en las redes sociales para mandar mensajes, menos aún que sepa hackear la cuenta de Roser...

—Desde luego no te molestaste mucho en conocer a tu familia política —lo acusó Adán.

—Nunca he fingido lo contrario —resopló Uriel a la defensiva.

—Carme tiene carnet de conducir en regla y se compró un coche de segunda mano hace cosa de un mes, por lo que no tendría problemas para ir a la boda si hubiera querido, y con respecto a las redes sociales... trabajó varios años de administrativa y entre sus funciones estaba el mandar emails corporativos y manejar programas informáticos.

—Cuando la conocí no trabajaba. Joder, ni siquiera salía de la aldea...

—Su empresa quebró unos años antes de que conocieras a Roser. Carme, que al igual que su hija tiene un largo historial de trastornos depresivos, cayó en una profunda tristeza y su marido se libró de ella mandándola a la aldea con la excusa de darle tiempo para que se recuperara. Evidentemente, no lo hizo.

—Ya veo que has investigado a fondo —resopló Uriel burlón para ocultar con desdén la sorpresa que le había producido esa noticia y lo mucho que se

avergonzaba de sí mismo.

Por supuesto que no sabía nada de Roser ni de su familia, jamás le habían interesado más allá de saber cómo engañarlos para hacerse con todo lo que deseaba. En verdad era el demonio que LOR aseguraba.

—Alguien tiene que hacerlo, ¿no crees? —replicó Adán—. Carme es muy capaz de manejarse con las redes sociales y dudo que tuviera necesidad de hackear las contraseñas para acceder a la cuenta de Facebook de Roser. Imagino que ésta debía de tener un ordenador...

—Un portátil. Le gustaba sentarse en el salón con él sobre las piernas y mirar internet mientras yo veía la tele —recordó.

—¿Sabes qué pasó con él tras su muerte?

—Ni idea. Me fui de casa poco después del suicidio y no me molesté en llevarme nada.

—Entonces es factible que su madre lo tenga, quizá se lo llevó para recuperar las fotos que su hija tuviera en él. Es lo que haría cualquier madre. Seguramente trató de entrar en sus redes sociales y lo consiguió sin problemas —señaló Adán—. El noventa y nueve por ciento de los usuarios de internet guardan las contraseñas de sus páginas favoritas en el navegador, de manera que no tengan que teclearla cada vez que quieran acceder.

Uriel lo miró confuso.

—Pero Carme no tenía internet en casa, era algo de lo que Roser se quejaba cada vez que iba allí. La aldea está entre montañas y no llega internet, y como apenas vive gente y todos son octogenarios, las operadoras de telefonía no se molestan en llevar hasta allí la fibra óptica. Hay sitios en los que ni siquiera funciona el móvil...

—Por eso mismo cuando se conecta lo hace desde bibliotecas públicas y centros sociales.

—Joder... —masculló Uriel al darse cuenta de que todo casaba.

—Si te fijas, no es hasta que pasa más de un mes desde el suicidio de Roser cuando LOR envía su primer mensaje a Olga. Y lo hace reclamando

venganza. A partir de ese momento, Olga le contesta con rapidez, pero LOR tarda una semana o incluso más en responder.

—Porque tiene que ir a bibliotecas y centro culturales que tengan wifi y le pillan retirados de casa —apuntó Uriel.

—Eso creo. Tal vez no tuviera medio de transporte propio y dependiera de vecinos o del transporte público. O tal vez pensara que su presencia no era necesaria más a menudo. No lo sé. La cuestión es que no ha sido hasta hace un mes cuando ha empezado a contestar casi al instante, que es más o menos cuando se compró el coche.

Uriel lo miró intrigado, no se había fijado en eso.

—Sus planes de atormentarte y echarte de aquí no estaban dando el resultado esperado y tal vez comenzara a desesperarse y quisiera estar al corriente de todo con celeridad, por lo que no podía esperar a que la llevaran a las bibliotecas... —señaló Adán.

Uriel cabeceó asintiendo, todo cuadraba. Excepto...

—¿Por qué poner sus planes en Facebook? ¿Por qué no hacerlo por email o por privado? —planteó confundido—. Todo está ahí. Todo lo que me han hecho, incluso lo que piensan hacerme... Es estúpido, y no parece que Ojito y LOR lo sean.

—Tal vez pensaron que, dado que no usan sus nombres reales y sus cuentas de Facebook están vinculadas a correos ficticios, nadie las relacionaría con sus identidades reales. O tal vez no les importa, porque en realidad la única ley que han incumplido es la de protección de datos al exponer tu dirección en público. Todo lo demás son palabras vacías. Insinuaciones, insultos, amenazas vagas. En ningún momento dicen nada concluyente; de hecho, ni siquiera mencionan tu nombre.

—Pero...

—Si la policía tuviera que detener a cada persona que amenaza o insulta por internet, no habría efectivos ni medios para hacerlo ni en mil años —expuso Adán—. El compañero que habló con tu suegro confirmó que éste

visitaba la aldea un par de veces al año... Y coinciden con las fechas en las que LOR mandaba tus direcciones a Ojito. Creo que es cuando su mujer, tu suegra, o tal vez algún familiar, tal vez una prima o una tía, le sonsaca sobre ti, consiguiendo si no tu dirección completa, al menos sí la ciudad en la que resides. Y, el lunes siguiente, cuando él ya está de vuelta en Barcelona, ella se acerca a cualquier biblioteca y le transmite la información a Olga a través de Facebook...

Uriel asintió con un gesto. Él también había pensado algo similar.

—Así que tenemos a una mujer psicológicamente inestable, con una más que probable depresión sin diagnosticar ni tratar, viviendo en una aldea y aislada de su familia, que tiene que asimilar sola y sin ayuda el suicidio de su hija —resumió Adán—. No lo consigue y busca un culpable en el que volcar toda su rabia: tú. —Miró a Uriel—. Esa mujer encuentra en otra mujer, que también está sufriendo duelo por el suicidio y que tampoco consigue superarlo, a una perfecta aliada. Y entre ambas comienzan a recrearse con la venganza y lo que empieza siendo una forma de liberar su odio se acaba convirtiendo en una necesidad real de hacer daño que crece con cada logro que alcanzan. Cada vez que te echan de una ciudad, que te convierten en un paria o que te hacen sufrir se sienten vencedoras, y entran en una vorágine de venganzas que se convierte en el único propósito que da sentido a sus vidas. Por eso, al no conseguir su meta esta vez, estallan furiosas y frustradas... y te atacan físicamente.

—No te falta razón, pero, ¡joder!, no consigo encajar la imagen que estás montando con lo que recuerdo de mi suegra. Apenas si cruzamos un par de frases, pero recuerdo que me pareció una mujer solitaria, tranquila y piadosa.

—Tal vez tengas razón y me equivoque. Lo cierto es que no tengo pruebas de nada —reconoció Adán frustrado—. Sólo tengo sospechas y una corazonada tan fuerte que me roba el sueño. No puedo demostrar que sea ella, pero sé que lo es. Ella, o alguien muy cercano a ella.

—¿Y cómo vas a averiguarlo? —inquirió Uriel.

—No lo sé todavía. Pero lo haré.

—Podrías aprovechar que Olga está detenida y no puede acceder a internet para escribir en la cuenta de Ojito Conmigo, haciéndote pasar por ella, y decirle que he salido indemne y que estoy violando, maltratando y torturando a alguna mujer sin que ella pueda hacer nada por evitarlo —improvisó Uriel—. Tal vez así la hagamos reaccionar igual que pasó en la boda y venga a buscarme y trate de apuñalarme otra vez y...

—Entonces la atrapo con las manos en la masa y la llevo a la cárcel, donde se queda para el resto de su vida —finalizó Adán por él—. Déjame decirte que has visto demasiadas películas...

—No veo qué problema hay...

—El mayor impedimento es que me gusta mucho mi trabajo y preferiría que no me expedientaran por saltarme el artículo dieciocho de la Constitución al intervenir sin orden judicial una cuenta privada de internet, aunque que me acusen de usurpación de personalidad tampoco es que me haga mucha gracia, la verdad.

—Por lo que veo, en las películas todo parecido con la realidad es pura coincidencia —comentó Uriel con hosquedad.

—Ninguna película tendría éxito si el poli bueno tuviera que pasar horas y horas husmeando papeles y buscando pruebas en lugar de peleando con los malos —repuso Adán arrancándole una sonrisa.

* * *

Uriel se detuvo ante las puertas del Lirio Negro, faltaban pocos minutos para la medianoche, lo que significaba que Avril estaría en la Madriguera, gobernando con voluntad férrea el infierno sobre el que reinaba. Pero ella era mucho más que la Reina del Infierno. Era la única mujer en el mundo capaz de igualarlo en sus deseos, de desafiarlo y salir vencedora, de mantenerlo al filo de la desesperación y, a la vez, de calmarlo sólo con su voz y sus caricias.

No hacía ni tres horas que se habían despedido y estaba deseando verla de nuevo. Oír su voz ronca y feroz, perderse en esa mirada aguamarina que prometía placeres prohibidos y dejarse esclavizar por sus caricias osadas. Aunque lo que más deseaba era contarle todo lo que había descubierto, y mientras lo hacía ella lo observaría con los ojos entornados, sentada al estilo indio en el sofá Chester o tal vez con los pies sobre la mesa, con esa actitud suya de «soy la reina, así que no me toques las narices». Y a él le encantaba tocárselas.

De hecho, le encantaba todo de ella. Y no es que antes no le gustara, pero desde que se había mudado al Infierno seis días atrás todo había adquirido otra dimensión. Habían compartido cada hora del día, pues él estaba de baja por culpa de las lesiones y todo se había intensificado entre ambos. Hasta el punto de que ya no concebía la vida sin ella.

No entendía cómo había ocurrido, sólo sabía que Avril se le había metido tan dentro que una vida sin ella sería una condena eterna.

Y LOR podía estallar en cualquier momento y atacarlo de nuevo. No quería ni pensar en lo que ocurriría si supiera cuánto le importaban Avril y Kay. Iría a por ellas únicamente para hacerlo sufrir.

Una aguja candente le atravesó el corazón ante ese pensamiento.

—*No dejaré que se acerque a ellas.*

—*¿Cómo vas a impedirlo?*

—*No lo sé..., pero lo haré.*

CONVERSACIÓN DE URIEL CONSIGO MISMO
MIENTRAS HACE EL AMOR CON AVRIL

Madrugada del sábado, 2 de marzo de 2019

Uriel apretó los dientes y se aferró a la cintura de Avril luchando para no ceder al orgasmo que amenazaba con explotar mientras su reina lo montaba feroz. Dobló las rodillas y apoyó los pies planos sobre la cama para impulsarse contra ella y penetrarla más profundamente, si es que eso era posible.

Avril se estremeció al sentir las feroces embestidas de su amante y se inclinó sobre él para apoyarse en su pecho. El orgasmo estaba rozándola, pero no quería caer. Aún no. Antes quería conseguir que él dejara de pensar y se dejara llevar. Oh, sí, se estaba comportando como el semental que era, no en vano ése iba a ser el tercer orgasmo que le ofrendara esa noche, pero su cabeza no estaba con ella, sino muy lejos, perdida en algún pensamiento que lo hacía fruncir el ceño y apagaba sus ojos. Y ella intuía qué era lo que le preocupaba: LOR. Por eso no lo había atado a la cama. Esa noche no necesitaba restricciones, sino libertad. Y pensaba dársela.

Un nuevo estremecimiento la recorrió y sintió que su sexo lo apretaba con

fuerza, como si quisiera exprimirlo. Y en realidad eso era lo que deseaba. Así que deslizó la mano derecha por su torso hasta subir por el cuello, lo rodeó agarrándolo del pelo y tiró, obligándolo a exponer su garganta para, acto seguido, atraparla entre sus dientes. Y él tembló de tal manera que reventó toda su contención y sólo pudo sentir mientras se alzaba bajo ella, levantándola y llevándola más allá de la razón.

Gimieron al unísono. Un gruñido satisfecho él. Un ronco jadeo ella. Se quedaron exánimes, sus cuerpos todavía vibrando por los estertores del clímax compartido. Hasta que poco después Avril se removió sobre él con la clara intención de bajarse del duro colchón que era el cuerpo masculino y tumbarse en la cama.

Uriel la tomó por la cintura, impidiéndoselo.

—No te muevas —susurró con un gruñido—. No quiero dejar de sentirte sobre mí.

—Y yo no quiero hacerte daño —replicó ella apoyando las manos a ambos lados de él para alzarse sobre su cuerpo y liberar su costado herido de su peso.

—Tú nunca me harás daño —rechazó Uriel, alzando la cabeza para besarla.

Ella cedió, aunque tuvo mucho cuidado de no tocar la herida. Se relajó sobre él, sintiendo cómo su pene se quedaba laxo en su interior mientras la mano sana de él subía y bajaba por su espalda en una sencilla caricia que logró conmoverla por el amor que transmitía.

Le hoció el cuello, lamiéndole la suave marca que acababa de dejarle.

Y Uriel estuvo a punto de ronronear como un gatito satisfecho al pensar que tenía una nueva marca que lo señalaba como suyo. Avril era lo mejor que le había pasado en toda su vida. Nadie lo entendía ni lo desafiaba como ella. Nadie lo hacía sentir tan vivo. Tanto que se sentía capaz de alcanzar el sol con las manos desnudas y ofrecérselo junto con su corazón.

Avril observó embelesada la sonrisa de pura felicidad que se dibujó en los

labios de su amante. No. De su amado. Sí, esa palabra encajaba mucho mejor con lo que sentía por él. Lo besó.

Uriel respondió al beso y abrió los ojos, sumergiéndose en las profundidades azules de los de Avril. Unos ojos que le transmitían toda su fuerza, su fiereza... y también todo su amor. Y en ese preciso momento supo que nadie lo había querido jamás como lo quería ella.

La abrazó, su mano derecha guiando la cabeza contra su pecho para, así, sentir su respiración sobre el corazón.

Nunca se alejaría de ella. Y tampoco iba a permitir que nadie se la arrebatara.

Intensificó su abrazo, necesitado de sentirla contra él.

Y Avril se lo permitió. Continuó tumbada sobre él hasta que lo notó relajarse y quedarse dormido bajo ella. O, mejor dicho, hasta que él fingió hacerlo. Porque no estaba ni mucho menos dormido. Ni siquiera estaba tranquilo. Lo conocía demasiado bien para dejarse engañar. Sabía cómo se le aceleraba el corazón cuando estaba preocupado y conocía el tacto que su respiración le dejaba sobre la piel cuando dormía, las lentas exhalaciones y el suave ronquido que emitía cuando el sueño lo ganaba.

Y en ese momento no estaba relajado y mucho menos dormido.

Se incorporó hasta quedar erguida sobre él.

—¿Qué estás pensando? —Le pasó un dedo por la arruga que fruncía su ceño, alisándola.

Él abrió los ojos y no se molestó en fingir somnolencia, ella lo conocía demasiado bien para engañarla.

—¿Me dejarías tu coche?

Avril arqueó una ceja ante la inesperada pregunta y Uriel se dio cuenta de que tal vez había cometido un error al preguntárselo. Ella era capaz de adelantarse a sus pensamientos, e intuiría para qué lo necesitaba. Debería haberse callado y haber alquilado uno más tarde, cuando fuera de día. Podría haberle dicho que iba a la camisería con la excusa de que se incorporaba el

lunes y tal vez llamarla por la noche para avisarla de que se había entretenido y regresaría al día siguiente. Aunque eso no era necesario. Porque ella jamás le preguntaría ni le pediría explicaciones. No las necesitaba. Confiaba en él.

Y él no iba a hacer nada para traicionar esa confianza.

Avril lo miró con los ojos entornados, intuyendo con clarividente perspicacia para qué necesitaba el coche y adónde quería ir. El corazón se le encogió en el pecho al pensar en el riesgo que iba a correr. No quería que se expusiera, esa loca podría volver a atacarlo y hacerle daño. Pero no fue eso lo que le dijo.

—No sabía que tuvieras carnet de conducir —comentó con fingida indiferencia.

—Me lo saqué cuando cumplí los dieciocho años.

—Nunca te he visto conducir.

—Dejé de hacerlo hace algunos años, cuando los coches comenzaron a darme problemas.

Avril arqueó una ceja instándolo a explicarse, deseando ganar más tiempo con él.

—Se me pinchaban las ruedas con demasiada asiduidad, en realidad, todas las semanas. Y las cuatro a la vez —especificó—. También solían aparecer a menudo los faros reventados y los limpiaparabrisas arrancados. Y eso por no hablar de los arañazos y las pinturas que decoraban las puertas y el capó, tildándome de depravado, adúltero y sodomita. Así que dejé de conducir, era mucho más barato —finalizó esbozando una sonrisa torcida.

Avril le devolvió la sonrisa, pero no consiguió engañarlo. Uriel era capaz de ver en ella tan bien como ella veía en él, y no le pasó desapercibida la furia glacial que ardía en sus ojos. Sonrió, esta vez con sincera diversión; su feroz reina de corazones quería rebanarle el cuello a quien lo había atormentado. Y no dudaba de que lo haría si alguna vez LOR u Ojito eran tan estúpidas de ponerse a su alcance.

Se sentó en la cama, con ella todavía a horcajadas sobre su regazo, y la

besó. O lo intentó. Porque ella se apartó furiosa, impidiéndole incluso tocar sus labios.

—Guárdate los besos para cuando vuelvas —le dijo saltando de la cama para dirigirse a la mesita que había junto al Chester.

Cuando regresó llevaba las llaves del coche en la mano. Pero no se las dio.

—Si vuelves con un solo desperfecto, te lo haré pagar —le advirtió implacable, y Uriel supo que no se refería al coche, sino a él. Le estaba pidiendo, no, exigiendo que volviera sano y salvo. Sonrió, a su feroz valquiria no le iban los sentimentalismos ni los ruegos. Ella lo dejaba libre para enfrentarse a sus demonios—. Zanja el asunto y no permitas que te vuelva a pillar desprevenido, o seré yo quien te arranque la piel a tiras —lo amenazó.

Uriel sonrió, cogió las llaves y, desoyendo su orden, la besó con todo su corazón.

Media hora después estaba en el garaje, arrancando el coche tras escribir en el navegador su destino: Maçaners.

Miró el reloj, eran las cuatro de la mañana, así que llegaría sobre las diez, porque desde luego no pensaba parar a dormir. Llevaba toda la semana en la cama y estaba más despierto que nunca. Y, si todo se desarrollaba como había dicho Adán, cabía la posibilidad de que el domingo Olga quedara libre bajo fianza, o incluso sin ella. Y entonces podría acceder a internet y desvelarle a LOR lo que había pasado, poniéndola sobre aviso y haciendo aún más difícil que la atraparan. Lo que significaba que lo que tenía que hacer debía hacerlo ya. Ese mismo sábado, antes de que esa loca tuviera tiempo de reaccionar.

Pisó el acelerador y el coche salió del garaje con un rugido del motor.

Ya aquí estamos...

PENSAMIENTO FUGAZ DE URIEL

EL SÁBADO, 2 DE MARZO, SOBRE LAS DIEZ DE LA MAÑANA

No lo recordaba tan verde. Ni tan poblado. Cierto que sólo había ido en una ocasión y que en las dos docenas de casas que había en el pueblo no podían vivir más de cuarenta personas, pero aun así no era como lo recordaba. La primera y única vez que había estado allí le había parecido aburrido y despoblado. Y era justo al contrario. Rebosaba vida. Una vida un poco caduca, todo sea dicho, porque la persona más joven no bajaba de los sesenta años, pero desde luego no les faltaba vitalidad. Daba la impresión de que estaban aprovechando el primer día de sol que hacía en dos semanas, porque las calles estaban llenas de hombres y mujeres charlando al sol, jugando a la petanca o simplemente viendo la vida pasar mientras disfrutaban de la mañana.

Tomó una gran bocanada de aire y observó la casa que se alzaba ante él.

Había recorrido las dos calles que tenía la población intentando encontrar la casa en la que se había alojado la única vez que visitó a la madre de Roser. Y, en contra de lo que creía, recordó cuál era en el mismo momento en que la vio. Era imposible olvidar el mirador que había frente a ella y que se asomaba el valle que rodeaba el pueblo.

Y allí estaba ahora, sin saber qué hacer, pero sabiendo que tenía que hacer algo.

Se acercó a la puerta y buscó el timbre. No lo había, así que llamó con los

nudillos.

Nadie respondió.

Volvió a llamar y esperó, obteniendo idéntico resultado. Dio un par de pasos atrás y alzó la vista. La casa tenía las ventanas abiertas y de ellas no salía ningún ruido, en contraposición con la agradable algarabía que montaban los vecinos en la calle, la mayoría con acusada sordera, porque desde luego en voz baja no hablaban.

Sacudió la cabeza y se sentó en un banco de piedra que había frente a la casa. Había ido allí para hablar con su suegra y no pensaba marcharse hasta hacerlo. Sólo esperaba que regresara pronto porque hacía sol, pero el calor brillaba por su ausencia.

Se cerró la cazadora y se dispuso a esperar.

Y mientras esperaba su mente vagó por recuerdos que se había esforzado en borrar. Vio de nuevo a Roser cayendo. La vio con su vestido de novia y su vientre hinchado en el suelo. Y la vio en el tanatorio, rodeada de coronas y ramos. Envuelta en un sudario blanco en su brillante ataúd de nogal.

Apenas la había reconocido. El maquillaje que habían usado para ocultar su quebradiza palidez convertía su cara en una homogénea máscara de cera en la que sus labios se apretaban uno contra otro, como si estuvieran pegados, y tal vez así era. Sus ojos estaban cerrados y, a pesar de ello, Uriel sentía su mirada sobre él, acusándolo de haberla llevado a la muerte. A ella y a su hijo. En ese momento había bajado la vista incapaz de seguir contemplando su cara y había recorrido su cuerpo inánime en busca del vientre hinchado y de la vida que había habitado allí. Pero el sudario que la envolvía le impedía ese consuelo, liberándolo a su vez del tormento de ver el féretro humano en el que reposaba su hijo nonato.

No había podido resistirlo. Se marchó del tanatorio y no regresó ni siquiera para despedirla antes de que el coche fúnebre se la llevara al cementerio de la aldea, donde reposaría.

Se acercó al mirador ignorando a los ancianos que, sentados en los bancos

cercanos, charlaban animados. Se asomó a los montes que se alzaban ante él y buscó con la mirada el cementerio. Aunque eso era una estupidez, pues nunca había ido a visitar a su mujer y a su hijo y no tenía ni idea de dónde podía estar. Ni siquiera sabía si estaban en una tumba bajo tierra o en un nicho. Tampoco si el cementerio estaba en Maçaners, Saldes o en una ciudad cercana.

Sintió el irrefrenable deseo de hacer lo que era correcto, aunque fuera siete años tarde.

Necesitaba ver a su hijo, o al menos la tumba en la que reposaba. Se tragó el grito que estallaba en su pecho y, sin pensar en lo que hacía, se dirigió al grupo de ancianos.

—Disculpen..., ¿podrían decirme dónde está el cementerio?

—¿Dónde está qué?! —gritó más que preguntó uno de ellos.

—¡El cementerio! —chilló la mujer que estaba a su lado, y desde luego tenía una voz potente.

—¡No hace falta que me grites! —protestó él.

—Sí hace falta, estás sordo —señaló otro de los ancianos.

—¿Qué has dicho?

—Deja de preguntar, pesado, el muchacho quiere saber dónde está el cementerio y le estás haciendo perder el tiempo —lo abroncó otra anciana, que parecía la decana de los allí reunidos—. Sigue el camino de tierra que sale de la carretera de entrada al pueblo y no tardarás en llegar. ¿Tienes familia allí? —inquirió la mujer con compasiva amabilidad.

—Sí. Mi mujer y mi hijo.

—Cuánto lo siento. ¿Quiénes son? No te he visto nunca por aquí —preguntó recelosa.

—¿Qué ha dicho? —exclamó el viejo con poca capacidad auditiva pero aguda curiosidad.

—¡Que va al cementerio a ver a su mujer y a su hijo! —gritó la anciana de la voz de pito.

—¡No! ¡No mancillarás con tu presencia el descanso de mi hija, adúltero!

Uriel se quedó inmóvil, la respiración atorada en el pecho. Conocía esa voz. La había oído siete días atrás, amenazadora y demente en mitad de una fría noche de celebración.

Se volvió, frente a él estaba la mujer a la que había confundido con Roser. Y no era extraño que lo hubiera hecho. Era tan parecida a su difunta esposa que le costó ver las diferencias entre ellas. Tenía los ojos más oscuros, la piel con más arrugas y los labios más finos; tal vez un poco más delgada y con menos pecho. Y a su mente acudió el recuerdo de la última vez que la había visto, allí mismo, junto a la puerta de su casa, despidiéndolos a él y a Roser. Apenas había cambiado desde entonces, excepto por el pelo negro, que ahora era rubio, como el de su hija. Por lo visto, se lo había teñido. Y también se había puesto uno de los vestidos favoritos de Roser, se fijó sobresaltado. Bajó la mirada a sus pies y vio en ellos los zapatos de terciopelo verde que tanto le gustaban a su mujer.

—No permitiré que violes su descanso con tu impía presencia —decía en ese momento LOR, o, mejor dicho, Carme. Y, a tenor de las miradas atónitas de los ancianos, Uriel intuyó que se había quedado tan pasmado al verla que se había perdido la mitad de su discurso—. No dejaré que mancilles sus almas inocentes con tu corrupción. ¡Vete de aquí, demonio!

—Carme..., tenemos que hablar —exigió Uriel saliendo de su aturdimiento. Avril le había ordenado que no se dejara pillar desprevenido, y él siempre obedecía a su reina.

—¡Hablar! ¡Nunca!

—Carme, por favor, sólo quiero... pedirte perdón —dijo sin pensar. Al fin y al cabo, Dios decía que había que perdonar a los arrepentidos o algo por el estilo, ¿no?

Y al parecer acertó, pues Carme entornó los ojos, mirándolo silente.

—Me porté mal, fui un marido pésimo y egoísta, pero nunca quise hacerle daño a Roser...

—La engañaste, fornicaste con otras, dejaste que te sodomizaran, le arrebataste su herencia y corrompiste su inocencia. ¡Tus pecados son ilimitados y su sufrimiento, infinito!

—Lo sé, y lo siento, no hay nada de lo que yo mismo no me haya acusado. Me arrepiento de todo lo que hice y...

—¡Así como la serpiente engañó a Eva, tú pretendes engañarme a mí!

—¡No! ¡Soy sincero, joder! ¿Crees que no me he arrepentido mil veces de lo que hice? ¿Que no me cuesta vivir con los remordimientos? Sé que por mi culpa Roser se suicidó y mató a mi hijo y no...

—¡Mi hija no se suicidó! —bramó Carme fuera de sí—. ¡Ella jamás atentaría contra los mandamientos del Altísimo! Tú la mataste y mataste a mi nieto.

Y Uriel comprendió que eso era lo que la había vuelto loca. No podía asimilar que su hija se hubiera suicidado cometiendo un pecado capital, mucho menos que hubiera matado al niño al hacerlo, incumpliendo uno de los mandamientos, porque eso implicaría aceptar que las puertas del cielo estaban cerradas para ella.

—Está bien, la maté —claudicó tratando de calmarla—, pero no...

—Mataste a mi hija y a mi nieto y ni siquiera les has pedido perdón.

Y Uriel no pudo negarlo, porque era verdad. Jamás lo había hecho.

—Ni siquiera has venido a visitar la tumba. Nunca le has llevado flores a Roser ni juguetes a Daniel, y están tan solos y tristes... ¡Los abandonaste! ¡Te olvidaste de ellos!

—¡Nunca los he olvidado!

—¡Lo hiciste! Y mientras ellos yacen en un frío nicho tú fornicas y corrompes a mujeres inocentes —lo acusó ella temblando de furia.

Y Uriel comprendió que nada de lo que dijera iba a hacerle cambiar de opinión.

—Piensa lo que te dé la gana, pero déjame en paz —replicó con voz fría—. La policía sabe quién es Ojito Conmigo y la ha detenido. ¿Quién sabe?, tal vez

incluso vaya a la cárcel una temporada, así que no cuentes con ella para tus jueguitos. Ya no puede ayudarte. Estás sola. Y, si sigues jodiéndome la vida, vendrán a por ti y acabarás en la cárcel, rodeada de fornicadores, asesinos, ladrones y toda esa escoria que tanto te gusta —la amenazó irónico.

—¡Y aun Satanás se disfraza como ángel de luz! —clamó ella al cielo antes de fijar su mirada en él—. Así tu boca vomita blasfemias, pero pronto el Señor derramará su furor sobre ti y te juzgará conforme a tus caminos y traerá sobre ti todas sus abominaciones. A espada caerás, en los confines de Israel te juzgaré y sabrás que yo soy el Señor —bramó mezclando versículos a la vez que sacaba la mano que había mantenido oculta a la espalda.

Y Uriel sólo pudo jadear asombrado al ver el largo y estilizado cuchillo jamonero que sujetaba. Joder, eso no era una puta espada, pero desde luego se le parecía mucho.

—Creo que deberíamos calmarnos —señaló preocupado por los ancianos que los rodeaban y que, en lugar de salir corriendo, o en todo caso caminando todo lo rápido que les permitieran sus bastones, se quedaron allí o incluso se acercaron más, tal vez para oír mejor—. No creo que al Señor le guste esa actitud... Era más bien pacifista, ¿o no recuerdas a su hijo? Ya sabes, Jesús, ese tipo con pinta de hippie que decía que debemos perdonar los pecados y querer al prójimo como a uno mismo —farfulló.

Ella no pareció estar de acuerdo, pues alzó la mano y, sin mediar palabra, atacó.

Uriel saltó hacia atrás, esquivando el filo de pura chiripa.

Y ella volvió a atacarlo subiendo y bajando la mano con el ritmo mecánico de un robot sin conciencia ni sentimientos.

—¡Toma, defiéndete! —le dijo el anciano con insuficiencia auditiva tendiéndole el bastón que acababa de robar a unos de sus compañeros con problemas de motricidad.

Y Uriel lo agarró en un acto reflejo.

—¿Para qué coño quiero esto?! —gritó parando una estocada de Carne

con él.

—¿Es que no has visto películas de piratas? —lo abroncó la decana—. ¡Tienes que sacudirlo a un lado y a otro y desarmarla!

Y eso hizo Uriel, sacudir el bastón como si fuera Jack Sparrow para interceptar las estocadas de Carme.

—Este muchacho desde luego que no ha visto las películas adecuadas —comentó el sordo a voz en grito a todo el pueblo y parte del mundo.

—¡No seas inútil y golpéale la muñeca! —le aconsejó el anciano cuyo bastón empuñaba.

Y Uriel le hizo caso. La golpeó en la muñeca con toda su fuerza, que no era poca, y Carme soltó el cuchillo con un dolorido gemido. Pero no se rindió. Cayó de rodillas y gateó hacia el arma, por lo que Uriel, que sí había visto las películas adecuadas pensaran lo que pensasen esos viejos, se apresuró a dar una patada al cuchillo y alejarlo de su alcance.

—Se acabó, Carme —musitó soltando el bastón para tenderle la mano en son de paz.

La mujer alzó la cabeza, en sus ojos un odio tan intenso y demente que lo hizo estremecer. Miró desdeñosa la mano que le tendía y le escupió.

—Jamás se acabará para ti, serás arrojado vivo al lago de fuego y azufre donde el gusano no muere y el fuego no se apaga, y serás atormentado día y noche por toda la eternidad.

—¿Me estás mandando al infierno? ¿A eso te refieres? Porque, joder, me cuesta seguirte con tanta cháchara sobre fuego, azufre y gusanos —la increpó Uriel cabreado. Le había tendido la mano en son de paz incluso después de que tratara de trincharlo como a un cerdo, y su respuesta había sido escupirle. ¡Joder, eso era asqueroso! Estaba hasta las mismísimas narices de esa loca—. Porque, si es así, si me estás mandando al infierno para que me atormenten, déjame decirte que no hace falta. Ya me he atormentado suficiente yo solito durante estos últimos siete años, y estoy harto. ¿Me oyes? ¡Harto! Y no lo voy

a aguantar más. He pagado con creces todos mis jodidos pecados y no pienso seguir pagando.

—Los cobardes, incrédulos, abominables, asesinos, inmorales, hechiceros, idólatras y mentirosos tendrán su herencia en el lago que arde con fuego y azufre.

—Mira que te ha dado fuerte con el puñetero lago —resolló hastiado—. Pues que sepas que pienso bañarme en bolas, ya que tengo que estar a remojo, al menos estaré a gusto.

—Nunca podrás escapar del juicio del infierno —lo amenazó ella.

—Ah, pero es que no quiero escapar —replicó Uriel burlón—, yo quiero hundirme en el Infierno y arder en sus llamas. —Aunque, desde luego, no se refería al infierno que ella pensaba, sino al lugar que se había convertido en su casa—. Carme, esto no puede continuar —dijo poniéndose serio de nuevo—. Lamento todo lo que hice, me arrepiento del hombre que fui y del daño que causé, pero no puedo hacer nada para que el pasado cambie, sólo puedo caminar hacia el futuro y tratar de no cometer los mismos errores —afirmó tendiéndole de nuevo la mano.

Esta vez, ella la aceptó.

Uriel la ayudó a levantarse, y cuando ella estuvo en pie tiró de él atrayéndolo hacia sí. Y él apenas tuvo tiempo de sujetarle la mano antes de que le clavara hasta la empuñadura el cuchillo que había guardado en el bolsillo del vestido.

La apartó de un empujón en el mismo momento en que un coche de los Mossos d'Esquadra, a quien la anciana con voz de pito había llamado, paraba frente a ellos. Y mientras los agentes corrían hacia allí Carme volvió a atacarlo. O a intentarlo, pues uno de los uniformados la atrapó entre sus fornidos brazos, impidiéndoselo.

—¿Qué ha pasado aquí? —exigió saber el otro policía.

—Carme ha apuñalado al chico —respondió el sordo.

Y Uriel lo miró confundido. ¿A qué chico? ¿Se refería a él?, pensó al ver

que los vetustos habitantes del pueblo lo miraban. Pero Carme no había llegado a apuñalarlo. La había parado.

¿O no?

Bajó la mirada y vio que su hasta ahora impecable cazadora de aviador tenía un agujero en el costado derecho. ¡De puta madre! En una semana le había agujereado la levita, la camisa de gala y su cazadora favorita. Maldita mujer. ¡Pensaba pasarle el recibo de los remiendos!

—Debería sentarse —le pidió el agente—. ¿Hay algún médico aquí que pueda atenderlo mientras llega una ambulancia? —lo oyó preguntar.

—Yo fui enfermera en mis años mozos —comentó la decana de los ancianos acercándose.

—No hace falta, no estoy herido —se apresuró a decir Uriel, seguro de que sus años mozos habían transcurrido hacía un par de siglos.

—¿Por qué no te abres la cazadora y lo comprobamos? Si estás herido puedo hacerte las primeras curas y, si no lo estás, disfrutaré echando un vistazo a tu cuerpo joven...

A Uriel le gustó el descarado de la anciana y decidió dejar que se recreara la vista.

—Por lo visto, no voy sólo a recrearme la vista... —comentó la mujer—. Mariana, ve a mi casa y tráeme la cesta con las gasas.

Uriel bajó la mirada al oírla.

—Oh, joder, Avril me va a matar —musitó observando la sangre que manchaba la camisa.

* * *

—Estoy bien, sólo un poco aturdido —mintió Uriel a Avril tras finalizar el relato telefónico, bastante retocado por cierto, de lo ocurrido esa mañana. Ojalá ella no supiera leer en su voz igual de bien que en sus ojos—. Ya he prestado declaración y creo que dentro de un rato me dejarán marchar. —Al

fin y al cabo, ya lo habían remendado—. Pero no voy a regresar hoy. Quiero hacer algo antes de volver a casa.

Esperó que Avril le preguntara qué era ese algo tan importante que lo mantenía alejado de ella, pero no dijo nada, dejándole la libertad de contárselo o no. Y él guardó silencio. No se sentía con fuerzas para hablar sobre ello.

—Te quiero —dijo a modo de despedida, saboreando esas mismas palabras cuando salieron de los labios de ella.

Colgó y, acto seguido, marcó otro número.

—Adán, tenías razón, era Carme.

Procedió a ponerlo al tanto de todo lo que había ocurrido, pero antes tuvo que oír una impresionante bronca sobre la estupidez que había cometido yendo allí a buscar problemas. Aunque acabó riéndose a mandíbula batiente cuando le contó la pelea a cuchillo y bastón.

Te quiero, papá.

SUSURRO FUGAZ EN EL AIRE,
3 DE MARZO DE 2019

Domingo, 3 de marzo de 2019

Las campanas de la iglesia repiqueteaban llamando a misa de nueve cuando por fin abrieron las verjas de hierro forjado del viejo cementerio y Uriel pudo entrar. No era como había pensado. No había nada tétrico ni intimidante en él; al contrario, era un remanso de paz en el que las antiguas tumbas ancladas a un suelo fértil dormían a la sombra de altos muros con ordenadas hileras de modernos nichos y columbarios.

Se acercó al guarda y le dio el nombre de su mujer para que lo informara de la ubicación de sus restos. El hombre la buscó durante unos minutos antes de decirle dónde encontrarla. Uriel aceptó con un gesto y, en vez de ir allí directamente, deambuló por los viejos senderos leyendo las inscripciones de las lápidas y parándose a mirar las montañas que lo rodeaban o a recoger algunas flores. Tardó más de dos horas en dirigir sus pasos hacia el lugar donde su mujer y su hijo descansaban. Los encontró cuando el sol estaba en lo alto del cielo, en un nicho cubierto con una lápida de mármol blanco y letras doradas.

Daniel.

Así lo había llamado Carme, y ése era el nombre que rezaba en la lápida.

Y él no lo había sabido hasta entonces. No se había preocupado en saberlo. No. No iba a mentirse más. No había querido saberlo. Porque ponerle nombre a su hijo era hacerlo dolorosamente real.

—Daniel... es un nombre bonito, me gusta —comentó sin saber bien qué decir—. Debería haber venido antes, pero he estado ocupado jodiéndome la vida. Además, tampoco puedo decir que me vaya mucho eso de afrontar los problemas a la cara y tal, soy más de huir y pasar de todo. Y eso es lo que he hecho estos años. Imagino que te habría gustado tener un padre mejor. Uno que viniera a verte un par de veces al año, ya sabes, por tu cumpleaños y por Navidad, todo muy familiar y maravilloso. Pero yo no soy así, lo siento. Es una putada, pero es lo que hay.

Deslizó las yemas de los dedos por las letras doradas que conformaban el nombre del pequeño, ignorando el de la mujer que había sobre él. No era con ella con quien quería hablar en ese momento. Tal vez nunca.

—Siento haberlo hecho todo tan mal —musitó, y de repente fue incapaz de parar—. Siento haber querido deshacerme de ti cuando me enteré de tu existencia, siento no haber sabido impedir que tu madre te matara, siento no haberme portado mejor con ella para que tú vivieras, siento no haber venido a verte en todos estos años...

Se detuvo para llenar de aire sus pulmones colapsados por todas las emociones que estallaban en su interior. Apoyó la otra mano en la lápida, junto a la primera, y bajó la cabeza, los ojos cerrados con fuerza mientras todo su cuerpo se estremecía.

—Siento que no nacieras. Siento no haber podido abrazarte ni besarte. Y siento sobre todo no haber podido malcriarte y darte todos los caprichos. Habría sido un padre horrible, pero divertido. Ya sabes, nada de disciplina en casa ni órdenes ni normas, sólo juego, bromas y travesuras. Serías un cabroncete travieso, como yo lo era, y yo te querría más que a nada en el mundo. En realidad, ya te quiero más que a nada en el mundo. Me habría gustado tanto poder hablar contigo, contarte... que me he enamorado. Me

encantaría que la conocieras. Tiene un genio terrible, es fiera como una guerrera y osada como una valquiria. En realidad es una reina. Y me quiere a mí. ¿Te lo puedes creer? Joder, yo no. Esta vez lo tengo que hacer bien, Daniel, no puedo volver a cagarla.

Dio un paso atrás, pensando que debería sentirse estúpido por hablar con un trozo de piedra pulida, pero no era así. Se sentía... inconteniblemente bien.

—Avril, así se llama mi reina, tiene una hija, Kayla —continuó mientras se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas al estilo indio—, es una preciosidad que se parece mucho a su madre, creo que te gustaría. A veces salgo con Kay y con Avril, pero no es porque quiera hacer como que somos una puñetera familia ni nada por el estilo, es sólo que me lo paso bien con ellas. Además, Kayla ya tiene padre, Nath, y es un gilipollas integral. En serio, si hicieran exámenes para ser gilipollas, él sacaría matrícula de honor. No te lo puedes ni imaginar...

* * *

Las sombras comenzaban a alargarse contra el suelo cuando Uriel se despidió de su hijo musitando un sentido «te quiero» y se puso en pie, quedándose muy quieto frente al nicho. Sus ojos, más negros que nunca, fijos en el primer nombre escrito en la lápida.

—Roser... —musitó, y la hiel le subió por la garganta llenando de rencor sus palabras—. No sabes cuánto he llegado a odiarte. Te suicidaste y, al hacerlo, mataste a mi hijo. Y lo quería, Roser, lo quería de verdad. Como no he querido nada en esta vida. Quisiste hacerme daño y lo conseguiste. Me hiciste sufrir tanto como yo te hice sufrir a ti. Tal vez pienses que debería suplicarte perdón por todo lo que te hice. Yo antes también lo pensaba, pero ya no. Yo no te maté, Roser, lo hiciste tú solita. Podrías haberte divorciado, podrías haberme dejado, incluso podrías haberme matado, pero optaste por suicidarte y matar a nuestro hijo, y eso no te lo voy a perdonar nunca y, la

verdad, tampoco necesito que tú me perdones. Supongo que eso significa que estamos en paz, ¿no crees? —planteó con rabia antes de dar media vuelta y alejarse. Pero no llegó muy lejos antes de desandar sus pasos—. Voy a venir a menudo a visitar a nuestro hijo y no me apetece sentir esta rabia que me enloquece al leer tu nombre —masculló golpeándose el pecho furioso—. No quiero sentirla, no quiero que me consuma y envenene mis momentos con Daniel.

Se apartó rabioso, pasándose las manos por el pelo mientras recorría el estrecho pasillo que había entre los muros de nichos. Y de repente se paró e inclinó la cabeza como si la cálida e inesperada brisa que se había levantado le susurrara algo al oído. Regresó despacio al nicho y puso las palmas de las manos en él, como si quisiera sentir lo que había al otro lado.

—Olvidemos nuestra ira y acabemos con esto, Roser, los dos nos merecemos un descanso. Siento haber sido un cabrón, descansa en paz —dijo con sinceridad.

* * *

Uriel aparcó en el garaje esquivando a duras penas la columna que separaba la plaza de Avril de la de su vecino y se dirigió al ascensor. Dos minutos después entraba en los dominios de la Reina. Se detuvo frente a la puerta del dormitorio y la abrió, pero, tal como esperaba, ella no estaba allí. Al fin y al cabo, eran casi las nueve de la noche y el Infierno estaría en todo su apogeo. Cerró la puerta y continuó hasta la Madriguera. Marcó el código de entrada y allí estaba ella. Sentada al estilo indio en su sillón de oficina, con sus Converse púrpura en los pies, las holgadas bermudas de tartán de cuadros negros y lilas y una camiseta negra de manga corta. El precioso pelo castaño cayéndole liso hasta rozarle los pechos y la vista fija en los monitores. O, mejor dicho, en él, porque se había vuelto al oírlo entrar.

—No te esperaba hasta mañana —comentó recorriéndolo con la mirada.

Parecía exhausto, a punto de derrumbarse. Tenía oscuras sombras bajo los ojos y el pelo alborotado, como si se hubiera pasado los dedos por él una y otra vez. Llevaba la misma ropa que el día anterior, unos chinos negros, la camisa blanca y su cazadora de aviador de ante marrón. Fijó la vista en ella. O más exactamente en el agujero que tenía en el costado derecho. Subió la mirada a la cara de Uriel y arqueó una ceja.

Él esbozó una cansada sonrisa.

—Acabé lo que tenía que hacer y vine —explicó él ignorando la pregunta implícita en su gesto—. ¿Para qué iba a quedarme más tiempo?

—Para dormir y conducir descansado —contestó ella, aceptando tácitamente su silencio.

—No habría dormido aunque me hubiera quedado —afirmó él, y no mentía. Se desplomó en su silla y estiró las piernas, cruzando los tobillos—. Podría ser un cursi y decirte que sin ti no puedo dormir o que ayer la cama del hotel se hizo de piedra sin tu presencia, pero eso son gilipolleces románticas y ninguno de los dos lo somos. Así que diré que me apetecía tanto follarte que no podía esperar un segundo más para estar aquí —declaró apoyando el brazo en el reposabrazos de la silla y dejando colgar la mano en el aire.

Avril no dudó en tomársela.

—Así que quieres follarme.

—Sí. De todas las maneras posibles, y de muchas que son imposibles.

—Bien —convino Avril esbozando una perezosa sonrisa.

Y se quedaron callados. Y quietos. Porque Avril sabía que él no quería follarla, que sólo quería mantenerse así, a su lado, aferrado a su mano sin hablar, disfrutando de su tacto y del murmullo de su respiración. Y lo sabía porque era lo mismo que ella deseaba.

—Adán ha llamado esta mañana —anunció Avril tiempo después. Tal vez horas, tal vez sólo minutos—. Ha intentado localizarte en el móvil, pero lo tenías apagado.

—No quería hablar con nadie.

—Lo sé. Me ha dado un recado. —Uriel volvió la cabeza para mirarla—. Carme ha pasado a disposición judicial y, por lo que me ha contado, está bien jodida. Por lo visto, hay muchos testigos de que te atacó. Con un cuchillo.

—Jamonero, para más señas. Parecía una jodida espada. Y yo me defendí con un bastón.

—Con un bastón... —Avril lo miró intrigada.

—Era de madera noble y tenía empuñadura ergonómica, no vayas a pensar que yo peleo a espada con un bastón cualquiera, porque no es así. Tengo clase hasta para eso.

—Nunca lo dudaría.

Volvieron a quedarse callados, las manos todavía entrelazadas mientras miraban sin ver los monitores.

—Te desobedecí —musitó Uriel de repente.

—Dejaste que te pillara desprevenido y por eso has venido con desperfectos... —Avril fijó la mirada en el agujero que lucía su cazadora favorita. Adán no le había dicho que estuviera herido. Y sólo por eso iba a matarlo.

Uriel asintió.

—Ahora tengo una bonita y original cicatriz doble en el costado.

—Estoy deseando verla.

—¿Vas a hacerme pagar por ella? —musitó Uriel esbozando una pícaro sonrisa.

—Por supuesto.

Se levantó de la silla y echó a andar hacia la puerta, no se paró a mirar si él la seguía.

Sabía que lo hacía.

* * *

Avril yacía en la cama con los ojos abiertos, o tal vez los tenía cerrados,

porque la oscuridad era impenetrable y le impedía ver nada. Ni siquiera al hombre que fingía dormir abrazado a ella. La rodeaba completamente. Su torso le acunaba la espalda, sus fuertes brazos la ceñían firmes pero suaves, una mano sobre su vientre, la otra sobre uno de sus pechos, y sus piernas se entrelazaban con las de ella. Ya no estaba erecto. Había dejado de estarlo hacía un buen rato, tras hacer el amor de una manera tan salvaje que los había dejado agotados. Agotados, pero no dormidos.

Él no podía conciliar el sueño, estaba demasiado tenso, demasiado lleno de sentimientos para conseguir relajarse.

Y ella no podía dormir mientras él no estuviera bien. Necesitaba verlo en paz y completo antes de dejarse llevar por el sueño.

De repente, él la abrazó con fuerza y hundió la cara en el lugar en el que hombro y cuello se unen.

—He ido a verlo —susurró.

Y Avril supo a quién se refería: a su hijo.

—Se llama Daniel. Ni siquiera sabía cómo se llamaba hasta hoy. Aunque tampoco es que sea muy normal ponerle nombre a un bebé que no llegó a nacer, ¿no crees? —divagó nervioso.

—Es un nombre muy bonito. —Le apretó la mano que mantenía sobre su vientre.

—Sí, a mí también me lo parece.

Se quedó en silencio, sus dedos entrelazándose con los de ella.

—Me ha parecido que me susurraba que me quería... —reveló, deseando que no lo tomara por un loco o por un ingenuo que anhelaba tanto la redención que oía voces inexistentes.

—¿Por qué no iba a quererte? Eres su padre —replicó ella dando por ciertas sus palabras.

—No habría sido un buen padre.

—Habrías aprendido a serlo.

—Lo dudo.

—Lo sé por experiencia, yo tampoco fui una buena madre.

—Ahora eres la mejor.

—Igual que lo serás tú.

Uriel calló, tan emocionado que le costaba hablar. Y cuando lo hizo su voz sonó trémula.

—Le he hablado de ti. Ojalá hubiera podido conocerte, te habría adorado.

—A mí también me gustaría conocerlo. Te acompañaré la próxima vez que lo visites —afirmó Avril girándose entre sus brazos y encontrando sus labios.

Y él la besó arrullado por la promesa de su amor.

Epílogo

Sábado, 23 de noviembre de 2019

—Y, recuerda, no puedes decirle nada —le advirtió Uriel a Kayla antes de abrir la puerta del bajo que daba a los dominios de la Reina en el Infierno.

—No lo haré. Pero te va a pillar... —respondió agorera frunciendo el ceño.

—No lo hará, por eso llevo el pañuelo, para que no me vea el cuello —le explicó paciente.

—Y por eso te va a pillar —señaló ella—. Tú jamás llevas pañuelo...

Uriel miró a la adolescente con el ceño fruncido. Joder, tenía razón. Aunque tampoco importaba demasiado; al fin y al cabo, pensaba enseñárselo esa noche, en privado. Más que nada porque, si decidía matarlo, prefería que lo hiciera sin testigos. Sobre todo sin la presencia de Nath, que seguro que se solazaba viendo cómo lo despellejaba.

—No te preocupes, cuando lo descubra, si lo hace, ya veremos qué hacer —dijo con una tranquilidad que no sentía a la vez que tiraba con disimulo de la entrepierna del pantalón. Estaba incómodo de cojones, pero era el castigo que Avril le había impuesto por ser malo, y él lo llevaba con resignación. Y también con bastante excitación, para qué negarlo.

—Le va a gustar tu sorpresa —afirmó Kayla tocándole el cuello.

Uriel se relajó un poco. Esa cría conocía a su madre mejor que nadie. Si ella decía que le iba a gustar, así sería.

Entraron en los dominios de la Reina y oyeron un coro de voces en la cocina.

—Parece que papá está cabreado —comentó la niña.

—¿Cuándo no lo está? —replicó Uriel, ganándose una mirada furiosa de

Kayla, por lo que se apresuró a disculparse. Ella, en respuesta, esbozó una mágica sonrisa que le llegó al alma.

¿Quién habría imaginado un año atrás el giro que iba a dar su vida?, pensó observando a la niña.

Esa tarde debería haber salido solo, pues tenía algo importante que hacer, pero había dado la casualidad de que esa misma mañana Nath había recibido un chivatazo. Por lo visto, iba a salir a subasta por embargo un local aledaño al Lirio Negro. Doscientos treinta metros cuadrados divididos entre sótano y planta calle, tirado de precio. Y, por supuesto, lo quería. Y tenía que convencer a sus socios de que ellos también lo querían. Así que Avril había tenido que quedarse a discutir con su exmarido. Y Kayla se había negado a quedarse en casa con su abuela la tarde del sábado, por lo que, en contra de los deseos de su padre, había llamado a Uriel para salir con él. Y a él le había parecido perfecto, así podría darle su opinión sobre lo que pensaba hacer.

Y a la niña le había parecido estupendo. Tanto que quería uno igual para ella, lo que tal vez no les gustara a sus padres. Oh, no les gustaría. Seguro. Avril iba a matarlo. Y, si no lo hacía ella, lo haría Nath. Y entonces él tendría la excusa para partirle la nariz a ese idiota prepotente.

Ese pensamiento le alegró el día.

Fue hacia la cocina y entró. Y, efectivamente, Nath estaba cabreado. Y mucho, a tenor de cómo se le hinchaba la vena que le dividía la frente.

—Hola, mi vida, ¿qué tal la tarde? ¿Habéis hecho algo ilegal? —le preguntó a su hija con una ironía que ella no captó.

—Hoy no —contestó la niña con sinceridad mientras que Uriel ponía los ojos en blanco.

Desde que el verano anterior se le hubiera ocurrido bañarse en una fuente con Kayla, ganándose una multa del único policía capullo del mundo, cada vez que salían los dos solos Nath le preguntaba a la niña si habían hecho algo ilegal.

Y a Uriel le daban unas ganas tremendas de ponerle los dientes de collar.

—Pero estamos pensando en asaltar el Banco de España..., así conseguiremos dinero para pagar el crédito en el que nos vas a meter con esa puñetera compra —señaló Uriel burlón, introduciendo la mano en el bolsillo del pantalón para tirar con disimulo de los calzoncillos.

Nath, como de costumbre, no reconoció su presencia.

—Podríamos hacer un túnel bajo la Cibeles y robar las reservas de oro —apuntó Kaos con una pícaro sonrisa, logrando que Julio y Uriel soltaran sendas risitas maliciosas.

Nath, sin embargo, puso los ojos en blanco. Y Avril... Avril mantuvo su mirada glacial fija en Uriel.

Éste tragó saliva.

Su reina estaba cabreada.

Y no era que le extrañara. Él era el culpable de su enfado. Pero... ¿qué opción le quedaba? Había tenido que tomar medidas drásticas para solucionar el problema con las marcas.

Y el problema con las marcas era que... ya no había marcas.

Su cuello y su pecho ya no tenían los chupetones de los que tanto se enorgullecía. Oh, sí, ella le seguía pellizcando la piel con los dientes cuando se acercaba al orgasmo, incluso succionaba un poco, pero era tan leve que ni siquiera se le notaba. Y, joder, era el favorito de la Reina, tenía que tener alguna marca que lo demostrara. Pero no la tenía. Por culpa de Iskra.

Ella y la Reina se habían hecho grandes amigas, algo del todo incomprensible porque eran fuego y hielo, entusiasmo y calma, parloteo y silencio, pero se adoraban. E Iskra había convencido a Avril de que era peligroso hacerle chupetones, porque lo había leído en un estúpido artículo que escribió un idiota terminal enfermo de *tontitis aguditis*.

Pero Avril se lo había creído. Y ahora él ya no tenía marcas.

Y tampoco era un sumiso para llevar un collar de propiedad y que lo sacaran de paseo como a un perrito faldero. Así que, tras mucho pensar, había dado con algo que equivaldría a llevar su impronta sobre la piel.

Pero para conseguirlo había tenido que hacer cierto sacrificio, a saber: nada de mordiscos ni magulladuras en toda la semana. Y eso era una putada. Porque, puede que Avril no le hiciera chupetones, pero algún que otro mordisquito sí le gustaba darle, y él llevaba toda la semana impidiéndoselo. Así que ella se había cabreado y esa misma mañana le había encerrado la polla en una jaula de castidad.

Oh, sí, lo había disfrazado de juego, pero era un puñetero castigo, porque llevaba todo el santo día mandándole fotos en posturas de lo más explícitas y vídeos de lo bien que se lo pasaba solita. Y, joder, él no era de piedra. Y encadenaba un calentón con otro sin posibilidad de alivio porque la maldita jaula no le permitía ni la más mínima erección.

Estaba tan cachondo que en el momento en que lo soltara se correría sólo con que lo tocara, lo cual podría ser un problema, porque a su reina no le gustaban los polvos rápidos.

—¿Por qué llevas pañuelo?

La pregunta de Avril lo sacó de sus pensamientos.

—Te dije que se daría cuenta —señaló Kay antes de que pudiera responder. Avril entornó los ojos lanzándole a su amante una gélida mirada.

—Es una larga historia, tal vez prefieras que te la cuente en tu dormitorio... a solas.

Ella arqueó una ceja y acto seguido se acercó a él. Lo agarró del pelo arrancándole un gemido de placer y tiró, echándole la cabeza hacia atrás para exponerle el cuello. Deshizo el elaborado nudo del pañuelo, quitándoselo, y se quedó petrificada.

El jadeo que escapó de los labios femeninos fue claramente audible por todos.

—Y también se ha hecho uno en el pecho, y lo he elegido yo —anunció Kayla ilusionada, porque, efectivamente, ella lo había elegido entre las opciones que les habían presentado.

Avril pasó los dedos por los botones de la camisa, pero lo pensó mejor y

los apartó como si la tela le quemara. Luego fue con su hija, le susurró algo al oído, le dio un beso despidiéndose y, tras esto, se volvió hacia sus socios.

—Voto por que compremos —dijo con contenida impaciencia antes de dirigirse a la puerta.

—¿Adónde vas? —la reclamó Nath—. No hemos terminado de hablar, todavía nos queda...

—Yo sí he terminado —lo cortó Avril.

—No te molestes, Nath, sé por qué tiene tanta prisa y te aseguro que no vas a hacerla cambiar de opinión —comentó Kaos malicioso, la mirada fija en la porción de cuello de Uriel que Avril acababa de dejar al descubierto.

Así que a Nath no le quedó otro remedio que reconocer la presencia de Uriel y mirarlo. Y, en el momento en que sus ojos se posaron sobre él, todo su cuerpo tembló con furia contenida. Miró a Avril, las manos apretadas en puños y la vena de la frente a punto de reventar.

—¿Has permitido que se...?

—No le he pedido permiso —lo interrumpió Uriel beligerante.

—Y por eso la Reina está colada por él —apuntó Kaos con malevolencia.

—Nadie te ha pedido tu opinión —masculló Nath.

—No, pero igualmente la doy, soy así de generoso. Por cierto, los celos te sientan fatal, se te pone una cara de orangután cornudo que no hay quien te mire...

Kayla estalló en carcajadas al oír la comparación y Kaos y Julio no tardaron en contagiarse, al contrario que Nath, que observó furioso la puerta por la que en ese preciso instante desaparecían la Reina del Infierno y su favorito.

—Pierdes el tiempo, ella no va a volver a ti... —le susurró Julio apretándole el hombro antes de dirigirse a Kayla—: ¿A quién le apetecen tortitas con nata?

—¡A mí!

* * *

Avril entró en el dormitorio seguida por Uriel, y en el momento en el que cerró la puerta le arrancó la camisa con un fuerte tirón. Luego dio un paso atrás y alzó una mano para deslizar las yemas de los dedos por los tatuajes que se había hecho en el cuello y sobre el corazón.

Eran pequeños y elegantes, y también toda una declaración de intenciones.

En el cuello se había escrito su nombre, ocupando el espacio en el que antaño lo marcaba. En el pecho, justo sobre su corazón, la corona de una reina.

—Por eso no podía dejar que me mordieras, necesitaba tener la piel sana para hacérmelos —explicó él.

Avril asintió con un gesto.

—Bueno..., di algo —suplicó él.

Y ella lo agarró del pelo y lo obligó a bajar la cabeza para darle un beso devorador que lo dejó sin aliento y estuvo a punto de reventar la jaula que lo contenía.

Y, mientras lo besaba, lo fue guiando hacia la cama, hasta que topó con el colchón. Lo empujó, haciendo que cayera de espaldas.

Le arrancó el cinturón y le bajó los pantalones hasta los muslos; luego se deshizo de sus bermudas y sus bragas y se montó a horcajas sobre él.

Uriel gimió al sentirla frotarse contra su verga enjaulada, sus cortas uñas arañándole el vientre contraído por los espasmos de placer y dolor entremezclados.

—Si no me quitas ese trasto, voy a reventar... —jadeó él agarrándola por las caderas.

—De eso se trata —replicó ella.

Uriel abrió unos ojos como platos y ella estalló en cristalinas carcajadas antes de llevar las manos a la entrepierna masculina y deshacerse de la jaula. Una jaula que él podría haberse quitado en cualquier momento, pero que había

decidido no tocar. Porque era lo que su reina quería, y él casi siempre obedecía a su reina.

O, en realidad, a menudo.

O, mejor dicho, sólo a veces. Cuando le convenía y le apetecía.

Y por eso ella lo adoraba.

Agradecimientos

Este libro no habría sido lo mismo sin la inestimable ayuda de los policías José Luis, Martín y la agente judicial María del Mar. Vaya todo mi agradecimiento para ellos, porque sin sus explicaciones y consejos esta novela se habría parecido muchísimo a las típicas películas americanas de las que Adán tanto se queja.

Sí, lo reconozco, yo también las veo. Y, en base a lo que veía en ellas, imaginé la manera de que Adán pudiera descubrir a LOR y a Ojito. *Sip*, yo también pensé, igual que Uriel, que Adán usurpara la personalidad de Ojito por Facebook y enredara a LOR..., pero entonces José Luis y Martín me recordaron el artículo 18 de la Constitución española, dando al traste con mis planes. Luego pensé en que Adán detuviera a LOR con las pocas pruebas circunstanciales que tenía, y al preguntar a María del Mar ella me dijo que eso no ocurriría nunca, y que para que se tramitara una detención se necesitaba mucho más... Y, en fin, mil historias más que no voy a contar para no aburrirlos. Sólo puedo decir que me tocó enrevesarlo todo un poco más y darle bastantes vueltas al coco (¡Martín, gracias por la idea de la cafetería!).

Eso sí, reconozco que, a pesar de todo, me he tomado bastantes licencias.

Desde aquí mi agradecimiento al Cuerpo Nacional de Policía y demás cuerpos de seguridad del Estado, que, a pesar de lo complicado que es su trabajo, son unos profesionales de tomo y lomo y siempre pelean como leones para atrapar a los malos.

Y, por último, este libro no tendría el título que tiene si no fuera por Ana Dirtydraco, a quien, en un momento de inspiración suprema que jamás podré agradecerle lo suficiente, se le ocurrió añadir «¿O sí?» a «No lo llares sexo». ¡¡Gracias, tía, te debo un millón de cafés!!

Nota de la autora

Con este libro se cierra la tetralogía «No lo llames» (*No lo llames amor*, *No lo llames pasión*, *No lo llames deseo* y *No lo llames sexo... ¿O sí?*). Espero que hayáis disfrutado leyéndola tanto como yo escribiéndola.

Si os soy sincera, cuando se me ocurrió la historia de *No lo llames amor*, no estaba en mi pensamiento hacer una serie. Pero luego aparecieron Rodrigo y Calix y me enamoraron, obligándome a crear sus libros. Y, mientras escribía la novela de Calix (*No lo llames deseo*), Uriel surgió como un vendaval, haciéndose grande a cada capítulo que escribía, hasta que no me quedó más remedio que rendirme y ponerme con su historia.

Y creo que es la más erótica que he escrito nunca.

Me despido deseando que os lo hayáis pasado en grande con estas cuatro novelas que tantas satisfacciones y alegrías me han dado.

Ah, un inciso, *No lo llames sexo... ¿O sí?* es el último libro de la serie, pero no es una despedida.

Y ahí lo dejo.

Referencias a las canciones

Tubular Bells, Mercury Records Limited, interpretada por Mike Oldfield.

Bohemian Rhapsody, Queen Productions Ltd., under exclusive license to
Universal International Music BV, interpretada por Queen.

All You Need Is Love, Apple Corps Ltd., interpretada por The Beatles.

Nací en Madrid la noche de Halloween de 1972 y resido en Alcorcón con mi marido y mis hijas, con quienes convivo democráticamente (yo sugiero u ordeno y ellos hacen lo que les viene en gana). Nos acompañan en esta locura que es la vida dos tortugas, dos periquitos y tres gatos. Trabajo como secretaria/chica para todo en la empresa familiar, disfruto de mi tiempo libre con mi familia y amigas, y lo que más me gusta en el mundo es leer y escribir novela romántica.

Encontrarás más información sobre mí, mi obra y mis proyectos en:

<<https://noeliaamarillo.wordpress.com/>>.

Notas

1. Diosa de la justicia retributiva, la solidaridad, la venganza, el equilibrio y la fortuna. Vengaba a los amantes infelices o desgraciados por el perjurio o la infidelidad de su amante.

2. Verga del toro que, después de cortada, seca y retorcida, se usa como látigo.

1. Una forma de trance que se da en ocasiones en sesiones de BDSM.

2. Dominación y sumisión.

1. Sub: sumiso, sumisa.

1. Demonio que, bajo la apariencia de una hermosa mujer, seduce a los varones introduciéndose en sus sueños y fantasías.

1. «Fóllame», en inglés.

1. Orgasmo arruinado. Práctica sexual que consiste en arruinar el orgasmo.

1. Dominación femenina.

1. Malo malísimo de *Los misterios de Udolfo*, de Ann Radcliffe, obra parodiada por Jane Austen en *La abadía de Northanger*.

1. Proverbios 12, 22.

2. Artículo 18.

1. Isaías 47, 3: «Será descubierta tu desnudez, también será expuesta tu vergüenza; tomaré venganza y no perdonaré a hombre alguno».

1. Salmos 94, 1.

1. Levítico 26, 25.

2. Protagonista de la novela de Julio Verne *La vuelta al mundo en ochenta días*.

1. Apocalipsis 21, 8.

1. Cóctel hecho con licor de café, licor de plátano y crema de whisky. *Blowjob* también se usa como sinónimo de *felación* en algunos ambientes sexuales.

1. Génesis 19, 24.

2. Levítico 24, 17.

3. Deuteronomio 32, 35.

4. Sistema Automático de Identificación Dactilar.

1. Nahún 1, 2.

No lo llames sexo... ¿O sí?
Noelia Amarillo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Elisanth y Sixsmith – Shutterstock

© Noelia Amarillo, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2019

ISBN: 978-84-08-21444-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!



